El sastre de ULM

El comunismo del siglo XX
Hechos y reflexiones

Prólogo de **Manuel Monereo**

Lucio **Magri**

prometeo libros

CLACSO

UBA SOCIALES publicaciones

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras

EL SASTRE DE ULM

Magri, Lucio

El sastre de Ulm : el comunismo del siglo XX : hechos y reflexiones . - 1a ed. - Buenos Aires : Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO, 2011.

440 p. ; 23x16 cm. - (Perspectivas)

ISBN 978-987-1543-83-0

1. Comunismo. 2. Ideologías Políticas. I. Título

CDD 320.532

Otros descriptores asignados por la Biblioteca Virtual de CLACSO:
Comunismo / Partido / Comunista / Política internacional / Izquierda / Socialismo / Capitalismo / Relaciones internacionales / Siglo XX / Europa / Italia

Colección Perspectivas

EL SASTRE DE ULM

EL COMUNISMO DEL SIGLO XX
HECHOS Y REFLEXIONES

LUCIO MAGRI

PRÓLOGO DE MANUEL MONEREO

CLACSO

UBA SOCIALES publicaciones

prometeo libros

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras

Colección Perspectivas

Comité Editorial
Sergio Caletti
Pablo Gentili
Emir Sader
Hugo Trinchero

Secretario Ejecutivo Emir Sader
Secretario Ejecutivo Adjunto Pablo Gentili

Área de Producción Editorial y Contenidos Web de CLACSO

Responsable editorial Lucas Sablich
Director de Arte Marcelo Giardino

Producción Fluxus Estudio

Impresión CaRoI-Go S.A.

Primera edición
El sastre de ULM. El comunismo del siglo XX. Hechos y reflexiones (Buenos Aires: CLACSO, agosto de 2011)

ISBN 978-987-1543-83-0
© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Av. Callao 875 | Piso 4º G | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4811 6588 | Fax [54 11] 4812 8459 | <clacso@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO <www.biblioteca.clacso.edu.ar>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento
en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier
medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del edito

© Lucio Magri, 2009
Título original: Il sarto di Ulm
Edición original en italiano en Il Saggiatore, Milán 2009
Primera edición en español Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo, España 2010
Traducción de Juan Pablo Roa y Roberta Raffetto
Revisión de la traducción por Manuel Monereo

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

ÍNDICE

Prólogo, *por Manuel Monereo* | 11

Introducción | 19

Capítulo I
LA HERENCIA | 35

Capítulo II
UN ACTO FUNDACIONAL: EL GIRO DE SALERNO | 59

Capítulo III
AL BORDE DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL | 75

Capítulo IV
LOS COMUNISTAS Y LA NUEVA GUERRA FRÍA | 93

Capítulo V
EL SHOCK DEL XX CONGRESO | 115

Capítulo VI
EL PCI EN LA *DESESTALINIZACIÓN* | 133

Capítulo VII
EL CASO ITALIANO | 151

Capítulo VIII
EL CENTROIZQUIERDA | 171

Capítulo IX
EL PCI FRENTE AL NEOCAPITALISMO | 181

Capítulo X
EL XI CONGRESO | 195

Capítulo XI
EL LARGO SESENTA Y OCHO ITALIANO | 207

Capítulo XII
EL PCI ANTE EL SESENTA Y OCHO | 231

Capítulo XIII
HACIA EL FINAL DE LA PARTIDA | 255

Capítulo XIV
EL COMPROMISO HISTÓRICO COMO ESTRATEGIA | 271

Capítulo XV
DEL APOGEO A LA DERROTA | 279

Capítulo XVI
LO QUE SE COCINABA EN LA OLLA EN ITALIA | 303

Capítulo XVII
LO QUE SE COCINABA EN LA OLLA EN EL MUNDO | 319

Capítulo XVIII
LOS FATALES AÑOS OCHENTA | 337

Capítulo XIX
NATTA, EL CONCILIADOR | 361

Capítulo XX
ANDROPOV, GORBACHOV, YELTSIN | 369

Capítulo XXI
EL FIN DEL PCI | 381

Apéndice
UNA NUEVA IDENTIDAD COMUNISTA (1987) | 397

a Mara

PRÓLOGO

LA CUESTIÓN COMUNISTA, DESPUÉS DEL "COMUNISMO"

MANUEL MONEREO

No está fuera de lugar recordar aquí una anécdota que nos contaba el difunto Paul Baran a su regreso de un viaje a Europa, probablemente alrededor de 1960. Durante su estancia en Roma había sostenido una larga discusión (en ruso) con Togliatti, dirigente del PC italiano. Las preguntas de Baran traslucían su escepticismo en cuanto a la compatibilidad entre la táctica electoral y parlamentaria del PC italiano y la teoría marxista-leninista del "Estado y la Revolución". Togliatti le respondió con otra pregunta: "Es fácil hablar de revolución cuando se vive en los Estados Unidos, donde no existe ningún partido obrero de importancia" –dijo- "¿Pero, qué haría usted si estuviera en mi lugar, si fuera responsable de un partido de masas al que los obreros confían la representación de sus intereses aquí y ahora?" Baran se reconoció incapaz de ofrecerle una respuesta satisfactoria. (Del artículo "El nuevo reformismo" de Paul M. Sweezy y Harry Magdoff. Monthly Review, mayo de 1976).

Para una persona de mi generación, presentar un libro de Lucio Magri dedicado a la historia del Partido Comunista Italiano es fácil y a la vez difícil; fácil, porque él y el grupo que ayudó decisivamente a fundar, *Il manifesto*, fue un referente insustituible para aquellos que en esa época empezábamos a pensar en el comunismo; difícil, porque nos topamos con una trama histórica, en muchos sentidos dramática, en la que la

ruptura generacional pesa muchísimo. ¿Cómo explicarle a un joven de hoy la historia de un movimiento que protagonizó el siglo XX y que se saldó con una gigantesca derrota? ¿Cómo explicarles que hubo muchos "comunismos" y que éstos suscitaron en millones de personas, comunes y corrientes, una descomunal pasión revolucionaria y un coraje moral e intelectual únicos?

Este último aspecto es de los más inquietantes del libro: el comunismo, los comunismos, no parecen haber dejado herencia, legado y legatarios, sino sólo derrota, negatividad y, eso sí, una permanente y sistemática agresión a su historia, como si se quisiera convertir su momentánea muerte en definitiva: escarnio y lodo, crimen y represión, en eso consistiría la esencia de un movimiento que llevó a la política a millones de seres humanos y que atemorizó a los poderes dominantes de tal modo, con tal intensidad, que hoy necesitan periódicamente exorcizar al fantasma que una vez recorrió el mundo para que no emerja de nuevo de ultratumba.

Nuestro autor intenta explicar esto partiendo de la riquísima historia del mayor partido comunista de Occidente, en el contexto de un mundo en permanente conflicto y transformación y de una Italia convertida "en caso", en singularidad digna de ser analizada y estudiada. En estos momentos de derrota, confusión y pérdida de horizontes alternativos de la izquierda europea, la reflexión sobre la "cuestión comunista" sigue siendo, en opinión de Magri, pertinente y, en muchos sentidos, obligatoria, precisamente para fundamentar un nuevo pensamiento emancipatorio.

Preguntarse por qué millones de personas vivieron la política como instrumento de liberación, el comunismo como acción colectiva al servicio de una pasión por la justicia y la militancia (organizada) como compromiso político-moral es identificar uno de los nudos decisivos que hicieron posible las grandes transformaciones de nuestra época. Es cierto que poco queda hoy de aquellas sociedades que se planteaban explícitamente el socialismo y que la izquierda realmente existente apenas es una sombra de lo que fue. Magri sabe que el mundo del comunismo tal como lo conocimos ha terminado y que las nostalgias ayudan poco a comprender el pasado e iluminar el porvenir. Simplemente constata que, de un lado, la problemática comunista sigue estando presente, de una u otra forma, en nuestras sociedades, es decir, que la tarea histórica de superar el capitalismo sigue siendo hoy, seguramente aún más que antes, una necesidad, y que el tiempo apremia; de otro lado, que la fundación del proyecto emancipatorio socialista exige medirse con el pasado, con el socialismo que realmente existió y con aquellas experiencias, como la del PCI, que intentaron construir una vía original y, en más de un sentido, alternativa a lo existente.

Otra pregunta es también obligatoria: la de cómo y por qué un ideal de emancipación devino en despotismo y tiranía para las mayorías sociales y por qué fue aceptado como bueno y benéfico por millones de hombres y mujeres que en condiciones terribles (en China, Vietnam, Indonesia, Cuba, Argelia, Palestina) apoyaron el socialismo realmente existente. La famosa *doppiezza* del PCI tenía que ver centralmente con esto: afirmar la autonomía del proyecto de la vía italiana al socialismo y aprovechar la fuerza del campo socialista (frente al imperialismo norteamericano) para hacerlo posible, viable.

Lucio Magri, lo cuenta en el libro, ingresó en el Partido Comunista Italiano en 1956. Su biografía política, más común de lo que pudiera parecer hoy, se inicia en la juventud de la izquierda católica y continúa en el Partido Comunista. Fue un revolucionario profesional (él nunca admitiría la palabra funcionario) que siguió el itinerario habitual de aquellos que se dedicaban a esta especifica actividad (siempre sacrificada y mal remunerada): secretario de federación local, miembro de la secretaría regional lombarda y, posteriormente (previa entrevista, muy significativa, por lo demás, con Togliatti), del aparato central del Partido, en concreto, en el departamento dirigido por Giorgio Napolitano. Intervino activamente en los riquísimos debates del comunismo italiano de los años 60, siendo separado del partido después de crear la revista *Il manifesto,* en 1969. Durante años fue el Secretario General del PDUP (Partido de Unidad Proletaria), realizando una labor política muy intensa y teóricamente innovadora, intentando poner la problemática comunista y la revolución en Occidente en el centro de la revuelta social y la protesta estudiantil en el "largo 68 italiano".

En el año 84 vuelve al Partido Comunista Italiano, en un momento crucial, cuando Berlinguer (esto sigue siendo muy polémico hoy) gira hacia la izquierda tras el fracaso del "compromiso histórico". Cuando Occhetto, sin debate previo y de forma improvisada, propone la disolución del PCI es uno de los que se opone con argumentos para nada oportunistas (el más que sugerente apéndice del libro dice muchas de sus razones y de sus convicciones) y lo hace no en nombre de viejas ortodoxias o de antiguas nostalgias (como los medios de comunicación insistieron una y otra vez) sino desde la necesidad de recuperar lo mejor de la tradición partidaria y refundar el proyecto del comunismo italiano. Con fuertes dosis de escepticismo participa en la creación del Partido de la Refundación Comunista. Más adelante abandonó dicho partido ante lo que él entendía como una deriva sectaria y maximalista insuficientemente refundadora. Los últimos años, fuera ya de la política activa, los dedicó a escribir este libro que hoy presentamos, es decir, la historia de 50 años del comunismo italiano.

Estamos aquí ante un libro singular sobre un partido singular.

El tipo de trabajo que Magri realiza (luego abundaremos más sobre ello) es una valoración personal, una historia razonada del movimiento obrero, de la izquierda y del comunismo italiano en una etapa histórica precisa que por su trascendencia europea y, yo diría, mundial, le obliga, de una u otra forma, a interpretar acontecimientos esenciales de lo que fue el movimiento comunista internacional. Magri lo hace con un peculiar estilo intelectual, muchas veces en primera persona y arriesgándose por los peligrosos senderos del análisis contrafactual. Si algo identifica la metodología que emplea recurrentemente en el libro es su obsesión antideterminista: lo que ocurrió tenía otras posibles alternativas, otros nudos de explicación e intervención. Para decirlo más claramente: siempre hubo otras posibilidades en juego y las cosas se podrían haber hecho de otra forma. Una y otra vez, ante cada episodio significativo, el autor interviene dando opinión y argumentando, creo que coherentemente, otras posibles salidas.

La tesis central del libro es clara y explícita desde el primer momento: la singularidad del comunismo italiano. Su especificidad histórica tiene que ver con la construcción en la práctica, y en parte en la teoría, de una auténtica y verdadera "tercera vía" frente a la socialdemocracia europea y frente al comunismo soviético. La así llamada "vía democrática al socialismo", con sus ambigüedades y contradicciones, fue la expresión más profunda de este singular camino, más producto de la práctica y de la experiencia colectiva que de desarrollos teóricos elaborados. El antecedente (genoma) Gramsci fue siempre inspiración, fundamento último de una estrategia no siempre compatible con la práctica. Magri, paradójicamente viniendo de él, hace una valoración muy positiva, no exenta de crítica, de la figura de Togliatti (convertido en "perro muerto" por los "ex comunistas" italianos).

Los cambios radicales que se producen en las relaciones internacionales con la Guerra Fría y la política de bloques, las respuestas que desde el bloque soviético se fueron dando a las diversas iniciativas puestas en marcha por el imperialismo norteamericano, son analizadas pormenorizadamente (las páginas sobre la *Kominform* son antológicas) y puestas en relación con las políticas que realizaba el grupo dirigente del PCI. Con mucho vigor polémico, analiza asuntos como lo sucedido en Polonia, Hungría, Checoslovaquia o China y critica, desde fundamentos poco usuales, las ambigüedades de Togliatti y del grupo dirigente sobre el estalinismo, así como sus consecuencias para la "vía italiana al socialismo".

Para continuar, parece necesario referirse a la metodología que emplea Magri. Ésta es, por lo demás, muy típica de la cultura del comunismo italiano de raíz gramsciana- togliattiana: primero, atención preferente a lo nacional-estatal, es decir, a la especificidad italiana, a la

peculiaridad de su capitalismo y de su desarrollo histórico-social; en segundo lugar, individualización de las transformaciones ocurridas en la clase trabajadora, en su composición social y político-cultural, desde un punto de vista que privilegia el complejo y heterogéneo mundo de las clases subalternas y de las alianzas sociales; en tercer lugar, la lucha política en sus relaciones con el movimiento social y con el trabajo institucional. Clases subalternas, movimiento social, organización político-partidaria e instituciones del Estado, aparecen permanentemente interrelacionadas, configurando una determinada fase histórica; en cuarto lugar, las grandes tendencias del capitalismo imperialista mundial y sus conexiones con lo nacional-estatal. Lo internacional, los aspectos político-militares, nunca son algo externo y secundario, sino constitutivo, aunque diferenciable, de la correlación de fuerzas que hay que transformar y modificar.

El Partido de masas, el "Partido nuevo" es el instrumento a través del cual las clases subalternas pretenden convertirse en clases dirigentes y es, a su vez, un agente privilegiado, pero no único, de la transformación social. Como recogen también las memorias de Rossana Rossanda y de Pietro Ingrao, el partido de masas, sólidamente insertado en la realidad social, parte de la vida cotidiana de centenares de miles de personas, y es conformador de una verdadera cultura popular y creador de un imaginario colectivo enraizado en procesos reales de transformación social. Esta parte de la historia nos la perdimos las generaciones que no vivimos la República y la Guerra Civil, sin menosprecio ni olvido de la cultura antifranquista que se logró generar. En la España de la transición democrática nunca tuvimos en la izquierda los grandes partidos de integración de masas y, por eso, nos cuesta tanto entender la singularidad de un proceso histórico que tenía al hombre y la mujer común como protagonistas y sujetos de la historia.

El elemento clave del análisis es lo que en la tradición comunista italiana se ha llamado la fase, es decir, comprender el momento histórico en el que se está, sus elementos individualizadores básicos y los nudos de las contradicciones sociales que expresan. Análisis de fase, entender la fase, insertarse en la fase, le ha permitido a la izquierda comunista italiana conocer la realidad en su dinámica, en su movimiento, buscando siempre lo nuevo, las discontinuidades históricas y desde ellas y con ellas, hacer política. Me perdonará Magri si le digo -a estas alturas todo se puede decir- que es el método que nos enseñó el viejo Ingrao, más seguramente como poeta que como dirigente revolucionario. Es esa cosa extraña y confusa que llamamos dialéctica, ese modo fino de pensar la realidad (en el pensamiento, no queda otra) de la que nos hablaron el Me-ti de Bertolt Brecht y mi maestro Manolo Sacristán; en definitiva, un arte, como lo es toda política revolucionaria verdadera.

Hay un momento en la narración que hace Magri que tiene mucha importancia y que también ocurrió entre nosotros. Me refiero a la cuestión del trabajo político en las fábricas. Con acento crítico, Magri señala que se fue produciendo una división del trabajo político cada vez más acentuada entre el partido y el sindicato. El primero privilegiaba el trabajo en el territorio y en las instituciones, mientras que el segundo se centraba en el mundo del trabajo visto desde la fábrica. Nuestro autor señala que, si bien es cierto que la mayoría de las veces el sindicato iba por delante del partido y que en el terreno de la innovación y de la práctica el sindicato fue muchas veces más audaz y más revolucionario, digámoslo así, que el partido, la pérdida de un referente político orgánico en las fábricas, en un momento en que las clases trabajadoras y el conflicto social emergían, significó, desde el principio, un límite importante tanto para el partido como para el sindicato, lo cual no dejaría de tener consecuencias, sobre todo en el momento en el que la patronal y el gobierno iniciaron la contraofensiva.

Un asunto interesante del libro tiene que ver con la relación del sujeto-Magri con la historia que cuenta. Él ha sido un protagonista, secundario si se quiere, pero protagonista al fin y al cabo, de la historia que relata. Magri es consciente del problema y para remediarlo se "inventa", con mucho sentido común, una hermenéutica capaz de darle objetividad y distanciamiento. El procedimiento que emplea se basa en tres recursos:

El primero de ellos consiste en introducir en la narración, cuando tiene, al menos, un mínimo de importancia, cosas que yo mismo he dicho y he hecho durante ese periodo, aplicando el mismo criterio crítico reservado a otras posturas diferentes, es decir, reconociendo errores y reivindicando méritos. O sea, sin falsa modestia, ni versiones acomodaticias. El segundo recurso es el de utilizar, contra mi parcialidad, como antídoto, la presunción de quien se cree aún lo suficientemente inteligente como para reconocer las razones de los errores que ha compartido y la porción de verdades importantes mezcladas con éstos y que han sido reconocidas o reprimidas. El tercer recurso, obvio, pero aún más importante, es el compromiso de atenerse lo más posible a hechos documentados.

No conviene equivocarse: el libro de Magri (sin notas y sin aparato bibliográfico) es un producto intelectual y militante hecho con rigor, producto de múltiples lecturas, de la consulta minuciosa de documentos y del contraste de fuentes tanto primarias como secundarias.

Seguramente, el núcleo más significativo del libro (obviamente tiene mucho que ver con su biografía política) es el debate comunista, que incluye a toda la izquierda italiana de los años 60. Magri analiza pormenorizadamente las cuestiones que estaban en el fondo del deba-

te e ilumina elementos (auténticas leyendas urbanas) como el llamado "ingraísmo" o el papel que cumplió en toda esta historia Giorgio Amendola. Como siempre, la cuestión central fue el análisis de la fase. En concreto, de cuatro cuestiones interrelacionadas: el capitalismo italiano, su desarrollo y sus tendencias básicas; el centro izquierda, su naturaleza y su futuro; la cuestión del programa organizado en torno a conceptos novedosos en ese momento y que tenían mucho que ver con la "vía italiana al socialismo". Me refiero a la apuesta por un nuevo modelo de desarrollo, la cuestión de las reformas estructurales y su conexión con la lucha de los trabajadores que, como no se cansa de señalar Magri, son los auténticos protagonistas de la década. Un cuarto aspecto tiene que ver con la espinosa cuestión del Partido y de sus reglas de funcionamiento.

No es este el lugar para hacer un análisis pormenorizado de lo que todo este debate implicaba. Duró toda la década y tuvo sus aspectos culminantes en la Conferencia de 1962 del Instituto Gramsci sobre el desarrollo del capitalismo italiano; continuó, más o menos pacíficamente, hasta la Conferencia Obrera de Génova del 65 y explotó en el XI Congreso del PCI en enero de 1966. Este fue algo más que una contraposición entre Amendola e Ingrao y tendría consecuencias enormes apenas unos años después, en eso que Magri llama el "largo 68 italiano". La izquierda "ingraiana", que fue durísimamente golpeada por el aparato, se anticipó a la revuelta obrera y estudiantil y situó temas fundamentales que, desde la propia lógica de la vía italiana, engarzaba con lo nuevo y abría la posibilidad de un giro a la izquierda del país. Gentes como Lombardi en el PSI o como Lelio Basso o intelectuales de la talla de Panzieri o Tronti, desde puntos de vista muy diferentes, coincidían en esta posibilidad de giro a la izquierda y la derrota del bloque conservador que se articulaba en torno a una democracia cristiana en crisis.

Ciertamente, las cosas no siguieron este camino. La suspensión del grupo de *il manifesto*, equivalente en la práctica a una expulsión, y la nueva línea política que fue emergiendo en los durísimos "años de plomo" y que se llamaría "compromiso histórico", significaron muchas cosas. En primer lugar, se rompió la conexión con una parte del movimiento y, especialmente, con los jóvenes; en segundo lugar, el Partido perdió peso en el conflicto social y encontró muchas dificultades para establecer nexos entre lucha social y alternativa política; en tercer lugar, la marginación de la izquierda debilitó al Partido, le limitó capacidad política y de intervención y, al final, le restó militancia. El PCI vio como, de año en año, incrementaba sus votos y perdía afiliados, con una juventud comunista incapaz ya de representar a las nuevas generaciones.

La historia es conocida y no queremos hacer más larga esta presentación. Pienso, con Magri, que este debate es un nudo crucial para

explicar el por qué en el 89 se disolvió el Partido Comunista Italiano. Como él dice, la disolución fue una catástrofe política, no solo para los trabajadores y la izquierda italiana sino para la propia democracia italiana: miles de hombres y mujeres abandonaron la política activa y engrosaron la masa anónima de una democracia ya sólo electoral, en manos de las empresas. No es para nada casual que de esos restos acabara emergiendo Berlusconi y, seguramente, el único partido realmente de masas que hay hoy en Italia, la Liga Norte.

INTRODUCCIÓN

¿Dónde debo ir, ahora, yo, un Trotta?

JOSEPH ROTH
La cripta de los Capuchinos

Durante una de las abarrotadas asambleas en la que se tenía que decidir si se debía cambiar de nombre al PCI, un compañero dirigió a Pietro Ingrao una pregunta: "Después de todo lo que ha sucedido y sigue sucediendo, ¿estás seguro de que con la palabra *comunista* se puede aún definir un gran partido democrático y de masas como el que hasta hoy hemos sido, como aún somos, y al que queremos renovar y reforzar para llevarlo al gobierno del país?".

Ingrao, que ya había expuesto ampliamente su desacuerdo con Occhetto y había propuesto seguir otro camino, respondió, un poco en broma, aunque no tanto, empleando una famosa parábola de Bertolt Brecht, *El sastre de Ulm*. Ese artesano, empecinado en la idea de confeccionar un aparato que le permitiese al hombre volar, un día, convencido de haberlo logrado, se presentó ante el gobernador y le dijo: "Aquí lo tengo. Puedo volar". El gobernador lo condujo ante la ventana del alto edificio y lo desafió a demostrarlo. El sastre se lanzó y obviamente se espachurró sobre el adoquinado. Con todo, comenta Brecht, algunos siglos después los hombres consiguieron volar.

Yo, que estaba presente, encontré la respuesta de Ingrao no sólo aguda, sino con fundamento. ¿Cuánto tiempo, cuántas luchas cruentas, cuántos avances y derrotas le fueron necesarios al sistema capitalista en una Europa occidental al comienzo más retrasada y bárbara que

otras regiones del mundo para encontrar al final una eficiencia económica jamás conocida, darse nuevas instituciones políticas más abiertas, una cultura más racional? ¿Cuántas contradicciones irreducibles marcaron, durante siglos, al liberalismo entre idea les solemnemente afirmados (la común naturaleza humana, la libertad de pensamiento y palabra, la soberanía conferida al pueblo) y conductas que los desmentían de manera permanente (esclavismo, dominación colonial, expulsión de campesinos de tierras comunales, guerras de religión)? Contradicciones de hecho, pero legitimadas en el pensamiento: la idea de que a la libertad no pudiesen ni debiesen acceder más que quienes tuviesen, por censo y cultura, incluso por raza y color, la capacidad de ejercitarla sabiamente; y la idea correlativa de que la propiedad de los bienes era un derecho absoluto e intocable y que por consiguiente excluía el sufragio universal.

Contradicciones todas que no atormentaron sólo la primera fase de un ciclo histórico, sino que se habían reproducido en diversas formas en sus evoluciones sucesivas, y que gradualmente se habían reducido tan sólo por la intervención de nuevos sujetos sociales sacrificados y de formas contestatarias a ese sistema y a ese pensamiento. Si la historia real de la modernidad capitalista, por tanto, no había sido lineal ni unívocamente progresiva, sino más bien dramática y costosa, ¿por qué habría de serlo el proceso de su superación? Era esta observación lo que quería significar la parábola del sastre de Ulm.

Con todo, un poco en broma, aunque no tanto, le propuse de inmediato a Ingrao dos interrogantes que aquella parábola, en vez de superar, sacaba a la luz. ¿Estamos seguros de que el sastre de Ulm, si hubiese sobrevivido lisiado a la desastrosa caída, habría subido de inmediato otra vez para volver a intentarlo y de que sus amigos no habrían tratado de retenerlo? Y, sea como fuere, ¿qué contribución efectiva había supuesto a la historia de la aeronáutica? Estos interrogantes, en relación al comunismo, eran particularmente pertinentes y peliagudos. En primer lugar porque, en su constitución teórica, pretendía no ser un ideal en el que inspirarse, sino parte de un proceso histórico ya en curso, de un movimiento real que cambia el estado de cosas existentes: comportaba, por tanto, en cada momento, una verificación factual, un análisis científico del presente, una previsión realista del futuro, para no evaporarse en forma de mito. En segundo lugar porque entrelas derrotas precedentes y los retrasos de las Revoluciones burguesas en Francia y en Inglaterra, y el derrumbamiento reciente del "socialismo real" se puede ver una profunda diferencia. Una diferencia que no se mide por el número de muertos o por el uso del despotismo, sino por el resultado: las primeras han dejado herencia, quizá mucho más modesta que las esperanzas iniciales, dondequiera que se hayan dado, lo que es

evidente de inmediato de una o de otra manera; del segundo, en cambio, es difícil descifrar y medir su legado y señalar dignos continuadores.

Veinte años después, estos interrogantes no sólo no han encontrado respuesta, sino que ni siquiera han sido discutidos seriamente. O, mejor aún, han encontrado algunas respuestas, pero muy superficiales, y dictadas por las conveniencias: abjuración o remoción. Una experiencia teórica y un patrimonio teórico que han marcado todo un siglo han sido pues, confiados, para utilizar una expresión de Marx, a la "crítica roedora de las ratas" que, como se sabe, son voraces y, en un ambiente adecuado, se multiplican rápidamente.

La palabra comunista vuelve de nuevo, es cierto, de manera obsesiva y caricaturesca, en la propaganda de la derecha más burda. Perdura en los símbolos electorales de pequeños partidos europeos, para conservar el consenso de una minoría apegada a un recuerdo, o para indicar genéricamente cierta aversión al capitalismo. En otras regiones del mundo, partidos comunistas continúan gobernando pequeños países, sobre todo en defensa de su independencia en contra del imperialismo, y en uno, enorme, sin embargo, sirve para sostener un extraordinario desarrollo económico que, en cualquier caso, va en otra dirección. La Revolución de Octubre se considera, por lo general, como una gran ilusión, útil para los ojos de unos cuantos, pero en conjunto desgraciada (identificada con el estalinismo en su versión grotesca), y de todos modos condenada desde su éxito inicial. Marx ha reconquistado un cierto crédito como pensador, por sus previsiones de largo alcance sobre el capitalismo del futuro, pero totalmente mutilado de las ambiciones de ponerle fin.

Y aún peor, la condena de la memoria tiende ahora a actuar más allá: tiende a extenderse a la totalidad del hecho socialista y, de paso, a los componentes radicales de la revolución burguesa y a las luchas de liberación de los pueblos coloniales (que, como se sabe, incluso en el país de Gandhi, no pudieron ser siempre pacíficas). En suma, "el fantasma que recorría…" parece finalmente enterrado: para algunos con honor, para otros con odio no olvidado, para la mayoría con indiferencia porque ya no tiene nada que decirnos.

La frase más hiriente pero, a su manera, más respetuosa a esta sepultura definitiva, la había anticipado una de las mayores mentes adversarias, Augusto del Noce. Cuando, hace años, dijo en esencia de los comunistas: han vencido y han sido vencidos. Han sido vencidos desastrosamente en su prometeica ambición de invertir el curso de la historia, de prometer a los hombres libertad y fraternidad, también sin un Dios y reconociéndose mortales. Han vencido como potente y necesario factor de aceleración de la globalización de la modernidad capitalista y sus valores: el materialismo, el hedonismo, el individualismo, el

relativismo ético. Un extraordinario fenómeno de heterogénesis de los fines, que él mismo, católico, conservador e intransigente creía haber previsto, pero del que tenía pocas razones para congratularse.

Quien ha creído en el intento del comunismo, y de una u otra manera ha participado, y por lo general sin dar señales de alarma, ahora tiene el deber de dar cuenta de ello, incluso a sí mismo, de preguntarse si este entierro no es demasiado apresurado, si no es necesario otro certificado acerca del *rigor mortis*. Tenemos todos muchos argumentos para sortear el obstáculo. Como por ejemplo: he sido comunista italiano porque era prioritario para combatir al fascismo, defender la democracia republicana, apoyar las sacrosantas reivindicaciones de los trabajadores; o también: me convertí en comunista cuando ya los lazos con la Unión Soviética o la ortodoxia marxista estaban en tela de juicio, hoy en día puedo agregar una crítica circunscrita al pasado y una fuerte apuesta por lo nuevo. ¿No es suficiente? A mi juicio no lo es, porque no da cuenta de una empresa colectiva que, para bien o para mal, comprende demasiadas décadas, y que debe ser tomada, para bien o para mal, en su conjunto. No es suficiente sobre todo para sacar del comunismo una lección útil para hoy y para el mañana.

A estas alturas, escucho a muchos decir: era todo una equivocación pero han sido los mejores años de nuestra vida. Durante algunos años, a primera vista, esta mezcla de autocrítica y nostalgia, de dudas y orgullo, sobre todo entre las personas sencillas, me ha parecido justificada; es más, un recurso. Aún así, con el paso del tiempo, y sobre todo entre intelectuales y dirigentes, me parece ya un compromiso acomodaticio con uno mismo y con los demás. Y vuelvo de nuevo a preguntarme y con mayor énfasis: ¿existen argumentos racionales y convincentes para oponerse a la abjuración y a la remoción? O por lo menos, ¿existen buenas razones y condiciones adecuadas para reabrir críticamente hoy en día una discusión acerca del comunismo, en lugar de archivarla? Me parece que sí.

De hecho, desde aquel fatídico ochenta y nueve ha pasado mucha agua bajo los puentes, y con turbulencia. Las novedades que esa cesura histórica expresaba y ratificaba han emergido más claras y concluyentes, y otras se han venido a sumar, rápidas e inesperadas. De su conjunto ha resultado un nuevo equilibrio del orden mundial, de la sociedad y de la conciencia de quien en ésta vive. Aquello que quedaba sobre el terreno, como vencedor, no era solamente el capitalismo, sino un capitalismo cuya victoria le permitía reafirmar, sin necesidad de más condicionamientos coactivos, los valores y mecanismos que constituyen su base, y al que una nueva revolución tecnológica y un salto en la globalización parecían prometer una expansión económica impetuosa y duradera, una estabilidad de las relaciones internacionales bajo el

liderazgo, compartido, o padecido, de una sola potencia avasalladora. Bien es cierto que aún se podía discutir acerca de la contribución que los conflictos y la competencia entre los dos sistemas del siglo pasado habían aportado a la democracia y al progreso, o acerca de lo que habían costado a cada uno y a todos. Se podía también discutir acerca de los correctivos a aportar al nuevo orden para limitar las peores consecuencias sociales, o para garantizar la transparencia y honestidad del mercado restaurado, o para frenar el unilateralismo de la potencia dominante. En cualquier caso, a esas alturas el sistema era éste, no podía ser puesto en duda, por el contrario había que apoyarlo para su buen fin y en coherencia con sus principios. Y si acaso, en un día lejano, también él hubiese agotado su cometido y hubiese sido superado, esto no habría tenido de todos modos nada que ver con lo que las izquierdas hubiesen hecho o pensado. Así era la realidad, y todo político con sentido común debía reconocerla, o ladrar a la luna.

Sin embargo, en el lapso de pocos años el cuadro ha cambiado profundamente. También éste es un hecho difícilmente rebatible. Aparecieron, de manera novedosa y en muchos casos, crecientes desigualdades de renta, de calidad de vida, de poder entre las diferentes áreas del mundo y en el interior de cada una de ellas. Se constató la incompatibilidad entre el nuevo funcionamiento del sistema económico y la continuidad de grandes conquistas sociales conseguidas desde hacía tiempo: Estado del bienestar universal, ocupación plena y estable, democracia participativa en las sociedades más avanzadas; para los países subdesarrollados y los más pequeños el derecho a la independencia nacional y alguna tutela contra una intervención armada. Han surgido, dondequiera y con urgencia, nuevos problemas: degradación del medio ambiente, cada vez más acelerada; y degradación moral que debido al individualismo y al consumismo, en lugar de colmarse con nuevos valores y nuevas relaciones humanas el vacío abierto por la crisis, irreversible y en sí misma liberadora de instituciones milenarias, la profundiza y la transforma en la dicotomía entre desregulación y neoclericalismo. A un tiempo evidente y nueva, avanza una crisis del sistema político: impotente por la debilitación de los Estados nacionales, sustituidos por instituciones ajenas al sufragio popular, vaciados por la manipulación mediática del consenso y por la transformación de los partidos en máquinas electorales de reproducción de una clase. También en el plano productivo las tasas de crecimiento se debilitan, y los equilibrios parecen inestables, como algo que va un poco más allá de la mera coyuntura: la financiarización genera como su hija natural a la renta, y tiene como hermana la búsqueda exasperada del beneficio inmediato; por lo tanto, le quita al mercado el criterio acerca de qué producir y cómo verificar la propia eficiencia. Por último, y como con-

secuencia de todo esto, asistimos a la debilitación de la hegemonía, una multiplicación de los conflictos, una crisis del orden mundial, al cual es natural suplir con el empleo de la fuerza, incluso hasta la guerra, que, a su vez, en lugar de resolver agrava todos los problemas.

Admitamos también que el cuadro así dibujado en pocas líneas sea excesivamente lúgubre y sobre todo unilateral, que tales preocupantes tendencias aún están dando los primeros pasos. Y admitamos también que otros elementos, por ejemplo los recursos de la innovación tecnológica, o la aún más sorprendente irrupción de nuevos y grandísimos países y sus actuales éxitos compensen y frenen dichas tendencias. Admitamos por último que la nueva amplitud de la base social que se ha beneficiado de la precedente acumulación o que espera beneficiarse de un bienestar hasta ahora negado, garantice aún el consenso o genere de todas maneras un temor por las mutaciones radicales pero no seguras.

Muchas veces los comunistas han cometido el error de hacer análisis catastrofistas de los que han pagado el precio. Esto no quita que haya tenido lugar un cambio de dirección, más e incluso antes de lo que nadie temiese o esperase. El futuro del mundo y de la civilización no parece prometer nada tranquilizador, no sólo para minorías renuentes o sufrientes, sino para el sentido común de la masa, para una intelectualidad difusa, incluso para algunos sectores de la clase dominante. No estamos en el clima político del siglo XX, pero no se respiran aires de *Belle Époque* (que entre otras cosas, sabemos que no terminó nada bien).

Por tanto, no por casualidad, en pocos años han aparecido en la escena movimientos de lucha y de protesta social, sorprendentes por su extensión, duración, pluralidad de motivos y novedosas temáticas. Movimientos diseminados e intermitentes, carentes de un proyecto unitario y de una organización, ¿movimientos por tanto sociales y culturales más que políticos? Evidentemente, porque nacen de las más diversas situaciones y subjetividades entre sí, y rechazan organización, ideología y política tal como las han conocido y, sobre todo, por la manera en que se presentan hoy en día. Y, sin embargo, se comunican incesantemente entre sí, reconocen adversarios comunes a los que dan nombre y apellido, cultivan ideales y experimentan prácticas que se contraponen radicalmente al estado actual de las cosas, a los valores, a las instituciones, a los poderes que lo encarnan en cada terreno, al modo de producir, de consumir, de pensar la relación entre clases, sexos, países, religiones. En algunos momentos y acerca de ciertos temas, como la guerra "preventiva" en Iraq, han logrado movilizar a una gran parte de la opinión pública. En este sentido son plenamente políticos y tienen un peso.

¿Podemos por ello tranquilizarnos? ¿El "viejo topo" finalmente liberado del peso de doctrinas y disciplinas que podrían frenarlo ha vuelto a excavar y, a la larga, nos llevará a un "mundo nuevo"? Me gustaría creerlo, pero lo dudo.

También aquí los hechos hablan por sí solos. Por un lado es necesario mirar de frente, sin melancolía ni fingimiento, la manera en que, de momento, evoluciona la situación real. No es lícito decir que esté cambiando gradualmente para mejor, ni que la lectura de las cosas esté produciendo un deslizamiento general de las relaciones de fuerza a favor de la izquierda. Para dibujar alguna que otra referencia concreta: el matrimonio de conveniencia entre la economía asiática y la estadounidense ha permitido a la primera un despegue sorprendente y ha garantizado a la segunda asegurarse beneficios imperiales y continuar consumiendo por encima de sus propios medios, pero, entretanto, ha contribuido al estancamiento europeo, y ha provocado una nueva gran crisis. La guerra, en lugar de estabilizar al Oriente Medio, ha "incendiado la pradera". La unidad europea, en lugar de progresar como fuerza autónoma, ha retomado y acentuado su dependencia del modelo anglosajón y de su política internacional. En América Latina, después de muchos años, fuerzas populares y antiimperialistas están en el gobierno de muchos países, pero tanto en Asia central como en el Este europeo se multiplican en cambio los clientes de los Estados Unidos. En Europa ganó Zapatero, pero en Italia, tras una breve y fatigosa victoria de una amplia coalición de centroizquierda, ha vuelto Berlusconi en una versión peor. En Alemania los democristianos han vuelto a asumir el liderazgo, en Francia toda la *gauche* está desconcertada, en Inglaterra el *New Labour* ha resistido largo tiempo en la línea de Blair pero pierde en beneficio de los conservadores. Los sindicatos, después de uno que otro signo de reactivación, casi en todos sitios se encuentran estancados, permanentemente a la defensiva, y las condiciones reales de los trabajadores están sometidas a la presión de este marco político y al chantaje de la crisis económica y de los déficits en el balance.

Tal vez se pueda prever, globalmente, que de la abollada política tipo Bush cambie a una política más prudente de tipo Clinton: poco que ver con un verdadero cambio de dirección política adecuado a los nuevos y apremiantes problemas del mundo. Ni en economía ni en política existe ningún *New Deal* en camino, y el reformismo, invocado por todos en todas sus versiones, es pálido y evasivo. Y, aun así, por necesidad o por elección, es esta versión la que se mantiene al mando.

También en cuanto a las fuerzas que se oponen al sistema y lo refutan se puede y se debe hacer un balance veraz, no muy reconfortante por ahora. Evidentemente es importante que los nuevos movimientos sociales sigan en escena, que en ciertos casos se extiendan a nuevas

regiones o contribuyan a producir una cierta renovación política, y que de cualquier manera hayan evidenciado problemas decisivos y siempre olvidados: el agua, el clima, la tutela de la identidad cultural, las libertades civiles para minorías tales como inmigrantes u homosexuales. Sería por tanto erróneo hablar sólo de reflujo o de crisis. No obstante, lo es igualmente hablar, como se ha hecho en algún momento, de una "segunda potencia mundial" en acto o en construcción. Porque en las grandes batallas en que se habían empeñado unitariamente —la paz, el desarme, la abolición de la OMC, o del Fondo Monetario Internacional, la Tasa Tobin, las energías alternativas, el precariado— los resultados han sido irrelevantes y su capacidad de iniciativa ha disminuido. El pluralismo ha resultado ser, además de un recurso, también un límite. La organización, cuestionada hasta donde se quiera, no puede reducirse a Internet o a la réplica de los foros por mucho tiempo. Verdades parciales irrenunciables, en vez de ser una etapa de un recorrido, como el rechazo de la política, el poder desde abajo y la revolución sin poder corren el riesgo de convertirse en una subcultura cristalizada, en una retórica repetitiva que obstaculiza una reflexión sobre sí misma y sobre cada laboriosa definición de las prioridades. Por último y, sobre todo, no por culpa suya por supuesto, a los nuevos movimientos se ha aproximado otro tipo de oposición radical a la modernidad capitalista, esa que anima el fundamentalismo religioso o étnico, que encuentra en el terrorismo su forma extrema, pero que involucra e influencia a masas imponentes.

El balance parece aún más exiguo si, entre las fuerzas de la oposición, queremos concentrar la mirada sobre las fuerzas políticas organizadas de la extrema izquierda, que han resistido valientemente el colapso posterior al ochenta y nueve, se han consagrado a planes de renovación y han acompañado nuevos movimientos y luchas sindicales. Tras años de trabajo, en una sociedad en ebullición, estas fuerzas resultan marginales, divididas entre sí y en el interior de sí mismas, se sitúan entre el 3 y el 10 por ciento en términos electorales y están, por ende, constreñidas a elegir entre un radicalismo minoritario o establecer acuerdos electorales de los que hay que pagar un elevado precio.

En resumen, si queremos ser sinceros, se puede decir, parafraseando a algunos clásicos del marxismo, que nos encontramos de nuevo frente a una fase en la que "el viejo mundo puede producir barbarie, pero no aparece un nuevo mundo capaz de sustituirlo". La razón de este callejón sin salida no es difícil de ver, aunque sea difícil de modificar. Neoliberalismo y unilateralismo, contra los que se combate en esta fase justamente, son la expresión de una de las variantes de algo más profundo y permanente, que ha intervenido en el sistema llevando al extremo su vocación originaria. Dominio de la economía sobre

cualquier otra dimensión de la vida individual y colectiva; dominio en la economía del mercado globalizado y en el mercado dominio de las grandes concentraciones financieras sobre la producción, y en la producción, de los servicios con respecto a la industria, y sustitución de los bienes inmateriales por consumos inducidos más allá de las necesidades reales; decadencia de la política en la forma Estado-nación, a la vez vaciada por la fragmentación y por la manipulación de esa voluntad popular que tenía que orientarla y sostenerla; en fin, unificación del mundo pero bajo el signo de una precisa jerarquía en cuya cumbre permanece una potencia avasalladora. Un sistema por tanto descentralizado en apariencia, pero en el que en última instancia las decisiones más importantes están concentradas en manos de unos pocos, los que detentan monopolios decisivos. En orden creciente: el tecnológico, el de las comunicaciones, el financiero, el militar.

Quien sostiene todo esto —como nunca y más que nunca— es la propiedad bajo la forma del capital, a la búsqueda incesante e irrenunciable del propio incremento, proceso que ha conquistado plena autonomía respecto al territorio en el que se coloca y sobre cualquier otra finalidad que lo vincule; que por medio de la industria cultural puede directamente crear necesidades, conciencias, estilos de vida; que puede seleccionar la clase política e intelectual; que puede condicionar la política exterior, los gastos militares, las orientaciones de la investigación; que por fin, pero no por último, puede incluso modelar las relaciones de trabajo, escogiendo el dónde y el cómo reclutarlo y las maneras más adecuadas para minar el poder contractual.

Con respecto a las fases precedentes, la novedad más relevante está pues en el hecho de que, incluso en los momentos y por los aspectos por los que entra en crisis o se produce una quiebra, el sistema reproduce de una manera o de otra sus propias bases de fuerza y de interdependencia y logra desestructurar o chantajear a sus propios antagonistas. Evoca y al mismo tiempo entierra al mismo sepulturero. A fin de contrastar y superar tal sistema es cada vez más necesario definir otro sistema a su vez coherente, la fuerza para imponerlo, la capacidad de gestionarlo, un bloque social que pueda sostenerlo, etapas y alianzas adecuadas a tal empresa. Cuanto más puede y tiene uno que liberarse del mito del catatrofismo y de la conquista del poder estatal por parte de una minoría jacobina que aprovecha la ocasión, tanto menos se puede encomendar a una sucesión de revueltas dispersas o de pequeñas reformas que espontáneamente se constituyan en una gran transformación.

He aquí porqué me parece que las cosas por sí mismas imponen a una izquierda, que hoy en día navega en una gran confusión, una reflexión sobre la "cuestión comunista". No empleo fortuitamente am-

bas palabras. Digo *reflexión* —no recuperación ni restauración— para subrayar el hecho de que ha concluido una fase histórica, y la fase nueva impone una innovación radical de ésta, así como de cualquier otra tradición teórica o práctica (de sus orígenes, de sus desarrollos, de sus resultados). Digo *comunista*, porque me refiero no sólo o no tanto a textos interpretados desigualmente en los cuales redescubrir verdades eclipsadas pero permanentes, ni a nobles intenciones de las cuales uno se ha desviado. Me refiero específicamente y en su conjunto, a una experiencia histórica que ha expuesto el tema de una revolución anticapitalista de forma explícita, dirigida por la clase obrera organizada en un partido, que ha acogido durante décadas, alrededor de esta empresa, a millones y millones de hombres, ha combatido y ganado una guerra mundial, ha gobernado grandes Estados forjando su sociedad e indirectamente ha influido sobre los acontecimientos del mundo y, al final, no por casualidad evidentemente, ha degenerado y ha sido duramente vencida. Para bien o para mal, esa experiencia ha marcado casi un siglo entero.

Hacer un balance del comunismo del siglo XX: cualesquiera que sean las convicciones de las que se parta o las conclusiones a las que se llegue, pero con espíritu de verdad, sin falsificación de los hechos, sin justificaciones y sin sacarlo del contexto. Separar el trigo de la paja, la contribución dada a avances históricos permanentes y decisivos y los costes tremendos que ha comportado, las verdades teóricas intuidas y los resplandores del pensamiento. Distinguir las diversas fases de una evolución y buscar en cada una no sólo los errores cometidos y los sucesivos elementos degenerativos, sino sus causas subjetivas y objetivas y también las ocasiones, que se ofrecían realmente, para enfilar caminos distintos con objeto de alcanzar el fin perseguido. En suma, reconstruir el hilo de una empresa titánica y de una caída dramática, sin exhibir una neutralidad imposible y sin rebajas, sino buscando una aproximación a la verdad.

Con el fin de enfrentar estos temas todos tenemos, hoy en día, el extraordinario privilegio de saber cómo ha concluido la cuestión y el estímulo que nace de la conciencia de encontrarnos de nuevo en una crisis de civilización. Utilizar el presente para comprender mejor el pasado, y comprender bien el pasado a fin de orientarse en el presente y en el futuro. Si se evita este tipo de reflexión, si se considera el siglo XX como un montón de cenizas, si se subestiman las grandes revoluciones, las duras luchas de clases, los grandes conflictos culturales que lo han atravesado, el socialismo y el comunismo que lo han animado; o si se reduce todo a un enfrentamiento entre "totalitarismos" y "democracia" (sin distinguir los diversos orígenes y las diversas finalidades de los "totalitarismos" y prescindiendo de la política concreta de la "democra-

cia"), no sólo creo que se altera la historia, sino que le quedarían faltando a la política pasiones y argumentos para afrontar tanto antiguos y dramáticos problemas, que hoy se presentan de nuevo, como los nuevos que emergen y exigen cambios profundos y un discurso racional.

Porque el "siglo breve" es una época grande y complicada, cruzada por contradicciones dramáticas, cada una de las cuales reenvía a otras y reclama por tanto una visión general del contexto. Porque está aún tan cercano en la memoria colectiva como para dificultar la necesaria distancia crítica. Porque va a contracorriente con respecto al sentido común prevaleciente hoy en día, que no sólo considera cerrado ese capítulo, sino que niega en general que la historia pueda ser, en conjunto y en el largo plazo, descifrable, y por tanto niega la utilidad de oponerle el presente y de preparar categorías interpretativas adecuadas. n fin, porque, para contrastar este sentido común, sería necesaria ahora más que nunca una ruptura de la continuidad, ser capaces de hacer emerger desde el comienzo de la lectura crítica del pasado los primeros esbozos de un análisis apropiado del presente y un proyecto de acción futura (éste fue el punto de fortaleza del marxismo, incluso en aspectos que muy pronto se revelaron caducos).

Ahora bien, soy perfectamente consciente de no tener en absoluto el tiempo de vida, las competencias, los recursos de inteligencia para prestar una ayuda significativa a una empresa de este alcance. Sin embargo siento la responsabilidad, no sólo individual sino generacional, de contribuir a este fin contando con los pocos recursos de que dispongo para ello. El primer paso, para mí, tiene que ser el trabajo de reconstrucción e investigación acerca de algunos nudos cruciales de la historia del comunismo italiano. La elección no tiene motivación autobiográfica ni una visión provinciana. Por el contrario, precisamente en esta elección, circunscrita a un objeto concreto, está implícita una hipótesis de trabajo que va a contracorriente, que obliga, y quizá al final permite, alguna conclusión general. Me explico. Hoy en día prevalecen dos lecturas diferentes del comunismo italiano, opuestas entre ellas y cada una con finalidades múltiples y movidas desde vertientes diversas. La primera lectura sostiene, de forma más o menos tosca, que el PCI, por lo menos desde finales de la guerra, siempre ha sido, en sustancia, un partido docialdemócrata, incluso sin quererlo decir y quizá sin tampoco saberlo; su historia ha sido una larga marcha, demasiado lenta pero constante, de autorreconocimiento; tal retardo le ha costado la larga exclusión del gobierno del país, pero aquella identidad sustancial le ha asegurado la fuerza y luego garantizado la supervivencia, a pesar de la crisis. La segunda lectura sostiene que a pesar de la Resistencia, la Constitución republicana, el papel desempeñado en la ampliación de la democracia, a pesar de algunas pruebas de autonomía y la hostili-

dad ante toda hipótesis insurreccional, en última instancia el PCI fue una articulación de la política soviética y siempre llevó en el corazón la perspectiva de aquel modelo: sólo hacia su final ha tenido que rendirse y cambiar su identidad. Ambas lecturas no sólo resultan contradichas por múltiples hechos, sino que borran lo más original e interesante que ha habido en aquellos acontecimientos.

Quisiera, por el contrario, afirmar que el PCI ha representado, de modo intermitente y sin desarrollarla plenamente, la tentativa más seria, en una determinada fase histórica, de abrir el camino a una "tercera vía": es decir, de conjugar reformas parciales, búsqueda de amplias alianzas sociales y políticas, empleo convencido de la democracia parlamentaria, con difíciles luchas sociales, con una explícita y compartida crítica de la sociedad capitalista; de construir firmemente un partido compacto, militante, rico en cuadros ideológicamente formados, pero de masas; de corroborar la propia pertenencia a un terreno revolucionario mundial, padeciendo por ello pero conquistando una relativa autonomía. No se trataba de un simple doble frente: la idea estratégica aglutinante era que la consolidación y la evolución del "socialismo real" no constituía un modelo que un día también habría sido posible aplicar a Occidente, sino el bagaje necesario para realizar, respetando las libertades, otro tipo de socialismo. Es esta tentativa la que explica el crecimiento de su fuerza en Italia —que continuó también después de la modernización capitalista— y de su influencia internacional, incluso después de las primeras y llamativas señales de crisis del "socialismo real". Sin embargo, recíprocamente, su decadencia y su disolución final en una fuerza liberal-demócrata, más que socialdemócrata, obliga a explicar cómo y cuándo esa tentativa ha fracasado. Permitámonos hallar las razones objetivas y subjetivas de esta parábola y preguntarnos si, cómo y cuándo, se han ofrecido vías mejores para corregirla. Si esto es cierto, y si se lograra demostrarlo concretamente, entonces la historia del comunismo italiano podría no ser tan sólo la historia de un partido, sino que podría decirnos algo relevante acerca del hecho global, ya sea de la Italia republicana, ya sea del movimiento comunista en general, permitiría valorarla en su mejor versión y apreciar a fondo los límites no superados. (Quizá el mismo interés, en un contexto completamente diferente y para quien fuese capaz de ello, podría tener el igualmente especial fenómeno del comunismo chino, hoy muy admirado por sus éxitos económicos, aunque completamente inexplicado en su pasado e indescifrable en su futuro).

La segunda razón por la cual centro la atención en el comunismo italiano es menos importante pero no irrelevante. En torno a la historia de los comunistas, italianos incluidos, diferentes historiadores han trabajado con seriedad considerable y riqueza de información acerca del

periodo comprendido entre la Revolución rusa y la segunda posguerra; de manera más episódica y llena de lagunas y prejuicios acerca del periodo siguiente. Quedan pendientes, en ambos casos, un balance total y una valoración equilibrada. No sorprenden tanto las controversias, más que justificadas, cuanto la bifurcación entre la esmerada exploración de la documentación disponible y el panfletarismo faccioso. Obviamente, no hay que asombrarse de ello, porque en su trabajo, tanto en el pasado como en tiempo reciente, han pesado, primero, un clima de choque político duro, luego la improvisación y el inesperado derrumbamiento: tanto el uno como el otro indujeron en algunos la sobriedad del especialista, o permitieron cómodas simplificaciones a otros. Sin embargo, más allá de esto, se opone también un obstáculo a la búsqueda y a la reflexión del historiador más escrupuloso y más agudo: la limitación y la difícil interpretación de las fuentes.

En efecto, los partidos comunistas han sido bastante poco transparentes por ideología, forma organizativa y por las condiciones en que tenían que funcionar. El debate en torno a los temas fundamentales se concentraba en sedes muy restringidas, a menudo informales, cuyos miembros estaban obligados a la discreción y que, también entre ellos, se expresaban en términos cautos, compatibles con la preocupación por la unidad.Las decisiones políticas tomaban muy en serio las orientaciones individuales de los militantes y los estímulos de un debate a menudo concurrido y vivaz, pero eran aceptadas y defendidas por todos, incluso con matices diferentes. La selección de los cuadros dirigentes tenía en cuenta las capacidades realmente demostradas, pero luego tenía lugar la cooptación por la cúpula, en la que también pesaba el patrón de la fidelidad. En determinados países, y en determinados momentos, la comunicación externa, o con la propia base, no titubeaba en censurar los hechos ni en aportar explicaciones sumarísimas de la política adoptada, porque prevalecía el objetivo de consolidar la movilización y el consenso aun cuando fuese en detrimento de la verdad. Ahora bien, incluso en donde, como en Italia, a partir de los años sesenta, crecían los espacios de tolerancia ante algún disenso, por ejemplo en los Comités Centrales, ello se expresaba con un lenguaje prudente y en parte críptico. El trabajo de catalogación y archivo, en todas las instancias, era muy esmerado, pero también muy sobrio y a menudo, voluntariamente o por obligación, autocensurado.

Durante los momentos de "giro", el principio siempre vigente ha sido el de la "renovación en la continuidad". En cambio quien era alejado, o se alejaba del partido —siendo el partido, por elección propia y por imposición del adversario, una comunidad de vida— padeció un pesado aislamiento humano que alimentaba durante mucho tiempo un recíproco sectarismo. Para reconstruir la historia real, sin equívo-

cos y sin censuras, no basta pues una lectura seria de los periódicos y documentos de la época; alguna entrevista póstuma o el acceso a los archivos por fin abiertos. Hace falta también la mediación de la memoria de quien ha participado como protagonista, o como observador directamente informado, y puede decir algo más sobre aquello que los documentos callan o interpretar de estos, más allá de la letra, el sentido y la importancia. Pensemos, para tomar un ejemplo extremo, cuánta luz habría podido arrojar a la historia de los tres últimos lustros de Unión Soviética, un auténtico informe de los hechos y las discusiones y una valoración meditada, por parte de Gorbachov, cuando ya se daban todas las condiciones para hacerlo.

Todos sabemos, sin embargo, cuánta insidia comporta la memoria individual, bien porque ésta disminuye con la edad, o bien porque por el hecho de haber compartido responsabilidades relevantes o haber padecido un agravio injusto puede hacerse selectiva o tendenciosa. En vez de hablar de la historia que nuestra vida nos permite conocer para acercarnos a la verdad, es fácil releer esta historia con las anteojeras de las propias vivencias. Seguramente no hay nada de malo en ello. Por el contrario, también este empleo de la memoria puede ser de gran ayuda cuando se hace y se manifiesta honestamente. Proust, Tolstói, Mann o Roth han contribuido más agudamente a la comprensión de la historia de su época que sus historiadores coetáneos.

Sin embargo, yo he hablado de "mediación de la memoria" en un sentido distinto. Por elección y por necesidad. No encuentro muy interesantes mis vivencias y si así fuera no tendría la capacidad de comunicarlas. Mi incidencia en la política además ha sido limitada, se ha concentrado en precisos y raros momentos, se ha ejercitado más a través de algunas ideas, a menudo demasiado anticipadas pero recurrentes, que en acciones de resultado feliz. Siento por lo tanto la necesidad y la utilidad de una memoria disciplinada, con una que otra verificación documentada por los hechos, por la confrontación con diferentes memorias, objetivada lo más posible, como si se tratase de la vida de otro, para que nos pueda acercar a una interpretación plausible de lo que realmente ha ocurrido o pudo ocurrir. La autobiografía sólo intervendrá si es estrictamente necesario.

Desde este punto de vista creo tener una condición ventajosa. Me hice en efecto comunista, por razones de edad, cuando el clima del fascismo y la Resistencia se había cerrado hacía una década, más bien después del XX congreso del PCUS y los hechos de Hungría, y después de haber leído además de a Marx, Lenin y Gramsci, también a Trotsky y el marxismo occidental heterodoxo. No puedo decir entonces: lo he hecho para combatir mejor el fascismo, o bien que no sabía nada del estalinismo y de las "purgas". He entrado porque creía, como he seguido

luego creyendo, en un proyecto de cambio radical de la sociedad del que había que soportar los costes. Tengo que explicar luego, ante todo a mí mismo, si tenía razón en hacerlo. He militado en aquel partido, nunca en lugares de poder, en directa relación con el grupo dirigente, durante quince años de un debate apasionado y de experiencias importantes, en los que he participado con posiciones minoritarias pero con cierta influencia, y con pleno conocimiento de aquello que sucedía. Años decisivos, sobre los que aún se sabe demasiado poco, o de los que demasiadas cosas han sido eliminadas y yo en cambio puedo añadir algo.

He sido separado del partido en 1970, con otros compañeros, porque dimos vida a una revista, *Il manifesto*, considerada inadmisible, porque de por sí resquebrajaba el centralismo democrático, porque solicitaba explícitamente una crítica más neta del modelo y la política soviéticos, y en fin, porque pedía replantear la estrategia del partido, aceptando sugerencias de los nuevos movimientos obreros y estudiantiles. Por lo tanto nadie puede desconfiar de mí por haber callado, ni por cultivar viejas ortodoxias. De todas formas, estoy obligado, a mi vez, a cuestionarme el porqué de que tantas buenas razones y análisis, a menudo proféticos, hayan quedado aislados y hayan errado el objetivo.

He vuelto con numerosos compañeros al PCI al comienzo de los años ochenta, consciente de los límites de un extremismo sobre el que nos ilusionamos, aunque no como arrepentido, porque el cambio de rumbo del último Berlinguer pareció recomponer muchas de las diferencias que nos habían separado. Al encontrarme esta vez en la Dirección del partido, conservo conocimiento directo del proceso que ha limitado primero, y luego vaciado, aquel cambio de orientación, mostrando también el retraso y los límites. Un periodo acerca del que aún ahora la reticencia es grande, y la autocrítica desmedida no encuentra contraste. He participado, esta vez en primera fila, en la batalla en contra de la decisión de deshacer el PCI, no porque fuese demasiado innovadora, sino porque innovaba de modo y en dirección equivocados, es decir, que liquidaba sin discernimiento una rica identidad; abría no ya el camino a una socialdemocracia, a su vez en crisis, sino a una fuerza liberal-demócrata y moderada; mandaba a casa a un ejército que aún no estaba a la desbandada y suplía con veleidoso "*nuovismo*" el vacío de elaboración. Después de todo lo que ha seguido, soy uno de los pocos en creer que aquella operación careció por completo de fundamento, aunque con mayor razón estoy obligado a preguntarme por qué ha prevalecido.

He participado, en fin, con alguna duda, en la construcción de *Rifondazione Comunista*, porque temía que faltaran las ideas, la voluntad y la fuerza para tomar en serio tal nombre: es decir, temía una deriva maximalista y luego un acomodo politiquero. Me he alejado de ello,

porque en aquel proyecto sigo creyendo, pero no reconozco en aquella organización, como tampoco en la diáspora de la izquierda radical, suficiente determinación y capacidad para llevarlo adelante. De este reciente hecho tormentoso casi ninguno sabe o entiende mucho, por lo que hablar honestamente de ello puede ser, por tanto, útil.

De manera que soy un particular archivo viviente arrojado en el desván.

Si para una persona ya anciana el aislamiento es decoroso, para un comunista es el pecado más grave, del que hay que dar cuenta. El "último de los mohicanos" puede ser un mito, el comunista solo, y enfadado, se arriesga al ridículo si no se hace a un lado. Así y todo, si el pecado (perdónenme la irónica concesión a la moda y la conveniencia que hoy en día empuja a muchos otros a la repentina búsqueda de Dios) abre el camino del Señor, justamente el aislamiento podría permitir una útil distancia. No puedo decir "no estaba", "no sabía"; por el contrario algo he dicho cuando era incómodo decirlo, tengo por tanto la libertad de defender aquello de lo que no debe renegarse y de preguntarme lo que se podía hacer o se podría aún hacer más allá del *bric-à-brac* de la política de cada día.

No es cierto que la historia pasada, de los comunistas y de todos, estaba ya predeterminada por completo, tal como tampoco es cierto que el futuro está por completo en manos de los jóvenes que vendrán. El "viejo topo" ha cavado y sigue cavando, pero, siendo ciego, no sabe bien de dónde viene y adónde va, o si gira en círculos. Quien no quiere o no puede encomendarse a la Providencia, tiene que hacer lo posible por entenderlo y así ayudarla.

[Capítulo I]

LA HERENCIA

Este libro no quiere y no puede ser una historia acabada y específica del PCI, incluso aunque constituya su campo privilegiado de investigación. Es mucho menos y algo más.

Mucho menos porque se concentra en un período preciso, del Giro de Salerno[1] a los años noventa, en el que la identidad particular, cultural y política del PCI resulta mejor definida y en el que, por su fuerza y capacidad, ha tenido una incidencia relevante en Italia y en el mundo. Algo más porque elige y aísla algunos pasajes decisivos de aquel mismo periodo, para integrar una información embarazosamente plagada de carencias con la ayuda de la memoria personal, o en todo caso directamente recogida. O bien para corregir interpretaciones y juicios, poniéndolos lo más posible en el contexto histórico general y en retrospectiva, estimulando la reflexión para sacar de ello algún elemento, no arbitrario, de aquello que se llama "historia contrafactual" y alguna sugerencia acerca del presente y sobre el futuro.

Quisiera, sin embargo, anteponer algunas consideraciones tanto sobre los hechos generales y concretos de los cuales había nacido el PCI, que constituían sus recursos y le suponían algunos límites, como sobre un patrimonio cultural que se ofrecía a su intento

1 Bajo la dirección de Togliatti el PCI desarrolló el llamado Giro de Salerno (*Svolta di Salerno*), basado en el apoyo del Partido a las medidas democráticas necesarias para implantar en Italia la República, procediendo al abandono de la lucha armada para establecer el socialismo. Este giro, en contraste con las demandas de un amplio sector de su base, significó además el desarme de los miles de partisanos comunistas de la Resistencia Italiana (N. de T.).

de innovación. Organizo estas consideraciones preliminares en dos grupos obviamente diferenciados, cada uno con un título intencionalmente provocador: "El fardo del hombre comunista", que no ofrece descubrimientos originales, pero que recobra hechos conocidos por los historiadores pero recientemente eliminados o adulterados en la memoria colectiva y en la misma cultura oficial; y "El genoma Gramsci", es decir la extraordinaria mina subterránea de ideas que Gramsci le ofrecía al PCI, explotada de manera fecunda, pero según la conveniencia y, en todo caso, sólo parcialmente.

EL FARDO DEL HOMBRE COMUNISTA

1. Durante los últimos tres lustros del siglo XIX, y hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial, surgió, en Europa aunque no sólo allí, un nuevo sujeto bien definido social, política y culturalmente. Éste cargaba a cuestas una larga y atormentada gestación: momentos extraordinarios de manifestación revolucionaria (1848, la Comuna) concluidos en derrotas igualmente fogosas; conflictos ideológicos arduos y nunca completamente superados (anarquistas neojacobinos, socialistas utópicos, etcétera); varias experiencias prácticas (sindicales, cooperativistas, comunitarias); todo ello integrado y modelado en contextos nacionales muy diferentes entre sí. Con todo, al final emergió un protagonista indiscutiblemente hegemónico, el socialismo de orientación marxista, organizado como partido y ligado a sindicatos, cooperativas, diarios, revistas, a escala nacional y con explícitos y laboriosos vínculos internacionales: la Segunda Internacional.

Sobre sus legítimos padres no existe duda posible. Ha nacido de un encuentro históricamente determinado. Por un lado una nueva clase, que el desarrollo económico tan rápidamente producía como rápidamente excluía, bien definida en cuanto a la relación entre capital y trabajo asalariado. Esta clase, que por entonces se iba concentrando en la gran industria, era capaz de promover reivindicaciones y luchas colectivas, y al mismo tiempo (con la Revolución francesa como bagaje) ya no se trató de plebe indistinta y resignada, ya que tenía al menos una confusa conciencia de sus derechos sociales y políticos. Por otra parte, un pensamiento fuerte, el marxismo, que había echado raíces en la herencia a la vez reconocida y criticada de la cultura moderna, ofrecía a ese nuevo sujeto social no un apoyo genérico, sino robustos instrumentos intelectuales para la comprensión de las razones estructurales de sus padecimientos, para descifrar y afrontar una interpretación general de la historia, para dar fundamento y plausibilidad a un proyecto de transformación general del sistema y, por lo tanto, lo convocaba para que se erigiera a sí mismo en organización política y para asumir el

papel de futura clase dirigente. Tal encuentro no estuvo desprovisto de obstáculos y controversias, aún después de los inicios organizativos e incluso hasta entre los que se declaraban sinceramente marxistas. Controversias teóricas (desde el "marxismo" de cátedra influenciado por el mecanicismo positivista o el eticismo kantiano, hasta el economicismo tradeunionista); controversias políticas (sobre el sufragio universal, sobre la importancia del Parlamento, sobre el colonialismo, sobre las cuestiones obreras). No hace falta detenerse en esto, no sólo porque existe una gran literatura sobre ello, sino sobre todo porque las controversias no impidieron a aquel sujeto en formación definir en todo caso, también al precio de alguna mediación y algunas ambigüedades, una identidad cultural y de lograr una dirección política unitaria.

Es útil en cambio recordar, porque ha sido velado por sucesivas y más abruptas divisiones y hoy casi olvidado, el éxito de esa tentativa que se alcanzó durante el periodo de su despegue, es decir, su extraordinaria ascensión, en todas sus vertientes, en el curso de algo más de veinte años y los resultados conseguidos, muchos de los cuales fueron permanentes. Conquistas políticas: ampliación sustancial en varios países importantes del acceso al voto, espacios de libertad de palabra, de prensa y de organización, aunque al precio de cruentas represiones, encarcelamientos, exilios. Conquistas sociales: reducciones del horario de trabajo, derecho a las "asociaciones de trabajadores", es decir a la contratación colectiva, primeros pasos de la asistencia sanitaria y de previsión y tutela de mujeres y niños, instrucción elemental obligatoria. Crecimiento organizativo (en Alemania casi un millón de miembros) y crecimiento electoral (alrededor de 1910 la socialdemocracia alcanzó, no sólo en Alemania, más del 35% de los votos y se convirtió en el primer partido en el Parlamento). Por último, victorias culturales: el marxismo penetró en las universidades (además de que lo hiciera en las fábricas, en las cárceles o en Siberia) donde formó grupos dirigentes de gran valor e impuso a los mayores intelectuales que lo impugnaban la necesidad de tomárselo en serio. También alguna manifestación revolucionaria contra estados autoritarios, derrotada pero no inútil como en Rusia en 1905, o vencedora como en México. Una ascensión tan sorprendente y rápida estaba ligada a una unidad de fondo que, más allá de las disidencias puestas sobre el tapete o de aquellas que se estaban gestando en relación con algunos puntos, fue suficiente para definir una identidad, para movilizar grandes esperanzas en las grandes masas. No había socialista, por reformista y gradualista que fuese, que no creyera en la necesidad y en la posibilidad de una superación del sistema capitalista como objetivo final de su compromiso. No había socialista, por revolucionario e impaciente que fuese, que negara la importancia de las batallas parciales como instrumentos para mejorar, en caso de victoria,

las condiciones de vida de los trabajadores, o al menos, en caso de derrota, pero tras una buena lucha, para conseguir un grado más elevado de consenso y movilización para la propia causa. No había, en suma, socialista que negara la necesidad de una organización política permanente y estructurada, con una precisa connotación de clase, y como sede para la formación de una conciencia de clase. Tanto la palabra *socialista* como la palabra *comunista*, por lo tanto, no se presentaban en aquel contexto como divergentes, ni mucho menos inconciliables; designaban, por el contrario la diferencia y la complementariedad entre una fase de transición, más o menos larga, y la meta a la que dicha transición tenía que llevar.

Es suficiente la restauración de la memoria de aquella fase fundacional para contarnos algo importante acerca de tantas tonterías que atormentan la discusión de nuestros días. Sobre todo en cuanto a lo fundamental que ha sido la contribución del movimiento obrero marxista para el nacimiento de la democracia moderna, en sus características esenciales y distintivas: soberanía popular, nexo entre libertad política y las condiciones materiales que la hagan viable. La importancia que ha tenido el nexo entre organización, pensamiento estructurado, participación de las masas para hacer de una plebe, o de una multitud de individuos, un protagonista colectivo de la historia real. En fin, lo igualmente absurdo que es suplir hoy un vacío de análisis y teoría barnizando de nuevo ideas ya raídas y empleadas hace un siglo como el *anarquismo*; o el uso de palabras antiguas como *socialdemocracia*, para indicar ideas o decisiones completamente diferentes de aquello para lo cual éstas habían nacido.

2. Sin embargo, a la vuelta de pocos años, aquel movimiento que parecía encaminado a ser una "potencia" se precipitó en una crisis vertical, se rompió en varios fragmentos. ¿Por qué? Porque chocó con un acontecimiento tan sobrecogedor como difícil de leer y de gobernar: la Primera Guerra Mundial.

Parece muy extraño, si no fuera revelador, el hecho de que, todavía hoy, el acalorado debate sobre el siglo XX, y en particular sobre sus aspectos trágicos, haya descuidado o marginado aquel paso histórico fundamental y "constituyente»" para el siglo entero. En realidad, la incapacidad de elaborar una explicación convincente de aquella guerra, de sus causas, de su alcance y de sus consecuencias no es sorprendente en sí misma. La generación que la vivió y participó en ella con convicción, pronto midió concretamente la tragedia: millones y millones de muertos y minusválidos, economías demolidas, Estados e imperios que se disolvían —particularmente en los países perdedores, aunque también en toda Europa— golpearon a toda la sociedad y a casi todas

las capas sociales, a certezas y culturas que parecían consolidadas. La sorpresa fue grande para todos, porque las razones y la responsabilidad de tal desastre parecieron, en aquel entonces, inexplicables; no hubo una crisis económica o social que empujara a un conflicto militar de aquellas dimensiones y aquellos costes, el reparto colonial del mundo casi había concluido con mediaciones aceptadas, la competencia entre las potencias por la hegemonía, incluso evidente, se desarrollaba sobre el terreno financiero y tecnológico. Las mismas clases dominantes, si bien desde hacía tiempo estaban ocupadas en un rearme con el objetivo de demostrar su poder, no preveían y no deseaban una guerra mundial, las alianzas entre éstas parecían casuales y contradictorias, hasta el final se resistieron a dar el paso decisivo. Ahora bien, después la chispa de Sarajevo y una concatenación casi casual de provocaciones hechas a la ligera llevaron a que se desencadenara una guerra mundial, a la que los nuevos armamentos dieron el carácter nunca antes conocido de "guerra total". Y masas enormes participaron en ella con la plena convicción de "defender la propia patria y la propia civilización", sobrellevando el papel de "carne de cañón". Esta conciencia doble y contradictoria ("la guerra como accidente" o la "guerra de defensa contra el agresor") marcó durante mucho tiempo la memoria colectiva, a la cual también contribuyó la gran intelectualidad. Más tarde intervino, crítica pero igualmente limitativa, la teoría —Croce es un ejemplo de ello— del "paréntesis de irracionalidad"; por último, prevaleció de manera estable la lectura de la Primera Guerra Mundial como lucha entre las "democracias" occidentales (que, sin embargo, también eran entonces las mayores potencias coloniales) y los imperios autocráticos (una pena que el Kaiser y el Zar hubieran combatido en campos diferentes y que los estadounidenses sólo intervinieran a última hora). Ésta es la lectura hoy codificada: la Primera Guerra Mundial como anticipación de un choque que luego se propuso de nuevo en la Segunda Guerra Mundial y en la Guerra Fría (no al azar un presidente de la República italiana, buena persona, ha llegado a definir recientemente como "cuarta guerra de independencia" a aquel primer conflicto que un papa definió justamente como "masacre inútil"). Sería interesante profundizar este discurso, para dedicarlo a los muchos que absuelven al capitalismo y al liberalismo de responsabilidad por la cara oscura del siglo XX, incluidos los vínculos que lo unen a la actual teoría de la guerra preventiva. Así y todo eso nos llevaría muy lejos de lo que nos interesa aquí: las consecuencias de la Primera Guerra mundial sobre el movimiento obrero marxista, sobre sus divisiones y metamorfosis, sobre el nacimiento del comunismo. No se puede decir honestamente que el movimiento obrero se haya visto sorprendido. Al contrario, ya a caballo entre ambos siglos, no sólo se desarrolló una discusión en que el tema de la guerra poco a

poco adquiría mayor relieve, sino que se iba directamente al corazón del problema, se indagaban las causas, se la relacionaba con una lectura general de la fase histórica, con una seriedad de análisis y un empeño teórico cuyo nivel añoramos ahora.

Quien de manera ritual repite que el marxismo siempre ha estado preso dentro de un esquema, que es por naturaleza incapaz de captar las continuas transformaciones del sistema al que se opone, puede encontrar aquí un posible desmentido: hablo del gran debate sobre el imperialismo, en el que el problema de la guerra era parte y conclusión precisamente en muchos análisis realizados en las últimas décadas de la gran transformación del capitalismo. Esta transformación obligaba ya a revisar muchas de las previsiones contenidas en el *Manifiesto* de Marx, y de las estrategias ligadas a éste, invertía y relacionaba fenómenos diferentes y contradictorios. Sólo por citar los más importantes: el salto tecnológico, entonces representado por la introducción sistemática de las nuevas ciencias en la producción (química, electricidad, comunicaciones a distancia, mecanización agraria); la nueva composición social, por la concentración del trabajo obrero en grandes instalaciones industriales y la diferenciación de sus capacidades profesionales, a lo que se sumaba la decadencia de la clase social artesanal y comercial, aunque también el crecimiento de una nueva y numerosa clase media no menos ligada a funciones administrativas y todavía más a funciones públicas; el espacio mayor para concesiones salariales, dado en parte por las rentas de una explotación colonial menos primitiva; la financiarización de la economía mediante las sociedades por acciones y los grandes monopolios respaldados por los bancos. Y además la instrucción general, que reducía el analfabetismo aún imperante creaba, sin embargo, barreras rígidas de clase; la rápida aceleración de los intercambios comerciales mundiales y la exportación de capitales también más allá de los límites de los imperios, que reabrían una pugna por la hegemonía, incitaban al rearme y al aumento del peso político de las castas militares para mantenerla; por último, la ampliación del sufragio que imponía y permitía buscar, y a menudo conseguir, el consenso con nuevos instrumentos ideológicos como el nacionalismo y el racismo.

Mucho de todo esto lo advirtieron los cuadros dirigentes del movimiento obrero con una seriedad y un empeño científico envidiables, pero los impulsaba a interpretaciones diferentes y a conclusiones, al inicio no cristalizadas, pero poco a poco divergentes (Lenin, Luxemburg, Hilferding, Kautsky, Bernstein y tras ellos, intelectuales y obreros, partidos y sus fracciones, sindicatos). De una parte el nuevo capitalismo visto como una confirmación de la posibilidad de una salida gradual, casi indolora, hacia el socialismo, casi como resultado natural del desarrollo, de lo que se deducía la prioridad confiada al parlamentarismo

y al tradeunionismo: autoritarismo y guerra podían intervenir en el recorrido, pero eran evitables y en todo caso no lo habrían interrumpido. De otra parte el imperialismo visto como fase suprema y putrefacta del capitalismo, el inicio de una degeneración: concentración del poder efectivo tras la máscara de un parlamentarismo desprestigiado y corrupto, desarrollo cada vez más desigual del mundo, antagonismo entre grandes potencias, impelidas a buscar en el exterior respuestas a las recurrentes crisis de subconsumo, a reunir alrededor de sí a las clases medias gracias al furor patriótico, y a aislar a la clase obrera y a los campesinos. La guerra en este caso podía inclinar la balanza, denunciando su carácter imperialista podía brindar una ocasión revolucionaria o hundirse en una masacre inútil. Sin embargo, ninguna de las partes consideraba inminente la guerra y, por razones opuestas, no pensaban que pudiera cambiar seriamente el curso de las cosas. Por tanto, fue posible para la totalidad del movimiento socialista asumir un compromiso solemne en contra de la guerra, pero no desarrollar unas movilizaciones de masas que quizá, dada la incertidumbre de los gobiernos, habría podido al menos posponerla o permitir no implicarse.

Sin embargo cuando la guerra, ese tipo de guerra, estalló, arrolló al mundo y arrolló a la Segunda Internacional. La mayoría de los partidos más importantes que la componían (con la tímida excepción de aquel italiano) traicionó el pacto de oponerse a la guerra y denunciarla. Lenin se quedó sólo. La palabra *traición* no me gusta, y su repetición obsesiva representó un obstáculo grave, a cualquier tentativa de diálogo o convergencia, posible y necesaria; aun así, en aquel entonces tenía fundamento. No me refiero sólo al voto de los parlamentarios socialdemócratas de los créditos de guerra y para el apoyo de los gobiernos beligerantes, ni tan sólo a la pasividad, sino más bien al estímulo con el que los grupos dirigentes contribuyeron al furor patriótico de sus militantes y sus electores, al equívoco de la defensa de la patria que se convertía ya en voluntad de victoria. Me refiero al hecho de que también cuando —frente a los muertos, al hambre, al empleo cínico de la "carne de cañón" por parte de las castas militares— los pueblos, y no sólo en los países vencidos, empezaron a abrir los ojos y se produjeron como consecuencia de ello desilusión, rabia, deserción, huelgas (es más, también después de la conclusión de la guerra), aquellos grupos dirigentes mantuvieron un firme acuerdo con los aparatos burocráticos y con la casta militar a fin de garantizar su propia continuidad y poder llamarlos a "garantizar el orden". Rechazaron tanto una improbable revolución como un intento serio de democratización política y de reformas sociales, es decir, que rompieron con sus propias raíces. Y pagaron el precio de ello: ya sea como fuerza política o como pensamiento, aquella que aún se llamaba socialdemocracia quedó marginada durante déca-

das, náufraga, impotente, y sólo halló un papel importante después de la Segunda Guerra Mundial, modificando sustancialmente la identidad socialista en liberal -democrática, ala izquierda, para bien y para mal, en el campo occidental.

Por otro, lado quien había tenido razón acerca de la guerra, y esperaba entrever el resultado de una revolución socialista a partir de las manifestaciones populares, que tuvo que constatar su propia minoría, buscar atajos y padecer derrotas y represiones en el occidente europeo, se agrupó alrededor del pensamiento leninista (convincente apelación y al mismo tiempo profunda revisión del marxismo originario) y alrededor de la única herencia efectiva que la guerra había dejado: la revolución en un gran país atrasado y destinado a un largo aislamiento, Rusia. Aquí nacieron, pues, la fuerza y el reclamo, e igualmente las dificultades y los límites de un nuevo sujeto político que decidió llamarse *comunista*, y que ambicionaba un papel mundial que efectivamente ejerció durante décadas.

Llegamos así al tema más controvertido pero ineludible, de una verdadera nueva reflexión sobre la cuestión comunista. Aquello que señala el límite extremo entre revisión, crítica y abjuración y que, paradójicamente, ha quedado al margen e implícito en el debate histórico y político de los últimos años: la lectura y el juicio sobre la Revolución bolchevique y su consolidación en un gran Estado y en una organización internacional.

¿Ha sido un desafortunado acontecimiento que llevaba en sí, ya desde del origen, los cromosomas de las peores degeneraciones, y al final esa Revolución se ha disuelto a sí misma después de haber causado graves daños? Entonces no hace falta hilar muy fino, reconstruir un proceso histórico en su contexto: basta tan sólo con localizar aquellos cromosomas, hacer hablar al hecho de la derrota final, dejarlo tan sólo en manos del trabajo académico, archivarlo políticamente. El "impulso" de aquel Octubre no se ha agotado nunca, sencillamente nunca ha existido. O bien, ¿ha sido la Revolución rusa un gran acontecimiento de empuje hacia la democracia y la civilización, traicionado posteriormente por el poder personal y la burocratización, sin relación ya con el contexto histórico que lo originó y en el cual se situaba? Entonces es suficiente con una firme denuncia del estalinismo, la franca crítica de quien no lo ha condenado a tiempo, el orgullo del antifascismo, para sentirse libres de empezar otra vez desde el inicio, en "un mundo nuevo".

Mi indagación acerca del comunismo italiano en la segunda parte del siglo quisiera contribuir precisamente a una valoración más seria y contextualizada de aquello que la Revolución rusa ha iniciado. Sin embargo, no podría siquiera empezar, y estaría falseada, sin un breve esbozo de los hechos de aquella fase —los años de entreguerras—. Por-

que precisamente sobre ellos se han acumulado en la memoria censuras y equívocos de los que hace falta deshacerse. Y porque en aquel hecho el comunismo italiano ha encontrado tanto los recursos como los límites para la construcción de un gran partido de masas y la búsqueda de un "camino hacia el socialismo" propio.

3. La Revolución rusa no habría tenido lugar, ni habría resistido, sin Lenin, el partido bolchevique, su asentamiento en la minoritaria aunque concentrada clase obrera, la altura y la solidez de su grupo dirigente, no dividido sino ampliado por la confluencia del grupo trotskista y el regreso de muchos desterrados ya formados en varios rincones de Europa. Y aun menos habría existido sin la guerra mundial. Fueron la disgregación del Estado autocrático, el hambre en las ciudades, los millones de campesinos semianalfabetos arrancados de sus aldeas para combatir, su insurgencia en un ejército en derrota y la deslegitimación de sus cúpulas lo que la convirtieron en una elección posible. Los soviets no fueron tanto la invención de un partido, cuanto un empujón organizativo alentado por la necesidad y la rabia. Traían a cuestas la experiencia de 1905; fue en los soviets donde se desarrolló una lucha eficaz por la hegemonía en la que se afirmó una autoridad reconocida y tomó forma un programa. Lenin, que incluso había ya elaborado la teoría del desarrollo desigual, y por tanto de la ruptura a partir de los eslabones más débiles de la cadena, se había resistido largamente a la idea de que ella pudiera asumir un carácter socialista, y mucho menos consolidarse en un país económica y culturalmente atrasado (por ello había impugnado la idea trotskista de la revolución permanente). Todavía al principio de la guerra, estaba convencido de que Rusia debía y podía ser dónde proceder al injerto de una partida cuyo resultado habría de jugarse en Occidente, donde el socialismo podía contar con bases "más sólidas". La decisión de conquistar enseguida y directamente el poder estatal la tomó él, y en contra de las muchas indecisiones de sus compañeros, cuando no sólo el poder existente atravesaba una crisis irrecuperable. La mayoría del pueblo quería firmemente la república, la tierra, la paz inmediata que los partidos democrático-liberales no querían ni podían conceder. El poder a los soviets y la conquista del Palacio de Invierno tuvieron lugar con ese "programa mínimo", al que se sumó la nacionalización de los bancos, lugar e instrumento del capital extranjero. La revolución no tenía otra alternativa, salvo la restauración del poder autocrático o la precipitación en la anarquía y en la disolución de la unidad de un Estado multinacional. Y en efecto se produjo en forma relativamente incruenta (los heridos en la toma del Palacio fueron menos numerosos que los causados por la reconstrucción posterior del acontecimiento para una película). Y gozaba de un

amplísimo respaldo en la población, tanto cuanto pudiera tenerlo en un país inmenso, perdido, analfabeto y jamás unificado más que por el mito del Zar y de una religión supersticiosa. Nada que ver con una acción jacobina por parte de una minoría que aprovechando la ocasión conquistaba el poder. La Revolución se atuvo a aquel programa, incluso contrarrestando impulsos más radicales, como en el caso de la paz de Brest-Litovsk.

Sin embargo, lo que dio forma al nuevo poder (deterioro de los soviets, sistema unipartidista, limitación de las libertades, ejecución de la familia imperial, policía secreta) ¿fueron la vocación, como se dice hoy en día, autoritaria del leninismo, o la coherente y extrema aplicación de algunos conceptos abiertamente formulados por Marx ("la violencia como partera de la historia", "dictadura del proletariado")? A mí no me parece cierto, o cuánto menos me parece una parte secundaria de la verdad. Basta tan sólo con releer y comparar dos ensayos de Lenin separados por poco tiempo para darse cuenta de ello: *El Estado y la revolución*, en cuyo centro está la idea de una democracia (que siempre sigue siendo una dictadura como lo es todo Estado), pero que asume un carácter más avanzado porque está basada en instituciones de participación directa, representa la mayoría del pueblo y garantiza el contenido de clase del nuevo Estado; y *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* en el que la dictadura proletaria aparece en cambio "sin límites" y la instancia democrática queda absorbida en el partido que la representa y la organiza.

En cambio, dos hechos fundamentales tuvieron un papel decisivo. Antes que nada, la larga y terrible guerra civil, con una extraordinaria participación de masas, que confirmó la legitimidad de la revolución pero devastó el país por completo, tanto o incluso más que la guerra mundial. Aquella guerra civil no se provocó ni se animó en contra de las fuerzas liberales o burguesas sino, del modo más despiadado, por los ejércitos zaristas en nombre de la restauración, fundamentalmente con el alistamiento de la población que siempre había encajado las represiones imperiales, y con el apoyo de los gobiernos inglés y francés. Y la ganaron los bolcheviques al precio de una férrea militarización, dejando un caos detrás de sí en todos los sectores de la producción, el campo obligado al autoconsumo, más hambre en las ciudades, un proletariado industrial diezmado y diseminado, emigración de las capas técnicamente cualificadas (salvo una parte que había sido conquistada por la Revolución y que el Ejército Rojo integró sin objeciones). Incluso la simple organización de la supervivencia llevaba ya hacia un ejercicio centralizado y duro del poder.

Segunda novedad: el agotamiento del movimiento de masas que en Occidente, sobre todo en Alemania, durante un breve tiempo pareció

anunciar una posible revolución, y que pronto demostró ser minoritario con respecto a la sociedad en su conjunto. No tenía objetivos claros ni una guía política segura ni dirigentes. Volvió a asomarse durante mucho tiempo, pero en revueltas dispersas y ocasionales, fácilmente reprimidas por aparatos militares aún en pie y por cuerpos de voluntarios nacionalistas. Ejecuciones sumarias y asesinatos selectivos (desde Rosa Luxemburg hasta Rathenau), se emplearon no sólo para cerrar el camino a una revolución que no existía, sino también a la democratización política y a las limitadas reformas sociales. Ya por entonces pesó no poco la insensata imposición del tratado de Versalles y la arrogancia de los vencedores al administrarlo.

Cambiaba así todo panorama: la Revolución rusa, más allá de la urgencia de la reconstrucción, tenía que afrontar al mismo tiempo los problemas de la acumulación originaria, de la organización de un Estado prácticamente inexistente y en ruinas, de la primera alfabetización de un 80% de la población, en un aislamiento total y amenazador. Lenin comprendió, al menos en parte, la realidad. Liquidó tajantemente entusiasmos y furores del comunismo de guerra, impuso la NEP (Nueva Política Económica), que tuvo éxito de inmediato, puso en marcha una política extranjera prudente que luego llevó al tratado de Rapallo. Llegó a proponer una colaboración económica que garantizara a empresas capitalistas extranjeras la propiedad de sus inversiones en Rusia (enseguida desechada). Por último, casi desde el lecho de muerte, expresó su hostilidad a la concentración del poder en las manos de un jefe.

De todas formas la gravedad del problema seguía en pie: la consolidación de un Estado y una sociedad socialista tan sólo con la ayuda de las propias fuerzas, durante un período probablemente largo, en un país retrasado. ¿Quiero con esto justificar todos los aspectos de la Revolución rusa como consecuencia obligada de factores objetivos y aplastantes; negar análisis y teorías equivocadas, errores políticos macroscópicos y evitables, que la marcaron desde su origen y de modo permanente? Todo lo contrario. Trato de explicar, o quizá sólo de explicarme, con los hechos, la dinámica del proceso, colocarla en un contexto, y medir con las dificultades los éxitos que desde el principio y durante su azaroso proceso consiguió (tal como se ha hecho, y como también yo hice, al reconstruir el despegue de la modernidad burguesa, sus conquistas y sus errores). En este caso: un desarrollo económico rápido e incesante durante varias décadas (incluso en el periodo de la gran crisis mundial de los años treinta), una primera aculturación de masas sin fin, la movilidad que promovió, de abajo a arriba, la redistribución de la renta incluso en la más dura pobreza, la garantía de tutelas sociales elementales para todos, una política exterior por lo general prudente y no agresiva, todo aquello, en fin, sobre lo que en aquel pe-

riodo no tan breve se construyó con un alto grado de consenso y movilización en el interior y, a pesar de todo, gozando también de simpatía y prestigio en el exterior. Y no quiero omitir algunos errores, evitables desde el principio, que pesaron durante mucho tiempo, que no fueron enmendados incluso cuando se podía más fácilmente hacerlo y que hoy es ya no sólo necesario, sino útil reconocer. El primer error, al que el mismo Lenin abrió la puerta, fue el de la obsesión por la "línea justa" de la centralización de las decisiones en la cúpula de la Tercera Internacional, incluidos los pormenores de la táctica, aplicada a situaciones muy diferentes. Todo ello llevó, desde el principio, a la Internacional comunista a tomar decisiones no sólo gravemente erróneas, sino cambiantes, como por ejemplo la gestión extremista de la política en Alemania (de la que fueron directamente responsables Zinoviev y Radek); o en China el intento de entendimiento con el Kuomintang, hasta el momento en que se procedió al exterminio de los comunistas. Con el tiempo llevó al hábito, aceptado por los diferentes partidos nacionales, de aplicar al pie de la letra y sin matices las disposiciones del partido guía, tal como ocurrió en el caso del pacto Molotov-Ribbentrop. Como resultado de ello se comprometió una de las mejores enseñanzas estratégicas de la Revolución rusa, es decir, la capacidad de análisis determinada de una realidad determinada.

El segundo error fundamental concierne a la decisión, llevada a cabo cuando se concluyó la NEP, para apoyar una necesaria y rápida industrialización, de la colectivización forzada del campo. En vez de conducir a un crecimiento de la producción agrícola, del cual sacar, con medios aceptables y recíprocamente convenientes, recursos para la industrialización, aquella decisión, más allá de los trágicos costes humanos, transformó para siempre la agricultura en un estorbo para la economía soviética. Pudieron ser necesarias la planificación centralizada o la contención de los *kulaks*, pero algo bien distinto fueron la planificación y la colectivización apresurada de la pequeña propiedad o las deportaciones en masa.

Un tercer error corregido con inevitable retraso, pero al que el mismo Lenin había dado paso, fue señalar como enemigo principal, dentro del movimiento obrero, al llamado "centrismo" (Kautsky y Bernstein, el socialismo austríaco, el maximalismo socialista en Italia). La socialdemocracia había contribuido indudablemente a ello traicionando acuerdos, renegando de concesiones ya hechas, con alianzas sin principios: pero rehusar a intervenir sobre la vasta área de fuerzas aún inciertas, a veces disponibles como interlocutores, imponerles rápidamente un "por aquí o por allá", proponer exclusivamente un frente único desde abajo que las excluía, llevó a un sectarismo, a una autosuficiencia que ni siquiera el surgimiento del fascismo permitió superar antes de

que fuera tarde. De todos estos errores, Stalin no fue más responsable que sus oponentes.

Si no se consideran ambas caras de la Revolución rusa, y de la primera década de su consolidación, es imposible descifrar la aún más contradictoria fase de la década siguiente, el momento de la prueba más dura, la empresa más relevante: la resistencia al fascismo y la Segunda Guerra Mundial. La tesis central del actual revisionismo histórico, que ha penetrado por completo en la memoria difusa y la altera totalmente, es la que ve en el fascismo la respuesta loca y delirante a la amenaza inminente del bolchevismo. Una tesis que no tiene ningún fundamento. El fascismo en Italia nació sobre el tema de la victoria traicionada e inició su campaña de violencia "contra los rojos" cuando la ocupación de las fábricas, que, por otra parte, no estaba orientada ni remotamente hacia la "revolución", ya había concluido, no había revueltas campesinas o habían sido episodios aislados, el partido socialista estaba confundido y se encaminaba hacia repetidas escisiones, el sindicato estaba conducido por el ala más moderada. Encontró luego financiación en la patronal y la complicidad de la Guardia Real, mientras que la Iglesia había concluido hacía poco un pacto con los liberales y veía con desconfianza el nuevo partido de Sturzo[2]. Mussolini se presentaba, pues, como garantía definitiva del orden. Llegó por fin al gobierno, sin que hubiera ninguna situación de emergencia, por investidura del rey, y con el apoyo directo, en el Parlamento, de las fuerzas conservadoras tradicionales (en cierto momento incluso los Giolitti y los Croce) que creyeron poder utilizarlo y domarlo para restaurar el precedente orden del poder oligárquico.

En Alemania el nazismo, marginal y derrotado durante todo el periodo en el que las turbulencias de la izquierda habían sido reprimidas por gobiernos socialdemócratas, por un ejército reconstruido y políticamente activo y por una mayoría parlamentaria decididamente conservadora, creció de un momento a otro sobre la ola del renacido nacionalismo y la crisis económica agravada por las persistentes reparaciones de guerra. La violencia selectiva de las SA3 y el antisemitismo recibían apoyos explícitos de las altas instancias. Alcanza su votación más alta en 1932, pero había descendido electoralmente cuando Hitler fue nombrado canciller por Hindenburg, con la complicidad de Von

2 Luigi Sturzo, sacerdote y secretario general de Acción Católica. Creó después, junto a De Gasperi, el Beato Alberto Marvelli y otros laicos y políticos, el Partido Popular Italiano en 1919, antecedente directo de la Democracia Cristiana. En 1924 se exilió en Londres y luego en Nueva York. Regresó tras la guerra, en 1946 y fue designado senador vitalicio, inspirando el Partido Demócratacristiano (N. de T.).

3 Las SA (*Sturm Abteilungen,* escuadras de asalto) eran las escuadras paramilitares de los primeros tiempos (años veinte), organizadas y guiadas por el comandante Ernst Rohm (N. de T.).

Papen y Brüning, y con el apoyo decisivo de los Estados mayores prusianos. En Hungría Horty llegó al poder cuando ya la "República de los soviets" de Béla Kun había sido reprimida. Franco más tarde emprendió en España la guerra civil contra un gobierno democrático moderado, legitimado por el voto y, entre las masas, más que los "bolcheviques" pesaban los anarquistas.

Indudablemente en todos estos casos los comunistas tenían alguna corresponsabilidad, por no haber advertido la gravedad y la naturaleza del peligro y por no haber construido, o mejor, por haber obstaculizado con la teoría del social-fascismo la unidad de las fuerzas que debían y podían encauzarlo. Con todo, las responsabilidades de las clases dirigentes en el nacimiento del fascismo fueron bastante mayores: por haber diseminado culturas, por haber exacerbado heridas construyendo así sus premisas, por haber facilitado y legitimado acciones no ya por el intento de enfrentar otra amenaza mayor, sino por el intento de desarraigar toda posible protesta futura del orden social e imperial existente. De una manera o de otra, a mediados de los años treinta, cuando a todo esto se sumó la gran crisis económica, el fascismo prevalecía en gran parte de Europa y manifestaba claramente ya no sólo su esencia autoritaria, sino su vocación agresiva. Es aquí donde se encuentra el momento más trágico de la historia del siglo XX y es aquí donde se encuentra el origen tanto de la extraordinaria y positiva ascensión de la Unión Soviética, como los gérmenes de una posible involución de ésta.

Los partidos comunistas atravesaban graves dificultades en todas partes, aunque de manera particular en Occidente: debilitados organizativa y electoralmente, puestos al margen de la ley, llevados al exilio, a la cárcel o exterminados. No obstante el éxito de los primeros planes quinquenales, la Unión Soviética se sentía expuesta a una agresión militar que no podía afrontar por sí misma. Por lo tanto procedió, en menos de dos años, a un cambio político e ideológico radical, más tarde sintetizado por el eslogan: "rescatar del fango la bandera de las libertades burguesas". Stalin no sólo aceptó, sino que promovió dicho cambio, el VII Congreso de la Internacional lo ratificó; Togliatti, Dimitrov, Thorez lo tradujeron en la experiencia de los Frentes Populares. Acerca de los hechos de los gobiernos de Frente Popular, breves y mal llevados a cabo desde el punto de vista estratégico habría muchas cosas en las que profundizar. Subrayo aquí solamente algunos puntos sustanciales:

a) Fueron derrotados en sus objetivos inmediatos (impedir una nueva guerra mundial, e iniciar una política de reformas). Representaron en todo caso la primera señal concreta de una gran movilización democrática del pueblo y los intelectuales contra el fascismo y en apoyo

de nuevas políticas económicas. En conexión, no plenamente consciente, con el *New Deal* estadounidense, pusieron las primeras piedras de un edificio que se construyó luego en la guerra y que llevó a la victoria: algo más que una alianza militar.

b) No se puede imputar al extremismo de los partidos comunistas que éstos hayan sido derrotados y entrado en crisis. A pesar de que pusieron en primer término la defensa de la Unión Soviética, más bien precisamente por esto, los comunistas participaron con plena convicción (en España con heroísmo) pero también con una prudencia incluso excesiva. En Francia las conquistas sociales importantes, y permanentes, fueron producto de un gran movimiento reivindicatorio desde abajo, sobre el que el PCF intervino "para que no se exagerara". El gobierno Blum, que los comunistas apoyaron desde fuera aunque lealmente, cayó rápidamente por sus propias incertidumbres en política económica y financiera, la fuga de capitales, la huelga de inversiones. La victoria de Franco en España la favoreció la intervención explícita y directa del fascismo italiano y alemán y con la benévola neutralidad de los ingleses, impuesta a Blum y finalmente imitada por Daladier. Los comunistas trataron de detener el impulso anárquico hacia la radicalización, y la Unión Soviética quedó como la única en dar a la República legítima apoyo en tanto le fue posible. La crítica que se les puede hacer radica en el hecho de que esa política estuvo encadenada sobre todo a una emergencia y no incidió profundamente en la estrategia a largo plazo.

c) El partido italiano, aun reducido debido a la represión, creó la mayoría de las brigadas internacionales en España (junto con el pequeño Partido de Acción), allí fue diezmado, pero formó una nueva generación de cuadros que luego fue esencial para la Resistencia en Italia, y a partir de ahí comenzó a madurar, sobre todo en Togliatti, un primer esbozo estratégico de la idea de la "democracia progresiva", que reanudaba el tenue hilo interrumpido del congreso de Lyon (conducido por Gramsci), y fue coherente con sus originales *Lecciones sobre el fascismo* de los primeros años treinta. Más allá de los Frentes Populares, con mayor razón tras su derrota, el verdadero elemento dirimente de la década fue la cuestión de la guerra: cómo evitarla, cómo combatirla. Y es sobre ella que hoy se han propuesto tantas reticencias, tantas alteraciones de los hechos y su concatenación. La locura agresiva de Hitler habría podido ser parada a tiempo. Un amplísima documentación histórica atestigua que, a pesar del poder absoluto conquistado, la perspectiva de una guerra en breve plazo, y abiertamente exhibida, también encontraba resistencia en Alemania por parte de poderes fuertes que podían frenarla o echarla atrás. De entrada, la cúpula de las fuerzas armadas, convenci-

da de que la guerra, al menos entonces, se habría perdido, lo hizo saber. Militarización de Renania, anexión de Austria, invasión de los Sudetes y ocupación de hecho de Checoslovaquia: en cada una de estas etapas, una coalición parecida a aquella que luego lo derrotó en la guerra, con sólo mostrar determinación, habría interrumpido el sueño hitleriano de dominio mundial. Tal coalición defensiva la propuso repetidamente la Unión Soviética y fue repetidamente eludida o rechazada por los gobiernos occidentales. Incluso Polonia, que sería designada como nueva víctima, se negó a un pacto de defensa común con el gobierno de Moscú. Estas repetidas concesiones alimentaron el proyecto nazi, Munich es el ejemplo de ello (no en vano a Mussolini se le vio como un mediador creíble, aunque no neutral). La opinión pública retenía el aliento, porque no quería arriesgarse a una guerra. No obstante, tras pocas semanas Hitler anuló el compromiso apenas logrado. ¿Vileza, inconsciencia de quién debió detenerlo? No lo creo, y casi nadie lo ha creído posteriormente. El hecho era que Chamberlain, y en su apoyo Daladier (Roosevelt estaba alejado, condicionado por una opinión pública aislacionista, y por Wall Street, que cada vez se le oponía más), tenían un proyecto, inconfesable pero no carente de lógica: usar a Alemania y debilitarla desviando hacia el Este sus impulsos imperiales: dos pájaros de un tiro. En este punto la URSS refrendó el pacto de no agresión con Ribbentrop, con el fin de evitar convertirse en única víctima aislada, para ganar tiempo y darle la vuelta al juego. Y los acontecimientos demostraron que tenía razón; Rusia fue invadida poco después, pero siendo parte de una gran alianza, militarmente adecua da. El error, a lo sumo, fue arrastrar durante un año a los partidos comunistas a la teorización, absurda, de la guerra antiimperialista, que empañó su compromiso antifascista y comprometió en parte la estima conquistada sobre el terreno. Error al que, fácilmente, el PCI pudo sustraerse. Esta reconstrucción la confirma el hecho de que también después de la declaración de la guerra y la invasión de Polonia, ingleses y franceses no se movieron hasta que la campaña alemana de Bélgica desfondó el frente occidental, Francia se derrumbó y su Parlamento (incluidos ochenta diputados socialistas) dio crédito al gobierno fantoche de Pétain. Holanda, Dinamarca y Noruega fueron invadidas, Suecia asumió una posición neutral sin prohibirse, sin embargo, provechosos negocios, Rumanía y Hungría estaban ya al lado de Alemania, e Italia, ingenua y astuta como siempre, entró en guerra para participar en la victoria. Europa estaba en manos del fascismo, sólo los ingleses siguieron siendo combatientes intransigentes, protegidos por el mar y sostenidos por la ayuda estadounidense, aunque con perspectivas inciertas, y también por el mérito de un conservador inteligente y de carácter: Churchill. La suerte del conflicto dio vuelta en el momento en que Hitler decidió invadir la URSS.

Viéndolo desde nuestros días es fácil decir que, entre muchas de sus locuras, ésta fue la mayor, pero a menudo en la locura hay una lógica. Evidentemente Hitler estaba convencido de que la Unión Soviética, a la primera derrota, se habría derrumbado, más a causa del frente interior que por debilidad militar, tal como Francia se había derrumbado, y como lo había hecho treinta años antes la Rusia del Zar. ¿Cómo podía resistir una raza inferior, mal armada, dominada por un autócrata asiático? Su derrumbe habría asegurado a Alemania el control de un país inmenso, una reserva inagotable de fuerza de trabajo y materias primas. A partir de entonces Inglaterra no habría podido resistir, y Estados Unidos habría tenido nuevas razones para mantenerse alejado. Y en efecto, también muchos de sus adversarios temían que las cosas se dieran tal como Hitler estaba seguro que serían.

Esa primera derrota se dio, quizá, también porque Stalin no esperaba la batalla tan pronto; los alemanes llegaron hasta la periferia de Moscú y a los confines de las regiones petroleras. Ahora bien, también por la intuición genial de la guerra "patriótica", la Unión Soviética se mostró capaz de una milagrosa movilización popular, manifestó una sorprendente capacidad industrial, los aliados entendieron su importancia vital y enviaron armas y recursos, Leningrado soportó a pesar de estar cercada y hambrienta con medio millón de muertos, los alemanes fueron detenidos en la calle de Volokolamsk, fueron rodeados y aniquilados en Stalingrado: empezó la larga marcha hacia Berlín. Mientras tanto, Roosevelt utilizó el ataque a Pearl Harbour de los japoneses para llevar por fin a Estados Unidos a la guerra; una lucha partisana eficaz surgió en Grecia y en Yugoslavia. Después de Stalingrado la guerra para Hitler estaba perdida. Y en la victoria la Unión Soviética había tenido un papel decisivo, al precio de veintiún millones de muertos. ¿Ha sido el comunismo un mito? Admitamos incluso que en parte lo haya sido, pero en aquellos momentos el mito encontraba buenas razones para crecer. Inscribir la Segunda Guerra Mundial como un choque entre los dos "totalitarismos" es una pura estupidez: el río de sangre no lo produjeron los comunistas, lo vertieron.

d) Aun así, los años treinta, para los comunistas, tuvieron también otra cara, que no se puede silenciar, y que a largo plazo ha resultado decisiva. Me refiero, obviamente, al ejercicio del terror interno, a la represión compacta y cruel de opositores potenciales o supuestos. Ello no sólo reveló sin tapujos la práctica autoritaria de un poder sin límites ya institucionalizado, sino que también representó un verdadero salto cualitativo en el contenido, más que en el método, en el que Stalin tenía una responsabilidad personal, y puso en marcha mecanismos difícilmente reversibles. El salto cualitativo no se mide sólo por el número de

muertos y deportaciones, por la arbitrariedad delegada en ejecutores que, a menudo, se convertían a su vez rápidamente en víctimas. Más bien se intuye en dos nuevos aspectos que establecen una diferencia profunda con respecto al leninismo, incluso llevado al extremo, y también con respecto a las luchas brutales contra los opositores en los años veinte; hasta con respecto a la liquidación de los *kulaks*, forma extrema de una lucha de clases. Primer aspecto: la represión, del treinta y seis al treinta y ocho sobre todo, se concentró no sólo sobre los restos de una elite bolchevique ya carente de influencia sobre la sociedad y sobre los aparatos, y sinceramente dispuesta a la disciplina, sino sobre el partido mismo y en su conjunto, es decir, sobre los que lo siguieron y aplicaron las decisiones de Stalin y le siguieron siendo fieles. Un dato irrefutable: de los delegados del XVII Congreso del PCB, el "congreso de los vencedores" de 1934, pocos años después cuatro quintas partes habían muerto o habían sido deportados, y de los miembros del nuevo Comité Central, ciento veinte de ciento treinta y nueve. El terror alcanzó su cima cuando las alternativas económicas y políticas habían si do ya aplicadas con éxito. El peligro, si bien inminente, procedía por entero del exterior. Un terror, por tanto, carente de base racional, sin justificación plausible, que no re forzó sino que debilitó el sistema en todos los aspectos (ejemplo extremo: la liquidación, justo en vísperas de una guerra, del grupo dirigente del Ejército Rojo, fiel y competente, tres capitanes generales de cinco, ciento treinta sobre ciento sesenta y ocho generales de división, y así en cascada). El mismo Stalin fue promotor y víctima de aquella insensatez: en las memorias de su hija se recuerda que a cada oleada de purgas él mismo estaba acosado por una valoración crítica sobre la calidad de los dirigentes y de una sospecha neurótica sobre su fidelidad, por el temor a la estabilización de una casta burocrática, que se autorreproducía, y de aparatos represivos que poco a poco actuaban por sí mismos, y al final constataba que la purga había aupado a dirigentes más peligrosos, de los que había que librarse cuanto antes.

El novedoso segundo aspecto de lo que definía al estalinismo en sentido estricto, unido al primero, pero que no basta para explicarlo, eran las justificaciones aducidas como pruebas en los procesos más importantes con los veredictos más crueles, y las confesiones arrancadas. Agentes provocadores, complots terroristas, espías de los fascistas o incluso de los japoneses desde el comienzo. Parece absurdo, y casi fútil preguntar, como tan a menudo se ha hecho y se sigue haciendo, a las generaciones que siguieron: ¿qué sabían, cuánto sabían de todo eso? ¿En efecto, entonces y después, cómo podía alguien creer efectivamente que el grupo casi entero de hombres que habían dirigido la Revolución de octubre trabajaran desde entonces para hacerla fracasar, o que la

mayoría de los cuadros sobre los que Stalin se había afirmado y lo habían seguido se disponían a traicionarla? Así se creaba no sólo una ruptura entre fines y medios, sino una deformación cultural profunda y duradera, la reducción de la razón dentro de los confines más o menos estrechos impuestos por una determinada fe. El voluntarismo y el subjetivismo, en la conciencia no sólo de las cúpulas, sino de las masas, lanzaban al lejano futuro las semillas que producen sus opuestos: la apatía de las masas y el cinismo de la burocracia. Y, sin embargo, la fuerza de un ideal, los sacrificios realizados en su nombre, los éxitos conseguidos para uno mismo y para todos, y otros que se perfilaban, llevaban también a quienes eran conscientes no sólo a justificar los medios, sino a considerarlos transitorios.

Una catástrofe había sido detenida, un espacio se abría para conquistas democráticas y sociales y para la liberación de nuevos pueblos oprimidos. El mundo había efectivamente cambiado y, al progresar, sanearía aquellas contradicciones. Ésta fue la herencia que el comunismo italiano recogía. Los recursos que la historia le ofrecía junto con los límites a superar para fundar un partido de masas y tratar de definir una estrategia propia: no un modelo a reproducir, sino un bagaje necesario "para ir más allá". No por azar, para dibujar esta herencia he querido reformular la expresión, intencionalmente ambigua, que Kipling hizo famosa: "el fardo del hombre comunista".

EL GENOMA GRAMSCI

Sin embargo, en el momento de su despegue efectivo, el PCI recibía como herencia también una voz todavía en gran parte desconocida y ocultada por su adversario fascista, un recurso autónomo, los *Cuadernos de la cárcel* de Antonio Gramsci, un cerebro que había seguido pensando, una mina de ideas.

Sobre el pensamiento de Gramsci volveré una y otra vez para destacar elementos que quedaron siempre a la sombra en la elaboración y en la política del PCI y en cambio todavía, o mejor, sobre todo ahora, ofrecen ideas preciosas para una discusión sobre el presente, con una original lectura de la historia italiana, en su particularidad y al mismo tiempo en su valor general. Ahora me urge considerar la "fortuna" de Gramsci, es decir cómo, cuánto, y cuándo, él haya intervenido e incidido en la definición gradual de una identidad y de una estrategia específica del comunismo italiano, en un primer momento bajo persecución, luego a plena luz, y por último en declive, hasta su reducción a santón del antifascismo, ejemplo de moralidad, intelectual poliédrico. Hablar, más que de Gramsci, del gramscismo como genoma operante en una gran fuerza colectiva y en la cultura de un país.

Sus *Cuadernos* pedían una mediación que los hiciera comprensibles y dejaran huella más allá de un estrecho círculo de intelectuales. Las condiciones constrictivas de la cárcel y la censura que había que sortear, las enfermedades recurrentes, la parcialidad de las informaciones y de los textos a los cuales tenía acceso obligaban a Gramsci a emplear un lenguaje a menudo alusivo, a escribir en forma de notas, a iniciar reflexiones suspendidas y retomadas más tarde, formas que no habrían permitido a esos escritos alcanzar el objetivo que él mismo se proponía manteniendo el esfuerzo heroico de un cerebro que siguió pensando en soledad. No bastaba pues con un escrupuloso trabajo filológico que reprodujese fielmente cada uno de los fragmentos e interpretara su sentido. Se necesitaba, desde el principio, un arriesgado y progresivo intento de dilucidar los elementos esenciales y reconstruir un hilo conductor capaz de penetrar en vastas masas y también de obligar a los adversarios a tenerlo en cuenta. En suma, para devolverle a Gramsci el papel que había tenido, el jefe y promotor de una gran empresa política; y también reconocer a sus investigaciones teóricas el carácter, subrayado por él mismo, de una filosofía de la praxis.

Esta mediación existió, con efectos poderosos: Gramsci se ha convertido muy pronto, y lo ha seguido siendo, en un punto de referencia de la búsqueda político-cultural, en Italia y en el mundo, y no sólo entre los comunistas. Tal mediación ha sido efectuada no por un gran intelectual, o por una escuela, sino mediante una operación intencional promovida por Palmiro Togliatti y con la participación de un partido de masas. La peligrosa conservación de los *Cuadernos*, la progresiva publicación de una clasificación provisional de las notas en grandes temas, un estudio colectivo enérgicamente solicitado. La fábula reciente de que Togliatti habría entregado el cuidado de los *Cuadernos* a los archivos soviéticos para sacarlos de circulación, es un vuelco ridículo de la verdad, de la misma manera que es artificialmente exagerada la tesis de que su primera edición haya estado fuertemente censurada y manipulada, siendo por lo tanto desleal. Ciertamente el objetivo de Togliatti no fue sólo el de tributar un homenaje a un gran amigo, ni tan sólo el de brindar una contribución a la cultura italiana. Era un objetivo político en sentido fuerte; el de usar un gran pensamiento y una autoridad indiscutida para fundar una identidad nueva para el comunismo italiano. Algo parecido había ya ocurrido en el proceso de formación de la socialdemocracia alemana y la Segunda Internacional: Marx leído y difundido a través de Kautsky y en parte con el aval del viejo Engels. E implicaba el precio de una lectura restrictiva. El mismo Togliatti, poco antes de morir, lo reconoció cuando, en una reseña a la que no se le dio gran importancia, dijo en sustancia lo siguiente: nosotros, comunistas italianos, tenemos una deuda con Antonio Gramsci, hemos construido

copiosamente sobre él nuestra identidad y nuestra estrategia, pero, para hacerlo así, lo hemos reducido a nuestra medida, a las necesidades de nuestra política, sacrificando lo que él pensaba "mucho más allá".

Cuando hablo de lectura restrictiva no me refiero tanto a manipulaciones o a censuras del texto, que muchos buscaron con tesón más tarde y que el ejemplar trabajo posterior de Valentino Gerratana demostró como un hecho de escasa trascendencia, cuanto a una sabia dirección, necesaria para la aparición inicial de las notas, en la larga cadencia de su publicación y en los comentarios que las acompañaban y las estimulaban. En todo esto no es difícil descubrir el límite impuesto y aceptado por el contexto de la época. En primer lugar, el esfuerzo, durante largo tiempo, de no hacer demasiado explícito todo cuanto Gramsci innovaba y modificaba con respecto al leninismo o entraba en conflicto con su versión estaliniana; en segundo lugar el esfuerzo de subrayar todo cuanto en Gramsci servía para la valorización de la continuidad lineal entre "revolución antifascista" y "democracia progresiva"; por último el aplazamiento de algunas temáticas pioneras, más o menos conscientemente, a tiempos más maduros.

De esta manera la atención se habría concentrado en torno a dos grandes temas. El primero, el Resurgimiento italiano como "revolución incompleta", por la eliminación de la cuestión agraria, y como "revolución pasiva" por la escasa participación de las masas y la marginación de las corrientes políticas y culturales más avanzadas democráticamente, y cuya salida era el compromiso entre renta parasitaria y burguesía. El segundo, o sea la relativa autonomía y el valor de la "superestructura", en discusión con el mecanicismo vulgar, introducido por medio de Bujarin también en la Tercera Internacional, y por lo tanto la mayor atención que tenía que dedicarse al papel de la intelectualidad, de los partidos políticos y de los aparatos estatales.

Temas leídos, no al azar, con una particular óptica interpretativa, inconscientemente selectiva. Por una parte al enfatizar lo que precisamente relacionaba a Gramsci con los Salvemini, los Dorso y los Gobetti (el atraso fatal del capitalismo harapiento y de la cultura nacional mojigata), pero dejando en la sombra la crítica del compromiso cavouriano y la rápida corrupción del Parlamento con el camaleonismo político, las ambigüedades del giolittismo[4], la polémica con el croccianismo, los venenos emergentes del nacionalismo, la "cuestión romana" como rémora aún no superada en la Iglesia, en suma, aquellos procesos parciales parciales y distorsionados de modernización que habrían llevado a la

4 Política llevada a cabo por Giovanni Giolitti que se basaba en una táctica parlamentaria de carácter clientelista, apropiada para asegurar la estabilidad del gobierno, y en tanteos para institucionalizar las formaciones políticas extremas (N. de T.).

crisis del Estado liberal y al nacimiento del fas cismo. Por otra parte, la justa reafirmación de la autonomía de la "superestructura" tendía a convertirse en una separación de la dinámica político-institucional de su base de clase y llevaba al historicismo marxista a convertirse en historicismo *tout court*.

Otros temas gramscianos permanecieron como marginales durante mucho tiempo en la reflexión teórica e ignorados en la política. Pienso en el escrito sobre *Americanismo y fordismo*, que anticipó aquello que mucho más tarde llegaría también a Italia, y que era visible, como veleidad, en la política fascista. O en la pasión juvenil de Gramsci por la experiencia consejista, completamente diferente de la rusa, que él mismo había dejado aparte, al descubrir sus límites, pero que, revisitada, habría ayudado no poco a interpretar la fase inminente de la Resistencia y, mucho más tarde, la aparición del movimiento de mayo del sesenta y ocho. Las consecuencias de este descubrimiento restringido del pensamiento de Gramsci no habrían sido solamente de carácter cultural, ni en el corto ni en el largo plazo. Son dos, en particular: la obstinación en no reconocer y analizar el alcance y la rapidez del proceso de modernización de la economía en Italia y en Europa; y la concepción del partido nuevo (partido de masas, ciertamente, capaz de "hacer política" y no solamente propaganda, educador de un pueblo, pero aún alejado del intelectual colectivo, interlocutor de los movimientos e instituciones desde abajo, promotor de una reforma cultural y moral que Gramsci consideraba importante en un país que había quedado indemne de la reforma religiosa).

En suma, por lo menos al inicio, la herencia gramsciana se ofrecía y era aceptada como fundamento de una alternativa intermedia entre la ortodoxia leninista y la socialdemocracia clásica, más que como una síntesis que superaba los límites de ambas posturas: el economicismo y el estalinismo. Un "genoma" que podía desarrollarse o simplemente actuar sobreviviendo, imponerse plenamente o deteriorarse. Lo veremos en acción. No obstante me parece que la interpretación que al comienzo emprendía Togliatti de Gramsci, no era ni abusiva ni inmotivada. No era abusiva porque el motor que mueve y caracteriza los *Cuadernos* es efectivamente la reflexión crítica y autocrítica sobre el fracaso de la revolución en los países occidentales (en la que, tanto él como Lenin, habían creído), sobre sus causas y consecuencias. Él fue el único que, entre los marxistas de su época, no se limitó a explicarla como la traición de los socialdemócratas, o por la debilidad y los errores de los comunistas: y al mismo tiempo, no sacó de ello la conclusión de que la Revolución rusa era inmadura y su consolidación en Estado un error. Buscó, en cambio, las causas más profundas por las que el modelo de la Revolución rusa no podía reproducirse en las socieda-

des avanzadas, pero era un bagaje necesario (y el leninismo era una contribución teórica admirable) para una revolución en Occidente con recorrido diferente y resultado más rico. De hecho todo su esfuerzo de pensamiento se apoyaba en dos fundamentos, que pueden resumirse en pocas frases. Primero, un análisis: "En Oriente el Estado lo era todo, la sociedad civil era primaria y gelatinosa; en Occidente, entre Estado y sociedad civil había un relación equilibrada y en los parpadeos del Estado se vislumbraba de inmediato una sólida estructura de la sociedad civil. El Estado era solamente una trinchera avanzada, tras la cual había una robusta cadena de fortalezas y baluartes». En segundo lugar un principio teórico, mencionado continuamente mediante una cita de Marx tomada del prefacio de *Contribución a la crítica de la economía política*: "Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más elevadas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno mismo de la sociedad".

La revolución es para Gramsci, por lo tanto, un largo proceso mundial, por etapas, en el que la conquista del poder estatal, aun siendo necesaria, interviene hasta cierto punto según las condiciones históricas, y en Occidente presupone, de todos modos, un largo trabajo de conquista de baluartes, la construcción de un bloque histórico entre clases diferentes, cada una portadora no sólo de intereses diferentes sino con raíces culturales y políticas propias. Entretanto, tal proceso social no es el resultado gradual y unívoco de una tendencia ya inscrita en el desarrollo capitalista y en la democracia, sino el producto de una voluntad organizada y consciente que interviene, de una nueva hegemonía política y cultural, de un nuevo tipo humano en formación progresiva.

No era abusivo, por lo tanto, el intento togliattiano de utilizar a Gramsci como anticipador y fundamento teórico del "partido nuevo" y del "camino italiano hacia el socialismo", en continuidad con el leninismo y con la socialdemocracia de los orígenes, pero diferenciado de ambos. Parte de un proceso histórico mundial avanzado y sostenido por la Revolución de octubre pero no es una imitación tardía de su modelo. No era abusivo, ni mucho menos inmotivado, porque nacía de grandes novedades que habían aparecido tras la redacción de los *Cuadernos*. La victoria sobre el fascismo se había alcanzado, el papel decisivo que la Unión Soviética había desempeñado era reconocido, y habían participado movimientos de resistencia armada en muchos países de Europa oriental, occidental y meridional, estaban en marcha poderosos movimientos de liberación anticolonial y una revolución en China; todo esto obligaba al capitalismo a un compromiso y se abrían también en Occidente espacios para conquistas sociales y políticas de

relieve. Sin embargo, la victoria se había conseguido a través de una alianza con Estados y fuerzas muy distintas, en Europa con gobiernos y liderazgos abiertamente conservadores; la resistencia armada, a diferencia de la primera posguerra, no mostraba indicios de prolongarse en una insurgencia popular y radical; emergía en el mundo, en los hechos aunque aún no en las directrices, la supremacía económica y militar de una nueva potencia a la que la guerra, en vez de desgastarla, había dejado intacta, y con la que se había concluido en Yalta un pacto para la posguerra que era no sólo un vínculo sino también una garantía.

Quien, como Gramsci, había ido más adelante en la búsqueda de un nuevo camino, no podía prever ninguna de estas dos novedades: ni en el impetuoso avance del comunismo en el mundo, ni la consolidación del capitalismo en Occidente. Incluso Trotsky, con su reconocida lucidez, poco antes de ser asesinado, previendo la inminencia de la guerra y aun habiendo dicho que había que ayudar a la Unión Soviética a resistir, había anotado: "Si de una nueva guerra mundial no se derivan una revolución en Europa y una subversión del poder en la URSS, tendremos que volver a pensarlo todo". Y precisamente esto habría hecho el mismo Gramsci, no sé decir de qué manera, si hubiese sobrevivido: reconocer el nuevo marco surgido históricamente, reconocer los límites impuestos por las relaciones de fuerza en el mundo y en Italia, movilizar todos los nuevos recursos para conservar y reforzar la propia identidad autónoma y comunista en una nueva "guerra de posiciones", para transformar, una posible nueva "revolución pasiva" en una nueva hegemonía, aquello en lo que —decía— los mazzinianos habían errado, o mejor dicho, no habían ni siquiera tratado de hacer en el Resurgimiento.

Esta reconstrucción de los "antecedentes", de los que no he sido partícipe ni testigo, que sólo he intentado, teniendo a la mano los libros y empleando el juicio de lo ya sucedido, no tiene nada de original o poco conocido; sin embargo, sirve para restaurar la verdad, para contrarrestar censuras y juicios corrientes hoy en día como *idola fori*[5]: desde este punto debe comenzar la reflexión acerca de la historia del comunismo italiano.

5 Para Bacon, según Vicente Gaos, los *idola fori* (ídolos del foro) son las supersticiones políticas que siguen imperando incluso después de que una crítica racional ha demostrado su falsedad (N. de T.).

[Capítulo II]

UN ACTO FUNDACIONAL: EL GIRO DE SALERNO

¿Cuál es la fecha más adecuada para señalar el nacimiento de un nuevo partido comunista, finalmente grande y con una identidad peculiar, y por ello capaz de influir de modo relevante en el nacimiento de un nuevo Estado democrático, éste también con características peculiares? Yo escojo una fecha y un acontecimiento precisos: la llegada de Togliatti a Italia y la decisión que de inmediato propuso, o mejor, que impuso a su partido y a todo el antifascismo. No sólo por las consecuencias decisivas que ésta produjo en lo inmediato, sino por la importancia que mantuvo a largo plazo. Permitió a la resistencia armada transformarse en una insurrección popular y trazó sus límites, legó grandes masas al comunismo, esbozó una estrategia para el futuro. Por este motivo quedó como un elemento activo que ha animado, durante décadas, en pasajes históricos posteriores, profundizaciones, interpretaciones diversas, agudas controversias. Al final cristalizó en un cuadro oleográfico, que se podía colgar en los muros de un museo de la unidad nacional, al que era posible un nuevo acceso y del que se podían borrar elementos embarazosos; por lo que nuevas clases dirigentes podían pasar por delante con respeto, pero sin pensamiento y sin emociones. Algo similar le había sucedido al gran ícono del primer Resurgimiento: el encuentro de Teano entre Vittorio Emanuele II y Garibaldi, que de niño encontré en la cubierta de mi libro de texto.

Sin embargo, ahora que también el acontecimiento de la primera República, su valor, sus conflictos, su decadencia han concluido, y el PCI ya no existe, se debería arrancar aquel cuadro del muro, examinarlo más de cerca, restaurar el original, volverlo a poner en su contex-

to. Para ello, contamos con un gran recurso. De hecho, acerca de ese periodo —la Resistencia, la posguerra y el giro de Salerno— muchos historiadores han llevado a cabo una investigación seria y han ofrecido documentación abundante (Spriano, Agosti, Bocca, Pavone, Battaglia, e incluso muchos otros en el ámbito local). También las memorias de los protagonistas han sido, por una vez, genuinas y abundantes (Longo, Secchia, Amendola, Nenni, Parri por citar los más importantes). Los mismos archivos han resultado menos avaros y reticentes, más fáciles de verificar al contrastarlos entre sí. Con todo, la coyuntura política se dirige hoy por completo en otra dirección: la primera República se recuerda ante todo como lugar de sobornos y de la partidocracia que excluía a los ciudadanos, con el PCI como quinta columna de la Unión Soviética; y quien se opone a estas simplificaciones es constreñido a su vez a creer en una versión edificante de la Resistencia como epopeya popular espontánea y sin matices, o en la de un PCI que ya, en tiempos de Togliatti, no tenía nada que ver con la Unión Soviética. Por ello, a la vez que el rico material historiográfico acerca de este hecho fundacional debe de ser reordenado, su significado y resultados se tienen que reconsiderar mejor.

Cuando, en marzo de 1944, Togliatti desembarcó en Italia, tras un largo exilio, la guerra mundial no había terminado pero la victoria se daba por supuesta. Por el contrario, el futuro de Italia era por completo incierto. El camino para la conquista de la libertad, y la salvación de la unidad y de la independencia nacional real, no sólo era aún largo y doloroso, sino que estaba obstruido por un muro contra el que las fuerzas antifascistas chocaban y frente al cual estaban en parte divididas. Un muro formado no sólo por las ruinas materiales y morales producidas por una guerra perdida con derrotas repetidas y humillantes, sino reforzado por contrafuertes aún más viejos y defendido por francotiradores decididos a mantenerlo en pie.

Italia no era Yugoslavia, en donde una prolongada lucha armada había logrado frenar el rápido ataque alemán en Rusia en un primer momento, y luego se había puesto en marcha para vencer en una guerra nacional y civil con sus propias fuerzas. Ni siquiera era Francia, derrumbada por una derrota militar y gobernada entonces por un gobierno parafascista impuesto por los invasores, pero que tenía a su espalda una larga y reciente tradición democrática, que había practicado ya desde el cuarenta y uno la lucha armada, que era reconocida como parte de la alianza internacional vencedora y que tenía en Londres un gobierno en el exilio guiado por un hombre creíble: De Gaulle. Italia, no por casualidad, había sido en cambio el primer país en el que el fascismo se había impuesto por la fuerza, había gobernado durante veinte años, había remodelado el Estado y la burocracia que lo administraba,

había enviado a los opositores a la cárcel o al exilio, y había echado raíces en la cultura de masas. Había, en suma, entrado en guerra junto con los alemanes, y estaba ya para ser, más que "liberada, ocupada por los vencedores".

El 25 de julio del cuarenta y tres el régimen había caído no por una revuelta del país, sino por una crisis en el interior de su grupo dirigente, que el rey había aprovechado prudentemente y de mala gana. El pueblo se echó a la calle a aclamar la libertad reconquistada y, sobre todo, poner fin a la guerra. Sin embargo, el poder fue asumido por una oligarquía que pensaba conceder poca libertad, dejaba salir de la cárcel a los prisioneros políticos con cuentagotas, y en nombre de la emergencia de una "guerra que continúa" censuraba la prensa, prohibía manifestaciones, amenazaba con disparar y arrestaba a quien las provocase. Su intención era clara: negociar con los aliados una paz por separado que garantizara la continuidad de un Estado semiautoritario para mantener la parálisis de las masas y tutelar el orden social. La negociación secreta se prolongó durante varias semanas, mientras los alemanes quedaban en libertad de ocupar una parte del país, y se concluyó con el armisticio de Cassibile, cuyas cláusulas quedaron en secreto, no sólo porque se trataba de una rendición sin condiciones, sino porque se le reconocía al vencedor plenos poderes sobre los acontecimientos políticos en las zonas poco a poco ocupadas, al menos hasta el final de la guerra, y concedía una legitimación formal al gobierno Badoglio en lo referente a la dirección de la administración ordinaria. No preveía un acuerdo militar que acelerase la expulsión de los alemanes, dado que en ese momento los aliados ya consideraban tener vía libre y no tener necesidad alguna de ayuda italiana, que habría luego tenido que ser recompensada.

La conclusión fue desastrosa, más allá de toda previsión: el 8 de septiembre se produce la fuga del rey y de Badoglio sin dejar ninguna instrucción para contrarrestar a los alemanes, con un ejército que se deshacía no obstante algún episodio heroico aislado de resistencia; los soldados dispersos que se apresuraban camino a casa; un pueblo en plena confusión que no sabía si odiar al fascismo por su decisión de ir a la guerra o a la monarquía por su deserción, o por no intentar al menos mantener a Mussolini en cautiverio para impedirle reagrupar sus fuerzas en el norte del país. ¿Hay que considerar todo esto tan sólo como producto de la deslealtad y la incapacidad? Me parece que no. Era también el desarrollo de un plan concebido de antemano y, si los aliados hubiesen ocupado rápidamente Italia y con el apoyo de un papa cuya principal y oculta preocupación era el peligro comunista, aquel plan hubiese tenido alguna posibilidad de resultar exitoso (tal como ocurrió en Japón).

A pesar de todo, las cosas no se desarrollaron así, porque el frente se estancó durante mucho tiempo sobre la línea de Cassino, el desembarco de Anzio fracasó, los angloamericanos tenían que desplazar fuerzas para el desembarco en Normandía. Un hecho trágico, pero que brindaba tiempo y razones para dar inicio, político y militar, a la lucha por la liberación nacional. Y la Resistencia dio sus primeros pasos. Durante las primeras semanas con una dificultad enorme, ocupada en recoger armas abandonadas o arrancadas al adversario, y en reclutar militares dispersos o jóvenes entusiastas en la montaña formando bandas todavía no coordinadas. Pero ya en los primeros meses del cuarenta y cuatro, tras lograr reunir a los partidos antifascistas en Comités de liberación como órganos de dirección reconocida. Y, sobre todo, al promover, mediante reivindicaciones económicas elementales, huelgas de obreros en los grandes centros del Norte que, sin estar unificados con la acción partisana, y aunque lentamente politizados, daban apoyo a la Resistencia, también en respuesta a las represiones fascistas indiscriminadas y al enrolamiento forzado, consiguiendo así influir en grandes sectores de la opinión pública. En la primavera el despegue de la Resistencia italiana se había ya realizado, y en ese proceso la red de cuadros comunistas formados en la cárcel o en la guerra de España había tenido un papel decisivo. Los mismos aliados tenían que reconocerlo y considerar su utilidad.

Ésta era la situación a la llegada de Togliatti: la base sobre la que podía encontrar un punto de apoyo, pero de la que nacían dos nudos políticos enredados que había que deshacer rápidamente: qué carácter y qué objetivos dar a la guerra de liberación y qué alianzas concertar para darle el mayor impulso posible. ¿Cómo vencer la actitud de espera frente a los acontecimientos, implicar a la mayoría del pueblo en el rescate de sí mismo? ¿Qué salida prever y qué construir para la posguerra? En ambos interrogantes las fuerzas antifascistas, consideradas en su conjunto de Norte y Sur, estaban en ese momento drásticamente separadas y corrían el riesgo de parálisis, cuando no de ruptura. Consideremos cada una por separado, porque en el Norte y en el Sur, una y otra tenían distinto peso, pero reconociendo que existía un nexo entre ellas. La primera discrepancia se concentraba en la relación a establecer con la monarquía y con Badoglio, que los aliados habían legitimado y con quien colaboraban en las zonas ocupadas. Todos los partidos antifascistas, tanto en el Sur como en el Norte, rehusaban, con mayor o menor determinación, tal atribución de legitimidad y excluían combatir bajo aquella bandera. Sin embargo, mientras los partidos de izquierda (*azionisti*[6], socialistas, comunistas) pedían que se cumpliese,

6 El Partido de Acción, que renació en julio del 1942, retomando el nombre del movimiento político *risorgimentale* fundado en 1853 por Mazzini y disuelto en 1870. De orientación radi-

para deshacer cualquier equívoco y conquistar el consenso del pueblo traicionado, la alternativa republicana y la formación de un gobierno alternativo fundado sobre el CLN[7], las fuerzas liberales y moderadas querían obligar o persuadir a Vittorio Emanuele a abdicar para conformar un nuevo gobierno con un nuevo jefe de gobierno, menos comprometido con el viejo régimen, pero en continuidad con el Estado que lo precedía. El partido democristiano (recientemente reconstituido en torno a los viejos líderes del Partido Popular) se quedaba en el limbo, fundamentalmente en actitud de espera de acontecimientos (aunque algunos jóvenes formados en la Acción Católica ya estaban activos durante la Resistencia). El mismo Partido Comunista mantenía un intenso debate interno: todos excluían un pacto con el gobierno Badoglio, pero el grupo dirigente asentado en Roma y liderado por Scoccimarro consideraba prioritario este debate, mientras que el grupo milanés, dirigido por Longo, sugería no perder demasiado tiempo en estas diatribas y resolverlas en la práctica concentrándose en el desarrollo de la Resistencia armada. Los mismos aliados estaban divididos: Roosevelt, también, por la presión de la opinión pública, era contrario al rey y a su gobierno, pero Churchill seguía apoyándolos con firmeza, veía no tanto con desconfianza, sino con desprecio a las fuerzas antifascistas (y los ingleses eran, en el escenario italiano, la fuerza militar predominante).

En pocos días Togliatti intervino en este nudo enmarañado, cortándolo en seco. Adelantó una propuesta: la cuestión de la República podía quedar abierta hasta que un referéndum la resolviera después de la guerra; Badoglio podía seguir en su lugar pero con un gobierno en el que participasen todas las fuerzas antifascistas a condición de que se hiciera seriamente la guerra a los fascistas y a los alemanes sin más esperas. Lo suficientemente en serio como para liberar una parte del país durante al menos un tiempo, antes de la llegada de las tropas aliadas. Esta propuesta pronto la aceptaron todos, con mayor o menor convicción, dada su fuerza intrínseca: porque era un compromiso real, dictado por las relaciones de fuerza internas e internacionales, y al mismo tiempo era un relanzamiento de la iniciativa de la lucha armada y en el marco de una insurrección popular exigía de todos un esfuerzo

cal, republicana y socialista moderada, tuvo vida breve y se deshizo en 1947. Sus miembros fueron llamados "accionistas" (*azionisti*) y su órgano oficial fue *Italia libera* (N. de T.).

7 *Comitato di Liberazione Nazionale* (Comité de Liberación Nacional). Asociación de partidos y movimientos opositores al régimen fascista de Benito Mussolini y a la ocupación alemana de Italia. El comité nació en Roma el 9 de septiembre de 1943 y agrupaba movimientos de muy distinta extracción cultural e ideológica: representantes del Partido Comunista italiano (PCI), de la Democracia Cristiana (DC), del Partido de Acción (PdA), del Partido Liberal italiano (PLI), del Partido Socialista italiano de Unidad Proletaria (PSIUP) y del Partido Democrático del Trabajo (PDL) (N. de T.).

máximo pero garantizaba a todos un espacio para competir en el futuro. De todas maneras, esto probablemente no habría sido suficiente sin la autoridad y determinación de quien había formulado la propuesta. La autoridad de Palmiro Togliatti, que era el líder indiscutible de la fuerza que había conquistado un prestigio sobre el terreno, y que había tenido el valor de hacer la propuesta de manera seca, sin alternativas; y la autoridad de Iosif Stalin que, después de Stalingrado y con sus ejércitos avanzando, gozaba en ese momento de una popularidad enorme no sólo entre los comunistas y había dado lugar a un hecho consumado al reconocer al gobierno Badoglio.

Desde entonces está abierta una discusión acerca de cuál de los dos fue el inspirador y cuál el ejecutor. Una discusión artificial; al menos aquella vez se produjo una convergencia por convencimiento, si bien dictada por distintas intenciones: Stalin buscaba potenciar la Resistencia en los países europeos ocupados aún por los alemanes para acelerar el final de una guerra que continuaba costando demasiados muertos, no quería comprometer el acuerdo de Yalta, ni ser arrastrado a sostener ulteriores guerras civiles de resultado incierto en Europa occidental; Togliatti estaba convencido, precisamente, de que sólo una lucha armada unificada y una verdadera insurrección popular permitirían al PCI convertirse en una fuerza grande y reconocida, y a Italia consolidar su independencia y cortar al menos algunas de las raíces permanentes del fascismo. De hecho, inmediatamente después, aquella decisión obtuvo resultados importantes: un reconocimiento más explícito por parte de los aliados acerca del papel de Italia como país cobeligerante y del derecho de los italianos a escoger democráticamente el nuevo orden institucional; la extensión más rápida de los Comités de Liberación Nacional; la participación en la acción partisana de nuevas regiones, de nuevos estratos sociales (en particular de campesinos) y de nuevas corrientes (en particular los católicos). Todas ellas condiciones que, durante los meses sucesivos, habrían de mostrarse vitales para superar la desorientación ocasionada por la infausta "proclama Alexander"[8] y por la amenaza de la ralentización de aprovisionamiento militar que comportaba para afrontar el terrible invierno y, en fin, para preparar la epopeya del 25 de abril.

Sin embargo, había otro peligro que Togliatti, a su llegada, tenía que enfrentar, menos inmediato pero más complejo: el de definir, para la posguerra, una perspectiva no sólo táctica, sino también estratégi-

8 El 13 de noviembre de 1944, en una retransmisión de *Italia combatte*, la emisora a través de la cual el comando anglo-americano mantenía el contacto con las fuerzas del CLN, el comandante supremo de las tropas aliadas, general Alexander, lanzó una proclama para paralizar los enfrentamientos con las tropas fascistas y alemanas. Esta proclama disgustó profundamente a la Resistencia (N. de T.).

ca. Ello atravesaba de pleno a las organizaciones y también a las conciencias individuales que estaban más implicadas en la Resistencia. Quien combatía en las montañas arriesgando la vida, quien organizaba huelgas corriendo el riesgo de deportación, combatía seguramente para echar a los alemanes y liquidar a sus esbirros, por la libertad y por el rescate nacional, pero estaba animado por objetivos políticos más radicales y aspiraciones más ambiciosas: quería que pagaran un justo precio las cúpulas políticas, económicas y militares que habían apoyado al fascismo y del cual habían sacado provecho hasta el final; no quería tan sólo la restauración de las instituciones pre-fascistas, sino también una democracia abierta al control popular, una coparticipación en la administración de las empresas, en muchos casos querían dar inicio inmediato a una transformación de la sociedad en sentido socialista. El problema era: ¿cómo, cuándo, dentro de qué límites tales aspiraciones se podían satisfacer, teniendo en cuenta la posición internacional en la que se encontraría Italia y de las relaciones de fuerza globales también en el interior de la sociedad nacional?

Por entonces Stalin no ponía vetos en este terreno, porque aún creía en la posibilidad de un desarrollo de las relaciones internacionales, en las que había encontrado un interlocutor en Roosevelt, y temía que prevaleciese por el contrario una nueva tendencia de la Guerra Fría que pudiera recalentarse. De todas formas, no actuaba ni siquiera como estímulo, porque la victoria militar y el papel político mundial adquiridos lo reafirmaban en el error originario acerca de su idea de la autosuficiencia de Unión Soviética, como guía política y como modelo. Sugería, por tanto, a los partidos comunistas en Occidente prudencia táctica dentro de una estrategia y una ideología inmutables. Togliatti, apoyándose en el espacio que se le ofrecía y en la fuerza conquistada, aun reconociendo los límites y contradicciones de esta estrategia, intervino en cambio valerosamente para conferir al giro de Salerno el valor de punto de partida de la refundación del comunismo italiano, configurando el esbozo de una nueva estrategia. En los discursos de Nápoles, Roma, Florencia y luego también, después del 25 de abril, expuso ideas de su propia cosecha. No se podía y no se debía navegar más —dijo— con perspectivas ambigüas, ni utilizar de manera indiferenciada las expresiones "democracia socialista", "democracia popular", "democracia progresiva". Había que asumir la perspectiva de una República democrática, multipartidista, con plena garantía de libertad de palabra, prensa, religión, pero orientada, desde la carta magna, a un programa de profundas reformas sociales, marcada por una constante participación de los trabajadores y de sus organizaciones, garantes de la independencia nacional, del rechazo de la guerra y la formación de bloques entre las potencias. No había contradicción entre democracia y

socialismo, pero tampoco una muralla china que derribar rápidamente con una nueva insurrección armada. A fin de recorrer este camino era necesario un partido nuevo, un partido de masas, no sólo en razón de su tamaño, sino porque se basaba en la adhesión a un programa y no en una ideología, porque era capaz de hacer no sólo propaganda sino también política, porque a pesar de apoyarse en la clase obrera buscaba alianzas con diferentes grupos sociales y con otras fuerzas que las representasen. Un partido cohesionado y disciplinado en la acción, pero que dejase espacio a la discusión, anclado firmemente a un movimiento comunista mundial, pero sin asumirlo como modelo a imitar.

Quedaban por definir muchas cosas, y muchas por esclarecer, pero era el primer indicio de una nueva identidad que construir de inmediato, que asimilar de inmediato. Ya durante los primeros y decisivos años de la posguerra aquella oportuna decisión de perspectiva y ubicación obtuvo dos resultados importantes y duraderos: la elaboración de una de las cartas magnas más avanzadas de entre las europeas por lo que garantiza y por los valores que la inspiran, que no obstante la fuerte división política se aprobó por amplia mayoría en 1948 y que aún hoy perdura, aunque un poco desmoronada por diversos asaltos; y el nacimiento de un gran partido comunista, el más grande de Occidente, cuya sola presencia estimulaba la de otros partidos populares (y eso aseguró una participación de masas activa y permanente en la política italiana durante décadas).

Considerado en el contexto en el que intervino, no se puede negar que el cambio de dirección de Salerno alcanzó los objetivos prioritarios que se fijaba y que puso las bases de numerosos y posibles avances sucesivos. De todas maneras, si lo consideramos en el largo plazo y con respecto a las esperanzas que suscitó, los análisis y los juicios deben ser más atemperados.

LOS GOBIERNOS DE UNIDAD NACIONAL, 1944-1947

Los años comprendidos entre 1945 y 1948 no fueron solamente los años de la Liberación, de la República, de la nueva Constitución. Fueron también el periodo de transición que en concreto tenía que redefinir el orden de la sociedad y del Estado, las relaciones entre las clases y las respectivas condiciones de vida; programar la reconstrucción económica y el posicionamiento internacional del país. Cometido al que estaban destinados los gobiernos de unidad nacional (con un espacio de intervención creciente a medida que el control de los aliados se hacía menos directo) y, a partir de 1946, junto con una Asamblea elegida por el pueblo, que asumía también funciones legislativas. En ambos casos la izquierda, y en primer lugar los comunistas, tenían un peso relevante (con mayor razón por la movilización de masas y por el clima general de

entusiasmo creado por la insurrección nacional, el viento del Norte).

A pesar de todo, en este terreno de la acción de gobierno y de las primeras elecciones legislativas el balance fue bastante magro, por los objetivos propuestos y aún más por los obtenidos. La "democracia progresiva" quedaba sobre el papel muy lejos de los ojos, de los intereses y de las esperanzas de los hombres y las clases que se habían jugado la vida o la deportación, y asimismo de las intenciones de quienes incluso estaban fijándolas sobre la carta magna. El poder no pasaba, ni en parte ni por completo, a las manos de los CLN tal como estaba previsto. Los partisanos habían entregado las armas, a menudo refunfuñando; también esto estaba pactado. El desorden y los episodios de violencia aislados eran contrarrestados activamente, sobre todo por los mismos comunistas (Longo a la cabeza); y esto, al término de una guerra que también había sido civil, era lo justo. En cualquier caso, no era justo ni estaba previsto que en la realidad cotidiana no se viesen signos concretos de la erradicación del fascismo, exigida y prometida continuamente y que fuera en cambio aplazada para tiempos mejores. Es indudable que tal moderación fue producto de importantes factores objetivos. De entrada, una situación de absoluta emergencia, tanto del aparato productivo arruinado en todos los sectores y en los servicios que precisaba para reponerse, como del aparato del Estado en sus más elementales funciones administrativas. En segundo lugar el resultado de las repetidas contiendas electorales a las que por la primera vez, después de tanto tiempo el pueblo (incluidas las mujeres) era llamado a pronunciarse: la izquierda demostraba ser una minoría, muy fuerte, pero al fin y al cabo una minoría, el país estaba netamente separado en dos (Norte y Sur). La monarquía había sido derrotada por poco en el referéndum institucional. Y para finalizar, la situación internacional mostraba los primeros síntomas de crisis entre las grandes potencias de la Gran Alianza antifascista.

No eran todavía, sin embargo, impedimentos absolutos. La situación de colapso de la economía y del Estado originaba dificultades pero también ocasiones de reforma y en cualquier caso la deslegitimación de las clases que habían contribuido a determinarla y que a menudo habían sacado beneficio de ello. El resultado del voto asignaba más del 40% a la izquierda; era muy difícil que se formara un bloque conservador y aún más difícil que prevaleciese, dado que en ese momento el antifascismo quedaba en el sentido común como algo más fuerte que el comunismo.

La situación internacional estaba aún en una fase de interregno; no fue casual que precisamente entre 1945 y 1949 la Revolución china encontrara el espacio para instalarse sin que explotara un conflicto más general.

¿Por qué entonces, en el breve periodo de transición entre Resistencia y Guerra Fría no se logró llevar a término una operación reformadora, aunque fuese parcial y precaria, análoga a la que se había realizado en el texto de la Constitución (en peligro e inaplicada en su mayor parte durante al menos quince años, pero capaz de dejar una señal, una frontera desde la que recomenzar)? ¿Se puede afirmar que los comunistas, y el mismo Togliatti, hayan dado lo mejor de sí mismos en ese caso y en ese terreno, tal como habían hecho durante la lucha de liberación y con el giro de Salerno? Con toda la buena voluntad, a mí me parece honesto decir que no. No me pasa en absoluto por la cabeza volver a encender viejas polémicas, ya por entonces y mucho más hoy día infundadas y dañinas. Por ejemplo, en torno al desarme de los partisanos, al fallido traspaso del gobierno a los CLN, a la ley de amnistía, a las frustradas nacionalizaciones: todo el arsenal de la discusión acerca de la "revolución frenada".

Sólo quiero decir algo acerca de lo que los comunistas en el gobierno habrían podido rehusar aceptar o tratar de imponer razonablemente aunque fuera con el riesgo de una crisis de gobierno. Dando uno que otro ejemplo concreto.

a) *La política económica*. Tras el breve y bastante ineficaz paréntesis del gobierno Parri, con De Gasperi en la presidencia del Consejo, la dirección práctica de la política económica se confió a ministros y gobernadores competentes aunque fieles a la escuela liberal, un tanto envejecida: Corbino, Einaudi. Una escuela que se concretaba en torno al retorno a la normalidad: contención del salario obrero, de la renta campesina, de las pensiones, esta vez también contención de los salarios del empleo público, restauración de la autoridad y el orden en las empresas, estabilidad monetaria, para permitirle a la economía funcionar. Sin embargo, también llevaba en sí hacia el futuro una perspectiva más ambiciosa: igualmente contención de los salarios, reestructuraciones y despidos, pero también estímulos para las inversiones y la renovación tecnológica, mediante la asignación de las ayudas estadounidenses en gran parte a las grandes empresas privadas, y la reducción gradual de las barreras aduaneras. La izquierda oponía, a esta línea, una consigna diferente: aumento del consumo interno y del empleo: hacía una alusión a Keynes (nunca leído y nunca meditado), carente de medidas precisas. Por entonces, esta línea había obtenido éxitos pero también derrotas. En la crisis de los años treinta, cuando se trataba de enfrentar una crisis de infraconsumo frente a una capacidad productiva sobreabundante, y allí donde era posible hacerlo trabajando en torno al déficit, esa opción había funcionado. Así y todo, la crisis italiana era por completo diferente: debilidades estructurales, atraso tecnológico, inflación

galopante: un relanzamiento productivo valiente tenía por tanto que apoyarse desde el comienzo en elementos de planificación, que guiaran las inversiones, y en una re distribución de la renta que reequilibrara los sacrificios de la reconstrucción, inevitables para controlar la inflación. Sin estas medidas hubiese sido impracticable y no habría hallado consenso. Y de hecho quedó como una consigna genérica, útil sólo para sostener luchas reivindicativas, como las que hubo, pero con escasos resultados, de inmediato debilitados por los despidos y el desempleo. ¿No era posible actuar de otra manera? ¿Por ejemplo, poniendo en marcha luchas y movilizaciones para la reforma fiscal; dar a los trabajadores un estatuto que regulase los derechos sobre la libertad de despido y sobre la contratación colectiva, y que garantizara un mínimo de poder sobre los planes de reestructuración y las nuevas inversiones, en lugar de entregarlo de nuevo a los viejos propietarios? ¿No era posible proponer, o quizá imponer, un primer, aunque importante, esbozo de reforma agraria —no digo "la tierra para quien la trabaja", pero al menos la abolición de la arcaica aparcería, la expropiación de los grandes latifundios abandonados, una mayor estabilidad para los contratos agrarios? ¿No se podía utilizar resueltamente, como impulso para una programación y no como soporte directo a los monopolios privados, el gran patrimonio público industrial y bancario que el fascismo se había visto obligado a crear bajo la presión de la crisis de los años treinta? ¿No se podía, con el cambio de moneda y la expropiación de los beneficios de guerra, sanear las finanzas públicas y mantener los gastos de la primera reconstrucción al igual que en los demás países europeos?

Todas estas batallas diferidas, mal definidas, jamás fueron llevadas a cabo con rigor. Sólo en la vigilia de la ruptura de la unidad nacional el PCI bosquejó una campaña para "un nuevo curso" de política económica, pero sin el empeño ulterior que invirtió en el Plan de Trabajo de Di Vittorio, cuando era ya demasiado tarde.

b) *La reconstrucción del Estado y de sus aparatos*. La burocracia italiana bajo el fascismo había sido no sólo hipertrofiada, sino además seleccionada por el fascismo, rediseñados sus poderes y reescrita la legislación que la ordenaba. El problema no podía resolverse de manera draconiana, no se podía dejar a una buena parte de los burócratas fascistas en la cárcel o devolverlos a todos a casa. Sin embargo, en los escalafones más altos, en los puestos de mando, esta burocracia podría haber sido depurada y sustituida por un personal intelectual, quizá apolítico pero democrático. Se podían desmantelar de inmediato las normas represivas del código Rocco y del entero derecho penal, garantizar la autonomía de la Magistratura en su conjunto, y la independencia de cada juez en los procesos que tenía

que abordar. Se podía, aún sin reformar por completo la escuela gentiliana[9], abolir por lo menos las barreras clasistas que la inspiraban y corregir los programas escolares en los puntos de mayor y evidente contraste con la nueva República, limitar el poder de las baronías académicas. Se podían extender la autonomía y las competencias de los entes locales y reducir el poder de los prefectos. En suma, se podía comenzar a poner en práctica lo que se estaba escribiendo en la nueva Constitución. Se podía, pero no se hizo y ni siquiera se discutió seriamente en el ámbito nacional ni en el Parlamento.

c) *Política exterior*. Es cierto que hasta el término del tratado de paz, el peso de Italia era muy limitado. Y es cierto que ya en el horizonte se vislumbraba la Guerra Fría. Sin embargo, esto no impedía a los comunistas, cuando aún estaban en el poder, tanto en Italia como en Francia, asentar una iniciativa no sólo propagandista para reducir su impacto. Ya Togliatti, desde el inicio, había insistido acerca de la independencia nacional y el rechazo de nuevos bloques de potencias. No obstante, en el momento del que estamos tratando, tal vez se podía ir más allá —bien mirado, incluso en interés de la Unión Soviética, tal como él lo veía—. Es decir, hacer progresar la idea de una Europa —que había sido el epicentro de dos guerras mundiales y estaba desarmada por entonces y no tenía veleidades imperiales— como promotora de un diálogo entre las grandes potencias y de la construcción de instituciones mundiales como garantes de la legalidad y de la paz, a la que podía contribuir liberándose de la pesada responsabilidad, históricamente suya, del colonialismo. Había diseñado una coalición de fuerzas por construir, minoritaria pero consistente, en torno a esta idea: Estados ya comprometidos con el neutralismo (como Suecia, Finlandia, Austria); grandes partidos socialdemócratas (el alemán de Schumacher o más prudentemente el *Labour* inglés), corrientes culturales y políticas o líderes acreditados (como en Francia la tercera fuerza radical-democrática o sectores católicos, o Mendès-France, en cierto sentido el mismo De Gaulle), que por elección moral e ideal, y en parte por orgullo nacio-

9 Reforma escolar conocida como *scuola gentile*, encargada por el primer gobierno de Mussolini al filósofo siciliano Giovanni Gentile (1875-1944). Era una escuela severa y elitista; consideraba los estudios superiores como "aristocráticos, en el óptimo sentido de la palabra: estudios de pocos, de los mejores". Sancionada en 1923, consideraba la instrucción clásica como punto central de la preparación escolar y estuvo sustancialmente en vigor desde la República hasta cuando el Parlamento italiano, con la ley del 31 de diciembre de 1962, al abolir la escuela de arranque, dio vida al últimos años de EGB (*Educazione Générale Basica*). En sustancia, la reforma alargaba el periodo de enseñanza obligatoria hasta los 14 años de edad, y sometía al estudiante a una serie numerosa de exámenes intermedios. Por ejemplo, el joven que quisiera llegar a la universidad tenía que superar seis exámenes en los primeros trece años de estudios (N. de T.).

nal, se resistieron a repartir el mundo en dos. Un diálogo entre todas estas fuerzas no era fácil, y, sin embargo, podía echar raíces: sólo una década después pudo encontrarse con el neutralismo de la conferencia de Bandung, pero no se intentó en el momento más favorable, es decir, cuando la reciente tragedia de la guerra ponía en guardia a los pueblos y el resultado victorioso de la unidad antifascista entre varios sistemas sociales sugería mantenerla.

EL PARTIDO NUEVO

He esbozado algunas críticas a la gestión del gobierno de los primeros años de la posguerra, pero podría esbozar otras, para poner en evidencia de inmediato un problema que habría reaparecido luego continuamente, en diferentes formas y medidas, en el prolongado intento de una "nueva vía al socialismo".

El centro de la nueva estrategia trazada por Togliatti era el nexo entre revolución y reforma, autonomía y unidad, conflicto social y política institucional como un largo proceso, un progreso por etapas, cada una de ellas ligada a una fase históricamente determinada de una historia nacional específica, pero explícitamente animada por una finalidad precisa de largo alcance. No era un concepto del todo nuevo, estaba presente en el pensamiento de Marx, en el de la Segunda Internacional en su mejor fase y aún más en Gramsci, y Togliatti no dudaba en reconocerlo. La novedad radicaba en el hecho de reinsertarlo en el bagaje del comunismo, e integrar en él la Revolución de octubre, su consolidación y sus futuros desarrollos. Sin embargo, para poner esa estrategia rigurosa mente en práctica (como hasta entonces nadie había logrado plenamente), es decir, para evitar que ese nexo acabase simplemente en un reformismo minimalista, cada vez más subalterno de las compatibilidades del sistema, o que, por el contrario, se viviese sólo como una táctica para acumular fuerzas a la espera de un momento favorable para el auténtico salto revolucionario, se necesitaban algunos difíciles prolegómenos. Era necesario, antes que nada, elaborar una visión algo más precisa del tipo de sociedad al que se aspiraba a largo plazo. Se necesitaba también la capacidad de análisis de la fa se determinada en la que nos encontrábamos y de lo que ésta ofrecía para dar algunos pasos hacia delante e impedir cualquier retroceso con respecto al objetivo final. Se necesitaba conquistar un consenso amplio y duradero en la sociedad, y particularmente en la clase trabajadora, alrededor de un programa coherente, construir un "bloque histórico" que se comprometiese a seguirlo. Se necesitaba, en suma, transformar a las masas subalternas en una clase dirigente alternativa, capaz de organizar la lucha social y de administrar también los espacios parciales de poder a medida que se conquistaban. Si una "revolución", como decía Mao, no

es una "cena de gala", un reformismo fuerte no equivale a pragmatismo inteligente. Justo después de la guerra, en el PCI y en Italia, todo esto no sólo faltaba, sino que ni siquiera existía conciencia de ello. Consideremos ante todo, y sobre todo, el estado efectivo del "nuevo partido" que tenía que ser el instrumento esencial para superar las dificultades. La consigna del partido de masas se había hecho realidad en un tiempo increíblemente breve y con un resultado superior al previsto. En 1945 el PCI era un partido con 1.100.000 afiliados, en gran parte militantes; en 1946 alcanzó los 2.000.000. Incuestionablemente el mayor de todo Occidente (Francia incluida) y uno de los primeros del mundo. No era una fuerza efímera, ligada únicamente a la emoción de la liberación ni al mito de la URSS, por el contrario conservó la misma fuerza organizativa todavía durante muchos años, no obstante la desilusión por las derrotas padecidas y las condiciones de la guerra fría. Con todo, ¿a quién acogía y cuál era su fisonomía?

Su composición social señalaba al mismo tiempo un gran recurso y una gran dificultad. Era un partido de clase como quizá jamás se había visto antes. Sin embargo, ¿cómo era esa clase? Longo, tras recorrer el país, dijo a su manera brusca: no es aún un partido sino una muchedumbre. Yo puedo agregar, viendo las estadísticas, aunque también por recuerdo vivo y directo: una muchedumbre de trabajadores manuales de la industria y del campo que a menudo no habían terminado la escuela elemental, les costaba trabajo leer o comprender la lengua nacional, no habían tenido experiencias sindicales, habían quedado al margen de la información y de la lucha política, incluso antes del fascismo y también en relación al *non expedit* vaticano[10], y además habían vivido bajo la retórica fascista. Por entonces cumplían los primeros pasos de aprendizaje, en las secciones de partido aprendían a escribir, leían los primeros libros o algún diario, recibían algún rudimento de historia nacional y, arrastrados por esa nueva pasión llenaban las plazas cada tarde para discutir en corrillos improvisados y hacerse una primera idea. Los cuadros que este pueblo tenía que organizar y conformar eran unos pocos miles, en ciertas regiones eran poquísimos y por lo tanto importados de otros territorios; en su mayoría eran obreros formados en el trabajo clandestino y en la lucha partisana, en la guerra civil de España e incluso en la escuela extraordinaria de la cárcel y de la frontera, donde se aprendían los rudimentos del marxismo-leninismo en la forma canónica plasmada durante los años

10 *Non expedit* («no conviene»): Se trata de una bula de la Santa Sede, tras la culminación de la unificación italiana, mediante la cual se desaconsejaba a los católicos italianos participar en las elecciones políticas del país y en la vida política italiana, tanto en calidad de votantes como de candidatos (N. de T.).

treinta por el *Komintern*, penetraban con fatiga y por carisma en los más complejos razonamientos togliattianos. Había también un cierto número de jóvenes intelectuales o de estudiantes reclutados durante los años inmediatamente precedentes a la guerra e impulsados por el rechazo del fascismo, o llegados directamente de las filas partisanas, a menudo de valor y con buenas lecturas, aunque más en campo artístico, literario, cinematográfico (que el régimen dejaba pasar) que en el de la teoría económica e histórico-política.

El verdadero grupo dirigente, el que estaba llamado a discutir y a decidir, era muy reducido, de probadas fe y calidad. Solamente Togliatti (y Terracini, que estaba al margen) había, sin embargo, vivido como protagonista la experiencia fundadora del *Ordine Nuovo* turinés; en conjunto venía de experiencias heterogéneas, se había vuelto comunista en el periodo vacilante de la dirección bordiguista[11], luego había sido amputado de la disidencia de Tasca y otros, librado del encarcelamiento y finalmente se había consolidado, sin represiones pero con fatiga, durante los años de la plena ortodoxia estaliniana. Este grupo había aceptado las decisiones de Togliatti, primero por disciplina, luego por convicción, pero no con plena conciencia de su alcance. Secchia mantenía la duda, que luego hizo explícita, de que quizá se podía obtener algo más con la lucha partisana y que de cualquier manera era necesario estar preparados para reaccionar ante un probable coletazo reaccionario. Longo no dudaba en afirmar que "el socialismo se construía cuando se tenía el poder en mano, cosa que aún no sucede". Por tanto, el partido de masas, por razones materiales y culturales, estaba muy lejos de ser el "partido nuevo" que Togliatti se proponía, y aún más lejos del "intelectual colectivo" concebido por Gramsci: capaz de hegemonía, origen de una reforma cultural y moral que Italia no había tenido jamás, la clase obrera en camino de convertirse en la clase dirigente. No tenía ni siquiera la riqueza que da la experiencia, ni esa capacidad de discusión a la que había llegado, a finales del siglo XIX, la socialdemocracia alemana, ni era un grupo dirigente similar al bolchevique antes de la Revolución, una concentración de cerebros única en Europa y rara en la historia política de todos los tiempos.

Para no dar una importancia inmerecida, en relación a esa fase, a la falta de preparación de los comunistas, es necesario agregar que el conjunto de las fuerzas políticas y sociales estaban igualmente, o aún más, carentes de formación para asumir el cometido de un gobierno. El partido socialista estaba dividido y oscilaba entre posturas contradictorias: forzando planteamientos extremistas Basso y a veces Morandi,

11 Amadeo Bordiga (1889-1970), uno de los fundadores del Partido Comunista italiano, y del Partido Comunista Internacionalista, crítico con el estalinismo (N. de T.).

la *politique d'abord* de Nenni, la ruptura saragatiana[12] a las puertas. La democracia cristiana se mostró de inmediato como un gran recolector de votos, pero De Gasperi la dirigía a duras penas, como una precaria delegación del Vaticano. El poder real sobre las masas católicas, en parte obreras y campesinas, estaba sólidamente en manos de un papa mucho más preocupado desde siempre por el comunismo que por el fascismo y que disponía de una red formidable de cuadros acostumbrados a obedecer: párrocos de pueblos, universidades, asociaciones religiosas, cada una dirigida por un asistente eclesiástico. La burguesía productiva industrial y agraria, deslegitimada políticamente por su connivencia con el fascismo pero fuerte en su poder económico, era aún en gran parte, además de conservadora, iliberal y en buena parte holgazana y parasitaria, tal como habían descrito Gramsci, Gobetti o Dorso (muy lejos de la mezcla de reacción y dinamismo modernizante que había emergido desde hacía décadas en Alemania y en Japón). Los aparatos del Estado, ya desde antes del fascismo, eran tan obedientes como ineficientes. La misma intelectualidad, incluso la que no era fascista, había seguido siendo provinciana, había decidido estar al margen de las grandes discusiones y de las grandes controversias iconoclastas, aunque innovadoras, que habían animado, para bien o para mal, la primera mitad del siglo en Europa y en los Estados Unidos. Gramsci era todavía un desconocido, pero también Pareto, Michels o Sraffa o Fermi trabajaban en otro lugar.

En conclusión, los partidos de masas estaban más avanzados que la sociedad que representaban. Podían alcanzar un acuerdo avanzado cuando se trataba de definir los principios u ordenaciones institucionales: por entonces comunistas y socialistas tenían ante sí una élite intelectual laica o católica fuertemente ligada a la Resistencia (como Dossetti o Calamandrei). No obstante, cuando se trataba de cambiar el orden social, de chocar con el persistente sentido común y los poderes reales en la sociedad, el camino a recorrer era largo y las ideas, fuerzas y competencias aún inadecuadas.

Ya el hecho de educar, de organizar grandes masas, subalternas desde hacía siglos, de permitirles alzar la cabeza y utilizarla era de por sí una gran, duradera conquista. Tanto para el PCI como para Italia. No lo suficiente para rodear, o al menos para superar fácilmente el nuevo precipicio que podía bloquear repentinamente el recorrido: la Guerra Fría y el choque político frontal derivado de ella entre quienes habían fundado la Primera República.

12 Giuseppe Saragat (Turín, 1898-Roma, 1988), quinto presidente de la república (N. de T.).

[Capítulo III]

AL BORDE DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

En este punto del trabajo he encontrado una dificultad inesperada y diferente de cualquier otra. Tengo de hecho que ocuparme ahora de tres lustros de riesgo extremo (la tercera guerra mundial) que, sin embargo, concluyeron con la competencia relativamente pacífica entre los dos sistemas antagonistas. Todo parecía volver a ser como antes y en cambio surgió un nuevo orden mundial destinado a durar treinta años, en el que todo parecía congelado y del que por el contrario se han puesto las premisas de grandes transformaciones que han abierto un nuevo desafío histórico. Aquí, ya sea la memoria individual y colectiva, ya sea "juzgar a posteriori lo ya sucedido", más que ayudar a la reflexión crítica pueden fácilmente obstaculizarla.

La memoria, más que extraviada, permanece fragmentaria y oxidada. Han sido de hecho años en los que la política ha asumido un papel principal como nunca antes o después, se ha vuelto una pasión colectiva, animada por la convicción de que se tenía el deber de defender la civilización en que vivimos, o por el contrario cambiarla de raíz: millones de hombres, de todos los grupos y confesiones diferentes participaban en ella asumiendo una pertenencia que consideraban permanente y que en efecto ha durado más allá de lo esperable. Con todo, también han sido años de arduo enfrentamiento, que precisamente por esto tendían a reducir la política a ideología, a seleccionar o deformar los hechos para encontrar en ellos una confirmación, a hacer prevalecer la propaganda por encima de los argumentos, la fidelidad por encima del espíritu crítico. Enteras generaciones salvaguardan, por experiencia directa o por transmisión oral, recuerdos indelebles que dudas pos-

teriores o posteriores decisiones conducían fácilmente a archivarlos con orgullo en lugar de someterlos a un análisis crítico. Todavía hoy, en Italia, si se discute acerca de los años cincuenta, la derecha emplea esquemas y lenguaje de 1948; y quien en cambio los rechaza, quien prefiere desdramatizar ese enfrentamiento, lo considera un paréntesis fatalmente impuesto desde el exterior, que la sabiduría convergente y silenciada de De Gasperi y Togliatti ha manejado y clausurado lo más pronto posible. Lo mismo sucede con el "juicio a posteriori". Puesto que no hubo una tercera guerra mundial, que la competencia entre los dos sistemas concluyó de manera incruenta, ese arduo periodo se convierte en agua pasada, falto de consecuencias irreversibles, un periodo que no tiene nada qué decirnos aparte de la evidencia de su resultado. Los grandes eventos de la segunda mitad de siglo —acerca de los cuales se han propuesto una y otra vez su debate y análisis— resultan así separados de aquello que los ha precedido inmediatamente y que, para bien y para mal, los ha marcado.

Yo mismo, que me he acercado al comunismo durante ese periodo, he sido cómplice de aquel menosprecio, firmemente inmóvil en las convicciones de entonces, y he visto con fastidio autocríticas hechas tarde e improvisadas, que merecían una réplica más documentada y meditada. Ahora que estoy obligado a hacer cuentas, y he podido y debido utilizar las memorias, disponibles a estas alturas aunque sean poco conocidas, las actualizaciones historiográficas, la publicación de archivos secretos (que están siendo revisados y aportan importantes novedades), me doy cuenta de la importancia que ha tenido ese periodo, si se lo considera en su conjunto, de la cantidad de juicios errados, o enormes prejuicios que es necesario poner en tela de juicio, y sobre todo la cantidad de interrogantes que han quedado sorprendentemente eludidos y exigen una respuesta más convincente.

De entrada, es necesario poner fin a un equívoco paradójico. Es evidente para todos, y todos lo reconocen, que en esos tres lustros el elemento dominante, incluso en la política interna de cada país, ha sido la política internacional: la Guerra Fría. Y en cambio precisamente acerca de la guerra fría las omisiones han sido y siguen siendo particularmente graves y numerosas, las interpretaciones son más divergentes, la evolución de los hechos ha sido raramente considerada. Es más, el significado mismo que se atribuye a esta expresión es tan genérico que en cada discusión se muestra confusa e incierto aquello a lo que en concreto se refiere.

LA GUERRA FRÍA DE LARGA DURACIÓN

Para hablar seriamente de Guerra Fría se deben distinguir dos cosas diferentes: por una parte un fenómeno histórico de larga duración; por otra un periodo más breve, en el que se presentaba ya como prólogo de una probable tercera guerra mundial, que si no era inminente, era necesario prepararse para ella y con la cual había que medir todas las cosas.

En un primer nivel, la Guerra Fría ha tenido fechas precisas que fijan su inicio y su final, y constantes protagonistas principales, pero carácter intermitente, formas cambiantes, diferentes grados de intensidad. Ha comenzado en el mismo momento en el que clases y pueblos, durante mucho tiempo subalternos y sometidos, han elaborado una ideología, han construido una organización y han tenido condiciones favorables para convertirse, por medio de una revolución, en un Estado. Un Estado que en perspectiva, por territorio, recursos y energía podía convertirse en una gran potencia en la que otros Estados podían apoyarse. Se abría de esta manera, o se podía abrir en el mundo, una competencia entre dos sistemas que era social, económica, ideológica aunque al mismo tiempo geopolítica. Alianzas, compromisos, pero ante todo fuerza armada y capacidad económica para sostenerla se convertían en un factor de la competencia, tanto como instrumento de agresión como instrumento de resistencia ante semejante amenaza. Esta guerra comenzó, de hecho, ya en 1918, con la intervención, no formal, pero cruenta, de las grandes potencias occidentales en la guerra civil rusa. Lo he ya esbozado, pero es oportuno insistir en ello, porque tuvo lugar antes de que la revolución tomase una forma estable, cuando la atroz reacción zarista podía matarla en pañales.

Ya los alemanes, poco antes de rendirse impusieron, en Brest-Litovsk, una mutilación considerable del ex Imperio ruso, confirmada luego en Versalles, no obstante fuera repartida de otra forma (y convertida de nuevo en área de litigio al término de la Segunda Guerra Mundial). Inmediatamente después, las potencias vencedoras promovieron y mantuvieron una serie de ataques mayores para abatir a la República soviética desde todos los flancos: la armada de Kornilov por el Báltico, la de Kolcak por Siberia, la de Denikin por Crimea, Georgia y el Turquestán, la de Piłsudski por Polonia. Lo que no se sabe, o ha sido olvidado, es el hecho de que tal apoyo internacional no se limitó a la solidaridad política, a la financiación, al suministro de armas o consejeros, a apoyos logísticos (de los cuales Churchill, ya por entonces ministro de Defensa, hizo un inventario pormenorizado) sino que hubo también combates sobre el terreno. El ministro de Asuntos Exteriores francés, Pichon, valoró de esta manera las tropas extranjeras, regulares o mercenarias, al lado de los "blancos" en 1919: franceses 140.000, rumanos 190.000, ingleses 140.000, serbios 140.000. Estadounidenses y

japoneses evitaron una intervención directa, pero aseguraron créditos y ocuparon conjuntamente Vladivostok y otros puertos del Extremo Oriente para garantizar las vías de comunicación.

El autoritarismo de los jefes impidió la coordinación de los ataques; la corrupción de los oficiales y la ferocidad de las rapiñas y las represalias de las tropas, en vez de conseguir la colaboración de poblaciones indecisas la enajenaron, y transformaron los primeros éxitos en estrepitosas retiradas ante un adversario mal armado, organizado a medida que avanzaba, pero que sabía por qué combatía y que tenía una guía sólida. En última instancia la intervención internacional se encontró con la hostilidad de la propia opinión pública, cansada de guerras, pues los costes eran demasiado altos y el resultado imprevisible.

El inicio de la Guerra Fría no se declaró, pero no fue frío para nada: millones de muertos en combate, por hambre o por epidemias. Los bolcheviques obtuvieron una victoria inesperada en un conflicto civil e internacional al mismo tiempo. Esta fue una de las causas no secundarias del debate que los separó durante los años veinte, el debate más difícil y más transparente de su historia. ¿Emplear la fuerza para encontrar ayuda para el impulso revolucionario en otros países que parecían pender de un hilo y que habrían roto el aislamiento de un país cada vez más devastado? ¿O mejor utilizarla para intentar "la imposible empresa" del socialismo en un solo país? La tesis de Stalin, que prevaleció y jamás se revocó, no comportaba necesariamente, como luego se vio, aperturas en la gestión del poder, ralentización en la planificación económica, pero de todas formas implicaba una prudencia, una valoración realista de las relaciones mundiales de fuerza que habrían quedado, salvo en contados casos, como una característica permanente de la política exterior soviética.

Después de un periodo de normalización en las relaciones internacionales (tratado de Rapallo), la tendencia a la guerra fría retomó importancia, no obstante la presencia amenazadora de un tercero en discordia, el nazismo, que cambiaba las cartas de la baraja, durante los años treinta. Aunque permanecía oculta tras las apariencias, escondida entre los archivos de las cancillerías. Un gran número de hechos, documentos, memorias y correspondencia privada está disponible para comprender cómo una prolongada tolerancia permitió a Hitler llegar a la guerra, y cómo ésta, en un primer momento, estuvo ligada a la esperanza y al objetivo de dirigir su agresión contra la Unión Soviética. Un diseño insensato, porque si hubiese tenido éxito habría hecho casi imposible para las democracias occidentales derrotar luego al nazismo sobre el terreno, las habría obligado a compromisos insostenibles y habría abierto la posibilidad de una violencia sin límites.

La gran alianza antifascista, en parte impuesta por la necesidad, aunque luego convertida en una convencida esperanza hacia el futuro, podía y tenía que despejar el campo de esa recurrente hipoteca. Cosa que sucedió, aunque por breve tiempo y no por completo. Ya durante la Segunda Guerra Mundial surgió alguna señal del virus, sobre todo después de Stalingrado y el avance del Ejército Rojo, cuando ya la victoria se vislumbraba y la mirada de algunos comenzaba a dirigirse hacia el tema del equilibrio futuro. Pienso en el acuerdo buscado por Churchill y aceptado por Stalin sobre las zonas de influencia en Europa oriental, o en las divergencias acerca de las estrategias militares (el continuo y costoso aplazamiento del "segundo frente", y luego sobre dónde abrirlo, bien por el camino más corto y eficaz, por Normandía, como sucedió por fortuna, o bien por un camino más largo e impracticable, el Mediterráneo y los Balcanes, para mantener a la URSS a distancia, aun que creando una infinidad de conflictos).

Por lo demás, la Guerra Fría, como fenómeno de larga duración, quedó sobre el terreno durante décadas, incluso después de que el peligro de una tercera guerra mundial se redujo; la contienda se desplazó a terrenos no directamente militares, siempre interrumpida, sin embargo, por crisis regionales poco controlables y acompañada siempre por la desgraciada carrera del rearme. En suma, esa guerra atravesó todo el "siglo breve" y sólo concluyó cuando uno de los dos contrincantes se autodestruyó en 1989.

No pretendo, dando vueltas a este asunto, explicar degeneraciones que a fin de cuentas llevaron a la Unión Soviética al colapso y que tuvieron otras causas, y muy importantes. Mucho menos pretendo absolver los retrasos y dudas que tuvo el PCI para tomar distancia resueltamente, cuando ya era necesario y posible hacerlo. Aun así, me parece igualmente deshonesto ignorar de qué manera influyó aquella amenaza o repartir salomónicamente las responsabilidades.

LA GRAN SORPRESA

Existe, sin embargo, otro significado que se puede atribuir a la expresión "guerra fría": el que indica la inesperada y sorprendente mutación de la situación internacional, es decir, la aparición, ya desde 1946, del firme peligro de una tercera guerra mundial. Un peligro que se agravó rápidamente, y que gradualmente se superó.

¿Cómo se explica que pocos meses después de una guerra terrible, con un coste de millones de muertes y destrucciones enormes, en la que venció una coalición en la que todos eran necesarios; después de acuerdos refrendados y empeños solemnes para la cooperación en favor de una paz duradera, mientras nacían grandes instituciones para

garantizar una solución pacífica a diferencias eventuales, de manera inesperada se desbaratasen las alianzas, y gobiernos y pueblos se preparasen para una guerra todavía peor? ¿A qué y a quién se puede atribuir la responsabilidad de un cambio de rumbo tan desconcertante? ¿En qué actos concretos, en qué secuencia temporal y con cuáles argumentos fue echando raíces tal perspectiva y cuán cerca se estuvo de un resultado catastrófico? ¿Qué precio inmediato, aunque duradero, se pagó por haberla encauzado como una lucha de sobrevivencia entre civilizaciones que no encajan entre sí, en la que antes o después la fuerza no podía dejar de tener la última palabra?

Después de trabajar durante mucho tiempo, y casi desde cero, tal como hoy en día es posible, en torno a estos interrogantes me he formado una opinión, un tanto diferente y un poco más clara de aquella que tenía al comienzo, que quiero explicar con nitidez y de inmediato. La "nueva guerra fría" fue, sobre todo al principio, una libre elección, consciente y unilateral en la que convergieron, si bien por razones distintas, todas las grandes y muchas de las pequeñas potencias del capitalismo occidental, y poco a poco integró también a los países contra los cuales habían apenas terminado de combatir. Esta alternativa obtuvo inmediatamente el consentimiento activo de muchas fuerzas políticas de izquierda, y penetró gradualmente en la mayoría de la opinión pública, a través de una campaña de propaganda imponente, manipulada en muchos aspectos. La culpa de los comunistas, y de los pocos socialistas aliados a ellos, no ha consistido en haberla provocado o alimentado, sino de no haberla visto, o no haber querido verla, a tiempo; además, de haber respondido de tal manera que la favorecieron, en lugar de obstaculizarla, y, en fin, de haber cometido, no casualmente, muchos errores que agudizaban sus riesgos y aumentaban los costes para sí mismos.

LA NUEVA GUERRA FRÍA

Para establecer una fecha precisa en la que la "nueva guerra fría" comenzó, yo señalaría el día de la muerte de Franklin Delano Roosevelt, porque considerar a Roosevelt, como sucede habitualmente, el hombre del *New Deal* y el promotor de la alianza antifascista es demasiado, y demasiado poco. Demasiado porque, cuando ya diez años antes alcanzó la presidencia tenía muy clara la idea de la necesidad de reaccionar con un cambio de rumbo a la gran crisis económica que desde Estados Unidos ya se extendía al resto del mundo. De todas maneras, no tenía nada claro, ni lo podía proponer, un nuevo recorrido reformador, ni mucho menos una teoría que le proporcionase bases sólidas. La nueva política económica tomó, de hecho, forma gradualmente (Keynes le ofreció una versión con cara y ojos después de 1935); a comienzos de su carrera obtuvo triunfos rápidos, pero encontró

fuertes obstáculos y, en 1938, corría el peligro de agotarse. En cuanto a la guerra antifascista, la opinión pública estadounidense era tan hostil que durante muchos años la invasión japonesa en Asia prosiguió sin obstáculos, y con respecto al conflicto contra Hitler en Europa Roosevelt tuvo que limitarse a dar un apoyo en préstamos y armas; hasta que en 1942 Pearl Harbour le permitió intervenir.

Demasiado poco, porque Roosevelt fue el animador de ese proceso, movilizó un mundo intelectual, una nueva organización sindical, un impulso democrático radical que hizo posible surgir un "Estados Unidos posible" y lo guió en cuatro campañas presidenciales victoriosas. Y sobre todo porque ambas experiencias —crisis y reformas económicas, coalición internacional antifascista— formaron en él un pensamiento y una voluntad de largo alcance, una perspectiva.

La ardua y vulgar polémica que lo acusó, tan pronto como desapareció, de haber repartido el mundo, concediéndole gran parte a la amenazante Unión Soviética, carece de todo fundamento. Roosevelt no era flexible ni soñador. Era un burgués, como lo fueron Keynes y, de otra manera, el último Schumpeter, convencido de que el capitalismo podía y debía sobrevivir y extenderse en una competencia pacífica y constructiva, a condición de que un poder político democrático supiese regular y orientar los apetitos espontáneos de los mercados y que el sistema colonial fuese abolido gradualmente. Y estaba igualmente convencido de que los Estados Unidos tenían la fuerza y las ideas para hacerlo. En Yalta no se repartió en realidad el mundo: más allá de las negociaciones específicas, a menudo inconclusas, lo que hubo fue una discusión de perspectiva y de método: el empeño solemne y recíproco de excluir, durante las décadas sucesivas, la repetición de una nueva guerra mundial. No por casualidad tuvo tanto peso el tema de una futura organización internacional, garantizada por las grandes potencias, que no terminara en la ridícula impotencia de la Sociedad de Naciones. En este caso el diálogo directo —tal como resulta de las memorias de los participantes estadounidenses (Hopkins, Cordell Hull, indirectamente Sherwood Anderson)— se llevó a cabo particularmente entre Stalin y Roosevelt. El mismo Stalin, en la declaración final compartida por todos, lo aclaró muy bien: "Mientras vivamos ninguno de nosotros tres querrá arrastrar a su país a emprender acciones agresivas; con todo, dentro de diez años podría suceder que no exista ninguno de nosotros; surgirá una generación que no conoce los horrores de la guerra, tenemos por tanto el deber de construir un orden capaz de garantizar la paz por al menos cincuenta años, esforzarnos por crear una atmósfera que favorezca la unidad, mantener a este respecto un frente compacto".

Sin embargo, poco después el mismo "proceso a Roosevelt" tenía que demostrar que el que él había representado era tan sólo uno de los

tantos "Estados Unidos posibles". De hecho vino a sucederlo un presidente, escogido por él mismo, que expresaba una versión bastante diferente, Harry Truman, quien debutó con la declaración de no haber leído jamás los papeles de la conferencia de Teherán o los de Yalta, cambió de inmediato a los hacedores de la política exterior, llevó a primer plano a un senador republicano y conservador (Vandenberg), y en Potsdam dejó escapar la frase "basta ya de mimar a estos rusos".

Lo que empeoró la situación rápidamente, más allá de las palabras, fue la intervención, en el mes de agosto, de un hecho muy grave: la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki. Más o menos intencionadamente, aquella decisión servía no sólo para liquidar a un Japón ya agotado, sino para plantearle al mundo, y en particular a la URSS, una nueva relación de fuerza. En el *establishment* estadounidense el interrogante se hizo explícito de inmediato: ¿sería capaz la Unión Soviética de dotarse con la nueva arma, y en cuánto tiempo? ¿Qué era posible hacer para impedirlo y qué para anticiparse a ello? Con la idea de poner la energía atómica bajo control internacional, se abrió, por iniciativa de los mismos inventores, un fuerte debate en el que también intervinieron países occidentales, pero no se hizo nada al respecto.

Sin embargo, los tiempos no estaban maduros aún para levantar una teoría acerca de la guerra preventiva. La amenaza del empleo de la bomba quedó pues en suspenso, hasta cuando pocos años después MacArthur propuso darle continuidad. La carrera en la nueva guerra fría no disminuyó. El primero en darle una forma completa, ya desde marzo de 1946, fue Winston Churchill. Todo el mundo ha oído hablar de su famoso discurso de Fulton, pero casi nadie sabe dónde queda Fulton, ni por qué ese discurso tuvo tanta resonancia. Churchill ya no era el jefe del gobierno inglés, porque los laboristas habían ganado clamorosamente las elecciones. Era un hombre muy prestigioso que, sin embargo, parecía exponer lo que solamente era su propia opinión. En realidad Fulton era el pequeño enclave de Missouri en donde Truman había sido elegido y Churchill, antes de hablar, tuvo en Washington un encuentro con él, y el presidente atravesó los Estados Unidos para escucharlo desde el palco de la asamblea. Valía la pena. El análisis de Churchill era novedoso y su propuesta límpida. Decía textualmente:

> Hemos combatido en una lucha contra la guerra y contra la tiranía, hemos ganado la guerra, y si queremos evitar otra o perderla, tenemos que erradicar otra tiranía, que sobrevive y tiende a expandirse por el mundo. La amenaza viene del comunismo, como Estado y como movimiento, para derrotarlo no necesitamos acuerdos maleables, compromisos, sino crear

> una nueva alianza, ante todo de países anglosajones, confirmar y reforzar nuestra supremacía, construir una cadena política y militar que estreche de cerca el telón de acero, ejercer desde el exterior una presión para que los pueblos sometidos de Europa oriental se liberen. No debemos conceder a la URSS esa maleabilidad que concedimos a Alemania originando al fin y al cabo un desastre.

Ese discurso tuvo un gran eco (salvo, supongo, en tantos países que estaban sometidos desde hacía siglos y que él no mencionó). El mismo Churchill lo repetió a lo largo de toda Europa y, en mayo de 1947, agregó: "Nuestro objetivo es conseguir la unidad de las naciones de Europa entera, y el objetivo de la Europa unida y democrática es el de representar cuanto antes una garantía en contra de la agresión que la amenaza". El discurso de Fulton levantó objeciones en el seno mismo de la clase dirigente estadounidense y europea (e incluso entre los países socialdemócratas del Este, clasificados de antemano como "sometidos"). Ésta fue la objeción formulada por el comentarista político estadounidense más acreditado, el conservador Walter Lippmann: "Hoy en día los Estados Unidos y la Unión Soviética no pueden ganar una guerra entre ellos, sería solamente aventurarse en un conflicto que iría adelante hasta el infinito en una maraña terrible de guerras civiles, carestías, aniquilamiento y exterminio". En cualquier caso, entre estas voces disidentes faltaron las de muchos partidos socialistas europeos que incluso estaban en el gobierno.

En 1947, primero en un discurso, y luego en un documento concertado con Acheson, el nuevo secretario de Estado, Truman oficializó el análisis y la propuesta que Churchill había anticipado, con el respaldo de su cargo: "el modelo y los valores americanos hay que extenderlos por el mundo; para definirlo es preciso agregar como fundamento de las tradicionales libertades la plena libertad de empresa; por lo tanto la confrontación no debe de ser sólo en contra del comunismo, sino también contra la socialdemocracia". El conjunto se presentó como "doctrina Truman" y se denominó estrategia del *containment*. El término no daba plena idea de ello, pues más que contención se trataba de asedio (y en efecto, Kennan, que lo había inventado, rectificó). Sea como fuere, no se trataba tan sólo de palabras, aunque es verdad que ciertas palabras, apoyadas por el poder, pesan. Poco a poco los hechos proseguían, numerosos e inconfundibles, pero a menudo ignorados u olvidados. A medida que se instalaba una cadena de bases estadounidenses, con bombarderos atómicos permanentemente en vuelo, se expulsaba simultáneamente a los comunistas de todos los gobiernos en los que aún tomaban parte.

Además, hay también hechos relacionados con la gestión específica de territorios importantes y particulares. Los enumero someramente, no obstante algunos de ellos merecerían acumular mucha más información y proporcionarían, justamente en los detalles, cuantiosas sorpresas.

La ocupación estadounidense de Japón, administrada sin ninguna consulta constitucional, con el derecho permanente de una presencia militar que continúa aún hoy en día, con la redacción de la nueva Constitución casi bajo dictado, la confirmación del emperador Hirohito y de los grandes potentados económicos que habían apoyado la guerra japonesa en toda Asia.

El intento, igualmente en solitario, de los franceses, por restaurar la colonia de Indochina, incluso mediante el enrolamiento de soldados japoneses dispersos y, ante las dificultades, arrancando Vietnam a Camboya y a Laos y reduciendo las amplias zonas por fin liberadas de los nacionalistas de Ho Chi Minh a un pequeño territorio en la frontera con China, lo que provocó una larga guerra de más de veinte años.

La ocupación armada de ingleses y holandeses en Indonesia, a fin de restaurar la antigua colonia, derribando el nuevo gobierno independiente de Sukarno y, al no lograrlo del todo, con el apoderamiento provisional de las islas más grandes y ricas.

La imposición al gobierno iraní de expulsar toda presencia soviética e incluso de romper simples pactos comerciales, mediante los que la URSS adquiría petróleo a precios mayores de los acordados con las sociedades occidentales.

El rechazo de la garantía de la libre circulación por los Dardanelos, preámbulo del papel que después habría de asumir Turquía.

La decisión de ingleses y franceses de reorganizar las fronteras o la creación de nuevos Estados en el Medio Oriente, a fin de garantizarse las reservas petrolíferas.

La resistencia tenaz a que ingresaran en la ONU nuevos países emergentes con el fin de mantener la mayoría en la Asamblea, garantizada por el bloque de países suramericanos satélites de Estados Unidos; el permiso especial concedido en cambio a la Argentina de Perón; la posterior confirmación, casi por derecho hereditario, del escaño en el Consejo de Seguridad a Chiang Kai Chek, por entonces confinado en una isla protegida: Formosa.

El inmovilismo garantizado por la represión violenta en África (desde Madagascar hasta Kenia, desde el Congo hasta Argelia, desde Mozambique hasta Angola). Podría continuar, pero me detengo aquí porque he completado ya la vuelta al mundo (con excepción, por motivos obvios, de Europa oriental, que durante décadas ha sido considera-

da, como veremos más adelante, como el único ejemplo reconocido de "pueblos oprimidos").

Unas cuantas palabras hay que decir, con todo, a propósito de dos situaciones de gran importancia para nosotros. Ante todo el asunto griego. Éste entró en el debate político italiano y, con razón, como un ejemplo negativo para demostrar la imposibilidad y las consecuencias desafortunadas de un intento insurreccional destinado al fracaso, tentación que los comunistas italianos habían logrado evitar. El razonamiento era convincente y los hechos posteriores lo confirmaban. Aun así, este argumento ha contribuido a empañar muchas verdades en la memoria y a deformar el juicio. De hecho el caso griego no nació de la insurrección armada de una minoría y los comunistas no tenían allí un papel preeminente. En Grecia, en realidad, se había desarrollado durante años una Resistencia de pueblo y ejército cada vez mayor, y heterogénea, que había rechazado la agresión fascista y combatido la ocupación alemana hasta liberar al país antes de la llegada de las fuerzas aliadas. Esta lucha produjo una potente organización que contaba con el consenso de la mayoría del país, el EAM (el Frente Nacional de Liberación griego), y tenía como objetivo un gobierno elegido libremente y unitario, pero sin el regreso de la monarquía que, a su vez, había entregado el poder a un régimen parafascista (Metaxas), y desde luego sin aquellos que habían colaborado abiertamente con los alemanes. Los ingleses pretendían justo lo contrario y lo impusieron con el bombardeo de Atenas y el acribillamiento de manifestaciones pacíficas, utilizando para ello inicialmente la cobertura de Papandreu, que se dejaba manipular, y después rehusaron un compromiso con el liberal moderado Sophoulis. De esta situación nació la guerrilla que la Unión Soviética se había empeñado en no apoyar, y que solamente yugoslavos y búlgaros ayudaban más allá de la frontera. Ha sido el primero y el más cruento ejemplo de "área de influencia" castigada por una fuerza externa. La guerrilla fue una respuesta perdedora a la imposición armada de otro país.

Aún menos atendido, aunque mucho más importante, fue lo que ocurrió durante la inmediata posguerra en China. Durante años Manchuria, corazón industrial del país, había sido ocupada por los japoneses, que fueron tomando el control de las grandes ciudades (Pekín, Nankín, Shanghái) con una sucesión de masacres horribles. Contra esta ocupación se opusieron dos fuerzas de resistencia armada: al sur del país, el gobierno oficial, desde hacía tiempo legitimado solamente por un ejército organizado, liderado por el Kuomintang y reconocido internacionalmente a falta de algo mejor, y el ejército campesino de Mao, que había conquistado extensos territorios, sobre todo rurales, y había introducido reformas sociales y nuevas instituciones. Estas dos fuerzas no solamente actuaban de manera independiente, sino que tenían sobre sus espaldas, desde 1926, enfrentamientos repetidos con los que el

ejército de Chiang trataba (y a veces parecía lograrlo) de aniquilar a los comunistas y con ellos la incipiente revolución campesina. Enfrentamientos que todavía se repetían durante el curso de la Segunda Guerra Mundial, porque Chiang pactaba a veces con los japoneses un *modus vivendi*, a fin de tener las manos libres para contrarrestar a un adversario no menos peligroso. Las grandes potencias poco podían hacer e incluso poco sabían acerca de China. Después de Pearl Harbour trataban de ayudar a la Resistencia ante todo proporcionando conspicuas ayudas al gobierno oficial, y un jefe del Estado Mayor para su ejército, el general Joseph Stilwell, que buscó la manera de coordinar las diferentes fuerzas disponibles, pero que encontró tal hostilidad en Chiang que se vio obligado a marcharse.

Cuando Japón estuvo cerca del derrumbe apareció un problema político tan grande como intrincado: ¿quién y cómo podía gobernar el país más poblado del mundo? La hipótesis inicial, obviamente, también en este caso, era la de un gobierno de coalición, y desde Washington, que en ese sector representaba a toda la coalición y contaba con los medios para hacerlo, llegaron, sucesivamente, dos enviados (Hurley y luego Marshall), con el fin de verificar si existía esa posibilidad. Hurley quiso encontrarse primero con Mao, a quien consideraba el hueso más duro de roer, e infirió de inmediato haber encontrado en él una alentadora disponibilidad: a condición de que se tratara de un compromiso real que respetase las fuerzas sobre el terreno. De todos modos, Chiang opuso a cada intento de pacto tres cuestiones previas: que los comunistas se retiraran de los territorios liberados por ellos, que aboliesen las reformas ya encauzadas y disolviesen sus fuerzas armadas. El acuerdo reventó así antes de comenzar y poco tiempo después Chiang ordenó recomenzar una ofensiva hacia el norte para resolver el problema por la fuerza. Marshall no podía impedirlo, el nuevo gobierno estadounidense no podía ni quería romper la alianza en la que se había comprometido, y por lo tanto lo apoyó en el lance con dinero, aviones y pilotos, a pesar de ser consciente de que el Kuomintang estaba de tal modo dividido, corrompido y sobre todo carente de una base popular que no podía triunfar. La primera, y seguramente la más importante partida de la nueva guerra fría la perdieron lentamente sus promotores, a pesar de que, precisamente por ello, se vengó en el rechazo a reconocer a la nueva China, lo que se reflejó en una crisis de la ONU y del Consejo de Seguridad. Frente a este innegable conjunto de hechos, a su secuencia, a las palabras explícitas que los acompañaron —sea cual sea la opinión que cada uno es libre de dar acerca del orden social y de la ideología de los dos contrincantes en el terreno—, ¿cómo es posible negar que la iniciativa de la nueva guerra fría haya venido casi enteramente de las grandes potencias occidentales y que el comunismo haya sido el nuevo enemigo designado por ellas? "Como movimiento y como Estado", para retomar las palabras de Churchill.

LA INVENCIÓN DE LA ALIANZA ATLÁNTICA

El motor que alimentó ese cambio de dirección imprevisto y radical, y que luego orientó su recorrido, no fue, sin embargo, tan sólo geopolítico y militar. Intervinieron otros factores y otros instrumentos, más directamente interrelacionados con los acontecimientos internos de cada país, con la restauración y la redefinición del orden social de cada uno y con la jerarquía entre ellos.

El factor económico ante todo, simbolizado e impulsado por el Plan Marshall. En este punto el análisis debe hacerse más complejo y el juicio menos drástico. El ofrecimiento estadounidense de ayudas económicas a los países que habían salido de la guerra con un aparato productivo quebrantado, carentes de recursos financieros necesarios para reconstruirse, era de por sí una idea inteligente. Podía enlazarse con políticas bien diferentes entre sí: podía ser utilizada para mitigar la influencia soviética en los países de Europa oriental, aislando su economía en el momento más difícil para ellos, o bien para establecer gradualmente intercambios comerciales y culturales entre diferentes sistemas económicos; o como contrapartida ofrecida a los demás países capitalistas, a cambio de un rápido alineamiento con la política estadounidense, o para ayudarlos a aceptar el ocaso de las colonias que les quedaban; o para modificar sus políticas económicas y mediar entre los conflictos entre ellos (y así eliminar aquello que había llevado al fascismo y a dos guerras mundiales).

En el marco de la nueva guerra fría el primero de los dos aspectos tenía que prevalecer sobre el segundo y guiar sus decisiones. En este sentido el Plan Marshall funcionó como acelerador del cambio de dirección. El ofrecimiento de ayuda fue, desde el comienzo, selectivo y abiertamente subordinado a duras condiciones. Incluso antes de que se propusiese el Plan Marshall, la Unión Soviética, es decir, el país que había soportado los gastos más importantes de la guerra, había pedido no una ayuda, sino simplemente un préstamo y alguna indemnización a los países que la habían agredido. El crédito no se le concedió; por el contrario, el Senado estadounidense, aun antes del final de la guerra, bloqueó la ley de "arriendo y préstamo[13] que lo hubiera hecho posible hasta ese momento. Después, cuando el Plan Marshall se definió, se excluyó a la URSS de inmediato como posible beneficiario. No obstante esto, varios países de Europa oriental, aún pluripartidistas, mostraron una abierta disponibilidad; así y todo, a éstos, y sólo a éstos se les impusieron condiciones: desmantelar las aún muy prudentes reformas

13 *Lend-Lease*, conocido en Italia como "Ley de arriendo y préstamo", era el nombre del programa con el que EEUU proveyó al Reino Unido, Francia, China, URSS y otros países de gran cantidad de material de guerra entre 1941y 1945 (N. de T.).

económicas puestas en marcha, actuar de consuno con el donante acerca de dónde y cómo tenían que utilizarse las ayudas, de manera que no se concluyó nada. En cuanto a Europa occidental, la contrapartida política estaba ya implícita y aceptada de buena gana: expulsión de los comunistas de cualquier gobierno, concentración de las ayudas prioritariamente para la gran industria privada. Por lo demás, la Alianza Atlántica ya se estaba articulando como alianza militar permanente bajo la dirección estadounidense. Ayudas económicas y seguridad, a cambio de soberanía limitada: el nexo era explícito.

Sin embargo, sería sectario y falaz ignorar que en el Plan Marshall había algo más, o diferente, para bien o para mal, con lo que los comunistas sólo mucho después tendrían que ajustar cuentas. Más allá de su agresiva ordinariez, el cambio de dirección que Truman imprimió en la política estadounidense de hecho no imponía un retorno al liberalismo obtuso de Hoover, ni tampoco al aislacionismo de Taft. La dura —y no olvidada— lección de la gran crisis económica y el papel asumido por los Estados Unidos durante la guerra mundial imponían y permitían una ambición mayor. El conflicto con la Unión Soviética era el objetivo principal, pero también el instrumento de un diseño más amplio para habilitar un nuevo orden mundial, bajo hegemonía estadounidense. Por ello el Plan Marshall no estaba dirigido a restaurar una vieja política económica en los países con una economía parcialmente desarrollada, o a obstaculizar la exportación de las propias tecnologías avanzadas, o a restablecer el viejo proteccionismo; estaba dirigido a estimular la modernización y la integración, dentro de los límites de un papel subalterno (Alemania, Japón, y también Italia y aun más que los otros). En el mundo subdesarrollado, la política estadounidense en realidad contribuía a contrarrestar a los movimientos de liberación, pero no a impedir los procesos de descolonización, pues preparaba nuevas formas de dependencia. Además por dondequiera, en el estilo de vida, en la cultura de masas, en el tipo de consumo, buscaba extender la *way of life* estadounidense, depurada ya del progresismo del *New Deal*. Evidentemente todo ello dentro de los límites marcados por un anticomunismo intransigente y sin adulteraciones: más allá de esos límites estaban la represión, la colusión con regímenes reaccionarios, la amenaza militar y por tanto el rearme y la contingencia de la guerra.

Había otro elemento que contribuía a disponer el cuadro de la nueva guerra fría, el más sorprendente y revelador. ¿Cómo y por qué, en particular en Europa, ese cambio radical de dirección consiguió un amplio consenso en la opinión pública, que al comienzo nutría otros sentimientos y temores? ¿E incluso entre las fuerzas políticas que habían participado activamente en la guerra antifascista y compartido esperanzas de paz y diálogo, aparentemente inseparables de ésta? Lo que

sorprende no es la pervivencia de un anticomunismo que tenía lejanas raíces y justificaciones respetables y que, una vez terminado el peligro, podía reanimarse alrededor del tema de la democracia. Sorprende el hecho de que esta competencia social, política, cultural aceptase la relegitimación del rearme y de la guerra contra un nuevo enemigo. Es indudable que esto se puede explicar, y así se hizo, hasta la histeria, con la amenaza inminente de una agresión soviética. Un temor desprovisto por completo de fundamento, contradicho por el estado de cosas, y hasta por cuanto decían muchos de los gestores de la guerra fría en Estados Unidos.

Por mucho que se pudiera, de hecho, atribuir a Stalin las intenciones más solapadas y las ambiciones más desmedidas, la Unión Soviética, sobre todo durante los primeros años, no estaba capacitada para agredir a nadie más allá de los territorios conseguidos, estando estos mismos en peligro. Salía agotada de la guerra. Había tenido 20.000.000 de muertos (para hacerse una idea, los ingleses habían tenido 350.000, los estadounidenses 450.000 y los alemanes 7.000.000): generaciones enteras de jóvenes soviéticos estaban diezmadas o inválidas (tan sólo diez años después, a pesar del aumento de población por la incorporación de los territorios recuperados, se recuperaron los niveles de la anteguerra). "El soldado de manos callosas y que no monta corcel" tenía otras cosas que hacer, en lugar de una nueva guerra, para sobrevivir y reconstruir. La industria había sido descentralizada y había que reorganizarla. La agricultura, en las zonas fértiles, había sido desertificada por retiradas y reconquistas, 70.000 pueblos quemados, las ciudades desmoronadas. La gente padecía hambre con frecuencia, en 1946-1947 hubo una hambruna generalizada. La renta per capita era muy inferior a la cota de 1938. Había 25.000.000 de personas sin techo, la fuerza de trabajo escaseaba por primera vez y por este motivo el ejército había sido reducido de doce a dos millones de hombres; la mayoría a menudo volvía a pie o a caballo a casa, porque los ferrocarriles estaban rotos y los medios de transporte eran insuficientes. La capacidad productiva descendió en 1945 y aún más en 1946 y en 1947. Europa, en cambio, tenía pocas armas pero una industria aún eficiente, incluso en Alemania, para producir. De todas formas, y sobre todo, detrás y encima de ella estaban los Estados Unidos, con una producción efectiva que aumentó en un 40% durante la guerra, con un potencial de producción más que duplicado, tecnologías ulteriormente renovadas, bases militares y tropas por todo el mundo, a menudo en las inmediaciones de la frontera con el adversario. Y con la bomba atómica. Por ello algunos parlamentarios y generales estadounidenses hablaban de una guerra preventiva antes de que esta aplastante superioridad se redujese.

¿Por tanto, quién era el loco en Moscú que hubiese querido mandar alguien a ocupar Place de la Concorde o Piazza San Pietro? Sin embargo, no sólo analfabetos y mojigatos, sino también cierta opinión culta, en países bien informados, tenía la convicción de que el ataque del Este era algo inminente. ¿Por qué? Indudablemente contribuyó a ello una gran manipulación, cínicamente construida sobre antiguos fantasmas derrotados pero no superados, y sobre la conveniencia, muy concreta, de hacer méritos para ganarse las ayudas económicas estadounidenses. Tal vez también fue una inversión ideológica mirando hacia el futuro. Con todo creo que, para que dicha movilización lograra tal éxito, ha contribuido algo más concreto y menos confesable. Por una parte actuaba, en varios países europeos fundamentales, el temor de ver desplomarse, como estaba desplomándose, ese sistema colonial que había constituido un elemento fundacional de la propia identidad nacional durante siglos, que había asegurado recursos y mercados, materias primas a precios irrisorios y trabajo casi gratuito, beneficios desaparecidos también para las clases subalternas.

Doy sólo un ejemplo, extremo y documentado: Inglaterra. Dirigida por un partido conservador, durante los años treinta estaba tan preocupada de que el mundo pudiera cambiar que incluso arrastró a todos a una prolongada tolerancia hacia el nazismo. Por entonces los laboristas se habían opuesto a él y habían cultivado una sincera simpatía y tolerancia con la Unión Soviética y, una vez en el gobierno, hicieron, mucho más que otros socialistas europeos, una reforma profunda del sistema económico-social con el impulso de Beveridge y de Bevan y bajo la inspiración de Keynes. Sin embargo, en el terreno de la política exterior, hicieron todo lo contrario: aceptaron y pusieron en práctica la línea sugerida por Churchill en Fulton, y de Bevin, su ministro de Asuntos Exteriores, y se convirtieron en uno de los más fieles ejecutores. La explicación simple y clara la encontramos en una nota reservada que el mismo Keynes envió al gobierno, que dice textualmente: "Es estúpido pensar que Inglaterra pueda mantener el coste de la construcción del Estado social, al mismo tiempo que todo lo necesario para conservar y recuperar el propio imperio colonial, el cual costará a su vez, durante mucho tiempo, más de lo que produce: o una cosa o la otra". De hecho, para aplazar dicha elección se necesitaba (y probablemente no habría bastado) el "especial apoyo" económico, político y militar de los estadounidenses. El sueño de salvar el imperio bien valía, incluso para los socialistas, "una misa", y llevaba a muchos electores a aceptarla.

Merece la pena mencionar también otro caso límite: el italiano. Italia no tenía colonias rentables que recuperar, ni habría podido recuperar lo poco que había ya perdido, pero, desde el comienzo, aquí también estaba en juego un importante factor internacional. No me

refiero sólo, o no tanto, a la cuestión de Trieste, de gran resonancia aunque muy pronto enmendada por el tratado de paz, cuanto a la controversia en torno a Europa oriental. No me atrevo a considerarlo un factor preeminente, pero estoy convencido de que tuvo un valor tan relevante como deliberadamente silenciado en la evolución del mayor partido y en la orientación de la opinión de las masas: el papel de la Iglesia en sí mismo y la orientación de su cúpula en ese momento. Había entonces un papa que no solamente había considerado y que consideraba a los comunistas como el adversario principal y permanente, los "sin Dios", como los definió poco después en la bula de excomunión dirigida contra ellos y contra todo aquel que mostrase por ellos una simpatía o les ayudase (el primer contacto directo que Roosevelt tuvo con este papa se dio en Roma durante los días de Las Fosas Ardeatinas[14] y de la deportación de los judíos: su enviado refirió asombrado que el papa, en ese momento, estaba preocupado sobre todo por el merodeo de grupos partisanos comunistas en los terrenos circundantes). Dos años después, este mismo papa se encontró frente a un problema mucho más dramático y espinoso. En Europa oriental, sobre todo en Hungría, Eslovaquia, Croacia, la jerarquía católica no sólo había sostenido, sino incluso dirigido, gobiernos fascistas, había aceptado la deportación de los judíos y conservado enormes feudos eclesiásticos. En Polonia la situación era menos difícil; una parte de los católicos había apoyado la resistencia contra los alemanes, odiaba no menos a los rusos y había apoyado un nuevo intento de guerrilla contra el gobierno de unidad nacional. El choque era pues inevitable y con argumentos tan débiles que fue necesario enmascararlos con un espíritu de cruzada. Un fragmento —presente en las memorias de Paolo Spriano— del discurso oficial mantenido por el padre Lombardi ante una manifestación de 500.000 jóvenes católicos, en la plaza de San Pedro, referido a la Resistencia, da una idea bastante clara acerca de lo que denomino *espíritu de cruzada*: "Entretanto habían venido aventureros desde países lejanos y malvados con listas de personas que asesinar brutalmente. Miles y miles de italianos fueron asesinados y sus cadáveres destrozados. Este espectáculo horrendo se repitió en todas las ciudades de Italia. Los asesinos, que aún son honrados, serán castigados un día por la justicia". Y, de hecho, la postura de De Gasperi, moderado y antifascista, con respecto al Vaticano fue durante mucho tiempo tan precaria como la de Togliatti con respecto a Moscú. Ya en las elecciones de 1947 estaba tomando autonomía una disidencia formada por parte de una derecha

14 *Fosse Ardeatine*: masacre contra la población civil y militar italiana a manos de las fuerzas alemanas, sucedida el 24 de marzo de 1944 en la cuevas romanas ubicadas en esta vía Ardeatina, como represalia a un ataque partisano (N. de T.).

parafascista, y el voto de confianza de la Iglesia en el partido de la Democracia Cristiana no era algo seguro: tanto en la cúpula como en la base, entre quienes se contaban los párrocos, no menos importantes que los obispos en cuanto se refiere a la orientación de su gente. La legitimación estadounidense, la aceptación de un bloque mundial para detener a los "rojos", era el antecedente natural para unir a las masas católicas, una burguesía ligada al fascismo durante largo tiempo y un aparato estatal no desautorizado en la práctica.

Una vez enfilada mundialmente la calle de la nueva guerra fría, como decisión libre y responsabilidad ineludible, era ya muy difícil abandonarla y, por muy insensata y peligrosa que fuese, son bastante claros los mecanismos que la alimentaban. Sin embargo, para seguir su evolución, valorar los resultados, y ver de más de cerca como se desenvolvió en esta guerra el PCI togliattiano es necesario detenerse en torno a la política con la que reaccionaron tanto la Unión Soviética como el movimiento comunista mundial. Es precisamente aquí en donde se hace más fácil, y más importante, advertir una diferencia entre dos diferentes fases de este periodo de quince años: 1946-1952, y 1952- 1960.

[Capítulo IV]

LOS COMUNISTAS Y LA NUEVA GUERRA FRÍA

LA RÉPLICA DE STALIN

Toda guerra se hace entre dos. Quienquiera que la inicie y la alimente, tiene alguien al que debe hacer frente: el comportamiento de uno influye en el otro y es así transformado; tras diferentes fases el conflicto concluye con una victoria o con un compromiso. No puedo evitar, por tanto, reconstruir y valorar de qué manera los Estados comunistas enfrentaron y reaccionaron a la guerra fría durante aquellos quince años. Esto me permite, desde el comienzo, distinguir claramente dos fases diferentes: la que va de 1945 a 1952, que fue ante todo una carrera que llevó hasta el umbral de una tercera guerra mundial, y la fase que va de 1952 al inicio de los años sesenta, en la que se atenuó gradualmente ese peligro y se comenzó otra partida.

En cuanto a la primera fase: del mismo modo en que estoy firmemente convencido de que la iniciativa del ataque fue principalmente responsabilidad de las grandes potencias occidentales, estoy igualmente convencido de que la respuesta de los comunistas fue, en conjunto, poco inteligente y poco eficaz. Errores en casi todos los terrenos —de previsión, de análisis, de estrategia, de táctica— que a menudo, en lugar de contener y contrarrestar, han dado razones y ocasiones al adversario y han hecho daño en la casa propia. Errores cuya responsabilidad se debe atribuir a José Stalin, porque en ese momento a él le correspondía tomar decisiones de envergadura mundial y él las asumió. Aun habiendo siempre rechazado la demonización de su obra, tengo que reconocer que los últimos años de la vida de Stalin fueron también los peores.

Durante los dos primeros años de la posguerra él menospreció, o aparentó menospreciar, el alcance y la aspereza introducidos por el cambio de rumbo de la política estadounidense, y tuvo, o quiso mostrar aún, confianza en que la gran coalición antifascista, a pesar de las fuertes diferencias que emergían, pudiese durar o reconstituirse y con tal convicción adoptó decisiones políticas coherentes. De hecho no dio mucha importancia a la novedad de la bomba atómica, ni concedió crédito al debate que abrieron los mismos científicos que la habían construido para someterla a un control internacional. Polemizó con el discurso de Fulton pero sin prever en éste el preanuncio de un cambio general y permanente en la política estadounidense. Criticó con moderación lo que hicieron los ingleses en Grecia. Invitó a la prudencia a los comunistas chinos hasta el punto de distribuir equitativamente, entre Mao y Chiang, las armas confiscadas a los japoneses derrotados. No esbozó ninguna crítica a la manera en que el PCI o el PCF habían terminado la guerra partisana y participaban en gobiernos de unidad nacional. Se movió con moderación en la Europa oriental ocupada por el Ejército Rojo. Retiró las pocas tropas de Irán, no se entrometió en los trágicos acontecimientos del sudeste asiático. Volvió a proponer la unificación de Alemania como Estado desarmado y neutral. Desaconsejó a Tito la obstinación acerca de la cuestión de Trieste y reconoció el derecho a la formación de un Estado israelí (sin olvidar el mismo derecho para los palestinos). Apoyó la necesidad de acelerar la constitución de la ONU y de darle poder de decisión. En síntesis, en conjunto trató de atenerse a la letra y al espíritu de los encuentros de Teherán y Yalta.

Aun así, ya en 1947 esa confianza no era sostenible, la nueva guerra fría era definitivamente una evidencia, la Unión Soviética y el movimiento comunista tenían que escoger una posición general, al menos a medio plazo, para hacerle frente. No era una posición obligatoria. Incluso sin ponerlo todo en tela de juicio, sin renunciar al papel conquistado como potencia mundial ni al modelo social ya erigido, era posible seguir dos alternativas. La primera de ellas comenzaba con el rechazo del camino propuesto por el adversario, el del bloque contra bloque y la prioridad del binomio ideología-fuerza armada, y apuntar en cambio hacia la competencia pacífica y el binomio política-luchas sociales. Los comunistas disponían en su bagaje histórico de una estrategia de ese tipo refrendada por José Stalin en el VII Congreso de la Internacional. Esa estrategia había sido propuesta muy tarde, con fuerzas aún insuficientes y programas todavía aproximativos; no había sido suficiente para evitar la guerra pero había propuesto algunas condiciones para vencerla y para hacer crecer en grandes masas, en la resistencia al fascismo, un deseo de transformación de la sociedad. Me parece que había, al menos al

inicio de la posguerra, las condiciones necesarias para confirmar sus bases y desarrollar su fuerza de persuasión.

La sugerencia de Togliatti, inadecuada si se limita a los confines de una pequeña nación derrotada, habría tenido más posibilidades frente a la insensata hipótesis de una nueva guerra y se hubiese convertido en una estrategia internacional, articulada en diversas versiones en relación a diferentes contextos históricos y culturales. La sociedad soviética, aunque exhausta, mostraba durante esos primeros años una extraordinaria capacidad para la reconstrucción. En Europa occidental los partidos comunistas echaban nuevas raíces no sólo por aquello que habían hecho, sino porque el fardo de la reconstrucción pesaba dramáticamente sobre todo en las condiciones de vida de la gente empobrecida. En algunos partidos socialdemócratas, incluso anticomunistas, avanzaban experiencias reformadoras que iban en dirección del socialismo (Inglaterra, Escandinavia, Austria). En Italia los socialistas estaban al lado de los comunistas y de la Unión Soviética. El pensamiento económico en definitiva se había transformado por el estremecimiento impuesto por la gran crisis de 1929; los sindicatos se restablecían con mayor fuerza; el sector más acreditado de la intelectualidad (la Escuela de Frankfurt, Einstein, Picasso, Sartre, Curie, Russell, etcétera) era crítico ante la posibilidad de un simple regreso al pasado. Incluso en Estados Unidos el *New Deal* de Roosevelt, aun eliminado en los altos niveles políticos, seguía dejando una vasta huella en la cultura y en una de las dos grandes organizaciones sindicales. La misma elite conservadora, como el ya mencionado Lippmann, e incluso algunos de los mayores representantes militares (Eisenhower, Bradley) recomendaban prudencia. En la producción cultural más popular, en los filmes que veía de muchacho, hasta los años cincuenta por lo menos, es decir hasta los años del macartismo, el enemigo llevaba uniformes alemanes y japoneses, no rusos, y el modelo dominante de hombre americano era aún el modelo apacible de Frank Capra. En fin, y sobre todo, venía ya en camino el movimiento de liberación en el Tercer Mundo: los chinos, a su vez, estaban construyendo, con la revolución campesina, un nuevo gran Estado, sin ninguna intervención soviética; India, en 1947 conquistaba la independencia y asumía un posicionamiento neutral; en Indonesia y en Vietnam el colonialismo sufría ya dificultades, en el mundo árabe brotaban fuerzas independentistas (civiles en el Magreb y militares en Egipto). En realidad, para aprovechar estas ocasiones, para lograr que estas fuerzas coexistiesen y convergiesen, es decir, para hacer emerger las contradicciones internas a la lógica de la nueva guerra fría, era necesario reconocer su diversidad, retomar también las banderas de las libertades burguesas, de las que el mismo Stalin había hablado, y dar alguna prueba de ello.

¿Qué era lo que impedía, a un país que había tenido la fuerza de intentar "la revolución en un sólo país", experimentar, una vez convertido en una gran potencia mundial, también una modesta reforma de sí mismo? Cuando procedió, un poco más tarde, a un cambio en esta dirección, le faltaron pretextos a la "guerra fría" y la dirección de las cosas cambió lentamente. No es válido objetar que, desde el inicio, este camino estaba obstruido por la superioridad militar estadounidense, basada en la posesión de la bomba atómica, porque por el contrario, la iniciativa política y social le habría impedido al adversario una guerra atómica preventiva y habría ofrecido seguramente el tiempo necesario para recuperar un equilibrio también en ese campo, como de hecho sucedió.

Los cerebros para conseguirlo estaban ahí. Stalin escogió en cambio un camino completamente diferente. Quizá para comprender las bases y la lógica de esa decisión sea útil emplear una paradoja. Durante los últimos años de su vida, él mismo fue la víctima principal de ese "culto a la personalidad" del que era voraz practicante. El enorme prestigio, los elogios rituales pero también convencidos, las consabidas obediencias, no sólo paralizaban el pensamiento crítico, el debate y el análisis en un movimiento mundial que era ya tan grande y diverso como para tener una gran necesidad de ello, sino que paralizaban el propio cerebro del líder, sus dotes, su inteligencia e intuición política de los que había dado suficientes muestras. Le impedían ver los nuevos recursos que él mismo había creado, valorar la situación real y prever su dinámica. En lugar de estimularlo a buscar respuestas nuevas a una nueva situación, lo llevaban a proponer de nuevo ideas cristalizadas y decisiones del pasado, y en particular la idea de que "el socialismo en un sólo país" podía ofrecer un modelo universalmente válido, a seguir al pie de la letra, y que ello legitimaría, durante un largo periodo, el papel de guía de la Unión Soviética como partido y como Estado (es más, después de la "guerra patriótica" también como nación). La idea de que a cada paso adelante del socialismo correspondía una lucha de clases más violenta y polarizada. La idea de que el capitalismo estuviese ya en una crisis irreversible que reproduciría una guerra interimperialista. Sobre esta base la respuesta a la nueva guerra fría estaba ya determinada. La consolidación de la unidad de las propias fuerzas, campo contra campo, en el plano ideológico y político, se convertía en prioridad. Sin decisiones ni medidas precipitadas, pero sin desavenencias, a la espera de que el crecimiento indefectible de la economía soviética y un recuperado equilibrio militar arrastrasen a los comunistas a la hegemonía mundial. La búsqueda de alianzas, la autonomía de los partidos comunistas, no podían ni debían superar los límites de esta prioridad. Dicha estrategia implicaba un enorme riesgo: el "bloque contra bloque" podía,

incluso sin que nadie lo decidiese conscientemente, pasar de la guerra fría a una caliente. Y, de todos modos, daba a menudo una imagen de los comunistas mucho más parecida a la que los adversarios trataban de endilgarles.

EL ERROR DE LA *KOMINFORM*

Los prolegómenos, trágicos y pesados —porque se arrastraron durante años—, son casi imposibles de explicar racionalmente, si no es como reflejo condicionado de aparatos enloquecidos. En el momento de una gran victoria, de un consenso más extendido, en un contexto internacional no totalmente desgarrado, en una sociedad comprometida con vitalidad espontánea en su propia reconstrucción, explotó un recrudecimiento de la represión (más alejada de los focos que antes, pero todavía más aleatoria a la hora de escoger sus víctimas). El "asunto de Leningrado", es decir, la eliminación sumaria del grupo dirigente de la más grande y heroica resistencia de toda la guerra, implicó al final al mayor cerebro de la economía soviética y el más fiel colaborador de Stalin en ese campo, Nikolai Voznesenski. No pocos de los sobrevivientes de los campos de concentración alemanes, o voluntarios en España que luego colaboraron en la resistencia de otros países, acabaron en Siberia por la sospecha de que hubiesen desertado o doblegado ante el enemigo mientras se jugaban la piel al combatirlo. Luego, paulatinamente, los médicos acusados de conspirar para asesinar a los dirigentes políticos que estaban cuidando, hasta la persecución de la antigua asociación judía, el Bund[15], en su origen sostenedora de la revolución bolchevique y luego acusada de sionismo, al mismo tiempo que se reconocía al Estado de Israel.

Y de hecho el cambio de dirección se hizo explícito en el encuentro de Breslavia, durante el cual nació la *Kominform*. Esta última no era la réplica del *Komintern*, ante todo porque para su creación sólo fueron llamados algunos de los partidos comunistas, los considerados como más fieles o los destinados a convertirse en acusados (italianos y franceses). En segundo lugar porque se reunía muy de vez en cuando, tuvo vida breve y emitía directivas o sentencias, aunque las decisiones se tomaban en otro lugar. Su protagonista absoluto fue Zdanov, a quien en ese momento Stalin consideraba su portavoz, a pesar de que a menudo sonara fuera de tono, tanto así que su *Informe* presentó, de la

15 El Bund fue un partido socialista cuya meta era la unificación de todos los trabajadores judíos del imperio ruso en un único partido socialista. Tras la revolución, muchos de sus miembros pasaron a engrosar las filas de los bolcheviques, si bien como partido antes había mantenido posiciones favorables a los mencheviques (N. de T.).

manera más burda, un nuevo análisis de la situación y una nueva línea de actuación.

Es fácil de resumir: la división del mundo en dos campos hasta entonces presentada como un objetivo de los adversarios, y contrastable, se consideraba como un hecho cumplido al cual adaptarse e incluso utilizar: por una u otra parte, no podía haber fuerzas vacilantes, la búsqueda de alianzas era secundaria o resbaladiza. La Unión Soviética representaba no solamente un líder natural, sino el modelo acabado a imitar y a proponer a todo el mundo sin tardanza. El campo capitalista estaba ya entrando en una nueva crisis económica y la guerra fría evolucionaría a una guerra interimperialista, sus cuadros dirigentes se orientaban ya hacia un nuevo tipo de autoritarismo reaccionario. No tenía pues ningún sentido remolonear en torno al concepto de "democracia progresiva", que indefectiblemente degeneraba en parlamentarismo y oscurecía la lucha de clases. La unidad política tenía que fundarse sobre una ideología orgánica y codificada, el marxismo-leninismo-estalinismo del que la "historia oficial del PCUS" era la síntesis perfecta. También la cultura en todos su sectores (comprendidas las ciencias, la literatura, la música) tenía que asumir un punto de vista explícitamente político y expresarse en formas simples, cercanas a la cultura popular, y evitar toda confrontación con las culturas occidentales, incluido el marxismo no ortodoxo y las artes "degeneradas" de vanguardia.

No hubo grandes resistencias ni objeciones relevantes a esta plataforma, expresada en el encuentro de Breslavia en un tono extremista que el mismo Stalin habría evitado asumir y que tuvo que corregir un poco, solamente alguna preocupación manifestada por Gomulka, Tito y Dimitrov, quienes más tarde se convirtieron en su blanco. Los chinos no estaban, y sea como fuere estaban acostumbrados a ir a lo suyo. Como veremos, se formularon críticas y acusaciones a franceses e italianos a fin de establecer las fronteras de la ortodoxia.

En el plano de la política exterior y de las relaciones con Occidente a nivel estatal, lo de la recién nacida *Kominform* fueron primordialmente palabras, propaganda contraproducente. En la práctica, sobre todo durante los primeros años, no hubo ninguna insinuación de intenciones expansionistas. (El mismo bloque de Berlín, que en 1948 generó un momento de tensión, se presentó como un simple acto de protesta en contra de la decisión arbitraria y unilateral de unificar la Alemania occidental en un Estado permanente. Y de hecho ese bloque muy pronto se eliminó, y no fue un éxito: porque en lugar de lanzar de nuevo la propuesta de una Alemania unida y neutral, ayudó a crear un nacionalismo alemán-occidental y a poner en evidencia la impotencia soviética).

De hecho, en este sentido se produjeron dos hechos elocuentes. El primero de ellos, el más importante de todos en el terreno geopolítico, tiene que ver con la cuestión china, que estaba, precisamente, en 1947, en una fase crucial, con los estadounidenses directamente en el terreno y su Senado que pedía invertir aún más en este asunto. La *Kominform* no se interesó en ello particularmente y la URSS mantuvo al respecto la prudencia de siempre. El segundo tiene que ver con la situación italiana, protagonista en Breslavia, aunque en calidad de acusada. Al respecto disponemos de un interesante e incluso divertido testimonio. Precisamente durante estas semanas a Pietro Secchia lo invitaron, como jefe de una delegación, a Moscú, con el encargo de preguntar, en sustancia: ¿Qué pensáis que tenemos que cambiar? Secchia tuvo un encuentro personal y reservado, del que dio cuenta veinte años después, con las máximas autoridades soviéticas. Él anticipó de inmediato con franqueza su opinión, sin callar su crítica al excesivo parlamentarismo y moderación de Togliatti, agregando que en Italia era posible hacer crecer bastante más la lucha de masas y, en el caso de iniciativas represivas del adversario, se disponía de las fuerzas necesarias para contrarrestarlas victoriosamente, sin llegar a una insurrección. A ese punto Stalin, presente pero silencioso, lo interrumpió con pocas y elocuentes palabras: "llegaréis de todos modos a ese punto, pero éste no es el momento". Capítulo cerrado: nada de aventuras.

Un peso muy distinto tuvieron en cambio las palabras de la *Kominform* en el interior del propio campo, para normalizar y orientar sus propias fuerzas, hacia las que estaban especialmente dirigidas, Estados y partidos con cuya obediencia Zdanov contaba. Y tuvieron eco, aunque no siempre en el sentido esperado, con respecto a hechos clamorosos. El primero de ellos, en orden cronológico, en 1948: el ataque en contra de Tito, hasta entonces el más sólido y fuerte de los socios de la URSS, conducido con dureza con la clara intención de derrocarlo.

No obstante, en la lectura de los diversos documentos reservados, que ambas partes publicaron muy pronto, no puede observarse una política discriminatoria que justifique esta ruptura. El nuevo modelo de sociedad socialista, la autogestión, la polémica en contra de los bloques y la idea de no alineamiento ni siquiera existían en la cabeza de Tito o de Kardeli. Los motivos del altercado, por tanto, parecían obstinadamente fútiles: la arrogancia de los consejeros técnicos o el tipo de ayudas económicas que la URSS enviaba a Yugoslavia, contactos secretos con algunos de sus dirigentes militares, etcétera. El aspecto esencial del conflicto era por completo otro y de gran notoriedad. Yugoslavia había sido el único país del Este capaz de librarse, mediante una guerra terrible, tanto de los enemigos externos, los fascistas italianos y alemanes, como de los internos,

los *chetnik*, los nacionalistas monárquicos y los *ustachi* croatas[16]. Causa y consecuencia de esta epopeya había sido el nacimiento de una verdadera y nueva nación, que unificaba pueblos, religiones y etnias diferentes, en guerra entre sí durante siglos, y la formación de un grupo dirigente interétnico y, por tanto, muy orgulloso. "Amo a la Unión Soviética —escribió Tito a Stalin— como amo a mi propia patria": (implícitamente) reconozco como guía a una, pero reivindico la independencia de ésta otra. Era ésta la herejía, ésta la fuerza que le permitía arrastrar al pueblo y mantenerla. Sin embargo, era un principio que podía contagiar a otros países. Y por tanto la apuesta subía demasiado, podía ser el marco de las democracias populares; este era el punto más débil, y el precio más alto pagado durante esos años y jamás recuperado por la estrategia de Stalin. La cuestión de Europa central era de hecho vital y al mismo tiempo muy compleja. Ese era el sector a través de cual en dos ocasiones, primero Rusia, y luego la URSS, habían sido invadidas. Stalin, después de haber liberado a esos países, quería tener al menos en ellos "gobiernos amigos", pero éstos eran demasiado diferentes entre sí. Algunos como Yugoslavia, Chequia y en parte Bulgaria se habían regenerado gracias a la Resistencia antifascista, y otros, como Polonia, habían combatido a los alemanes, pero, en tanto católicos y nacionalistas, odiaban también a los rusos y durante meses lo demostraron por medio de pequeños combates con armas. Otros, en fin, como la Hungría de Horthy, la Rumanía monárquico-reaccionaria, la Eslovaquia de monseñor Tiso habían sido originariamente fascistas o parafascistas y habían participado directamente en la guerra, hasta su final, del lado de los invasores nazi. El acuerdo secreto Stalin-Churchill, con sus ridículos porcentajes de influencia, país por país, no garantizaba mucho y el mismo Churchill lo había hecho saltar muy pronto en Grecia.

El único factor común en el área era que por todas partes había pasado el Ejército Rojo en dirección a Berlín. En un primer momento Stalin utilizó esta fuerza moral y material con sabiduría y teniendo en cuenta toda aquella diversidad. No podía ni quería transigir sobre en el principio de los "países amigos", pero aceptó la idea de un nuevo experimento llamado "democracia popular", considerado estúpidamente como un truco verbal para encubrir simples regímenes de ocupación. No era eso. Los partidos comunistas nacionales trataron de darle un contenido, Dimitrov trató de darle una definición teórica, afirmando que no significaba una versión de la dictadura del proletariado, sino que era un nuevo camino hacia el socialismo. Podían contar con dos puntos de apoyo, mucho más

16 *Chetnik, ustachi*: guerrilla serbia y croata, respectivamente (N. de T.).

allá del evidente papel de garantía ofrecido por la presencia soviética. Por una parte la vitalidad social y el influjo idealista suscitados por el viento antifascista, que no solamente había reforzado a los comunistas sino que había revitalizado otras fuerzas organizadas, más o menos de izquierda, pero sea como fuere democráticas (partidos socialdemócratas, pequeños partidos campesinos). El principio del pluripartidismo y de la representación política por elección no podía ser, por tanto, brutalmente suprimido. Además, casi en todas partes, las grandes propiedades agrícolas, industriales y financieras habían estado durante mucho tiempo, y en su mayoría, en manos de los alemanes, por entonces ya fugitivos, o en manos de sus agentes cómplices. Esto hacía posible una redistribución de tierras entre muchos pequeños campesinos, o la nacionalización de grandes complejos industriales y de los bancos, de modo importante y sin crear grandes conflictos. Los numerosos fascistas o colaboracionistas disgregados, o por depurar, dejaban libres muchos lugares en aparatos burocráticos que no habían visto jamás ni siquiera la sombra de la democracia. El mismo Fejtö, evidentemente anticomunista pero un estudioso serio, coincidió en que tal intento se hizo en la mayoría de los casos con convicción y gradualmente, y obtuvo la aprobación y resultados positivos (salvo la vigilante atención soviética de los aparatos militares y de policía, de los que desconfiaba).

Alguna dificultad introdujo la propuesta del Plan Marshall, sobre todo por las condiciones que imponía, pero la música cambió por completo con el cambio de rumbo tomado por la *Kominform*, explícitamente y sin intervención ajena: las democracias populares tenían que transformarse del todo en sociedades socialistas; el pluripartidismo tenía que convertirse en aparente, por las buenas o por las malas; la economía debía de ser estatalizada, con cierta prudencia en cuanto a la colectivización de la tierra. De política exterior ni se hablaba: había una sola y se sabía a quién correspondía decidirla. Había que reducir y vigilar las relaciones comerciales y culturales con Occidente. Más que un telón de acero se trataba de un cinturón de castidad.

Así y todo, Zdanov no habría sido suficiente, incluso si no hubiese muerto pronto: pero Beria vino a completar la obra. Para vencer cualquier objeción, defenderse de cara al futuro y dar credibilidad a la excomunión de Tito, estando éste en el poder, siguió el hecho horrible de los procesos inventados y de las condenas, alguna vez a muerte, de titoístas en la cúpula de los diferentes partidos comunistas: Rajk, Kostov, Gomulka, Kadar, Clementis (poco más tarde también a Slánský). Creo que esto, la "normalización" brutal de Europa oriental, ha sido el precio más grave pagado como consecuencia del cambio de rumbo de la *Kominform*, el favor más grande hecho a

los agentes de la Guerra Fría, lo que durante más tiempo reprodujo una espiral de represión-revuelta y también lo que tuvo una mayor influencia negativa sobre la opinión pública occidental, lo que obstaculizó posibles avances o produjo un retroceso en las ideas y en las formas organizativas de los partidos comunistas.

Es más difícil hacer una valoración acerca del último capítulo de la dirección estaliniana: la guerra de Corea. Desde hace tiempo se ha catalogado como el ejemplo de la tendencia de Unión Soviética a exportar el comunismo —así que se pudiese— mediante la invasión armada, y es una de las leyendas urbanas en las que los gestores occidentales de la nueva guerra fría fueron tan prolíficos. Por el contario, la cuestión es larga y complicada, pero puesto que constituyó el momento más agudo del peligro de guerra mundial, es necesario reconstruirla sobre la base de hechos documentados y no sobre la propaganda. Los japoneses habían ocupado y esclavizado a Corea durante muchos años y durante esos años de la guerra en ese país se habían formado núcleos de resistencia, si bien con dificultad, más numerosos al norte por la cercanía con China y Manchuria, pero extendidos por todo el territorio, siendo todos muy heterogéneos. Hacia el final de la guerra, los rusos fueron los primeros en llegar, aunque, a petición de los estadounidenses, se detuvieron en el paralelo 38º. Los estadounidenses ocuparon en agosto el sur, pero al no encontrar fuerzas locales en las cuales apoyarse, negociaron con el ex gobernador japonés y establecieron el gobierno de Syngman Rhee, amigo de los fascistas japoneses y vinculado a los grandes propietarios agrarios. En cambio, en el norte, los comités de liberación iniciaron una reforma agraria y para dirigirlos llamaron a Kim Il Sung, que había combatido en la resistencia de Manchuria. El acuerdo cerrado desde hacía tiempo entre los aliados (unificación del país en un lapso de dos años a partir de la paz y elecciones libres), se hizo difícil de llevar a cabo, en particular porque Rhee decidió alumbrar, mediante elecciones manipuladas y numerosos muertos, un gobierno por su cuenta, rápidamente reconocido por la ONU además de por Truman. La unificación y las elecciones bajo control se aplazaron *sine die*, excluidas por Rhee y comenzaron entonces fricciones peligrosas o pequeñas invasiones de fronteras por ambas partes. El norte, más organizado, tras un ataque desde el sur, decidió cortar el nudo y se extendió casi hasta Seúl. Stalin podía impedirlo, pero al subestimar el riesgo, dejó que las cosas se dieran por sí mismas hasta que intervino directamente un ejército expedicionario estadounidense, legitimado por el Consejo de Seguridad, del que la URSS se había ausentado desde hacía tiempo como protesta por el rechazo de reconocimiento de la nueva China. Sin embargo, los estadounidenses no se contentaron con restaurar la vieja frontera y la superaron. Llegaron entonces tropas de refuerzo por

el norte, "voluntarios chinos" que atravesaron el frente enemigo hasta Seúl. Los estadounidenses redoblaron el ataque e hicieron otro tanto, con cuantiosos muertos en ambos bandos. Era posible un compromiso razonable, que fue lo que después se logró. Aun así, el comandante MacArthur estaba convencido de que había que cortar por lo sano y expulsar a los comunistas de toda Corea y de la China limítrofe. Para lograrlo era necesaria la bomba atómica y pidió abiertamente utilizarla. Las cosas no se habrían detenido ahí; se partía pues hacia una tercera guerra general. Truman, ya en la etapa final de su mandato y desaconsejado por los aliados y por su propio Estado Mayor, negó el permiso del arma atómica. Siguió a ello un armisticio que jamás se interrumpió. Juzgue el lector esta secuencia de hechos, la ligereza de unos, la agresividad de otros. Una cosa es evidente de todas maneras: cuando el aire se satura de gas, puede tener lugar una explosión sin que nadie lo haya decidido conscientemente, por autocombustión y concatenaciones casuales, basta tan sólo con una chispa. De hecho entonces se estuvo dos meses al borde del abismo y *a posteriori* se puede decir que afortunadamente concluyó el periodo más agudo de la nueva guerra fría porque, gracias a una de las inesperadas piruetas de la historia, justo en ese momento intervinieron dos novedades decisivas en la cumbre de las grandes potencias: la muerte de Stalin y la elección de Eisenhower. De las dos, sobre todo de la primera, no podían imaginarse las consecuencias.

LOS AÑOS DUROS

La evolución de la situación internacional en esa fase, la más dura, de la nueva guerra fría, tuvo una repercusión desmesurada sobre la política italiana. Con todo, puesto que también entonces, en un país que había reconquistado la independencia y la libertad, a un partido grande le queda siempre un cierto espacio de pensamiento y comportamiento autónomo, es buena idea reconstruir la manera en que el PCI toglattiano se comportó, qué resultados obtuvo y qué precio ha pagado. La línea a seguir, sus capacidades de resistencia y los recursos de que dispone para el futuro, cobran valor en las dificultades.

Es indudable que el cambio de dirección de la política estadounidense, la amenaza de guerra directamente dirigida hacia la Unión Soviética, la plataforma a partir de la que la *Kominform* intentaba replicar y, como reflejo, en Italia, el desplazamiento radical de la Democracia Cristiana, la escisión incipiente del Partido Socialista e inmediatamente después la del sindicato, golpeaban directamente la línea comenzada por Palmiro Togliatti en Salerno.

El espacio en que moverse era realmente muy estrecho. Togliatti no sólo no quería, sino que no podía hacer ni siquiera una insinuación

de defección del propio campo, Stalin no lo habría tolerado. Tanto la base del partido como su grupo dirigente lo habrían desautorizado. No lo aconsejaba ni siquiera Nenni, que en sus diarios recuerda un encuentro suyo con Gomulka en el que criticaba privadamente a Togliatti "por su política demasiado blanda". Lo pidieron los numerosos intelectuales que se volvieron leones después de 1956, pero en el día de la muerte de Stalin proclamaron sinceramente su duelo, reconociendo haber "aprendido todo" de él. La alternativa de Togliatti fue por tanto la de "limitar los daños". Aceptar críticas, prometer enmiendas, pero tratar de salvar lo esencial de la línea política sobre la que se había movido hasta entonces: "la vía democrática", dentro de los límites señalados por la Constitución. Una elección sustancialmente justa, creo, lo que de por sí no quiere decir que haya sido aplicada de la mejor forma posible, con el valor necesario y eludiendo errores evitables.

Consideremos ante todo la política interior de esos años, que comenzó con una derrota grave y no inocente en 1948, y concluyó con un éxito importante en 1953. Togliatti, al igual o más que Stalin, no vio ni valoró la envergadura de la "nueva guerra fría", o no quiso reconocerla abiertamente. En enero de 1947, cuando la DC manifestó su intención de no contar con los comunistas para el gobierno, y aún más cuando efectivamente los echó, Togliatti se mostraba convencido de que era posible reparar esa ruptura muy pronto. No se podía tratar de una astucia propagandística para achacar al otro la responsabilidad, porque, es más, De Gasperi exhibía esa ruptura a los electores que pensaba conquistar como un mérito. Es más razonable ver en esa paciencia un objetivo importante: ganar, antes del previsible choque, el tiempo necesario para que, una vez redactada, el Parlamento aprobase definitivamente la Constitución por amplia mayoría. El juego valía la pena. Porque el texto constitucional, en sus principios y en sus ordenamientos, se contaba entre los más avanzados de Europa, constituía una barrera permanente para protegerse de tentaciones reaccionarias, y porque en el voto se formalizaba un "arco constitucional" que legitimaba todas las fuerzas de la Resistencia. Dos resultados muchas veces puestos en tela de juicio, o contradichos por los hechos, pero que efectivamente resistieron durante varias décadas.

A pesar de todo, cuando se leen los discursos de la época, se entiende que detrás de esa confianza y de ese aplazamiento se escondía la convicción errónea de que la izquierda en Italia era ya social y electoralmente demasiado fuerte, unida, destinada al crecimiento, como para que la DC pudiese gobernar mucho tiempo sin su apoyo. Esa convicción llevó, aun antes del cambio de dirección de la *Kominform*, a un error político garrafal, es decir, a la decisión, por sugerencia de Nenni, pero aceptada por el PCI, de lanzarse a las ulteriores elecciones políticas con una sola

lista, y con una campaña electoral en la que se mostraba la certeza de la victoria. Esto le ofrecía a la DC la posibilidad de presentarse como el único baluarte adecuado para reunir a católicos y liberales, a la gran patronal, a las clases medias y a los pequeños campesinos en nombre de Occidente y de la libertad. Y de hecho las elecciones tomaron el cariz de un referéndum: los «rojos» de una parte, dirigidos por los comunistas y subordinados a Moscú, y de la otra los demócratas. Y quien dirigió la campaña, más aun que la DC como partido, fueron Gedda, el padre Lombardi, la Acción Católica y los párrocos desde el púlpito, además de la totalidad de la prensa «independiente», por entonces controlada por la patronal. La derrota era previsible, pero se vivió como una amarga sorpresa. Lo que no era previsible eran sus dimensiones: la izquierda reducida al 31%, la DC alcanzando el 48,5% y con mayoría absoluta en ambas cámaras del Parlamento. No era suficiente para explicarla, por tanto, ni un error táctico, ni la monserga del poco dinero del Plan Marshall; se estaba frente a un dato que concernía al largo plazo, la vía democrática no parecía mucho más fácil que la insurreccional. Se necesitaban, al menos en el plano del análisis, mayores explicaciones, a fin de definir la perspectiva. Tal reflexión no se comenzó y faltó durante mucho tiempo, incluso cuando los espacios comenzaron a ser menos estrechos. No faltaron, sin embargo, algunas alternativas políticas concretas y eficaces, mérito del propio Togliatti, justamente después de 1948.

La primera de ellas tuvo lugar en un momento trágico, cuando un atentado llevó a Togliatti casi a la muerte. Explotó una sublevación popular como no se había visto jamás, y como jamás se volverá a ver, dejó ver cómo la fuerza y la raigambre social del PCI seguían siendo inmutables, incluso tras la derrota electoral. Su frase en el lecho de muerte, aquel "quedaos tranquilos", a la que todo el grupo dirigente supo atenerse mientras el gobierno mostraba un rostro desproporcionadamente represivo, ofreció al PCI una legitimación democrática.

Segunda alternativa: La campaña por la paz, sobre todo en su segundo intento, que, precisamente gracias al nuevo y original planteamiento que le había dado Togliatti (recogida de firmas en contra del uso de la bomba atómica, es decir, contra el suicidio de la humanidad), recogió 16.000.000 de firmas (el doble de los votos obtenidos por el Frente Popular). Se obtuvieron firmas muy alejadas de los comunistas, como las de La Pira, Gronchi e incluso la de Valletta.

Tercera decisión. La batalla hasta el final, en contra de la "ley estafa"[17] en 1952-1953. Extrañamente hoy se ha ido empañando la me-

17 Ley electoral de 1953 que por entonces sus oponentes apodaron como la «Ley estafa». Se trataba de una modificación en sentido mayoritario de la ley proporcional vigente desde 1946 (N. de T.).

moria de ese pasaje, que tuvo por el contrario una importancia decisiva. Está claro que esa ley era aparentemente menos mayoritaria que las que hoy estamos acostumbrados a votar: el premio se otorgaba de hecho sólo a favor de una coalición que se llevase más del 50% de los votos reales; siempre aparentemente, la intención con la que De Gasperi la había concebido no era la de evitar una coalición con la extrema derecha sino, al contrario, para no verse obligado por el Vaticano, según la propuesta de Sturzo, a usarla para gobernar cada vez que fuese necesario. El veneno estaba en otra parte. En el hecho de que el premio habría permitido a la coalición centrista, segura entonces de tener, si bien por los pelos, más del 50%, obtener una mayoría parlamentaria de más del 65%, es decir lo suficiente para modificar la Constitución. Y aquello que se discutía en el Consejo de ministros, o bajo la presión de la Embajada estadounidense, era precisamente encontrar la manera de ilegalizar al PCI, o alguna manera de limitar el derecho a la huelga o el de la libertad de manifestación.

Lo recalco porque quien no lo ha vivido directa mente no sabe lo mucho que estaba implantada en Italia, en ese tiempo, la práctica capilar de la represión. A menudo, en el curso de pocos años, las huelgas o las manifestaciones populares pacíficas concluían con cargas violentas de la policía, en una serie de casos (Melissa, Torre Maggiore, Fucino, Modena entre tantos ejemplos posibles) la policía golpeaba, disparaba y asesinaba a campesinos que ocupaban tierras incultas, obreros que bloqueaban la entrada de las fábricas. En estas últimas se despedía a los obreros o se los aislaba en departamentos-exilio por el solo hecho de estar afiliados a la FIOM[18]; intelectuales prestigiosos como Guido Aristarco y Renzo Renzi acabaron en la cárcel militar y fueron condenados a dos años por haber escrito un guión sobre la invasión de Grecia con el pretexto de que ofendía el honor del ejército; a otros se les retiraba el pasaporte; conseguir un empleo comportaba casi siempre el visto bueno del párroco o de los carabineros, incluso la compra a plazos de los libros de Einaudi, o el hecho de llevar en el bolsillo el diario *l'Unitá*, era suficiente para que el patrono rechazara la contratación. Quien cree que exagero o generalizo acerca de estos aspectos cotidianos y moleculares de la persecución, puede leer los informes policiales de la época, preocupantes y grotescos, y hoy puestos a disposición pública en el Archivo del Estado. Traigo a colación dos ejemplos.

Entre los grotescos, un informe de los carabineros en zonas de aparcería:

> Se desea que se discipline en primer lugar el derecho a la huelga. Las vivaces agitaciones campesinas han tenido como

18 Federazione Impiegati Operai Metallurgici. [Federación de Empleados Obreros Metalúrgicos] (N. de T.).

> pretexto por una parte las muy conocidas reivindicaciones económicas, pero por otra la transgresión de las ordenanzas de la prefectura que vetan la exposición de banderas sobre las eras en ocasión de la trilla. Es necesaria la justa represión de esta arbitrariedad inadmisible que obliga a los propietarios a padecer en su propia casa la violencia comunista con la amenaza de no poder, por lo tanto, llevar a cabo la cosecha [1950].

Entre los ejemplos preocupantes, un informe anual de la cúpula de la policía:

> La insuficiencia de las leyes actuales no podrá nunca ser compensada por la acción de las fuerzas del Estado, porque aquella constituye una barrera infranqueable. Por lo tanto sería urgente proceder a la promulgación de leyes para sancionar la huelga, para golpear a los organizadores de la revuelta, para refrenar la libertad de prensa, para castigar jurídicamente a los sindicatos y para aumentar la libertad de acción de los órganos de policía [1952].

Esto era lo que producía, e incluso conservo memoria de ello, en la vida concreta del país, el viento de la nueva guerra fría, cuando ya el peligro de los "comunistas al poder" había sido archivado con las elecciones de 1948; esto ayuda a entender cómo y cuánto se procedía más allá de los límites marcados por la Constitución y por tanto qué dirección habría tomado su revisión.

Togliatti, para ponerlo en evidencia, avanzó la razonable propuesta de reducir el premio dado a la mayoría electoral situándolo por debajo del techo que permitía la manipulación de la Carta magna. De Gasperi la rechazó en seco. A partir de ese momento se inició una movilización de emergencia del partido de masas, se formaron listas menores en sus flancos guiadas por figuras simbólicas del antifascismo (Parri y Calamandrei para los demócratas, Corbino para los liberales) y el resultado fue extraordinario: fueron a las urnas el 93,8% de los electores, la "ley estafa" no pasó por 50.000 votos de diferencia, la DC perdió casi el 10% de sus votos, los saragatianos fueron reducidos a la mitad, y los republicanos y liberales del gobierno casi borrados. Desde entonces el "doble estado" se hundió con el complot (aunque los abusos policiales de hecho se siguieron dando, al menos hasta el sobresalto del gobierno Tambroni y de los muertos de Reggio Emilia). En suma, la Constitución republicana había arraigado en la conciencia del pueblo.

La "limitación de daños", en este aspecto de la política interna, había pues funcionado. Con una que otra omisión. Por ejemplo, todavía hoy no logro entender la indiferencia, casi la desconfianza, que Togliatti

y el PCI mantuvieron durante esos años hacia una aflicción que atravesó al mundo católico, político y eclesiástico mucho antes del papado de Roncalli: el retiro de Dossetti, que había obtenido una mayoría relativa en la DC, había votado en contra de la Alianza Atlántica y rechazado la política económica Einaudi-Pella; la lucha anti-Gedda en la cúpula de la Juventud Católica (Carretto, Mario Rossi) y aquella entre los jóvenes democristianos que nos llevó a Chiarante y a mí hasta el PCI, y a otros a intentar una nueva corriente de izquierda en la DC. De la misma manera no me ha sido posible jamás entender el rencor de Togliatti hacia los reformistas de izquierda como Lombardi o Foa, o liberales progresistas como Ernesto Rossi.

"Limitar los daños" fue por el contrario mucho más difícil en otros terrenos y tuvo desenlaces más modestos: las relaciones internacionales, la construcción y la administración del partido, la formación ideológica y cultural tanto de sus dirigentes como de sus militantes. Tres cuestiones en aquel momento tan importantes como inseparables. Acerca de esto el giro propuesto por la *Kominform* era exigente y el margen de autonomía ofrecido a los diferentes partidos, aún más estrecho. Con todo, está justificado preguntarse si se ha aprovechado de la mejor manera posible y el precio que se pagó.

Longo, sentado en el banquillo en calidad de "acusado" durante la reunión de Breslavia, respondió con decorosa prudencia a las crudas críticas. Admitió que el PCI había cometido graves errores políticos, sin especificar cuáles. Se declaró dispuesto a correcciones no fundamentales, a poner mayor énfasis en los éxitos de la URSS en la edificación del socialismo, a dedicar un mayor compromiso a la lucha de clases con respecto a las elecciones parlamentarias, a una mayor vigilancia de sus grupos dirigentes. A su regreso a Italia, en una reunión de la Dirección, refirió lo ocurrido con tono aún más desdramatizador. Togliatti hizo lo mismo, agregando que de todas maneras los fundamentos de la línea del PCI tenían que ser salvaguardados; los demás dirigentes, salvo alguna preocupación de Terracini, aceptaron esta orientación sólo con uno que otro tono autocrítico. Dado que la declaración final realizada en Breslavia, el único texto hecho público, no aludía a las acusaciones en contra del PCI, el impacto en el partido se vio atenuado y aún más después del atentado a Togliatti, en julio de 1948, cuando Stalin envió un telegrama de crítica al partido por no haber protegido lo suficiente a su líder, reconfirmándole así su confianza en él.

No obstante, la primera tormenta llegó en 1949, con la condena a Tito, que se le pidió suscribir a todos. El grupo dirigente del PCI no dudó en escoger de qué parte tenía que estar y repito que no podía evitarlo, pero había, como hay siempre, diferentes maneras de hacerlo. En este caso la peor de todas. En particular, los italianos podían, de

hecho, criticar a Tito con dureza y con argumentos fuertes: las complicaciones que su nacionalismo había provocado en la cuestión de Trieste, el rechazo radical y apresurado del concepto mismo de *democracia popular* y de un mínimo de pluralismo, la propuesta arrogante de una Federación balcánica que en la práctica representaba la anexión de Bulgaria a Yugoslavia, la incitación y el apoyo ofrecido a la aventura griega, las críticas explícitas y reiteradas al oportunismo de Togliatti. Incluso, si se quiere exagerar, el rechazo a buscar la confrontación y un compromiso para salvar la unidad. Eran argumentos suficientes, en un clima de guerra fría, para sostener una condena y compartirla. Por lo demás el partido estaba más sorprendido que disconforme, alguno pedía explicaciones por una y otra parte, pero solamente el secretario de Reggio Emilia, Magnani, al manifestar su desacuerdo, había dimitido de su cargo en señal de disconformidad (junto con Cucchi), aunque sin rebelarse contra la disciplina de partido. ¿Existía, pues, la necesidad para el PCI de apuntar que Tito era un espía, un vendido a los estadounidenses, que Yugoslavia se había pasado de la raya, cosa que sería desmentida de inmediato por los hechos? ¿Era necesario transformar una dimisión en una expulsión con deshonor de "dos piojos"? ¿Tenía alguna utilidad, en el momento en que se necesitaba reforzar una mayor unidad entre los partidos y los países comunistas a fin de oponerse a la Guerra Fría, proclamar la "traición" de uno de los más fuertes entre ellos? ¿Había razones para temer que una argumentación más sobria y veraz de la condena a Tito habría provocado una nueva condena y una nueva expulsión por parte de la *Kominform*, esta vez dirigida en contra del PCI o en el interior del PCI? No lo creo. Quizá se podía temer un debate, un momento de tensión, admitamos incluso una sustitución de Togliatti como secretario, en el caso de una deserción del grupo dirigente: en tal eventualidad extrema e improbable él habría regresado como líder en el momento del viaje de Kruschev a Belgrado, o después del XX Congreso, con una credibilidad multiplicada, como le sucedió a Gomulka. En cambio, tramitada de esa manera ramplona, la cuestión empañó la idea de "partido nuevo".

Ahora bien, tampoco la cosa acabó ahí. No menos grave fue el no haber manifestado al menos una reserva, una preocupación acerca de la eliminación de muchos de los dirigentes de los países del Este y las insensatas acusaciones dirigidas contra ellos. No obstante, ¿qué clase de milagro es este socialismo que obtuvo éxitos extraordinarios liderado por espías y traidores? En este punto se sobrepasaban los límites de la necesidad, intervenían errores inútiles y reveladores.

Repasando después este pasaje, entre 1948 y 1959, he entendido que éstos no fueron simples episodios, sino las primeras señales de un peligro general: la cancelación prematura de la identidad original del

PCI, peligro que luego Togliatti logró evitar con gran habilidad, tenacidad, con gran valentía y notable fortuna, aunque mostrando alguna incertidumbre de fondo y pagando un precio muy elevado de cara al futuro. Me refiero la influencia real que el giro zdanoviano imprimió en las formas organizativas, el régimen interno, la ideología, la formación de cuadros, en suma, al mito de la Unión Soviética y a la idolatría por Stalin, que durante algunos años no sólo perduraron sino que alcanzaron un máximo.

Paolo Spriano, en su último escrito, y, en algunos aspectos, el más agudo de ellos, dedica un capítulo entero a este tema, partiendo de una indudablemente extraordinaria conmoción frente a la muerte de Stalin, y busca una explicación. No fue un mito —dice Spriano— sino un amor ciego, absoluto, anhelante de una confirmación por parte del objeto amado. Y para explicarlo se apoya por una parte en una cita de Gramsci: "En las masas, en cuanto tales, la filosofía no puede más que ser vivida como una fe"; por otra, en un contexto histórico: el recuerdo indeleble de la victoria sobre el fascismo, tan necesario de mantener en un momento de duras derrotas. Tal explicación, sin embargo, no sólo no me parece convincente, sino que se vuelve fácil justificación o eliminación sin matices de un proceso múltiple y contradictorio.

En el plano teórico esa cita de Gramsci en efecto es abusiva. Leída correctamente, es decir, dentro de las coordenadas de su pensamiento, es evidente que no indica en absoluto una necesidad, mucho menos una palanca que utilizar: indica por el contrario un límite al que las masas están encadenadas por ignorancia secular, pero del cual deben ser liberadas. El partido como intelectual colectivo, promotor de una revolución cultural y moral que transforma al proletariado en clase dirigente, tiene por tanto para Gramsci el encargo prioritario de emancipar al proletariado de las "fes", implicarlo en el mundo de la racionalidad tal como es históricamente posible; por este motivo se funda sobre el materialismo histórico, sobre el "socialismo científico". Claro que con diferentes cotas de simplificación, y modificándose también él en relación con el análisis de los hechos, pero siempre en el respeto de la realidad y con una relación honesta con la verdad. El partido puede atreverse incluso a hacer previsiones aun no seguras que inspiren la esperanza, y sobre cuya confianza puede sostenerse provisionalmente durante los momentos difíciles, pero no imponer creencias que la realidad contradice o esconde; porque, si hace eso muchas veces, vuelve cínicos a quienes las ofrecen. Éste ha sido exactamente un factor importante en la involución de las sociedades socialistas, la diferencia entre leninismo y estalinismo.

En el plano histórico es igualmente inexacto decir que el mito de la Unión Soviética se fundase por completo sobre la memoria

aún reciente de la victoria de la guerra, espontánea e irresistible. Es cierto que concurrieron elementos objetivos, el choque entre bloques, la virulencia de la ideología adversaria y las persecuciones que la acompañaron en la vida cotidiana, pero es indudable que es también el fruto de una gran operación organizativa y cultural, impuesta por el giro de la *Kominform*, y que el PCI condujo con inteligencia a fin de contener sus efectos, pero a menudo igualmente por propia convicción y de manera equivocada.

¿Por qué, si no, el PCI pagó un precio inferior, en términos de afiliados, y además de votos, comparado con el que pagaron otros partidos occidentales, y conservó anticuerpos eficaces para el futuro? ¿Y por qué, por otra parte, durante los años sucesivos, se tomó tanto tiempo y tanta fatiga para liberarse de estereotipos ideológicos, y todavía más de formas organizativas adquiridas precisamente durante aquellos años? Tal operación merece, por tanto, un análisis más meticuloso, para bien y para mal. Aquellos fueron los años en los que la organización tomó una forma más estable y formó cuadros que la habrían de dirigir durante décadas. Para limitarme a lo esencial, y esquematizando, también por memoria directa me parece posible diferenciar dos líneas de actuación. La primera, positivamente original, nació de la decisión de Togliatti, pero que Secchia, por entonces gestor principal del partido, compartió y promovió: la construcción un "partido del pueblo", lo contrario pues de una selección de vanguardia, reducida fundamentalmente a la clase obrera. Hablo del máximo esfuerzo en reclutar, en hacer activos, con la invención de los más variados instrumentos, a nuevos sujetos, estratos sociales, experiencias de vida, dejados siempre al margen de la política. Hablo ante todo de las mujeres, como protagonistas, como militantes, pero también en sus hogares y de los problemas que les eran propios, aspectos que la UDI[19] ponía sobre la mesa, aunque no era la única en hacerlo. Hablo también del proselitismo entre las familias, entre las generaciones, las amistades, los vecinos, que, además de ensanchar un área de influencia fundaba una pertenencia permanente, un compromiso recíproco entre las personas. Hablo de la extensión de las funciones de la organización a campos que no pertenecen a la política en sentido estricto, pero que están sometidas a su influencia: el tiempo libre, la cultura popular, la diversión, el deporte y las Casas del Pueblo, la ARCI[20], las pequeñas bibliotecas. No era menos impor-

19 U.D.I. *Unione Donne in Italia* (Unión de Mujeres en Italia): asociación de mujeres para la promoción política, social y cultural, sin ánimo de lucro, desde 1944. Nació como *Unione Donne Italiane* (Unión de Mujeres Italianas) con los *Gruppi di Difesa della Donna* (Grupos de Defensa de la Mujer). Durante el Congreso de 2003 se cambia el acrónimo por Unione Donne in Italia (N. de T.).

20 Casas del Pueblo: La institución de la *Casa del Popolo* aparece en Italia en el año 1893 durante el segundo congreso socialista en Reggio Emilia. Las Casas del Pueblo, asimismo, tienen raíces en otras experiencias europeas como las francesas, belgas y suizas de

tante el crecimiento y la diferenciación, en diferentes planos, de los órganos de prensa. De entrada, el periódico, mantenido por su difusión y por las fiestas de los pueblos y apoyado en el trabajo voluntario, que a veces alcanzaba una tirada de más de un millón de ejemplares; también publicaciones mensuales y semanales, cultas o populares, desde *Vie Nuove* hasta *Noi Donne*, desde *Calendario del Popolo* hasta *Rinascita* o *Societá*. No un ejército, en resumen, sino una verdadera comunidad, unida por ideas, afectos y experiencias comunes. También en este caso son significativos ciertos informes de los *carabinieri*. He encontrado recientemente algunos en los que, en vista de la hora tardía en que se celebraban las reuniones, se sospechaba que se hacía un trabajo clandestino, otros en los que se señala el peligro de que las Casas del Pueblo "atrajesen más que los oradores parroquiales, porque dejaban también bailar". Lo que hacía en cambio el partido del pueblo era contrarrestar la idea de la secta, el odio hacia el vecino, la desconfianza hacia el "no creyente", y permitía a veces vivir con poco dinero en los bolsillos, sentirse protegidos por una solidaridad y sentirse útiles aunque se tuviesen capacidades limitadas. Sin todo esto habría sido impensable agrupar, con el clima que había alrededor, incluso en zonas "blancas", dos millones y medio de afiliados, de los cuales 500.000 eran jóvenes y jovencísimos. Podías ir al atardecer en bicicleta o en ciclomotor a reunirte con los demás, comentar el diario, afiliarte; luego volvías tarde a tomarte unos callos o a una partida de billar en el bar de la Cámara del Trabajo: porque también el sindicato hacía parte de esa contra-sociedad. Quien contrapone el antiguo PCI militarizado y sombrío a los "nuevos movimientos de hoy", o bien no tiene ni idea, o bien es un estúpido: como mucho se puede decir que establecer su semejanza es una exageración. Este tipo de "partido del pueblo" permitía entonces mantener los lazos con la sociedad, entenderla y reflexionar acerca de la misma. A pesar de que tuviese una limitación no insignificante, es necesario reconocerlo, porque reducía, por necesidad y por elección, la importancia de la organización política en el lugar de trabajo, que se delegaba al sindicato, restringido a sus funciones más inmediatas.

Sin embargo, había otra realidad en camino, que chocaba poco con la primera, incluso en conexión con ella, pero bastante diferente (hablo de los años duros, hasta 1954 y algo más). Era el igualmente enorme empeño en la selección de los dirigentes, en todos los órdenes, los funcionarios profesionales, pagados menos que un obrero medio, sin tutelas sociales pero obligados a una disciplina rígida, examinados por sucesivas escuelas del partido, sopesados también en su vida más

---

la *Maison du peuple*, del *Volkshaus* alemán y del *Volkshuis* holandés. Dicha institución, también en Italia, responde a las exigencias de las cooperativas de trabajo y consumo y crea un complejo de servicios culturales, asistenciales, mutualistas y recreativos. *ARCI*: Asociación italiana de promoción social. La sigla que le da nombre viene del acrónimo de su denominación original: Associazione Ricreativa e Culturale Italiana (N. de T.).

privada, promocionados mediante cooptación, y formados no tanto en los "clásicos del marxismo" y otros libros (como había sucedido en la "escuela de la cárcel"), sino, sobre todo y ante todo, en el "breve curso de historia del PCUS", que nadie podía eludir. La construcción de este, por decirlo así, segundo partido se confiaba de hecho a Secchia, vicesecretario salido de una consulta directa, responsable de la comisión de organización que tenía múltiples funciones. Entendámonos: Secchia no tenía carácter de sargento, se rodeaba también de jóvenes inteligentes (Bufalini, Di Giulio, Pirani), tenía una relación continua y comprensiva, coincidía con el núcleo de la política togliattiana, aunque con no pocas reservas acerca de su gestión. Era un cuadro formado a partir de la Tercera Internacional en los primeros años treinta, no de su degeneración burocrática-represiva: para él, el partido verdadero, la verdadera prioridad, era el partido como vanguardia disciplinada, compuesta ante todo por cuadros de origen obrero, y vinculado de manera indisoluble a las decisiones y a los destinos de la Unión Soviética y de su jefe, y estaba por tanto preparado para afrontar cualquier grado de temperatura. No era un soldado, ni mucho menos un aspirante a diputado o a alcalde, sino un revolucionario de profesión, inteligente, creativo dentro de los límites establecidos y aceptados. Daba prioridad a este tipo humano y, en esa época, el modelo funcionaba.

El mito de la URSS, el culto a Stalin y la rigidez ideológica nacían modeladas recíprocamente y recíprocamente alimentadas por este binomio: fe ingenua y Compañía de Jesús. Los intelectuales eran menos ingenuos, pero a menudo más intransigentes e incluso, cuando descollaban en los estudios históricos, se sentían impulsados, para evitar encontronazos, a dedicarse a investigaciones especializadas y a mantenerse alejados de la confrontación con el pensamiento mundial moderno, frecuentemente marxista pero no ortodoxo, y a mantenerse dentro de los límites de la historia y de la cultura democrática italiana. Cuestiones como la lucha contra el titoísmo o la liquidación de las democracias populares se cruzaban por tanto, como causa y como efecto, en esta gran operación conjunta y la marcaban.

También sobre este proceso poliédrico, rico y contradictorio, como en la historia internacional más general, se llegó, precisamente en el mismo momento, a un paso que podría haber sido irreversible. En el otoño de 1950, Longo, Secchia y D'Onofrio comunicaron a un Togliatti convaleciente la noticia de la propuesta explícita de Stalin de trasladarlo fuera de Italia para dirigir y "relanzar" la *Kominform*. Ni el origen, ni el carácter unívoco e imperativo, ni la intención de la propuesta son del todo claros. El origen, porque el mismo Togliatti confesó, años después, a Barca, su sospecha de que la sugerencia podría haber venido de alguien de Italia. El carácter imperativo porque, sabiendo

como era Stalin, es dudoso que la hubiese dejado caer en el olvido; la intención, porque en parte podía ser motivada también por la voluntad de cambiar un poco la orientación y la función de la *Kominform*, tal como había sucedido con el *Komintern*, y no sólo por la de apartar a Togliatti de la dirección del PCI. De hecho, era esta segunda la consecuencia más segura de la propuesta, y así lo interpretó Togliatti; y, de hecho, comunicó de inmediato a Longo, Secchia y D'Onofrio su decidido rechazo antes de ir a Moscú a discutirla. Tan pronto como llegó a Moscú pidió que antes de que él tomara cualquier decisión, la propuesta fuera discutida, en su ausencia, por toda la dirección del PCI, con la seguridad de contar con apoyos a su resistencia. Entretanto envió, antes del encuentro final, un memorándum a Stalin. El memorándum decía con claridad que la propuesta no lo convencía —hablaba en tercera persona, para suavizar la negativa— y dando argumentos objetivos y en absoluto rígidos: que había regresado a Italia hacía pocos años, había encaminado la construcción de un gran partido, asumido a esa altura un papel público reconocido, y su trabajo tenía por tanto que continuar para no comprometerlo todo; agregaba también la dificultad personal de retomar el camino del exilio que había conocido durante demasiados años y el deseo por reconstruir una vida familiar. Con todo, mientras tanto, le llegó una noticia que lo dejó "estupefacto": la dirección en Italia había decidido aceptar la propuesta de Stalin, con una votación casi unánime (un único *no* de Terracini, la abstención de Longo). Situado entre dos fuegos, le parecía imposible evitarlos. Con todo, resistió con fuerza, con habilidad. Antes que nada, logró convencer a la dirección del PCI, Secchia incluido, de que matizara un poco su decisión, solicitando aplazar su partida algunos meses, dejándola para después de las elecciones. Stalin, durante la conversación final, a pesar de que dijo que este aplazamiento implicaba liquidar la propuesta, y aun estando en desacuerdo, aceptó. La cuestión se cerró, pues, felizmente, y nadie supo de ello nada más. En cómo se desarrolló, sin embargo, se revelaron las dotes de inteligencia y tenacidad de Togliatti, y unas vez más su valor; se puede también medir su aislamiento, el peligro de quedar en neta minoría dentro de la cúpula del partido. Pero dejaba ver, en suma, que la disciplina con respecto a la Unión Soviética expresaba ya algo más que un simple amor en el corazón de las masas e involucraba mucho más a los viejos cuadros "de los tiempos de la clandestinidad". "Limitar los daños" había permitido sobrevivir a la identidad del PCI, pero los duros años de la "nueva guerra fría" habían bloqueado su desarrollo y el camino futuro era todavía cuesta arriba.

[Capítulo V]

EL SHOCK DEL XX CONGRESO

En 1952 la "Nueva Guerra Fría" entra en una segunda fase, cambia de carácter y dirección, y concluye con un compromiso parcial. El cambio de dirección, aun partiendo de Moscú, no tiene el carácter repentino e inquietante que había tenido el de los orígenes. Se puso en marcha lentamente, se desarrolló de manera intermitente y tuvo momentos en que se interrumpió, aunque quizá no eran del todo conscientes quienes contribuyeron a ello; no se extendió de manera uniforme por todas las regiones del mundo; y solamente en un cierto momento se aceleró y la opinión pública lo advirtió.

Aun así, su envergadura se hizo evidente tan pronto como se pudo considerar en conjunto toda la década.

El peligro de una tercera guerra mundial inminente, que alguna vez reaparecía, de hecho se había conjurado. Quedaban sobre el terreno dos bloques, mejor articulados en el interior de cada uno, que abrían de nuevo algún canal de comunicación entre ellos; participaban nuevos Estados que rechazaban la disciplina exigida por ambos bloques. No menos importante era que esto no sólo fuese fruto de una corrección en la política internacional de las grandes potencias, y de los respectivos cuadros dirigentes, sino que fue producto y a la vez estímulo de profundas transformaciones de la economía, de la cultura, de las relaciones sociales que sólo más tarde habrían de manifestarse pero que ya entonces estaban en acción.

En síntesis, el paso gradual a un equilibrio bipolar, a una competencia pacífica entre dos sistemas, en la que el enfrentamiento armado se circunscribía a ámbitos regionales, gobernados por las dos

grandes potencias, competencia en la que otros factores se situaban en un primer plano: la hegemonía ideológica y cultural, el desarrollo económico y el conflicto social, la calidad de vida y la eficiencia de las instituciones. Antes de reconstruir este proceso, es necesario reconocer un hecho que constituyó al mismo tiempo un prolegómeno necesario y una hipoteca jamás rescatada: "el equilibrio del terror". Otra de las grandes omisiones y de las hipocresías aún hoy no resueltas presentes en el debate político y cultural.

No por casualidad me he remitido a 1952 como la fecha que marca un punto y aparte, puesto que fue "el año de la Bomba". Con mayúscula, para subrayar la novedad que ésta representaba, en dos sentidos. La atómica lanzada sobre Hiroshima estaba sólo en manos de los estadounidenses, mostraba una relevante superioridad militar que ellos mismos podían utilizar para ejercer una amenaza, o para vencer eventualmente en una guerra contra la Unión Soviética. Sin embargo no tenía, ni siquiera en la versión actualizada con plutonio, tal capacidad de devastación como para impedir que la guerra fuera prolongada y que costase un alto precio a quien la desencadenara. Por otra parte las informaciones científicas necesarias para producirla estaban bastante difundidas, la *intelligence* soviética estaba capacitada para hacerse con otras mediante el espionaje, y tenía científicos y técnicos para fabricarlas; se trataba tan sólo de una cuestión de tiempo, y de poco tiempo. En efecto, en 1949 consiguió hacer explotar una bomba experimental; faltaba preparar un arsenal y construir los medios para transportarla a grandes distancias, para lo que hacía falta aún menos tiempo. Ésta había sido una de las razones de la excitación que llevó a la nueva Guerra Fría, de la propuesta precipitada de MacArthur para utilizar la bomba, y de la resistencia de los gobiernos europeos a aceptarla.

Ya desde hacía años los estadounidenses tenían, o creían tener, una réplica mucho más eficaz para recuperar y hacer más duradera su supremacía. La solución al problema iba a llegar de la bomba termonuclear de hidrógeno, que podía tener un poder de destrucción más de mil veces mayor que la de Hiroshima, planteaba problemas teóricos aún sin resolver y recursos tecnológicos mucho más avanzados. Desde hacía tiempo estaba trabajando en ello un nuevo grupo de investigación, ya no dirigido por Oppenheimer o Fermi, quienes no querían saber nada del asunto y de quienes se desconfiaba, sino por Teller, que era entusiasta y confiable. Sucedió, en cambio, algo impredecible, tal como sólo recientemente ha relatado Zores Medvedev (físico, hermano del historiador Roy y al igual que él disidente y perseguido y por lo tanto más atendible), que es de sobrado interés. Teller persiguió el objetivo confiando más en la supremacía tecnológica que en la física teórica. Stalin, por agudeza o por casualidad, reunió en cambio, manteniéndolos aislados, a todos los grandes físicos teóricos y ma-

temáticos puros. Y mientras los estadounidenses perdieron mucho tiempo en preparar aparatos demasiado pesados y que requerían materias raras y costosísimas, los soviéticos, coordinados por Sajarov, Tamm y Landau encontraron respuestas avanzadísimas a los problemas teóricos que permitían sortear las dificultades tecnológicas. En agosto de 1952 obtuvieron una bomba termonuclear, algunos meses antes que los estadounidenses. Entretanto estaban avanzando rápidamente en la investigación de misiles que, en efecto, pocos años después, se hizo evidente con el lanzamiento del primer satélite, eludiendo la dificultad que entrañaba la utilización de los grandes bombarderos y la ausencia de bases avanzadas. He ahí pues el doble salto de calidad: ambas potencias tenían por fin bombas terribles y capacidad para utilizarlas, tan terribles que hacerlo ya no implicaba una victoria, sino el suicidio del mundo entero. Un verdadero "equilibrio del terror" que impedía emprender una guerra total a cualquiera que no fuese un loco. Así, gustase más o menos, los efectos de tal novedad no podían sino ser grandísimos y duraderos. Bajo ese amparo y con tal hipoteca mi generación ha vivido durante décadas. Sin embargo, la política tenía que intervenir, bajo todas sus formas y con todos sus sujetos, a fin de marcar el recorrido, las fases sucesivas y, al fin, el resultado. Y de hecho el escenario comenzó de inmediato a redefinirse.

EL INICIO DE LA *DESESTALINIZACIÓN*

Comienzo, en este caso, y concentro la atención alrededor de lo sucedido entre 1952 y los primeros años sesenta en la política y en la sociedad soviética y que se sitúa, aproximadamente, bajo el término *desestalinización*. Antes que nada, porque tuvo una influencia directa y muy importante en los avances del Partido Comunista y de toda la izquierda italiana. En segundo lugar y sobre todo porque durante aquellos años la Unión Soviética asumió realmente el papel de superpotencia, y expresó "el impulso" de la Revolución rusa en la historia mundial por segunda y última vez.

Las primeras señales de cambio surgieron mucho antes y de manera mucho más episódica que cuando la ruptura clamorosa de 1956, pero son importantes para entenderlo y valorarlo. Paradójicamente ello se puede apreciar aún antes de la muerte de Stalin, quien de manera ambigua contribuyó para que esto sucediera. Fue de hecho él quien convocó, tras más de diez años, un congreso del partido. Fue él quien causó, en dicho congreso, una convulsión en la estructura y en la composición del grupo dirigente que de una parte reforzaba su poder absoluto, haciendo ocasionales las reuniones del Politburó, pero que por otra parte degradaba, e incluso criticaba abiertamente a sus más antiguos y fieles colaboradores, como por ejemplo Beria y Molotov, y colocaba en posiciones de relieve a personajes más jóvenes y menos comprometidos, entre ellos Kruschev. En

su último escrito, *Problemas económicos del socialismo*, la contradicción se puede apreciar de pleno: por una parte ausencia de cualquier alusión a la restauración de la legalidad y de toda propuesta concreta de reforma económica, mientras que en la práctica se continuaba con persecuciones insensatas; por otra parte afirmaciones que daban un vuelco a la línea de la *Kominform*: la posibilidad de evitar la guerra, de diferentes caminos hacia el socialismo, incluso pacíficos, la utilidad de la presencia de un sector en manos del mercado en la URSS con el fin de obtener una determinación de los precios más precisa. Algunas de estas afirmaciones estaban consideradas y oficializadas en el informe introductorio del XIX Congreso confiado a Malenkov.

Muerto Stalin, sin heredero designado, el poder se transfirió a manos de una dirección colegiada que no podía ser más heterogénea: Beria, Molotov, Kaganovich, Vorosylov —los de mayor crédito pero con plomo en las alas—, Malenkov, Kruschev, Bulganin, Mikoyan —más jóvenes pero en ese momento inclasificables. Con todo, y precisamente esto es lo significativo, el grupo entero, ya fuese por convicción o por necesidad, escogió el camino de la renovación: afirmó públicamente el principio de la dirección colegiada, la necesidad de reformas económicas en favor de la agricultura y del consumo popular, sobre todo adelantó con hechos, y no sólo con palabras, la liberación de presos políticos, y canceló los procesos aún en curso contra "los médicos y la Alianza Hebrea".

Esta decisión se tomó tanto por la presión de la situación económica, que después de una fuerte reactivación se encontraba de nuevo con dificultades, como por el temor de todos y de cada uno de acabar como una de las víctimas de una nueva lucha por el poder. Beria, que aceptaba la decisión, aunque conservando un gran peso en los aparatos de represión no desmantelados todavía, constituía una amenaza y muy pronto se convirtió en la última víctima de sus métodos. A esto siguió el desmantelamiento y la purga de la omnipotente policía secreta, junto con el papel de garante confiado al ejército, a cuyo mando volvía Zukov. Una segunda señal de renovación se dio en la política agrícola. Kruschev, que era competente, destapó brutalmente la olla de una crisis jamás superada en el plano productivo y de la que los campesinos pagaban el precio. No se podía seguir atribuyendo la culpa solamente a la guerra, era obligatorio hacer algo y de inmediato. Por tanto se adoptaron reformas, no coordinadas dentro de un plan, pero que incidieron con rapidez: se concedió a los campesinos la libertad de producir y vender lo que quisieran dentro del pequeño terreno que se les había asignado; se aumentaron los precios que el Estado pagaba a los *koljós* y

sovjós[21] por los productos que aportaban y se bajaron los precios que los campesinos tenían que pagar por los insumos industriales (bienes de consumo, equipamiento). Por último se decidió la puesta en cultivo de nuevas tierras no cultivadas, llamando para ello a jóvenes voluntarios: el primer año, con poca experiencia, pocas máquinas y pocos fertilizantes los resultados fueron poco satisfactorios, pero ya al año siguiente la medida fue alentadora. Con esto Kruschev consiguió un prestigio y una popularidad que aún no tenía, hasta el punto de convertirse en el número uno en la secretaría del partido. Simultáneamente a Malenkov, tras sólo un año, se lo calificó de inepto como jefe de gobierno, y de la investigación ulterior relativa a este caso se desprende que tuvo una responsabilidad directa en el "*affaire* Leningrado". Por ello, si bien continuó en el Buró Político, fue sustituido en el cargo máximo. Se perfilaba así una jerarquía en el interior de la dirección colegiada.

En política exterior, sobre la que obviamente se concentraba la atención mundial tras la muerte de Stalin, los signos de cambio al principio fueron mucho más modestos, quizá porque Molotov tuvo en ello una responsabilidad personal. La propuesta de unificación alemana como país neutral, aunque no era una novedad, era un objetivo tan ambicioso que no podía verse confirmado, al menos hasta que no se crease una situación internacional diferente. El encuentro, después de años, de los ministros de Asuntos Exteriores de las potencias vencedoras, fue solamente una señal de buena voluntad pero sin contenidos ni resultados. El tratado de paz con Austria, empeñada en la neutralidad, y la retirada de las tropas de ocupación, hacía tiempo que estaban previstos. Es más, estos pequeños pasos entraron en contradicción con decisiones que revelaban un continuismo en el peor sentido. Y sobre todo por la hostilidad que la URSS mostraba hacia el gobierno de Mossadeq, a quien tras nacionalizar el petróleo iraní lo derrocó un golpe de Estado organizado por la CIA, y luego fue ajusticiado. El partido comunista iraní había compartido dicha hostilidad, sobre la base del principio de la *Kominform* según el cual era sospechoso aquello que fuera en dirección contraria a la opinión de los comunistas. Lo resalto porque dicho asunto, olvidado, dio inicio, en la lucha contra el Sha, que había sido devuelto al trono por Occidente, al acercamiento entre las masas iraníes y el clero fundamentalista que hoy es un fenómeno bien conocido y generalizado.

Precisamente desde la política exterior, sin embargo, llegó poco después la primera rectificación y, como reflejo, la primera grieta en

21 *Koljós* y *sovjós*: cooperativas agrícolas estatales creadas en la Unión Soviética como consecuencia de la colectivización de tierras y medios de producción ocurrida alrededor de los años treinta (N. de T.).

la cúpula soviética. El 26 de mayo de 1955, Kruschev desembarcó en Belgrado a fin de restablecer los lazos de amistad con Yugoslavia y reconocer nuevamente su carácter de sociedad socialista. A su regreso a Moscú declaró abiertamente que la expulsión de Tito había sido un gran error. Se trataba de un acto simbólico, lleno de significado, porque reconocía implícitamente que también el Estado-guía podía equivocarse, y aún más porque no sólo admitía la posibilidad de distintos caminos hacia el socialismo, sino también formas diferentes de organización de la sociedad (en el caso yugoslavo la autogestión de las empresas, si bien estaban guiadas por el partido comunista y en el marco de un plan). Era igualmente importante la novedad de esta reconciliación dentro de la política internacional, porque Tito era un superviviente de una gran conferencia internacional —en Bandung, con la presencia de más de veinticinco Estados y partidos— promovida por él junto con Chu En-Lai, Sukarno, Nehru y Nasser, a partir de la cual tomó forma el "campo de los países no alineados".

La reconstrucción, sumaria aunque puntillosa, de los primeros años de la *desestalinización* nos permite entender que el XX Congreso no fue una ocurrencia de Kruschev, un episodio de una lucha por el poder, un meteorito aparecido con el *Informe secreto* y extinguido con la intervención de Hungría, sino el acontecimiento más rotundo en un largo proceso, atormentado, entreverado con las transformaciones de la sociedad y obstaculizado por poderes y sentimientos enraizados. Un proceso que hay que considerar y juzgar en su conjunto, y colocarlo en un determinado contexto histórico. Sólo así podremos comprender su valor y sus límites, sus éxitos consolidados y sus problemas no resueltos, y sólo así se pueden analizar correctamente los hechos individuales que conforman el cuadro.

EL XX CONGRESO Y EL INFORME SECRETO

El XX Congreso del PCUS se llevó a cabo en febrero de 1956, durante diez días, pero se desarrolló en dos fases por completo diferentes, tanto por su contenido como por el modo en que se realizó. La primera parte ocupó casi la totalidad de los diez días, y empezó con un informe de Kruschev que planteaba un análisis de la situación internacional y de la sociedad soviética, avanzaba una línea a adoptar para una y otra, citando a Stalin, recientemente fallecido, solamente un par de veces y, de pasada, la proponía en nombre de todo el grupo dirigente, línea confirmada a lo largo del debate, si bien con diversos acentos. El informe se aprobó por unanimidad y se publicó de inmediato. La segunda fase ocupó, en cambio, sólo unas cuantas horas, y se limitó a un discurso de Kruschev, al que no siguieron ni un debate ni una votación, y que se

difundió lentamente y a través de muchos canales y muchas versiones: por ello recibe aún el nombre de *Informe secreto.* El discurso estaba dedicado exclusivamente a la denuncia implacable de las culpas de Stalin y del culto a la personalidad que él mismo había cultivado y obtenido.

¿Era necesaria una división tan marcada en dos fases tan diferentes, una denuncia tan grosera y tan personalizada? ¿No se podía introducir ese discurso acerca del pasado, con la necesaria dureza autocrítica, dentro de una reflexión más articulada y seria sobre la historia de la Unión Soviética, para proporcionar así una base más sólida a la valoración de lo que se quería conservar, y más clara sobre lo que ahora se debía y se podía innovar? Estos interrogantes estuvieron presentes de inmediato entre los comunistas, entre sus amigos e incluso entre aquellos que consideraban el XX Congreso, en conjunto, un histórico paso hacia delante. Jamás se profundizaron, en mi opinión, y todavía hoy no han encontrado una respuesta adecuada. Una respuesta a la primera pregunta puede hallarse en el hecho de que mientras en torno a lo discutido por el congreso todo el grupo dirigente tenía la misma posición, el *Informe secreto* sería una iniciativa tomada por sorpresa durante el desarrollo del congreso y a riesgo personal de Kruschev.

Tal respuesta tenía indudablemente algo de cierto —tanto que, un año más tarde, ese grupo dirigente se rompió definitivamente— pero no se sostenía. Todas las investigaciones y las memorias sucesivas coinciden en afirmar que, aunque fuera en la víspera del Congreso, ese *Informe* había sido comunicado, salvo en algunos casos particulares, a todos los miembros del Buró Político y fue por todos ellos aceptado con mayor o menor convicción. Aún menos se sostiene la tesis de que el *Informe* era secreto, con la intención de restringir el ámbito de los destinatarios y reducir así el impacto en las grandes masas tanto en el interior como en el extranjero, porque se leyó y se difundió inmediatamente en asambleas de todos los afiliados abiertas a los demás ciudadanos, se envió a todos los demás partidos comunistas con libertad para utilizarlo, y por último, fue publicado en los diarios estadounidenses, en *Le Monde*, en *l'Unitá*. Nunca en la historia de la Unión Soviética un documento ha sido leído y discutido por tanta gente en el mundo (cualquier cosa menos secreto).

Esto nos dice cosas muy interesantes. De entrada, que esa ruptura era inevitable, nadie podía oponerse frontalmente, por el simple hecho de que, una vez abierto el dique de las excarcelaciones y de las rehabilitaciones, miles y después cientos de miles de sobrevivientes de los campos, y de familias que habían sufrido una pérdida irreparable, habrían de convertirse, sin indemnización política y sin una reincorporación al trabajo, en una fuerza disgregadora de la sociedad. En segundo lugar, que cualquier forma, cualquier nueva movilización ha-

bría quedado bloqueada e inerte sin una sacudida traumática, capaz de modificar la manera cotidiana de pensar de la gente y permitir la sustitución de dirigentes y de procedimientos cristalizados a lo largo de décadas. Es verdad que había muchos trabajadores y militantes del partido que no podían renunciar al retrato de Stalin en la pared, o en el corazón; había muchos intelectuales que hubiesen querido que la autocrítica se extendiese a otros partidos y a otros líderes que se habían comprometido con este último; había algunas grandes figuras -como Mao, Thorez, Togliatti- que cada uno a su manera, desconfiaba de la tosquedad del discurso de Kruschev. No obstante, todos coincidían al menos en un punto: no se podía liquidar todo lo que Stalin había hecho y dicho, y mucho menos achacar cualquier degeneración al culto de la personalidad. Era todo muy justo pero, en mi opinión, pues también debo hacer mi pequeña autocrítica, en estos ataques se escondía la supresión de un hecho. En el *Informe secreto*, entre un montón de cosas que conocía desde hacía tiempo y que ya había digerido, por ejemplo las concernientes a la liquidación de Trotsky y de Bujarin, había surgido un elemento nuevo que creo que Togliatti no había sabido o no quería saber: la dimensión de masa del ejercicio del terror, la falta de criterios en ejercerlo, la predominancia entre las víctimas de comunistas, o mejor, de comunistas de probada lealtad. Este era el elemento que exigía la denuncia drástica y reiterada de la explicación racional (¿cuál era la necesidad, con qué motivo, a qué fin?).

Cuando, después de tantos años, he releído ese texto me di cuenta de un aspecto que, como *La carta robada* de Poe, era tan evidente que escapaba a la atención. La crítica del estalinismo, aun siendo tan detallada y drástica, se imponía a sí misma una neta autocensura, porque se detenía en la frontera inviolable de los años veinte, nada decía acerca del giro fundamental de la construcción del socialismo en un solo país, que no se valoraba como autosuficiencia, y nada decía ni de la transformación del régimen interno del partido, ni de la colectivización forzada de la tierra, ni del error cometido con la teoría del socialfascismo, luego corregida por el VII Congreso de la Internacional. En suma, se omitía todo aquello que estaba en el origen del estalinismo pero que, al mismo tiempo, podía evidenciar las condiciones objetivas que habían contribuido a ello, conquistas y metas que de todos modos se habían conseguido. Precisamente esto ofrecía una clave de lectura del valor y de los límites del XX Congreso, y me encontré ante numerosas sorpresas.

La más simple e inmediata viene del tono de intrépido optimismo del discurso introductorio, del mismo Kruschev. ¿Era un optimismo propagandístico y de rutina, dirigido a amortiguar el golpe de la denuncia que se preparaba y que realmente iba a herir el alma de los comunistas y a ofrecer argumentos a sus adversarios? Esta hipótesis la desmienten

los hechos, porque, si bien con muchas dificultades, el XX Congreso en conjunto obtuvo a la postre un consenso entre los comunistas, les infundió una renovada confianza, al menos durante años afianzó la unidad entre sus partidos y, paradójicamente, sus adversarios lo consideraron no como el inicio de una descomposición, sino como el inicio de una nueva fase de expansión que los obligaba también a ellos a buscar un diálogo y prepararse ante un nuevo reto. Cito entre todos el juicio de un historiador de la Unión Soviética, notorio por su seriedad y perspicacia, autor de una biografía de Stalin y otra de Trotsky y de orientación trotskista, Isaac Deutscher, que, haciendo cambiar muchas opiniones, vio en el XX Congreso la señal de que la URSS, una vez pagados precios terribles, podía reformarse. En realidad, en ese optimismo, real mente exagerado y generador de múltiples ilusiones, había una base real. De hecho, en el momento en el que, en parte gracias al equilibrio del terror, en parte gracias a la nueva política soviética, la construcción de la "Nueva Guerra Fría" declinaba gradualmente, surgía con elocuencia un mundo nuevo que ésta había ocultado. Tras años de *containment* y *rollback*, los comunistas gobernaban, o se encaminaban a gobernar, una tercera parte del mundo, los imperios coloniales habían sido arrasados y las potencias occidentales estaban aún empantanadas en ellos, con dificultades crecientes, tratando de defender lo que quedaba; había surgido un grupo amplio de nuevos Estados muy pobres y frágiles pero "no alineados" y que manifestaban más simpatía por el socialismo que por quienes los habían liberado. Nacía otra cultura, no marxista ortodoxa, que ponía en primer plano el tema del Tercer Mundo (la teoría de la dependencia) y el de los derechos sociales como base necesaria de la democracia (el keynesianismo). En cuanto a la economía, la situación de los países del Este no era la diseñada por la autopropaganda, pero el ritmo de desarrollo, con altibajos, resultaba notable en conjunto; la investigación científica había mostrado puntas de excelencia a pesar de que a duras penas podía traducirse en un difuso progreso tecnológico. En el plano de la democracia política aún no se veían progresos, pero el restablecimiento de la legalidad y una mayor tolerancia de la censura se consideraba justamente un significativo paso adelante. Todo esto no eran sólo promesas, en parte estaban ya en curso gracias a la contribución de la *desestalinización*. Así que una fe se resquebrajaba, pero una esperanza podía sobrevivirla. Recuerdo ahora que no encontrabas un solo compañero que, aun habiendo sido herido por el pasado, o, como yo, con dudas sobre el futuro, no pensase y no dijese: de todos modos estamos yendo hacia delante. Al menos por un periodo relativamente breve la "Nueva Guerra Fría" la había perdido quien la había promovido.

Sin embargo, releyendo aquel XX Congreso, la perspectiva que se proponía, y viendo las decisiones concretas que Kruschev tomaba, incluso

tras haberse librado de sus oponentes, ya por entonces se podía vislumbrar, y hoy en día está absolutamente claro, el hecho de que faltaba una idea de reforma en el conjunto de la sociedad y del Estado, porque no se tocaba la cuestión de la democracia política ni la de la estatalización de una economía totalmente centralizada. Esto no quiere decir que a Kruschev le faltara voluntad de innovación o que no haya introducido, con más o menos éxito, reformas parciales pero valientes, o que procediese sin brújula, improvisando, como le reprochaban sus oponentes, y mucho menos que fuese un burócrata que hablaba de comunismo sin creer en él. Era un campesino enérgico, vehemente, con poca cultura, que había combatido como soldado raso en la guerra civil, se había formado gobernando una región agrícola, tenía curiosidad por el mundo exterior y unas ganas reales de cambiar las cosas que no iban bien. Creía en la coexistencia pacífica aunque fuese a su manera; buscó, por ejemplo, la distensión con la potencia rival, que ya no era vista como el reino del mal, tratando al menos de mantener un contacto para evitar la guerra atómica "por error", pero también reaccionando ante sus actos de arrogancia (como en el caso del avión espía U2). Adelantó alguna propuesta de desarme recíproco y controlado; apoyó los movimientos de liberación nacional (como el palestino, el argelino o el cubano) aceptando su independencia hasta el punto de tolerar la absorción e incluso la disolución impuesta a los partidos comunistas locales (como en Egipto); en concreto logró establecer un acuerdo importante con China, que hasta entonces había quedado "lejana" y que luego volvería a estarlo aún más, aunque por su culpa; mostró cierto interés en el diálogo con la socialdemocracia europea que, sin embargo, no encontró eco. No era una política exterior lineal y no se correspondía con transformaciones de la política económica interna que la hubieran complementado, pero contribuyó a la reducción de la Guerra Fría y a construir algunas alianzas muy importantes (por ejemplo con la India de Nehru, con el Medio Oriente y luego también con la aún indefinida Revolución Cubana).

También en el plano de la política económica y social adelantó reformas. Una reforma de la industria: dejó de agruparla en sectores gobernados desde el centro, pasando a hacerlo a través de regiones relativamente autónomas. Se trataba de una alternativa de descentralización que, si bien encontrando tozudas resistencias en el aparato del Gosplan[22], en el presente inmediato estimuló la actividad económica pero, tras pocos años, dio paso a un corporativismo localista ante el que hubo que reaccionar restableciendo en la práctica los antiguos ministerios. Tal como dijo el director de un gran complejo (el Uralmas), las "innovaciones organizativas poco sirven si la ciencia no nos abastece de instrumentos de cálculo más precisos de la productividad y las

22 Comité para la planificación económica en la Unión Soviética (N. de T.).

empresas no tienen mayores posibilidades de ponerlos en práctica". De esa reforma quedó sobre todo huella en un debate entre escuelas de pensamiento económico, tal vez importante como el de los años veinte, pero a diferencia de entonces, la dirección política y la opinión pública permanecieron indiferentes ante el mismo.

Mayor peso efectivo lo tuvo una nueva reforma de la agricultura. Confirmó y expandió las posibilidades del *koljós*, ya no sólo de cada campesino, de decidir qué producir y cómo vender todo lo que superaba el mínimo obligatorio fijado por los centros de abastecimiento; y desmanteló las SMT (es decir, los organismos estatales que tenían la propiedad de los medios mecánicos, se encargaban de su mantenimiento y administraban su utilización) transfiriendo la propiedad de la maquinaria a las cooperativas. Era una medida apreciada y radical, que tenía posibilidades de abrir un nuevo camino a la productividad y a la distribución de la renta, pero que, sin embargo, descuidaba todo aquello que debía ser su presupuesto, es decir, la experiencia empresarial desde abajo, la capacidad de reparar la maquinaria agrícola averiada o de comprar nuevos, suficientes y adecuados fertilizantes, la creación de redes eficaces para el transporte lejano, para la conservación de los productos, establecer mercados y precios para venderlos. De manera que a pesar de las grandes esperanzas, en este sector no se produjeron resultados brillantes o duraderos.

Más innovadora en las intenciones, y en este caso particular más generosa en los éxitos, fue la reforma de la escuela. Se financió y organizó un formidable crecimiento del acceso a la enseñanza, una segunda campaña de alfabetización a niveles superiores (en pocos años se triplicó el número de diplomados en la escuela obligatoria, y se elevó el número de estudiantes universitarios a más de dos millones por año). Sin embargo, sobre todo, por primera vez en el mundo, la nueva escuela experimentaba la idea de la conciliación entre escuela y trabajo, que no sólo iba a extender la instrucción prolongada también a los estratos sociales más humildes, sino a establecer la igualdad de oportunidades en el proceso formativo y fomentar la movilidad social hacia arriba, sin distinción de origen. Sólo que este aspecto más avanzado quedó sólo parcialmente puesto en práctica.

Ahora bien, antes y más importantes que todas estas reformas, sobre todo en la percepción del pueblo, creando aprobación y estimulando la participación, fueron algunas decisiones que hoy definiríamos como "estado social": aumento moderado pero constante del salario real, estancado desde hacía tiempo; reducción de la separación entre la renta de los obreros y la renta de los técnicos; mejoría de la cobertura sanitaria, aumento de las pensiones y de quienes tenían derecho a percibirlas. Esta fue la seña de identidad del sistema durante décadas.

En dos puntos, ya indicados, el impulso innovador se redujo a poco, o incluso se volvió desorientador. En primer lugar la persistencia de la interrelación sofocante entre Estado y partido, su poder directo y absoluto sobre la economía y sobre la sociedad y su carácter piramidal. El paso dado hacia adelante en el XX Congreso con el restablecimiento de la legalidad no se eliminó jamás, a pesar de alguna que otra arbitrariedad aislada. Sin embargo, los límites que marcaba la ley no eran muy generosos, los espacios de libertad de prensa y de palabra, y las posibilidades reales de influir en las decisiones eran escasas, o estaban concedidas caprichosamente desde arriba (como simbolizan, con signo opuesto, la publicación del libro de Solzhenitsin y la prohibición de la novela de Pasternak o la supresión de *Novi Mir*). En segundo lugar, la crisis de la ideología bajo la forma de una disociación. Por una parte la ideología oficial, el marxismo-leninismo, no casualmente adjudicada a Suslov, se volvía lentamente un simple catecismo, una demarcación con respecto a cada herejía incapaz de despertar pasiones en el pueblo y un obstáculo para la investigación de los intelectuales, un caparazón vacío. Por otra parte, este vacío lo llenaba una idea general que inspiraba Kruschev y que fue haciéndose cada vez más explícita. Es decir, la idea de que la com petencia entre socialismo y capitalismo se reducía a una carrera en los resultados económicos: el socialismo se habría cumplido finalmente y al comunismo se le abrirían las puertas cuando la Unión Soviética hubiese alcanzado y superado el nivel productivo de Estados Unidos. Una meta improbable, a pesar de que entonces muchos en Occidente se lo tomaron en serio y que, sobre todo, despojaba al marxismo de su fuerza motriz, la confianza en una sociedad cualitativamente diferente; perpetuaba el mayor error de Stalin, es decir, la autosuficiencia de la Revolución Rusa; y ofrecía una nueva y más pobre justificación al papel del Estado guía. Además, la definición del Estado monopartidista como Estado "de todo el pueblo" —que aparentemente pretendía atenuar la aspereza del término "dictadura del proletariado" y refutaba la teoría estaliniana del recrudecimiento de la lucha de clases, justificación de toda arbitrariedad— en realidad rechazaba reconocer las "contradicciones en el interior del pueblo" y por tanto todo conflicto social o cultural. En la versión kruscheviana, voluntariamente tosca: "el socialismo del gulas". Aquí nacían los presupuestos de la futura glaciación brezhneviana, es decir, de la sustitución, entre las masas, del hipersubjetivismo estaliniano por la apatía política e ideológica y, entre los dirigentes, el temor de las purgas por el cinismo burocrático. La parábola del kruschevismo, desde sus éxitos iniciales hasta su defenestración casi silenciosa en 1964, estaba pues ya escrita en sus propias premisas.

POLONIA O HUNGRÍA

No se puede concluir ni una historia ni un análisis de la *desestalinización* sin un apéndice dedicado a aquello que, inmediatamente después del XX congreso, sucedió en Europa oriental. Empleo el término *Europa oriental* porque los dos acontecimientos más dramáticos, la crisis polaca y la húngara, fueron los aspectos más vistosos de un problema más vasto que podía involucrar a una extensa área del mundo, y que asumió un papel simbólico durante la toda la Guerra Fría. La espada de la *Kominform*, en 1948, había liquidado de un solo golpe la tentativa de construcción gradual de una sociedad socialista en la forma original de las "democracias populares", que podía incluir el multipartidismo y la economía con dos sectores, de manera tal que las diferencias resultaban, más que reducidas, ferozmente canceladas. Todos eran estados integrados, en la política exterior y en la estructura económica, dentro del sistema soviético.

Es evidente el impacto que tenía que provocar el XX Congreso. La esperanza de reformas profundas, y de una renovación de los cuadros dirigentes era más que legítima e incontenible; satisfacerla, restaurando de golpe la situación precedente, no sólo era difícil, sino que probablemente, en la práctica, habría llevado a la restauración de regímenes anteriores a la guerra y a su integración dentro del bloque económico y militar atlántico. La cúpula soviética no supo o tal vez no quiso buscar una solución intermedia y gobernarla; los gobiernos locales, además de sentirse blanco obligado de cualquier renovación, estaban aturdidos por el XX Congreso. El giro podía partir tan sólo de una protesta desde abajo, espontánea, carente de líder y programas definidos.

Comenzó en Polonia, prosiguió en Hungría. De todos modos, asimilar ambos hechos es completamente abusivo. No sólo fue distinta la conclusión, fueron diferentes sus presupuestos, la dinámica, los sujetos que participaron, los objetivos y, por último, también la situación internacional del momento. Al final de la guerra Polonia había sido el país en el que era más difícil asegurar un gobierno. Había opuesto a Hitler una resistencia heroica, trágicamente reprimida, pero dividida. La animaba un antiguo y frustrado orgullo nacional, porque había estado aprisionada durante siglos entre dos imperios grandes y arrogantes. Detestaba, más que a los comunistas, a los rusos, que antes de liberarla habían aceptado su repartición, pero odiaban aún más a los alemanes porque la habían invadido y masacrado. Un componente del espíritu nacional era la identidad católica, aprisionada entre el protestantismo y la iglesia ortodoxa. El partido comunista era por tanto minoritario, pero había incorporado el orgullo nacional y echado raíces entre los obreros y entre los campesinos pobres, a quienes había otorgado las tierras abandonadas por los alemanes fugitivos, y tenía un líder reconocido y fuerte que, no por casualidad, en tiempos de la *Kominform* había sido encarcelado.

La revuelta polaca comenzó el 28 de junio de 1956, en un centro pequeño, bajo forma de una huelga obrera por reivindicaciones salariales, y cuando tomó carácter político la policía la reprimió dejando 28 muertos. Pocas semanas después, en el proceso en contra de sus promotores, se filtró la intención del gobierno de no actuar drásticamente, los jueces reconocieron como fundados los motivos de la huelga y las condenas fueron bastante leves. Así y todo, esto no era suficiente. De hecho, poco después la protesta reapareció en Varsovia y esta vez fue abiertamente política. El poder, a fin de abrir el diálogo, excarceló a Gomulka y lo readmitió en el Comité Central, pero el movimiento continuó con las protestas. El Buró Político de Moscú, casi entero, se dirigió entonces a Varsovia, con la intención de prometer, o de imponer, la intervención del Ejército Rojo. A su llegada se encontró con que el Comité Central había elegido a Gomulka, por unanimidad, secretario del partido. Se abrió entonces una dura negociación que duró toda una noche, Gomulka resistió con ímpetu, los soviéticos se dejaron convencer y se llegó a un compromiso. Kruschev reconocía la plena independencia nacional de Polonia, la autonomía del partido para definir un camino propio hacia el socialismo, la destitución de Rokossovski (de nacionalidad polaca pero general ruso) de la comandancia del Ejército. Gomulka, a su vez, confirmó su empeño de mantener en Polonia el carácter de una sociedad socialista y la fidelidad al Pacto de Varsovia. Contribuyeron al restablecimiento del orden, de inmediato, algunas medidas económicas de mejora de los salarios y la revisión del plan de inversiones para apoyar un aumento del consumo. Una contribución definitiva la aportó la "invitación a la calma" del cardenal Wyszynski, que se había recluido en un monasterio hacía tiempo en señal de protesta, quien volvió a su puesto y acordó con el Vaticano un *miniconcordato* en el que se reconocía la libertad religiosa, la escuela pública laica, aunque con instrucción religiosa a quien la requiriera. Todo concluyó con elecciones monopartidistas pero con pluralidad de candidatos, que sin coerciones, como todos reconocieron, llevó al 98% de la población a las urnas. Un resultado positivo y sorprendente, aun estando dentro de los límites de un compromiso.

El acontecimiento polaco dio alas inmediatamente a los húngaros. Con todo, allí los presupuestos eran distintos. Hungría había sido gobernada durante veinte años por un almirante fascista, después de que una revolución improvisada hubiera naufragado en sangre. Había estado al lado de los nazis hasta el último momento, el fuerte nacionalismo había sido históricamente guiado por la aristocracia, y usado para asegurarle su estatus en el imperio austrohúngaro, la intelectualidad era muy brillante, cosmopolita y de orientación liberal, la propiedad de la tierra era principalmente parasitaria, parte de los campesinos estaban ligados a una iglesia particularmente reaccionaria, puesto que era propietaria de grandes feu-

dos ahora expropiados, las empresas industriales habían estado durante mucho tiempo en manos de los alemanes, ahora fugitivos o expulsados. El Ejército Rojo había llegado no como liberador, sino como ejército victorioso y como tal se había comportado; el Partido Comunista era por lo tanto débil (el 14% de votos en las primeras elecciones libres) y su grupo dirigente estaba crónicamente dividido. Tras la eliminación de Rajk, había tomado el poder Rákosi, hombre ligado a Beria y jefe en la práctica de una policía secreta (la AVO) que utilizaba con mano dura. Malenkov lo había reemplazado por Nagy, hombre más abierto, pero de no mucha energía ni perspicacia, y Kruschev, en 1955, mientras se preparaba para el XX Congreso, cometiendo un error incomprensible le había permitido a Rákosi volver a tomar el mando.

Los acontecimientos polacos encendieron los ánimos, pero sin ofrecer una orientación y sin encontrar quien la gestionara. La primera señal de protesta partió de la Universidad, básicamente de los educadores e intelectuales en la línea de Gomulka. Sin embargo, ya a partir del día siguiente los estudiantes tomaron las riendas, elevaron el blanco de los objetivos (Nagy al poder, desmantelamiento de la policía política, mayor libertad de expresión) y, lo más importante, convocaron para el 23 de octubre una manifestación para la que pedían, en pequeñas asambleas callejeras y a través de octavillas, la presencia de los obreros. Comenzaba rápidamente una verdadera revuelta, pero con niveles diferentes, no muy fácil de reconstruir en modo objetivo. En efecto, las narraciones son muy ricas, bastante numerosas y muy a menudo contradictorias. Tal vez la información más completa y verosímil se puede encontrar en la prensa estadounidense, obviamente presente desde el inicio dados sus medios, y con un mayor número de enviados, y en algunas obras de historiadores, que han tamizado y reconstruido lo sucedido. Utilizaré primordialmente estos materiales, sin descuidar las relaciones de periodistas apasionados y valientes que, poco a poco "corrieron al frente" desde Italia.

El 23 de octubre la manifestación convocada por los estudiantes, inicialmente prohibida y luego "vigilada", tuvo de inmediato carácter de masa, sobre todo jóvenes y cadetes, pero los obreros no estaban presentes todavía. Partiendo del monumento a József Bem, se dirigió hacia el Parlamento y hacia la radio, que rechazó comunicar las peticiones que se hacían, mientras que Gero, el nuevo secretario del partido que había remplazado apresuradamente a Rákosi, aunque era una contrafigura suya, pronunció un discurso arrogante e intimidatorio que exacerbó los ánimos. En ese momento más de doscientas mil personas llenaban las calles. Comenzaron trifulcas aisladas, se derribó la estatua de Stalin, se lanzaron petardos, corrió de inmediato la voz acerca de un muerto indeterminado y hubo un intento de tomar la radio. Al ejército y a la policía que estaba sobre el terreno le llegó la orden, no se sabe de quién ni de dónde, de emplear las

armas. La policía política las utilizó, provocando las primeras víctimas, pero gran parte del ejército rehusó hacerlo, e incluso algunos destacamentos entregaron armas a los jóvenes. Los incidentes se encresparon y desde las fábricas, en particular de la Cespal, la más importante, llegaron los obreros en camiones. Era ya una verdadera revuelta, en la que poco a poco se introducía la "vieja banda reaccionaria" de la capital. Durante la noche Gero cometió dos errores graves: pidió ayuda a Timonov, comandante de las tropas soviéticas presentes en Hungría, y simultáneamente nombró primer ministro a Nagy, sin comunicarlo al país e impidiéndole decir que no había sido él quien había llamado a esas tropas. Los tanques soviéticos llegaron a Budapest. Y simultáneamente llegaron Suslov y Mikoyan que, al no entender el sentido de una intervención que agravaba la situación sin resolverla, exoneraron a Gero y lo enviaron a Moscú. En efecto, aquellos carros de combate, bien por orden de quién sabe quién, o bien porque así lo querían, permanecieron inactivos, es más, a veces los soldados charlaban desde las torretas con los revoltosos. El salto a la violencia en la confusión tuvo lugar la mañana del 25 de octubre, cuando fuertes destacamentos de la policía política dispararon ráfagas desde los tejados sobre la plaza del Parlamento, abarrotada de manifestantes mezclados con los carros de combate soviéticos, sobre los que había banderas húngaras extendidas, provocando centenares de muertos. Los tanques soviéticos, convencidos de que estaban siendo atacados por los contrarrevolucionarios, dispararon a los tejados para silenciar a los policías atacantes. Mientras la revuelta rompía las barreras muchos de los carros soviéticos eran incendiados, los soldados no sabían qué hacer, comenzaba la caza aislada al comunista, asaltos a las sedes de los partidos; la búsqueda de un pacto y la posibilidad de imponerlo, en lugar de concretarse, acababa en nada. Así, en un extremo pero tardío intento, los soviéticos emitieron, el 30 de octubre desde Moscú, un comunicado que era aún más permisivo con respecto a la cuestión de la independencia de lo que era el texto firmado por Gomulka, y para conferirle respaldo y solemnidad, obtuvieron la firma de los chinos. En el documento se preveía también la retirada definitiva de todas las tropas extranjeras de Hungría y de cualquier otro país que lo quisiera. Más tarde llegaría a saberse que dicho comunicado se votó con un pequeño margen de mayoría en el Buró Político en Moscú, pero sólo gracias a los votos adicionales de Zukov y Konev, respectivamente ministro de Defensa y comandante en jefe del pacto de Varsovia. Con todo, en ese momento ya no había interlocutor que pudiese detener la espontaneidad de la insurrección, que poco a poco cambiaba sus propios objetivos y dirigentes: se pedía ya mayoritariamente la salida del pacto de Varsovia, elecciones inmediatas y nueva constitución; el cardenal Mindszenty invitaba a derrocar el comunismo en todas partes y decidía fundar de inmediato un partido católico; el comandante de la "guardia Nacional", consejero militar

de Nagy, se convirtió en un general del Estado mayor de Horthy; la voz de Estados Unidos lanzaba llamadas acuciantes a la revuelta en todos los países del Este y prometía un apoyo que no llegaría jamás. Nagy lo dudó largo tiempo, luego acogió gran parte de estas peticiones, comprendida la del retorno al multipartidismo y la libertad de establecer alianzas internacionales. Se abrió así un dilema, mucho más allá del punto de partida, y dramático: abandonar a Hungría a su destino, dirigido ya hacia Occidente, y con la fuerte probabilidad de que la imitaran otros estados semejantes, como Checoslovaquia o Rumanía, o invadirla y pagar un precio aún más alto. La segunda opción ganaba terreno, pero no se había cumplido aún a las dos y media del 30 de octubre; a las cuatro llegó el anuncio de la ocupación anglo-francoisraelí del canal del Suez.

En este momento la partida cambiaba las reglas y la apuesta. Ya no estaba en juego Hungría, sino el entero equilibrio mundial, el vencedor o el vencido de la "Nueva Guerra Fría", el derrocamiento de Kruschev. Y de hecho, consultados o por propia iniciativa, todos los países comunistas, China y Yugoslavia incluidas, propugnaban una solución drástica. Y fue drástica: contra una resistencia desesperada que los estadounidenses, después de haberla invocado, evitaron apoyar y que concluyó con un millar de muertos, no solamente húngaros. Se convenció inmediatamente a ingleses, franceses e israelíes de que regresaran a casa.

¿Era obligatorio que todo acabara así? Al contrario: fue la conclusión inevitable de una serie de errores colosales de los comunistas, tanto en Budapest como en Moscú, así como de hipocresías contrapuestas. Mi tesis (tal como habrían de confirmarlo los hechos posteriores) es que los acontecimientos húngaros de 1956 marcaron un trágico y costoso compás de espera, pero no el fin de la tendencia a la distensión, que aún duraría. Polonia definió mejor su valor y sus límites, de hecho Kadar, que recibió en Budapest la dura herencia, se movió siguiendo sustancialmente los pasos de Gomulka durante años.

Recuerdo un encuentro directo y discreto que tuve con él, acompañando a Emanuele Macaluso. Recuerdo ante todo su fascinante cara, severa y trágica, espejo de una vida que lo había llevado a la cárcel por obra de sus compañeros y lo obligaba, además, a reparar los daños de un drama al que era ajeno. Estábamos ahí hablando porque, en el sesenta y tres, queríamos evitar una asamblea mundial de los partidos comunistas, la cual debía excomulgar a China (nuevo trauma) y sabíamos que tampoco Kadar quería que eso sucediese. Nos respondió que consideraba inoportuna dicha conferencia, pero que no podía rechazarla. Y cuando preguntamos por qué, su brazo derecho, director del diario del partido, nos respondió así: "Aquí entre nosotros se dice que, si abrochando el chaleco te equivocas de ojal, el modo más simple y rápido de remediarlo consiste en comenzar desde el principio, pero nosotros no estamos en disposición de hacerlo".

[Capítulo VI]

EL PCI EN LA *DESESTALINIZACIÓN*

Los primeros indicios de cambio de rumbo en la política soviética, y de una aspereza menor de la Guerra Fría, a partir de 1952, y sobre todo después de la muerte de Stalin, abrieron un mayor espacio al PCI; la lucha que acabó en victoria contra la "ley estafa" habría debido animarlo a utilizarlo cuanto antes. El camino que emprendió con el giro de Salerno no sólo podía ser confirmado más nítidamente, sino que podía ser desarrollado y precisado. No puede negarse en cambio que el PCI, y el mismo Togliatti, aún advirtiendo la importancia del proceso que se había iniciado, en lugar de intervenir activamente y ponerse en la vanguardia, lo seguía con un poco de pasividad y a veces con algo de incertidumbre. Al menos hasta el desgarro de 1956.

Cuando digo *incertidumbre*, me refiero sobre todo a la política interior, es decir, al modo en que intervino en una crisis, confusa pero real, que se había abierto en las fuerzas de gobierno: tantos meses perdidos poniendo en primer plano "el caso Montesi"[23]; concesiones hechas al pésimo gobierno Pella y de inmediato retiradas justamente; la actitud oscilante asumida con respecto a los indicios de una "apertura hacia la izquierda"; la sobrevaloración de la elección de Gronchi y en cambio la indiferencia hacia la nueva izquierda democristiana, inicialmente

23 Wilma Montesi fue asesinada el 9 de abril de 1953. Inicialmente la policía declaró que la muerte de la muchacha había sido suicidio o accidente, pero las investigaciones periodísticas demostraron que había sido asesinada, probablemente por personas relacionadas con el poder (N. de T.).

diferente del fanfanismo[24], hacia las primeras iniciativas de Mattei, de Saraceno, de la Svimez, hacia algunas minorías católicas que, fuera del partido y de la jerarquía anticipaban la inspiración del papado de Juan XXIII.

Cuando digo en cambio *inmovilismo*, me refiero a tres hechos más tangibles, que ofrecían una verdadera oportunidad de debate y renovación y en cambio se afrontaron con demasiada prudencia. La iniciativa de Kruschev, su autocrítica con respecto a la condena de Tito, habría permitido también al PCI no sólo una autocrítica de aquella excomunión, compartida por todos, sino una autocrítica general de la reunión de Breslavia, en la que él mismo había estado en el banquillo de los acusados. Todo ello se evitó. La derrota en la Fiat de 1954 habría podido animar, además, una nueva búsqueda y una nueva iniciativa acerca de los procesos ya en marcha de las tecnologías y de la organización del trabajo, pero en cambio se interpretó, al menos al inicio, como pura consecuencia de la represión vallettiana[25]. Por último, la sustitución de Secchia en la comisión de organización, surgida de una divergencia real, y que como tal tenía que ser explicada en alguna medida, se redujo, por el contrario, al triste caso Seniga[26], que también se mantuvo en secreto: de manera que hasta el VII Congreso la reorganización de los cuadros dirigentes quedó sustancialmente bloqueada, y los métodos de gestión del partido se hicieron sólo un poco más elásticos y tolerantes.

Sería poco generoso no ver que tal situación nacía también de razones objetivas. En Italia la nueva Guerra Fría se arrastró durante más tiempo y, en 1954-1955, incluso se reavivaron sus llamas. El nuevo gobierno Scelba-Saragat reanudó la práctica de la represión policial (el mismo día de su nacimiento hubo cuatro muertos durante una manifestación en Mussomeli) y se añadió por ley la exclusión de los comunistas de los puestos relevantes de la administración pública; los despidos y los castigos en las fábricas por razones políticas se volvieron sistemáticos; la censura directa o velada en perjuicio de la actividad cultural se hizo más apremiante; una primera y aún limitada oleada de ofrecimiento

24 *Fanfanismo*, la pálida versión italiana del Gaullismo (del político italiano Amintore Fanfani, 1908-1999, democristiano cinco veces primer ministro de la República) (N. de T.).

25 Vittorio Valletta (1883-1967) ejecutivo italiano vinculado a la dirección y a la presidencia de la Fiat entre 1921 y 1966 (N. de T.).

26 Giulio Seniga, hombre de confianza de Secchia, antiguo partisano conocido como Nino, discrepó tanto de Togliatti, al que reprochaba tratar de convertir al PCI en un partido simplemente democrático, como finalmente del propio Secchia, que quería mantener una estructura paramilitar atenta a una posible insurrección obrera. Seniga, atrapado en esa coyuntura, optó por fugarse habiéndose apoderado de dinero y documentos secretos del partido (N. de T.).

de trabajo en la industria fue políticamente discriminatoria; las graves discrepancias entre las confederaciones, y la influencia de la Coldiretti y de la *Federconsorzi*[27] acentuaban las dificultades de las luchas sociales. En fin, había crecido, en lugar de atenuarse, la intervención directa de la embajada estadounidense: la idea de una eventual extensión de la alianza de gobierno con el Partido socialista se veía con preocupación y exigía todavía más discriminación hacia los comunistas.

Había también factores subjetivos que contribuían a la obstaculización de la reforma. Los años duros habían dejado una huella, el Partido se había encerrado en sí mismo y el endurecimiento ideológico llevaba a buscar, paradójicamente, una salida más en términos de maniobra política en la cumbre y en el Parlamento que en términos de extensión de los interlocutores sociales y culturales. El PCI llegaba pues a la intemperie de 1956 en condiciones poco favorables.

TOGLIATTI Y EL *INFORME SECRETO*

Sin embargo, el "partido nuevo" de Togliatti se había adelantado a muchas de las novedades que surgirían más claramente en 1956 durante el XX Congreso y, gracias a lo que he definido como "limitación de daños", había mantenido vivos en sus cromosomas la idea de evitar la guerra, la existencia de múltiples caminos hacia el socialismo (incluida la "vía democrática"), la necesidad de superar la guerra fría y de alcanzar amplias alianzas, una mayor autonomía en la cultura y el arte, una planificación económica menos rígida y centralizada. Ver todo ello legitimado finalmente por la Unión Soviética y confirmado por algún hecho, sobre todo por los éxitos de las luchas anticolonialistas y por el recuperado equilibrio militar, constituía una gran satisfacción y una gran esperanza. Y a la larga primó este elemento.

No se puede decir lo mismo del *Informe secreto*. Es más, en este terreno el PCI, desde todos los puntos de vista, estaba más expuesto que otros. Era un partido de masas que chocaba con otro gran partido de masas, la DC, que controlaba todos los medios de comunicación; y estaba articulado como "partido del pueblo" y como "partido de cuadros", cuyo elemento aglutinante era una férrea fe común. Tal fe le había permitido resistir a la incesante presión del adversario, ampliar el proselitismo incluso en momentos de reflujo del movimiento de masas, sobrellevar persecuciones y sacrificios, hacer prevalecer la unidad por encima de la competencia con el aliado socialista (que mostraba ya algún resquebrajamiento), una fe que, además, se fundaba sobre la memoria de la lucha antifascista y sobre la confianza en la Unión Sovié-

27 Organizaciones agrícolas (N. de T.).

tica personificada en su jefe, Stalin. La demolición imprevista de Stalin abría por tanto una profunda laceración en el corazón y en el cerebro de todos los militantes. No sólo, ni quizá sobre todo, por las cosas que se revelaban, algunas amortiguadas por la incredulidad, otras adscritas a la necesidad de la historia, sino porque las revelaba el mismo partido soviético en persona, con brutalidad y sin ninguna explicación.

Lo que explica que, mucho más que por el temor a ser involucrado como corresponsable, o que por el fastidio producido por la ordinariez del lenguaje kruscheviano, la inicial hostilidad, mal disimulada, de Togliatti hacia el *Informe secreto* evidenciaba una preocupación por el predecible sufrimiento y por la desorientación del partido, además de la ingenuidad, sorprendente en él, con la que se ilusionó creyendo salvar el escollo callando el hecho o poniendo en duda la credibilidad de las versiones que durante algunos meses, poco a poco, se iban filtrando del texto.

No trasladó nada del *Informe secreto* a la dirección del partido, y parece que ni siquiera a la propia Secretaría; tampoco lo hizo durante el posterior informe al Comité Central del 13 de marzo, dedicado al XX Congreso. Cuando los primeros fragmentos habían aparecido en el *New York Times*, y no habían sido desmentidos, Togliatti los definió como "una maniobra bastante grosera" de "monos aulladores". Durante el Consejo Nacional del 3 de abril, en plena preparación de las siguientes elecciones administrativas, le dedicó un espacio discreto al XX Congreso para esquivar la "papa caliente"; ello provocó una evidente incomodidad en la asamblea e incitó a Améndola y a Pajetta a intervenir con tonos explícitamente distintos, para insistir en la exigencia de una profunda renovación; con todo, en las conclusiones, mediante un llamamiento a todo lo que "Stalin había hecho bien, a pesar de ciertos errores", se arrancó a la sala una ovación que reflejaba el atormentado estado de ánimo del partido.

Esta obstinada reticencia sirvió quizá para mantener mínimo el retroceso electoral (-0,8%), concentrado en las grandes ciudades del norte y en los barrios populares, lo que indicaba en qué medida el disenso, la hemorragia más importante, surgía más en contra de la liquidación de Stalin que a favor de su profundización. A pesar de todo, cuando el texto íntegro se publicó en Estados Unidos y luego en Francia, es decir, a comienzos de junio, Togliatti, a diferencia de Thorez, no insistió más en ignorarlo: por el contrario cogió el toro por los cuernos y sin ningún debate previo en la Dirección, publicó una larga entrevista en *Nuovi Argomenti* dedicada por completo al tema de la «*desestalinización*». Si se relee la entrevista prescindiendo de su contexto, los interlocutores principales a quienes se dirigía —es decir, el partido y sus dificultades, con el ataque del adversario que pretendía liquidar con

Stalin a toda la Revolución rusa— se puede fácilmente disminuir su valor. Lo que se decía en aquella entrevista no era del todo nuevo (salvo un punto); la profundización histórica cuya urgencia se afirmaba omitía algunos temas candentes, la coherencia del razonamiento a menudo no era impecable ni en su lógica interna ni en relación a los hechos a los que se aplicaba. Con todo, dada la situación, creo aún hoy que esa entrevista es una obra maestra de la política. La entrevista comienza, y al final concluye, con un postulado, es decir, con una afirmación que no tiene necesidad de demostración porque se ofrece como evidencia. El postulado era que los errores de Stalin, sea como fuere que se los quiera juzgar y enumerar, no le han impedido a la Revolución rusa sentar las bases de una nueva sociedad socialista, ni frustrar su impulso. Esta sociedad, no obstante el extremo atraso del que partía, los 18 años sobre 40 de vida perdidos en la guerra y en la reconstrucción, no obstante el aislamiento y la permanente amenaza que la presionaban, en pocas décadas logró crear un sistema productivo moderno y dinámico, alfabetizó un país entero, unió etnias distintas del viejo imperio, venció una agresión trágica, creó una élite científica de alto nivel, obtuvo una gran aceptación popular, una participación política apasionada, y se extendió, en fin, a otros países, creando un nuevo equilibrio mundial. Todo esto está ante la mirada de cualquiera y persiste. Los errores, incluidos abusos y delitos, pueden haber frenado o desviado en ciertos casos el proceso, pero no lo han interrumpido ni desnaturalizado. Y la propia autocrítica, si bien es discutible en alguno de sus aspectos, es testimonio, más que de una crisis, del vigor alcanzado y contribuyó a su ulterior desarrollo.

El postulado, en sí mismo, tranquilizaba a la gran mayoría de los militantes, e incluso al grupo dirigente soviético; podía ser criticado, pero no completamente negado por los adversarios que fueran honestos; permitía una discusión seria en lugar de desorientación y riñas. La entrevista en su conjunto aportaba argumentos nuevos a esta discusión, tratando de orientarla sin sofocarla. Me parece útil recordar algunos puntos, sin omitir algunas debilidades.

1) Por fin Togliatti admitía el *Informe secreto*, sin tratar de esconder la gravedad de lo que en éste se revelaba: no sólo errores graves, sino también abusos y crueldades de los que Stalin había sido el principal responsable durante mucho tiempo y que no estaban impuestos por necesidades objetivas, sino que habían comportado daños innecesarios. Antes bien, después de tanta reticencia, Togliatti iba más allá de la simple admisión. “No se puede atribuir todo al 'culto de la personalidad` y luego reproducirlo al revés: atribuir la culpa de todo a Stalin después de haberle atribuido todos los aciertos”. Sin atenuar las críticas era necesario saber cómo y dónde tales desviaciones habían tenido origen

y porqué habían durado tanto, era necesario un análisis histórico más profundo y ecuánime. Así respondía Togliatti ante la inquietud de los militantes, que no querían tirar a la basura una confianza a la que le habían concedido tanto, y hacía también una crítica a Kruschev, la cual no podía rechazar porque también en el interior de la Unión Soviética, y aún más los partidos chino y yugoslavo, la exigían.

2) Togliatti mismo adelantaba esta reflexión histórica, violando el tabú que imponía limitar la crítica en contra de Stalin a los hechos de finales de los años treinta. En efecto, señalaba como origen del "estalinismo" algunos errores cometidos durante los años veinte, como por ejemplo las modificaciones hechas en la gestión de la cúpula del partido, o también el carácter demasiado expeditivo de la decisión, si bien justa, de la colectivización agrícola. Establecía también una ulterior distinción entre las ilegalidades cometidas en 1938-1939, en el contexto de una lucha sin cuartel contra el peligro real de subversión y terrorismo, y los abusos cometidos durante la segunda posguerra sin justificación ni criterio. Citaba incluso grandes cambios positivos que el mismo Stalin había promovido, como el del VII Congreso, e incluso grandes resultados logrados bajo su liderazgo, como la guerra victoriosa y la heroica movilización de masas que la había hecho posible. Sin embargo, omitía citar el giro de la *Kominform* y su eco en el PCI.

3) Sin embargo, en otro apartado importante de la entrevista, la omisión se convertía en contradicción: el problema de la democracia. Togliatti se empeñaba en poner de relieve, más de lo que había hecho años atrás, el carácter limitado y formal de las instituciones políticas clásicamente parlamentarias. Y para contraponer la superioridad de la "democracia socialista" sin provocar desmentidos demasiado fáciles redefinía el concepto de "dictadura del proletariado" trayendo a la memoria al Lenin de *El Estado y la Revolución* (la democracia fundada en los soviets) muy diferente al del opúsculo de *La revolución proletaria y el renegado Kautsky.* No era una novedad de poca importancia, que daba al concepto de "vía democrática" una cualificación más avanzada y encontraba ecos positivos a su derecha y a su izquierda. Sin embargo, ¿podía afirmarse con credibilidad que en la Unión Soviética el poder estaba sustancialmente en manos de los soviets?

4) En un pasaje importante de la argumentación se reproducía una contradicción análoga. Allí donde Togliatti afirmaba valientemente que los errores del pasado no se pueden atribuir tan sólo a la esfera política, que tenían que verse necesariamente también como causa y efecto de algunos fenómenos de "degeneración" parcial en algunos aspectos de

la sociedad (burocratización de algunos sectores de la administración, mortificación de las masas en una parte de la economía). No hay duda, en efecto, de que esta afirmación resultaba persuasiva, para el partido y para muchos otros, porque aún más que una recriminación, hacía aparecer una voluntad reformadora auténtica. Sin embargo, difícilmente podía ser aceptada por los soviéticos, quienes, de hecho, dirigieron una fuerte crítica en contra de ese pasaje, centrada particularmente en el uso del término "degeneración", de vaga resonancia trotskista, la cual no hizo daño. Más bien hay que subrayar que dicha afirmación no conciliaba bien con otra que la seguía: "Nuestra reflexión crítica atañe a instituciones y comportamientos de la política (la superestructura), no al sistema social (que ha sido y es plena y coherentemente socialista)".

5) Surgía, con todo, una pregunta ulterior. ¿Si los errores de Stalin se distribuían a lo largo del tiempo, y durante la última fase eran más evidentes y más nocivos, porqué no fueron admitidos y eliminados antes? A esta pregunta Togliatti respondía de manera eficaz. Antes de su muerte, desbancar a Stalin de su cargo no era solamente peligroso para quien lo intentara, sino que habría logrado un resultado opuesto al que se proponía. Tan fuerte era, de hecho, no sólo su autoridad, sino su prestigio en el seno del pueblo, que una iniciativa tal habría ocasionado no una corrección, sino un combate y una crisis en toda la sociedad. También después de su muerte era forzoso comenzar por una corrección de los hechos y verificar una convergencia sólida en el nuevo grupo dirigente colegiado. Después, era necesaria una sacudida, y tenía que ser traumática, para desmantelar un modo de pensar y de actuar enraizado ya en todas las instancias del poder. El mismo Togliatti se preguntaba: ¿Si el núcleo del problema era el "culto a la personalidad", no se habría primero podido moderar los tonos de la apología, frenar algunas manifestaciones? Aun así reconducía la responsabilidad de la respuesta "a los dirigentes soviéticos, que conocían mejor las cosas". En cambio evitaba hacerse esa pregunta y a su partido que, por ejemplo acerca de la ruptura con Tito, o de los procesos sumarios, no habían mostrado moderación ni manifestado perplejidad alguna.

6) La conclusión de la entrevista, a propósito de las relaciones entre los partidos comunistas, y del papel de guía de la Unión Soviética tras el XX Congreso, contienen quizá el punto de innovación más avanzado y fructífero. Togliatti no se limitaba a resaltar el principio ya poseído de la independencia de cada partido comunista, de la "unidad en la diversidad", entre múltiples caminos hacia el socialismo. Proporcionaba a este principio una base más sólida y

un mayor alcance. La extensión del campo socialista a muchos países, en diferentes regiones del mundo hacía no sólo de la autonomía una condición indispensable para salvaguardar la unidad, sino que permitía utilizar la diversidad, ligada a diferentes historias, estratificaciones sociales, múltiples tradiciones, como recurso para el enriquecimiento y el desarrollo de todo el movimiento. No se trataba de maneras diferentes para llegar a una meta preestablecida, sino de una manera de definir mejor y de trasladar más allá a la meta misma. Por esto, más allá de la definición de "vías nacionales" o de "partidos nacionales", introducía el término de "policentrismo".

Desgraciadamente, ni la situación histórica ni el nivel de elaboración permitían, sin embargo, definir bien aún a los sujetos de tal policentrismo. Mucho menos decir cómo, cuánto o porqué cada uno de ellos —los países comunistas, el Tercer Mundo, Occidente— pudiera contribuir a este crecimiento polifónico. Y el énfasis se quedó así durante mucho tiempo, y no trató de desarrollarse su sentido antes de que fuese demasiado tarde.

En suma, toda la entrevista es un ejemplo de cómo se puede superar una situación de dificultad y congojas no mediante una simple mediación, sino con un valiente paso hacia delante. De hecho, el PCI, en su conjunto, tanto en la base como en la cúpula, aunque las heridas no estaban todavía cicatrizadas, se reconoció en este planteamiento; las críticas de Kruschev a lo largo de la entrevista fueron marginales, más bien resultaron equilibradas por el reconocimiento del "gran" aporte que la entrevista brindaba; interlocutores o adversarios manifestaban sus desacuerdos, pero con respeto.

A mediados del año la situación había, pues, cambiado, la discusión no estaba agotada, sino que era constructiva, a lo sumo el centro de la divergencia, también para las minorías, se trasladaba a otro terreno, más fructífero: desde el *Informe secreto* hasta lo que el partido comunista italiano había hecho y tenía que hacer para renovarse también. Hay que reconocerle el mérito a Togliatti, porque si se releen íntegramente las actas de la dirección —a las que por otra parte, por experiencia, no doy un gran crédito— uno se sorprende de la mediocridad, del carácter reticente y excluyente del debate colegiado durante aquellos meses.

LA SEGUNDA TEMPESTAD

Fue, sin embargo, una calma precaria entre dos tormentas. Así como en el primer caso había sido el *Informe secreto* lo que hizo subir la marea, en el segundo fueron los acontecimientos polacos y húngaros, con olas no menos altas, aunque esta vez el asunto concernía más a los grupos dirigentes y a su relación con los intelectuales y con otros partidos que

a las masas populares.

En esta periodización no sé francamente dónde ubicar un hecho indudablemente relevante para el PCI y para la política italiana, es decir, el fin de la unidad de acción entre comunistas y socialistas. Se me hace difícil hacerlo, pero hago alusión de ello aquí, porque, a diferencia de lo que todos piensan y dicen, tal ruptura tuvo inicio antes del XX Congreso, creció gradualmente durante los años sucesivos pero en relación a las cuestiones de gobierno, y sólo en 1956 encontró la ocasión de expresarse de modo clamoroso durante el encuentro de Pralognan entre Nenni y Saragat a propósito de la unificación entre ellos, que tardó diez años y que duró aún menos. Ilumina la cuestión el hecho de que dicho encuentro se produjo antes de la crisis de Hungría y de la invasión soviética, y no como consecuencia de ella.

A propósito de los acontecimientos polaco y húngaro, de los que ya he tratado, queda por discutir de qué manera se reflejaron en y dentro del PCI. Que no es poco decir, porque en Italia tales sucesos no sólo encendieron debates y pasiones, sino que perduran, todavía aun hoy en día, grabados en la memoria a lo largo del tiempo, como el fenómeno capital de la segunda mitad del siglo, la gran ocasión que entonces, al rechazar una ruptura con la URSS, el PCI perdió para desbloquear la democracia italiana, evitar la perenne *conventio ad excludendum*[28], formar una gran fuerza socialdemócrata capaz de arrebatar el gobierno del país de las manos del monopolio democristiano.

Yo, a pesar de que he sido suspendido junto con otros del PCI, muchos años después, no sólo pero sobre todo por lo que había escrito acerca de la invasión de Praga y acerca de la imposibilidad de la reforma de la autocracia soviética, estoy en desacuerdo por completo con esta posición, antes bien, la considero un problema a resolver en la reconstrucción de la historia del PCI y de la política italiana.

Me cuidaré claramente de negar que ante dicha revuelta en Europa central los comunistas, y en modo particular sus dirigentes, Togliatti incluido, hayan entendido poco de lo que pasaba, asumido posturas equivocadas y mal motivadas, y que se hayan padecido, por tanto, consecuencias negativas relevantes. En este caso es apropiado aplicar la célebre máxima de Fouché, hombre cínico pero agudo político: "Esto es peor que un crimen, es un error".

¿Qué error? La raíz del error estaba, creo, en la vieja costumbre de navegar a ojo, empleando como brújula principios muy abstractos y la disciplina hacia la autoridad superior a la cual correspondía tomar

28 "Acuerdo para excluir". Locución latina con la que se define un acuerdo explícito o tácito que excluye a una tercera fuerza política del diálogo entre partidos y de la posibilidad de acceso a las actividades de gobierno (N. de T.).

las decisiones de mayor envergadura. Además de la consiguiente dificultad de ejercitar realmente una autonomía conquistada hacía poco. Es fácil decir, tal como se dijo, "estamos de una parte y nos quedamos en la barricada también cuando ella se equivoca"; ya lo había dicho Turati: estoy con el partido incluso cuando no tiene razón. Ahora bien, ¿cuál era la parte que había que sostener? Es obvio: el movimiento comunista en una situación delicada de transición y presionado todavía por la Guerra Fría. Aun y así, cuando en esa determinada parte se establece una situación de crisis confusa e incierta, en un punto determinado y lejano pero de gran valor estratégico, ¿cómo defiendo la barricada y cómo puedo ayudar a resolver esa crisis y a reforzar mi parte? Existen muchas maneras de estar en una barricada, incluso si estás dispuesto a disparar y rechazas toda deserción: puedes cambiar los jefes, puedes poner más atrás la barricada o hacer una salida de ella, puedes buscar una tregua, puedes transmitir mensajes para hacer que otros acudan. Y si estás lejos puedes enviar ayuda, favorecer un buen compromiso o simplemente salvar el resto del frente. De todas formas, para escoger entra tantas posibilidades y actuar, no son suficientes las arengas de solidaridad o las condenas apresuradas. Es esencial saber decir, o al menos decirse, la verdad de los hechos, prever su probable dinámica, valorar las consecuencias, considerando también el contexto en el que el conflicto se sitúa. Y comunicar en la medida apropiada tales verdades a las masas de las que buscas apoyo y que asumes la responsabilidad de dirigir. Quizá ésta es la mayor diferencia de Lenin con Stalin y con muchos otros políticos antes y después de él.

No obstante, es precisamente esto lo que, en aquellas semanas cruciales, el PCI no supo hacer, llevando a cabo una serie de meteduras de pata al sacar conclusiones equivocadas en el contenido y en los tiempos. El primer desacierto fue el de atribuir el origen, la evolución, en alguna medida el resultado de los acontecimientos polaco y húngaro, al sólo hecho de que de cualquier modo se trataba de revueltas, inaceptables en cuanto tales, en contra de un gobierno socialista, más allá de sus errores. La huelga y la manifestación de Potsdam eran una protesta obrera que reivindicaba un salario más equitativo, el derecho a la huelga, la rectificación de un plan económico que imponía sacrificios exagerados. La represión policial, por tanto, había sido injusta, al igual que la de Scelba, y era justo que Di Vittorio y la CGIL[29]lo hubiesen dicho. Sin embargo, el partido polaco entendió la lección, sacó de ésta consecuencias prácticas, y cuando el levantamiento se extendió a Varsovia y tomó un carácter más explícitamente político, llevó al poder a

29 Confederazione Generale Italiana del Lavoro [Confederación General Italiana del Trabajo] (N. de T.).

un hombre recién liberado de la cárcel, que supo conseguir de los soviéticos un compromiso eficaz, que recuperó el consenso sobre todo entre los obreros y obtuvo el aval del primado católico. Era un compromiso que podía extenderse a otros países de la zona, y esta perspectiva era sobre la que el PCI podía y tenía que apostar activamente, en coherencia sustancial con el XX Congreso. Y no lo hizo.

La crisis húngara tenía en cambio un trasfondo totalmente distinto, el partido comunista estaba tambaleante y dividido ya desde antes, la dinámica de la rebelión evolucionaba por etapas. Encontrar una solución que no fuese una derrota y que no desatase un proceso de disolución a gran escala, justo en el momento en el que empezaba el ataque en Egipto, era mucho más difícil. Lo esencial es esto. Si había una mínima posibilidad de llegar a una solución con herramientas políticas y no militares, era necesaria una ayuda externa, incluso con un precio a pagar por ambas partes, pero evitando el reinicio de la Guerra Fría o una pésima conclusión de ésta. Los soviéticos no eran reacios a esta "ayuda" política, de hecho la primera intervención de sus tropas se decidió localmente y sólo como una demostración de fuerzas. De hecho, llevaron a Nagy al gobierno y destituyeron a Gero. El documento que propusieron al final para lograr un compromiso contenía más concesiones que el que habían firmado con los polacos.

Ahora bien, todo esto se produjo siempre con retraso, yendo por detrás de los acontecimientos en lugar de prevenir la evolución creciente de la protesta hacia la insurrección, luego de la insurrección al choque armado, y de la reivindicación por una mayor democracia a la de dar un vuelco a la situación. En un país en el que persistían, no tanto individuos dispuestos al complot, sino más bien sentimientos reaccionarios que se reactivaban.

El PCI, y en general la opinión de izquierda italiana, no entendió ni siguió esta dinámica, ni mucho menos intervino para promover una solución. Se equivocó Di Vittorio en leer, ya desde el 25 de octubre, la primera presencia militar soviética en Budapest como una represión y en ver tan sólo como protesta política democrática lo que que ya comenzaba a tomar carácter de una *jacquerie*[30] inmanejable; y se equivocó Togliatti desde el inicio al clasificar la protesta como una contrarrevolución, metiendo todo en un mismo saco. Y luego, cuando se habían quemado todas las naves y Kruschev, apremiado por todos los partidos comunistas se decidió por una verdadera invasión, el PCI lo apoyó.

---

30 *Jacquerie*: sublevación campesina de la Edad Media (1358), sucedida en el norte de Francia durante la Guerra de los Cien Años. Se conoce como la *Jacquerie* a causa del apelativo "Jacques Bonhomme", que daban los nobles, despectivamente, a sus siervos (N. de T.).

¿Habría tenido en cambio que romper precisamente en ese momento con la URSS, y desertar del ya degenerado campo comunista mundial? Ya por entonces yo pensaba que no y sigo teniendo la misma opinión por una serie de razones. Más otras tres de cuya importancia solamente más tarde me di cuenta.

Primera consideración. La ruptura del vínculo sobre el cual el PCI se había constituido, hecha en el momento en el que la URSS había iniciado ya una renovación y el campo ligado a ésta mostraba éxitos robustos (una tendencia que los hechos de Hungría no habían interrumpido y que habría de continuar durante años), habría sido no sólo incomprendida, sino también inaceptable para la gran mayoría de los cuadros, de los militantes y de los electores comunistas. Su consecuencia probablemente habría supuesto una batalla y la disolución del PCI. Quizá habría surgido un partido más duro, minoritario, seguramente vinculado a la URSS, y habría habido una modesta escisión por la derecha, orientada a confluir con el PSI. No creo en absoluto que hubiese nacido una gran fuerza socialdemócrata como la sueca, pero sí probablemente una socialdemocracia a la francesa, obligada a gobernar de manera estable con la DC, en un papel subalterno. Prueba de esto es el hecho de que el PSI no pudo ocupar el espacio que la situación parecía brindarle, sino que por el contrario, padeció una escisión por la izquierda, y las minorías democráticas y progresistas, que incluso tenían intelectuales valiosos, se quedaron políticamente dispersas e irrelevantes como siempre.

Segunda consideración. Ya a comienzos de 1957 el grupo dirigente soviético se fragmentó. No se trataba tan sólo de una consecuencia del *Informe secreto*, sino de una divergencia política general vinculada a las reformas a introducir, a las intervenciones en Europa oriental, a la versión que se daba de la coexistencia pacífica. Más que discrepancias, lo sabríamos después, se trataba de una ruptura irreconciliable. Una mayoría del Buró Político, es decir, de la sede desde la que se irradiaba el poder, estaba decidida a destituir a Kruschev. Y Kruschev, al inicio de 1957, tomó un riesgo ajeno a toda praxis: reunió en pocas horas con aviones militares el número suficiente de miembros del Comité Central para convocar una asamblea extraordinaria. Ganó y consiguió la expulsión del grupo antipartido. Basta tan sólo con recordar los nombres —Molotov, Vorosylov, Kaganovich, Malenkov— para tener claro el tipo de contragiro a que habrían llevado a la política de la URSS, que era ya una gran potencia y tenía el armamento necesario para seguir siéndolo. Si Hungría hubiese sido abandonada a su deriva, o incluso si hubiesen surgido crisis análogas en los países limítrofes, el resultado en Moscú de ese choque era previsible y habría concluido de manera opuesta. ¿Qué efecto habría tenido todo esto en la relación con China, que después

de la liquidación de Liu Shaoqi evolucionaba en una dirección por completo diferente? A mayor razón porque la guerra de Suez prometía un relanzamiento de la Guerra Fría.

Tercera consideración. Aun admitiendo que el relevo hubiese evolucionado hacia un nuevo compromiso, anticipando en ocho años la era de Brezhnev y de Suslov —de la que hablaremos—, ¿habría sido bueno para los comunistas y para todo el mundo? A pesar de todas las limitaciones del kruschevismo, y la trayectoria a la que estaba destinado, realmente creo que no. Se puede, pues, discutir con calma la tesis según la cual el PCI ha tenido en Italia una función de consolidación de la democracia, evolucionando gradualmente, tal como lo ha hecho, hacia la socialdemocracia y después hacia la liberaldemocracia, y que lo hubiera hecho mejor si hubiese sido más consciente y rápido en hacerlo (a pesar de que sucesos más recientes pueden refutar esta tesis). Con todo, decir que la ruptura, la transformación de identidad y de terreno, había que ponerla en marcha en 1956 me parece del todo insensato, una autocrítica poco meditada, dictada por la necesidad de quitarse de encima el peso de un desengaño, o de una responsabilidad que hoy en día resulta infamante. No hablo siquiera de la posibilidad de una intervención estadounidense, que hoy muchos consideran que era casi obligada, y que simplemente habría llevado al recíproco exterminio atómico.

Con todo, los errores cometidos durante aquellos meses ante la crisis húngara tuvieron al menos tres consecuencias notables. Abrieron el camino, o en cualquier caso aceleraron un desplazamiento del partido socialista no sólo o no tanto hacia una participación en gobiernos siempre dirigidos por los democristianos, sino también a la aceptación de una política más moderada, y produjeron una escisión que lo empujó aun más a una integración subalterna. Alejaron del partido comunista a intelectuales de relieve, valiosos portadores de culturas diferentes; aunque no se puede omitir que ellos no sólo expresaron en voz alta y de manera inusual un disentimiento, sino que lo asumieron como impulso para proponer la destitución radical del grupo dirigente y de Togliatti. Trataron disimuladamente, además, de involucrar a Di Vittorio —que no lo quería— dando como resultado el debilitamiento de la autoridad de ese importante recurso de la renovación sindical. Brindaron a los adversarios, en fin, un argumento, propuesto y vuelto a proponer obsesivamente, para imputarle al PCI una duplicidad permanente y encadenarlo para siempre a la oposición, y por tanto encontrar un pretexto, también propuesto y vuelto a proponer obsesivamente, en plena complicidad con Estados Unidos, incluso durante los momentos más aterradores de su intervencionismo en el mundo: complots, golpes de estado, masacres, agresiones directas desde Guatemala a Brasil, a Chile, a Indonesia, a Vietnam y al Medio Oriente, por citar algunas.

EL VIII CONGRESO

Tal como había sucedido en junio, también en diciembre de 1956 Togliatti tuvo la inteligencia y la capacidad de proponer una plataforma de renovación propia, en lugar de oponerse o de ser arrollado por ésta. Y recuperar lo perdido. El *Informe* en el VIII Congreso, como siempre carente de autocríticas importantes, introdujo muchas novedades.

La crisis polaca y la tragedia húngara fueron netamente separadas, aunque admitiendo que en la base de ambas se encontraba también la fragilidad en origen de la revolución socialista en esos países y en toda la zona, y el error imperdonable de haberles impuesto una imitación "servil y acelerada" del modelo soviético, la resistencia obcecada de los dirigentes al impulso dado en el XX Congreso, lo cual había concedido a las fuerzas reaccionarias un espacio para la sublevación y la posibilidad de afianzarse en Hungría, justo en el momento en el que las potencias occidentales estaban tratando de relanzar la Guerra Fría. En cuanto al tema de la URSS como Estado-guía, se reconocían no sólo los errores pasados, sino el hecho de que había tenido que edificar el socialismo en medio de dificultades terribles que la habían marcado; lo había logrado y por ello seguía siendo el pilar del movimiento comunista mundial, cada vez más extendido.

En cuanto a la "vía italiana hacia el socialismo", el informe en el VII Congreso iba más allá de sus definiciones precedentes. Es decir, atenuaba su carácter de "vía nacional", vinculándola más a las transformaciones históricas sucedidas en el mundo y que la hacían posible. Trataba, sobre todo, de definirla mejor, como una estrategia y no como una táctica. Ya no se trataba de los clásicos "objetivos intermedios", encaminados a acumular fuerzas para una futura ruptura revolucionaria, sino de "reformas estructurales", conquistas permanentes, baluartes que prefiguraban una perspectiva socialista, producidas por experiencias de lucha desde abajo e introducidas en el ordenamiento haciendo suyos los principios más avanzados introducidos en la Constitución republicana: todavía no el socialismo, pero sí una aproximación a éste. De esta manera el informe establecía una neta demarcación con respecto al parlamentarismo socialdemócrata y al mismo tiempo combatía la espera de una hora X: la revolución era un proceso que, hasta cierto punto, podía y tenía que convertirse en la conquista pacífica del poder del Estado y en su gestión democrática, precisamente porque está siendo ya subjetiva y objetivamente apoyada en la sociedad.

En realidad, el problema no quedaba así solucionado, sino solamente desplazado. Porque quedaba abierto el interrogante: ¿cuándo era posible, si lo era, que estas reformas —intrínsecamente anticapitalistas, creadas por la lucha de clases, lideradas por un partido comunista— abrieran una crisis de sistema, y sin cambiar los rasgos dominantes,

impulsar un salto y organizar un nuevo principio ordenador? Togliatti no debía ni podía ofrecer una respuesta, porque ésta sólo podía tomar cuerpo en relación con la situación concreta en la que se formulase el interrogante. En ese momento, en Italia y en Occidente, tal situación estaba muy lejana, y él sólo podía caminar sobre el filo sutil, que él mismo trazaba, entre reformismo gradual y revolución socialista.

Sin embargo, la mayor debilidad de su *Informe* radicaba en otra parte. Consistía en la incapacidad de ver qué transformación profunda se estaba abriendo ya en ese momento en la sociedad occidental, de prever su evolución y de estimular una reflexión para hacerle frente y utilizar sus contradicciones. No quiero trivializar, como a veces hemos hecho muchos, con una crítica del PCI como aún encadenado a la idea del capitalismo italiano como capitalismo andrajoso. En realidad, Togliatti ya en el VII Congreso se separaba (a diferencia del PCF) de los estereotipos alrededor del capitalismo putrefacto, incapaz ya de cualquier evolución, o de la idea del empobrecimiento absoluto que afectaba a la mayoría de los trabajadores. Reconocía las transformaciones relevantes que estaban teniendo lugar en la tecnología y en la organización del trabajo en las fábricas y estimulaba una actualización de las plataformas reivindicativas. De todas maneras, volvía a proponer en esencia la imagen de un capitalismo monopolista cerrado en sí mismo, que acaparaba el beneficio producido por el progreso tecnológico e introducía las clásicas desigualdades y exclusiones. Una imagen aún válida en la realidad de las cosas, pero sólo si se miraba la cola del tren que se había puesto en movimiento, y no la fuerza y la dirección de la locomotora que lo remolcaba. Sobre todo una imagen a la que se le escapaba la conmoción general, social y cultural, que se preanunciaba. En suma, casi lo contrario del esfuerzo que Gramsci, aun en el encierro de una cárcel, había hecho con su ensayo *Americanismo y fordismo*: una formidable y arriesgada anticipación, no por casualidad guardada durante largo tiempo en un archivo. Todo esto, en su validez y limitaciones, fue el VIII Congreso: el fruto de una batalla entre conservadores y renovadores.

De la misma manera como en la Unión Soviética el XX Congreso provocó como primer resultado tangible una renovación de cuadros, un restablecimiento de la legalidad, la liberación de presos políticos, el relajamiento del corsé de la censura, en el PCI el VIII Congreso produjo un cambio generacional, la elección finalmente decidida de una «vía democrática», sin saber bien todavía cómo recorrerla, un clima interno más abierto y tolerante hacia la discusión y la reflexión, pero siempre bajo la forma codificada del centralismo democrático.

Tal vez una pequeña pero divertida anécdota autobiográfica puede dar un ejemplo de ello. A finales de 1958, recién afiliado, regresé de Roma a Bérgamo como secretario del partido de la ciudad. Simultánea-

mente ingresaron en el partido los dirigentes locales de primera línea de la Juventud Católica, de inmediato cooptados al Comité federal. En la víspera del IX Congreso escribí, junto con Michelangelo Notarianni, un artículo publicado en *Rinascita*: nada de particular, aparte de poner un mayor énfasis en el nexo, necesario y recíproco, entre democracia y socialismo. A presidir el congreso provincial llegó, en nombre del centro, Luciano Lama. Tal como era habitual, Eliseo Milani, secretario de la federación, y yo mismo, llevamos al huésped ilustre a almorzar a un buen restaurante. En un determinado momento del almuerzo Lama, que no recordaba evidentemente mi nombre, me preguntó: ¿Has leído esa intervención en *Rinascita* de ese par de trotskistas? Entendí de inmediato de quien hablaba y me enfurecí: ¿Trotskista yo? Sin embargo le respondí tranquilamente: "No tengo necesidad de leerlo porque yo soy quien lo ha escrito". Pocos años antes una sospecha similar habría sido una acusación que preludiaba la marginación, pero en cambio en ese momento nos reímos de su metedura de pata y continuamos hablando cordialmente. Esto habla claramente acerca de cuán limitados eran los márgenes concedidos a la discrepancia, pero también acerca de cuánto había crecido la tolerancia. Y, en efecto, al año siguiente fui ascendido a la secretaría regional del partido.

Eso no quita que, durante los primeros años, los cambios se produjeran trabajosamente. El IX Congreso fue sustancialmente repetitivo, pero la "operación Milazzo"[31]1 en Sicilia fue central aunque infructuosa: la discusión política acerca del centro-izquierda era confusa y oscilante; las elecciones de 1958 indicaban más estabilidad que nuevos avances, el optimismo de los compañeros estaba centrado en el lanzamiento de los satélites y de una perrita dentro de uno de ellos. No hay razón para sorprenderse, ni para lamentarse. Un verdadero cambio, en una gran organización, no se da nunca por partenogénesis, sino que crece sobre la ola de grandes impulsos sociales y culturales y en esos últimos años cincuenta, Italia no ofrecía muchos. El milagro económico estaba apenas comenzando y permitía a los patronos hacer algunas concesiones sin necesidad de lucha; el gobierno democristiano se movía hacia formas sutiles de régimen, pero sin una dirección precisa; los socialistas aspiraban a participar, pero todavía encontraban muchas resistencias internas; la coexistencia pacífica encallaba; la batalla argelina aumentaba de temperatura, pero su primer resultado era la subida al poder de De Gaulle y la desautorización del Parlamento en Francia.

31 El demócrata cristiano Silvio Milazzo fue elegido presidente de la Región Siciliana con los votos en la Asamblea parlamentaria de partidos de derecha e izquierda (incluidos el PCI y el parafascista MSI) en nombre de los "superiores intereses de los sicilianos". Fue expulsado inmediatamente por la DC, y pasó a fundar un nuevo partido, la Unión Siciliana Cristiano Social (N. de T.).

Honestamente, es necesario agregar que también Togliatti había echado un poco el freno. Doy tres ejemplos. Antes que nada, su comprometido empeño en relación a Gramsci en el que realzaba la genialidad de su pensamiento, pero también su perfecta continuidad con respecto a Lenin. En segundo lugar, una intervención en Moscú (donde percibía una cierta desconfianza, que se sumaba a las críticas directas que le habían dirigido desde París y Pekín) en la que el que resucitó un lenguaje apologético para hacer un balance de la Unión Soviética, señalando su excepcional desarrollo productivo también en la agricultura, hasta el punto de compartir con Kruschev la idea según la cual en un lapso de diez o quince años la economía rusa alcanzaría y superaría a la estadounidense. En tercer lugar la lectura casi unánime de la subida al poder de De Gaulle como señal de una clásica restauración conservadora y autoritaria y no como una modernización desde arriba, que también incluía la independencia de Argelia. (A propósito de esto, yo debuté en *Nuovi Argumenti* con una interpretación opuesta en un largo ensayo, pero sin tener que sufrir ninguna crítica.)

Sin embargo, disimuladamente, o al margen del partido, se iniciaban una búsqueda y un debate muy fecundos, que demostraron ya entonces una gran utilidad: pienso en el gran fervor con el que algunos sectores sindicales (Trentin y su *Ufficio studi* de la CGIL, Garavini en Turín, Leonardi en Milán), e incluso alguna organización periférica del partido (Minucci y *l'Unitá* de Turín), llevaron adelante la reflexión acerca de la nueva organización laboral en las fábricas; pienso también en la introducción, en el plano cultural, de "nuevas fuentes", la lectura de *El Capital* puesta en primera línea, las diversas discusiones nacidas entre los jóvenes intelectuales a favor o en contra del pensamiento de Della Volpe, la introducción de la literatura marxista heterodoxa (el primer Lukács, Korsh) o el debate francés (Sartre y Merleau-Ponty, Hippolyte, Kojéve; Husserl recuperado por medio de Banfi y sus discípulos). De todas estas pequeñas heterodoxias era partícipe la Federación Juvenil y su semanario *Nuova Generazione*, que se metieron en algunos líos.

No obstante, lo que dio a todo esto relieve y valor político, lo que hizo surgir la "vía democrática" como problema, y no como fórmula estable, fue otra cosa bien distinta. Es decir, fue el restablecimiento de la lucha obrera, primero entre los electromecánicos de Milán, luego en Mirafiori, luego entre los textiles; la rebelión antifascista iniciada en Génova, que se extendió rápidamente por todo el país, con la sorprendente irrupción de los jóvenes (los "camisetas a rayas"), a la que siguió como siempre la represión (los muertos de Reggio Emilia) pero esta vez no padecida pasivamente; la emigración masiva desde el Sur hacia el Norte que devastaba toda la organización en los centros de partida pero que abastecía de nueva sangre política a los lugares de llegada. En

fin, la aparición de nuevos estilos de vida, nuevas necesidades que el desarrollo económico permitía por fin satisfacer y que antes estimulaba y reivindicaba; por último, la maduración de una nueva, aunque atormentada, mayoría de gobierno, la elección de Juan XXIII como papa y la de Kennedy como presidente de los Estados Unidos.

[Capítulo VII]

EL CASO ITALIANO

El PCI llegaba al inicio de los años sesenta en condiciones esperanzadoras. Representaba ya a una cuarta parte de los electores y conservaba casi dos millones de militantes, la mayoría activos; era parte de un movimiento internacional que gobernaba un tercio del mundo, pero en el que finalmente había adquirido una autonomía propia; despertaba simpatía o al menos atención en los países y en los movimientos que se estaban liberando del colonialismo; mantenía una influencia considerable en el sindicato afín sin que se lo considerara una mera "correa de transmisión"; lo incentivaba una clase obrera más amplia y que daba nuevas señales de combatividad, y a su vez el partido la alentaba; encontraba una generación politizada y una intelectualidad en la que por fin penetraba un marxismo que ya no era dogmático ni canónico; adelantaba un diálogo con minorías católicas gradualmente liberadas del anticomunismo "absoluto" del papa Pacelli; gobernaba con buenos resultados importantes regiones del país. Sobre todo, estaba ya convencido y cohesionado alrededor de una estrategia definida unívocamente, por lo menos en sus principios, por el octavo congreso: la "vía italiana". Estaba aún encadenado a la oposición por los vínculos impuestos a la Italia de las alianzas ya contraídas, pero la nueva relación mundial de fuerzas lo protegía de una intervención armada estadounidense, en la eventualidad de que hubiese conquistado un papel de gobierno de manera pacífica y legal. Todo esto lo obligaba y le permitía verificar con los hechos, al menos a medio plazo, si el "camino democrático hacia el socialismo" era practicable en Occidente, y llevaba a donde quería ir, sin perderse por el camino.

Se abría, por tanto, para el PCI, para ese PCI, una partida nueva, en la que estaban en juego su identidad, fatigosamente construida, y su futura existencia. Es más, mirándolo bien, la apuesta era aún más alta. Porque precisamente en ese momento, si no se producía en Occidente alguna transformación, si el choque entre bloques continuaba siendo una "guerra combatida con armas nuevas", en otras partes del mundo (en la URSS o en los países no alineados) pronto podían prevalecer y ya se entreveían, tendencias de repliegue o de división. Sólo en Italia parecían existir algunas condiciones —fuerza y voluntad— para poner en marcha tal transformación.

Con todo, ¿era en realidad una partida abierta? Cincuenta años después sabemos cómo ha terminado. El PCI, como fuerza organizada y como pensamiento acabado, ha muerto. Y casi nadie reivindica su herencia. No ha muerto por causa de un inesperado ataque apopléjico, es decir, arrastrado por el derrumbamiento de la Unión Soviética, con la que hacía tiempo había tomado distancias. Tampoco por agotamiento, porque ha mantenido hasta su desaparición una notable fuerza electoral (el 28%), y un importante peso en la sociedad y en el sistema político. Ha muerto por libre elección, con la ambición de un "nuevo comienzo". Tal nuevo comienzo no tuvo lugar, y ya está claro para todos que, incluso si hubiese tenido mayor éxito, habría sido el comienzo de algo por completo diferente. Es un hecho: tan evidente y tan persistente que ya no se puede negar, pero que hay que explicar. ¿Por qué una fuerza que durante los años sesenta alcanzaba la madurez, mostrando todavía un sólido crecimiento y comprometida con una tentativa de transformación original y ambiciosa, tras años de triunfos comenzó a declinar hasta disolverse?

Quien considera aquel intento pura ilusión, o incluso sospecha una maniobra de cobertura necesaria para transportar a la mayor parte del ejército a otras y más sólidas orillas, obviamente muestra escaso interés por todo cuanto el PCI discutió e hizo durante ese largo decenio, y lo cuenta de manera sumaria. Como mucho centra su atención en la experiencia de la unidad nacional, necesaria pero infeliz premisa de otra historia, y que finalmente significó poner los pies en el suelo. Una historia en la cual la ambición respecto a un sistema alternativo iba siendo abandonada gradualmente, y tras la cual comenzaba la transición hacia un sistema político bipolar, con dos formaciones que competían entre sí, pero estando ambas dentro de los límites del orden general de las cosas del mundo.

Quien como yo, por el contrario, es uno de los pocos que piensan que esa tentativa, abordada a su debido tiempo, habría tenido algún fundamento, podía haber sido manejada de manera diferente, y hubiese podido concluir, si bien sin pleno éxito, con resultados

fructíferos que hubiesen dejado una herencia aún hoy de algún valor, esa persona, entonces, tiene que dedicar una atención especial a ese largo decenio durante el que muchas cosas estaban en movimiento, y en el que la partida entre un capitalismo que atraviesa dificultades y un comunismo ocupado en redefinirse parecía, y quizá lo estaba, efectivamente abierta. A su vez, esa persona parece hoy encontrar un respaldo en los hechos: el PCI hace tiempo que está muerto, pero Italia no está demasiado bien. Sin embargo, no es ese un argumento suficiente. El hecho de que otras tentativas hayan decepcionado, de que tantos sujetos y proyectos nacidos poniendo el énfasis en lo "nuevo" hayan sido hasta ahora incapaces de definir tal cosa y hayan aparecido muy pronto versiones restauradas de un pasado aún más frágil, o se produzca un mediocre manejo de las cosas tal como están, hasta el punto de provocar más depresiones que esperanzas, todo ello no es realmente suficiente para demostrar que aquella lejana ambición fuese justa y plausible. Antes bien, no exime ni siquiera de preguntarse si acaso aquella tentativa no estuviera, ya en su inicio, minada por errores profundos y bloqueada por obstáculos insuperables.

Lo primero por demostrar, por lo tanto, es si, por lo menos en una fase inicial, la partida estaba realmente abierta. Sólo un reconocimiento de la realidad de aquel momento será capaz de hacer entender, y juzgar, aquello que entonces en el PCI se discutió de manera vivaz y las decisiones que prevalecieron. Incluso a riesgo de repetir en algún punto aspectos ya conocidos y no olvidados, no es inútil reconstruir el cuadro global de ese decenio, que luego se definió como "el caso italiano", pero vuelto a ver con el juicio de lo ya sucedido. Comenzando por una periodización. Cuando hablo de un "caso italiano" me refiero a un periodo cuyo centro son los años sesenta, pero que se extiende a un tiempo aún mayor: en ciertos aspectos abarca hechos anteriores, en otros se prolonga hasta los primeros años setenta. En sí mismo une dos fases diferentes (la fase de 1960-1965 y la de 1968-1974) unidas, sin embargo, por muchos hilos y líneas convergentes que producen un nuevo marco general. Italia, de hecho, durante todo ese periodo se vio dominada por dos diferentes y complejas convulsiones, que transformaron profundamente la sociedad y la política. La primera de ellas se caracteriza por el llamado "milagro económico", por la sublevación sindical y por el intento de hacer de ambas cosas la herramienta, gracias a los gobiernos de centro-izquierda, de un "reformismo desde arriba". La segunda se caracterizó por el movimiento contestatario estudiantil y por las luchas obreras encaminadas a producir "desde abajo" un nuevo orden social. Ambas tentativas fueron derrotadas respecto a su finalidad mayor, pero dejaron marcas profundas y duraderas, abriendo de todos modos en el presente inmediato algo semejante a una crisis del sistema. En ambos

casos el PCI no pudo, y en parte no quiso, asumir un papel directo de promoción y de dirección, como lo había tenido durante la Resistencia y durante la fundación de la República. Sin embargo, contribuyó a encaminarlos, a apoyarlos o a condicionarlos, y a la vez ambos lo involucraron y lo atravesaron. Sólo al final recogió sus frutos, pero se encontró cargando sobre la espalda la responsabilidad de proponer un desbloqueo aceptable al conflicto social generado. Y de definir, imponer o rechazar un papel de gobierno que las circunstancias mismas le ofrecían ambiguamente. Sin tener fuerza ni ideas suficientes para hacerles frente. Conviene, por tanto, analizar por separado ambas convulsiones, y sólo al final reconocer los hilos que las unen y las conclusiones a las que conducen a un mismo tiempo.

EL MILAGRO ECONÓMICO

El producto nacional bruto de Italia, entre 1953 y 1964, creció, a precios constantes, de diecisiete a treinta billones; la renta media anual per cápita de 350.000 a 571.000 liras. Una tasa de crecimiento en un primer momento del 5% y luego más allá de un 6% hasta los años setenta, con un sólo año de intervalo: 1964. Un fenómeno que no se había visto jamás, y que no se presentaría tampoco de nuevo. De igual modo, otros países capitalistas estaban en plena expansión durante el mismo periodo, pero no era menos sorprendente el hecho de que Italia, al comienzo notablemente más atrasada, carente de recursos naturales, financieros y tecnológicos, no sólo lograse engancharse a ese tren, sino que incluso entrara en los vagones de cabeza: un poco más lenta que Japón, igual que Alemania, un poco más rápida que Francia, mucho más que Inglaterra y Estados Unidos. Por eso se importó desde el exterior y se acuñó la expresión "milagro económico". Tal expresión da la idea pero, al mismo tiempo, ninguna de las dos palabras es adecuada. Milagros en economía jamás se han visto, aparte la de la historia de los panes y los peces, excepcional al igual que la naturaleza de su autor. Y en nuestro caso el "milagro" no fue sólo económico, sino que vino acompañado de grandes y variadas transformaciones sociales, políticas e institucionales entre las cuales hay que encontrar un hilo conductor.

El proceso se puso en marcha como consecuencia de dos sucesos políticos, la revolución antifascista y la Guerra Fría, que, conjuntamente, permitieron la súbita eliminación del proteccionismo (antigua herencia del capitalismo italiano potenciada aún más por la autarquía fascista). Sucesos que obligaron a apostar por los intercambios con países más avanzados, cercanos geográficamente, que luego se convirtieron en solidarios desde el punto de vista político y que en ese momento estaban entregados a la reconstrucción postbélica. Podía haber sido un

salto en la oscuridad. Y de hecho, una parte de la patronal, que temía no resistir la competencia, y una parte de los trabajadores, que temía los despidos, era renuente. Con todo, Estados Unidos tenía buenas razones económicas para crear desbloqueos y buenas razones políticas para integrar en el conjunto de sus clientes a Italia, país en riesgo. Solicitaba, por tanto, aquella decisión y prometía apoyarla (lo hizo también con Japón y más tarde, junto con Japón, en el sudeste asiático). Una decisión liberalizadora precoz que marcó a la nueva Europa como aliada subalterna del bloque Atlántico.

Tal decisión ofrecía indudablemente a Italia mercados que en ese momento eran proclives a importar bienes a buen precio, pero esa ventaja no era suficiente para garantizarle la posibilidad de competir en estos mercados, tanto es así que la verdadera expansión se produjo con algún retraso y muchas dificultades. Durante los primeros años, la ayuda estadounidense sirvió casi solamente para atender la emergencia alimentaria, para el mantenimiento de las tropas de ocupación y, ulteriormente, para sanear el agujero de las finanzas públicas (dado que se quería evitar el cambio de la moneda) y, por tanto, para frenar una inflación galopante. El verdadero motor del "milagro", desde los primeros años cincuenta y durante mucho tiempo, fue otro. Con un lenguaje un tanto maoísta lo definiría con el eslogan: "utilizar el atraso como recurso de desarrollo". De manera un poco más áulica: una edición original de una nueva "acumulación originaria". Más prosaicamente: el binomio salto tecnológico y salarios muy bajos.

Salto tecnológico no quiere decir tan sólo utilización de maquinarias y de formas de organización del trabajo mejores en la reconstrucción de un aparato productivo existente pero en desuso (como sucedió en Alemania o en Francia). Quiere decir revolucionar una cosa y la otra e involucrar a grandes islas hasta entonces excluidas de la modernidad: es decir, pasar rápidamente de una base industrial restringida, en parte semiartesanal, a una industria de tipo fordista (en sus puntas de excelencia ya al borde de la automatización), y luego extenderla a nuevos sectores y a nuevos tipos de productos y de consumos. Saltando los escalones intermedios que otros habían subido con el tiempo y con fatiga. Solamente esto podía asegurar grandes y rápidos aumentos de productividad a un cierto número de empresas y la posibilidad de penetrar en el mercado extranjero. Precisamente Estados Unidos podía ofrecer la ocasión: maquinaria, conocimientos tecnológicos, organizativos y administrativos, y también algunas inversiones directas. Obviamente a quien fuese capaz de pagarla y de usarla y estuviese dispuesto a aceptar su dirección. Era, de todos modos, un salto muy difícil, sobre todo en el momento de partida. Tanto, que muchos países semidesarrollados (no hablemos ya del Tercer Mundo) no pudieron intentarlo sino

mucho más tarde. Los países de las "grandes revoluciones" lo lograron sin ayuda, pero con éxito sólo en ciertos sectores y ya sabemos a qué precio y aislándose de la economía mundial. Se necesitaba, de hecho, encontrar la financiación; luego, durante un largo periodo, dedicar casi por completo el incremento de productividad a la autofinanciación de nuevas inversiones, o a las infraestructuras necesarias. Solamente mucho más tarde, y con parsimonia, ceder una parte al consumo, pero siempre en función de un modelo de desarrollo industrial impuesto por el mercado exterior. Era necesario, igualmente, disponer de una potencial capacidad empresarial, de un buen número de trabajadores profesionalizados y de técnicos reconvertibles, además del apoyo de un poder público capaz de llegar no sólo antes, sino allí donde el sistema privado no era capaz, o no tenía interés, en llegar.

El capitalismo italiano de la posguerra disponía de algunas de estas condiciones. Italia era en su conjunto un país atrasado pero muy desigual, como consecuencia del sedimento de diferentes historias. Antiguas potencialidades aletargadas en las "cien ciudades"; zonas de industrialización concentrada y desde hacía mucho tiempo; una agricultura todavía predominante y en general muy pobre, pero también muy segmentada: el latifundio baldío, la pequeña propiedad campesina no siempre miserable, una aparcería ávida pero a menudo civilizada de campesinos avanzados, e incluso grandes propiedades agrícolas transformadas por el lejano despotismo ilustrado. Gran parte de la población era semianalfabeta, pero había también, para una minoría, una escuela tradicionalista aunque de calidad, y hasta prestigiosas islas de investigación científica, por ejemplo en el campo de la física; el fascismo había encerrado la cultura en el provincianismo, pero no en todos los sectores y venía, de todas maneras, de una gran tradición cosmopolita. La familia era aún fervorosamente patriarcal, pero en muchos casos era una familia ampliada, que funcionaba como colectivo laboral, incluidas las mujeres, baluarte de ahorro y de protección social, y continuaría siéndolo transitoriamente, incluso a larga distancia, mientras duraban los dolores del nuevo parto; dominaba una moral, sobre todo sexual, muy represiva, formada por la Contrarreforma e implantada por las tradiciones y las convenciones, aunque no interiorizada por todos, y por tanto dispuesta a la secularización.

En este gran y multiforme archipiélago de modernidad y de atraso dos elementos tuvieron un efecto decisivo y sinérgico en la puesta en marcha de un modelo particular de expansión. El primero de ellos procedía, paradójicamente, de una herencia dejada por el fascismo. Una figura económica anómala, inventada para hacer frente a la quiebra de los años treinta según la lógica de ese régimen: grandes empresas industriales, casi todas bancos de propiedad pública, pero gestionadas

como empresas autónomas. En su conjunto configuraban un "tercer polo", una verdadera "economía mixta". En un primer momento, quizá por una casualidad afortunada, pero después de la Liberación sin duda por efecto del clima político, estos entes anómalos fueron dirigidos por hombres de variada orientación pero emprendedores, decentemente honestos y conscientes del papel representado (Beneduce, Menichella, Mattioli, Senigallia, Saraceno y Mattei), que se empeñaron en encontrar e invertir grandes recursos públicos en la producción industrial para dotar al país de una moderna industria de base: una siderurgia basada directamente en el mineral y ya no en el desguace; exploración petrolífera aplicada a la producción de la petroquímica y a las fibras sintéticas; etcétera. En un plano más resbaladizo, para suplir una Bolsa raquítica y especuladora, el ahorro de estos bancos semipúblicos se dedicó, mediante Cuccia y Medio Banca, a reorganizar las finanzas del sector privado y a tutelar mediaciones y jerarquías entre finanzas y grandes grupos industriales. El hecho de que, más adelante, una cosa y la otra hayan terminado por convertirse en el instrumento de una perversa trama entre público y privado, recurso de un poder clientelista para interceptar consensos y controlar el sistema informativo, que convirtió a esos bancos en un freno al desarrollo, no debe esconder que, en la fase del despegue, esta economía mixta cumplió una potente tarea impulsora.

Un segundo y decisivo factor de desarrollo, empero, fueron el bloqueo permanente del salario y la capacidad de sacrificio, pero también de iniciativa, del proletariado. Este aspecto del "milagro" ha sido reconocido más de una vez, pero, en mi opinión, no ha sido suficientemente analizado. En 1946 el salario real en Italia era un 40% inferior al de 1938. La inflación frustraba casi cualquier aumento arrancado con luchas, incluso las más duras. Sólo en 1950, una vez terminada la reconstrucción, el salario volvió al nivel de la preguerra. En 1959 había crecido un promedio de cerca del 6-7%, mientras que la productividad del trabajo había dado un salto más allá del 50%. Éste es un dato de por sí elocuente. Alguien tenía que pagar la acumulación, y el poder dominante decidió que fuesen ante todo los obreros y los campesinos y que fuesen ellos los últimos en obtener cualquier beneficio. La alternativa no tenía siquiera que declararse o discutirse, la imponían sobre todo la desocupación, los despidos, el cierre de fábricas obsoletas. El Estado contribuía simplemente garantizando brutalmente "el orden público" y por medio de un gasto público avaro y selectivo. Aun así, hay mucho más. Como todos saben, el desempleo, dentro de ciertos límites, ejerce una función de árbitro regulador de precios salariales, y como estímulo a la intensidad del trabajo, alimenta las ganancias y las inversiones. Más allá de ese cierto límite, por el contrario, reduce el mercado interno,

deprime el ahorro y obliga a mantener de cualquier manera a la población inactiva; produce, por tanto estancamiento y depresión. En ese momento, precisamente, el excedente de brazos superaba con mucho ese límite (particularmente a causa de la expulsión del campo, donde el trabajo no garantizaba ya, en muchos casos, ni siquiera la simple subsistencia). Por el contrario, precisamente ese excedente se transformó en un recurso. Gracias a tres grandes flujos migratorios, diferentes entre sí pero igualmente valiosos para el desarrollo, por muy dramáticos que fuesen para quien estaba obligado a emigrar.

El primer flujo se orientó primordialmente hacia el exterior, que, precisamente entonces, estaba necesitado de brazos. Entre uno y dos millones de trabajadores en un primer momento a ultramar (Australia y Argentina en particular), justo después hacia el norte de Europa (Francia, Bélgica, Alemania cuando la oleada de los alemanes del exilio se agotaba). Era gente presionada por la necesidad que vivía en chabolas, que hacía los trabajos más pesados, con horarios excepcionalmente largos, gente que se apretaba el cinturón para mantener a la familia que se había quedado en el pueblo de origen, o que ahorraba algún dinero con el objetivo de volver un día a casa, construirse una pequeña vivienda de construcción ilegal y así escapar de la desazón y también de un ambiente hostil. Toda esa fatiga, todo ese dinero arrancado al hambre servía de ayuda a la balanza de pagos o se reunía en libretas de pequeñas cuentas de ahorro. Un gran ejemplo de "accionariado popular".

Luego hubo un segundo flujo migratorio de "cercanía". Es decir, del campo a las ciudades cercanas con la intención de quedarse, conservando un vínculo activo con una parte de la familia que se había quedado en el campo y con un trozo de tierra. Este tipo de migración se dio en la Italia central, pero luego se extendió. Jóvenes aparceros en tierras poco productivas, aunque estuvieran transformadas a fuerza de trabajarlas y cuyo producto se repartiera un poco mejor, tenían no sólo la necesidad, sino la capacidad de encontrar un empleo en pequeñas empresas, en los intersticios del mercado, y con salarios un tercio inferiores con respecto a los precios mínimos contractuales. O bien, jóvenes con mujer e hijos que trabajaban, todos en casa, mañana y tarde, para empresas medianas, a destajo, con viejas máquinas destartaladas de la misma empresa y por medio de intermediarios que a su vez se quedaban con una pequeña comisión y que terminaban también convirtiéndose en pequeños empresarios. O también, trabajadores urbanos que abrían una pequeña actividad comercial soportando alquileres elevados. En muchos casos el autoconsumo del producto, más la ayuda estacional que ofrecía el viejo trozo de tierra familiar, completaba la renta de todos. Algo análogo, aunque no del todo, sucedía en ciertas áreas de regadío del Mediodía con el trabajo precario de jornaleros, prestado es-

tacionalmente a diversos patronos, complementado con algún subsidio arrancado con luchas y acuerdos locales y organizado igualmente por "caporales". En su conjunto una zona "gris" a medio camino entre el campo y la ciudad, trabajo agrícola y otras mil actividades: un modelo específico de acumulación originaria por cuenta propia, basado en la autoexplotación, que contribuía en el presente inmediato al desarrollo y la urbanización, y del que más tarde nacería la Tercera Italia de las pequeñísimas empresas y de las circunscripciones. Y con ella un nuevo tipo de clase media, cruz y delicia del "modelo italiano".

El tercero y último flujo migratorio, el más impetuoso, se movió del sur al norte del país: inicialmente, sobre todo hacia las grandes concentraciones metropolitanas, e inmediatamente después a territorios de frontera. Este flujo tuvo, con respecto al primero, muchas afinidades a causa de los sacrificios que imponía: bien la vida en barracas construidas con materiales encontrados, sin servicios domésticos ni urbanos (las famosas Coreas[32]), o bien trabajando en la construcción, sin contrato, haciendo horas y horas de viaje de la casa al trabajo y viceversa, con largos horarios y numerosos accidentes, separados de la familia, y padeciendo una gran desconfianza por parte de la población local. Con respecto al segundo flujo, el tercero tuvo en común la intención de arraigarse de manera estable en el nuevo territorio, haciendo venir tan pronto como fuese posible a los parientes, todos ellos ligados a la esperanza, luego realizada, de conquistar un puesto fijo en una industria en expansión que prometía estabilidad y quizá una futura mejoría. Gracias a esto, la selección meticulosa de las contrataciones, la amenaza de despido para los renuentes, los premios anti-huelga tuvieron, durante algunos años, una gran eficacia, incluso cuando las plantillas incorporaban nueva mano de obra. La mayor novedad de esta tercera oleada estaba, sin embargo, en el hecho de que se movió durante una fase económica diferente; una novedad muy importante. Estaba concluyendo, a finales de los años cincuenta, el ciclo de la "acumulación originaria" y comenzaba a tomar forma definitiva un nuevo modelo de desarrollo, muy original.

La construcción de una gran industria moderna, de base mayoritariamente pública, estaba ya terminada o proyectada: en el campo de la siderurgia, estaban activas Cornigliano y Bagnoli, se construía en Taranto; en el sector petrolero Mattei había cerrado o estaba negociando acuerdos con Argelia y Medio Oriente y, en pugna con las "siete hermanas", terminaría siendo asesinado; en la petroquímica

32 Periferia urbana escuálida y superpoblada. Proviene del "nombre de la península asiática de Corea en referencia a las duras condiciones allí creadas durante la guerra de 1950-1953" (Dizionario Garzanti, N. de T.).

estaban en obra la Anic de Rávena o la Raffinazione de Gela. En la industria privada tomaba la delantera la Fiat gracias al gigantesco y modernísimo ciclo de Mirafiori para la producción del 600, que hacía crecer el parque automovilístico y aumentaba las actividades económicas derivadas de su fabricación; todas ellas actividades que necesitaban infraestructuras adecuadas.

De la petroquímica derivaban miles de productos de plástico. La industria textil introducía maquinaria automatizada y estimulaba la producción de fibras sintéticas. El sector de la agricultura modernizada pedía fertilizantes y máquinas agrícolas, que la Federconsorzi comercializaba y concedía, con la ayuda pública, incluso a una franja de campesinos bajo la égida de la Coldiretti de Bonomi. Todavía más reciente era la multiplicación, casi desde la nada, de nuevas empresas, inicialmente medianas y muy pronto grandes, que pasaban de la semiartesanía a la producción a gran escala en los diferentes sectores de electrodomésticos. Todas a un tiempo buscaban trabajadores no muy cualificados y sin grandes aspiraciones, también en los pequeños centros, antes de poderles ofrecer una residencia más decente.

Tal expansión de la industria manufacturera producía, y pronto habría multiplicado, dos grandes consecuencias, sociales y culturales además de económicas. Antes que nada, rediseñaba el mapa del poder real, aquel que no permanece dentro de los muros de Montecitorio[33], sino que penetra en la sociedad, regula sus conflictos y orienta sus consensos. Volvía así nuevamente al escenario, como sujeto autónomo y organizado, la gran burguesía industrial y financiera. Esta última había salido de la guerra políticamente deslegitimada y económicamente debilitada. No era capaz de soportar la competencia del mercado internacional ni de asentar una hegemonía política y cultural, ni de gobernar un conflicto social entonces libre de manifestarse. Había recuperado un control de la industria apoyándose sobre la base de la coalición lograda con la Democracia Cristiana, que la dominaba. El despegue del desarrollo económico había sido, sin embargo, tal como hemos visto, impulsado por la industria pública y mantenido por las decisiones del poder político, de sus aparatos.

Con todo, desde mediados de los años cincuenta el gran capital volvió a encontrarse en situación de asumir un papel de mando, con su programa explícito. Impedir que la empresa pública, una vez cumplido su cometido, pretendiese asumir una función de liderazgo en el futuro. Evitar un sistema fiscal que desplazase el equilibrio de la imposición indirecta a la directa y limitase sus beneficios. Prolongar la contención de las reivindicaciones sindicales y orientar el gasto público allí donde

33 Sede de la Cámara de Diputados (N. de T.).

fuera directamente necesario para la competitividad de las empresas. El gran capital tenía la propiedad directa de la prensa (aparte de *Il Giorno* de Baldacci, mientras duró). Y tenía la ausencia de escrúpulos necesaria para amenazar con la movilización de toda la Italia reaccionaria, que pervivía. Ya en su tiempo De Gasperi lo había definido como el "cuarto partido" con el cual hacer las cuentas.

Una segunda consecuencia del *boom* industrial concernía a la relación entre producción y consumo. Se podría hablar de "consumismo precoz", no era solamente un fenómeno coyuntural, sino estructural. Tanto el desarrollo industrial como las inversiones futuras estaban estrechamente ligados a las exportaciones, y éstas estaban orientadas al mercado común europeo, que al inicio era, y así seguiría siendo durante mucho tiempo, una simple unión aduanera (salvo un proteccionismo residual en la agricultura, con ventaja de los países más fuertes). Las exportaciones estaban, por tanto, orientadas a los países limítrofes, en su conjunto más adelantados que Italia, que seguía siendo un país medianamente pobre. Estos países absorbían sobre todo bienes de consumo duraderos y de masa, automóviles, televisores, electrodomésticos, mobiliario. En esa misma dirección se orientaban, a su vez, mediante el mensaje mediático (el debut de la televisión), las alternativas o las aspiraciones de consumo interno, incluso de quien aún carecía de bienes primarios, tanto individuales como, y todavía más, colectivos. La palabra *consumismo* está usada, en este caso, con moderación. Porque en esa fase se trataba, en la práctica social, de satisfacer necesidades en sí mismas primarias: un pequeño medio de transporte en ausencia de transportes públicos para ir al trabajo o hacer unas modestas vacaciones; un televisor como primera ventana al mundo tras siglos de aislamiento. Sin embargo, introducía una tendencia, presente en el modelo estadounidense, en la que prevalecía lo individual sobre lo colectivo, la afirmación del símbolo de estatus por encima de las necesidades reales, es decir, creaba un nuevo estilo de vida. Y el gasto público, por razones económicas, pero también de integración social, contribuía a respaldar dicha tendencia. En 1959, por ejemplo, el Estado destinó 36 mil millones a los ferrocarriles ya obsoletos o inexistentes y dos billones a vías y sobre todo a autopistas; la sanidad quedó durante bastante tiempo en manos del Instituto Nacional de Salud, que excluía a gran parte de la población y estaba directamente financiado no por la hacienda pública, sino por los trabajadores. El "consumismo", por tanto, precedía a la "opulencia" y a una redistribución más equitativa de la renta.

Podría continuar enumerando los aspectos de la agitación social y cultural que el milagro económico italiano, librado a su espontaneidad, determinaba y recorría. En cualquier caso, todo cuanto he dicho es suficiente para comprender cómo este fenómeno reproduciría

de forma nueva una imbricación entre modernidad y atraso; de qué manera alimentaría desequilibrios y razones del conflicto territorial y de clase, entre norte y sur, entre capital y trabajo, entre vieja y nueva clase media. Para completar el cuadro, hay, sin embargo, que agregar un elemento más, a menudo desatendido. Esta agitación económica no dejaba absolutamente inmune al bloque político y social sobre el cual la Democracia Cristiana había construido su indiscutible supremacía. Ese bloque se había consolidado trabajosamente como coalición de emergencia para cerrarle el paso al "peligro comunista", con el pleno apoyo, aunque vinculante, de los estadounidenses, de una clase media todavía no inmunizada contra el influjo parafascista, pero sobre todo de las grandes masas católicas, en su mayoría campesinas, movilizadas por la Iglesia de Pío XII, pero marcadas también por antiguas experiencias de solidaridad o por la participación en la reciente Resistencia. De Gasperi había logrado afianzar la unidad con el apoyo del cardenal Montini y el ejercicio del poder estatal. De todos modos, ya en 1953 había conocido una ruptura por la derecha, después recuperada nuevamente gracias al éxito de la economía. Este mismo éxito, sin embargo —migraciones, urbanizaciones, la burocracia que quedaba relegada en ingresos y en el reconocimiento social, la autonomía reconquistada por la gran burguesía, la expulsión del campo— creaba demasiadas grietas y estimulaba intereses divergentes. Al decaer la Guerra Fría, el "peligro comunista" perdía parte de su fuerza unificadora. El mismo Vaticano comenzaba ya a desconfiar del proceso de secularización, y además, había ascendido al pontificado un hombre conocido como un conservador prudente, pero no un clerical, más inclinado a observar el mundo que a intervenir en la política italiana. Por tanto, la supremacía estaba amenazada, el régimen democristiano tenía que redefinir su fuerza básica.

Lamento tener que reconocerlo, porque entre él y Moro mis simpatías recaen sobre el segundo. No obstante, fue Fanfani el único que entre todos, democristianos o no, entendió el problema que se originaba, y tuvo la inteligencia y la valentía, si no de resolverlo, sí de equiparse para afrontarlo. Antes que nada, y en lugar de buscar la respuesta construyendo nuevas alianzas políticas, hizo todo lo posible por construir un nuevo bloque social. Era antipático, y yo creo que peligroso, pero era un político audaz de gran envergadura, no un politiquero, ni un moderado. Y, en efecto, comenzó inmediatamente, trabajando sobre la sociedad y sobre los intereses divergentes que la recorrían. Y construyendo, ante todo, un verdadero partido. En sustancia, experimentando un compromiso para nada histórico, pero no irrelevante y duradero en algunos aspectos. Quizá sea más exacto decir, muchos compromisos, establecidos en diferentes direcciones. En cuanto a la presencia de lo público en la economía, Fanfani no sólo no la redujo, sino que la conso-

lidó, manejándola directamente con hombres obedientes y ligados a él, unificándola bajo un único ministerio en el que asentó la autonomía en la contratación sindical (la Intersind). En cambio permitió y favoreció que algunas empresas públicas, las más eficientes, en vez de convertirse en puntas de lanza de una programación, se integrasen paulatinamente en el concierto de la industria privada, y que otras, por el contrario, se convirtiesen en reserva tanto del clientelismo como del asistencialismo y "socializasen" las pérdidas con déficits cubiertos por el Estado y nunca bien calculados.

En las ciudades que habían crecido impetuosamente, el gran campo de la construcción, nacido al socaire de la promesa de viviendas de protección oficial mediante el INA-Casa[34], fue abandonado en la práctica al capital privado y a las construcciones sin diseños urbanísticos, sin planes reguladores y, al mismo tiempo apoyadas, a través de los bancos, con préstamos a largo plazo y facilidades fiscales, por la demanda privada individual y por pseudocooperativas. De esta manera se formaba un "bloque de la construcción" que vinculaba a parte de la clase media, en particular a empleados públicos, con la defensa general de los derechos de propiedad.

Tanto a la pequeña y mediana empresa agraria, en su parte más vivaz, como al empleo estatal, se le concedieron mejoras de renta y particulares condiciones de favor, sobre todo concernientes a las pensiones, o nuevos empleos en una escuela aún no reformada.

A fin de regular la dinámica salarial, a medida que la represión o el desempleo perdían su eficacia, se activó durante algunos años, bajo la cobertura de una aparente contratación empresarial, la usanza de los acuerdos por separado y de los sindicatos amigos de los patrones.

Particularmente inteligente y premonitorio fue el uso de la televisión pública, totalmente controlada, con una orientación semiclerical, pero de buena calidad y bien dirigida.

Por último y sobre todo, estuvo la invención de un tipo especial de estado de bienestar, basado principalmente en las transferencias monetarias a los excluidos, no como un derecho universal, sino como subsidios concedidos a determinadas zonas, asignados de hecho a un cambio en los consensos: mantenimiento de los precios agrícolas para productos con frecuencia inexistentes, pensiones por invalidez a menudo supuestas, créditos a fondo perdido para pequeñas empresas jamás fundadas.

De esta manera el partido-Estado y el entrecruzamiento entre lo público y lo particular habían echado raíces en la sociedad, aún antes

34 Plan de intervención del Estado para realizar construcción pública sobre todo el territorio italiano durante la inmediata posguerra, con fondos administrados por una organización adyacente al Instituto

de decidir las alianzas, incluso alternando gobiernos diferentes: el centrismo de hierro de Scelba, alianzas variables con partidos menores, gobiernos "balneario", o convergencias ocasionales con la derecha. La hegemonía del fanfanismo sobrevivió incluso cuando la gestión centralista y autoritaria de su inventor impulsó a la mayoría de la DC a limitar su poder personal. Era, de hecho, una expresión del milagro económico y una respuesta preventiva frente a los problemas que sobrevenían. Y era también un ejemplo de la imbricación entre modernidad y atraso.

EL RETORNO DE LA CLASE OBRERA

Sin embargo, todo el edificio sólo podía durar mientras resistiera su pilar fundamental, es decir, mientras contara con la aquiescencia de esa clase que había pagado los costes del desarrollo y había contribuido a éste.

Si buscamos un hilo conductor para todo el decenio, una clave de lectura de sus variados acontecimientos, creo que se puede y se tiene que buscar en el prolongado y peculiar "retorno obrero". El término *retorno* es adecuado, porque remite a antiguas raíces, pero puede resultar limitador, porque subestima grandes novedades que ya están en camino. Por viejas raíces, que parecían extirpadas, entiendo el fuerte nexo entre lucha económica, conciencia de clase y lucha política; y entiendo el protagonismo de las iniciativas de base, que iban más allá de los equilibrios institucionales y atravesaban incluso a los propios grupos dirigentes. Cada uno de estos aspectos estaba en el espíritu de los tiempos. De hecho, algo similar estaba también presente en las luchas que, durante los mismos años, se desarrollaron en diferentes países europeos, como por ejemplo Inglaterra y Alemania, pero allí un aspecto excluía al otro y en cualquier caso no contribuía ni a uno ni al otro (la fragmentación de los *shop stewards* ingleses[35] era algo muy diferente de la concertación y de la cogestión arrancadas por los alemanes). En nuestro país, en cambio, los diferentes aspectos se sumaban de inmediato y se entrelazaban. No por casualidad.

En efecto, en Italia la Resistencia contra el fascismo había comenzado con las huelgas de 1943 y de 1944 que, aun orientadas hacia la reconquista del pan de cada día, le ofrecieron un apoyo de masas en las grandes ciudades: la lucha económica y la política se mezclaban y creaban una renovada conciencia de clase. Los obreros defendieron alzados en armas las grandes instalaciones industriales ante el desmantelamiento que planeaban los alemanes, ya en desbandada, y trataron de construir, en el vacío de poder en la fábrica creado por el colaboracionismo o por la expatriación de los patronos, una experiencia

35 Delegados sindicales (N. de T.).

consejista efímera pero jamás olvidada. Todavía durante la posguerra continuaron con luchas sociales que, en la pobreza general, lograban limitados resultados salariales, pero arrancaban derechos que no serían ya eliminados: negociación de los despidos colectivos, escala móvil, comisiones internas como órganos reconocidos y regulados. De todo esto había nacido un tipo particular de organización sindical. Un sindicato que durante los primeros años formó, sobre la base de un pacto suscrito por la totalidad de las fuerzas antifascistas, una gran organización que conservó para siempre la forma de una confederación, tanto en sus organismos centrales como en los territorios, a fin de obstaculizar iniciativas corporativas de algún sector, o de alguna profesión, y para permitir la lucha alrededor de los grandes temas de la protección social o en defensa de la democracia constitucional.

En su primer congreso de 1947, ese sindicato contaba con 5.700.000 afiliados: en la práctica más de la mitad de los trabajadores de la industria estaban sindicados. Votaron 4.900.000 afiliados, distribuidos de esta manera: 2.600.000 a la corriente comunista, 1.100.000 a la corriente socialista, 650.000 a la cristiana, 200.000 a corrientes laicas menores. La escisión de 1948 fue, casi completamente, un reflejo de la ruptura de las alianzas de gobierno y de la Guerra Fría; los estadounidenses intervinieron en ella directamente y la financiaron. La unión entre socialistas y comunistas le garantizó a la CGIL conservar su fuerza organizativa, mantener un peso, y la posibilidad de tomar alguna iniciativa eficaz, como por ejemplo la propuesta de un Plan del trabajo; y permitía a los colectivos obreros mantener alguna resistencia ejemplar, como la ocupación y la gestión de los Talleres Mecánicos Reggiane con el apoyo de la ciudad entera. No bastó, sin embargo, para evitar un auténtico y total colapso del poder contractual y del conflicto. Dicho colapso era producto de aplastantes factores objetivos: la nueva oleada de despidos por remodelación o por cierre de fábricas enteras; una represión concertada entre el Estado y la patronal orientada a sofocar el conflicto social; más tarde, pero con no menos eficacia, la aparición de diferencias sociales en el seno de la clase obrera, relacionada con las transformaciones tecnológicas o con las dimensiones dispares de las empresas. Por último, lo que terminó de desarraigar las experiencias del pasado fue la expulsión de las fábricas de las vanguardias precedentes. Incluso cuando el desarrollo económico se hizo evidente y ofrecía por fin algún margen de mejora, la situación permaneció inmutable durante mucho tiempo: el "silencio" obrero se prolongó casi hasta 1960. A esta situación contribuyeron los "nuevos sindicatos" nacidos de la escisión de 1948 que, durante algunos años, colaboraron activamente con la patronal, firmando acuerdos por separado, desmontando las huelgas. Para valorar el peso de la orientación del sindicalismo católico

durante aquellos años, y el papel que tuvo, después, su corrección, me parece útil y suficiente constatar un hecho. Un hecho desconocido o desatendido, que he reconstruido con la memoria y con una puntillosa documentación, que quiero citar.

Todos recordamos la dramática derrota de la FIOM [comunista] en la Fiat en 1955: en la elección del comité de fábrica aquélla había obtenido siempre la mayoría absoluta; de pronto cayó al 35% de los votos, contra el 51% de la CISL[36] [socialista] y el 25% de la UIL [democristiana], esta última aun más dócil con los patronos. Se abrió de inmediato un debate en torno a las razones de esta derrota, tanto en la CGIL como en el PCI: ¿qué parte se debía a la represión, qué parte a la presencia de sindicatos complacientes, a la nueva organización del trabajo y al retraso de la misma CGIL en entenderla y en enfrentarla? Era una cuestión difícil de dirimir, porque todos estos factores habían contribuido a la derrota. Sin embargo, tres años después, las nuevas elecciones en la Fiat ofrecieron una clave de lectura. Pastore, secretario nacional de la CISL, apoyado por Donat Cattin, declaró que no se presentaría a unas elecciones fraudulentas y manipuladas, ganando así en honradez. El resultado, sin embargo, fue sorprendente. La FIOM recuperó algunos puntos, pero la CISL se derrumbó de 20.000 a 7.000 votos, y sus afiliados en Turín pasaron de 18.000 a poco más de un millar; su puesto lo ocupó un auténtico sindicato amarillo, el SIDA. Este simple dato lo decía todo: que hasta ahora la CISL debía su éxito en la Fiat a su función de cobertura, que ésta estaba buscando colocarse de otra forma, pero también que la aquiescencia de los trabajadores no estaba ya vinculada tan sólo al chantaje, sino que se había convertido en un consenso pasivo, una ideología bajo la que se incubaba la rabia individual. Era posible romperlo tan sólo adecuando las plataformas, construyendo una iniciativa desde abajo sostenida por una memoria, formando una nueva conciencia de clase y una renovada motivación del ideal. Para decirlo en términos gramscianos,"cuestión obrera".

En el paso a los años sesenta, esa pasividad disminuyó, casi de improviso, y surgió en cambio una combatividad más allá de toda previsión, de la cual redacto sólo la simple crónica de los hechos. La primera oleada de una evidente emergencia obrera comenzó en 1960, con el conflicto sindical de los electromecánicos —no por casualidad, era en Milán donde el hilo de la memoria no había sido del todo eliminado. La plataforma reivindicativa era prudente respecto al plano salarial, pero tocaba otros aspectos de la distribución del trabajo, sobre todo implica-

36 *Confederazione Italiana Sindicati Lavoratori*: confederación de sindicatos de los trabajadores nacida en 1948, autónoma de su entorno político y confesional, de inspiración cristiana y con una organización laica (N. de T.).

ba el reconocimiento del derecho al convenio colectivo. A este respecto la patronal se cerraba en banda. Uno de ellos hizo un llamamiento a los colegas: "en la fábrica, al final solamente es uno el que tiene que decidir" y el contrato nacional debe bastar hasta su vencimiento. El conflicto sindical se prolongó durante meses, desde septiembre hasta febrero, y en la larga negociación poco a poco la base se iba pronunciando; las empresas más combativas arrastraban a las otras. En diciembre, una invención emocionante: la Navidad en la plaza. Se dirigían, hacia la plaza de la catedral, dos cortejos diferentes, el de la CGIL y el de la CISL, que durante el camino se fundían: cien mil obreros. La gente que estaba en la plaza se solidarizaba. Había, por primera vez, una participación organizada de estudiantes. El cardenal Montini bajó a bendecir a los trabajadores. En ese momento, la Intersind firmó un protocolo de acuerdo preliminar. Las empresas privadas se doblegaron una por una. Era la primera victoria sindical y política después de muchos años; la unidad había encontrado la forma de andar.

En 1961 y durante los primeros meses de 1962, la renovación de diferentes contratos nacionales profesionales produjo aumentos salariales de entre el 7 y el 13%, y se formularon demandas en Alfa, Siemens, CGE, donde la patronal reaccionaba en contra del convenio colectivo complementario. La Fiat trató de prevenirlo con un acuerdo independiente con el sindicato amarillo. Los sindicatos metalúrgicos decidieron entonces anticiparse al vencimiento de su convenio nacional, a punto ya de expirar, y convocaron una huelga los días 7, 9 y 10 de julio. El primer día la huelga tuvo éxito en casi todas las empresas turinesas, excepto en la Fiat, donde fracasó. Sin embargo, en pocas horas se fraguó una campaña colectiva, masiva, a cargo de los propios obreros, de concienciación y de ataques verbales a los esquiroles, delante de la fábrica y también en las áreas residenciales. El segundo día la Fiat también se vació. Intervenían jóvenes, estudiantes y marginados que se manifestaban y se enfrentaban con la policía; en todas partes los trabajadores meridionales fueron protagonistas de su primera experiencia. El 29 de diciembre la Intersind firmó un acuerdo que reconocía el derecho a la negociación colectiva en el trabajo a destajo, la prima colectiva a la producción, los ritmos de trabajo en cadena. El convenio nacional se firmó en febrero, pero solamente después de una huelga general de toda la industria. Se obtuvieron mejoras económicas, en diferentes conceptos, del 32% respecto al convenio precedente. No era menos importante la novedad introducida en la ordenación contractual que superaba, en un terreno ya avanzado, una larga disputa en relación con la cual el sindicato se había dividido durante mucho tiempo entre "generalistas" y "corporativistas". El contrato de categoría se mantenía de hecho para garantizar normas válidas para todos, en particular en relación a la

definición de los niveles retributivos mínimos, pero se podía integrar con acuerdos empresariales acerca de cuestiones inherentes a las condiciones específicas de trabajo, o con mejores salarios correlativos, pero no subordinados a la evolución económica de las empresas. Tampoco era menos importante el hecho de que a esos resultados hubiese contribuido no sólo la huelga de la "nueva clase obrera", sino también la participación activa desde la base, que a menudo iba más allá de los tradicionales conflictos sindicales. En 1963 las luchas se extendieron y se alcanzó en todo el territorio nacional la punta máxima de horas de huelga.

Esta escueta crónica del retorno sindical es suficiente para iluminar un elemento que explica su carácter inesperado y su amplitud. A la prolongada continencia de los salarios se unía la rabia acumulada por la desorientación y los tremendos sacrificios impuestos por la emigración, y el nuevo cansancio ligado a la organización taylorista del trabajo. En cuanto las luchas empezaron a abrirse paso, todo aquello iba a dar lugar a una mezcla explosiva, a darles desde el comienzo un carácter radical de "lucha de liberación". Y ese paso se abría por el hecho de que ya, por lo menos en algunas regiones, el mercado de trabajo se acercaba a la plena ocupación.

Las razones de los obreros se podían discutir, pero ya no impugnar. Sin embargo esto no habría sido suficiente sin el concurso de otros factores. De entrada, la reanudación del conflicto social sucedía en un país en donde, a diferencia de otros lugares, existían un sindicato y un partido fuertes que mantenían encendida la idea de clase y un antagonismo auténtico con el sistema social dominante. Al mismo tiempo los obreros habían por fin incorporado, aunque fuese con dificultad y retraso, la capacidad de ver y la voluntad de amoldarse a las nuevas características que el conflicto de clase iba desarrollando. Y lo sostenían con convicción, en efecto; a esta nueva oleada contribuían, en primer término, sindicalistas y políticos, comunistas (como Di Vittorio hasta que murió, Trentin, Minucci), socialistas (como Foa y también Santi), intelectuales (como Panzieri y Leonardi) y muchos otros.

En segundo lugar, el desplazamiento del mundo católico resultó ser más profundo y duradero de lo que parecía al comienzo. Ya una apertura perceptible en la *Mater et Magistra* de Juan XXIII había ofrecido un nuevo espacio en la CISL y luego en las ACLI[37]. Sin embargo, pronto la *Pacem in Terris* y la preparación del concilio darían lugar a algo más.

En tercer lugar, e inmediatamente, el cambio generacional. Los jóvenes de los años sesenta en Italia, como en otros lugares, acepta-

37 Asociaciones Cristianas de Trabajadores Italianos (N. de T.).

ban cada vez menos los vínculos con la autoridad establecida, estaban sugestionados por nuevos estilos de vida y se adaptaban a estos en la medida en que lo permitía un nivel de renta que todavía los excluía; aun así, todo aquello no se limitaba a la música o a los comportamientos en la vida privada, se conjugaba con el recuerdo del antifascismo y un enfrentamiento ideológico nunca resuelto, la gente se metía en política aunque fuese de manera instintiva y a menudo fuera de las organizaciones. El movimiento popular, surgido en julio de 1960 tras el acuerdo entre Tambroni[38] y los fascistas, se extendió por todo el país, pagó un precio con sus muertos, pero prevaleció; y los "jóvenes con camisetas a rayas" fueron sus protagonistas.

Todo esto se reflejó enseguida en un crecimiento electoral del PCI, pero en la sociedad fue el preludio de una nueva convulsión más amplia y diferente, el largo sesenta y ocho que en Italia no fue tan sólo estudiantil sino también obrero, duró varios años y más tarde involucró a estratos sociales más extensos. Si se excluye, o si se menosprecia este hilo conductor, no se puede entender en absoluto el "caso italiano", y mucho menos lo que el PCI discutió y el papel efectivo que desempeñó, y que podía haber desempeñado mucho mejor, en la agitación de los años sesenta.

38 Tambroni, en 1960, con un panorama parlamentario en crisis, formó un gobierno monocolor democristiano sin mayoría absoluta. Para superar el voto de confianza aceptó el apoyo de los neofascistas del Movimiento Social Italiano, buscando sofocar el descontento en el país con una acción enérgica y autoritaria. Se sucedieron manifestaciones, particularmente violentas, llegando a los 13 muertos. Tambroni, aislado también en su propio partido, fue obligado a dimitir (N. de T.).

[Capítulo VIII]

EL CENTROIZQUIERDA

El centroizquierda, es decir, una mayoría de gobierno fundada ante todo sobre la alianza entre democristianos y socialistas, fue la expresión política de esa revuelta económica y social y el intento de ofrecer una respuesta adecuada al mismo. El Partido Socialista fue el promotor de ese intento, pero también la víctima principal de su fracaso.

Confieso que algunos años antes me habría resultado difícil evitar una crítica no sólo dura contra el centroizquierda, sino superficial y un poco tendenciosa. Pienso todavía que no puedo renunciar a la crítica, porque he encontrado progresivamente la plena confirmación en los hechos. Y las consecuencias negativas de esa política se han revelado evidentes y duraderas. Aun así, siento el deber de ejercerla con un espíritu diferente y planteándome nuevos interrogantes, por una razón relacionada con el presente que no es obvia en absoluto, y que podría en apariencia avanzar en una dirección contraria, es decir, hacia ese tipo de demolición sin matices y poco generosa de una historia compleja, que le reprocho a quienes así lo hacen con el comunismo italiano. Hoy en día, mientras que la palabra *comunista*, en todas sus versiones, ha sido en general eliminada y se considera comprometedora, la palabra *socialista* sufre una inflación. Una multitud se disputa el derecho de apropiársela para hallar una tradición con la cual legitimarse, o simplemente para poderse relacionarse con partidos europeos que todavía cuentan y merecen respeto. De todas maneras, viéndolo mejor, el destino no es, después de todo, tan diferente en ambos casos. En efecto, la palabra *socialista* se emplea hoy en día con diferentes significados o más frecuentemente sin ninguno, y con una total indiferencia con

respecto a la historia compleja que lleva sobre sus hombros. Kautsky, Rosa Luxemburg o Bernstein, Bauer o de Man; Palme, Guy Mollet o Tony Blair, Nenni y Turati o Saragat; Lombardi o Basso hasta Craxi: todos conviven en un guisote en el que no se reconocen los sabores. El socialismo italiano tiene en cambio una historia interesante y original, hecha de grandes luchas, merecidas derrotas, intentos logrados y fallidos; y ha arribado a un final humillante. Uno de los pasos cruciales de esa historia es precisamente la experiencia del centroizquierda, que por tanto hay que considerar con seriedad y valorar en su desarrollo y en sus consecuencias, tanto inmediatas como a largo plazo.

Se comenzó a hablar de ello con demasiada anticipación, atravesó diferentes fases y se presentó en diferentes versiones. La propuesta empezó en 1955 con Rodolfo Morandi, que la concibió como el primer paso de un giro político que aún no podía involucrar a los comunistas, pero que excluía una ruptura con ellos. La Democracia Cristiana, salvo una pequeña minoría, no la tomó en serio. El Vaticano y los Estados Unidos le pusieron un veto sin dudarlo, considerándola un peligroso engaño. Los acontecimientos de 1956 y el encuentro de Pralognan permitieron volver sobre ella; con todo, cuando Saragat se apresuró a aclarar que se trataba tan sólo de una ampliación de la mayoría centrista, de un paso del PSI hacia el campo Atlántico, la mayoría de los socialistas se mostró contraria, y en la DC, desautorizado Fanfani, prevaleció la corriente *dorotea* que, en su conjunto, no estaba en absoluto dispuesta a renunciar a la supremacía democristiana y veía con prejuicios las alianzas ocasionales y subalternas. El mismo Moro, en 1959, lo dijo claramente: "Quien no está en contra del comunismo está forzado a estar con el comunismo. Es necesario, por tanto, que el honorable Nenni escoja, a sabiendas de que las medias tintas no son suficientes. Hasta entonces el PSI no puede servir para la defensa de la democracia italiana".

Entre 1957 y 1959, los gobiernos Zoli y Segni, que sucedieron a Scelba, se sostenían gracias a los votos de la extrema derecha. Y al comienzo de 1960, *L'Osservatore Romano* escribía: "El socialismo, hasta en sus formas más moderadas, incluso si repudiase a Marx y a la lucha de clases, no puede conciliarse con el catolicismo". El caso, dramático y grotesco, del gobierno Tambroni hizo a todos visible, sin embargo, que no se podía andar a tientas. Los grandes cambios acaecidos en la economía, en el conflicto social, el giro que estaba dando la Iglesia, el nuevo cuadro internacional hacían necesario, y urgente, un giro en las posiciones y en los planes de gobierno. Se trataba de decidir cuáles y con quién. En ese momento, 1961, el "centroizquierda" emergió como problema inmediato y político, que habría pronto que enfrentar, que era inevitable, y estuvo claro enseguida que se podía afrontar con intenciones políticas y plataformas programáticas diversas, incluso alternativas

entre sí: ¿la propuesta adelantada por Morandi en 1955, o bien aquella que había surgido del encuentro de Pralognan y de los comentarios que Saragat le había agregado?

El aspecto más interesante de la situación estaba justamente en esta ambigüedad inicial, que podía resolverse de un modo u otro. En efecto, en primer lugar, cuando todavía se trataba de discutir, antes que de escoger, cuando las fuerzas reales no estaban aún completamente movilizadas, la hipótesis del centroizquierda se asumió en una versión muy avanzada y la condujeron hombres inteligentes y de peso. Me refiero a dos convenciones nacionales: la de San Pellegrino, promovida por la DC —en la que intervinieron Ardigó y Saraceno— y la de Roma, promovida por los amigos del *Mondo*, y del *Mondo Operaio*, con aportes de Scalfari, Lombardi, Manlio Rossi Doria y Ernesto Rossi. En ambas convenciones, intencionadamente, la discusión dejaba de lado los temas más directamente políticos, en particular los internacionales, y se centraba en el análisis de la situación económico-social, para definir sobre todo un programa de política económica. Sin embargo, en este ámbito la discusión era muy valiente, tanto en la denuncia explícita de los fenómenos negativos que un desarrollo confiado exclusivamente al mercado estaba produciendo y produciría, como en la propuesta que adelantaba para corregirlos. Era un discurso sinceramente reformador: nacionalización de la energía eléctrica y lucha en contra de los nichos ocultos de la renta; prioridad a la cuestión meridional como asunto nacional; crítica del consumismo inducido; innovación de los pactos agrarios; reforma urbanística. Por encima de todo dominaba la idea de una programación económica en la que las empresas públicas asumiesen un papel de vanguardia, sin renunciar a la eficiencia, coordinadas por un "plan". Sobre esa plataforma ambas posiciones convergían sustancialmente. No era, por tanto, absurdo pensar en el beneplácito de Moro, Nenni, Vanoni y, en parte, de La Malfa.

Yo seguí ambas conferencias con verdadero interés, aunque también con desconfianza. La desconfianza, tengo que reconocerlo, se debía quizá en parte a mi prejuicio ideológico en relación a la palabra genérica *reformismo*, que abría el camino a un pragmatismo adaptable a múltiples usos. Con todo, mi desconfianza no carecía de razones: no conseguía ver de qué manera tal dirección programática pudiera consolidarse sin romper los equilibrios políticos reales, de qué manera podría doblegar la intransigencia de la patronal de la Cofindustria, excluyendo, de partida, cualquier aporte de los comunistas y de las fuerzas que ellos organizaban, sin la participación convencida del sindicato, y servir para escapar al inmovilismo en el plano intenacional. Recuerdo que al salir de San Pellegrino, en un intercambio de ideas con mi viejo amigo Granelli, le dije, tal como me había enseñado Giorgio Amendola:

quien tenga más hilo tejerá más tela. Pero mi interés no estaba limitado por la desconfianza, y en efecto, me esforcé intensamente en el sector en el que tenía una responsanilidad precisa, es decir, en la cuestión urbanística, en la que el PCI tenía un gran peso gracias a la afinidad con diversos intelectuales, a fin de apoyar los intentos de Giolitti y de su brazo derecho, Gianotta, de conseguir hacer aprobar la propuesta de ley urbanística de Sullo que después, por el contrario, fue liquidada. Con todo, después del derrumbe de Tambroni a los socialistas los dejaban todavía en el felpudo de la entrada. Se conformó un gobierno Fanfani-Saragat, y el PSI lo apoyó con una abstención no reconocida ni pactada, a la que Moro, quizá sin percatarse de la ironía, llamó la de las "convergencias paralelas".

El primer intento explícito de un acuerdo político entre DC y PSI tuvo lugar finalmente en 1962. Dejó todavía fuera del gobierno al PSI, pero se comprometió con algunas de las reformas auspiciadas en San Pellegrino. Este nuevo gobierno también estaba dirigido por Fanfani que, al no ser ya el secretario del partido, se había desplazado a la izquierda y, por temperamento, estaba acostumbrado a hacer enseguida lo que quería o tenía que hacer. Además, el ministro del Tesoro La Malfa puso una nota adicional de ayuda, al proponer un Comité para la programación económica, que se confió de hecho a Saraceno. En consecuencia se llevó a cabo, en poco tiempo, la nacionalización de la industria eléctrica y la introducción de un impuesto sobre las ganancias financieras a fin de obstaculizar la evasión fiscal, y se instituyó la escuela media única. Por lo tanto, paradójicamente, el momento en el que el centroizquierda resultó ser más incisivo y resuelto fue cuando su parto no se había aún producido.

Mirándolo bien, sin embargo, ya entonces se podían medir los obstáculos y los adversarios que se le oponían y lo condicionaban. La nacionalización de la industria hidroeléctrica era un objetivo histórico de toda la izquierda y era difícil movilizar a la opinión pública para contrarrestarla a cara descubierta: porque la Edison y sus satélites administraban ese recurso natural, y por tanto objetivamente público, con instalaciones hacía tiempo amortizadas, obteniendo una renta monopolística y actuando como un grupo financiero. La empresa encontró, sin embargo, no sólo la manera de amortiguar el golpe, sino además de desnaturalizar su finalidad por medio del mecanismo de la indemnización. En efecto, bajo presión del Banco de Italia y de la derecha democristiana se decidió la concesión de una gigantesca indemnización, no a la vasta masa de pequeños accionistas, bajo la forma de obligaciones, y por tanto al servicio de un plan público de inversiones a largo plazo y de prioridades establecidas, sino directamente a los grupos que controlaban la industria eléctrica. Dinero que se gastó, y que en muchos casos

se disipó, en las acciones más disparatadas y en busca de las más inmediatas conveniencias, hecho que aceleró la formación de unas finanzas de cajas chinas y que integró a los intereses públicos con los privados. La muerte violenta de Mattei, el ascenso de Cefis a la cumbre de la ENI y su ulterior paso a la Montecatini, simbolizarían ese fenómeno y anticiparían la existencia de una poderosa oligarquía económica permanente y a menudo corrupta. En cuanto al impuesto sobre las rentas financieras, primera pieza de una reforma fiscal que jamás llegaría a término, muy pronto se enmendó de tal manera que incitó la exportación clandestina de capitales que luego regresaban desde el extranjero disfrutando de ventajas fiscales.

La guerra preventiva de la derecha, en todos sus componentes, no terminaba aquí. Asumió el carácter de una fuerte movilización política que ponía el acento, sobre todo, en la propuesta de reforma urbanística que se preparaba. Esta reforma no sólo pretendía poner fin a la sustancial irrelevancia de los planes reguladores, sino que separaba el derecho de propiedad de la tierra del derecho de edificación: cuando un terreno se convertía en área edificable, podía ser adquirido a precio agrícola por el ayuntamiento, que concedería el derecho de construcción a precios que incluían los gastos de urbanización. Se liquidaba así la renta arbitraria asegurada a propietarios o a constructores con la conversión de un terreno agrícola en edificable por medio de una modificación del plan regulador, con frecuencia obtenida con la corrupción y, en cualquier caso, reservando para el ayuntamiento los gastos de urbanización. La racionalidad de tal reforma era, y aún lo sería, indiscutible; aseguraba una gestión honesta y civil en una fase de migración impetuosa hacia la ciudad, una garantía para la protección de un territorio tan rico de recursos artísticos y paisajísticos. Con todo, la derecha logró convencer no sólo a los especuladores y a los empresarios, sino también a muchos pequeños propietarios, de que en realidad se trataba de una amenaza de expropiación general de la tierra, y convenció a muchos pequeños propietarios de casas de que esta reforma pretendía enajenar su propiedad. Ese tema se asumió como el símbolo de una tendencia general a eliminar el mercado y la propiedad. El efecto inmediato de esta campaña fue el bloqueo de todos los puntos del programa acordado: institucionalización de las regiones, adopción de un plan económico, además de, obviamente, cualquier discusión de los acontecimientos internacionales que en ese momento afectaban a un rearme atómico de Alemania.

De esta manera el centroizquierda llegó en plena crisis a las elecciones políticas de 1963: y eso aún antes de nacer. Y los datos electorales agudizaron los contrastes. A la cabeza iban los comunistas, un poco detrás los socialistas, muy rezagados los democristianos, diezmados

en su electorado conservador. A pesar de todo, la novedad más importante estaba en el hecho de que, en ese momento, Moro se vio impelido a definir su perspectiva política. Él sentía simpatía e interés hacia los Saraceno o los Ardigò, pero no estaba dispuesto a poner en riesgo ni la unidad ni la supremacía de la DC. De acuerdo con su naturaleza, lo hizo sin crear minuciosas controversias sobre los diferentes contenidos de los programas, que se podían ajustar o aplazar según las necesidades.

Apuntó en cambio los ajustes políticos y de principios de los que la centroizquierda no podía prescindir. Con respecto a los comunistas, dijo claramente que no podían tolerarse incertidumbres con ellos, que las regiones se configurarían, si así se decidía, en el momento en el que los socialistas garantizaran que no iban a alinearse con ellos, que el centroizquierda era una ampliación, y no el abandono, del centrismo y del atlantismo. Y para demostrar que iba en serio apoyó a Segni en su elección como presidente de la República, aupado con el voto de las derechas. Los socialistas tuvieron un arranque de orgullo, y en junio de 1963 —la noche de San Gregorio— su Comité Central rechazó la propuesta de un gobierno Moro con su participación directa. El rechazo vino de la izquierda socialista, aunque también de Lombardi y de Giolitti y más reservadamente de Santi; De Martino estaba con Nenni pero dudaba, porque ambos temían que, si se rompía, era difícil recuperar el diálogo con la DC. Se confió la cuestión a un Congreso extraordinario del PSI, que tuvo lugar en noviembre y revocó de nuevo la decisión, y se reabrió la negociación con Moro para la conformación de un gobierno orgánico. Lombardi lo aceptó, convencido de que lo importante era discutir el programa. Durante la negociación Moro utilizó su habilidad siguiendo el esquema habitual: ratificó los acuerdos negociados anteriormente por los que sabía que Lombardi estaba dispuesto a morir: la reforma urbanística, la elaboración de un plan económico quinquenal, pero en una versión edulcolorada sin establecer plazos y sin precisar los instrumentos operantes; recomenzó a vincular la actuación de las regiones a condiciones rígidas, pero sin decir cómo ni cuándo se pondrían en práctica; dejó de lado la cuestión del rearme atómico, postergándola para cuando la situación fuese más clara, y así por el estilo. La composición del gobierno asignó a los socialistas el papel de guardianes y administradores precisamente de acuerdos a los que se sabía de antemano que difícilmente se habrían sometido (por ejemplo Giolitti en el ministerio de Hacienda casi carente de poder, Mancini en el ministerio de Obras Públicas para llevar adelante una ley urbanística que no se realizaría jamás). De esta manera despegó el gobierno Moro, entre reticencias y desconfianzas. Un tercio de los parlamentarios socialistas votó en su contra, fueron objeto de

sanciones disciplinarias, y se produjo una escisión que por sí sola modificaba y no poco el panorama político.

Togliatti era razonablemente contrario a la escisión, porque temía que llevaría cada vez más lejos al Partido Socialista. Sin embargo, durante un encuentro reservado no logró convencer a la izquierda socialista a renunciar a ella. Durante un encuentro aún más reservado y más personal, Basso le explicó el porqué: "Si estuviésemos tan sólo a un paso de posiciones realmente socialdemócratas, podríamos quedarnos dentro para condicionarlo y corregirlo; pero en realidad se ha disparado una carrera hacia el gobierno que llevará rápidamente al PSI a cambiar su naturaleza y su base social y en esto no se puede participar sin verse involucrado y transformado". En efecto, visto desde la distancia, para esa ruptura y en esas condiciones, se pueden emplear las palabras de Gramsci a propósito de 1921: "Es una desgracia, pero es necesaria".

Pocos meses después, la verdad surgió de manera más clara. En una carta privada aunque en realidad más que pública, el ministro del Tesoro Colombo declaró que la situación económica era tan grave y la reacción de los mercados tan amenazante, que se imponía una suspensión de los programas más ambiciosos e incluso la adopción inmediata de una maniobra deflacionista para detener la carrera del aumento salarial. Carli, del Banco de Italia, por su parte también lo pedía. El gobierno cayó en crisis y se hizo la enésima "verificación"[39]. El giro impuesto por la DC se hizo entonces muy difícil de sobrellevar. Lombardi y Giolitti pusieron de nuevo en tela de juicio el acuerdo, y en efecto no aceptaron Ministerios; Nenni siguió adelante orientado por los rumores alimentados por el presidente de la República y la cúpula militar y por el apremio del chantaje de la patronal Cofindustria, lograron doblegar las reticencias en la cumbre y en la base de un partido que estaba ya en plena confusión. Un año después, el golpe de gracia: el insensato intento de una rápida fusión con el PSDI, que pronto se convirtió en lucha por el poder, y que se descompuso en poco tiempo, dejó diezmados a los socialistas y sin perspectiva.

El Partido Socialista comenzó a resurgir diez años después, pero sobre nuevos caballos y con los cromosomas transformados. Tras un intento de regreso a la izquierda dirigido por De Martino, se produjo la elección de Craxi, apoyado por Signorile y De Michelis. Todo parece claro en este asunto, intenciones y resultados, incluidas las responsabilidades de cada uno. Sin embargo no es así. No se puede dar por descontado que, en esa situación real, las cosas tuviesen que salir tal como salieron y no de otra manera.

---

39 Encuentro o serie de encuentros entre los representantes de los partidos del gobierno para averiguar la estabilidad de la coalición (N. de T.).

No quisiera que se me malentendiese. Pensar que, a finales de los años cincuenta, el PSI pudiese o debiese ir al paso del PCI, renunciando a afirmar más claramente su propia autonomía de pensamiento y a reivindicar un papel propio, y que rechazase por ello, a priori, una posible alianza de gobierno con la DC, es una abstracción, una hipótesis escolástica de poca utilidad. Por acertado o equivocado que fuese, por más o menos peligroso que fuese, dicho intento lo ofrecían las circunstancias y estaba enraizado en la cabeza de quien tenía que decidir hacerlo.

Sin embargo, es lícito preguntarse acerca de la famosa "noche de San Gregorio" y de como acabó. No era un arranque de orgullo, veleidoso e inmotivado. En ese momento, en efecto, una plataforma y el acopio de fuerzas reformistas se habían ya definido, y era igualmente clara la coalición que la bloqueaba, el cariz que esa experiencia había tomado y el precio que el PCI habría pagado. Romper la alianza estaba más que justificado; es más, era la condición para retomarla en el futuro de manera diferente. La mayoría de los electores, de los afiliados, de los posibles aliados estaban de acuerdo. Incluso al leer las actas del siguiente Congreso socialista, en el que se reparó la entente entre Nenni, Lombardi y De Martino existen muchos más argumentos en favor de una ruptura que de una continuidad. No casualmente, Nenni podía justificar la propuesta de una entrada aun más explícita en el gobierno casi exclusivamente enfatizando su importancia en sí misma (*la politique d'abord*) o por el temor de salidas subversivas de la derecha (temor que después, en sus memorias, reconoció como exagerado). ¿Qué habría sucedido si la decisión surgida en la "noche de San Gregorio" no hubiese sido sustancialmente revocada casi antes del alba? Con toda probabilidad la DC en ese momento no se hubiese doblegado todavía. Ahora bien, lo más seguro es que el "ruido de sables" del general Lorenzo (con los estadounidenses enmarañados en Vietnam, el retorno electoral de la izquierda en Europa, el sindicato revitalizado, con la experiencia Tambroni a las espaldas, la DC dividida, el Concilio Vaticano en marcha, coincidiendo con el golpe de Estado de los coroneles en Grecia) no tenía credibilidad. Más bien se habrían creado gobiernos centristas débiles, con la ayuda comprometedora y precaria de la derecha y el apoyo incierto de Confindustria. El PCI se habría vuelto más cauteloso y más valiente con respecto a los acontecimientos de Praga. El PSI no habría padecido la escisión y habría reiniciado un diálogo interno. Se podría reflexionar aun más sobre cómo habrían evolucionado las cosas si al llegar, tres años después, la gran oleada de luchas obreras, estudiantiles y de amplios sectores democráticos, se pudiera poner como objetivo a todo ello el derrocamiento de un gobierno conservador, débil y carente de consenso. Es razonable pensar que la historia italiana habría podido tomar un camino diferente, menos plagado de peligros y más rico en

oportunidades para las reformas. A pesar de que, a ese punto, dados los condicionamientos internacionales, hubiese sido necesario buscar un compromiso, y que si el PSI lo hubiese buscado, habrían sido completamente diferentes las relaciones de fuerza sobre las que construirlo y otros los que hubiesen asumido la dirección del proceso. El mismo PCI no se habría encontrado en la tesitura de tener que escoger entre precipitar prematuramente la crisis o abstenerse ante un gobierno monocolor democristiano presidido por Andreotti.

Si se acepta que el PSI, durante los años sesenta, podía realmente tomar un camino diferente del que tomó, es inevitable, sin embargo, preguntarse por qué en cambio tomó y mantuvo el que en realidad lo llevó a un callejón sin salida. Me parece que algo se puede bosquejar sobre ello, precisamente porque sugiere una reflexión en sí misma significativa. Excluyo un elemento que quizá ha tenido un peso, aunque marginal, me refiero a la influencia que pudo haber tenido, en algunos momentos, o en ciertos dirigentes del Partido Socialista, una sutil, reprimida y no siempre injustificada arista de anticomunismo. Probablemente dicha arista ha existido siempre, sobre todo en su componente ex azionista[40], por respetables razones ideológicas y que el PCI sin quererlo había contribuido a alimentar con su suficiencia. Paradójicamente, justo la política de un prolongado entendimiento con la DC puede haberla despertado de nuevo, en lugar de eliminarla, pero de todos modos no es posible creer que quien había prestado apoyo a los comunistas durante los difíciles momentos de la Guerra Fría, de la *Kominform*, se dejara dominar por ese sentimiento en un momento en el que el anticomunismo disminuía, se avecinaba la coexistencia pacífica y la Unión Soviética, aunque seguía siendo criticable, estaba aún en auge.

El impulso para persistir en la experiencia del centroizquierda, pagando un precio creciente, nacía pues en otro lugar y tiene que ser tomado en consideración seriamente. Ante todo, porque en ese momento las dos mayores fuerzas socialistas europeas, el *Labour* inglés y el SPD alemán, que habían mantenido una base de clase y algún que otro vínculo con el marxismo, habían llevado a cabo, explícitamente y con fuerte empeño, un gran cambio. Los escritos de Crosland y la línea política de Gaitskell en Inglaterra, el nuevo programa del SPD en Bad Godesberg no contenían ya ninguna referencia al marxismo, ni una finalidad propiamente socialista. Tal desplazamiento no sólo era implícito, sino que se afirmaba explícitamente como necesario para vincularse a un tipo nuevo de estructura social, lograr el consenso de una vasta clase media, poder aspirar a un papel de gobierno del que desde hacía

40 Referencia al *Partito d'Azione*, partido radical, republicano y socialista moderado (N. de T.).

tiempo estaban excluidos. Los dos grandes partidos consideraban como tarea permanente la redistribución de los beneficios de un desarrollo económico que el neocapitalismo había asegurado y aseguraría para el futuro. Después de mucho tiempo, con fatiga, y sólo cuando fueron mayoritarios, habrían de obtener algún resultado en ese plano, pero precisamente a condición de militar en el campo atlántico. Nada podría ilustrar mejor la idea que una frase de las memorias de Kissinger: "Durante todo el periodo de la guerra en Vietnam no recuerdo ninguna crítica de ningún líder europeo [...]. Brandt y Wilson decidieron voluntariamente no hacer comentarios al respecto".

En el plano ideológico el PSI, mientras duró el centroizquierda, fue muy prudente al anunciar un giro igualmente radical, que no podía no verse influenciado por el análisis que lo acompañaba; sin embargo, en el plano político temía que proponer algo que pudiera mellar el consenso estadounidense lo habría dejado fuera. Aunque comenzase la distensión, para llegar al gobierno era necesaria una rigurosa disciplina y el acceso al gobierno era para ellos una prioridad absoluta. Aquello que unía e impulsaba a la mayoría "autonomista" era precisamente la idea de que sin participación en el gobierno no había esperanza de cambiar nada en la sociedad ni de alcanzar consensos. Nenni estaba completamente convencido al respecto, e incluso Lombardi, no obstante su obstinación en el programa, no conseguía disentir de ello. Por eso algunos acababan por transigir en el contenido de los acuerdos, otros confiaban demasiado en las promesas escritas, todos escondieron, incluso a sí mismos, el curso real de las cosas. Moro era un maestro en agarrar la cuerda para arrastrarlos: las cosas no están maduras, pero pronto lo estarán, continuemos juntos con tenacidad y paciencia venciendo resistencias y eliminando obstáculos.

He querido destacar, en ese lejano acontecimiento, un mecanismo implacable, que habría de volver a actuar en los gobiernos de unidad nacional de los años setenta; Craxi aprendió más tarde a utilizarlo durante los años ochenta, con gestos de ruptura controlada y revocable. Hoy en día así piensan todos. Primero que nada se trata de ganar las elecciones con un programa genérico, luego, si se ganan, se decidirá lo que se tiene que hacer, y se esforzarán en convencer a la gente de que es necesario hacerlo, o de que es inevitable. Es un discurso que volverá a repetirse.

[Capítulo IX]

EL PCI FRENTE AL NEOCAPITALISMO

Me adentro en un terreno minado. La cartografía ofrecida por los historiadores es superficial e incompleta, las señales dejadas por los viajeros son a menudo tendenciosas y poco fiables. Para la reconstrucción y el juicio tengo pues que utilizar también la memoria personal, que no me falta, pero de la que es lícito desconfiar. Ya que entonces no era un simple observador informado, sino juez y parte, más bien como tropa irregular, o como instigador subterráneo. Por tanto, a posteriori, estoy menos cargado de responsabilidades, aunque puedo ser fácilmente tendencioso. A fin de evitar tal riesgo, tengo sólo tres recursos.

El primero de ellos consiste en introducir en la narración, cuando tienen al menos un mínimo de importancia, cosas que yo mismo he dicho y hecho durante ese periodo, aplicando el mismo criterio crítico reservado a otras posturas diferentes, es decir, reconociendo errores y reivindicando méritos. O sea, sin falsa modestia ni versiones acomodaticias. El segundo recurso es el de utilizar, contra mi parcialidad, como antídoto, la presunción de quien se cree aún lo suficientemente inteligente como para reconocer las razones de los errores que ha compartido y la porción de verdades importantes mezcladas con estos y que han sido reconocidas o reprimidas. El tercer recurso, obvio pero aún más importante, es el compromiso de atenerse lo más posible a hechos documentados.

DERECHA E IZQUIERDA

El cuadro general de la situación italiana durante el primer quinquenio de los años sesenta debería ya de por sí hacer evidentes tanto las

oportunidades como las dificultades que el PCI encontraba ante sí. En efecto, en ese contexto crecía para el partido un espacio como fuerza de oposición social y política, y también para conquistar una relativa hegemonía cultural. Tenía instrumentos para ocuparlo, no sólo por una larga tradición, sino también por recientes puestas al día. En efecto, en vez de salvar con una propaganda escrupulosa el nuevo cordón sanitario que se le trataba de construir alrededor con el mito del bienestar ya al alcance de la mano, el PCI trató de contrarrestarlo en la sociedad retomando luchas obreras unitarias, relanzando el antifascismo militante, la lucha antiimperialista y el tema de la paz entre los jóvenes, y en fin, con un nuevo interés por cuanto sucedía en el mundo católico y con una relectura del mismo (más allá de la Democracia Cristiana). También en el terreno específicamente político, Togliatti, en lugar de gritar la "traición" de los socialistas, señaló los riesgos y las veleidades que tal operación comportaba, aunque también el interés por las propuestas reformadoras que formulaba, reservando su valoración a la prueba de los hechos. El salto hacia adelante que dio, único en Europa, en las elecciones de 1963 (al que acompañaban un retroceso socialista y un fuerte descenso de la DC) premió y midió esta eficaz oposición. La primera mano de la partida parecía ganada.

¿Qué había pues, que discutir y por qué tomar distancias? Había mucho, por el contrario, que discutir. Decir que había un problema de estrategia irresuelto e ineludible sería, más que excesivo, inexacto. La "vía democrática" ya había sido definida con el giro de Salerno, había sobrevivido al cierre de la *Kominform* y a la Guerra Fría, había sido confirma da y clarificada durante el VIII Congreso. Aun así, era precisamente en eso donde se hacía evidente un vacío, porque el giro de Salerno debía su valor a que más allá de una afirmación de principio, había sido una política. Es decir, que estaba vinculado a una situación históricamente determinada, aceptaba riesgos y reconocía límites. Por ello implicaba alternativas precisas y prioridad de objetivos, alianzas viables: la creación de una resistencia armada, la unidad del antifascismo en torno a ella, la Constitución de la República, un posicionamiento internacional.

Ahora bien, en una economía transformada, dentro de un nuevo orden mundial, con nuevos sujetos sociales sobre el terreno, bajo una crisis general de los equilibrios políticos, no bastaba con una reafirmación de los principios, ni con aumentar las propias fuerzas siguiendo la oleada del conflicto social, ni aprovechar las dificultades del adversario para conseguir nuevos electores. Es más, en cuanto tal oposición se afirmaba, tanto más se hacía necesario valorar la nueva fase, y definir programas, alianzas políticas y sociales, formas organizativas apropiadas para ofrecerle una salida. ¿Aplicar la Constitución? Es evidente, pero también un poco vago.

Por lo demás, no solamente la izquierda italiana advertía la necesidad de una reflexión a fondo. En toda Europa estaba en curso, para bien o para mal, un acalorado debate. En algunos grandes partidos socialdemócratas: Brandt y el nuevo programa de Bad Godesberg en el SPD alemán; Crosland y Gaitskell (el "nuevo *Labour*" en su primera edición) en Inglaterra; la ascensión de Palme en Suecia y de Kreisky en Austria. Con todo, de manera tormentosa, también algo se movía en algunos partidos comunistas: en Francia, la disputa entre la cúpula del PCF y muchos jóvenes y muchos intelectuales discrepantes (llamados los *italianisants*), que concluyó con numerosas expulsiones o deserciones, obligó de todos modos a reanudar el hilo de la "unidad de la *gauche*"; en el partido español la ruptura de Carrillo con Claudín y Semprún. Y todavía más agitación en la izquierda intelectual, más acá y más allá del Atlántico: Sweezy, Baran, Galbraith, Marcuse, Wrigh-Mill, Friedman, Braverman, Strachey, Thompson y la "*New Left*", Mallet, Touraine, Gorz, Sartre con *Le Temps modernes* y muchos otros. Se discutía de esas novedades también en y sobre el Tercer Mundo: desde Fanon a los teóricos del neocolonialismo, de la dependencia, de la polarización (Samir Amin, Gunder Frank). Los análisis y las respuestas eran bastante diferentes, a menudo opuestos, pero el tema era el común denominador: ¿qué interpretación dar del neo capitalismo, y cómo responderle?

Por eso, cuando hablo de "caso italiano" no quiero decir en absoluto que se trate de una anomalía —porque Italia, más que nunca, era parte de un proceso mundial— sino de una especificidad de enorme interés para todos. Sobre todo en Italia, en efecto, el neocapitalismo se presentaba con un entrelazamiento muy estrecho y recíproco entre modernización y atraso, que habría de manifestarse, de manera aún más compleja y explosiva, en la última parte de la década. Esa casual conteporaneidad de fenómenos, que en otros lugares se habían manifestado en una secuencia temporal, había permitido al comienzo el despegue, más tarde podría facilitar una modernización perversa y una triste americanización, fenómenos que convergían en una fase de transición en desestabilización y crisis. Aquí más que en otro lugar, pues, se presentaba la necesidad y quizá la posibilidad de definir una nueva perspectiva, de mitad de periodo, que no fuese una adecuación subalterna al curso de los hechos. Acerca de esto había que discutir en el PCI. Y se discutió, bien o mal, pero con gran pasión y vitalidad.

El primer consejo que la memoria me da al respecto, es un consejo de prudencia. Reconstruir aquella discusión, aclarar sus contenidos, distinguir las diferentes fuerzas que participaron, valorar el punto de llegada y sus consecuencias, es una tarea delicada. De hecho comprimir, dentro de esquemas simplificados y tiempos abreviados, un debate

que fue por el contrario un proceso largo y complejo, que involucró a tantas personalidades y a miles de militantes, en vez de ayudar a aprehender la sustancia reduce su importancia y mutila todo aquello que surgió de manera confusa, pero que con el tiempo se mostraría como precioso y anticipatorio.

Digo *proceso* por varias razones. La discusión, en efecto, convertida después en lucha política, se desarrolló gradualmente, durante el curso de cinco años cruciales, atravesando numerosas fases: porque no carga desde el inicio sobre sus espaldas tomas de posición ya definidas, sino que por el contrario nació de la convergencia progresiva, y jamás acabada, de múltiples experiencias y culturas; porque se desarrolló durante mucho tiempo en el terreno de la búsqueda y del análisis, más que en el de una divergencia política consciente; porque en muchos nodos importantes las posiciones de cada uno evolucionaban, los reagrupamientos eran mudables, y los liderazgos eran simples puntos de referencia, no comportaban ninguna fidelidad; porque la confrontación en el seno del partido se cruzaba con aquello que se desarrollaba en sus márgenes, o fuera de él, en una izquierda más vasta (desde los *Quaderni Rossi* hasta la *Rivista Trimestrale*); porque, en fin, la unidad del partido no era sólo un vínculo que respetar, sino un valor largamente interiorizado.

Dos momentos importantes, útiles para fechar el inicio y el final de dicha fase, pueden dar una idea del carácter inicialmente abierto y flexible de esa confrontación, de su franqueza. La reunión del Comité Central de 1961 discutió el informe de Togliatti a su regreso del XXII Congreso del PCUS, en el que Kruschev había vuelto a proponer, nuevamente con dureza, las acusaciones hechas retrospectivamente al estalinismo, lo más probable para provocar una reacción o para prevenir la restauración servil de viejas maneras de pensar y de administrar el poder. Togliatti era completamente hostil a esa propuesta, no porque ignorase la exigencia de una renovación, tanto en la URSS como en el PCI, sino porque consideraba que era inútil y que despistaba el hecho de relanzarla con una nueva réplica del *Informe secreto*. Sin embargo, en un primer momento, en lugar de proponer otro tipo de esfuerzo innovador, evitó de nuevo hablar acerca del punto más sensible del Congreso al que había asistido y del que todos hablaban. Gran parte del Comité Central mostró de inmediato su descontento e irritación: no es que se quisiera volver a discutir sobre la culpabilidad de Stalin, pero ya no podían soportarse los métodos de la autocensura, se quería discutir más francamente acerca del modelo soviético y, sobre todo, se quería sentar las bases, más valientemente, para una renovación del PCI. Por primera vez ese descontento se expresó mediante una crítica explícita en la que participaron también miembros del grupo dirigente. Aldo Natoli, que

aunque aislado poseía una gran autoridad, propuso incluso la convocatoria de un Congreso extraordinario. Pero fue Giorgio Amendola quien encabezó la discrepancia, secundado por Pajetta y Alicata. Togliatti endureció su postura y amenazó con un enfrentamiento abierto. Sus polémicas con clusiones no se votaron ni se publicaron y posteriormente se sustituyeron por un documento colectivo de tono completamente diferente. Togliatti no sólo lo asumió, sino que aceptó lo que lo inspiraba, tanto es así que desde ese momento tomó parte activa, y visible, en una reflexión innovadora publicando un ensayo acerca de la *Formación del grupo dirigente del PCI durante los años veinte*, en el que le daba la vuelta a una gran cantidad de versiones canónicas y mistificadoras del pasado, y publicando también en *Rinascita* su correspondencia completa con Gramsci de 1926, nunca antes reconocida como verdadera pero esta vez presentada en forma integral. El derecho a este tipo de reflexión sin prejuicios acerca de la tradición no quedó reservado a él mismo o a los máximos dirigentes. Más tarde siguió una discusión abierta en torno a la experiencia de los frentes populares (si recuperarla como modelo o reconocer sus límites) entre Emilio Sereni, uno de los dirigentes históricos, y un don nadie como yo, en las páginas de *Critica marxista*. Y más tarde, en un volumen oficial acerca de la teoría del partido, se me permitió afirmar que en el leninismo había un punto de más de jacobinismo, lo cual obtuvo algunos regaños aunque también otros tantos elogios. Agrego un detalle a propósito de ese borrascoso Comité Central, del que sólo recientemente me di cuenta en una de las incursiones a que me veo forzado a realizar entre los diferentes textos. En la intervención de Amendola estaba contenido, y luego se publicó, un pasaje en el que pedía el derecho para todos a la publicidad de la discrepancia y la utilidad de que se formaran, no corrientes organizadas, sino mayorías y minorías acerca de los temas más importantes. Y lo hizo utilizando palabras casi literalmente idénticas a aquellas por las que, cuatro años después, durante el XI Congreso, Ingrao fue crucificado.

Un segundo ejemplo de confrontación política aún no del todo rígida, pero ya áspera, es de 1965. Se había convocado una importante Conferencia obrera nacional. Barca tenía que hacer una intervención introductoria como responsable de la comisión de masas. Para preparar dicha asamblea, se convocó un seminario restringido en Frattocchie: participaban Amendola, Reichlin, Trentin, Garavini, Minucci, Scheda, Pugno además del mismo Barca, yo mismo y algún otro. El orden del día era un reto, porque no se discutía de la situación sindical, sino del peso y del significado que se le asignaba a la clase obrera y a sus nuevas luchas en relación a la crisis económica que comenzaba a asomarse, y más en general en la estrategia del partido. Había muchos temas relacionados con esto último alrededor de los cuales ya se había desa-

rrollado una discusión acalorada. La distinción principal se establecía entre quienes consideraban esas luchas, no sólo por la amplitud, sino por la naturaleza de sus objetivos y por su forma, el eje fundamental sobre el cual construir una hegemonía política y social y el embrión de una democracia más participativa dentro y fuera de la fábrica; y entre quienes consideraban tradicionalmente esas luchas como uno de los múltiples impulsos reivindicativos que surgían en la sociedad debido a sus atrasos y que, sumados, podían dar lugar a una nueva correlación de fuerzas en el terreno político-institucional. En una parte y en la otra había acentos y prioridades diferentes, transversales, por decirlo de alguna manera: por ejemplo, había quien atribuía mayor importancia a la acción directa en la fábrica, quien resaltaba el nexo recíproco entre la lucha en la fábrica y un cambio de política económica, y por esto atribuía importancia al papel del partido, y quien señalaba la necesidad de extender las nuevas formas de lucha a regiones y sujetos aún atrasados aunque ya transformados, sobre todo en el Sur. Sin embargo Amendola, que se sentía en minoría en ese cenáculo, no se andaba con sutilezas. Lo que le preocupaba era la tendencia general en dirección a una política demasiado centrada en el conflicto de clase, cosa que en su opinión podía adelgazar el frente de las alianzas, desviar la atención de las reivindicaciones inmediatas y menospreciar al mismo tiempo la acción parlamentaria y las relaciones entre las fuerzas políticas. Por tanto, una potencial desviación de la clásica "vía italiana". Si lo interpreto bien: el peligro de un brote de "ordenovismo" y al mismo tiempo una rigidez en los programas que los hacía interesantes pero abstractos. Por consiguiente, criticó con dureza el seminario en su conjunto y devolvió el asunto a la dirección del partido, en donde pidió y obtuvo la convocatoria del Comité Central a fin no ya de no comprometer más la "lucha en los dos frentes", sino de poner una barrera clara a una peligrosa "tendencia de izquierda". Se encargó a Longo introducir tal cambio. Sin embargo, según la costumbre, éste encargó a algunos compañeros del aparato central materiales para preparar su intervención. Yo asumí mi cometido volviendo a proponer de manera más razonable mis convicciones, en particular respecto del tema de una política económica coherente con las luchas de masas. Era sólo un aporte, si bien contenía 13 páginas, pero Longo, un hombre inmune a los prejuicios, las consideró convincentes e incluyó gran parte de éstas en su *Informe*. No se trataba de nada extraordinario, aparte del hecho de que la "lucha en un solo frente" por el momento quedó suspendida. Quien conocía la totalidad de lo sucedido en el seminario de Frattocchie quedó sorprendido, los demás no. Amendola, a la entrada del Comité Central me detuvo y me dijo palabra por palabra: no creas que no me he dado cuenta de lo que has hecho, no lo olvidaré. Se confirmó luego a Barca como relator

de la Conferencia de Génova; éste moderó un poco los términos pero mantuvo su propia orientación, por esto Amendola lo criticó en sus conclusiones, pero a su vez, en la Dirección, lo criticaron Ingrao, Reichlin y otros. Con todo, fue una victoria pírrica, porque precisamente a partir de ese momento la discusión política asumió el carácter de una lucha explícita entre dos líneas.

He insistido con ejemplos concretos, desconocidos u olvidados acerca del carácter abierto y fluctuante que la confrontación mantuvo durante largo tiempo, no para ofrecer una "cara afable" de la vida interna del PCI, al que hoy en día se presenta como un cuartel, sino porque, con varios años de distancia me parece útil hacerme a mí mismo una pregunta que siempre he eludido: ¿era inevitable que, aún bajo forma de orientaciones diferentes, aunque no en fracciones cristalizadas, estas discrepancias no pudiesen dar lugar después a un pluralismo responsable, en lugar de precipitarse hacia un choque de intolerancias, y a veces con mezquinas hostilidades personales? Es mejor esclarecer los contenidos sobre los que las diferencias habían aflorado claramente. Contenidos que surgieron no sólo en las sedes y en los eventos oficiales, sino en escritos, convenciones, revistas, discusiones y conversaciones personales, y que han sido descuidados o ignorados por memorialistas e historiadores. No son suficientes los archivos, con sus sumarios y narraciones selectivas, para dar cuenta de ello. Trataré de hacerlo tanto como sea posible mediante el entrecruzamiento de recuerdos, propios y ajenos, textos que éstos me permiten seleccionar, y esforzándome por esclarecer hasta donde sea posible el hilo que los unía.

LAS TENDENCIAS DEL NEOCAPITALISMO

En un partido comunista, durante los momentos cruciales, la línea política se ha fundado siempre sobre la definición preliminar de la fase. Así sucedió durante los primeros y los últimos años veinte, a mitad de los años treinta, en 1944, 1948, 1956 y, en alguna medida, también después de 1960. La confrontación en efecto dio sus primeros pasos partiendo del análisis del capitalismo y de sus tendencias. No se puede decir que comenzara de improviso, porque ya habían surgido muchos episodios, pero se hizo evidente durante la conferencia del Instituto Gramsci de 1962. Dicho acontecimiento, abarrotado, tuvo una amplia resonancia y no solamente en el partido, y ha quedado impreso en la memoria, aunque en versiones muy deformadas. Basta tan sólo con la simple lectura de las *Actas*, publicadas en dos gruesos volúmenes, para darse cuenta y acabar sorprendido.

No es cierto, por ejemplo, que Giorgio Amendola, promotor real y principal interviniente de esa conferencia, volviera a proponer la tra-

dicional visión de un capitalismo "holgazán" incapaz de promover un desarrollo productivo duradero. Por el contrario, el meollo de la conferencia, la verdadera novedad compartida por todos, era la constatación de que por fin Italia había logrado un salto de calidad permanente, de país agrario-industrial a país industrializado. Y la intervención de Trentin, apreciada por todos y por todos compartida, completaba el cuadro con un análisis crítico de los instrumentos que la sociología estadounidense había ofrecido, y estaba experimentando, para gobernar el conflicto social en la fábrica y cooptar el apoyo de las nuevas clases medias, prestando atención a los ambiguos reflejos que ello producía en Italia con el sindicalismo católico. El desacuerdo se manifestó abiertamente durante el debate, con diferentes acentos, en las intervenciones de Foa, Libertini, Parlato, en la mía y en la de otros, y versaba sobre dos puntos importantes.

Primer punto. En el informe de Amendola, y aun más en sus polémicas conclusiones, el desarrollo de la economía italiana, y la industrialización que había sido su motor y resultado, convivían con desequilibrios territoriales y atrasos tan importantes, que no podían prolongarse por mucho tiempo sin intervenciones correctoras y sin un giro político que involucrase a la fuerza comunista. Por lo tanto, se podía, y se tenía que acosar al centroizquierda que se había mostrado progresivamente incapaz de realizar aquello que había prometido: desafiar a la clase dominante en nombre de un desarrollo más extendido y de una redistribución más equitativa de la renta para todos aquellos que continuaban siendo excluidos de sus beneficios. Para lograrlo eran necesarias luchas sociales vigorosas, con objetivos inmediatos y realizables, sin pensar en cazar moscas en un futuro todavía lejano, y era forzoso consolidar la democracia dentro de sus límites clásicos.

Segundo punto. La industrialización y el desarrollo ligado a ésta, además de ser indudablemente el aspecto más visible e inmediatamente importante de las transformaciones en curso, ¿agotaban sus novedades en esto, o colocaban a Italia en una transformación mucho más profunda y general del sistema capitalista? En el primer caso, obviamente, era más necesario que nunca ratificar, actualizándola, la línea que el PCI había definido hacía tiempo y que ahora se podía conducir hacia el objetivo inicial. En el segundo caso, era necesario concentrar la atención en las tendencias de un periodo más largo, ver en ellas las contradicciones sobre las que trabajar y las dificultades a superar, redefinir sobre esa base alianzas, programas, sujetos a los cuales dirigirse, formas organizativas: mantener firmes algunos principios pero diseñar innovaciones en la teoría y en la práctica. En esta segunda hipótesis convergía, aún en sus primeros pasos, una crítica "de izquierda" de dentro y de fuera del partido. En la intervención que cerraba la conferencia Amendola,

en efecto, no ignoró la importancia y la sustancia de las discrepancias y replicó con firmeza, pero amablemente. No por casualidad escogió mi intervención —así lo anota literalmente Luciano Barca en su diario— "como chivo expiatorio". No sólo porque, obviamente, era el que tenía menos autoridad de entre todos los discrepantes, sino porque, en parte por la brevedad del tiempo a disposición de la argumentación, en parte por la sugestión de lecturas recientes, realmente, y aun habiendo obtenido alguna aceptación, había abierto un amplio campo para su crítica. En efecto, había dado importancia, en el análisis, al fenómeno del consumismo individualista como rasgo del neocapitalismo, lo que se prestaba particularmente a la acusación de abstracción y de ideologismo, ante un país en el que el bienestar estaba aún muy lejos y en el que tantas necesidades vitales continuaban sin resolverse. Me di cuenta de inmediato del equívoco que había creado, y que quizá en parte tenía también en la cabeza, y aproveché la ocasión que me ofrecía una propuesta de publicación en *Les Temps Modernes* de Sartre para ampliar y corregir el texto. Es decir, traté de aclarar que el consumismo en mi opinión no era producto de un impulso cultural, sino del modo de producción, del uso capitalista de los grandes y novedosos instrumentos de comunicación de masa y, sobre todo, de la parcelación y de la alienación del trabajo; y por otra parte, que ya durante sus primeros pasos el fenómeno estaba abriendo una contradicción en el mundo católico y por tanto tenía un relieve inmediatamente político. Dicha aclaración servía para tranquilizarme y para poner a punto mi personal modo de pensar de entonces, al cual le reconozco todavía hoy un carácter premonitorio. En cualquier caso, no cambiaba en absoluto el dato de fondo de la conferencia del Instituto Gramsci: habían salido a flote temas más avanzados, y una izquierda que trabajaba en ellos, si bien todavía era incapaz, más allá del análisis, de ofrecer una línea política concreta. Por el contrario la derecha tenía la capacidad de expresar una línea política, quizá insuficiente, pero clara.

MODELO DE DESARROLLO Y REFORMAS DE ESTRUCTURA

Sobre estos tres puntos, entre 1963 y 1964 la discusión en el seno del PCI comenzó a asumir el carácter de una competencia explícitamente política, se formaron dos corrientes de opinión, una de las cuales tuvo a Pietro Ingrao como referencia, quien entonces dejó de arrimar el agua a su molino. A propósito de esto, también el género memorialista que se transmite, además de escaso, es muy confuso y superficial. Es necesario, por tanto, integrarlo y corregirlo. ¿Ha existido alguna vez un "ingraísmo"? Y, en la medida en que ha existido, ¿qué posturas lo caracterizaban?

Acerca del primer interrogante mi respuesta, mejor dicho, mi testimonio, es preciso y verificable. El ingraísmo como grupo político mínimamente organizado o conscientemente cohesionado jamás ha existido, es un invento póstumo, quizá inconsciente, de sus adversarios y fruto de una prensa que necesitaba simplificaciones. Durante largos años de discusión, e incluso en la fase final en la que la discusión se convirtió en un rudo choque político, jamás hubo una reunión, ni siquiera restringida, para establecer un comportamiento común, y mucho menos para vincularse a una disciplina. El mismo Ingrao negaba incluso a los amigos más cercanos que el ingraísmo pudiese o tuviese que existir, no por prudencia sino por convicción. Expresaba llanamente en la Dirección las ideas de las que paulatinamente se iba convenciendo, publicaba con escasa frecuencia y de manera más matizada artículos o intervenía en el debate público de la prensa del Partido, pero evitaba organizarlas en una plataforma. Muchos se identificaban con ellas, y contribuían a caracterizarlas más netamente, otros las compartían, pero a veces tomaban distancia, según las posiciones en las que legítimamente se encontraban y en la manera en que creían oportuna. Es lícito, pues, hablar de ingraísmo como de una corriente político-cultural, sin límites precisos, molecularmente vaga, gradualmente convergente alrededor de temas importantes y con una orientación política visiblemente común. Es prácticamente imposible trazar sus límites, establecer sus simpatizantes: en ciertos momentos o acerca de ciertos temas éste o aquel se integraba o se alejaba. Era de todos modos un hecho político relevante porque, por primera vez, se manifestaba, en un partido comunista, la presencia de una izquierda "no dogmática y no estalinista". Un líder prestigioso y muy popular no la dirigía pero la inspiraba y constituía su aglutinante. Eso era todo.

Los contenidos y las propuestas que caracterizaron a esa "izquierda ingraiana", y que acabaron por chocar no sólo con Amendola, sino con la mayoría del grupo dirigente, han sido transmitidos, y se han fijado en la memoria colectiva, en una versión también de formada, y en ciertos aspectos falsificadora, aunque sobre todo confusa e incomprensible. Quizá el equívoco mayor se puede ver en la abusiva mescolanza entre esa controversia particular y otros conflictos, mucho más radicales y minoritarios, que se produjeron sucesivamente tras los estragos del 1968 y la práctica expulsión de *Il manifesto*.

Así que el ingraísmo se archivó y se liquidó como una desviación generosamente utópica, que aún teniendo en mente una alternativa anticapitalista, a la vez que un democratismo radical, negaba la importancia de objetivos intermedios, contraponía la democracia directa y la lucha social al parlamentarismo, no consideraba ya a los socialistas como aliados recuperables sino como englobados dentro del sistema

dominante, subvertía, en suma, sin siquiera saberlo, la implantación de la vía togliattiana al socialismo. Como sucede siempre, esta historia pasó a ser la historia de los vencedores: de los vencedores internos, que de esta manera podían regodearse del hecho de haber apartado a Ingrao y a muchos otros de una tentación transitoria; y de los vencedores externos que pedían incesantemente al PCI acelerar el paso para convertirse cuanto antes en esa fuerza robusta, plenamente reformista, cuya ausencia padecía Italia y que el PSI no lograba ser. ¿Ingrao? Un espíritu noble y un gran soñador: la imagen se ha vuelto tan canónica que incluso él mismo se ha prestado a ella en ciertos momentos. La verdad que señalan los hechos era bien diferente. El ingraísmo, a mediados de los años sesenta, era mucho menos subversivo y la batalla que se desplegaba en el PCI era mucho más concreta de lo que se cree. Era una batalla sobre la fase política. El choque propiamente político se desarrolló sucesivamente alrededor de tres cuestiones muy concretas y entrelazadas entre sí: "modelo alternativo de desarrollo", reformas estructurales, juicio acerca del centroizquierda.

La idea de modelo alternativo de desarrollo no era en absoluto una abstracción y el hecho de proponerlo no demostraba en absoluto que nosotros subvalorásemos la importancia del problema de la reforma, antes bien, demostraba que nos lo tomábamos demasiado en serio. Precisamente la crisis económica, con la que el sistema había reaccionado a la primera oleada de luchas sindicales y ante el anuncio de alguna reforma que afectaba a la renta y a los beneficios, ponía sobre la mesa un problema candente. Si cada una de las reformas no tenía un efecto impulsor en el plano productivo, si en su conjunto éstas no hubiesen creado un impacto suficiente y una coherencia necesaria para ofrecer, incluso al mercado, un nuevo marco de compatibilidad que sustituyese al precedente, si no se hubiesen vinculado con una intervención pública directa, coordinada en el seno de un plan efectivo, y si no hubiesen sido apoyadas por la presión social, pronto se habría llegado a un bloqueo y se habrían ofrecido las bases para un contraataque de la derecha. Por eso criticábamos la expresión de Pajetta "oposición a través de mil arroyos" y la de Amendola "las luchas de masa se miden en contante y sonante". Por lo demás, Lombardi, en ese periodo, decía más o menos lo mismo que nosotros, aunque lastimosamente apoyase a un gobierno que hacía justo lo contrario.

¿Por tanto, un plan? Sí, un plan, orgánico y vinculante, pero no "a la soviética". Sino en el seno de una economía mixta, vinculándolo a las empresas públicas y señalando prioridades precisas democráticamente definidas, pero medidas en el mercado por su eficiencia, y ulteriormente cubiertas en sus déficits, pero sólo en la medida necesaria y verificable de las pérdidas que tenían en relación

con los objetivos a alcanzar, y no inmediatamente remunerables. Un gasto público orientado a su vez a privilegiar los consumos colectivos y vitales. Una economía privada, libre para competir, pero orientada hacia la demanda y liberada del peso de demasiadas deudas financieras que le restaban recursos. Todo ello sostenido por la participación de los trabajadores; participación a la que se le reconocía un derecho de control y trabajadores a quienes se les brindaba una calidad diferente de las condiciones de trabajo. No eran tareas de un día o de un año. De todas maneras, ¿no era esto el horizonte de una vía democrática hacia el socialismo? ¿No era este un objetivo de fase sobre el cual fundar una aspiración de gobierno? Quizá exagerábamos; quizá las etapas tenían que ser más lentas. No obstante, no estábamos fuera del tema: reformas estructurales y no solamente correctivas; un nuevo mecanismo de desarrollo, y no sólo un desarrollo más acelerado; una modernidad distinta, y no sólo seguir el camino de una modernidad dada de antemano. En efecto, en vísperas del centroizquierda, fue precisamente la izquierda comunista quien apoyó a fondo la reforma urbanista que propuso Sullo, y que asumieron como estandarte Giolitti y Lombardi; la que criticó las "catedrales en el desierto" (tan grandes y modernas como deshabitadas); la que puso sobre la mesa la idea del Estado del bienestar universal capaz de eliminar los privilegios corporativos; la que señaló la urgencia de la reforma fiscal a fin de permitir fuertes inversiones públicas productivas, sin agravar con otras medidas la deuda pública (es probable que Napolitano recuerde un documento acerca del sistema de pensiones que me pidió y que yo intenté hacer estudiando la sobriedad y coherencia de la experiencia sueca).

Cuando se hizo evidente la deriva en la que el centroizquierda se arrastraba, obviamente no nos contentamos tan sólo con denunciarla, sino que sacamos la conclusión de que si bien esa operación política había fallado en sus esperanzas reformistas, no había fracasado en absoluto el intento democristiano de empujar al PSI hacia el otro campo. Porque hubiese sido difícil hacerlo volver sobre sus pasos. Fue precisamente a propósito de este punto que la discusión en el PCI asumió un carácter inmediatamente político y se manifestó abiertamente un conflicto de opiniones entre Amendola e In grao. En octubre de 1966, en efecto, Amendola vio en la situación económica y política la posibilidad y la necesidad de una nueva y gran iniciativa. En una serie de artículos publicados en *Rinascita* desarrolló a título personal el siguiente razonamiento: "el milagro económico", acorralado por las luchas obreras vencedoras, estaba entre la espada y la pared. Se agotaría sin un nuevo cambio político que el Partido Socialista, por sí solo, no era capaz de imponer. A partir de esto era posible que naciese y triunfase

un amenazador contrataque de la derecha política y social. Por tanto, no había que entretenerse, ni cerrarse a la defensiva. Se necesitaba una intervención decidida que cambiara la baraja. Dicha intervención podía y tenía que venir del PCI, proponiéndose a sí mismo y proponiendo a los socialistas un partido único de la izquierda. La propuesta desconcertó bastante al partido y al propio grupo dirigente. Y provocó además una serie de intervenciones, de diferente signo aunque por lo general críticas. Bobbio expresó de inmediato su aprecio por la intención, pero dijo que la unificación no era posible más que sobre una base claramente socialdemócrata. No podía estar ligada, de hecho, a una emergencia política, sino que tenía que tener un perfil estratégico que vinculase pasado y futuro; la premisa, pues, implicaba a los comunistas echar una mirada atrás en torno a la escisión de Livorno de 1921. Amendola aceptó la amable provocación y subió su apuesta en un segundo intento. Precisamente en la dificultad señalada por Bobbio —escribió— radicaba el valor de su propia propuesta: habiéndose ya demostrado, durante 50 años, que los comunistas y los socialdemócratas no habían sido capaces de establecer el socialismo en ningún país europeo, había llegado el momento, para los unos y para los otros, de replantear a fondo sus propias alternativas y estrategias. Esto provocó una reacción de rechazo, una cadena de intervenciones críticas. Cito alguna por ser diferentes entre sí: Lelio Basso: "El foso ideológico y político entre las socialdemocracias y el marxismo revolucionario se ha hecho más grande en lugar de estrecharse". Romano Ledda: "No podemos poner en el mismo plano de la historia del siglo las responsabilidades y el papel de los comunistas y de los socialdemócratas, en Europa y todavía más en el resto del mundo, ni por el pasado ni por el presente". Yo mismo, por una vez moderado en la polémica: "El problema planteado por Amendola es real, es necesaria una reflexión sobre la revolución en Occidente e impone a todos una renovación, pero la renovación en la que nosotros estamos empeñados no va seguramente en la dirección en la que lo han hecho los socialistas; no es una tendencia elitista y ecléctica lo que puede resolverlo; por el contrario, seguramente fracasaría". Cuando esta cuestión llegó a la Dirección del partido Amendola no cambió de idea, pero quedó en minoría. De manera que para encontrar una mediación hubo de formarse una comisión que produjo un documento donde se exponía que esa era una propuesta equivocada, por inmadura, pero recalcaba la necesidad de buscar un acuerdo con los socialistas. Ingrao dijo clara y repetidamente que se trataba de una mediación banal y sólo de palabras; por lo tanto, él estaba en desacuerdo. En el siguiente Comité más de uno votó en contra, otros se abstuvieron.

A esto se sumó el acontecimiento de la Conferencia de Génova y a ese punto se hizo evidente que la discusión se había convertido en la

competencia entre dos líneas diferentes entre sí, perceptibles para todos y que así fueron percibidas. El debate había sido tan prolongado, tan fogoso y público, la sensibilidad estaba de tal modo a flor de piel que bastaba tan sólo con una alusión, un matiz, una forma de hablar para ser adscrito a una lista o tachado de otra. Con todo, si se dice toda la verdad, sin acritud. Quien era lo bastante hábil para no emitir ninguna señal, pasaba por ser un viejo zorro. En la víspera del Congreso, es decir, durante la redacción de las tesis, la tensión pareció suavizar se y, durante el desarrollo del mismo se retomaron los puntos candentes de la prolongada discusión pero con demasiada prudencia, o incluso se ignoraron. El enfrentamiento explotó inesperadamente, y sólo hasta cierto punto, alrededor de una cuestión que, al menos desde hacía cinco años, sólo se había insinuado, desde diferentes frentes, y que parecía en parte desdramatizada por la práctica.

[Capítulo X]

EL XI CONGRESO

LA LEGITIMIDAD DE LA DISCREPANCIA

Fueron suficientes una frase y un aplauso. Algunos días antes de la apertura del Congreso hubo un contacto entre Longo e Ingrao para establecer una suerte de *gentleman agreement* —por lo menos así consta en el diario de Barca, que fue el mensajero. Longo se mostró preocupado, de hecho, porque hubiese en esa sede de hecho internacional, un ataque a la coexistencia pacífica; Ingrao aseguró que por su parte no habría ningún ataque, no por prudencia, sino por convicción. Y en efecto aún hoy corrobora no haber nutrido jamás ninguna simpatía por las impaciencias "guerrilleras". Para ser claro, a propósito de este acuerdo, y para evitar ser malinterpretado, la mañana de su intervención hizo leer al secretario el texto ya escrito (esto lo sé, desde entonces, de primera mano). Longo no manifestó ningún enfado ni solicitó correcciones. A su vez los ingranianos más conspicuos (Reichlin, Rossanda, Pintor, Natoli, Trentin) hicieron discursos muy moderados, que se referían principalmente a sectores de su incumbencia, o callaron. El tercer día subió Ingrao a la tribuna. Su intervención, al contrario de lo que se dijo enseguida, ratificaba con franqueza y eficacia, pero sin demagogia ni tonos acalorados, su postura a propósito de puntos que ya se habían discutido ampliamente. Sin embargo, al final pronunció una frase que vale la pena citar al pie de la letra: "Sería falso si callase que el compañero Longo no me ha convencido para que rechazara introducir en nuestro partido la nueva costumbre del debate público, de manera que quiero que les quede claro a todos los compañeros no sólo la línea y las decisiones que prevalecen y que emprendemos, sino también el proceso dialéctico del que han resultado".

La asamblea, casi en su totalidad, reaccionó con un aplauso grande e insistente y cuando Ingrao, por la emoción, levantó el puño en alto, el aplauso se convirtió casi en una ovación. En la mesa repleta de la presidencia, por el contrario, casi todos quedaron mudos y de brazos cruzados. A partir de ese momento el clima del Congreso cambió por completo. En las intervenciones sucesivas en la sala, pero aún más en la comisión política, se siguieron ataques durísimos, casi todos dirigidos a denunciar un fraccionalismo en curso, o a señalar el peligro de una división del partido. En un partido comunista, ese tipo de ataque dirigido más o menos explícitamente a un dirigente de ese nivel, era casi motivo de expulsión, o por lo menos una invitación a alinearse en torno al secretario.

Se puede, con razón, ser incrédulo hoy en día acerca del hecho de que palabras tan medidas y un simple aplauso —de por sí emotivo, en parte manifestación de afecto, mucho más que un voto de apoyo— desencadenasen una reacción tan dura, abriesen heridas que durasen tanto tiempo o que no se cerrarían jamás, y que luego, concretamente, provocasen una drástica selección en la renovación de las funciones de los dirigentes. Además, tras años en los que el disentimiento había sido ampliamente tolerado respecto a cuestiones mucho más relevantes, aunque sobre todo por eso mismo, ese enfrentamiento, desde fuera, ya desde entonces se leyó como ocasión e instrumento de una lucha por el poder. Yo no creo, por el contrario, que haya sido así. La inesperada reacción, que considero errónea y que produjo consecuencias negativas para todos, tenía una lógica y una motivación política y teórica relevantes. Sucedió cuando se sumó, a los diferentes temas sobre los cuales se había discutido y que quedaban abiertos, la cuestión candente de la reforma del partido y de sus reglas. Merece, por tanto, una reflexión específica, que va más allá de la pura reconstrucción de los hechos y exige correr el riesgo de una interpretación compleja.

En la historia del movimiento obrero de inspiración marxista, la cuestión del partido, de su papel, de sus formas organizativas ha sido siempre tema dirimente, un pilar de la teoría de la revolución, en estrecha conexión con la cuestión de la democracia en general. Y ya mucho antes de la Revolución de Octubre y de la ruptura histórica entre socialdemócratas y comunistas, entre Kautsky y Bernstein, entre Bernstein y Rosa Luxemburg, entre bolcheviques y mencheviques, entre Rosa Luxemburg y Lenin, y todavía más después entre Lenin y Trotski, entre Lenin y Stalin, entre Gramsci y Togliatti, entre Togliatti y Secchia, entre estalinismo y kruschevismo, entre Kruschev y Mao-Tse- Tung, entre Mao y sus antiguos compañeros. Podría agregar lo mismo entre los socialistas: entre el poder del grupo parlamentario y el del accionismo sindical en Inglaterra, o menos ambicionar el poder y administrarlo

sin la existencia de una organización política permanente. De todas formas, ¿cómo garantizar que dicha organización fuese tan autónoma y compacta para no ser absorbida ni decapitada por el poder dominante y al mismo tiempo tan democrática como para no convertirse a sí misma en titular de un nuevo poder burocrático y privilegiado?

Esta cuestión vuelve a presentarse en nuestros días no sólo abierta, sino de manera más grave. En efecto, podemos, hoy más que nunca, comprobar cómo la democracia, sin auténticos partidos, degenera y es manipulable, y a la vez vemos cómo quienes dicen llamarse partidos se han degradado a simples aparatos profesionales y compiten por el poder mediante el espectáculo y el dinero. Por ahora me basta con recalcar la importancia que el problema de la forma partido tenía para una fuerza política como el PCI, que reunía a millones de hombres y de votos en una sociedad compleja, y caminaba sobre el filo entre luchas sociales e instituciones parlamentarias. Y me basta con demostrar que, durante ese pasaje de los años sesenta, eso se mostrase más ineludible que nunca, que impusiese dar algún paso hacia adelante y tal vez lo permitiera.

El PCI, en efecto, había encontrado empíricamente soluciones parciales al problema. Es decir, la elección del partido de masas, que había sobrevivido a la presión de la *Kominform* mediante la invención de los "dos partidos" (el del pueblo y el de los cuadros), cimentados por una fe común, gran militancia, ideología y pedagogía, grupo dirigente de buen nivel y legitimado por un gran pasado. Después del VIII Congreso dicho partido se había renovado ulteriormente con las afiliaciones surgidas de la Resistencia, ofreciendo poco a poco mayores espacios al debate y a la búsqueda, a las experiencias locales. Aun así, conservaba inalterada una "Constitución" propia: tutelaba la unidad de la cúpula que se reservaba el derecho de decir la primera y la última palabra acerca de las decisiones importantes, cuya trasmisión se producía desde arriba a abajo, cada nivel era libre de discutirla, pero a su vez estaba obligada a transmitirla colegiadamente; la selección de los cuadros (un poco menos la de los parlamentarios) tenía lugar por cooptación aun cuando estaba atenta a las capacidades y a las cualidades demostradas. Sobre todo durante los últimos años de ese periodo, la libertad de palabra era amplia, la posibilidad de incidir sobre las decisiones limitadas: en suma, una "democracia protegida". Lo que no quiere decir de pura apariencia. Cito tres episodios para señalar su valor y sus límites.

El primero de ellos me atañe personalmente. Cuando, en 1961, era miembro de la secretaría regional lombarda, recibí el encargo de preparar las tesis para una conferencia regional del partido y redacté un texto que, lo reconozco francamente, estaba lleno de apuntes interesantes, pero era atrevido e inapropiado. No fui localmente contestado,

pero cuando una tarde llegó Amendola para dar su aprobación, lo leyó durante la noche y lo arrojó a la papelera. No encontré, razonablemente, a nadie que me apoyase, y por conciencia dimití del cargo. Y así quedó establecido. Pero esto bastó para que Togliatti me convocase a su despacho de Roma, tanto a mí como al resto del grupo dirigente de Milán, y durante toda una mañana me brindó la oportunidad de explicar mis razones y concluyó: ideas interesantes pero discutibles, y en lugar de despacharme, me envió a Roma a la comisión de masas dirigida por Napolitano, en donde me acogieron y poco a poco me fueron valorando.

El segundo ejemplo concierne a Rossana Rossanda. Desde hacía años ella dirigía la Casa de cultura de Milán haciendo de ésta un animado centro de debate con los sectores más avanzados del mundo intelectual, sin esconder en absoluto su propensión a dar prioridad a los temas de la investigación científica o al nuevo pensamiento marxista en el límite de la heterodoxia, como explícita alternativa respecto a los filones clásicos de la política cultural comunista centrada en los intelectuales tradicionales, el filón historicista, la producción cinematográfica y las "bellas artes". Alicata tenía tendencias por completo opuestas, pero esto no le impidió ni a él ni a otros confiarle, en 1962, la responsabilidad nacional del sector. En su nuevo cargo, como ella misma cuenta, encontró no pocos obstáculos y límites que no debía sobrepasar. En sustancia, quien tenía algo útil que decir, la pluma y el lugar para hacerlo, encontraba no solamente tolerancia sino que gozaba, que es lo que cuenta, de un interés real.

El tercer ejemplo se refiere a los espacios ofrecidos a las organizaciones locales, sobre todo allí donde gobernaban. La política urbanística fundada, después de Dozza, en el ayuntamiento de Bolonia, con el estímulo de arquitectos como Campos-Venuti o di Cervellati, era por completo diferente de la de los ayuntamientos de la costa, rojos pero enormemente seducidos por la política "del ladrillo fácil", generosa en resultados y de consensos en lo inmediato, pero de pésima perspectiva. El centro permitía convivir a ambas.

En suma, el partido, durante aquellos años no había funcionado mal. Tengo que decir sinceramente que no sentía la ni más mínima tentación de ir a una organización que, para ensanchar la democracia, pasase a través de corrientes organizadas.

Sin embargo, cuando se presentaban problemas nuevos, líneas generales que definir, una pluralidad de posiciones en el grupo dirigente, la "democracia protegida" era insuficiente para dirimirlas. Aún más importante era el estado real del partido en su conjunto. No todo el monte era orégano; también aquí las transformaciones de la sociedad incidían. Mientras que los votos crecían, que los obreros habían vuelto a la lucha y muchos jóvenes a la política, los afiliados al partido

habían descendido en pocos años de 2.100.000 a 1.600.000, la FGCI[41] de 358.000 a 170.000, en las fábricas las células disminuían en número y en el papel que desempeñaban. Tal descenso gradual pero constante no se podía explicar como una disconformidad o como una desilusión. No podía seguirse achacando al shock de 1956, ya digerido, ni era la expresión de una crítica a la moderación, porque el PCI había animado las luchas de 1960, y 1968 estaba lejos todavía, y no dependía, ni mucho menos, de la competencia entre sí de los partidos de gobierno que, de hecho, cada vez era menor.

Precisamente en ese momento se podía y se debía encontrar la causa principal de esa disminución organizativa en el modo de ser y de operar del partido, vincular lo que pedía y ofrecía, cada día, a los nuevos sujetos sobre el terreno. Los jóvenes sobre todo no se sentían atraídos, ni veían la utilidad de un compromiso hecho sólo de reuniones, de campañas políticas, de proselitismo: no tenían necesidad tanto de una pedagogía elemental que la escuela podía brindarles, cuanto de una formación más compleja y de una información más amplia. Querían entender y participar efectivamente en la elaboración de la política, y contribuir con sus propias experiencias, y querían dirigentes incluso periféricos capaces de liderar sus luchas, de compartirlas con sus formas de expresión, sentir sus mismas emociones, no querían tan sólo escucharlos hablar acerca de cuando estaban en la montaña o de cómo administraban el consejo municipal.

Todo esto hasta entonces, en parte, se nos había escapado. En ciertos momentos habíamos tropezado con el funcionamiento del partido soviético, pero nos habíamos interrogado poco acerca del estado real del partido italiano. Éramos dirigentes o monaguillos. Todos hablábamos de centralidad obrera, no nos percatábamos de que cada vez menos obreros se convertían en dirigentes del sindicato o del partido.

Sólo Ingrao tuvo, quizá sin plena conciencia de ello y sin argumentarlo adecuadamente, la valentía de entenderlo y de poner el tema sobre la mesa. Y propuso un primer paso para afrontarlo. Nada detonante, al menos en apariencia, porque no ponía en tela de juicio el centralismo democrático, es decir, el deber no sólo de tener que aceptar sino de apoyar y aplicar la "línea correcta" con disciplina, sin volverla a poner en discusión continuamente. A pesar de todo, no se trataba tampoco de la simple petición de libre expresión del desacuerdo. Pedía que la "línea correcta" fuese el resultado mensurable de una dialéctica explícita comprensible por todos, que fuese sometida a una verificación mediante hechos y, ante los nuevos desarrollos de la situación, pudiese

41 Federazione Giovanile Comunisti Italiani (Federación Juvenil de Comunistas italianos) (N. de T.).

ser precisada o corregida con el concurso de todos. Propuso, en sustancia, el regreso al centralismo democrático tal como lo había pensado y puesto en práctica Lenin, antes de la emergencia de la guerra civil y de la hambruna, y vigente aún durante gran parte de los años veinte, con Stalin ya en el poder. En concreto: congresos, y también "campañas de debate entre unos y otros", en las que participaran todos incluso con plataformas colectivas, sobre las que se votara y se decidiera, pero después todos tenían que atenerse a las decisiones tomadas, participando en los órganos ejecutivos. Durante los últimos años veinte, esta "constitución" se había modificado, y el XX Congreso del PCUS, tal como sucedió en los demás partidos comunistas, la había depurado de abusos y arbitrariedades, pero sin volver al modelo originario. El mismo Ingrao proponía entonces una leve restauración. En ese momento tal intento era posible. Porque la cultura común era todavía fuerte, el grupo dirigente era reconocido y había resistido a muchas inclemencias, los directivos estaban formados en el espíritu de la unidad, no estaban capturados por ambiciones de carácter institucional y vivían aún libremente fatigas y sacrificios. Esto es tan cierto que la expresión de las discrepancias no había comportado ningún desconcierto importante en la cúpula. Existía, sin embargo, un riesgo, como sucede en toda reforma, también porque ya no estaba Togliatti.

Y es aquí donde que se mide la magnitud del aplauso insistente y general de la asamblea. Por decirlo de alguna manera, *a contráriis*. Porque, precisamente el hecho de no haber sido precedido u organizado por una acción fraccional, ni cohesionado sobre la base de una plataforma política bien definida, subrayaba que el ingraísmo se había difundido como un virus, y que Ingrao disponía, no ya de fuerza, sino de carisma. No había, por tanto, vías intermedias: ese virus se suprimía o se aceptaba como una componente, un estímulo con el cual convivir. No se trataba de una lucha por el poder, sino de una difusión del poder. Había que confiar recíprocamente. Aun así, el grupo dirigente no lo hizo. Desconfió, no de las ambiciones de Ingrao, que por naturaleza no eran grandes, sino de la naturaleza y de la peligrosidad del virus. No tanto Amendola (que se mantuvo en segunda fila durante el ataque), como los llamados *centristas* (Pajetta, Alicata, los secretarios de las regiones más grandes), que llamaron a recogerse alrededor del secretario y lo convencieron (como supe más tarde) de que estaba en camino un ataque en su contra.

Siguió, por tanto, una depuración, pormenorizada y selectiva, que golpeaba las puntas más extremas y más expuestas (Rossanda, Pintor, Coppola, Milani, etcétera), aislaba a Ingrao en sedes institucionales; se acusó a Berlinguer, que hasta entonces había sido un jefe de la secretaría nacional, de ser excesivamente tolerante y lo transfirieron al

Lazio, siendo sustituido en el cargo y en su papel clave por Napolitano. Alguno que otro se alejó sin dejar su dirección. A mí no me sustituyeron porque no había de qué sustituirme, ni me degradaron porque no poseía ningún grado que me pudieran arrebatar; sin embargo se me consideraba un apuntador con audiencia y se me confinó en mi despacho, sin nada en qué ocuparme. Pocos meses después, cuando fui a ver a Amendola para decirle que no me podía jubilar con 32 años de edad, le pedí que me mandaran a trabajar a cualquier pequeña federación; él me respondió sin siquiera sonreír: tienes que estar en cuarentena porque eres un joven inteligente, juntos hemos trabajado bien, pero tienes todavía que aprender de la disciplina bolchevique. Recogí mis papeles y me fui de Botteghe Oscure[42], para reflexionar y estudiar aparte. Creo que no me ha sido inútil.

Para confirmar que el ingraísmo no era una fracción, queda el hecho de que ninguno de los "castigados" protestó, y nadie defendió a nadie. Simplemente nos perdimos de vista durante un largo periodo, conservando las amistades más cercanas. Permítaseme, por razones afectivas, un recuerdo estrictamente personal: el regreso a la isla de Cerdeña, aún salvaje, en tienda de campaña, durante el mes de agosto de ese año, con Luigi Pintor, que había sido confinado allá, no para concretar complots, sino para retomar fuerzas por medio de baños estupendos.

URSS Y CHINA

En política, al igual que en la vida personal de cada uno, no son importantes solamente los problemas que se afrontan y las alternativas que se encuentran, sino que es igualmente importante aquello que se elude o se ignora. No puedo, por tanto callar el hecho de que en el intenso debate de aquellos años ha quedado casi un vacío de análisis, de reflexión y de iniciativas en torno a un gran problema. Dicho vacío concierne a toda la izquierda, italiana y europea, pero los comunistas italianos pagaban un precio mayor a pesar de que tuviesen mayores posibilidades de contribuir a colmarlo. Me refiero a lo que en el mundo, o mejor, en una cierta parte del mundo, estaba sucediendo. La afirmación parece paradójica, porque algunos aspectos y momentos de los acontecimientos mundiales no solamente fueron dramáticamente evidentes, sino que produjeron una enorme reactivación del internacionalismo, formaron y orientaron generaciones enteras: la guerra y la independencia de Ar-

42 Durante el periodo 1950-1990 Botteghe Oscure era sinónimo del Partido Comunista italiano porque su oficina central estaba ubicada en un edificio grande de color rojo al final de esta calle (N. de T.).

gelia; la victoriosa Revolución cubana, inmediatamente amenazada, la represión en el Congo y la más feroz en Indonesia; en particular el inicio de la guerra en Vietnam. En todo esto el PCI, más que cualquier otro partido, se movilizó a fondo y discutió libremente (por ejemplo acerca del papel de las "burguesías nacionales", o acerca del peligro del neocolonialismo como resultado posible de algunas luchas de liberación) sin negar jamás, sin embargo, la importancia de la coexistencia, por ende también de la lucha por la paz y el desarme.

El vacío del que hablo tiene que ver con la crisis incipiente del movimiento comunista mundial, la ruptura entre la Unión Soviética y la China popular, especialmente de los dos grandes acontecimientos que la simbolizaron y la hicieron irreversible: el fracaso del kruschevismo y la llegada al poder de Brezhnev y Suslov en la URSS, y la Revolución cultural china. Es cierto que la importancia y significado de tales acontecimientos se hicieron más evidentes después y tan sólo hoy, tal vez, podamos entender por completo la importancia que tuvieron en cuanto a moldear el mundo en el que vivimos. Sin embargo, es igualmente cierto que esa crisis del movimiento comunista mundial dio sus primeros pasos en el inicio de los años sesenta y que por entonces se podía, si no dar le la vuelta al curso de las cosas, al menos contenerlo o corregirlo; en ese tiempo el PCI gozaba de influencia para tratar de intervenir, o por lo menos hacer más sólida y original su propia colocación en un mundo alborotado. Pero no supo comprenderlo adecuadamente ni realizarlo. Al inicio Togliatti tuvo algo de responsabilidad, pero después tuvo el mérito de tratar de poner remedio.

Hablo de responsabilidad, porque entre finales de los años cincuenta y el inicio de los años sesenta, cuando las desavenencias entre Kruschev y Mao estaban latentes pero aún no se habían consumado, el PCI se preocupó, principalmente, de defender la autonomía de la "vía italiana" y frenó la discusión sobre el valor general que tendría más allá de nuestras fronteras. Aun afirmando repetidas veces que una "democracia más avanzada", más allá de la pura forma del pluripartidismo y del parlamentarismo, era un problema que concernía también a las sociedades socialistas, y que incluso sólo éstas estaban más capacitadas para llevarla a cabo, evitó llevar este tema al debate internacional.

Algo que, por el contrario, Tito trató de hacer nuevamente, poniendo en discusión la experiencia de la autogestión yugoslava. No obstante, Tito era demasiado sospechoso por los acontecimientos pasados, Yugoslavia demasiado pequeña para tener suficiente peso y la experiencia de la autogestión parecía demasiado claudicante. Por su parte, la "vía italiana" era demasiado pobre en resultados y estaba demasiado identificada con el gradualismo y el parlamentarismo para ser aceptada como modelo estimulante, y era juzgada por los

soviéticos y los chinos como peligrosamente "revisionista", un caballo de Troya de la socialdemocracia.

El mérito de Togliatti se advierte en el memorial de Yalta, es decir, en los apuntes que envió a Kruschev para preparar un encuentro clarificador con el grupo dirigente soviético. Releyendo estos apuntes caí en la cuenta, tardíamente, de la verdadera novedad que contenían. Togliatti corroboraba los términos esenciales de la estrategia del PCI en Italia, ofrecía un reconocimiento de la situación europea que hacía posible su aplicación también a otros países occidentales; manifestaba, también y, sobre todo, una premonición iluminadora, de las que son capaces a menudo las grandes personalidades poco antes de su muerte. Precisamente él, que durante años había sido objeto de las más explícitas y burdas polémicas chinas, tenía que decir en Moscú: ¡cuidado, si las discrepancias entre la URSS y China continúan y se agudizan, si no encontramos la manera de restablecer el diálogo, de entendernos mejor, y sobre todo, si no logramos colaborar en el plano internacional, todo se verá comprometido! Quería discutir sobre este asunto, pero no tuvo tiempo para ello. Los soviéticos no podían y no querían entenderlo y, en efecto, no publicaron el texto. Ahora bien, no lo entendieron tampoco sus compañeros en Italia, que publicaron el texto de inmediato, le dieron gran resonancia, pero no incluyeron este punto esencial en la agenda del inminente congreso.

De hecho, entre 1958 y 1962, las desavenencias entre la URSS y China habían crecido progresivamente, primero de manera encubierta, con intentos de conciliación fallidos, pero luego públicamente y de manera cada vez más áspera. No era fácil discutirlo, porque se expresaba en términos intencionalmente deformados y engañosos, y a menudo en contradicción con las alternativas reales. ¿Era creíble la recuperación de Stalin, que exhibían quienes casi siempre le habían desobedecido, tanto en la táctica como en la estrategia? ¿Era posible distinguir entre quien creía en la coexistencia (URSS) y quien la rechazaba, en vista de que para los chinos "el equilibrio del terror" era casi necesario para protegerse de la amenaza de los estadounidenses? ¿Era posible denunciar la pretensión de Moscú de ejercer el papel de Estado-guía, por quienes cada día acusaban a quien intentaba una "nueva vía hacia el socialismo" de desviarse de la ortodoxia leninista? ¿Por el contrario, era razonable acusar a los chinos de buscar una ruptura por las palabras que pronunciaban, mientras que la ruptura se daba en los hechos, a consecuencia de la retirada de los técnicos soviéticos, lo que multiplicaba sus dificultades, y el rechazo imprevisto a concederles la protección atómica? En suma, habría bastado la exhibición de la verdad de los hechos para detener una polémica artificiosa y así expresar una posición autónoma, activa y eficaz, arrastrando a muchos partidos que no aceptaban la polarización entre quién tenía la razón y quién estaba equivocado. Las cosas se habrían aclarado de mejor manera,

y habría sido más útil participar sobriamente, pero con un compromiso mayor, en la discusión de fondo.

A mediados de octubre de 1964 se sustituyó a Kruschev, por fortuna de manera incruenta, aunque mediante el consabido golpe cortesano; la explicación de Moscú formulaba solamente la acusación del personalismo de su administración y sus reformas improvisadas en el campo de la agricultura o en la organización del partido, por lo general no logradas, pero en contra de las cuales nadie se había manifestado. El PCI criticó el método, pero no se interesó por la sustancia: ¿en qué, y por qué, se había equivocado Kruschev y qué era lo que quería el nuevo grupo dirigente? Fue suficiente con una garantía acerca de que la línea del XX Congreso no sería modificada, y todo acabó allí. Y, sin embargo, el XX Congreso había sido importante también por sus promesas, por la esperanza suscitada de reformas sustanciales, por la ilusión de un fuerte desarrollo económico con base al cual se habría vencido la competencia pacífica. Su derrota, por tanto, tenía que ser analizada. Y la sustitución de Kruschev por un grupo dirigente, tal vez menos arriesgado, pero claramente más gris y burocrático, no prometía nada de especial, aparte de una estabilidad que duraría 20 años pero que habría de llevar a la Unión Soviética a su decadencia definitiva. No se podía prever, ni decir, pero habría debido producirse alguna alerta.

El año siguiente comenzó en China la Revolución cultural. Se podía criticar y temer sus resultados, o bien aceptarla como una nueva esperanza. A pesar de todo, en última instancia, el contenido real del enfrentamiento entre China y la URSS, político y estratégico, era evidente, y se tenía que discutir seriamente. Atribuir a Mao una alocada conversión al extremismo era cosa de ciegos. Él partía de una constatación simple y fundada. Incluso después de la conquista del poder estatal, y durante su gestión, la lucha de clases podía producirse no porque, como decía Stalin, las viejas clases se volvían más agresivas y peligrosas, sino porque en el interior mismo del nuevo poder, es decir, del partido, podía emerger objetivamente un nuevo estrato social, arrogante y privilegiado, separado de las grandes masas, que continuarían siendo durante mucho tiempo pobres y poco cultivadas. No podía impedirse mediante una lucha fraccional, ni mediante un multipartidismo para el que no existían las bases. Tampoco podía esperarse que el desarrollo económico resolviese gradualmente el problema, porque lo agravaba. Por tanto, era necesario estimular desde abajo una impugnación del privilegio, y construir en las nuevas generaciones, que no habían vivido la guerra revolucionaria, una tensión ideológica hacia la igualdad y la participación democrática. Para ello se necesitaban cíclicamente nuevas oleadas revolucionarias, en la ideología y la práctica. El proletariado tenía que seguir siendo el protagonista directo de su propia revolución. Era ésta

la verdadera lección a sacar de la experiencia de la revolución rusa, de sus glorias y de su involución. De ahí el desafío: "¡Es justo rebelarse!". Era difícil liquidar la verdad contenida en este razonamiento.

Con todo, existían también fuertes motivos para criticar la decisión. Dos en particular. Ante todo, para que la rebelión no degenerase en anarquía destructiva y violenta, se necesitaba una referencia que la orientase y estableciese sus límites. Y si el partido no podía establecer tal referencia, pues por el contrario era la diana, tenía que venir de un jefe carismático, en este caso el mismo Mao. Sólo que el carisma conduce al culto y el culto produce un poder aún más discutible, y confiere a la rebelión el carácter de una fe, incluso de una mística de la que muchos y diversos, en conflicto entre sí, se consideran intérpretes legítimos. Una separación entre "rebeldes" poco a poco más violenta.

La segunda cuestión era la base material de este relanzamiento revolucionario. Mao, más que ningún otro, era consciente del atraso de la economía china, y del papel fundamental que tenían las inmensas masas campesinas, pero no podía ni quería cargar sobre sus espaldas el peso principal de una acumulación originaria. Y, en efecto, había hecho una revolución con ellos, con ellos había reunificado un gran país que habían destruido el colonialismo y los señores de la guerra. No mediante una *jacquerie* colosal, sino a través de zonas liberadas en las que había introducido unas primeras y concretas reformas: la emancipación femenina de una condición servil; la expropiación de latifundios; la distribución de tierras a los campesinos, ayudados y estimulados para que se constituyesen en cooperativas; la construcción de un ejército disciplinado pero sin privilegios. Había educado además, mediante el ejemplo, a las masas en el igualitarismo, había organizado un partido con una ideología compacta pero conscientemente creativa, y había introducido su guerrilla en el marco de la alianza antifascista, apoyándose en los resultados mejores de la Unión Soviética, pero sin subordinarse. Con todo, una vez conquistado el poder, seguía teniendo que afrontar el problema de una industria básica, de la que los mismos campesinos tenían necesidad y que el país necesitaba para unificarse realmente, así como el de una escuela que, más allá de alfabetizar, produjese competencias necesarias para un desarrollo moderno. La frustración del "gran salto Adelante", de 1958, había demostrado que no bastaba con un forzamiento subjetivista para resolver el problema. Se trataba de modernizar el país distribuyendo los costes y sin abandonar, o aplazar para un lejano futuro, el objetivo de una sociedad nueva. La Revolución cultural habría tenido que resolver este problema, crear en las conciencias anticuerpos para prevenir la burocratización, erradicar el individualismo y el privilegio que eran compañeros naturales de la modernización. Con todo, ¿era suficiente la insurrección de los jóvenes, y en particular de los estudiantes para lograrlo? No. Y Mao era consciente de

ello, de hecho predicaba que la mayoría de los cuadros debía ser criticada, aunque esa mayoría tenía mucho de bueno y podía ser recuperada, por lo tanto la rebelión no debía convertirse en justicia sumaria. Decía que los obreros tenían que convertirse pronto en protagonistas, sin perjudicar la producción, y había que involucrar a los campesinos, respetando sus convicciones y aprendiendo de su austeridad. Sin embargo, en la práctica, la rebelión de los estudiantes asumía fácilmente la forma de procesos sumarios y humillantes, "el experto y rojo" se volvía con facilidad un "especialista de rojo". Cuando el movimiento embestía fábricas y campos movilizaba las conciencias, pero desorganizaba la producción, y cuando incluía al ejército podía eliminar los grados, pero éste continuaba con su propia disciplina y su propio grupo dirigente. La misma ideología no podía reclamarse del marxismo ortodoxo y a la vez acompañar al revisionismo radical en un punto esencial, es decir, el axioma de que el comunismo nacía de la materialidad del proceso productivo. Era posible anticipar y forzar dichos procesos, tratar de evitar un "paso a través del capitalismo", pero no se podía evitar pasarle cuentas a éste. Y de hecho, Mao mismo, en 1968, dio un brusco frenazo: la Revolución cultural había producido resultados esenciales, su inspiración no había que suprimirla, pero tenía que concluir sin dispersión. Durante algún tiempo este regreso gradual a la realidad se administró con cautela y equilibrio (a pesar del desgarro indescifrable de la liquidación de Lin Biao) que Mao administró hasta cuando vivió, y después Chu En-Lai y Hua Guofeng. Hoy sabemos en cambio que lo que siguió fue un Termidor. Y la historia china tomó un camino completamente diferente.

Ya entre 1966 y 1968 había mucho de esto que entender y discutir. Y en cambio, la totalidad del PCI poco entendió y poco discutió de ello. El conflicto chino-soviético se exorcizó para mantenerse fuera. Nos dimos cuenta sólo después de la invasión soviética de Checoslovaquia y cuando la Revolución cultural china ya estaba concluyendo, y no de buena manera. Es decir, cuando ya no había nada que hacer. Esta es una responsabilidad común del XI Congreso. Y la purga apresurada, que había seguido a ello, sí produjo un debate, pero tardío y colmado de malentendidos. La blindada mayoría se mantuvo, a pesar de que se criticasen determinadas decisiones, respaldando a la Unión Soviética, a la espera, sin creerlo realmente, de una gradual e improbable autorreforma soviética, y continuó hablando de un "nuevo gobierno mundial", sin percatarse del terreno sobre el que el PCI había nacido y sobre el que podía aún ejercer una influencia. Solamente una exigua minoría valoró la Revolución cultural y el contagio que podía producir en el mundo, pero cuando ya ésta había cumplido su ciclo y con la infundada esperanza de que pronto llegaría otra. Las consecuencias de tal retardo y de aquella eliminación, a largo plazo, tenían que ser graves. Y así lo fueron.

[Capítulo XI]

EL LARGO SESENTA Y OCHO ITALIANO

Durante los años sesenta, un segundo movimiento, todavía mayor, sobrecogió a Italia. Esta vez "desde abajo, más que desde arriba".

Me refiero, obviamente, al largo Sesenta y ocho italiano. Me explico: el Sesenta y ocho fue un fenómeno mundial. Luego estalló en rápida sucesión en casi todos los grandes países de Occidente un gran movimiento contestatario, sobrecogedor y abigarrado, incisivo y derrotado, radical y confuso, tal como había sido a mediados del siglo precedente el 1848. Su motor fueron esta vez casi en todas partes los estudiantes y su sede principal la universidad. Aun así, la protesta no tenía, desde el inicio, el carácter de un *cahier de doléances* dirigido a conseguir tal o cual reforma de la enseñanza y de la condición estudiantil. Arremetía contra todos los aspectos de la institución: el método de enseñanza, la modalidad y criterios de la selección, la finalidad prioritaria asignada a esta última (fábrica del consenso, formación de las competencias de las que el mercado de trabajo tenía necesidad). En todos estos aspectos, de hecho, reconocía y rechazaba una característica común: el autoritarismo orientado a perpetuar el orden social establecido, en detrimento de la libertad de imaginar una sociedad diferente y contribuir a construirla. Por tanto, la protesta estudiantil representaba la revuelta de toda una generación que rechazaba, además de la escuela, los valores, las reglas, el estilo de vida y las diferentes instituciones que la presidían desde hacía siglos. Un patrimonio que el desarrollo capitalista había utilizado y resquebrajado al mismo tiempo y que ya una nueva cultura había desmitificado. Era algo menos que la crítica del capitalismo en cuanto estructura en la que se asienta el sistema, pero también algo

más, porque pretendía superar "de un salto" todas las servidumbres y los vínculos que éste introducía en la vida colectiva y en lo profundo de la vida cotidiana (en este sentido estaba en sintonía con la Revolución cultural china en versión mitificada).

El antiautoritarismo era un gran recurso, porque permitía unir, de manera no corporativa, exigencias y motivaciones distintas, reconocer y alimentar en ese momento otros conflictos en pleno desarrollo (contra el racismo, contra la sangrienta e insensata guerra del Vietnam); y también porque, en sus formas de lucha (por ejemplo la ocupación de las universidades o las comunas juveniles) podía alcanzar, además del objetivo reivindicado, una práctica cotidiana colectiva. En este sentido, la protesta dejó un signo indeleble en las maneras de pensar, en las relaciones interpersonales, en la familia, en la aceptación acrítica de las instituciones políticas representativas, en parte también en la llegada de un feminismo nuevo y más radical. Al mismo tiempo, sin embargo, el mismo antiautoritarismo mostraba un importante límite cuándo y dónde chocaba con la clave de bóveda del sistema: el modo de producción y el Estado. Huesos mucho más duros de roer a la vez que mecanismos y poderes que no bastaba desmantelar, sino que había que saber alternativamente controlar y modificar, para garantizar mejores condiciones de vida y mayores derechos a gran parte de la población. Ese importante límite se debía a que la condición juvenil es transitoria, y las mismas personas que rechazaban una forma social estaban destinadas después, en una sociedad que sobreviviría, a convertirse en privilegiados en la misma. El Sesenta y ocho, como revuelta juvenil, se extendió rápidamente por todo el mundo, dejó una marca más o menos profunda en todas partes, pero enseguida quedó aislado, se dividió internamente y decayó sin que surgiesen nuevas réplicas.

Existe, sin embargo, otro aspecto del Sesenta y ocho como fenómeno mundial, aún más contradictorio, pero no menos importante, que todos hemos descuidado. El Sesenta y ocho se abrió con la ofensiva del Tet, que abrió la fase de la victoria vietnamita y de la humillación estadounidense; seguían aún vivos los intentos de emulación de la Revolución cubana en América Latina; en China Mao había puesto una barrera a la Revolución cultural pero sin desconocer su mérito y su significado; en Francia la revuelta estudiantil había arrastrado por un momento a casi la totalidad del país, De Gaulle había restablecido el poder rápidamente pero pagando el precio; el nacionalismo árabe había sido derrotado militarmente por el ataque israelí, aunque se había reafirmado políticamente; en el plano económico el "milagro" se estaba agotando y le seguiría la crisis monetaria y un prolongado estancamiento económico. Si todo esto estimulaba esperanzas, se entreveía la llegada de novedades menos esperanzadoras. La invasión de Checoslo-

vaquia truncaba cualquier optimismo acerca de la capacidad de autorreforma económica y política de la Unión Soviética; la evolución de las cosas en China hacía prever nuevos caminos en su política interna, la ruptura entre Pekín y Moscú se hacía irreversible, modificando todo el equilibrio mundial; la muerte del Che fundaba un mito, pero ratificaba la derrota de todo un continente; los victoriosos socialdemócratas en el gobierno, en Alemania y en el Reino Unido, no daban señales de un verdadero replanteamiento en torno a la disciplina atlántica. En fin, un mundo en completa confusión, bajo una crisis que afectaba a uno y a otro campo. Todo ello bastaba para iniciar una nueva reflexión en torno al carácter y a la importancia de la revolución en Occidente, pero no para tenerla a las puertas.

Si se excluye o si se subestima todo esto, tal como entonces hicimos todos (la nueva izquierda, aunque también el PCI), la discusión acerca del Sesenta y ocho no sólo queda coja sino que estará totalmente falseada.

LA CENTRALIDAD OBRERA

En este marco es útil resaltar e indagar la singularidad del Sesenta y ocho italiano, diferente de cualquier otro por su duración, cualidad, protagonistas y resultados. Tal vez por última vez, y más que nunca, se puede hablar de un "caso italiano". Que, de hecho, llamó la atención más allá de nuestras fronteras, aun no ofreciendo la "espectacularidad" del mayo francés. Dicha particularidad radica, por decirlo de alguna manera, en un "feliz encuentro", en gran parte explicable por la historia precedente, pero también, en parte, fruto de la casualidad.

Muchos conflictos sociales, muchas formas y muchos sujetos de una protesta, muchas rupturas culturales, que el capitalismo en transformación llevaba consigo y tenía que enfrentar, habían emergido ya antes en varios países, en tiempos diferentes o como quiera que sea, sin sintonía entre ellos; el sistema había podido enfrentarlos por separado para neutralizarlos, a veces para extraer algún estímulo. Sobre todo el sistema había logrado evitar, o poner al margen, la presencia de organizaciones sindicales y políticas que pudiesen ofrecerle a la protesta una representatividad o al menos una sólida orilla.

En Italia, por el contrario, durante varios años alrededor del Sesenta y ocho se presentaron simultáneamente diversas oleadas contestatarias, y no solamente con capacidad de sumarse unas a otras, sino también de interactuar entre sí. Cuando la base material que las originaba todavía era robusta y sus convincentes razones eran reconocidas también por vastas masas; cuando aún eran fuertes, incluso en auge, los sindicatos de clase y los partidos que apoyaban una posición anticapi-

talista, y los gobiernos estaban desacreditados y se tambaleaban. Antes de dar un juicio global acerca de aquellas convulsiones, todavía muy controvertidas, es necesario reconstruir el carácter y el recorrido de los diferentes sectores que participaron, y el modo en el que las grandes organizaciones reaccionaron.

No parto casualmente de las luchas obreras. Porque no es cierto, o lo es sólo en una mínima parte, el esquema que ha quedado fijado en la memoria. Es decir, que no es cierto que la revuelta estudiantil se haya anticipado en el tiempo y que haya marcado el carácter radical del conflicto social y que ulteriormente haya sido frenada por la sabiduría de los sindicatos y reprimida por los aparatos comunistas. Este esquema puede tal vez aplicarse al mayo francés. El caso italiano es, por el contrario, mucho más complejo y tiene diferentes fases; sobre todo en Italia, ha estado en su centro el conflicto directo entre capital y trabajo, su sede principal ha sido la fábrica, su protagonista la clase obrera en carne y hueso. Conozco perfectamente el peligro que corro al emplear hoy la expresión "centralidad de la clase obrera". Ha sido empleada demasiadas veces para señalar la confianza en algo que estaba aún por llegar, demasiadas veces para indicar algo que estaba ya desapareciendo o que se presentaba ya en formas tan diferentes que le han quitado sentido. Quisiera por tanto que fuese claro cuanto antes que, cuando me refiero al Sesenta y ocho italiano, cuando hablo de clase obrera lo hago en sentido endiabladamente concreto. Un pueblo de asalariados que en gran parte desempeñaban un trabajo manual y fragmentario, introducidos en un ciclo productivo organizado cada vez más rígidamente, concentrado en empresas medianas-grandes, en donde todos se sentían partícipes de un colectivo y paulatinamente de una clase; mayoritariamente trabajadores del sector industrial, en un momento en el que la industria en su conjunto ocupaba ya a la mayoría relativa de la fuerza de trabajo y empujaba la economía del país. Prescindo por completo de la convicción ideológica que lleva a reconocer la primogenitura de una clase que, por convicción y sin mitos, he llevado siempre conmigo; en ese momento ha encontrado una confirmación, pero en la sociedad actual reconozco que debe ser como mínimo repensada. Me refiero, por el contrario, a un hecho concreto e indiscutible, es decir, a un ciclo de luchas, precisamente obreras, que se desarrolló durante más de una década y que, por dimensión y naturaleza, influyó en muchos otros movimientos, y sacudió profundamente los equilibrios de la economía y de la política.

Los orígenes, como ya he recordado, se remontan al retorno sindical de entre 1960 y 1963, en el cual ya habían aflorado reivindicaciones no puramente salariales sino de la organización del trabajo, formas de lucha desde abajo que en sí mismas comportaban la exigencia de la

reducción no sólo del despotismo del patrón sino también del verticalismo del sindicato, en un entrelazamiento permanente entre contrato nacional y conflictos en las empresas. En cada aspecto tales luchas habían alcanzado resultados significativos. Correlativamente, había intervenido el retorno del antifascismo militante y la politización de numerosos jóvenes. Movimiento, sindicato y partido marchaban juntos y juntos se renovaban. Un fruto directo e importante de esa experiencia que el PCI había adelantado, había sido el fuerte desplazamiento en la cultura y en la práctica de las organizaciones sociales católicas (tanto la CISL como las ACLI).

La patronal y el gobierno habían reaccionado, en 1964-1966, con la mordaza deflacionista, la exportación de capitales y con limitadas aunque incisivas innovaciones tecnológicas, dirigidas principalmente al aumento de la productividad, reduciendo con ello la ocupación e intensificando el trabajo. En sólo un año, por ejemplo, la Pirelli había aumentado globalmente la producción en un 28%, y la Fiat de Mirafiori la había doblado, con una ocupación invariable y los salarios congelados. Otras empresas, que no querían o no sabían hacer otro tanto, despedían. Todo esto, transitoriamente, había servido para acotar el margen de los conflictos sindicales; sin embargo, desde el punto de vista social, había aumentado la rabia obrera y, desde el punto de vista político, le había cortado las alas a las promesas de reforma del centroizquierda.

Tan pronto como la economía, durante el bienio siguiente, esbozó un repunte, los conflictos en las empresas rebrotaron y rápidamente se extendieron, concretamente en torno al destajo y a los ritmos de trabajo. Con una novedad: puesto que la reestructuración abordaba también el trabajo de los administrativos y de los técnicos, a la par fragmentado e intensificado, en muchos casos el empuje de la reivindicación se extendía a los profesionales que habían sido desde siempre propensos a abstenerse. Ya, en 1967, Italsider, Rex, Zanussi, Dalmine, Lebole, Magneti Marelli, Tosi, Autobianchi, y más inesperadamente, Marzotto. A lo largo de sólo un año, 3.878 acuerdos suplementarios concluyeron positivamente. La Fiat, como de costumbre, fue un caso aislado, pero esta vez para mejor. En efecto, la empresa, en marzo de 1968, trató de prevenir el conflicto mediante un acuerdo con el sindicato amarillo; FIM y FIOM[43] lo rechazaron, y cien mil obreros hicieron huelga y consiguieron un acuerdo mejor, por primera vez después de 14 años.

Pero aún hay más, aunque casi por completo olvidado. Entre 1967 y 1968 se iniciaron dos luchas generales: la del sistema de pensiones,

43 *Federazione Italiana Metalmeccanici* (Federación Italiana de Metalmecánicos) y *Federazione Impiegati y Operai Metallurgici* (Federación de empleados y obreros metalúrgicos): organizaciones sindicales italianas de trabajadores metalmecánicos. (N. de T.).

que siempre fue poco definido y que además era desigual y poco generoso; y la de la abolición de las "jaulas" salariales[44] que permitían pagar un salario 20% inferior en las regiones del sur. El resultado con el que concluyeron ambas luchas fue importante: derecho a una pensión del 80% del salario final tras 40 años de trabajo, derecho a pensión después de 35 años de trabajo y abolición total de las "jaulas" salariales antes de 1975. No menos relevante era el modo con el que se lograron dichos resultados, porque las tres confederaciones sindicales habían firmado al inicio una propuesta de acuerdo, en contra de la cual habían protestado las organizaciones de base, y la CGIL se vio obligada a proclamar, ella sola, una nueva huelga general, tan imponente que arrastró a las demás al éxito.

Así se llegó a la renovación de los convenios nacionales de trabajo, "el otoño caliente", un verdadero salto de calidad. La plataforma reivindicativa, con los metalúrgicos a la cabeza, era insólitamente ambiciosa: aumentos salariales consistentes e iguales para todos, reducción del horario laboral de 48 a 40 horas semanales, paridad normativa para obreros y administrativos, derecho a las asambleas en las fábricas, sin menoscabo del salario. Aún más novedosas fueron las formas de lucha, los lugares en que se tomaron las decisiones y quienes lo hacían. Con respecto a las formas de lucha, imponentes manifestaciones callejeras respaldaron las huelgas involucrando a la opinión pública; la lucha continuaba incluso durante las negociaciones; se confiaba un paquete de horas de huelga a la gestión de cada empresa o cada sector; en su apoyo se producían manifestaciones internas espontáneas con el fin de convencer a los indecisos e interrumpir el ciclo productivo; además, de manera improvisada, se reducían los ritmos o se producían paros intermitentes. No se trataba de imitar a los luditas: era la forma de hacer las huelgas más costosas para los patronos y menos para los obreros. Con respecto a la toma de decisiones, ya no se trataba de un asamblearismo poco concluyente, sino que se hacía una consulta preventiva y colectiva sobre las peticiones de partida, con la elección directa de delegados en la que todos los trabajadores tenían derecho al voto; delegados que juntos constituían un comité de empresa. A la negociación nacional podían asistir amplias delegaciones que con, aplausos o rechiflas, la influenciaban.

Algunos datos hablan por sí mismos: en 1956 había, en la industria metalúrgica, 1.000 comisiones, un poco anquilosadas y controladas desde arriba, en representación de 500.000 trabajadores. En 1972, 4.300 comités de empresa en representación de 1.000.000 de

44 El sistema de las "jaulas" salariales permitía calcular los salarios relacionándolos con determinados parámetros, por ejemplo el coste de la vida en un determinado lugar. Dejó de utilizarse en 1969 (N. de T.).

trabajadores y controlados desde abajo. De 1968 a 1972 la CGIL y la CISL, que lideraban e impulsaban las luchas, pasaron de 4.000.000 de afiliados a 5.000.000 y luego a 6.000.000 en dos años. Para medir el efecto de contagio y el desplazamiento político que paulatinamente se produjo también fuera de los límites de la industria basta un dato aún más impresionante: en 1968 la CGIL tenía, en el empleo público, 4.000 afiliados, y en los primeros años setenta, 90.000. Estos datos demuestran que la dinámica expansiva se creaba cuando la iniciativa desde abajo se hacía más ambiciosa y mejoraba sus objetivos y recíprocamente el sindicato se dejaba penetrar para poderla representar de manera eficaz. ¿Eran luchas sindicales? Seguramente, y aquel sujeto social no podía prescindir de éstas. Aun así, cuando se observan los objetivos y los resultados de esas luchas, y las formas que asumían, el espíritu general que las inspiraba, el nivel de la participación que las acompañaba, los cuadros que rápidamente se formaban, no se le puede negar su valor político.

En esta interrelación, digamos incluso ambigüedad, entre concertación sindical y la radicalidad que la inspiraba y a menudo también la radicalidad de los comportamientos, se hallaba la fuerza del movimiento. Que, en efecto, duró incluso después de su apogeo, arrancó conquistas importantes (por ejemplo el Estatuto de los trabajadores, las 150 horas retribuidas para la recuperación escolar, el fin de la distinción entre administrativos y obreros) y consolidó la unidad sindical (la FLM, el Pacto de unidad de acción entre las Confederaciones). Lo más interesante es que esto proporcionaba, implícitamente, una insinuación de la estrategia política de conjunto que Gramsci había elaborado hacía tiempo, es decir, la idea de que, en Occidente sobre todo, la revolución tenía que avanzar, aun antes de la conquista del poder estatal, como movimiento social; en este punto la clase obrera tenía que adquirir la capacidad de una clase dirigente, conquistar baluartes, ponerse objetivos intermedios, establecer no sólo alianzas sino un bloque histórico hegemónico.

De todas formas en esta ambivalencia entre lo sindical y lo político, en las luchas obreras más avanzadas, estaba implícita una contradicción. Cuanto más crecía y se imponía un impulso reivindicativo, cuanto más se erosionaba el poder patronal en la fábrica y se alteraba la organización del trabajo, cuanto más emergía la necesidad de mejorar las condiciones de vida de los obreros (y con ellos de grandes masas dispersas aunque igualmente sacrificadas) incluso fuera de la fábrica, más emergían, frente al movimiento, dos obstáculos enormes conectados entre sí. En primer lugar, como siempre, el chantaje de la crisis económica, particularmente apremiante en un momento en el que el desarrollo capitalista estaba entrando en fase precaria y la industria estaba ligada a un mercado internacional en el que tenía que competir.

Por otra parte existía la necesidad de encontrar recursos financieros para financiar el "estado social", de imponer un marco normativo y de encontrar las capacidades administrativas para orientar dichos recursos hacia la satisfacción de las necesidades colectivas, según una precisa escala de prioridades. Por una u otra razón tenía que ponerse sobre el tapete el problema de un cambio profundo de la política, y en particular de la política económica, como soporte esencial también para la solidez y el desarrollo del movimiento.

En ese momento surgió este problema y era insoluble. Las fuerzas de gobierno habían llegado al sesenta y ocho en plena involución: los socialistas habían intentado de manera insensata la unificación con los socialdemócratas y habían salido en estado comatoso. La Democracia Cristiana estaba ligada más que nunca a la preocupación de conservar el poder a como diera lugar y dividida en una riña interna. No había espacio para un diálogo serio con ellos. Esto, en abstracto, podía ser una ventaja para la oposición de izquierda, pero comenzaban a llegar también señales preocupantes desde la sociedad. No me refiero tanto a la "estrategia de la tensión", acerca de la que volveré más adelante. Me refiero a los movimientos subversivos de masa que explotaron particularmente en Reggio Calabria y en Aquila, que demostraban cómo en zonas de degradación social, de clientelismo y de delincuencia tolerada, la revuelta por sí misma podía dirigir al pueblo en dirección reaccionaria y parroquial. Menos vistoso, pero quizá más alarmante, fue lo sucedido en Battipaglia, porque allí los fascistas tuvieron poco que ver, el impulso de la rebelión no era parroquial, ni provenía de masas marginadas. Era una de las pocas zonas de mayor y más evidente desarrollo, pero en las formas degeneradas que éste asumía en el sur: infrasalario, trabajo precario, clientelismo, contratación ilegal de mano de obra. Cuando se anunciaron despidos en la industria tabacalera, la sociedad entera se rebeló, ocupó la estación ferroviaria para hacerse oír, la policía la reprimió duramente y entonces las masas incendiaron el ayuntamiento, símbolo de todos los vicios. Una moderna *jacquerie* en contra de todo y de todos, instituciones y partidos, en una sociedad modernizada, espejo de una parte importante del país, en la que no eran suficientes los sindicatos y los conflictos sindicales para expresar y canalizar una rabia legítima e incontenible. Las elecciones de 1972 fotografiaron las relaciones de fuerza reales: el PCI desaceleró su avance; el conjunto de la izquierda retrocedió por la quiebra del PSI y el humillante resultado de *Il manifesto* y de la lista de Labor; la DC aguantó, pero desplazándose a la derecha; el Movimiento Social Italiano[45] dio un salto hacia delante. Evidentemente no se recuperó la estabilidad del gobierno, pero se lle-

45 Movimiento Social Italiano, partido parafascista (N. de T.).

gaba a un gobierno Andreotti-Malagodi apoyado por el MSI. La clase obrera aún no bajaba la cabeza: en la negociación del convenio de ese año conquistó el final de la distinción entre administrativos y obreros, los conflictos sindicales al margen del convenio no se detenían (en 1973 las horas de huelga sólo fueron inferiores con respecto al pico de 1969). Hoy sabemos qué respuesta, precisamente en 1972, elaboró el PCI para ofrecer una salida política del movimiento: la unidad nacional.

¿Podía hacerse algo muy diferente en contenidos y protagonistas, pero semejante al esquema de razonamiento y de comportamiento que Togliatti había planteado al término de la guerra antifascista, en condiciones mucho más difíciles, porque el mundo y la sociedad eran completamente nuevos? Es decir, ¿estar en el movimiento de lucha, conseguir credibilidad, dirigirlo, con su aprobación, no a una rápida "revolución" sino a una etapa de nuevos enfoques, cuyo lejano objetivo resultase, además de declarado, evidente? Antes de descartar esta posibilidad, dado que se puede descartar con argumentos serios, tenemos que completar el reconocimiento de ese largo sesenta y ocho.

ESTUDIANTES Y ALREDEDORES

Coprotagonista del sesenta y ocho, obviamente, fue el movimiento estudiantil, que explotó de improviso e impetuosamente, aunque con cierto retraso con respecto al de otros países (Estados Unidos y Alemania), coetáneo del mayo francés. En su aspecto de revuelta generacional, cultural y sobre todo moral, y en su componente antiimperialista, se reconocían y se reproducían la misma orientación y los mismos caracteres, pero con una singularidad nacional que con el tiempo resultó ser relevante. De entrada, por su historia precedente, y sobre todo por la condición material a partir de la que se movía.

Ya a partir de la guerra de Liberación, pero incluso durante las dos décadas que la siguieron, un gran número de jóvenes y de jovencísimos, juntos o adversarios entre sí, había sido partícipes y protagonistas de luchas políticas muy duras, con un alto nivel de convicciones ideológicas, y con discriminaciones de clase. Primero antifascistas contra fascistas, después comunistas contra católicos. Habían surgido así formaciones políticas juveniles de masa, muy militantes. Los "boinas verdes" de la plaza de San Pedro dirigidos por la GIAC geddiana y presentes en cada parroquia, y medio millón de afiliados a la FGCI de Berlinguer hasta finales de los años cincuenta. Los estudiantes, y sobre todo los universitarios en cuanto tales habían quedado al margen, por el simple hecho que hasta esa época los hijos de los obreros y campesinos, después de la escuela elemental, iban a trabajar o trabajaban con la familia, y a la universidad llegaban sólo los hijos de los burgueses.

Al menos después de 1948, los jóvenes universitarios católicos ya no sentían la necesidad de comprometerse en la lucha política cotidiana, y los estudiantes comunistas eran pocos. Cuando yo iba a la escuela, las raras y contadas manifestaciones estudiantiles las promovía una minoría parafascista sobre *Trieste Italiana*.

En 1960, sin embargo, como hemos visto, surgió una nueva generación juvenil, partícipe en primera línea durante la reanudación de las luchas obreras, animada por el nuevo antifascismo militante, y con precoces motivaciones antiimperialistas (Congo, Palestina, Cuba, aún antes de Vietnam). Entre la multitud había también una minoría de estudiantes, pero no en calidad de tales. El balance de esta historia es simple: en Italia se estaba formando una nueva generación, fuertemente politizada y orientada hacia la izquierda. También una parte de la juventud católica, tras la ruptura de su grupo dirigente con Gedda, comenzaba a desplazarse hacia el movimiento obrero. No obstante, todos pedían a los partidos de izquierda renovarse; en efecto, los apoyaban pero no se afiliaban a ninguno. En ausencia de dicha renovación, una minoría intelectualmente muy cualificada buscaba nuevos maestros o formaba cenáculos disidentes (operaistas[46], marxistas-leninistas, trotskistas). Los llamados "grupos" durante el sesenta y ocho tenían aquí, al igual que en Francia, sus futuros dirigentes. La FGCI, antes de su "normalización" durante el XI Congreso, se esforzaba por reconocerlos y dialogar con ellos. No menos específica, pero incluso más importante, fueron las condiciones materiales de la enseñanza y de los estudiantes que promovían las protestas. Esto, además de explicar la fuerza y el carácter del movimiento estudiantil de entonces, era y continúa siendo una cuestión nacional que jamás se ha resuelto seriamente.

En Italia la enseñanza tenía los mismos problemas que en otras partes, incluso más agudos y numerosos. Al igual que la nueva industrialización, nació en pocos años, sin ninguna reforma ni una financiación apropiada. El libro de Rossana Rossanda, *L'anno degli studenti* (*El año de los estudiantes*), muestra un cuadro ilustrativo de la situación. El segundo ciclo de la escuela única y obligatoria, que hacía tiempo existía en casi todos los países avanzados, sólo se introdujo en 1960, pero para hacerlo asequible se limitó a la supresión del latín y a asumir nuevos docentes con la formación de siempre. La clase media, por fin un poco más acomodada, por una antigua ambición y previendo una incesante demanda de empleos más cualificados, hizo todos los esfuerzos posibles para mandar a sus propios hijos hasta la universidad, cuyo

46 *Operaismo*: movimiento italiano teórico y político, fundamentalmente activo durante los años sesenta y comienzos de los setenta. El *operaismo* se caracterizó esencialmente por la propuesta de un "retorno a la clase obrera" (N. de T.).

ingreso se fue liberalizando progresivamente. También quien no podía permitírselo encontraba algún trabajillo para no quedarse fuera de la futura carrera por falta de título, quizá simbólico, pero exigido (los estudiantes trabajadores).

De manera que, en 1967, los estudiantes universitarios llegaban ya al medio millón. Tal oleada se registraba en 23 ciudades universitarias, más o menos equivalentes en número a las de comienzos de siglo. Los profesores ordinarios, los "barones", que en 1923 eran 2.000 para 43.000 estudiantes, habían subido a 3.000 para 450.000 estudiantes, y estaban comprometidos a 50 horas efectivas de enseñanza al año (exámenes comprendidos). Las aulas eran insuficientes incluso para contener a la minoría de estudiantes que acudían a ellas. Los laboratorios y las bibliotecas eran de difícil acceso. De manera que en estas condiciones sólo se graduaba un estudiante de cada cuatro, los otros tres habían perdido el tiempo y quedaban inscritos con asignaturas pendientes hasta que por fin renunciaban. En el Parlamento la izquierda había pedido ordenanzas y financiación para sanear este intolerable estado de las cosas, pero había sido muy pronto bloqueada, no sólo por la falta de fondos, sino por la obtusa resistencia contra la plena dedicación del profesorado y contra la descentralización del poder, por parte de esos barones que a menudo eran también parlamentarios de centroderecha y no querían renunciar al doble cargo. Sin embargo, si la izquierda no hubiese vistos anulados sus propósitos, dichas propuestas modernizadoras habrían empeorado otro problema candente: el mercado de trabajo no era capaz de absorber un número creciente de licenciados, sobre todo por sus limitadas capacidades profesionales y, como quiera que fuere, inadecuadas para las funciones solicitadas. Por último, era menos notoria pero todavía más escandalosa la discriminación social: de hecho, de cada cien graduados solamente uno provenía de familia obrera o campesina; era cualquier cosa antes que una enseñanza democrática: los trabajadores financiaban los estudios de los hijos de los burgueses, quienes si lograban coronar sus estudios pretenderían, precisamente gracias a ese título, a menudo formal, un sueldo mucho más alto que el de ellos. Este último dato servía para sacar a la luz el papel social no sólo de la universidad sino de toda la estructura escolar. ¿Quién llegaba hasta la universidad y por qué una "mortalidad" tan elevada? El desastre tenía también lugar en los niveles inferiores de la enseñanza.

El segundo ciclo de la escuela obligatoria tiene por naturaleza una doble función: la de formar una capacidad intelectual general, una visión del mundo y proporcionar las bases de los conocimientos necesarios para una especialización profesional de alto nivel y, al mismo tiempo, creativa. La escuela tradicional (la gentiliana), con sus propios

contenidos, métodos, estructuras (los liceos), había asumido en el pasado la labor de formar una elite, transmitiendo un saber muy lentamente actualizado. Además, la ayudaba en su labor la familia acomodada, que no sólo proporcionaba a los muchachos un entrenamiento precoz para la fatiga intelectual, sino que ella misma, casi siempre, estaba acostumbrada a mantener viva una cultura propia. La escuela de masas invertía todo esto.

En primer lugar porque la incesante transformación, ya fuera de la cultura y de las relaciones sociales, ya fuera de las tecnologías productivas, hacía imposible e inútil la transmisión de un saber antiguo y fijado para perfiles profesionales predeterminados. Imponía, por el contrario, tanto en uno como en otro aspecto, la consecución de una capacidad crítica capaz de orientarse ante problemas morales o tecnologías siempre en evolución. En segundo lugar porque el saber de la tradición ya no podía transmitirse, y mucho menos podía asimilarlo quien no poseía el legado cultural de la clase dirigente. En tercer lugar porque el resguardo de la familia, incluso de la acomodada, se había quebrado: si la vieja generación trataba de imponer su propio modo de pensar, no era ni siquiera escuchada, hasta que terminaba por renunciar a ello; con todo, además, tenía muy poco qué decir, porque la especialización profesional y la presión de nuevas culturas alejaban gradualmente también a los adultos del ejercicio intelectual. Tal como ha sido demostrado por estadísticas precisas, todo aquello que se aprende en la escuela (salvo aquello que entra a formar parte de la estrecha práctica cotidiana) se olvida en menos de diez años. El neo-analfabetismo de los ancianos se suma a las carencias de la enseñanza, y también, a la ultrafragmentación del trabajo, y de la investigación misma. La escuela tradicional, simplemente condensada, pero no modificada, excluye de hecho a las clases subalternas, se adapta a «ser fácil» para todos para evitar exterminios, a final de cuentas se convierte en un gran «casino cultural» y de comportamientos, delega la formación hacia arriba a las sedes de la «excelencia», y hacia abajo a los medios de comunicación. Produce, en fin, un semi-trabajo informe, destinado a oficios repetitivos y a una eterna confusión. Así era, desde el principio, la escuela de masa que llegó a Italia, en donde no existían correctivos, desde hacía tiempo presentes en otros países, para atenuar al menos los daños desde el punto de vista del sistema (las costosas universidades de vanguardia y la importación seleccionada de cerebros en Estados Unidos, las Grandes Écoles y los Institutes en Francia, las excelentes escuelas técnicas en Alemania). Esta condición material de la enseñanza ilustra las razones de la protesta radical de los estudiantes, así como la irresponsable ceguera del gobierno, y también de la izquierda, con respecto a un problema de tal envergadura para el futuro del país. Era un problema que había que

solucionar precisamente entonces, cuando había una revuelta social que lo permitía, y cuando se estaba en busca de una nueva definición de los estilos de vida y a las puertas de una nueva revolución tecnológica (informática, biogenética).

Volvamos ahora al movimiento estudiantil en cuyo recorrido, esquemáticamente, me parece que se pueden distinguir tres fases diferentes, sin olvidarse de que a veces una se superponía sobre la otra o una conservaba rasgos de la otra. La primera fase (1967-1969) fue sobre todo espontánea y de masa: en pocos meses se extendió, con mayor o menor dimensión y con diferentes acentos, a lo largo del país, precisamente como movimiento específicamente estudiantil. Desde el punto de vista de las ideas era deudor de los alemanes; desde el punto de vista de la práctica, de los estadounidenses; y desde ambos puntos de vista, del mayo francés. El elemento unificador era pues el antiautoritarismo, hecho evidente de inmediato por la forma principal de lucha, la ocupación lo más permanentemente posible del espacio universitario. Allí el movimiento desarrollaba sus frecuentes asambleas autónomas, allí intervenía también durante las clases, allí prácticamente vivía para discutir, decidir, incluso para conocerse y divertirse; a veces lo expulsaba la policía llamada por los rectores pero regresaba muy pronto también. De todos modos, la atención, más que en otros países, se centró al inicio en un objeto preciso y en un adversario directo: los métodos y los contenidos de la enseñanza, la condición material del estudiante. Incluso, en las experiencias piloto (Trento, Venecia, la Facultad de Arquitectura de Milán), el primer paso estaba ligado a la realidad específica de una disciplina o de una situación (¿qué es la sociología, a qué fin orientar la arquitectura, qué tipo de sociólogo o de arquitecto?). No por casualidad el primer momento de coordinación nacional provisional surgió en la ocupación del Palazzo Campana en Turín, donde se elaboró el texto *Contro l'università, Potere studentesco* (Contra la universidad, Poder estudiantil). No obstante, fue desde el principio un movimiento de protesta, es decir, que comenzaba a partir de una situación concreta, era capaz de discernir los puntos específicos de la insatisfacción de la masa estudiantil, sabía movilizarla y sabía producir no sólo una crítica, sino también una lucha vencedora, ante todo contra la arrogancia y la negligencia del cuerpo académico y contra reglamentos y estructuras organizativas tan sofocantes como putrefactas. Ocupaciones, intervenciones críticas o burlescas durante las clases, eran en sí mismas capaces de demostrar que "el rey está desnudo"; el movimiento fue también capaz de descubrir, poco a poco, la lógica general que estaba en la base de toda la institución y, más allá de ésta, el papel general que desempeñaba y continuaría desempeñando en el sistema social, incluso en el momento en que fuese modernizada.

En esto se podía detectar una analogía con el recorrido de las luchas obreras: reivindicaciones inmediatas, insubordinaciones desde abajo, petición de poder. Con todo, también era detectable una diferencia profunda entre cada organización estructurada, entre cada delegación, en el concepto mismo de "objetivo intermedio", por tanto, la eliminación de todo análisis del marco general que precisamente se quería subvertir, pero que no se podía lograr de un solo golpe. Este rechazo era connatural a un movimiento espontáneo, de estudiantes, en cierto sentido fecundo, porque lo protegía del corporativismo de una clase privilegiada, y lo convertía en sujeto político. Fecundo particularmente durante la fase de su nacimiento. En el fondo, también durante la guerra partisana había estado presente la idea, quizá mayoritaria entre los jóvenes, de combatir por la libertad, pero también la de que arriesgar su propia vida, y las armas que empuñaban, iban a arrastrar a todo el país y a cambiar la sociedad. Como entonces, el PCI habría podido atesorar aquellas aspiraciones y a la vez orientarlas dentro de los límites de una determinada situación histórica, si hubiera formado parte internamente y hubiese sido reconocido. ¿Por lo demás, la entonces naciente revuelta obrera habría asumido esa magnitud y esas características, antes señaladas, sin un sindicato dispuesto a transformarse para poderla representar y con la fuerza para dirigirla? Por el contrario, fue notable la incapacidad del PCI para reconocer la envergadura del movimiento de los estudiantes en su fase inicial. Dejado a su suerte, el movimiento hizo lo mejor que pudo, pero no era suficiente, de hecho su camino estaba lleno de escollos.

La segunda fase (entre 1969 y 1971) comienza, precisamente, al correrse un riesgo enorme, que en sustancia se evitó, y prosigue con una gran ocasión, desafortunadamente desaprovechada. El riesgo lo produjeron conscientemente las fuerzas reaccionarias y los aparatos del Estado. Hablo de la masacre de Milán, en la *Banca Nazionale dell'Agricoltura*, un pasaje sobre el que es preciso detenerse, porque atraviesa la entera historia italiana. La "estrategia de la tensión" funciona y se repite durante años. Bombas, atentados a menudo muy cruentos, sucedieron antes y después del 12 de diciembre de 1969 (desde Peteano, en Brescia, hasta Bolonia). Sabemos que en todos estos casos estaba presente una provocación fascista y había una corresponsabilidad de los servicios secretos del Estado. Mejor dicho, incluso cuando el aspecto terrorista estaba ausente, la "estrategia de la tensión" había recorrido la década entera y algo más: desde la operación Piano Solo al Sifar, desde De Lorenzo, a Miceli, a Borghese, a la P2[47], el rostro oscuro del

47El general De Lorenzo, Miceli, Borghese y la organización P2 participaron en diversos intentos golpes de Estado para evitar la participación de los comunistas en el gobierno (N. de T.).

poder intervenía en la política italiana. Sin embargo, Piazza Fontana tuvo un peso y un carácter particular. No tanto porque en este caso participaron los servicios, aún no se sabe bien cómo, en la ideación y falseando las pistas, sino sobre todo porque la cúpula política en el poder la asumió y utilizó como ocasión para dirigir un ataque preciso, que creía iba a ser resolutorio, contra el movimiento de masa de los estudiantes y sobre todo de los obreros (la coincidencia de las fechas es elocuente). No me interesa aquí saber si Pinelli fue empujado incidentalmente a esa acción o tenía una intención asesina, ni reconstruir la torpe y escandalosa incriminación del "bailarín anarquista"[48] Lo que me interesa es el hecho de que, pocas horas después del atentado, el propio ministro del Interior dejó filtrar la noticia de que la investigación tenía razones para orientarse hacia la izquierda, y se produjo una loca campaña de prensa para acreditarlo, alimentada cada día por el resultado de las "pesquisas". Y me interesa que la totalidad de la campaña de contrainformación recayera sobre las espaldas de la extrema izquierda y de un pequeño sector de la *intelligentsia* democrática. La campaña no tuvo éxito porque la operación era burda, propia de aficionados, pero el PCI se limitó durante mucho tiempo a decir "que se haga la luz" y, cuando hubo luz, no impugnó el complot para atacar a fondo y en su conjunto al lado oscuro del régimen. Con esto creó una distancia insalvable con el movimiento estudiantil: aún peor, renunció a una de sus armas clásicas, la de la movilización democrática. El movimiento resultó estimulado en lugar de desacreditado, pero quedaron grabadas como nunca dos convicciones: que las instituciones estaban podridas y dispuestas a todo, y que el PCI, si no era un enemigo, era un adversario, o, de todos modos, un interlocutor en el que no se podía confiar. Una parte del movimiento se convenció de que era necesario oponer una violencia defensiva a la violencia del Estado. La idea de la lucha armada estaba lejos todavía, o era objeto de puras habladurías, pero es cierto que era común pensar que toda manifestación que concluyese sin un pequeño choque con la policía no era más que un "paseo". A mí me parecía una tontería, pero ¿cuántas carreras llegué a dar para mantenerme lejos, avergonzándome un poco? ¿Se trataba de sabiduría, o de un incurable moderantismo?

La ocasión frustrada la ofreció, en cambio, el «otoño caliente» de los obreros. La evidencia de los hechos convenció a la masa de estudiantes, y no sólo a quienes la es peraban desde hacía tiempo, de que

48 Pietro Valpreda, llamado por la prensa el "ballerino anarchico". Injustamente acusado de la matanza de Piazza Fontana el 12 de diciembre de 1969, pagó con tres años de cárcel (N. de T.).

era necesario «ir hacia los obreros» (al igual que los *narodniki*[49] iban hacia los campesinos) y construir con ellos una nueva organización política, de la que carecían tanto los unos como los otros. Ese cambio expresaba una exigencia real, no era una abusiva invención ideológica. Si era cierto, como así era o se consideraba como tal, que no se podía realmente cambiar la enseñanza, mucho menos sus salidas, sin cambiar la sociedad en su conjunto, era natural que los estudiantes buscasen fundirse con los obreros, precisamente en ese momento "mágico" para ambos. Y si era cierto que unos y otros llevaban en sí mismos aspiraciones y experiencias que las fuerzas tradicionales no podían o no querían representar, era natural que se propusieran colmar juntos ese vacío. No todos, obviamente, pusieron en práctica esta alternativa, que era terriblemente dura, porque no comportaba "alegría y revolución" sino un sacrificio de trabajo cotidiano, continuo y lleno de apuros, a fin de superar un muro de obstinada desconfianza, encontrar un lenguaje común, saber decir algo acerca de los problemas que no se conocían y en un ambiente desconocido. Sin embargo, el éxodo tuvo lugar. Miles de jóvenes estudiantes pasaron algo más de un año en las rejas de las fábricas, en los bares frecuentados por obreros, imitándolos y haciéndoles sentir orgullo de sí mismos. Trasmitieron algo de su propio entusiasmo, de su propio rechazo a aceptar la autoridad constituida, lograron reclutar en colectivos políticos algunos miles de obreros desorganizados a quienes de inmediato atribuían un papel dirigente, y en alguna situación ayudaron a la formación de organismos independientes del sindicato (en la Pirelli, en Mirafiori, en Porto Marghera, en Bolonia) y de los partidos, aunque no en abierto conflicto con estos. Liquidar dicha experiencia como una veleidad irrelevante, si no nociva, negarle sobre todo su valor ético y formativo es estúpido e inicuo, a pesar de que a menudo contribuye a ello quien la ha vivido. Por mucho que haya que volverla a pensar críticamente y a criticarla, al menos durante esa fase, queda como una medalla, no como una cruz.

Sin embargo, cuando se desplaza la atención al modo concreto en que ese intento se puso en práctica, y los resultados que implicó, el juicio debe ser más riguroso y, en mi caso personal, por lo poco con lo que contribuí, autocrítico. Los estudiantes iban a las fábricas proclamando sinceramente "la clase obrera tiene que dirigirlo todo". En realidad, sin quererlo, se presentaban para sugerir a los obreros lo que había que hacer. Y lo que sugerían estaba bastante equivocado. Equivocado, ante todo, porque negaban de raíz la utilidad concreta de una lucha sindical que, por su naturaleza, por muy avanzada que sea, tiene que concluir con un resultado sancionado por un acuerdo del que,

49 Nombre que se le daba a los revolucionarios rusos de las décadas de 1860 y 1870 (N. de T.).

en lo sucesivo, se deberá recomenzar cuando las relaciones de fuerza lo permitan, o tendrá que ser defendido lo mejor posible si se intenta anularlo. La "Revolución permanente" siempre abierta y que continúa a ultranza es una tontería que sólo puede permitírsela quien puede prescindir de su puesto de trabajo y quien no tiene hijos que mantener. Negar esto llevaba a un choque frontal con el sindicato y a negar su función, precisamente en un periodo en el que el sindicato se abría al estímulo de la base y garantizaba que las luchas más avanzadas no quedaran aisladas en los puntos más representativos del aparato industrial. En segundo lugar, estaba equivocado porque equiparaban a todas las organizaciones políticas existentes, a toda su historia pasada, haciendo casi totalmente abstracta la posibilidad de imponer un giro político que no se diera en un futuro muy lejano y renunciando a preguntarse por qué, a pesar de tanta contestación desde abajo, el PCI mantuviese e incluso acrecentase su fuerza entre las clases populares. Seguir diciendo que el PCI estaba con la otra parte desde hacía ya tiempo, y luego constatar que mantenía un apoyo tan amplio entre los trabajadores, era como decir que los obreros eran tan imbéciles que no veían la evidencia. Era, de todas maneras, un modo de corroborar que todo objetivo intermedio, todo cambio parcial del poder y de las condiciones de vida era simple frivolidad.

Bajo el auspicio de esta experiencia y de esta extendida convicción nacieron y se asentaron, sobre todo en el movimiento estudiantil, grupos políticos organizados, minoritarios pero no exiguos, apoyados por una militancia generosa y constante, y guiados a menudo por dirigentes valiosos. Los cuales, sin embargo, al haber asumido personalmente, y confirmado a nivel del movimiento, una visión tan deformada de las cosas y al vislumbrar en el horizonte una ruptura revolucionaria que no estaba al alcance de la mano, fueron incapaces de sacar de la experiencia el estímulo necesario para análisis más complejos y nuevas estrategias. De manera que, paradójicamente, un movimiento de masas, nacido de la modernidad y de sus nuevas contradicciones, ansioso de proponer o de anticipar una línea aún más original y a contracorriente de las hasta entonces presentadas y experimentadas, se daba a sí mismo formas organizativas y una representación política, ideológica, que retomaba del antiguo arsenal de la extrema izquierda: espontaneísmo, operaísmo, trotskismo; o asumía versiones míticas de intentos sugestivos, pero derrotados, como la teoría de la guerra de guerrillas ("uno, diez, cien Vietnams"), la Revolución cultural fuera del contexto maoísta, y otras por el estilo. Todas estas ideologías eran insostenibles, mucho más si tenían que sobrevivir en el sectarismo y por tanto con crecientes conflictos entre un grupo y otro. De una gran temporada de luchas sociales y agitación cultural, el movimiento estudiantil salía, de esta

manera, en lugar de reforzado, debilitado tanto en su extensión como en su intensidad. El gran éxodo hacia "tierra santa" no había resultado. Se había debilitado, pero aún no estaba apagado del todo. En las universidades, a veces, las ocupaciones, y no en todas partes, renacían. Las manifestaciones antifascistas o por Vietnam recogían a decenas de miles de jóvenes. También la enseñanza media se había movilizado

Comienza así una tercera fase (1970-1972), también ésta significativa, porque, con retraso y sin ningún éxito, experimentó nuevos intentos de los que se puede sacar algún hilo de reflexión. Dejo de lado el episodio de una reducida minoría que comenzó a equiparse para la lucha armada. Tendremos oportunidad de hablar de ello más adelante, cuando dicha tendencia, desafortunadamente, alcanzó un papel relevante. La mayor parte del movimiento, comprendidos los "grupos" integrados en éste, tomó dos direcciones. Una parte, particularmente la que estaba organizada en los "grupos" o reclutada por éstos entre las clases populares, trató de relanzar el conflicto social, esta vez fuera de la fábrica, a partir de las necesidades colectivas, sobre todo de la falta de viviendas y de los alquileres exorbitantes. El mismo intento que protagonizaron las confederaciones sindicales, con métodos por completo diferentes, pero con resultados igualmente decepcionantes. La consigna era "tomemos la ciudad"; la práctica, la ocupación de las viviendas vacías (a veces cuando aún no estaban terminadas de construir) y la huelga de alquileres. Varios inmuebles de las grandes ciudades (Milán, Roma, Turín) fueron ocupados durante un cierto periodo a pesar de los enérgicos intentos de desalojo por parte de la policía y, en algunos barrios, un cierto número de inquilinos dejó de pagar el alquiler de la casa en la que estaban. El punto débil de ambas experiencias no fue sólo que faltaban las fuerzas para hacerlas algo más que ejemplares, sino el hecho de que se centraban en las viviendas de protección oficial propiedad del ayuntamiento, donde se esperaba que el ente local ratificase la ocupación y no promoviese desalojos. Sin embargo, de esta manera se levantaba la legítima protesta de otras familias, igualmente necesitadas, pero en lista de espera; a veces sucedía que alguien comercializaba la ocupación abusiva, creando conflictos entre pobres y peleas entre los ocupantes. Al final, la policía acudía a imponer el orden. Por el contrario, los conflictos abiertos por los sindicatos, sin grandes movilizaciones, con un gobierno cada vez más conservador, obtuvieron sólo migajas, e incluso llegó a producirse la modificación de una ley que limitaba la rigidez de los planes urbanísticos y relanzaba así la especulación inmobiliaria.

Otra parte del movimiento, sobre todo en Milán, había vuelto a la universidad con el proyecto de un "uso alternativo parcial de la institución". Recomenzar desde la universidad: no sólo para ocuparla y pro-

testar, sino para organizar seminarios, también cursos permanentes, vinculados a las diferentes facultades, a fin de redefinir los contenidos de los estudios dirigiéndolos al análisis de la sociedad, a la crítica del papel y las profesiones intelectuales, para formar también una cultura política y mantener abiertas las aulas durante la tarde para los estudiantes trabajadores. El intento no empezó de manera satisfactoria y no duró mucho; en muchos casos se rebajó a reivindicaciones mucho más modestas y discutibles: el examen colectivo, la calificación asegurada. Probablemente porque ya era tarde, y no correspondía ya a una participación adecuada, la lógica del "grupo político" lo superó.

Vale la pena reflexionar sobre esto, para constatar que existían algunas condiciones favorables porque, si se hubiese puesto en marcha antes y a una escala más amplia, con más firmes convicciones, podría haber dado mejores frutos, y, sobre todo, para no borrar de la memoria el valor en sí de lo que he denominado "condiciones favorables". Me refiero a la agitación que el sesenta y ocho había producido en el mundo intelectual dentro y fuera de la universidad. Luchas obreras, estudiantiles, democráticas e internacionalistas, habían repercutido en los estratos intelectuales y en las instituciones en las que éstos trabajaban y se organizaban. Sustancialmente, se había puesto en marcha, y no marginalmente, una reflexión crítica individual y colectiva acerca del papel que cada uno estaba llamado a desempeñar y de la cultura en base a la cual lo hacía.

Enumero algunos ejemplos de un fenómeno más vasto: medicina democrática, con Maccacaro a la cabeza, centrada en la salud en las fábricas y en la prioridad de la prevención, pero que hablaba del derecho a la salud a miles de jóvenes médicos, que no buscaban aún el segmento de mercado de las ricas clínicas particulares; psiquiatría democrática, con Basaglia y el grupo triestino a la cabeza, que luchaba en contra de la institución del manicomio y que proponía en general una reflexión en torno a la relación entre enfermedad y salud en el campo mental; las iniciativas "escandalosas" de los jóvenes jueces del trabajo de primera instancia, las cuales seguirían después en una Magistratura democrática, que contestaban la rígida jerarquía de las fiscalías y los límites impuestos a la independencia del juez; los comités de redacción de periodistas que querían una mayor libertad respecto a los patronos de la prensa (no tanto editores como grupos industriales), o con respecto al feudalismo democristiano en el sector televisivo; la protesta de los directores cinematográficos sobre el uso comercial de los festivales; o la discusión entre los mejores científicos con respecto a la mistificada neutralidad de la ciencia; incluso la presión de la policía para su desmilitarización y la formación de un sindicato propio, o el "sigiloso" reagrupamiento de una izquierda en el cuerpo diplomático.

A todo esto correspondía, en la universidad, una ruptura, que no existía al comienzo, en el cuerpo académico: no sólo un comportamiento más democrático de los docentes hacia la protesta estudiantil, sino la disponibilidad de muchos a participar en una renovación de las propias disciplinas y de la relación entre éstas. En fin, estaban dados los recursos para darle a la Universidad un nuevo cometido para el desarrollo de su papel de formación y para la orientación de la investigación, sin faltar a las tareas de reproducción de las competencias necesarias para la sociedad y la economía.

Quedaba, y queda, mucho por discutir en torno a lo que habría que proporcionar a la enseñanza para que asumiese estos nuevos quehaceres. Educación permanente, relación escuela-trabajo, formación de los docentes, calidad y cantidad de la financiación necesaria. Por lo demás, como siempre sucede, una nueva escuela no nace mediante una ley o la burocracia, sino que surge de un gran movimiento cultural, y en relación con las nuevas hegemonías presentes en la sociedad. Hoy, después de casi cuarenta años, tenemos por fin la escuela diseñada por la señora Moratti, una importación, llegada con retraso, de Estados Unidos, al igual que la de las hamburguesas, ya en decadencia también allá. Los reformistas de nuestro país son gente seria, práctica, que ha necesitado tiempo para pensar y todavía más para actuar.

Se pueden ver, por tanto, en el movimiento estudiantil, y, en general, en el sesenta y ocho italiano, todos los defectos que se quiera, tal como yo mismo he hecho, y se puede también —y yo me abstendré por completo de hacerlo— cargar todas las responsabilidades y todos los errores sobre sus propias espaldas. Pero negar que haya ofrecido recursos extraordinarios, sugerencias premonitorias, me parece condenable y cerril.

EL CONCILIO ECUMÉNICO

Para completar el cuadro del sesenta y ocho italiano, se necesita, al menos, mencionar otro acontecimiento, el Concilio Ecuménico Vaticano II. Digo solamente mencionar, no porque subestime su importancia y complejidad, sino, por el contrario, porque constituye un pasaje fundamental de una "historia paralela", la de la Iglesia, y de la religión en general, de su evolución y también de su involución. Un asunto que la política y la cultura laicas ilusoriamente consideraban irrelevante, clausurado políticamente con la fórmula "Iglesia libre en un Estado libre", culturalmente destinada a la marginalidad por la indiscutible consolidación de la ciencia y de la tecnología. Y que, por el contrario, ha continuado interactuando con la historia de Italia y del mundo, para bien y para mal, hasta los actuales conflictos con los diferentes fundamentalismos. Desde el pontificado de

Pío XII, al de Juan XXIII, al de Wojtyla y al de Ratzinger (para no hablar del Islam, o de la multiplicación de las nuevas sectas o de las nuevas supersticiones) hay toda una historia específica: quien, como yo, no cree que todas estas fases hayan sido dictadas por el Espíritu Santo, pues sus recomendaciones al menos tendrían en cuenta la realidad en la que la acción pastoral debe desenvolverse, no puede evitar investigar este nexo. De manera particular con respecto a Italia, en donde la cuestión religiosa ha tenido, y ha mantenido, un peso político directo a través de un partido fundado sobre el principio de la unidad de los católicos y a través de una red potente y vital de muchas organizaciones de masa. Y en particular a propósito de la religión católica, que, entre otras, por su propia naturaleza ha ligado fe y poder, aspirando a darle a las "obras" el fundamento, de un "derecho natural", es decir, a consolidar una coherencia entre fe y razón, ambas con una historia propia.

Por ahora me limito a centrar la atención sobre algunas tendencias que tienen que ver específicamente con los años sesenta y la agitación del sesenta y ocho. Fueron, de echo, los años durante los que se produjo un profundo cambio de rumbo en la orientación no sólo política, sino también religiosa, de la Iglesia, que conjuntamente con un impulso igualmente profundo hacia la transformación de la sociedad favorecían el diálogo, e incluso algunos puntos de encuentro, pero que encontraron un obstáculo que no supieron solventar, por sus recíprocos límites. Del lado de la Iglesia, un primer espacio fundamental lo abrieron dos encíclicas de Juan XXIII (la *Mater et Magistra* y, sobre todo la *Pacem in Terris*): la afirmación de la paz como valor prioritario, y la distinción entre *error* y *errante*. Togliatti, desde el lado comunista, le respondió con una redefinición de la cuestión católica. Tan sólo este primer paso permitió y estimuló un desplazamiento en los comportamientos, si bien no todavía en la cultura, de amplios sectores de dos grandes organizaciones sociales, la CISL y las ACLI, que habían participado, no sin incertidumbre, en el retorno obrero de 1960. Esto no impidió a la Democracia Cristiana, no por razones confesionales sino de conveniencia política, utilizar la apertura hacia los socialistas para alzar una barrera aún más explícitamente anticomunista, ni de reducir los propósitos reformistas tanto como para hacer fracasar toda la operación.

El verdadero cambio de rumbo tuvo lugar con la convocatoria del Concilio, decidida y planificada por el propio papa Roncalli y, con mayor prudencia, por el papa Pablo VI. Fue un cambio de rumbo radical en el plano religioso, mucho más que en el político, pero en este punto tampoco vale la pena incomodar al Espíritu Santo, porque se puede leer con instrumentos profanos. El Concilio se inspiró y se guió gracias a la adquisición de dos novedades históricas que imponían y permitían a la Iglesia una va-

liente reforma. La primera de estas novedades, la más evidente e ineludible era la siguiente: La Iglesia católica se había considerado a sí misma como una "iglesia universal" y durante mucho tiempo lo había sido, a través de la mediación, a menudo atroz, del papel imperial que la Europa occidental ejercía en el mundo, en cuanto portadora de civilización. Esta pretensión de universalidad, evidente durante el Medioevo, había sido perjudicada por herejías y cismas, pero todos eran cristianos, hermanos separados de Roma y entre sí; y esa pretensión estaba en contradicción con permanecer en continentes aún dominados por diferentes religiones, que tenía y podía considerar como "tierra de misión". No obstante, la universalidad, desde hacía tiempo más aparente que real, se había derrumbado también en su apariencia desde el momento en el que los pueblos coloniales se habían liberado, o se estaban liberando del dominio colonial y reivindicaban una autonomía histórica y cultural. Si la Iglesia romana continuaba presentándose ante esos mismos pueblos identificándose como la proyección religiosa de la civilización que los había dominado, estaba destinada no a convertirlos, sino a perderlos. Incluso allí donde había echado raíces y las había extendido, sólo podía conservarlas reconociendo la autonomía y la identidad de las iglesias nacionales. Reconociéndolas, no sólo estaba obligada a moderar el carácter cada vez más centralizador del primado papal, sino también a medirse con la realidad en la que éstas actuaban, dominada sobre todo por el problema de la pobreza absoluta y por el de las guerras locales.

La segunda novedad histórica, aún hoy sólo en parte reconocida, era la siguiente. También en los países "cristianos", aún más en aquellos en los que había siempre mantenido una hegemonía de masas indiscutida, o que incluso controlaba el gobierno, era evidente para la Iglesia una dificultad creciente: disminuían las vocaciones, la participación asidua en las prácticas religiosas, crecía la separación entre la fe declarada y los estilos de vida. Todos ellos, fenómenos ligados a las transformaciones sociales. (El derrumbamiento del mundo campesino, el influjo de nuevos medios de comunicación de masas, las migraciones, el declinar de la familia y de su capacidad formativa, y así sucesivamente). El mismo poder dominante, incluso cuándo y en dónde continuaba presentándose como partido católico, lo era más por conveniencia que por convicción profunda; era católico en la medida en que era conservador y no a la inversa. La americanización ya no era el indiscutible garante de la devoción religiosa, sino de hecho el vehículo de la "secularización". Para resistir a esta decadencia no era suficiente, por tanto, el llamamiento a una ortodoxia obsoleta: también los que, la mayoría, no sabían o no querían darse cuenta de que era ya necesario pasar cuentas no sólo con los comportamientos "desviacionistas", sino con los procesos objetivos de los que surgían, y volver a plantear qué valores proponer a fin de dis-

tinguir el bien del mal; no podían no admitir que era necesario volver a poner en primer plano el trabajo pastoral y movilizar a un gran número de laicos en un nuevo esfuerzo de evangelización.

Eran éstas las bases y los objetivos del concilio, aquello de donde nació una seria tentativa de reforma: reforma de la liturgia, de su lengua, de la autonomía de las comunidades de base, de la relación entre laicos y jerarquía, de la prioridad de temas como la igualdad, la solidaridad, la no violencia, el "pueblo de Dios", la crítica al consumismo y al hedonismo, al ateísmo, no tanto como doctrina, sino como práctica. No casualmente buena parte del concilio fue estimulado, en los aspectos doctrinales, por el cardenal Lercaro y, a su través, por Giuseppe Dossetti. Esto explica el por qué, durante algunos años al menos, ciertos sindicalistas católicos hayan sido los más radicales en las nuevas luchas obreras, y que tantos católicos hayan sido dirigentes a menudo extremistas del movimiento estudiantil, que muchas iglesias locales hayan sido el alma del disenso, y que la *Carta a una profesora* del reverendo Milani tuviera más repercusión que los escritos de Marcuse.

Sin embargo, en esta subestimada reforma anidaba también una contradicción irresuelta y que después pasó factura. Es más, era una doble contradicción: una, entre el extremismo del sesenta y ocho y una tendencia ineludible, de todo católico, hacia la moderación en el momento en que el extremismo asumía características violentas y cuando pretendía subvertir el mundo sin saber qué hacer, queriendo cambiar el mundo antes de cambiar las conciencias; la otra, cuando el cambio del mundo sacudía, como efectivamente estaba sacudiendo ahora, directa y radicalmente los fundamentos sobre los que había vivido por los siglos de los siglos la cultura católica: el valor permanente de la familia, ya fuera reformada y redefinida, y también el rechazo del libertinaje y el permisivismo como connotaciones de la libertad. Contradicciones predestinadas a explotar, incluso a favorecer un neo-integrismo en ausencia de una cultura y una política capaz de superarlas. De ello la cultura y la política de la izquierda no sólo no fueron capaces, sino que no se dieron cuenta tampoco. El valor y los límites del Concilio Vaticano II casi ni se discutieron. En todos los frentes: resbalaron paradójicamente como el agua sobre el vidrio precisamente en ese partido que gobernaba en nombre de los católicos. Dossetti se había marchado, diciendo que para transformar la política era necesario primero cambiar un poco a la Iglesia. Cuando lo había logrado provisionalmente, no encontró a nadie que lo siguiera. Precisamente la amplitud y la radicalidad de este cuadro establecían un problema estrictamente arduo y apremiante. Me explico.

El movimiento de protesta había crecido sobre la ola de una rápida y distorsionada fase de desarrollo económico y de transformaciones sociales, ya fuera denunciando las viejas injusticias, ya fuera a las nuevas

contradicciones, alienaciones y lealtades que generaba o anunciaba. Tal contestación ponía en crisis el desarrollo en el que había nacido: introducía desorden e incertidumbre en los puntos vitales del aparato productivo, paralizaba las universidades que tenían que crear nuevos cuadros y asegurar el consenso, comprometía o hacía inseguro el funcionamiento de las instituciones públicas. Ponía en crisis el desarrollo del que aún tenía necesidad para arrancar nuevas conquistas materiales, para volver estable lo que había obtenido y sobre todo extenderlo al gran número de quienes tenían el derecho de reivindicarlo, y por último y sobre todo, para alcanzar al menos alguno de los objetivos más ambiciosos que lo inspiraban. El movimiento había olvidado o rechazado este tipo de problemas, en su fase espontánea y de crecimiento, por considerarlos un freno, un camino abierto al parlamentarismo, a la delegación; y había nutrido la esperanza de que la protesta se habría extendido por contagio, hasta el punto de desquiciar el sistema y crear un nuevo poder. A pesar de todo, ya en 1970 esta esperanza estaba echada a perder y no por casualidad varios grupos se habían organizado en su interior, compitiendo entre sí, y todos con la ambición de conformar un partido y con la convicción de que una ruptura revolucionaria estaba en el orden del día. Esa convicción no tenía ningún fundamento; con todo, la necesidad de un giro político fuerte, con programas avanzados, era real, ineludible. Había además otro factor que mantenía abierto este problema, haciéndolo más difícil de resolver, mucho más general, que muchos han tratado de evidenciar y valorar. Precisamente al inicio de los años setenta, en efecto, comenzaba a surgir una crisis profunda y estructural de todo el sistema capitalista (a la que el movimiento contribuía, aunque en una parte mínima). La fase de la expansión rápida y constante estaba agotándose.

Como todas las crisis de la historia capitalista, también ésta, más gradual y menos vistosa, pero no menos importante que otras, tenía dos caras y dos tiempos. Por una parte exponía el sistema al riesgo y a algunos conflictos, pero por otra lo obligaba a reestructurarse en el campo tecnológico, en la composición de clase, en la jerarquía de los poderes. Y podía tener dos salidas: un compromiso más avanzado o una reestructuración mucho más dura de la matriz originaria. Darle una salida política real al movimiento del sesenta y ocho quería decir, por tanto, cambiar de rumbo en un mar agitado y peligroso; no cambiarlo, significaba dejarse arrastrar por el nuevo viento que comenzaba a soplar.

A este punto me parece tener los elementos necesarios para volver al centro de mi reflexión: el Partido Comunista.

[Capítulo XII]

EL PCI ANTE EL SESENTA Y OCHO

La particularidad del largo sesenta y ocho italiano radicaba también en el hecho de que dentro y fuera de él se encontraba como estímulo, apoyo, o condicionamiento, una gran organización política, influyente en las instituciones, aunque aún más en la sociedad, no en decadencia sino todavía en pleno ascenso, con más de un millón de afiliados, en su mayoría obreros, construida a lo largo de varias décadas a través de grandes luchas victoriosas, persecuciones, derrotas aleccionadoras, encadenada a la oposición por comunista y porque estaba decidida a serlo. Era fácil ignorarlo en el imaginario, pero no tan fácil sacarlo de escena. Aún más importante era el hecho de que dicha fuerza había asumido, defendido y paulatinamente desarrollado una identidad singular que la distinguía incluso en el interior de ese movimiento mundial del que había nacido y en el que era todavía partícipe.

De dicha identidad he hablado repetidamente en relación a múltiples y tormentosas situaciones. Con todo es útil, por última vez, resumir de manera esquemática y con un lenguaje elemental, como podía hacerse con una sección cualquiera, sus principios constitutivos. He aquí la enumeración.

1) El objetivo que nos proponemos y creemos posible alcanzar es el de un gran cambio de orientación en la historia humana. Es decir, la superación de la sociedad capitalista, no sólo para una redistribución más ecuánime de la renta y para mejorar las condiciones de vida de las masas pobres, sino para socializar la propiedad privada de los grandes medios de producción, y dirigirlos hacia objetivos comunes; y a través

de ello superar gradualmente el trabajo asalariado; la división de la sociedad en clases; la contraposición permanente entre trabajo manual, como quiera que sea, puramente ejecutor, y trabajo intelectual y creativo; la separación entre gobernantes y gobernados.

Crear de esta manera una comunidad de individuos libres e iguales, pero solidarios entre sí: un nuevo tipo humano. Por tanto, somos un partido de clase, pero de una clase que quiere y puede abolir las clases, incluso a sí misma. Por tanto, nuestra meta es el socialismo, pero como etapa de transición hacia una sociedad aún superior. En este sentido somos un partido revolucionario.

2) En los países en los que una dominación había bloqueado el desarrollo, la revolución ha tenido que asumir formas violentas y valerse de instituciones políticas autoritarias. Sin embargo, ha logrado realizar avances económicos, una mayor igualdad y mayor cultura, e incluso nos ha ayudado a derribar la barbarie fascista; confiamos que esto permita desarrollar una democracia más amplia, combatir formas burocráticas, y es en esto en lo que regiones más adelantadas como la nuestra pueden a su vez ofrecer un apoyo y un estímulo. La condición de todo ello es la paz y la independencia de todos los pueblos. No existen modelos a imitar, lo que se necesita es una solidaridad antiimperialista y una continua y recíproca confrontación entre experiencias diferentes y siempre más avanzadas hacia el socialismo.

3) En Occidente, donde la sociedad es mucho más compleja, y el desarrollo económico más elevado, será más fácil desde el comienzo darle al socialismo instituciones plurales y libertades sin limitaciones, pero la conquista del poder estatal no puede ni debe tener el carácter de una ruptura improvisada y violenta, será el punto de llegada de un largo proceso de lucha política y social, a través del cual la clase obrera adquirirá progresivamente capacidad dirigente, despojará al poder de sus baluartes, establecerá alianzas y conquistará, por tanto, un duradero consenso en el seno de la mayoría del pueblo. Para ello son necesarias etapas sucesivas y objetivos intermedios. Las reformas no equivalen a reformismo si está claro un diseño que evidencie una perspectiva; si la democracia no se identifica con el parlamentarismo; si la conquista de votos se entrelaza con las luchas de masa y por medio de éstas se aseguran a todos las condiciones materiales para poder expresarse libre y conscientemente y, por último, si a todo este proceso se aúna la construcción de una fuerza política organizada y estable.

Este conjunto de convicciones, unidas por un nexo lógico, crecidas a partir de experiencias reales, fijadas en la mente de millones de hombres, era algo más que un brindis al sol. Era el esqueleto de una estrategia, de

un pensamiento colectivo que cimentaba unidad y suscitaba esperanzas solidarias. Contenía muchas lagunas, problemas irresueltos, muchas veces había sido discutido por decisiones no siempre justificables, por acontecimientos que resquebrajaban esa confianza, por autocríticas tardías y parciales. Aún así, durante los años sesenta eso era lo más plausible que había en circulación, encontraba puntos de apoyo en la realidad. El largo sesenta y ocho lo confirmaba y lo negaba al mismo tiempo.

La dificultad radicaba en traducir los principios generales a una política efectiva. Es decir, introducirlos en una situación históricamente determinada, evitar aventuras, pero tener el valor de arriesgar, y la paciencia necesaria para no perseguir compromisos prematuros ni establecer alianzas inseguras. Y, en esa circunstancia que he descrito, la posibilidad de cometer errores era todavía mayor que las oportunidades que se brindaban. Era, para el PCI, un problema de contenidos, de organización y de tiempos bien elegidos.

EL PRÓLOGO

Es necesario dar algún paso hacia atrás, reconsiderar ahora, a la luz del sesenta y ocho, todo cuanto había sucedido en el PCI durante los años inmediatamente anteriores. Para empezar, no es cierto que el PCI haya sido extraño al movimiento, incompetente respecto a su temática, y por tanto carente de autoridad para influir en él o sin capacidad para incorporar cuanto de nuevo construía, tanto en ideas como en experiencias. No habría seguramente existido un otoño caliente, con su carácter avanzado en tantos aspectos, sin el retorno de la clase obrera de los primeros años sesenta; basta compararlo con la gran ocupación de las fábricas del mayo francés y el modo en que ésta había concluido para darse cuenta de ello.

Quizá ni siquiera la protesta estudiantil habría experimentado una politización tan rápida ni de izquierda, ni mostrado un interés tan acentuado por el marxismo, sin la movilización antifascista y las incesantes luchas anticoloniales de esos mismos años, y sin el gradual regreso de un marxismo a menudo heterodoxo, o, en cualquier caso, no dogmático, en parte importado del exterior, pero que en el PCI había hallado una amplia acogida. Aun así, no puede olvidarse que esa prolongada gestación, y la influencia que de ella podía derivarse en y sobre el movimiento, en parte se dispersó y en parte se erradicó, por decisión propia, por simple incapacidad, y también por mala suerte. Cuando digo *decisión propia* me refiero a la conclusión del XI Congreso, que reprimió inútilmente la discrepancia. Confieso que cuando aún estaba en el PCI, siendo no muy disciplinado pero inofensivo, y mucho más después de haber sido suspendido, he sentido reiteradamente la

tentación del reproche, que quizá me ha llevado a juicios demasiado tajantes, es decir, a no ser capaz de ver también las razones de aquello que me parecía, y que efectivamente era, un error. Y cuando a los grandes triunfos sucedía una lenta caída se me ocurría pensar: "*Vous l'avez voulu, vous l'avez voulu, George Dandin*[50]*, vous l'avez voulu...*".

Hoy ya no es tiempo de reproches y sospecho que aquello que yo recriminaba no era tan importante como creía. Pero el hecho permanece, y hay que recordarlo para entender cómo fueron las cosas. Los llamados ingraianos habían sido, durante mucho tiempo, acusados de sobrestimar el valor político y sindical de las nuevas luchas obreras, desviando así la atención de la cuestión de las alianzas y los problemas de otros sectores sociales. Tres años después, en 1969, una crítica de esa naturaleza habría parecido absurda; a lo sumo el partido se había equivocado al no dar su opinión y al no construir una presencia directa en las fábricas en un acto de respeto por la autonomía sindical.

Durante mucho tiempo fue acusado también de abstracción y de presbicia, de andar a la caza de contradicciones nuevas del neocapitalismo, de buscar un modelo diferente de desarrollo, mientras en nuestro país continuaban existiendo retrasos mucho más graves por solucionar, más fuerzas tradicionales que movilizar, más clases medias de quienes temer una defección. De todas maneras, también estas acusaciones, tres años después, fueron desmentidas por los hechos. El tema de la reforma del partido había sido el mayor *casus belli*: ¿se podía pensar aún, en pleno sesenta y ocho, que la forma partido pudiese tener credibilidad en la nueva generación sin introducir cambio alguno? No me interesa establecer melancólicamente quién tenía razón: quizá, de manera rotunda, nadie la tenía. Lo que cuenta es el hecho de que el partido había cercenado muchas de las ideas, motivos y energías que podían ayudarlo a establecer un diálogo con el nuevo movimiento y a poseer argumentos más persuasivos para criticarlo cuando fuera oportuno. Tal vez el ejemplo más claro sea el de la Federación Juvenil, que había intentado, quizá con errores, ir por delante, y había sido normalizada e intimidada, precisamente poco antes de cuando, en las asambleas estudiantiles, para poder intervenir sin parecer extraño, era necesario ser joven.

Lo que entonces me impactó, como medida más que de hostilidad, de indiferencia, fue un pequeño episodio. Cuando estábamos todavía en un rincón sin protestar y sin urdir nada, Rossana y yo (aunque ella era aún parlamentaria y trabajaba en el tema de la enseñanza), ante el mayo francés o la ocupación de la universidad italiana, corrimos al

50 *George Dandin o el marido confundido*: obra de Molière en la que Dandin, un burgués que aspira a la nobleza, trata de adquirir ésta mediante un matrimonio, pero es rechazado en la cama de su esposa y acaba siendo humillado por los aristócratas (N. de T.).

lugar de los hechos, para seguir de cerca lo que sucedía e interpretarlos. Trabajamos durante meses y cada uno publicó un pequeño libro: ella *L'anno degli studenti* (El año de los estudiantes) y yo *Considerazioni sui fatti di maggio* (Consideraciones sobre los hechos de mayo). Ambos libros se publicaron de inmediato y vendieron más de veinte mil ejemplares; varias ciudades nos invitaron a charlar sobre los mismos. Pues bien, solamente un dirigente del partido nos llamó para saber algo más o para hablar acerca del asunto.

No fue un recurso menos importante, el que ofrecía Togliatti, incluso fue uno de los más importantes con que llegar al sesenta y ocho y, sin embargo, fue desperdiciado durante mucho tiempo. La suerte ha querido que precisamente en un momento crucial, en el que se intentaba verificar el rumbo, él haya muerto. Mucho se ha discutido acerca del papel de la personalidad en la historia, a menudo exagerándolo, a menudo obviándolo, sin llegar jamás a una conclusión, porque, evidentemente, ese papel cambia según el momento y la personalidad. En el caso del que estamos hablando, creo que fue relevante: a causa de la coincidencia en Togliatti del gran intelectual y del gran político (coincidencia de la que se ha perdido el rastro); a causa de las experiencias extraordinarias y cambiantes a partir de las que se había formado y que había vivido (con Gramsci el *Ordine Nuovo* y el impacto de la Revolución rusa y del leninismo todavía vivos; el nacimiento del régimen fascista; el VII Congreso y la dirección del *Komintern*; la guerra civil española; la época del terror; la gran victoria del antifascismo y la construcción del Partido Nuevo; la mordaza de la *Kominform*; la *desestalinización* y la penosa conquista de una autonomía para afirmar la "vía italiana hacia el socialismo"). Por todo esto tenía una autoridad que le permitía mantener unido al partido, mediando sin suprimir las diversas tensiones que se producían. Tan sólo esto habría sido suficiente para darle al XI Congreso un signo diferente. No obstante, había más. No por casualidad, antes de su muerte Togliatti había pedido liberarse de las funciones operativas como secretario del partido, no creo que por cansancio, sino por la exigencia de pensar con mayor libertad y más "en grande". Y había comenzado a hacerlo. En poco más de un año había detallado una agenda de problemas, y propuso algunas medidas hacia las cuales orientar el partido. Y, antes de morir, había, por así decirlo, dejado un manuscrito en una botella, algunos mensajes en la esperanza de que los recogieran sus sucesores. Ya he hecho referencia a dos de estos mensajes, la necesidad de recuperar una entente entre la Unión Soviética y China, y la necesidad de recuperar el pensamiento de Gramsci en los puntos en los que iba "más allá".

Había también otras cosas, sin embargo, en esa botella imaginaria. En primer lugar, una relectura de la cuestión católica que era, al

mismo tiempo, una redefinición de la cuestión comunista. Dicha redefinición había madurado un poco más lentamente y había surgido de un modo un tanto curioso, aparentemente casual, que quizá nadie conoce. El tema había estado continuamente presente durante la elaboración de la estrategia comunista, en momentos diversos y con diversas versiones. La cuestión católica como cuestión campesina, en tiempos del congreso de Lyon; el entendimiento con la Democracia Cristiana, pagando el precio del voto sobre el artículo 7, a fin de obtener de ese partido la aprobación de una Constitución muy avanzada, y proteger su carácter antifascista del violento anticomunismo vaticano que la acechaba; la lucha en contra del clericalismo en el momento más duro de la guerra fría; el reconocimiento estatutario del derecho a militar en el partido también a quien no era marxista y ateo, pero que aceptaba su programa político; el acuciante intento de establecer una colaboración en torno a la cuestión de la paz en un momento en que la guerra podía destruir a toda la especie humana.

Después de la elección de Roncalli como papa, después de sus encíclicas y la puesta en marcha del Concilio Ecuménico, se podía seguir adelante. Y Togliatti escogió ir mucho más allá y elevar la cota del discurso. La ocasión se la ofreció una propuesta de enmienda, fruto de un complot inocente del que yo mismo fui el promotor. En el X Congreso se nos encomendó a Romano Ledda y a mí un trabajo laborioso: el habitual de seleccionar, entre centenares de pequeñas enmiendas a las tesis que enviaban las secciones o determinados compañeros, las que tenían un mínimo interés, a fin de hacerlas llegar a la asamblea. Se daba casi por descontado que ese trabajo era inútil, pues luego no había tiempo para discutir las enmiendas, y nada importante sucedía. Un poco por convicción y un poco para interrumpir el aburrimiento de ese trabajo inútil, introduje una enmienda de mi autoría, y con una firma cualquiera, que decía: "Una conciencia religiosa atribulada puede hacer una contribución a la revolución socialista". Con plena conciencia de que se trataba de algo que podía dar lugar a polémica, le preguntamos a Togliatti si era oportuno incluirla entre las que se enviarían. Él lo pensó un poco y después respondió: sin discutir mucho de ello, introducidla directamente entre las tesis que luego se aprobarán. Podía tratarse de una manera de hacerlo pasar como algo irrelevante, y, en efecto, no llamó en absoluto la atención. De todas formas, su intención no era ésta.

Pocos meses después, en efecto, cuando Eliseo Milani y yo le pedimos que viniera a Bérgamo, tal como había prometido aunque nunca había cumplido, Togliatti aceptó y él mismo propuso el tema: "La nueva cuestión católica". Y pronunció, en un teatro desbordado, un discurso que se hizo famoso tan sólo como una simple invitación al diálogo,

mientras que fue escasa la conciencia que hubo acerca de su alcance. A partir de las pocas palabras introducidas en las tesis, les dio un significado mucho mayor, derivando de ellas un análisis por completo novedoso. Reproduzco literalmente un amplio pasaje del texto, pues vale la pena:

> El destino del hombre en una sociedad capitalista desarrollada, en la que la uniformidad de las técnicas crea una uniformidad superficial de la vida de los hombres, los envilece, los convierte en extraños de sí mismos, limita y elimina su iniciativa, su posibilidad real de elección y desarrollo. Lleva a la soledad del hombre moderno, que aun disponiendo de todos los bienes de la Tierra no logra comunicarse ya con los demás hombres, se siente encerrado en una cárcel de la que no puede salir.

A esto él añadía:

> La necesidad de una sociedad socialista que por primera vez asume un nuevo rostro mucho más rico. El hombre ya no está solo y la humanidad se convierte en una verdadera comunidad viviente, solamente por medio del desarrollo múltiple de la persona, de todos los hombres y de su participación orgánica en la obra común […].
>
> Por lo tanto, el mundo católico no puede ser insensible a esta nueva dimensión de los problemas del mundo; y la aspiración a una sociedad socialista no sólo puede abrirse camino en hombres que tengan una auténtica fe religiosa, sino que debe encontrar en ellos un estímulo ante los dramáticos problemas del mundo contemporáneo. Lo que se refleja en la concepción del socialismo mismo, como sociedad que llama a todos los hombres para trabajar juntos y los llama a todos para contribuir igualmente, para decidir, al mismo tiempo, el destino de toda la humanidad.

Nos encontramos aquí tanto ante una crítica de la modernidad capitalista (no ante su persecución), como de la contradicción entre una iglesia no clerical y el Occidente capitalista, que habría de surgir del Concilio Vaticano, como ante los temas más radicales que habrían de surgir de la protesta del sesenta y ocho (pero con el resuelto rechazo de la respuesta anarquizante e individualista que éste contenía).

Un último mensaje con sentido y premonitorio, concerniente, precisamente, a la cuestión juvenil. Sintético pero sorprendente. En

1964, antes de que la protesta se desatase en el mundo, en un mensaje escrito y enviado a la FGCI, Togliatti escribía sin vacilación:

> Hoy en día las nuevas generaciones tienen que ser consideradas por nosotros en todo el mundo como una nueva fuerza revolucionaria. Se puede, en efecto, hablar de generación nueva cuando se manifiestan, en la orientación ideológica y práctica de los hombres y de las mujeres que se asoman a la vida, elementos homogéneos acumulados, y en ellos maduran nuevos problemas y nuevas experiencias respecto de la vida de hoy y de mañana, y comienzan a darse nuevas respuestas, y se pone en marcha en ellos un proceso de desarrollo que parte de determinadas posiciones fundamentales; a partir de éstas se tiene que trabajar para llegar a luchas de índole fundamental.

Es un lenguaje análogo al empleado ante el inicio espontáneo de la lucha partisana, con la misma voluntad de participar y la misma confianza en poderla guiar, conociendo límites y riesgos, pero sabiendo que ésta sería el pilar necesario de una operación política más compleja y menos emocionante en lo inmediato.

En lugar de corroborar un canon ya consolidado, cada uno de estos mensajes, y su conjunto, escrutaba el futuro y sugería estímulos para abordarlo. Aun así, muy poco de esto llegó, mucho menos se comprendió su valor y menos aún se profundizó en ellos. Por parte de todos. De manera que el PCI llegó al sesenta y ocho menos equipado de lo que podía haberlo estado.

PRAGA SE QUEDA SOLA

La primera cuestión, y la más peliaguda, que se le planteó al PCI, precisamente en 1968, fue la de la primavera de Praga y la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia. Praga no era Budapest, Dubcek no era Gero ni Nagy. El intento de reforma lo había decidido la mayoría del Partido comunista y había sido apoyado tanto por la mayoría de los militantes como por la mayoría del pueblo. Su objetivo declarado no era el de subvertir el sistema socialista, y mucho menos el de romper las alianzas internacionales y los lazos con la Unión Soviética. Su objetivo era dar al socialismo un orden políticamente menos intolerante hacia cada discrepancia y menos centralista en la administración de la economía (en las versiones más extremas pero minoritarias estaba también la idea de dejar algún espacio al mercado, sin renunciar a la planificación, y de promover los intercambios internacionales, en la medida de lo posible, sin que fuesen desiguales).

¿Era un relanzamiento de la revolución? Absolutamente, no. Sólo una corrección de la versión impuesta por la *Kominform* de 1947, un nuevo comienzo de esa "democracia popular" concebida por Dimitrov, con la aceptación del mismo Stalin, que había dado buenos resultados. Checoslovaquia tenía capacidad económica y una base de consenso político suficiente para intentarlo y evitar ser empujada más allá de los límites de las intenciones expresadas. Dubcek tenía buenas razones para afirmar que se movía justamente dentro de las coordenadas indicadas por el XX Congreso. Y, en efecto, durante el encuentro con Brezhnev todo parecía encaminado hacia una entente.

¿Existían riesgos? Seguramente, sobre todo si ese intento quedaba aislado e incluso suscitaba la oposición de sus aliados. Pero era precisamente esto lo que impulsó a la Unión Soviética de Brezhnev y Suslov a llevar a cabo la inesperada intervención militar, no el temor de que la experiencia fracasase, sino el temor de que tuviese éxito, y con ello estimulase a los demás países, y a la misma Unión Soviética, a proceder, en el modo y con el ritmo apropiado para cada uno, a efectuar esas reformas prometidas y necesarias que habían quedado varadas. La invasión no era, por lo tanto, un "error", ni simplemente un límite impuesto a la independencia nacional; era la clamorosa negación de la "unidad en la diversidad", de la posibilidad de "diferentes vías hacia el socialismo" en diálogo entre sí y alineadas todas ellas en contra del imperialismo. Una sangrienta reafirmación del partido guía y de la "soberanía limitada". Precisamente por esto la invasión provocó, en los partidos comunistas del mundo, reacciones por completo diferentes a las que había provocado la crisis húngara. Los que aprobaron la intervención, además de quien había participado en ella, fueron los partidos comunistas de Siria, Chile, y, con alguna reticencia, los de Cuba y Vietnam, países que no podían prescindir de la ayuda soviética. En cambio, expresaron una discrepancia explícita, sólo más tarde atenuada, los partidos comunistas de Francia, Suiza, Noruega, Finlandia, España, Austria, Bélgica, Rumanía, India, Marruecos, Australia y, sobre todo, Yugoslavia y China.

El PCI de Longo fue el más preciso en la condena, el que más abiertamente la hizo acompañándola de un reconocimiento al intento de Dubcek, y lo corroboró en la Conferencia de Moscú de 1969, absteniéndose en su voto sobre una parte de la moción final. Sin embargo, desde el inicio, varios de sus más acreditados dirigentes (Amendola, Pajetta) no estaban convencidos de aquel voto, y, por tanto, para limitar su valor se introdujo, gradualmente, la "teoría" del error corregible y, sobre todo, se ratificó que ese "error" no debía perjudicar la solidaridad con la Unión Soviética ni la confianza en su futuro. Nos ilusionamos durante mucho tiempo con la idea de que pronto la fractura entre los

disidentes checoslovacos y Moscú habría sanado, con que Dubcek no sería expulsado, y se dio mucho crédito, en 1969, a las posiciones conciliadoras que Husak había tomado en ese sentido. Los hechos tomaron una dirección por completo diferente: la de la restauración total. Y no se le dio mayor importancia.

Este hecho debía tener consecuencias muy relevantes. De entrada, en el plano internacional. Era, en efecto, la última ocasión para intervenir como fuerza activa en el movimiento comunista internacional, para no resignarse a mantenerse a distancia, de intervenir en su crisis mediante un debate abierto, continuo, apremiante, sobre los puntos reales del desacuerdo, para reconstruir la "unidad en la diversidad", de modo que no estuviese fundada solamente en torno a un enemigo común.

Los estadounidenses estaban empantanados en una guerra que se disponían a perder y ya comenzaban a prepararse para reabsorber los efectos de la derrota. Los chinos habían puesto freno a los extremistas de la Revolución cultural pero, sin renegar de su valor, estaban en plena discusión acerca del camino a seguir y lo estarían durante años: la liquidación de Lin Biao, la cohabitación conflictiva entre la Banda de los Cuatro y Chu En-Lai, luego la liquidación de los primeros y la cohabitación convergente entre Chu En-Lai y Hua Goufeng. Y después la gradual recuperación de Deng.

La ilusión del "fuego guerrillero", tras la muerte del Che, se estaba desvaneciendo en América Latina, pero sin ninguna meta hacia la cual dirigirse mientras tenían lugar los golpes militares preparados y apoyados por EEUU. Para Cuba la ayuda soviética era indispensable, pero el tipo de desarrollo económico y de formas políticas hacia el cual encaminarse estaba aún por verse. Nasser no había muerto aún (¿envenenado?), por el contrario, después de la guerra del Kippur había alimentado un nacionalismo árabe anticolonialista pero no islamista. Incluso en la URSS las cosas no permanecían estáticas, la glaciación estaba inconclusa, tal como se deduce de la discusión en la Asamblea de la Academia de las Ciencias (publicada), del debate promovido por los economistas de Novosibirsk en torno a la línea general a seguir en la planificación y en las renacidas dificultades surgidas de los resultados económicos. Todo ello, síntoma de un malestar. ¿No era ese el momento de utilizar el prestigio real del que gozaba el PCI para abrir una confrontación de fondo y franca, sin clamorosas rupturas pero sin reticencias?

También en Italia, no tanto las reticencias, en cuanto a la *desclasificación* del "caso Praga", producía consecuencias. Realmente el movimiento juvenil no le prestaba gran atención, precisamente porque no tenía ninguna confianza en el "socialismo real", fue víctima de la

fascinación por la Revolución cultural debido a su mensaje antiautoritario, separándola de la historia concreta que llevaba a cuestas e incluso cuando ya estaba concluyendo. Sin embargo, los intelectuales, el mundo católico, los mismos socialistas, implicados ya en el colapso de la unificación con Saragat, no eran en absoluto insensibles al tema, y los democristianos, en estado caótico, se aferraron al mismo como coartada para su propio obstinado anticomunismo. Entre los mismos militantes comunistas, desde la cúpula hasta la base, estas "medias tintas" en torno a la cuestión de Praga satisfacían un poco a todo el mundo a corto plazo, pero a más largo plazo, en el fondo de las conciencias, estaba destinada a crear progresivamente un nuevo tipo de "duplicidad" entre lo que se decía y lo que se pensaba: tras años de esperanzas en el "comunismo que vencía en el mundo" ahora se continuaba creyendo que avanzaría en Italia, pero mucho menos de cuanto habían soñado. Por fortuna estaban Vietnam y el sesenta y ocho, pero, precisamente después de la victoria en Vietnam, "el viejo topo" habría comenzado a excavar en sentido inverso. Por eso continúo creyendo en la particular importancia del asunto praguense.

EL PARTIDO Y LOS MOVIMIENTOS

La segunda cuestión a la que el PCI tuvo que hacer frente fue la de su relación con los nuevos conflictos sociales. Ésta fue predominante entre 1967 y 1970, y aquí los análisis y los juicios tienen que ser más articulados: no se puede equiparar el papel que ejerció en la lucha obrera con el que tuvo en la protesta estudiantil.

En cuanto a las luchas obreras las críticas tienen que ser mucho más mesuradas. En realidad no faltó quien expresó su escepticismo y preocupación. Amendola, por ejemplo, llego a negar la posibilidad de obtener, y mucho menos administrar, el derecho a las asambleas de fábrica, cuando tal derecho ya se había obtenido. Y Di Giulio, en la VII Conferencia obrera en Turín, presentó un documento, eficaz en su denuncia, pero que habría podido escribirse diez años atrás. Los dos conflictos sindicales generales sobre las pensiones y las "jaulas" salariales fueron valorados, pero casi ocultando el mísero acuerdo sellado por las confederaciones, así como las revueltas de las bases, también en el partido, que lo hicieron saltar, y la huelga promovida por la CGIL que llevó a superarlo. A pesar de que las luchas fabriles se extendieron y agudizaron mucho antes del otoño caliente, el PCI no centró sus esfuerzos ni su atención en la construcción y movilización de una organización política propia en las fábricas que, por el contrario, continuaba disminuyendo. Otras preocupaciones o prudencias eran más comprensibles y merecían una legítima discusión. El mismo

Trentin dudaba acerca de los aumentos salariales iguales para todos y temía que el sistema de las calificaciones, demasiado uniforme, pudiese tener efectos peligrosos en el tiempo (aunque con mucha sabiduría aceptó lo que el movimiento solicitaba). Las resistencias iniciales a la sustitución de las comisiones internas con la elección directa, con listas abiertas, de delegados de sección que convergían en consejos de fábrica, muy pronto fueron liquidadas.

En conjunto, el PCI estuvo presente y activo en las luchas obreras mediante sus militantes, sin frenar las iniciativas y aportando una gran fuerza. Sin embargo, en sustancia, lo hizo delegando todo en el sindicato y dejándole las manos libres. En lo inmediato eso fue una gran suerte, porque quienes llevaban la iniciativa eran las grandes fábricas y algunas categorías como la de los metalúrgicos, y porque durante esa fase organizaciones como la FIM desempeñaban un papel más de estímulo que de freno. De todas maneras, delegar también conllevaba, visto en perspectiva, algunas limitaciones. Ante todo porque cuando se trató de poner en marcha la lucha en las pequeñas empresas y sobre todo de extenderla a otros aspectos de la condición obrera (vivienda, salud), la movilización directa del partido era necesaria. En segundo lugar, porque la delegación (no la autonomía) obstaculizaba el crecimiento de una subjetividad política en sentido propio entre los obreros. Se polemizó durante largo tiempo acerca del pansindicalismo, pero el pansindicalismo era precisamente lo que suplía la falta de compromiso en primera persona de la organización política. Así que el partido se veía impelido a ocuparse sobre todo de las elecciones y de los gobiernos futuros, gozando de una amplia aceptación en las fábricas, pero sin una hegemonía real ni fuertes vínculos organizativos. Cuando era precisamente entre los obreros donde podía prevalecer con mayor facilidad un discurso que acoplaba radicalidad y pragmatismo, pues precisamente los obreros tenían una autoridad natural para hablar con todos los movimientos.

Se midió el precio a pagar por todo ello a través de diferentes señales: la dificultad de dar un carácter de izquierda a la protesta en el Mediodía (Reggio Calabria, Aquila, Battipaglia); la débil movilización y los escasos resultados de las luchas por las necesidades colectivas; la dificultad de transformar la combatividad social de las organizaciones católicas en nuevas alternativas en las elecciones de 1972; la ambigüedad de la unidad sindical en el plano confederal (que se limitó a un simple pacto de unidad de acción en la cúpula, hipotecado por un grupo dirigente paritario, en el que las fuerzas ligadas a los partidos de gobierno dominaban claramente y los comunistas o el PSIUP tenían en total el 20%). Lo que no quita que, del conflicto social de 1968-1969, haya nacido, incluso con contradicciones y ambigüedades reiteradas,

uno de los sindicatos más influyentes y con el mayor número de afiliados de toda Europa.

El balance que se debe hacer acerca de la relación del PCI con la protesta estudiantil es diferente y mucho menos satisfactorio. En este terreno el partido no sólo fue poco hábil y ambiguo, sino que falló sustancialmente en su análisis, en su propuesta y en sus resultados. Es decir, perdió una oportunidad que no titubeo en definir como histórica.

Durante su fase inicial, a diferencia del PCF, no se mostró contrario, ni negó su importancia. Longo se encontró con un grupo de estudiantes romanos después de los enfrentamientos de Valle Giulia para entender por dónde iban los tiros, y escribió un extenso artículo de cuyo valor sólo me percaté recientemente, releyéndolo a la luz de aquello que hoy se ha convertido en escuela. En efecto, Longo, no se limitó en ese artículo a animar al movimiento, y a mostrar su interés por encontrar las razones de éste, sino que afirmó que lo consideraba un fenómeno positivo, no obstante algún aspecto extremista que criticaba; positivo por su significado político. Es más, precisamente por ello, introdujo en el artículo una especie de autocrítica del XI Congreso, porque afirmaba que, ante fenómenos nuevos como aquel, el partido tenía que debatir y cambiar algo en sí mismo, con valor: "A menudo creemos que nuestras asambleas pierden solemnidad si dejan vislumbrar contrastes y desacuerdos incluso fuertes, cuando son, por el contrario, una riqueza". Muchos quedaron estupefactos ante tanta intrepidez. Aun así, dos semanas después, primero Amendola y luego Bufalini expresaron una valoración muy distinta e incluso opuesta. Sustancialmente: el movimiento estudiantil era seguramente el producto de un malestar real y expresaba un impulso hacia delante, pero llevaba en sí, coherentemente con su base social, una ideología rebelde, con extremos irracionalistas. Por tanto, era necesario distinguir entre la masa estudiantil y las peligrosas vanguardias que habían asumido su dirección, y llevar a cabo una lucha en "dos frentes": es decir, volver a poner sobre la mesa nuestra línea de modernización de la enseñanza, apoyada por una financiación adecuada, para hacer que los estudiantes participaran en la gestión, pero no flirtear con posiciones que protestaban en contra de la institución misma, ni hacer ninguna concesión a su pretensión de asumir un papel propiamente político. Fue ésta, progresivamente, no obstante algunas reticencias, la postura que prevaleció. Pese a ser, a todas luces, equivocada e ineficaz.

El análisis era erróneo. Antes que nada, porque el movimiento sí que nacía del malestar de una condición material, pero ese malestar no estaba sólo ligado al retraso o a las carencias de las estructuras disponibles. Esto es, estaba dirigido a un objetivo mayor, a la protesta en contra de la institución escolar, a su relación con las salidas profesionales que

prometía, pero que no cumplía ni por cantidad ni por calidad. Tanto era así que la protesta se había desencadenado inicialmente en los países en los que las estructuras existían y en donde hacía tiempo la enseñanza se había modernizado. En segundo lugar, el análisis era erróneo sobre todo porque su radicalidad era un fenómeno masivo, espontáneo y no determinado por "grupúsculos". Por tanto se extendía a la familia, a las costumbres, a los valores establecidos, recorría el mundo y acogía cualquier insinuación "rebelde". Pensar en sortearla sin llegar a un acuerdo era insensato, era presumir que se agotaría tras demoler algún obstáculo y haber impuesto nuevos espacios de libertad individual, que se conformaría con los pequeños privilegios que le estaban originalmente destinados. En cualquier caso, viéndolo bien y sabiendo reflexionar un poco sobre ello, en su radicalidad residía un bien precioso. Porque sólo así un vasto grupo social, proveniente principalmente de una clase acomodada y bienpensante, evitaba el riesgo de asumir un carácter corporativo, dirigido principalmente a defender y mejorar sus propios privilegios; bien al contrario, trasladaba su propio malestar material y moral hacia una crítica general de la sociedad y trataba de vincularse a las necesidades y las luchas de las clases subalternas.

Era éste el elemento más importante que ofrecía ese movimiento, precisamente, al PCI. Porque para un partido que se consideraba revolucionario, pero que concebía la revolución como un proceso a largo plazo, el problema no consistía tan sólo en aprovechar la oportunidad contingente de un ventarrón juvenil de protesta a fin de recoger votos o reclutar militantes. El problema radicaba en conferirle un carácter permanente, el valor de la "conquista de un baluarte" esencial. En efecto, por su naturaleza, un movimiento de estudiantes posee un carácter provisional, quien lo promueve y participa en él está muy pronto destinado a encontrar un lugar en la sociedad y a desempeñar, en diferentes planos, el papel que su origen de clase le asegura. Para conservar y hacer permanente lo mejor de ese patrimonio crítico, esa vertiente política que el aliento de protesta había generado, era necesario, por tanto, trasformar profundamente la institución —métodos, contenidos, fines— y no sólo ampliar su acceso o modernizarla. En suma, era necesaria una "reforma estructural" orientada a construir una nueva sociedad, y capaz, constantemente, de transferir a las nuevas generaciones esa misma inspiración, llevándola a cotas cada vez más altas. En ese momento, y quizá sólo en ese momento, existían las condiciones favorables para hacerlo. Porque los obreros y los técnicos, a su vez, pedían cambiar la organización del trabajo y rechazaban el gueto permanente de las tareas inferiores; muchos intelectuales ponían en tela de juicio su propio papel; muchos jóvenes docentes estaban insatisfechos con lo que estaban obligados a enseñar. Y porque el saber estaba destinado

a asumir un peso creciente tanto en la producción como en los estilos de vida o en el ejercicio de la ciudadanía; la ciencia estaba encauzada para dar un salto hacia delante y, en esos momentos, era cada vez menos neutral.

¿Quiero decir con esto que la radicalidad del movimiento estudiantil tenía que ser aceptada y alimentada tal como se presentaba, usada como artilugio para una ruptura general revolucionaria? Precisamente lo contrario. Quiero decir que una "revolución" en la enseñanza podía estar en perfecta sintonía con el nivel de la lucha obrera e incorporar a otros sujetos. Una interrelación entre estudio y trabajo, producción de una cultura positivamente alternativa, educación permanente, tanto profesional como general, eran objetivos extraordinariamente anticipados, pero, al mismo tiempo, experimentables en lo concreto, subjetivamente maduros y materialmente sostenibles.

A este respecto el PCI poseía los recursos para mantener una pugna en el interior del movimiento, pues paradójicamente podía colocarse a su izquierda, proponiendo hechos en lugar de palabras. Quizá esto, con muchos años de antelación, era lo que había intuido Togliatti cuando le había atribuido un papel revolucionario, no ya a esta "nueva generación", sino a las "nuevas generaciones" que, añado yo, no habrían podido transmitir, la una a la otra, una experiencia sin una base estructural que la alimentase.

No haberlo querido o sabido hacer, o intentarlo, en el momento en el que la protesta era de masa y buscaba un camino propio, impidió al PCI desempeñar un papel relevante dentro del movimiento estudiantil. Y cuando éste entró en una fase decreciente, se abrió, subjetivamente, una fosa profunda entre la radicalidad frustrada y el moderantismo predicado. Durante las asambleas, los comunistas casi no tenían derecho al uso de la palabra, o eran considerados una fuerza política de oposición a la cual se podía dar un voto, pero era una oposición a "su majestad", a la cual no se le reconocía autoridad.

De esta manera nos encontramos, objetivamente, con una enseñanza más fácil, pero no transformada, más asequible pero cada vez menos capaz de ofrecer salidas, menos autoritaria pero más fragmentada y vaciada de capacidades formativas. No es un "baluarte" conquistado y defendido por nuevas tropas, sino un baluarte bombardeado, restaurado de cualquier manera.

LONGO, BERLINGUER

Antes de seguir y reflexionar sobre un nuevo ciclo, es necesario preguntarse por qué el PCI, en el momento más favorable, se movió hábilmente, pero con tanto retraso e incertidumbre.

No todo estaba ya escrito en el pasado, ni todo estaba predeterminado sobre el futuro. En esos años hubo retrasos que se podían recuperar, errores que podían evitarse, dificultades reales que podían haberse afrontado mejor. Me limito a dos ejemplos, relacionados entre sí, quizá no determinantes, pero aun así significativos, acerca de los cuales vale la pena reflexionar desde la distancia, con información más completa, de manera sosegada y mayor disposición hacia la duda. En primer lugar, la sucesión de Longo y la manera en que se produjo. En un partido comunista, de masas, en un momento turbulento, la cuestión de quién dirigía era fundamental. Por entonces el "secretario" era la ex presión de una historia, tenía la última palabra en las decisiones decisivas, y se cambiaba sólo cuando moría o a causa de un gran trauma. El PCI había sido, desde siempre, el partido de Togliatti, y él le había impreso una huella indeleble. Sin embargo, había muerto hacía poco, anciano, pero no agotado, e incluso atravesando una etapa de recuperada creatividad. Su desaparición inesperada y reciente no había sido, por tanto, un golpe intrascendente. La elección de Longo como sucesor, sin embargo, no encontró ninguna dificultad, no sólo por haber sido desde siempre el vicesecretario, sino porque su vida y sus dotes de equilibrio, firmeza y tolerancia le habían otorgado una amplia popularidad y una confianza generalizada. No tenía la altura de Togliatti y no pretendía alcanzarla. Estaba destinado, por razones de edad, a ser un secretario de transición, pero no por ello un simple gestor de la administración cotidiana. Por el contrario, era un "togliattiano" particular (así como también lo eran, con menos prudencia, Amendola e Ingrao). Su recorrido biográfico había marcado su singularidad: había estado entre los "jóvenes" que, durante los años treinta, diferenciándose, habían insistido más en torno al regreso a Italia de los exiliados para la organización de la lucha clandestina, al precio de acabar muy pronto en la cárcel; había sido comandante de las Brigadas Garibaldinas en España, y jefe efectivo de la guerra partisana. Su atención, aun en el marco de la "vía democrática", estaba centrada más en el movimiento de masa que en las sutilezas parlamentarias; apoyaba una política de amplias alianzas, pero le anteponía la unidad de la izquierda. Por lo tanto, no era por casualidad que hubiese reaccionado a la protesta estudiantil de la manera como he descrito. Y no fue casual que mostrara en la Dirección del partido, en 1969 y en los años sucesivos, mientras vivió, su oposición a participar en operaciones de gobierno y a conceder demasiado crédito a la DC como fuerza progresista.

Sin embargo, ya a finales de 1968 contrajo un mal que le impedía seguir dirigiendo el partido, que lo llevaba a asumir posturas que no discrepasen de las que primaban en el grupo dirigente, y lo obligaba a resolver rápidamente el problema de una sucesión ulterior. Su elección

al respecto en verdad ya la había madurado antes, tanto es así que había impuesto a un reacio Berlinguer entrar en el parlamento, a fin de preparar gradualmente su investidura para cuando llegara el momento. Con todo, el momento llegó de sopetón y la elección no estaba asegurada.

La enorme popularidad que después conquistaría Berlinguer ha convencido a todos de que su nombramiento era algo obvio desde el principio. No obstante, no fue así desde el comienzo, porque no tenía en su haber un gran *cursus honorum*[51]. Había ascendido, a menudo, por la escala de la jerarquía y de los reconocimientos, pero luego había vuelto atrás: incluso recientemente había perdido el cargo de coordinador de la secretaría a causa de una acusación por "conciliadorismo" y había retrocedido hasta la dirección del comité regional del Lacio. Había sido sustituido por Napolitano, hombre más cercano a Amendola.

Amendola, sin embargo, se reveló como un político fino, era un impetuoso hombre del poder, pero no un vanidoso. Y promovió una operación realista: renunció de inmediato a organizar una candidatura propia —dejando así fuera de juego a toda su generación y renunciando a la candidatura de Napolitano— y propuso: todos alrededor de Enrico, pero sin poner en tela de juicio el equilibrio real resultante del XI Congreso. Por tanto, acercándolo a Chiaromonte, Bufalini, Pajetta, Napolitano y Di Giulio como grupo dirigente real. En parte, hombres de su entorno o en camino de serlo. Para mí sigue siendo un misterio la razón por la que quienes estaba cerca de Longo (los Natta, los Tortorella, muchos "ex-ingraianos"), entonces y después, evitaron hacerse valer o escuchar durante casi una década. En este marco, incluso si hubiese querido hacerlo, Berlinguer habría tenido poco espacio para tratar de coser, de inmediato, las heridas abiertas en la izquierda del partido, o para corregir la tendencia predominante.

LA "RADIACIÓN"[52] DE *IL MANIFESTO*

Sin embargo, no se puede ignorar honestamente la atribución de otra parte de responsabilidad. ¿Qué peso político podía poseer una izquierda comunista que, aun teniendo óptimos argumentos, no gozaba ni de la fuerza ni de la voluntad de manifestarse de un modo incisivo?

Precisamente Pietro Ingrao, recientemente en sus memorias, en algunas entrevistas e intervenciones, ha sido pródigo en autocrí-

51 *Cursus honorum* en latín, carrera política. Nombre que, durante la República romana, y luego también durante el Imperio, recibía la carrera política (N. de T.).

52 En el PCI, la "radiación" consiste en una suspensión temporal de militancia. De hecho, en la práctica, suele acabar con la salida del partido, por lo que corrientemente equivale a una expulsión "suavizada" (N. de T.).

ticas hacia el pasado. Muchas de éstas no me convencen en absoluto, tal como se puede deducir de este mismo texto. Otras las encuentro poco generosas hacia sí mismo, porque al sumarlas parece como si él se hubiese comportado siempre, aun con buenas intenciones, de manera equivocada, afirmación que en realidad no es cierta. Una de estas autocríticas, sin embargo, me parece importante, y otra la apruebo, a pesar de que me parezca coja. Ambas me permiten hablar de *Il manifesto*, de la "radiación" de sus promotores del partido, de sus consecuencias. Y hablar de ello sin reticencias, incluso manifestando mis recurrentes dudas.

Lo que hoy en día Ingrao considera no solamente como una deslealtad, sino como un error político, es el hecho de haber interrumpido inmediatamente, y durante muchos años, la batalla abierta en el XI Congreso. Una renuncia, la suya, grave para él, para muchos de quienes lo apoyaban, y para la totalidad del partido. Por tanto, revisémosla en detalle, en su desarrollo y en sus consecuencias. Después de esa gran derrota Ingrao, personalmente, aceptó no decir nada acerca de las inmerecidas marginaciones (no me refiero en absoluto a la mía), y políticamente hablando, aceptó un largo silencio incluso tras la irrupción de temas nuevos que podían haberlo interrumpido. Obviamente los llamados "ingraianos" se dispersaron. Solamente los sindicalistas que, por otra parte, no se habían expuesto demasiado, tuvieron la posibilidad de llevar adelante ideas y experiencias ya iniciadas, en el terreno franco de la autonomía sindical. Trentin, Garavini, Pugno, por ejemplo, en sintonía con Foa y sus amigos, tuvieron una influencia importante en las luchas obreras. Lograron también construir un nuevo tipo de sindicato, especialmente entre los metalúrgicos, y formar cuadros de valor, en Turín, Bolonia, Brescia y otros lugares.

Otros no tenían tanto espacio ni tantos instrumentos, pero no se habían rendido ni se habían arrepentido (pienso en lugares como Apulia, Venecia, Bérgamo, Nápoles, Roma, y en muchos intelectuales). A la primera señal seria, y en sedes legítimas, podían regresar al campo de la discusión. Sólo algunos, sin embargo —se podrían contar con los dedos de las manos—, quizá porque mantenían posiciones radicales, y que habían sido más duramente marginados —quizá habían sido marginados en la medida en que adoptaron posiciones más radicales—, conservaban una relación amistosa entre sí y consideraban que la batalla vivía una tregua pero no había terminado. Particularmente Pintor, Rossanda, algún otro amigo nuestro y yo mismo. Entre todos, por lo tanto, Ingrao inclusive, la dispersión no había dejado recriminaciones ni hastío: estábamos dejados de lado, así tal cual, "sin rencor".

En agosto de 1967, yendo en coche hasta Bari para pasar algunos días en la playa, Reichlin y yo nos desviamos hacia Scilla, donde

Ingrao estaba de vacaciones, para visitarlo y conocer sus intenciones futuras. No nos pareció especialmente combativo. Lo que movió las aguas fueron el mayo francés y la ocupación de las universidades en Italia. Rossana y yo fuimos allí. Yo volví luego a París durante tres meses para recoger experiencias e información para una reflexión inmediata; Rossana se paseó por las universidades más vivaces. Estos hechos nos tenían excitados, exaltados, pero es suficiente leer los libros que escribimos entonces para constatar que la mirada era lúcida, sin ningún enajenamiento revolucionario, teníamos claros los límites y las dificultades de las "revoluciones proclamadas", y no sólo los errores del PCF. Existían las bases para una discusión constructiva en el partido. Por ello, al final del verano, le pedí un encuentro restringido y privado, aunque colectivo, a Ingrao. El encuentro se llevó a cabo en casa de Rossanda. Participantes: el mismo Ingrao, Reichlin, Trentin, Garavini, Castellina, Pintor, Rossana y yo.

Esa fue la primera reunión de una "fracción" jamás nacida y que se disolvió antes de nacer. Porque, en efecto, se trataba de verificar la disponibilidad existente a una decisión simple y preliminar. El interrogante que se planteó fue éste: "Con todo lo que está en ebullición a nuestro alrededor, ¿no es lógico que retomemos, en términos nuevos, en el inminente XII Congreso, una discusión general como la que se extinguió prematuramente en 1966?". La verificación fue inmediata y clara. Los que tenían más autoridad entre los presentes, es decir, quienes habrían podido darle un peso mayor a la propuesta, consideraban que una iniciativa tal —llevada a cabo de manera individual, sin plataformas comunes vinculantes y con los matices decididos de manera autónoma— hubiese creado tensiones y sospechas, y más que ayudar, habría obstaculizado a los movimientos en marcha haciéndolos menos visibles ante el partido y sus dirigentes. Otros, entre los que me contaba yo, objetamos en cambio que un congreso del PCI plano y poco innovador, crearía una separación entre partido y movimiento, sin aportarle fuerzas al partido, ni tampoco el lenguaje ni el análisis necesarios para ganar peso o autoridad en el movimiento, y tampoco un espacio para enmendar los errores.

Obviamente, si el resultado de ese encuentro hubiese sido menos claro, *Il manifesto* no habría nacido y durante el XII Congreso se habría abierto una discusión interesante, aunque no necesariamente polarizada. Quizá entre la "misa cantada" del monolitismo y el "disparad sobre el cuartel general" se podía intentar un camino intermedio. La crítica que creo que podría hacerle a Ingrao, o a otros, es no haberlo intentado, aunque sé bien que, si lo hubiesen intentado, los resultados habrían sido inciertos y habrían condicionado demasiado aquello que algunos de nosotros ya pensábamos entonces o aquello que queríamos

decir. Una vez fracasado el intento de entendimiento, no quedaba otra opción que la de expresar un desacuerdo muy radical, pero demasiado minoritario. Si nos hubiésemos quedado esos cuatro gatos que nosotros mismos creíamos que éramos, es posible que hubiésemos considerado que no valía la pena.

Lo que nos alentó, en cambio, fue una sorpresa. Sin ningún acuerdo previo, espontáneamente, en diferentes congresos de provincias surgieron de la base posiciones y preguntas que convergían con las nuestras y, en algunos casos, el desacuerdo llegó a representar un porcentaje consistente (Cágliari, Bérgamo, Venecia, Roma, Nápoles). Seguramente el sabio filtro del aparato habría llevado al congreso nacional sólo una mínima parte de tal malestar, sin embargo no lo podía eliminar: confluían en buena medida los ingraianos de siempre, pero también jóvenes militantes, personalidades del partido que nunca se habían sentido ingraianos (Natoli, Caprara), intelectuales dispersos pero de alto nivel (Luigi Nono, Luporini y otros). A pesar de que en el congreso nacional de Bolonia las intervenciones de Natoli, Pintor y Rossanda se llevaran a cabo "al alba", como apuntaron los diarios, tuvieron buena audiencia, cierto éxito y mucho eco exterior. Releyendo ahora las actas del congreso la impresión que se obtiene es la de una incongruencia total con respecto a la situación que el congreso tenía ante sí. El informe, el debate y las conclusiones fueron repetitivos entre sí y con respecto a los congresos precedentes. El grupo dirigente, aún más cohesionado de lo normal. Los elementos de discrepancia sólo estaban presentes en nuestras limitadas intervenciones, e incluso éstas, a las cuales yo había contribuido, no me parecen hoy en día de lo mejor de lo que ya entonces éramos capaces: interesantes notas de análisis, pero con una propuesta política y programática sintetizada, por completo, en la afirmación de que nos encontrábamos delante de una crisis de sistema, en Occidente aunque igualmente en Oriente, a la cual había que oponer una alternativa de sistema. La respuesta contenida en las conclusiones de Berlinguer fue mesurada en el tono, pero no mostraba ningún interés por el planteamiento de una verdadera discusión. La dirigió, sobre todo, a Rossanda, empleando una gratificante cita de Maquiavelo que ironizaba acerca de "quienes hablan de reinos inexistentes"; sin tener en cuenta que él mismo, especialmente cuando hablaba de la Unión Soviética, de China o de la protesta estudiantil, evitaba aún más, para bien o para mal, sacar cuentas con la realidad.

Tras el congreso nos encontramos, por lo tanto, ante una elección muy difícil. Sea como fuere, habíamos expresado un neto desacuerdo, y se había formado un grupo demasiado minoritario, pero cohesionado. Podíamos simplemente regresar al silencio, a la espera de mejor ocasión, o bien trabajar de manera semiclandestina en la formación de un

pequeño grupo. Excluíamos ambas alternativas. La primera, porque precisamente ese era el momento (o al menos así nos lo parecía) en el que las decisiones políticas eran apremiantes, y tanto el partido como los movimientos exigían y permitían una discusión abierta a propósito de temas de fondo; la segunda porque siempre habíamos estado convencidos de que las fracciones diminutas llevan necesariamente a competir por la conquista de pequeñas parcelas de poder dentro de la organización o conducen a mistificaciones y, en ambos casos, entorpecen el pensamiento y hacen daño a todo el mundo. Nuestro objetivo, probablemente utópico, era contribuir, por el contrario, quizá mediante una insubordinación con respecto a códigos consolidados, a una renovación completa del PCI, de la que dependía el desenlace del "caso italiano". Creímos haber encontrado una tercera vía publicando una revista, que no quería organizar fuerzas sino generar ideas, ofrecer un canal de comunicación entre movimientos insurgentes y una preciosa tradición, razonando críticamente en ambas direcciones. No era casual que, al inicio, el proyecto fuera el de una publicación mensual destinada a las librerías, y por ende, de pocos miles de copias. Buscamos un editor, entre los de prestigio, cercano a la izquierda (Einaudi, Feltrinelli, Laterza), pero cordialmente todos lo rechazaron para no perjudicar las relaciones con el PCI. Encontramos a Coga, un tipógrafo emprendedor de Bari que quería debutar en el campo editorial. Paradójicamente, fue él el fundador de *Il manifesto* porque con el instinto del emprendedor nos propuso un trato leonino pero original: nosotros le entregaríamos la revista completa, compaginada y corregida, gratis, hecha con trabajo voluntario y una sede pagada para recoger suscripciones, él imprimía, la distribuía quedándose con el cobro por entero y, una idea atrevida, la enviaba también a los kioscos. Había hecho las previsiones mejor que nosotros, porque del primer número, en dos reediciones, *Il manifesto* vendió más de 50.000 copias.

Precisamente el éxito cambió, de hecho, su carácter, de manera algo similar al aplauso de la platea que había ovacionado a Ingrao en el XI Congreso. También por este motivo *il manifesto* se convirtió en un hecho político, tanto en Italia como en el extranjero, más allá de las intenciones, y quizá más allá de sus méritos. El grupo dirigente del partido, en un primer momento en encuentros privados, trató de persuadirnos para que desistiéramos, luego prohibió la iniciativa en nombre de la norma que excluía la legitimidad de las fracciones; y puesto que una revista en sí no es una fracción, agregó que recoger suscripciones, definir un grupo determinado de colaboradores permanentes e intervenir en temas de actualidad política configuraban el hecho como fracción. Para darle fuerza a la prohibición, convocaron a dos Comités Centrales. En este punto, conscientes de que el riesgo era la radiación, todos tuvimos

un momento de duda. Con todo, lo que nos hizo seguir adelante no fue ni el orgullo ni la superficialidad. Se trató más de una cuestión de método y de mérito. De método, es decir, la publicación en la prensa de partido de artículos (por ejemplo el de Bufalini) que no solamente advertían del peligro de la fragmentación en fracciones porque criticaban algún artículo en particular, sino que juzgaban de manera despectiva todo lo que escribíamos como estupideces de las que no valía la pena hablar. De mérito, porque de manera no pública, surgió, por el contrario, el problema real sobre el que una mediación parecía imposible, es decir, la cuestión de Praga y el juicio sobre la Unión Soviética. Sin embargo, se trataba precisamente de los puntos sobre los que la iniciativa de *Il manifesto* se proponía no, obviamente, tener razón, sino estimular un debate, reconociéndolos como problemas rea les. Así continuamos, y se llegó rápidamente a mi radiación del partido, en cuanto director de la revista, y a la de Natoli, Pintor, Rossanda. El comité central votó a favor de la decisión con tan sólo dos votos en contra y cinco abstenciones. Justo después, en el ámbito de las federaciones, llegó la expulsión en público de Castellina, Caprara y Bronzuto y a otros se les "aconsejó" abandonar el partido en silencio (Parlato, Barra, Zandegiacomi, Milani). Nosotros evitamos incitar a otros a que hicieran lo mismo, porque no teníamos claro qué forma dar a la iniciativa que habíamos emprendido.

Acerca de la decisión de la radiación, no sólo Ingrao, sino muchos otros que la votaron, han hecho, en reiteradas ocasiones, una autocrítica y la han considerado, retrospectivamente, como un error, porque el PCI tenía las herramientas necesarias para neutralizar a un pequeño grupo de disidentes sin tener que recurrir a medidas administrativas; es más, evitándolas, habría demostrado mucho mejor su carácter de fuerza democrática. Estas autocríticas tardías me han agradado, porque tengo plena conciencia de que no queríamos hacer daño al partido ni dividirlo, sino que por el contrario pensábamos que sería una ayuda para la renovación que el partido realmente necesitaba. Con todo, con la distancia de los años, me parece que en buena parte despistan. Las consecuencias de esa radiación, en efecto, fueron limitadas y de breve duración, para la imagen del PCI y en relación con los demás partidos y con la opinión pública, porque, por el contrario, liberándose, así fuera mediante un método reprobable, de un grupo de la extrema izquierda, el PCI se mostraba tranquilizador. Otros grupos de "nueva izquierda", en competencia entre sí, aunque todos "comunistas", vieron nuestra radiación con poca simpatía porque más bien la vieron como la llegada de otra posible competencia, y de un equívoco menos, del cual el PCI se había valido hasta entonces. Para nosotros era casi lo mismo que se nos "radiara" o que se nos tolerara como una reserva de indios. Y así era, en efecto.

Las consecuencias negativas eran otras, y merecen un mínimo de reflexión. De entrada, tras aquella dura medida siguió en el PCI, más allá de su intención, una intensa campaña para poner trabas a todos los que compartían en buena parte lo que decíamos, y para movilizar a la totalidad del aparato en la lucha "en un solo frente". Fue, en realidad, una campaña muy dura y prolongada: durante mucho tiempo gran parte del grupo dirigente del PCI nos retiró el saludo y en *l'Unità* aparecían sueltos titulados: "¿Quién les paga?". Y como les parecía poco respondían: "la Confindustria", y llegaron al extremo de la malicia de extender la sospecha hasta "la Confagricoltura", esto es, lo peor de lo peor a los ojos de los militantes más humildes.

Este cordón sanitario de hostilidad nos estimuló a elaborar un documento ambicioso que definiese por completo una identidad menos contingente y un análisis coherente (las "Tesis del *manifesto*") y que ocupó un número entero de la revista, difundida con 75.000 copias, las cuales, releídas 40 años después, impresionan por su clarividencia. También nos impulsó a tomar decisiones políticas inmediatas, precipitadas y nocivas. Como, por ejemplo, la propuesta de una rápida unificación de los diferentes grupos de la nueva izquierda que, además de ser inviable, nos arrastraba a perseguir un extremismo ingenuo, que nos era por completo ajeno, y a presentarnos a las elecciones sin ninguna posibilidad de éxito. Decisiones que nos constreñían a una imagen deformada contra la que el grupo dirigente del PCI polemizaba.

Tratamos muy pronto —y gradualmente lo logramos— de reencontrar nuestra inspiración originaria, que era la de constituirnos en bisagra entre la izquierda tradicional y los movimientos. Sin embargo, no dudo en reconocer, por lealtad, que yo mismo, que en la empresa desempeñaba un papel importante, fui propenso a tales errores y traté después de corregirlos enérgicamente. Con todo, me queda la duda de si tal vez Natoli tenía razón cuando me sugería no caer en la tentación de dar a la revista una proyección organizativa a corto plazo. Por ahora me interesaba aclarar que el impacto negativo de aquella expulsión, la razón por la que ha sido un error de bulto, no tiene que ver solamente, o sobre todo, con una cuestión de tolerancia a la discrepancia, sino con una cuestión más sustancial: si aquel desacuerdo nuestro expresaba algo verdadero y útil, y por tanto, si no valdría la pena tomarlo en cuenta y utilizarlo como contribución a la política del PCI. Solamente así, en efecto, evitarla habría servido para cambiar un poco las cosas y afrontar algo mejor el muy difícil pasaje de los años setenta, al inicio tan pródigo en éxitos y al final tan profuso en amarguras. Incluso desde el punto de vista de la imagen no podía sino beneficiar al PCI el tener y aceptar en su interior una zona de disconformidad de izquierda, culturalmente no dogmática y políticamente no ligada a Moscú.

[Capítulo XIII]

HACIA EL FINAL DE LA PARTIDA

El momento más delicado y laborioso, en una partida de ajedrez, es el de la mitad del juego, con una aparente igualdad de fuerzas, con muchas piezas aún sobre la mesa, en posiciones aún no codificadas por la teoría, cuando cada uno ha elaborado un plan, y se acerca la fase final. Es precisamente en este punto en el que un gran jugador necesita un máximo de audacia para llevar hasta el final su ataque, pero al mismo tiempo una enorme agudeza para ver los propios puntos débiles, evaluar las fuerzas del adversario y prever sus movimientos y, por ende, también flexibilidad a fin de ajustarse a sus propias intenciones originarias. He puesto este extraño título al capítulo, porque el problema que debo abordar ahora es el de la política del PCI durante los años setenta, una década rica en grandes logros al comienzo, pero que pronto puso en evidencia las fragilidades y dificultades que se encontrarían para llevarlos a buen término. El partido continuó mirando al suelo por el camino emprendido y, tres años después, sufrió una tajante derrota, tanto electoral como en la relación con las masas, no solamente externa, sino interna, no sólo transitoria, sino duradera. En suma, una vez llegado a su apogeo, justo cuando tenía recursos para corregir el rumbo, no quiso o no supo reconocerlo ni hacerlo a tiempo para reducir los daños y recuperarse ulteriormente. Este, por lo demás, es uno de los precios que se pagan por la excesiva falta de una dialéctica interna.

Los hechos sobresalientes, los que dibujan toda la parábola, son conocidos o al menos son asequibles para quien quiera conocerlos. Existe una abundante literatura acerca de cada uno de ellos —historiográfica, memorialística, en las hemerotecas— que abarca incluso

detalles, los tejemanejes, pero aún falta una visión general no demasiado tendenciosa acerca de lo ocurrido, seguramente discutible pero documentable y coherente.

Es decir, que faltan: 1) una valoración del peso que cada acontecimiento importante ha tenido, y de la relación causa-efecto, unívoca y recíproca, entre sí: por ejemplo, no me parece plausible la opinión difundida según la cual el homicidio de Moro ha determinado el fin de los gobiernos de unidad nacional; 2) el reconocimiento preciso de una causa principal a la que otras, menores, se coaligaron para dar lugar tanto a los primeros éxitos, como la rápida quiebra de esa tentativa política: por ejemplo, no me parece convincente que esto sea atribuible solamente a los errores de una mala gestión táctica de una política justa; 3) la consideración de la repercusión que volvía a tener, mediante nuevas formas, lo que acontecía en el plano internacional: una mutilación que falsea la realidad; 4) en fin, y como consecuencia, la plena conciencia de que esa década no fue un paréntesis, sino que, por el contrario, ha creado las bases de una verdadera ruptura histórica, la cual efectivamente se efectuó.

Hoy en día nadie discute acerca de esto, pese a que es necesaria una reflexión no sólo para entender el pasado, sino directamente el mundo en que vivimos —la globalización neoliberal y unipolar— y también para sacar alguna conclusión útil para el futuro. Si es cierto, como efectivamente lo es, que el ocaso y la posterior disolución del PCI no han dejado espacio a una izquierda más fuerte e inteligente, sino más pobre y con menos ideas, y si es cierto que la propia Italia, como economía, como sociedad, como democracia participativa está degradada, creo que, precisamente durante aquellos años, el caso italiano es todavía interesante, aunque esta vez en forma negativa.

LA CRISIS ECONÓMICA

Una de las grandes novedades de los años setenta, no la única, fue la "crisis" económica que embistió al capitalismo occidental, imprevista, general y duradera, tal como lo había sido también el "milagro" del impetuoso desarrollo. He puesto la palabra *crisis* entre comillas porque pueden atribuírsele diferentes significados. Los economistas lo saben y de hecho emplean diferentes términos (coyuntura negativa, estancamiento, recesión, depresión) y cuando emplean la palabra *crisis* casi siempre la incluyen en un binomio con la palabra *reestructuración*. Con todo, encuentran no pocas dificultades, en la práctica, para escoger entre una expresión u otra, o dudan largo rato antes de decidirse por una en concreto. Toda la historia del capitalismo está, de hecho, punteada por una continua alternancia de éxitos y dificultades, entre las cuales

se manifiestan momentos de crisis. Cada una de ellas tiene causas, duración y conclusiones diferentes entre sí, aunque existe una línea de demarcación entre dos tipos de crisis.

Existen dificultades coyunturales generalmente de uno o unos cuantos países, más o menos agudas, que se pueden resolver rápidamente con medidas adecuadas, o fases de estancamiento más extendidas, que sin embargo se pueden desbloquear con un poco de tiempo y con medidas enérgicas, sin necesidad de tocar las estructuras fundamentales del sistema vigente. En este terreno la elaboración teórica, o la experiencia política han avanzado mucho y han encontrado soluciones a menudo satisfactorias. No siempre y no en cualquier parte, pero sí especialmente cuando la situación les era favorable y dentro del ámbito al que estaban orientadas. Por ejemplo: las políticas keynesianas durante los años treinta ayudaron realmente a la reactivación estadounidense entre 1934 y 1938, pero fracasaron en la Francia del Frente Popular, tuvieron su mayor eficacia en la Alemania nazi, aunque dirigidas hacia la guerra y, en la segunda posguerra, triunfaron en la estabilización y crecimiento del desarrollo, pero en Inglaterra en vez de producirlo lo bloqueó. Por ello Keynes, tras haber escrito un libro genial sobre la necesidad de la intervención estatal contra la reiterada tendencia de los capitalistas en preferir la liquidez frente a la inversión, disintió de quien tendía a creer haber encontrado en una constante política de expansión de la demanda una medicina milagrosa, saludable en cualquier circunstancia, para todos los males y para siempre.

Ha habido, sin embargo, crisis de tipo bien diferente, por dimensión y naturaleza. En la historia del "capitalismo real" existen al menos tres, diferenciables y reconocidas: Aquella que, tras una larga incubación (el colonialismo, el cercado de tierras, graves conflictos sociales entre burguesía y aristocracia y guerras napoleónicas), llevó a la gran industria textil y luego ferroviaria, al libre comercio, a la hegemonía inglesa en el mundo. Aquella que, entre 1878 y 1890, estimuló y luego acompañó la irrupción de la ciencia en la industria (química, electricidad), la integración entre industria y banca, el definitivo reparto del mundo, el nacionalismo y abrió el camino a la Primera Guerra Mundial. Por último, la gran depresión de 1929, nacida de la sobreproducción fordista, que se extendió al mundo entero, contribuyó al nacimiento del fascismo y sólo pudo superarse mediante otro conflicto mundial. Situaciones diferentes, secuencias diferentes, sobre todo resultados diferentes: relanzamientos impetuosos, derrumbamientos, marginaciones. Pero con un rasgo común: en cada uno de estos casos la crisis económica, además de grave y contagiosa, se entrelazó y se concluyó mediante profundas transformaciones de la estructura social, de la jerarquía entre los estados, de la división social del trabajo, a menu-

do mediante guerras efectivas o con la amenaza de guerras, mediante revoluciones derrotadas o triunfantes. El capitalismo salió, a menudo, relanzado; otras veces tuvo que aceptar un compromiso, pero en todos los casos se vio obligado a transformarse.

Los pensadores más agudos se dedicaron con pasión a este tipo de crisis, tratando de descifrar su secreto, porque escondía una tendencia histórica. Ninguno lo logró, todos tuvieron la honestidad de reconocerlo. Marx, que fue quien más se consumió en buscar las líneas de las tendencias que apoyaran su esperanza revolucionaria, cada vez que encontraba una agregaba que, no obstante, otros factores podían neutralizarla; reafirmaba su confianza en el futuro, pero no excluía la posibilidad de acabase en una ruina común. Keynes preveía, sin tratar de explicar el cómo ni el porqué, la eutanasia del capitalismo. Schumpeter, a pesar de ser un conservador, y de que asignaba a las crisis la tarea de una saludable destrucción, al final pensaba que el capitalismo y el socialismo habrían de llegar a un positivo encuentro.

No seré yo quien corra ridículamente tras ese secreto. A pesar de todo, lo que sí me parece necesario decir es que hoy, si no entonces, se puede realmente afirmar que en 1970 ha comenzado una crisis precisamente de este tipo. Y se puede agregar que hasta 1982 la crisis ha desempeñado su papel específico de desordenar y destruir aquello que se oponía a la reestructuración capitalista, y que por lo menos este hecho se podía entender un poco más y un poco mejor. Para emplear, con otro sentido, una expresión que aborrezco: se podía limitar un exceso de provincianismo y de politicismo, y descifrar algo del "plan del capital", del que el mismo capital no tenía aún idea, pero del que el decurso de la economía proporcionaba ya algún indicio, y algunos se han percatado de ello. Los síntomas de dicha crisis se anunciaron ya durante los últimos años sesenta y en todas partes: una disminución de las ganancias y de las inversiones y una ralentización de la productividad por trabajador. Gobiernos y patronos no le dieron demasiada importancia; en cada país el hecho se atribuía a diferentes factores, pero los márgenes de tolerancia eran amplios todavía y la recuperación no parecía difícil. En Francia, en donde no existía la escala móvil, los aumentos salariales se obtuvieron y se absorbieron en dos años, mediante una pequeña devaluación; en Inglaterra los laboristas redujeron un poco los impuestos y también un poco el gasto social; en Italia lo que preocupaba eran los derechos arrancados por los trabajadores en la organización del trabajo más que los aumentos salariales concedidos y, en cuanto al salario, se pensaba en repetir la maniobra que había tenido éxito en 1964 (intensificación del trabajo, un poco de deflación, la amenaza sobre la ocupación). Normal para la administración. Las preocupaciones de los gobiernos eran más políticas que económicas.

El verdadero aviso del baile que estaba comenzando tuvo lugar en 1971. Nixon, de improviso, comunicó que el valor del dólar ya no estaba vinculado ni garantizado por el oro. Era una decisión de enorme importancia, porque hacía que se derrumbara todo el edificio construido en Bretton Woods para asegurar una estabilidad esencial del cambio entre monedas, aun en presencia de un rápido crecimiento del comercio internacional. Y era una decisión significativa, porque no había sido tomada a la ligera, sino que nacía de un estado de necesidad. Estados Unidos, en efecto, estaba desbordado por el enorme gasto derivado de la guerra de Vietnam (de la que, en cambio, otros países, sobre todo el Japón rampante, sacaba ventaja), y por el déficit del balance ligado a la política de la "gran sociedad", con la que Johnson había intentado recuperar el rechazo de los trabajadores, de las minorías sociales y de los jóvenes. Tenían que enfrentar, además, una significativa reducción de la tasa de productividad (del cuatro al tres y al uno por ciento) y una eficaz competencia de los países cuyo desarrollo, por razones políticas y económicas, ellos mismos habían sostenido durante un cuarto de siglo.

En Italia no se dio mucha importancia a dicha novedad, ni a aquello que revelaba. Patronos y gobierno se sentían liberados de una jaula y por lo tanto más libres de maniobrar con el valor de la propia moneda según fuera su conveniencia; y de todos modos, el dólar permanecía en la práctica en su papel de moneda príncipe, a la que tomaban como base los cambios, y la confianza en la solidez de la economía estadounidense era inquebrantable. Sólo alguna persona aislada atribuyó al hecho el significado de un giro de la situación económica: recuerdo, por ejemplo, con algo de orgullo, un editorial aparecido en *Il manifesto* con el título hemingwayano de "La breve vida feliz de lord Keynes". Tal vez el título era injusto, porque el mismo Keynes había intuido en su tiempo la fragilidad del acuerdo de Bretton Woods, pero el meollo era correcto, pues señalaba el fin del periodo áureo de las políticas que habían abusado de su nombre y de las ilusiones de crecimiento permanente que habían generado.

Un segundo toque de alarma llegó pronto, y ésta vez todos se dieron cuenta, aunque en un primer momento con exagerada emoción para luego olvidarlo. En 1973, y después de nuevo en 1979, los países petroleros, por fin de acuerdo entre sí y considerando que el equilibrio internacional ya lo permitía, subieron enormemente el precio del petróleo. Era un duro golpe para toda la economía capitalista, que en aquel momento tenía voracidad de petróleo y se había beneficiado de un precio miserable para los países productores. No subió para todos por igual. Era doloroso particularmente para los países del Tercer Mundo, que tenían necesidad de petróleo y no tenían ya medios para pagarlo; era menos grave para Estados Unidos, que

producía en casa al menos una parte de sus exigencias y poseía yacimientos sin utilizar, pero que los nuevos precios le permitían explotar; representó, por el contrario, una fortuna en dos casos, Inglaterra y aun más Noruega, que se vieron estimuladas a buscar recursos en sus aguas territoriales, obteniendo grandes beneficios. Era verdaderamente muy difícil para países como Italia, particularmente dependiente de las exportaciones, con una industria muy determinada por la química pesada, el plástico, la producción y el consumo de automóviles. El nuevo precio del petróleo puso en marcha otro proceso no menos importante y menos advertido. Los países petroleros no tenían capacidad para emplear eficientemente la afluencia de capitales para su propio desarrollo interno, ni la voluntad de utilizarlos para mejorar las condiciones de vida de sus propios pobres; ni mucho menos tenían la capacidad ni la voluntad de convertirlos en inversiones productivas en los países subdesarrollados. Por tanto, los transformaron principalmente en títulos financieros, transferidos nuevamente Occidente y los utilizaron en donde parecía más seguro y se obtenían mayores rendimientos. Ahora bien, puesto que en Estados Unidos aún quedaban límites y barreras al movimiento de capitales, se formó una inmensa liquidez que tomó el nombre de petrodólares, sin patria, y que se concentró en la *City* inglesa, y vagaba en busca de rentas especulativas. Al final Estados Unidos, para recuperar en parte el control sobre el dólar, tuvo que agachar la cabeza y aceptar la libre circulación. Allí comenzó esta financiarización, que luego se integró en la economía real, asumiendo su guía, y de la que hoy medimos costes y éxitos.

Todo esto tuvo, de inmediato, dos efectos nefastos. Por un lado, una parte de esos capitales, al no encontrar una utilización productiva en una economía mundial avara en inversiones, se lanzó a la especulación de los cambios, multiplicando los efectos de cada variación decidida u obligada en el valor de cada moneda. Por otro lado, bajo la tutela de las grandes organizaciones mundiales (FMI, Banco Mundial) se ofrecieron préstamos a bajo interés, que luego se incrementó, a los países subdesarrollados. Estos últimos se vieron impelidos a transformar la industria sustitutiva de la importación en industria exportadora y, al no estar capacitados para seguir el ritmo de una competencia de la cual su sistema económico y político era incapaz, acumularon una deuda gigantesca cuyos intereses absorbían una gran porción de las exportaciones, en un círculo vicioso en el que el subdesarrollo se reafirmó y la pobreza se extendió. Un círculo vicioso análogo se produjo en los países del Este europeo y en la URSS, países que trataron de suplir la propia incapacidad de modernización autónoma mediante préstamos e importaciones de instalaciones "llave en mano".

Todos estos factores, y otros a los que más tarde aludiré, crearon en toda el área capitalista no un derrumbe, sino una su-

cesión más rápida de crisis coyunturales, una tendencia a la baja, pero sobre todo una situación nueva y descontrolada, que nadie sabía por dónde abordar: se le dio el nombre de estanflación. Trataron de combatir una inflación, ya constantemente de dos cifras, por medio de la deflación y los despidos, la subida de las ganancias y la disminución de los salarios, pero pronto constataron que la resistencia obrera era difícil de derrotar; que el desempleo en un mercado de trabajo fragmentado no tenía grandes efectos y aumentaba el gasto asistencial por las coberturas sociales difícilmente liquidables; en fin, y quizá sobre todo, que la deflación en casa, en un mercado integrado, se sumaba a la de otros, creando, en lugar de relanzamiento, depresión. Entonces probaron con un relanzamiento del gasto público, del consenso, de las facilidades a las empresas (un keynesismo prudente), pero muy pronto constataron que, en un mercado abierto, el incremento de la demanda se satisfacía con importaciones y producía más inflación que nuevas inversiones. En resumen, un círculo vicioso en ambos frentes y entre ambos. En fin, las devaluaciones competitivas por un momento proporcionaban alivio, pero sólo hasta cuando los demás países reaccionaban de la misma manera; después surgían los efectos inflacionarios de los cuales la especulación internacional sacaba su parte, mucho más en aquellos países en donde, para bien o para mal, los salarios y los intereses de la deuda pública estaban indiciados.

No en todos los países afectados se presentaba igualmente grave la crisis económica o fuera de control, y es útil tenerlo presente porque las diferencias se reprodujeron también en la reestructuración posterior. Japón, por ejemplo, tenía de hecho la posibilidad de contener las importaciones sin medidas proteccionistas explícitas y de aumentar en cambio sus exportaciones mediante filiales de sus propias empresas, que volvían a introducir sus productos en el mercado al que estaban destinados (Estados Unidos, en particular). O Alemania, que podía soportar mejor que otros su competitividad industrial, porque se basaba en la calidad de los productos más que en el precio de los mismos, o porque podía liberarse más fácilmente de un superávit de fuerza trabajo extranjera, y por tanto estaba menos obligada a hacer fluctuar la propia moneda, e incluso comenzó a exportar capitales. De manera opuesta otras economías podían ilusionarse en sortear la crisis aprovechando a cortísimo plazo la abundante oferta de créditos, que creaban un espejismo de riqueza, pero endeudándose con ello y aceptando condiciones que más tarde habrían llevado a una mayor depresión y a una inflación galopante.

En conjunto, de todas maneras, al final de la década el desempleo alcanzó niveles que recordaban los años treinta, la deuda pública

alcanzó dimensiones conocidas tan sólo en tiempos de guerra, la tasa de desarrollo en Occidente se redujo a la mitad, el salario, con altibajos, quedó bloqueado e incluso decreció, el estado social devino más costoso y sufrió los primeros ataques. Por reflejo, gradualmente pero con fuertes apoyos, se consolidó una inesperada recuperación de la hegemonía de las teorías neoliberales en la economía académica, y un mayor poder de las instituciones financieras internacionales, autónomas sólo en apariencia, gobernadas en la práctica por Estados Unidos y por el capital financiero, y los gobiernos (ya fueran dirigidos por conservadores o por socialdemócratas) acabaron por alinearse, más o menos, en esas posiciones. Una única excepción real se puede reconocer en este asunto, la de Suecia y Austria, en donde dos líderes fuertes (Palme, Kreisky) formularon y pusieron en marcha una respuesta diferente que, además de amortiguar el golpe de la crisis, salvó la estructura de un modelo alternativo, es decir, que ratificó la prioridad de la plena ocupación e incluso extendió las coberturas sociales. De todas formas se trata de una excepción, preciso, basada en su situación internacional neutralista, en una profunda confianza popular y con un Estado social que funcionaba perfectamente. Y se trataba de dos países pequeños y marginales.

De este cuadro se pueden extraer ya algunas conclusiones útiles para la comprensión y el juicio del caso italiano.

1) Es verdad que no se puede dar por hecho que una perturbación económica grave lleve necesariamente la izquierda a la derrota, ni que el capitalismo tenga todos los instrumentos necesarios para afrontarla rápidamente desde el comienzo, para resolverla a su favor y para imponer una reestructuración como mejor le parezca. La crisis de 1929 llevó al *New Deal* y le aseguró a Roosevelt hasta tres reelecciones como presidente, o bien llevó al nazismo en Alemania a la guerra y, al final, a un compromiso positivo entre los dos sistemas en competencia. Aun así, sí es verdad que una crisis como ésa impone, en uno u otro sentido, la toma de decisiones difíciles, programas alternativos valientes y coherentes, una base fuerte y estable en la sociedad, liderazgos de gran altura capaces de sostener fuertes embates o de construir compromisos reales, la capacidad de mirar hacia el futuro. Todo esto es muy difícil de tener o de construir, siempre y por cualquiera. En nuestro caso, en el periodo del que hablamos, lo era particularmente. Porque la crisis económica embestía a un conjunto de países, a los cuales estábamos vinculados, teníamos que hacerle frente en un país relativamente pequeño y Europa era sólo un mercado común y era políticamente subalterna. Porque teníamos que movernos, porque así lo queríamos, dentro de los límites de una democracia representativa y frágil, que puede funcionar al máximo cuando se trata de redistribuir la prosperidad o

de mantenerla, pero que funciona mucho peor cuando se trata de pagar los costes inmediatos en nombre de proyectos futuros, de desmontar poderes incardinados y de sustituirlos por otros funcionamientos, de construir compromisos convincentes y ventajosos para quien te apoya, e imponerlos a quien no está dispuesto a asumir compromisos a menos que se trate de compromisos avariciosos y de palabra. Porque, además de todo, no éramos, en un sentido o en el otro, conscientes de la realidad en la que nos movíamos, y mucho menos habíamos concientizado de ella a las masas; y por tanto, no conocíamos lo mínimo que aquéllas nos imponían alcanzar sin capitular, ni lo máximo que nos permitía proponernos. Visto a posteriori, y empleando la metáfora de ajedrecista de la que partí, no existían las condiciones para una transición al socialismo, que ya no podía darse en un ámbito nacional, pero eran inadecuadas unas limitadas reformas correctoras; se trataba de evitar una derrota y de emplear una fuerza efectiva, en aquel entonces conquistada, para arrancar "un empate", una fuerza capaz de consolidar todo lo obtenido, de dejar abierto un camino, de evitar un retroceso, de conservar y agitar una identidad a partir de la cual hacer palanca y afrontar profundamente y durante mucho tiempo los choques posteriores. En 1944 Togliatti lo logró. En los años sesenta Berlinguer no lo logró, por errores no sólo suyos, de los que más tarde fue consciente, pero que no se pueden ocultar.

2) También durante esa etapa de crisis, sin embargo, como siempre, además del aspecto de la "destrucción" del orden preexistente, y del caos, se incubaban y comenzaban a perfilarse los elementos de una próxima reestructuración. Durante la fase final o inmediatamente siguiente a la guerra antifascista, por ejemplo, ya estaban maduras las condiciones de la futura guerra fría, de la hegemonía estadounidense en Occidente, de la unificación del mercado europeo, en síntesis, de un nuevo orden capitalista y de un mundo bipolar. Tampoco Togliatti había sido lúcido acerca de ese futuro (a diferencia de Gramsci). Por entonces comenzaban de nuevo a surgir señales de un nuevo orden: una aceleración de la globalización que integraba nuevos países, un salto tecnológico, una composición de clase diferente, y así sucesivamente. Antes de que esto tomase forma, intelectualmente era necesario interrogarse en torno a esas tendencias latentes para prepararse para abordarlas a tiempo.

UN MATRIMONIO NUNCA CONSUMADO

El PCI llegó así a encontrarse frente a dos problemas muy difíciles. Dos problemas diferentes, no exactamente coetáneos, pero que rápidamente

y cada vez más se entrelazaban el uno con el otro y reaccionaban recíprocamente. Ambos exigían respuestas en breve y claridad de objetivos a largo plazo. Ante todo el problema de ofrecer una salida política adecuada para un conflicto social al que había contribuido de diferentes maneras y del que provenían gran parte de sus viejos y nuevos electores, evitando así un colapso productivo y una triunfante contraofensiva reaccionaria. En segundo lugar, el problema de afrontar una recesión económica y un caos financiero de dimensiones internacionales y de larga duración. La responsabilidad de hacerles frente caía, de hecho, sobre sus espaldas, porque también, por su propia culpa, era el único que tenía la fuerza para intentarlo y actitud intelectual para proponérselo. Acusar al PCI, y en particular a Berlinguer, de haberla asumido, y de haberla utilizado únicamente para abrirse camino hacia el gobierno e ignorar los perjuicios que por principio lo excluían, me parece, por tanto, injusto y desorientador. Igualmente injusto leer en sus decisiones una inconfesada intención de liberarse de una identidad comunista.

Así y todo, esto no me impide, sin embargo, expresar —por el contrario, hace más incisiva mi opinión— una crítica de su política de los años setenta, en su conjunto y en casi todos sus pasos. Yo, por ejemplo, desde el inicio, reconocí que su política enfrentaba problemas reales, que contenía también verdades parciales, pero afirmé que la respuesta que ofrecía para abordar tales problemas estaba equivocada desde la raíz. Sucesivos errores tácticos o de gestión, dificultades imprevisibles, sabotajes interpuestos por otros sujetos empeoraron seguramente las cosas, pero son reveladores de un error a la vez que de una fragilidad que estaban en la base de un diseño tenazmente perseguido durante más de diez años y que lo destinaban al fracaso.

LOS PRIMEROS PASOS DE UNA POLÍTICA

La línea política elaborada por Berlinguer a fin de responder a estos complicados problemas, y que aplicó por etapas, pero con tenacidad, tomó forma mucho antes de asumir el nombre de "compromiso histórico". Dio sus primeros pasos en 1970, de manera prudente y en diferentes campos, pero no es, aun así, imposible percibir de inmediato un hilo conductor y valorar su importancia.

El hilo conductor de la primera etapa estaba implícito y era coherente en su objetivo, que de hecho se alcanzó antes de lo previsto. El razonamiento era simple y tenía de su parte la fuerza del sentido común. Para imponer un giro al gobierno del país, en tiempos relativamente breves como los acontecimientos pedían, por vía democrática y sin correr el riesgo de choques precipitados y perdedores, la premisa necesaria, si no suficiente, era la conquista de una fuerza electoral tal

que no se pudiese gobernar en Italia sin contar con el PCI o en contra de él. Ésta era la prioridad. Para con quistarla, pensaba Berlinguer que no era suficiente con un ulterior relanzamiento del conflicto social, así fuese con reivindicaciones legítimas y sentidas que, sin embargo, interesaban principalmente a los estratos proletarios y a las vanguardias ya desplazadas a la izquierda. Se necesitaba desplazar a un sector en apuros de la clase media, refugiada en sus pequeños privilegios y ligada a una ideología tradicional, y neutralizar la creciente hostilidad de la moderna burguesía irritada por las luchas obreras.

Se discutió abierta y encendidamente acerca de esto en repetidas ocasiones en la Dirección del partido. Tal como resulta de las actas, útiles al menos por una vez, Berlinguer propuso directamente una novedad que se expresaba, preliminarmente, en una valoración muy preocupada por la situación económica y por las incitaciones hacia la derecha que producía en la sociedad. Para contenerla era necesario no promover, sino frenar las reivindicaciones y los conflictos en favor del estado social que el sindicato estaba incitando. Y cuando Lama dijo que dichos conflictos no buscaban un mejor salario para los obreros, sino derechos para todos, Berlinguer, para dejarlo claro, le replicó: "Se trata, de cualquier modo, de salarios indirectos". No era oportuno comunicar una decisión así de rotunda al partido, y habría encendido críticas en los sindicatos sectoriales, aún atareados en el frente de los contratos. Con todo, el eco llegaría a oídos bien dispuestos. Hacia afuera, con un documento publicado en *l'Unità*, se dirigió una señal más general: el PCI era una fuerza nacional dispuesta a ayudar al país en apuros. Y esa señal la recibió y la apreció una parte de los patronos. Porque la Confindustria estaba dividida entre una parte obtusa, que detestaba a los sindicatos y exportaba los capitales fuera del país, y grandes empresas conscientes de la necesidad de mantener abierto el diálogo. En efecto esta parte, la más potente, hacía nuevas inversiones tecnológicas, como siempre, con el fin de reducir el número de empleados, aun cuando al no poder obtener un recorte del salario gracias a la desocupación, emprendía una nueva estrategia, lenta en lo inmediato, pero llena de futuro. Sacaba afuera algunos elementos de la producción hacia el sector de la economía no protegida socialmente, y, al mismo tiempo, diferenciaba la utilización del capital asumiendo la figura de los *holdings* financieros. Nada de esto podía verse favorecido por un choque, tenía necesidad de márgenes políticos. Así que los grandes diarios, de su propiedad, y también los extranjeros, comenzaron de inmediato a referirse al PCI como una fuerza "responsable".

Un segundo paso, siempre en la línea de la recuperación de la opinión moderada, se cumplió en 1971 y luego en 1972. Concernía a las relaciones políticas y con el gobierno. He dicho ya que ese era, por

entonces, un campo de Agramante: el espacio para irrumpir en él y obtener algún rédito había aumentado. El PCI renunció, así pues, conscientemente a ejercer presión sobre los socialistas, entonces indecisos, para que se decidieran a poner fin a los gobiernos de centroizquierda; antes bien, se mostró dispuesto a una actitud de espera y a juzgar caso por caso su labor. Moderó las críticas en contra del famoso "decretazo" que, de hecho, era una maniobra deflacionista y de contención del gasto público. Por el contrario obtuvo poco después algunas medidas legislativas importantes que pedía hacía décadas: la puesta en marcha de las administraciones regionales, ya prescrita por la constitución, la progresividad en el impuesto sobre la renta, la asignación de un billón para utilizar inmediatamente en la construcción de viviendas de protección oficial en terrenos expropiados a precios agrícolas. No era poco y se podía presentar como la prueba del éxito de la oposición. No obstante, si se observan más a fondo tales disposiciones ya se veía en ellas una anticipación de cómo las "reformas" hechas a medias, no garantizadas por un poder político modificado, puestas en manos de aparatos estatales ineficientes u hostiles, y deliberadamente poco claras en el texto podían quedarse sobre el papel, o albergar espinas venenosas.

Por ejemplo, la tasa progresiva del impuesto sobre la renta, con aumentos automáticos de las cuotas indiferentes a la inflación, sustrayendo las rentas financieras, y carente de normas y estructuras para penalizar la evasión y el fraude, acababa por castigar al trabajo dependiente, con respecto al cual las empresas funcionaban como exactores, mientras privilegiaban en cambio las diferentes formas de trabajo autónomo, las ganancias de la bolsa, el trabajo en negro, los profesionales. Otro ejemplo: el nacimiento de las regiones —sin la correspondiente reducción de los aparatos centrales ni una redefinición de las competencias recíprocas, y sin una autonomía o una responsabilidad fiscales— podía, poco a poco, repetir la experiencia de las regiones autónomas instituidas tiempo atrás, es decir, ofrecer nuevas ocasiones al clientelismo y abrir un agujero negro en las cuentas del Estado, tal como sucedió en muchos casos.

De todas maneras, antes de que nos pudiésemos dar cuenta de todo ello, el efecto imagen era positivo, y cuando nos dimos cuenta el daño era muy difícil de reparar (más aún, lo estamos cargando todavía, en parte, sobre nuestras espaldas).

Un último ejemplo: no relacionado con una ley sino con una importante disposición del gobierno, que imponía a las empresas públicas destinar el 40% de las inversiones al Sur. Debía de ser el engranaje de la industrialización de las zonas deprimidas. De hecho, al no existir ningún plan para industrializarlas, tales inversiones se destinaron a la creación de grandes fábricas fuera de la región, en sectores ya maduros.

Consiguieron de inmediato ocupación en el sector de la construcción, dejaron "rascacielos en el desierto" y abrieron abismos de endeudamiento de las empresas públicas o bolsas de parasitismo.

El tercer paso para la definición de una política del PCI, más por necesidad que por elección, mal gestionado aunque concluido con éxito fue la prolongada odisea de la ley sobre el divorcio y el referéndum que buscaba derrogarla. La cuestión del divorcio anticipaba, en la situación italiana, la más delicada del aborto, al tiempo que irrumpía, minoritario, si bien extendido ya en la sociedad, un nuevo movimiento, fruto tardío del sesenta y ocho aunque de valor extraordinario: el feminismo, y de tipo nuevo, ya no vinculado tan sólo a la emancipación, sino a la diferencia de género como valor en el que reconocerse y no como desigualdad a la cual poner remedio. Surgía de esta manera la ocasión, favorecida por un referéndum, para una de esas grandes discusiones de masa que delinean el perfil de un pueblo. Una discusión sobre la relación entre ética individual y colectiva. El punto del que partía el movimiento feminista era explosivo, pero en apariencia sólo de método: "lo personal es político". Y, en aquel momento histórico, era revolucionario. Porque el neocapitalismo comenzaba a invadir y a remodelar, estaba obligado a remodelar todas las dimensiones de la vida: cultura, formación de la conciencia y de los estilos de vida y de consumo, relaciones interpersonales, estructura familiar, estabilidad del asentamiento en un territorio, y ponía por lo tanto en crisis estructuras e instituciones pluriseculares. Si es cierto que lo personal es político, era evidente que la política, y sobre todo la economía, eran a su vez capaces de condicionar directamente lo personal. ¿Cómo abordar esta crisis aceptando los aspectos liberadores de las ya insoportables jerarquías y de los vínculos impuestos, superándolos en adelante integrando libertad, solidaridad y responsabilidad?

Esta discusión se eludió y nos la encontramos delante hoy en día no solamente empobrecida, sino en formas dramáticas y degeneradas, es decir como choques entre fundamentalismos religiosos o étnicos en conflicto entre sí, y todos a la vez alimentados por la lucha común contra el llamado relativismo ético, la libertad vaciada de valores, y la cultura de lo efímero. Con todo, el discurso es demasiado complejo. Me limito a considerar la manera en la que el PCI enfrentó la batalla sobre el divorcio, cosa de por sí no carente de interés. Togliatti había sido siempre reluctante a tocar el problema. A comienzos de los años sesenta las mujeres del partido y las del UDI habían roto el cerco, trabajando en una elaboración centrada en el tema de una reforma radical del derecho de familia, a fin de eliminar todos esos elementos que escandalosamente todavía permanecían en la legislación y ratificaban la absoluta potestad del varón. Hoy parece una obviedad, pero enton-

ces era una batalla crucial. Es suficiente con ver la película *Divorcio a la italiana*, o el episodio de Coppi y de la "dama blanca"[53] para darse cuenta de hasta qué punto el patriarcado no era un residuo inoperante de normas ya en desuso, sino que continuaba siendo protegido por el derecho. Más elocuente aún es una frase solemne de Pio XII —jamás retirada— que corroboraba un punto de doctrina: "Toda familia es una sociedad de vida, toda sociedad de vida bien ordenada necesita un jefe, toda potestad de un jefe viene de Dios. Por ello la familia fundada por vosotras tiene un jefe que Dios ha investido de autoridad". Tal concepción no encontraba sólo confirmación en el derecho desigual que regulaba y castigaba los comportamientos sexuales, sino que se extendía al derecho de propiedad, a la elección de residencia, a la educación de los hijos. Era, en consecuencia, el primer bastión que había que derribar. Y acerca de esto el grupo dirigente del PCI presentó una nueva propuesta de ley, inmediatamente contrarrestada y bloqueada por la mayoría del gobierno democristiano. De todos modos, en ese proyecto estaba presente también una propuesta a favor del divorcio: y sobre éste, inicialmente, Togliatti puso un veto. El temor era obviamente alimentar un desencuentro con el mundo católico precisamente en el momento en que se estaba saliendo del "pacellismo". Existía otra razón, más respetable, el temor de encontrar en el país una disconformidad de las propias mujeres, o de en cualquier caso el de exponerlas a un riesgo, en el sentido de que las correlaciones de fuerza y la condición material de las mujeres (un millón de ellas habían sido recientemente expulsadas del mundo laboral y muchas más trabajaban de manera "intermitente" y por salarios mínimos) las convirtiesen en el sujeto más débil y expuesto, de manera que el divorcio, más que afirmar su libertad, las habría expuesto a un riesgo y a un chantaje mayores.

En cualquier caso, la sociedad estaba cambiando, y el sesenta y ocho, en el terreno de las costumbres, había dejado huellas indelebles. El derecho a la plena ocupación se había extendido a muchas regiones, la escolaridad generalizada había alcanzado a las mujeres. El tema del

53 En plena ascensión al Galibier, en el Tour de 1952, Fausto Coppi le ofreció su botella de agua a Gino Bartali. El gesto se interpretó como el armisticio de una gran rivalidad, la que habían alimentado durante años los mejores ciclistas que había conocido Italia hasta entonces. "Copistas" y "bartalistas" dividían al país con un enconado debate que incluía matices religiosos. Coppi, agnóstico declarado, portaba la bandera de un escándalo alimentado por su relación extraconyugal con Giulia Occhini, mujer del Dr. Locatelli, apasionado seguidor de Coppi. Occhini sería conocida en adelante como la Dama Blanca. Fausto y Giulia iniciaron una larga historia de amor que el propio Papa llegó a condenar públicamente. Coppi fue el centro de la crónica rosa del momento. Coppi y su primera mujer Bruna Ciampolini se separaron en 1954, mientras que Locatelli denunció a Occhini por adulterio. Como consecuencia, la Dama Blanca tuvo que ingresar en la cárcel mientras que a Coppi se le retiró el pasaporte (N. de T.).

divorcio estaba maduro y podía ganarse. La bandera de esta batalla la asumieron los liberales y los socialistas en el Parlamento, siendo situada con notable eficacia por Pannella; el PCI no pudo sustraerse y la nueva ley se aprobó. El Vaticano reaccionó pero con intransigencia y Fanfani vio en el referéndum derogatorio un arma para recuperar la unidad entre democristianos y vencer en el país.

Ante el referéndum, Berlinguer sabía que debía involucrar al partido, pero estaba convencido de que ello obstaculizaba cualquier diálogo con la DC y, sobre todo, estaba convencido de perderlo. Por eso esperaba que se lograse evitar y trató por diferentes caminos y por medio de diversos interlocutores (el Vaticano a través de Bufalini, la DC a través de Moro, Andreotti, y por último Cossiga) de establecer algún acuerdo. Bufalini y Barca, sus hombres de confianza, fueron utilizados como enviados secretos. La negociación fue confusa, intermitente, y de todas formas destinada al fracaso. Con todo, el PCI llevó al referéndum a sus tropas compactas, involucró también a los "católicos del Disenso". Sus temores se vieron felizmente contradichos por los hechos y se alcanzó una victoria más allá de toda previsión. El PCI cosechó su parte por los resultados en cuanto partícipe, pero también porque, habiéndose movido en segunda fila, convenció a la contraparte de ser mucho menos laicista que los demás. El precio del éxito no fue sin embargo pequeño. En efecto, ese modo de gestionar la apuesta del divorcio, dejó a los liberal-radicales la hegemonía en una batalla en la que la libertad individual prevalecía netamente; arraigó en varios estratos de la opinión la idea de que cuando el PCI hablaba de encuentro con las masas populares católicas consideraba como paso obligatorio y como interlocutores principales al Vaticano y a la Democracia Cristiana. Fue también el primer paso para un nuevo modo de hacer política, caracterizado por una red de contactos permanentes, no sólo a nivel de cúpula sino personales y a menudo secretos, tal como había sido desde siempre la diplomacia entre Estados.

[Capítulo XIV]

EL COMPROMISO HISTÓRICO COMO ESTRATEGIA

Alentado por estos primeros éxitos parciales, Berlinguer decidió que podía y que se debía elaborar y ofrecer, al partido y al país, una propuesta política orgánica y de largo alcance. Y así lo hizo publicando en *Rinascita* un ensayo, en tres entregas, al que confería el valor de una plataforma estratégica, y en efecto, se atuvo a éste a lo largo de los años setenta. Dicho ensayo convenció e involucró todo el grupo dirigente del PCI, sin objeciones, salvo las de Longo; y la base del partido, tras algún desconcierto, lo asumió y se esforzó en apoyarlo.

Incluso quienes más tarde mostraron perplejidad a propósito de las decisiones que la ponían en práctica (Ingrao y Natta, por ejemplo), no protestaron por la implantación de esa propuesta política. Hasta cuando el mismo Berlinguer, varios años después, constatando con arrojo la insostenibilidad y los deficientes resultados, asumió la responsabilidad de modificarla profundamente, encontrando no pocas resistencias. Merece pues, un atento análisis. Yo lo he releído y meditado recientemente, preparado para volver cambiar de opinión a propósito de la crítica rotunda que expresé por entonces. Aun así, no he encontrado razones para corregirla, antes al contrario, me ha parecido más justificada: lo que sobrevino no ha sido casual, provocado por acontecimientos imprevisibles, derivado de errores tácticos o responsabilidad de sujetos hostiles; antes bien, ella ha contribuido a acelerar y agravar tanto la derrota como sus consecuencias. La debilidad, y las contradicciones de aquel proyecto político están bien a la vista, hoy más que nunca, en su formulación de partida. Y me esfuerzo en demostrarlo.

La primera entrega del ensayo estaba dedicada casi por completo a la trágica circunstancia chilena, que en aquel momento turbaba el ánimo de cada compañero, a fin de sacar una lección. La sola elección de esa premisa era discutible, y la reconstrucción de los hechos estaba, conscientemente o no, plegada al apoyo inadecuado de una salida política. Era indudable que en el desastre chileno habían pesado debilidades o decisiones ingenuas de Allende y sus compañeros. Allende se había convertido en presidente —y presidente quería decir directo responsable del gobierno de Chile— de manera irreprochable desde el punto de vista constitucional, es decir, mediante el voto popular, ampliamente mayoritario, si bien con sólo el 39% de los votos. Tenía enfrente un Parlamento en el cual disponía de una mayoría ocasional y que, más que apoyarlo, lo torpedeaba. Es igualmente cierto que sus intenciones y sus medidas no tenían en absoluto un carácter revolucionario, se centraban en contra de los poderes ávidos (monopolios extranjeros impuestos hacía tiempo y siempre depredadores) y oligarquías agrarias insoportables; aun así, detrás de esos fuertes intereses, había otros aun más fuertes, internacionales, y, sobre todo, Chile formaba parte de una región del mundo semicolonial, en la que la totalidad de los equilibrios estaban amenazados en ese momento. El ejército había renovado su fidelidad a la Constitución; aun así, era una casta separada, formada en Estados Unidos. Los riesgos de un contrataque reaccionario eran por tanto reales. Probablemente Allende los había subestimado, también, porque una parte de los que lo apoyaban en la izquierda lo presionaban para ir más allá y más deprisa. Era, de todas formas, igualmente cierto que no le faltaba apoyo popular, antes al contrario, crecía, intelectuales y técnicos llegaban desde toda América Latina para ayudarlo, los partidos de la oposición estaban divididos, carecían de una base de masas, a pesar de que, precisamente por este motivo, gran parte de la población permanecía despolitizada y oscilante. Y, en efecto, a Allende no lo derrocó ni una coalición parlamentaria, ni movilizaciones populares. Primero lo desgastó un caos económico organizado intencionalmente desde el exterior, luego las *jacquerías* empresariales igualmente manipuladas por terceros. Y al final, puesto que todo esto no era suficiente, un golpe de estado militar, sugerido y financiado por los EEUU, que puso en marcha una represión gigantesca y sanguinaria y concluyó con un gobierno despótico y duradero. El mismo Berlinguer, en su escrito, reconocía tal dinámica con palabras graves: "Los caracteres del imperialismo, particularmente el estadounidense, son los del abuso, el espíritu de agresión y conquista, la tendencia a la opresión de los pueblos cada vez que las circunstancias lo sugieren". Aun así ¿cómo habría podido bastar para impedirlo, tal como él sugería, "una mejor relación" con una parte de la DC chilena, impotente y a menudo cómplice? Y, so-

bre todo ¿existían o podían crearse las condiciones para ejercer ese tipo de amenaza en Italia, y en Europa, en donde precisamente por entonces volvían al poder, al menos formalmente, las instituciones democráticas (Grecia, Portugal) y en un momento en el que Estados Unidos estaba paralizado por la guerra vietnamita que estaba perdiendo? Es verdad que también entre nosotros había una crisis económica y política, pero de un tipo por completo diferente y mucho más controlable. Asumir la experiencia chilena como un ejemplo, tal como se había hecho en su tiempo con el caso griego, no era solamente forzar las cosas, sino que además era un desvarío. Un obstáculo para comprender tanto otras dificultades reales con las cuales sacar cuentas, como la posibilidad de cambio que la situación brindaba. El indicio de una incertidumbre en el análisis que a la larga se habría de reflejar en una incertidumbre de la propuesta.

En la segunda entrega del ensayo, en la que aborda de pleno el tema de la situación italiana y del objetivo de fase a seguir que el PCI se proponía, Berlinguer mismo cambia de tono y aumenta su apuesta. Aquí, durante una buena parte, su razonamiento era coherente, bien argumentado y por este motivo puede sintetizarse sin correr el riesgo de alterarlo. Italia —afirmaba— atraviesa una etapa de crisis profunda y crucial: crisis del sistema económico, que después de un largo periodo de expansión ya no es capaz de garantizarlo; crisis de los equilibrios sociales, que en consecuencia ya no podían extender el bienestar, ni redistribuirlo de manera ecuánime con la sola presión sindical; crisis de las instituciones, paralizadas por los corporativismos y a menudo contaminadas por la corrupción o por poderes ocultos; crisis del sistema político, casi desprovisto de mayorías estables y de capacidad de gobierno. En todo esto reaparecían los viejos atrasos de la sociedad italiana y se manifestaban nuevas contradicciones, propias del tipo de modernización del capitalismo italiano y del capitalismo en general. Aun así, era posible también ver el producto de grandes luchas, defensivas y ofensivas que habían contrarrestado ese sistema, conquistado nuevos derechos, afirmado nuevos valores, nuevos sujetos sociales, nuevas situaciones; en sustancia, nuevas correlaciones de fuerza en Italia y en el mundo. Si una crisis tal se hubiese enroscado sobre sí misma, si hubiese quedado en manos de una clase dirigente en busca de una restauración, habría puesto en riesgo la propia democracia. A fin de evitarlo, era necesario y posible un cambio profundo de dirección en el gobierno del país, en sus orientaciones programáticas, en el equilibrio del poder. Para aclarar lo que entendía por "cambio de dirección", Berlinguer agregaba dos cosas. Primero, que "se necesitan reformas estructurales orientadas hacia el socialismo": una segunda etapa de la democracia progresiva. En segundo lugar (citando a Togliatti y a Longo), que "es erróneo iden-

tificar la vía democrática con el parlamentarismo: el Parlamento sólo puede llevar a cabo su cometido si la iniciativa parlamentaria de los partidos del movimiento obrero está vinculada a las luchas de masa y al crecimiento de un poder democrático en la sociedad y en todos los sectores del Estado". E incluso cuando recalcaba la necesidad de recoger, en apoyo del cambio de dirección, una mayoría de la población, y a tal fin un encuentro entre masas comunistas, socialistas, católicas, citaba en orden: la unidad de la clase obrera respetando la diversidad de papeles y tradiciones culturales; la alianza de una clase media no cualquiera, sino su sector progresista y liberado del corporativismo; por último mujeres, jóvenes, intelectuales, esto es, nuevos sujetos surgidos en la lucha.

Hasta este punto el discurso se presentaba no sólo coherente con respecto a la identidad histórica del comunismo italiano, sino que asumía un carácter claramente de ofensiva. La única crítica que se le podía dirigir —y que entonces le dirigí— concernía al carácter demasiado sumario en el análisis de la crisis y de la situación mundial (en particular la situación del movimiento comunista mundial); más todavía por la ausencia de una valoración sobre el estado real del movimiento de masas, y de toda prioridad programática concreta que sirviese como atenuante para medir el cambio de dirección. No se trata de una crítica irrelevante, pues dichas reticencias dejaron las manos demasiado libres en el momento de establecer una relación entre estrategia y táctica, entre alianzas y contenidos.

En la tercera entrega del ensayo, Berlinguer trataba precisamente de completar la exposición de su proyecto indicando, en términos más precisos, cómo y a partir de dónde tendría que partir. Pero justo aquí surgieron de inmediato las contradicciones que le cambiaban el sentido, y comprometían tanto la lógica como el realismo. El eje que sostenía esa última parte estaba sintetizado en una frase que después se hizo famosa. "No se puede gobernar y trasformar un país con una mayoría del 51%". Tomada en su conjunto, y leída a la luz de todo lo que la precedía, dicha afirmación era incontestable. No se puede, en efecto, "gobernar y trasformar" un país social, territorial y culturalmente complejo respetando la Constitución, si no se dispone, también en el Parlamento, de fuerza suficiente para deliberar y gestionar reformas profundas, que tocan extensos intereses o hábitos enraizados, y de un lapso de tiempo lo suficientemente largo para que tales reformas produzcan los efectos deseados. Incontestable pero ambigua. Porque, ¿qué sucede, y qué se hace si no existe aún una fuerza semejante, si hay un vacío de gobierno, y una crisis peligrosa apremia? ¿Se permanece en la oposición, esperando que la crisis por sí misma produzca las condiciones de un verdadero cambio de dirección y trabaje para construirlo? O, contrariamente, ¿se separa el binomio gobierno-transformación y, por lo

menos al inicio, se acepta la participación en una mayoría heterogénea, sobre la base de un programa mínimo, cuya actuación resulta incierta, aplazando para un segundo tiempo un verdadero cambio de rumbo, en la esperanza de que la dinámica de la colaboración y los avances producidos por ésta en la conciencia de masa permitan metas más avanzadas, y conquistando al menos mientras tanto una legitimación como fuerza de gobierno? Es evidente que no se trataba de una de cisión abstractamente de principio, e igualmente que no se trataba tan sólo de una táctica adaptable gradualmente según la conveniencia. Era una elección estratégica para tomar decisiones anticipadamente, sobre la base de un análisis concreto, en una fase históricamente determinada.

Togliatti, por ejemplo, escogió anticipadamente la participación en gobiernos de unidad nacional y aceptó incluso una versión quizá más moderada de lo necesario. A pesar de todo, lo hizo sobre la base de una valoración de las relaciones de fuerza en un país que salía del fascismo, que había perdido recientemente la guerra, tenía los ejércitos occidentales en casa, y quizá esperando que la unidad de los grandes países vencedores durase un poco más. No obstante, lo hizo sobre todo porque pensaba que la acción inmediata de gobierno, para la cual, por lo demás, estaban disponibles todas las fuerzas de la Resistencia, no era el punto esencial. Era esencial, en cambio, la conquista de la República y sobre todo de una Carta Magna avanzada y compartida. Y eso lo obtuvo incluso con el aporte de los Dossetti, de los Lazzatti, de los La Pira. Un "compromiso histórico" había tenido lugar, y nosotros estamos todavía hoy defendiéndolo del desmantelamiento.

No era ésta, a pesar de todo, la situación de los años setenta. Ya fuese la crisis económica, ya fuese el conflicto social, no podían encontrar una solución "más adelante" separando "gobierno" de "transformación". Y, en efecto, Berlinguer había apenas acabado de escribirlo, que ya proponía un "cambio de dirección en la sociedad y en el Estado". Aun así, aceptando, como se disponía a hacerlo, una separación de los tiempos, o lo que es lo mismo, la hipótesis de una fase de transición que abriese el camino a metas más ambiciosas, ¿era posible tal hipótesis, y cuáles eran las condiciones? El tema central, en este caso, pasaba a ser el de las fuerzas políticas y su disponibilidad y a partir de ahí, de hecho, se movió la atención de la última parte del ensayo que tenía muchos rasgos de aquellos "reinos imaginarios" que hasta el mismo Berlinguer detestaba. Era "imaginario", ante todo, dar por descontada la unidad de la izquierda, a la cual dedicaba, no casualmente, sólo una breve mención. La unidad con el PSI se había roto hacía ya más de diez años en el plano político, la unidad había estado amenazada también en el sindicato y en las administraciones locales, podía reconstruirse en los años setenta, pero con un trabajo paciente y de resultado incierto. Esto,

claro, a condición de no alimentar, mediante una relación preferencial con la DC la sospecha de que se quisiese degradar al PSI a un papel marginal y subalterno. No era menos imaginario considerar que la extrema izquierda no era ya influyente y sí fácilmente controlable. Era indudable que estaba desorientada y dispersa, aunque precisamente de su crisis brotaba cualquier disponibilidad a una confrontación (por ejemplo, cito el interesante intento del nacimiento del PDUP, el Partido de Unidad Proletaria, y de la reflexión en *Avanguardia Operaia* [Vanguardia Obrera] o en el MLS, el Movimiento de trabajadores para el socialismo). Existía aun, sobre todo, desorganizada aunque extendida, una amplia área juvenil formada en 1968 y 1970, que había dado muchos votos al PCI como única formación parlamentaria de oposición, pero que no se había en absoluto rendido, y que habría reaccionado en contra de gobiernos de amplia coalición y de bajo perfil de las maneras más impredecibles, aunque seguramente no con simpatía.

La hipótesis de una mayoría de gobierno que incluyese al PCI en tiempos razonablemente breves se fundaba, por tanto, esencialmente sobre una entente directa entre los dos partidos mayores, la DC y el PCI. Aquí lo imaginario prevalecía aun más, pero era contradicho por una reconocida evidencia. De hecho, un mes antes, la misma *Rinascita* había publicado en forma de suplemento un número especial de *Contemporaneo*, dedicado precisamente al análisis de la DC. Allí intervenían algunos de los dirigentes más acreditados, como Chiaromonte y Natta, junto con algunos especialistas como Accornero y Chiarante. Releyéndolo, impresiona una cosa: desde diferentes perspectivas todos convergían en drásticos análisis. La DC era ya diferente, decían, de la originaria. Menos clerical y a la vez menos religiosa. Fuertemente enraizada en la sociedad a través de diferentes canales clientelistas, protecciones sociales, ejercicio prudente del poder, apoyo a las empresas, presentándose como garantía de estabilidad económica y administración experimentada del gasto público. En síntesis, un partido-Estado construido en treinta años, capaz de mediaciones. Por ello estaba crónicamente dividido en diferentes corrientes organizadas, cada una de las cuales tenía relaciones orgánicas con ciertos grupos, ciertos territorios, ciertos sectores del aparato estatal y de las empresas públicas, pero fuertemente unido por la necesidad de mantener su supremacía. Su fuerza principal radicaba en la expansión económica de la cual podía hacer alarde, a la que había contribuido y cuyas ventajas sabía distribuir con sabiduría.

Esto no significaba que la DC fuese una fortaleza inexpugnable e impenetrable. El declive del desarrollo económico hacía, en efecto, también para ella más estrechos los márgenes para mediar entre los intereses que representaba. El ciclo de luchas obreras había incidido

claramente en las posiciones y los comportamientos de grandes organizaciones sociales que estaban tradicionalmente de parte suya, como la CISL y las ACLI (incluso el mundo campesino, sometido a la presión de la industria agroalimentaria y a los inicuos acuerdos impuestos por los mayores países europeos, escapaba del control total de la *Coldiretti* y de la *Federconsorzi*[54]). La alianza parlamentaria centrista ahora resquebrajada y los cada vez más recurrentes intentos de socorrerla mediante acuerdos provisionales y por debajo de la mesa con la extrema derecha, encendían tensiones en su interior en lugar de ofrecer una solución. Sobre todo el giro marcado por el Concilio, actuaba en las experiencias de la iglesia de base y creaba algún reflejo incluso entre muchos intelectuales cercanos a su cúpula. En una convención casi desconocida pero desafiante (en Lucca, ya en 1967), desde diferentes ángulos, Ardigò y Del Noce habían lanzado la pregunta: "La gente sencilla se dice ¿cómo es posible que después de décadas de gobierno de un partido católico, la huella cristiana de la sociedad declina?". Y, de todos modos, el rechazo de una verdadera entente con el Partido comunista, que había llegado a ser más fuerte y estaba considerado como menos amenazante, quedaba como algo inmotivado e intransigente, precisamente porque dicha fuerza por sí misma podía poner en tela de juicio al partido-Estado, amenazar su supremacía en el ejercicio del poder, que constituía su verdadero aglutinante. En efecto, esa entente no se produjo. Y jamás se hubiese podido realizar sin atravesar una crisis y sin una ruptura de la DC, que liberase fuerzas prisioneras en su interior.

De tal evidencia, no obstante, Berlinguer y el grupo dirigente del PCI rechazó tomar nota y sacar, aunque fuese a su manera, las consecuencias. En cambio, se iba convenciendo de que solamente mediante un desplazamiento global y gradual de la DC, mediante una experiencia común de gobierno, podría nacer un encuentro entre masas comunistas, socialistas y católicas. Berlinguer, al final de su ensayo, capeó por tanto el problema con un sofisma y escribió:

> La DC no es una realidad metafísica, sino un sujeto histórico cambiante, ha nacido en oposición al viejo Estado liberal y conservador, ha sido arrasada por el fascismo, luego ha participado en la guerra de liberación, ha contribuido en la redacción de la Constitución, después ha participado en la Guerra Fría en la parte opuesta a la nuestra incluso de las peores maneras. Hoy puede cambiar de nuevo y nos corresponde a nosotros ayudarla u obligarla a hacerlo.

54 *Coldiretti*: organización de empresarios agrícolas. *Federconsorzi*: Federación italiana de Consorcios Agrarios, órgano fundamental de la política agrícola estatal (N. de T.).

Concluyó pues su reflexión con una propuesta laboriosa y reconciliadora para el gobierno del país: un "nuevo gran compromiso histórico" del cual los dos mayores partidos eran los protagonistas naturales. En qué consistiría el compromiso, y cómo podría llegar a ser "histórico", quedaba obviamente como algo bastante misterioso. A mí no me queda claro el porqué de tal riesgo. Quizá él creía realmente haber encontrado una salida en una situación tan difícil y complicada. Quizá pensaba estar protegido de los riesgos que esto implicaba por un exceso de confianza en la fuerza de impulso y en la solidez de los principios del propio partido. Más probablemente, y una cosa no excluye a la otra, no preveía encontrarse tan pronto ante a una salida que no estaba aún madura, ni ante ofertas democristianas tan mezquinas, y sobrevaloraba la extraordinaria habilidad de Moro en el decir y no decir, en el prometer y el aplazar. De hecho, más que encontrar una solución había metido la mano en un cepo, del cual se habría retirado demasiado tarde.

[Capítulo XV]

DEL APOGEO A LA DERROTA

Entre las lecturas a las que este trabajo me ha obligado, casualmente he encontrado una frase que puede sintetizar, al mismo tiempo de manera amarga y aguda, lo ocurrido al PCI en los años setenta. La frase es de Ramsay MacDonald, un primer ministro inglés que lideró un gobierno de gran coalición alrededor de los años treinta. Al final de esa experiencia, de manera poco brillante, un periodista estadounidense le preguntó: "¿En síntesis, qué enseñanza puede sacar?". MacDonald respondió cáusticamente: "Antes había aprendido cuán frustrante puede llegar a ser excluido largo tiempo del gobierno, pero luego he comprendido que hay algo peor: llegar al gobierno y caer en la cuenta de que no se puede hacer casi nada". Aparte de su agudeza, esa frase lapidaria puede aplicarse también a experiencias similares vividas por la izquierda en otros países, entre los que se puede contar el nuestro: desde el centroizquierda de los años sesenta, hasta la situación actual. Respecto a la que vivió el PCI a mediados de los años sesenta, resulta aún más pertinente.

La experiencia tuvo inicio con el sorprendente éxito de junio de 1975, en las elecciones regionales, provinciales y municipales, que cambiaba radicalmente las relaciones de fuerza y parecía abrirle al PCI, tras décadas de exclusión, el camino hacia el gobierno del país. Así pues, los comunistas alcanzaron de golpe el 33,5% de los votos, llegando a ser predominantes por primera vez en algunas regiones y en casi todas las grandes ciudades (excepto Palermo y Bari). Tres millones de votos más con respecto a las elecciones de 1972, predominantemente jóvenes, no todos con intenciones coincidentes, aunque con la voluntad común de cambiar el estado de cosas. El partido socialista obtuvo el 12% y parecía orientado,

pese a estar aún indeciso, a interrumpir su participación subalterna en gobiernos dirigidos por la DC. El PDUP se hizo con el 2%, a pesar de haberse presentado en solo 10 de 15 regiones. Por el contrario, la Democracia Cristiana había descendido al 35%, perdiendo dos millones de votos, no en favor de la derecha y los liberales, sino de la izquierda o de los partidos laicos del centroizquierda. Al estar próximas las elecciones generales, era evidente para todos que no existía ya la posibilidad de gobernar el país sin la participación, o al menos el consenso, de los comunistas. En cualquier caso, este mismo hecho sacaba a la luz problemas hasta entonces desatendidos o intencionalmente eludidos. De entrada, y paradójicamente, porque llegaba demasiado pronto. El "compromiso histórico", eje de la política asumida por el PCI, había sido deliberadamente ambiguo con respecto a los tiempos: ¿indicaba una estrategia de largo, o al menos de medio plazo (Berlinguer estaba convencido de ello, y polemizaba con quien lo desmentía), o bien era una propuesta de gobierno inmediata, necesaria para afrontar una crisis apremiante (como creían no pocos de los demás dirigentes, como por ejemplo Amendola)? Ahora el nudo tenía que desatarse, a la vuelta de pocos meses, o a lo sumo de un año.

De esto se desprendía otro problema. La izquierda en su conjunto llegaba ya al 47%, el Partido socialista rechazaba volver al gobierno con la DC y, de cualquier manera, consideraba como un preliminar necesario la entente con los comunistas. ¿Cómo interpretar esta novedad? ¿Como una decisión precaria, sino maliciosa, de la que desconfiar, o como una palanca para poner a la DC contra las cuerdas y obligarla a un giro rotundo, y sino a la oposición?

A este respecto, en un editorial en el periódico recién nacido aunque ya con mucho crédito, *La Repubblica*, Eugenio Scalfari dio su opinión con particular brutalidad. Vale la pena citarlo, pues expresaba también lo que se pensaba en ambientes intelectuales y sociales que no provenían de la izquierda tradicional:

> El último congreso democristiano ha demostrado que la DC es ahora una expresión degradada de una gran alianza de clientelas parasitarias. Hasta que no haya cambiado su naturaleza, es decir, no se haya convertido en el partido de los católicos democráticos, en vez de ser la representación de archiconfraternidades del poder, toda hipótesis de "compromiso histórico" está fuera de lugar. Por ello se necesita ir a las próximas elecciones con una coalición y un programa para un gobierno de la izquierda.

Poco después, De Martino, secretario del PSI, habría adelantado la misma propuesta, haciéndola más digerible para el PCI: con la DC se podía y se

debía tener abierto un diálogo, pero partiendo de la fuerza y de las ideas de una izquierda unida. En dicha versión la propuesta no comportaba cambios o renuncias a nadie. Incluso quien, como Berlinguer, estaba convencido de que el objetivo estratégico consistía solamente en un encuentro con los católicos, y consideraba posible una transformación de la DC que lo permitiese, no tenía, al menos en apariencia, razones para no dar un primer paso empleando la fuerza de una izquierda unida. Aun así, razones para la desconfianza, si queremos ser serios, existían. Para enfilar ese camino, sin superficialidad, en efecto, era preciso superar dos obstáculos de relieve. El error consistió en no haberlos reconocido, a fin de superarlos, cuando quizá aún no era demasiado tarde.

De entrada, para reconstruir una unidad política entre comunistas y socialistas lo suficientemente sólida y duradera como para resistir un enfrentamiento, así fuese transitorio, con la DC, no bastaba con retrasar las manecillas del reloj. Mucho había llovido, tanto en el plano ideológico como en el del asentamiento social. Era necesaria, de una y otra parte, como mínimo una revisión parcial, ya fuese alrededor del juicio acerca de la Unión Soviética y su evolución, o bien a propósito de la disciplina atlántica. De la misma manera se necesitaba, por parte de unos, moderar la pasión adquirida en disponer siempre y de todas maneras de "algún asidero" en las instancias de gobierno y, por parte de otros, contener el afán de conseguir una visible legitimación como fuerza de gobierno. Entre ambos puntos se ofrecían espacios de innovación y nuevas dificultades. Los dos bloques internacionales estaban en crisis y sus liderazgos debilitados; no obstante, por ese mismo motivo la política de coexistencia atravesaba dificultades y cada bloque estaba preocupado por mantener el control en su propio interior.

Asimismo, la nueva disposición de los poderes locales que se generó a causa de los resultados de 1975, allí donde existían recursos y capacidad, ofreció a las fuerzas de izquierda posibilidades de iniciativa y de éxito en muchas ciudades; aun así, en otras zonas y en muchos centros periféricos producía la multiplicación de ocasiones alentadoras pero ambiguas: esto es, impulsaba a inventar amplias convergencias donde fuese posible, con el método del reparto entre los partidos y haciendo la vista gorda sobre el tema de los gastos. Esto explica porqué el PCI consideró apresuradamente como una trampa, o en cualquier caso poco fiable, la propuesta de una relación privilegiada en el seno de la izquierda; y porqué, después, los socialistas partidarios de una alternativa de izquierda colaboraron con la liquidación de De Martino para sustituirlo por Craxi, quien no ocultaba sus intenciones por completo opuestas.

El problema posterior que en 1975 salió a la luz, el más importante, era la carencia de un programa. El tema de un nuevo gobierno

y de nuevas alianzas llegó al orden del día exactamente cuando era más difícil afrontarlo. La crisis estructural, que afectaba desde hacía tiempo a toda la economía internacional, llegó a su punto más álgido en Italia precisamente en 1975. No se puede dar por descontado que situaciones de crisis aguda hagan imposible un cambio reformador; a veces ha ocurrido todo lo contrario. Aun así, se necesita desde el inicio una elaboración de ideas, una capacidad de gestión, una solidez de alianzas de gobierno, una comprensión y un consenso en el país, sobre todo entre quienes te han votado y esperan los frutos de las reformas. Este trabajo no se había llevado a cabo y casi ni siquiera comenzado. Paradójicamente el bagaje programático con el que se había llegado al centroizquierda durante los años sesenta había sido más valiente y concreto que aquel con el cual llegó la izquierda a 1975. Remediar ese retraso programático y movilizar un bloque social coherente con éste era una prioridad absoluta.

Quiero citar una opinión sintética, valiente y de largo alcance que Luigi Longo, caído ya en desgracia, expresó a la Dirección del PCI precisamente cuando se discutieron los resultados de aquellas elecciones: "Nuestra propuesta de 'compromiso histórico' es enigmática y ambigua, tal ambigüedad probablemente ha contribuido ahora al éxito electoral, pero resulta inviable y nos llevará a la atonía".

EL DILEMA DE 1976

Lo que hizo que todo saliera a la luz, fueron, en 1976, las elecciones anticipadas, provocadas por una solicitud de De Martino de ir a "equilibrios más avanzados", que anunciaba la salida del partido socialista del gobierno. Berlinguer la definió como una trampa. El juicio acerca de aquellas intenciones era poco generoso, aunque la previsión resultó acertada. En efecto, el resultado de las elecciones fue doblemente sorprendente. Por un lado, marcó un nuevo avance del PCI (del 33,5 al 34,4 %), aparentemente contenido, s bien, en realidad, fue más consistente, porque esta vez participaron también las regiones autónomas, hasta entonces reserva de votos de la DC. De todas formas, por otro lado, en contra de las previsiones, la Democracia Cristiana consiguió también una sustanciosa recuperación, volviendo al 38,8 % en perjuicio de sus aliados menores. A este punto no era ya posible, ni siquiera en términos matemáticos, una mayoría sin que participase el PCI. No era el caso de hablar de un acuerdo directo entre democristianos y comunistas (o lo que es lo mismo, una diarquía entre los partidos mayores), sobre todo porque la DC, en campaña electoral, había buscado y obtenido un moderado consenso en su propio seno precisamente con el objetivo explícito de impedir que los comunistas entraran en el gobierno

(Montanelli había escrito con éxito "tapémonos la nariz" y volvamos a votar democristiano). ¿Podía la DC ir en contra de su propia posición? Incluso había llegado un ¡alto ahí!, desde una reunión de los gobiernos atlánticos, en Estados Unidos, de la que Moro había sido excluido porque representaba al gobierno italiano pero no era considerado fiable. Por otro lado, para un gobierno de las izquierdas faltaban tanto los números (48%) como la voluntad política, porque el PSI, que lo había planteado, había salido debilitado, la extrema izquierda era marginal, estaba dividida y en era buena medida reluctante, y los socialdemócratas no aceptaban apoyarlo. La decisión, por tanto, se había convertido en un duro dilema. O volver de inmediato a convocar elecciones, con oferta de coalición de gobierno y programas alternativos, y repetirlas hasta que se crease una nueva correlación de fuerzas, o bien dar vida a un gobierno de emergencia sostenido por una coalición demasiado amplia y compleja que excluyese las alas extremas y actuase para (y hasta cuándo) se resolvieran los problemas más urgentes del país y las relaciones entre los partidos se hubiesen modificado.

La primera alternativa —hacia la que no pocos, yo entre ellos, nos inclinábamos— era probablemente correcta, aunque, además de improbable, arriesgada. Improbable porque implicaba un giro radical e inesperado en la estrategia del PCI, que se consideraba triunfador. Arriesgada porque, como hemos visto, llegaba con retraso, esto es, sin haber construido la unidad de la izquierda ni entre los partidos, ni en el país, sin haber definido un programa convincente común y de largo alcance, y por ello podía provocar una inestabilidad permanente y sin perspectivas.

La segunda alternativa —el gobierno de amplias alianzas— quizá se podía intentar, como la primera fase de una salida más avanzada; la participación de los mayores partidos de izquierda, explícita y con poderes reales en relación con su importancia, tenía que ser su corolario lógico. No obstante esta solución era difícil y de resultado incierto. Difícil, porque la DC estaba muy lejos de aceptarla a cara descubierta, por cuanto ponía fin a su primado y mellaba su unidad. Y sería preciso un brazo férreo para imponerla. De resultado incierto, porque por su naturaleza, un gobierno transitorio y de coalición es completamente inadecuado para enfrentar problemas reales, cuyos orígenes eran lejanos y cuya solución tocaba necesariamente intereses consistentes y requería tiempos dilatados.

En la incertidumbre, de improviso surgió, y fue aceptada sin resistencias visibles, una solución extravagante en todos los sentidos: un gobierno monocolor democristiano, sin ningún acuerdo programático vinculante, sin siquiera una mayoría parlamentaria reconocida, apoyado por una "no desconfianza" del PCI y del PSI.

La primera extravagancia era de principio. Se habían visto con anterioridad gobiernos en minoría, raramente, en otros países de democracia parlamentaria, pero guiados siempre por la fuerza dominante y próxima a la mayoría, que obtenía a cara descubierta el apoyo necesario de una fuerza minoritaria afín. Un gobierno monopartidista con una fuerza del 38% frente a una oposición del 48%, y basado en la "no desconfianza" no se había visto jamás. En consecuencia, de hecho, ese gobierno cuya primera novedad debía consistir en la legitimación del PCI, por el contrario legitimaba el derecho, casi monárquico, de la DC de gobernar sola, incluso no teniendo la mayoría. La segunda extravagancia consistía en la creación de un "gobierno de emergencia" sin un "programa de emergencia", ni limitado por una fecha de vencimiento precisa; y compuesto todo él por hombres que estaban en el poder desde hacía tiempo con las alianzas más variopintas. La tercera extravagancia, no menos importante, residía en el hecho de que a cualquier programa que tal gobierno tuviese la bondad de presentar a las cámaras, no le correspondía, en cualquier caso, una transformación en los centros de poder efectivo extra-institucionales y en las cúpulas de la burocracia que tenían que asegurar su aplicación. A la izquierda se le ofrecía un papel simbólico, la presidencia de algunas comisiones parlamentarias, que como todos saben, tenían desde siempre poder sobre alguna "leyecita" o en la propuesta de enmiendas marginales (poder real y directo: ninguno). Nunca he sido capaz, ni lo soy ahora, de saber quién pudo haber concebido tal solución.

Algunos dirigentes, tanto del PCI como del PSI de entonces, me han dicho sinceramente que la idea nació en sus filas. Es un hecho que esa solución fue ampliamente aceptada. Y que, para la izquierda, era una "propuesta a pérdidas": asumir la responsabilidad de gobierno aunque en un papel ficticio. No un matrimonio de conveniencia, ni siquiera una alianza, sólo un adulterio ocasional.

Más allá de esta división de poderes —que ya de por sí comportaba desacuerdos frecuentes, o compromisos precarios, y concedía a la DC un papel despótico en la función de gobierno— se necesita también tener en cuenta a los hombres de carne y hueso a quienes se les asignaba tal papel. Ante todo la elección del presidente del consejo, que en una situación tan poco definida asumía un valor aún más importante. La opción de Giulio Andreotti fue propuesta por Moro y aceptada con el argumento de que ofrecía una garantía y una cobertura para una derecha democristiana reacia, fuerte en la sociedad, y que podía en todo momento reivindicar una coherencia con la línea proclamada durante la campaña electoral y ratificada por la recuperación de millones de votos. El argumento tenía su peso, aun cuando no era demasiado convincente. Andreotti no era un hombre de paja, ni un transformista. Tras

la apariencia de flexibilidad y de realismo extremo, su biografía política mostraba una identidad y una posición política coherente y coriácea, en nombre de la cual, pese a ser casi siempre miembro del gobierno, había frecuentemente escogido organizar una minoría en el partido y disentir de su política. Era un degasperiano de derecha, no había cimentado fortuitamente su corriente en Sicilia y el Lazio, había sido siempre hombre de confianza de la parte más tradicional de la jerarquía eclesiástica, y había buscado en repetidas ocasiones, dentro de lo posible, el apoyo de los partidos de derecha o de centroderecha cuando era necesario. Había establecido vínculos de confianza con el conjunto de la patronal industrial y agraria y con el mundo financiero, incluidos personajes ambiguos. Sobre todo, gracias a su permanencia dentro del gobierno en cargos decisivos, era el hombre de mayor confianza para Washington, había conseguido un excelente conocimiento del funcionamiento de la administración pública y la amistad de sus cúpulas. En el gobierno de la "no desconfianza" estaba además rodeado, allí donde era necesario, por hombres de diferentes corrientes, mayoritariamente doroteos[55], aunque afines a él. La que tomaba las riendas del Estado era pues una DC que en verdad había cambiado, pero no para mejor.

Es cierto que, paralelamente, un liderazgo político orientado en otro sentido daba sus pasos: Moro y Berlinguer en diálogo recíproco. No era sólo apariencia, porque los unía un importante elemento común: la exigencia de mirar hacia horizontes más vastos, de transformar gradualmente un acuerdo provisional, impuesta por la necesidad, en una convergencia duradera y con más sustancia. Ahora bien, aparte del hecho, banal aun cuando no insignificante, de que ni el uno ni el otro tenían ni facultades ni interés en influir vigorosamente en la acción real de gobierno, dicho diálogo daba pie entre ellos a simpatía y confianza merecidas, pero que siempre llegaba a aplazamientos o a acuerdos a medias.

Esto era así como consecuencia de dos impedimentos. El primero dependía del hecho de que las respectivas funciones en el partido de cada uno eran fuertemente asimétricas. Berlinguer disponía en el PCI de una confianza ilimitada que le permitía decidir cuando quería y también cuando se equivocaba. Moro, por el contrario, tenía autoridad en el seno de su partido, pero como inspirador o como mediador. Dos hechos evidenciaron tal asimetría: la declaración de Berlinguer a propósito de

55 Los *dorotei* fueron una de las corrientes más sobresalientes de la Democracia Cristiana. Por tradición y cultura política, la rama dorotea ha representado siempre la parte más moderada de la DC, situada en posiciones rígidamente anticomunistas y muy atentas a las razones de las jerarquías eclesiásticas y del mundo industrial. Se denominaron *dorotei* porque en vísperas del Consejo Nacional se reunieron en el convento de las monjas de Santa Dorotea, en Roma. Su cabeza visible era Aldo Moro (N. de T.).

sentirse más seguro en la alianza atlántica, que fue aceptada sin recriminaciones a pesar de que era ambigua y gratuita; y el discurso de Moro en el Parlamento, en defensa arrogante y forzada de los implicados en el escándalo Lockheed[56]. La segunda y la más importante razón del *stop and go* en su diálogo residía en el hecho de que ambos miraban a lo lejos pero en direcciones distintas. Para Moro un periodo de colaboración tenía que hacer posible un nuevo orden político en el cual DC y PCI representasen democráticamente dos proyectos alternativos; para Berlinguer, en cambio, tenía que abrir el camino a un compromiso que representase un giro, un acercamiento a un nuevo orden social con la contribución dinámica tanto de comunistas como de católicos. Eran perspectivas diferentes. Una debía realizar, paso a paso, aquello en lo que el centroizquierda había fracasado e implicaba que el PCI, fuerza mayoritaria de la izquierda italiana, fuese mucho más allá de la autonomía con respecto Moscú y al respeto de la Constitución italiana, o sea que modificase su identidad de fuerza comunista y aceptase su pertenencia al campo de las democracias occidentales. La otra ratificaba, es más, quería hacer más visible, si bien gradualmente, una "vía italiana hacia el socialismo" y una superación de los bloques. Tanto para el uno como para el otro, no se trataba tan sólo de palabras, sino de convicciones profundas, enraizadas en una historia y compartidas por aquellos a quienes aún representaban. Para dirimir tal desacuerdo no bastaba seguramente con una operación política improvisada empujada por un estado de necesidad: la declaración de Moro, sincera aun cuando genérica, acerca de la necesidad de una "tercera fase", o las iniciativas más comprometedoras de Berlinguer (por ejemplo el discurso sobre la "austeridad" o el intercambio de cartas con monseñor Bettazzi) caían al vacío, o peor, daban lugar a tergiversaciones y protestas.

¿Cuáles eran entonces las fuerzas reales de las que disponía la izquierda para condicionar la acción real de un gobierno concebido de manera tan poco equilibrado? Eran dos, y relevantes: una representación parlamentaria del 48%, aunque puesta al margen en la práctica, y la presión social de un sindicato que había crecido mucho y unido por un pacto federativo. Aún y así, mucho antes de que el gobierno Andreotti se instaurara, o inmediatamente después, estos dos ejes de fuerza dejaron ver sus fisuras y ese tipo de gobierno los debilitaría posteriormente.

La recobrada unidad política –antes perdida entre socialistas y comunistas, que había generado la disolución de las cámaras- si bien

56 El escándalo Lockheed fue un caso conocido y delicado de corrupción en los años setenta, y que abarcó numerosos países como el Japón de Kakuei Tanaka, los Países Bajos, Alemania e Italia. El caso implicó directamente a la empresa aeronáutica estadounidense Lockheed Corporation, que sobornó a numerosos políticos para conseguir la venta de sus aviones (N. de T.).

con muchas reservas, se volvió de improviso precaria de la misma manera como de improviso parecía haber renacido. La liquidación de De Martino y la elección de Craxi se pensaron y se presentaron como renovación necesaria tras la derrota electoral del PSI y como señal de autonomía política para contener el excesivo poder de los dos partidos mayores, no como un cambio de línea política respecto a la unidad de la izquierda. Por ese motivo, contribuyeron a ello una gran parte de los lombardianos y de los mismos demartinianos. A pesar de todo, Craxi, al igual que Andreotti, no era un hombre de paja, sino que era un político capaz y con ideas muy definidas. Nenniano de toda la vida, y en la versión que prevaleció durante el centroizquierda, la autonomía que más lo preocupaba no era la de la DC sino la del PCI: su convicción profunda era que para contrarrestar la supremacía democristiana era perjudicial cambiar las relaciones de fuerza en la izquierda, por lo que el primer paso consistía en desprenderse gradualmente de la "gran coalición". Lo hizo poco a poco y con prudencia a medida que su poder se consolidaba, aunque sin titubeos y ocultamientos.

También en el sindicato la situación estaba transformándose, su fuerza organizativa había crecido en todos los sectores y resistía, pero no hacían otro tanto su voluntad ni su capacidad de lucha. La crisis económica hacía más difíciles los conflictos sindicales desde abajo, que no obstante continuaban, y más magros sus resultados. El sindicato tenía que encontrar un espacio, influyendo en la política económica, a fin de no limitarse a una simple resistencia, y encontrar apoyo en el interior del mundo laboral, de la misma manera como las empresas tenían necesidad de la aprobación del sindicato para normalizar las relaciones en la fábrica, y de recursos públicos para reestructurarse.

Con todo, para abordar un nuevo tipo de contratación —que se convertía en trilateral— la patronal, aunque dividida entre muchos intereses, disponía de un recurso eficaz: una experimentada afinidad con la clase política instalada en el gobierno y en la administración pública y el chantaje que ejercían los potentes centros de poder internacionales. Ante el sindicato, en cambio, se cruzaba una particular dificultad. Quien asumía un papel de líder y de arrastre no eran ya el sindicato "de los consejos" y los grandes sectores industriales, sino, objetivamente, las confederaciones. Una realidad notablemente diferente. Éstas eran organizaciones radicadas profundamente sobre bases territoriales, a diferencia de casi todos los demás países, y éste era un recurso precioso en contra del corporativismo, de categoría o de oficio, y para la unificación del mundo del trabajo en torno a objetivos comunes. Se habían dividido fuertemente durante mucho tiempo por la proximidad de cada uno con los partidos en conflicto entre sí. La gran oleada de luchas de los años sesenta las había acercado poderosamente hasta llevarlas a un pacto federativo que en las intenciones

tenía que llegar pronto hasta la unificación orgánica, tal como había sucedido con los metalúrgicos. No obstante, por el contrario, dicha tendencia se había atascado muy pronto, porque las confederaciones no habían sido involucradas en la dialéctica entre aparatos sindicales y autonomía obrera, que había transformado el modo de pensar y de actuar de los sectores más importantes de la industria. Intentaron repetirla con los consejos de zona y organizando grandes conflictos alrededor de los temas de la vivienda o de la sanidad que, con todo, ya fuese por resistencias internas, ya fuese por desconfianza de los partidos mayores, no tuvieron éxito. Construyeron, pues, un grupo dirigente desde lo alto y viciado por un carácter paritario que alteraba la representación real. Acarreaban en su seno estratos sociales moderados y en algún caso relaciones clientelares y, entre ellos, residuos de precedentes conflictos ideológicos. Todo ello frenaba la presión cuando se trataba de entrar en conflicto con un "gobierno amigo". Por otro lado también la parte más combativa y radical, habiendo conquistado autonomía ante todo con respecto a los partidos, desconfiaba de todo tipo de negociación con la política institucional (el pansindicalismo).

Al encontrarse frente a un gobierno capaz de proponer un giro reformador, todos estos problemas podían quizá resolverse, pero el "gobierno de la no desconfianza", dividido en sus intenciones, vago o decepcionante en los programas y en las decisiones, no podía hacer otra cosa que empeorarlos. En nombre de la unidad del sindicato podía establecerse cualquier compromiso mediocre así como podía manifestarse la más variopinta insatisfacción entre los trabajadores.

Si consideramos todos estos elementos en su conjunto, me parece evidente que el artilugio político inventado a manera de primer paso para obtener un giro a la izquierda de la DC, concediéndole casi todas las palancas del poder, estaba destinado desde el comienzo no sólo a fracasar, sino a favorecer una restauración."Buscar levante por el poniente[57]": para Cristóbal Colón el azaroso intento había sido un éxito más allá de toda lógica, porque con fortuna había descubierto no una ruta, sino todo un continente desconocido, con pocos y hospitalarios habitantes. Era absolutamente improbable que el milagro se repitiese aquí y ahora, donde todos los continentes eran bien conocidos y presididos por gente que no se conformaba con las cuentas de un collar.

LA GRAN COALICIÓN Y SU FRACASO

La "gran coalición" fue demasiado breve: menos de tres años. Casi cada día encontraban razones para la discusión, compuestas con compromisos precarios o ambiguos, y surgían señales de malestar, a veces de

57 En castellano, en el original (N. de T.).

protesta o de revuelta, en el país. Obviamente, al estar involucradas, las fuerzas mayores de la izquierda se resistían a reconocerlo claramente, se lanzaban la responsabilidad los unos a los otros, pero poco a poco se convencían de que "así no se podía ir adelante". Es sorprendente, en cambio, cómo y cuánto, entre sí y en cada uno de ellos, entonces y aún después de que acabase, no hayan abierto aún un debate y una reflexión acerca de esa experiencia. Cada uno tomó un camino diferente, y prefirió pasar por alto aquel pasado. Pero, en la memoria histórica, sobre todo con respecto a periodos tan borrascosos, y a veces dramáticos para todos, los vacíos no duran demasiado tiempo. Durante una primera y larga etapa el vacío lo llenó una abundante producción de testimonios y de revelaciones demasiado partidistas, de polémicas llenas de omisiones y a menudo con versiones demasiado acomodaticias, no solamente en los juicios sino también en los hechos y sobre su secuencia temporal. Después, a largo plazo, ha prevalecido, como siempre, la memoria de los vencedores que, recientemente, ha asumido la categoría de un discurso coherente, ha penetrado en el sentido común y entre los mismos intelectuales. Un discurso fácil, sintetizable en pocas líneas, porque ya en cada solemnidad, en cada conmemoración se repite y cada vez más se considera como algo unívoco. En él "la gran coalición" de los años setenta se integra, domestica e incluso se revaloriza. Aquella breve experiencia —se dice— nació de un estado de necesidad, fue mal gestionada porque no estaba madura y, por tanto, nutrió muchos malentendidos y realizó concesiones demasiado generosas a la DC, aunque dio también resultados positivos, porque apoyó las instituciones democráticas durante un momento de peligro y llevó a cabo algunas reformas importantes. Luego se interrumpió a causa del terrorismo y por el desgraciado e imprevisto asesinato de Moro, el cual se podía haber evitado mediante una mayor flexibilidad durante las negociaciones. Habría durado mucho más y habría dado frutos mucho mayores —puesto que su motivación era buena y estaba sostenida por un proceso histórico en camino— si Berlinguer no le hubiese puesto fin intempestivamente, y si la hubiese relanzado en la línea que Craxi sugería, y no hubiese, por el contrario, insistido en la particular identidad comunista de su partido, ni se hubiese obstinado en su moralismo personal. De esta manera se hubiese llegado antes y mejor a una democracia de la alternancia, al gobierno entre derecha e izquierda, ambas en el marco de una sociedad capitalista y dentro de la Alianza Atlántica. No se debe pues hablar de una derrota, sino de un primer paso hacia delante, aún insuficiente, pero positivo para la izquierda y para todos. El discurso fluye y, naturalmente, ha ido teniendo cada vez más éxito, ya que ofrece un bagaje histórico para las actuales conveniencias políticas. El punto débil, sobre todo cuando se aplica al fenómeno de hace treinta

años, radica, sin embargo, en el hecho de que, como a menudo se lee al inicio de una película, "toda referencia a cosas o personas realmente existentes es puramente Casual".

Para poner este relato en duda es suficiente con mencionar los momentos esenciales de aquel trienio, colocarlos en orden lógico y temporal, agregar lo que en esa época se desconocía y que sólo más tarde se reveló, o que he podido recoger de confidencias de protagonistas o de la consulta de archivos. Y, sobre todo, hacerlo con espíritu de verdad, también en este caso, separando el poco trigo de la mucha paja. Reconozco que incluso yo, entonces y después, he descuidado proceder a análisis cuidadosos. Habiendo afirmado enseguida que la estrategia del compromiso histórico era errónea de raíz, y habiendo previsto, mucho más después de 1976, su fracaso, he dado por descontado su destino: y por eso no le he dedicado una reflexión apropiada a la forma específica que ha asumido en la experiencia de gobierno, en la que ha tomado una forma concreta.

OMISIONES, RETICENCIAS, MENTIRAS

El primer paso, modesto pero útil, consiste en eliminar del campo de la memoria colectiva errores gruesos en la crónica de los hechos. Enumero los más importantes.

1) Es evidentemente falso que millones de hombres, que con sus luchas y sus votos habían llevado al PCI a ser necesario para el gobierno del país, se hubiesen movilizado con la simple intención de crear finalmente las condiciones de una posible alternancia en el futuro. En efecto, quienes se habían convencido de la honradez del proyecto berlingueriano no sólo esperaban, sino que querían un giro profundo en la política económica y social, en la alineación internacional, en el modo de gobernar, en la distribución del poder. Quizá con un compromiso, pero no una cohabitación subalterna. Más bien, la parte más joven y combativa, menos acostumbrada a la disciplina y a delegar, pedía poder participar en las decisiones y ver resultados en un tiempo breve. El simple hecho de encontrarse ante de un gobierno democristiano monocolor no podía, por tanto, hacer otra cosa que transformar entusiasmos y esperanzas en desconfianzas o en espera acechante. Una parte menor de los electores, más moderada, había escogido votar a la izquierda por primera vez, con la idea de que el PCI habría ayudado a restablecer el orden y la honestidad, pero a su manera también quería un gobierno nuevo, capaz de decidir, y no las perspicacias del digo y no digo. La desilusión comenzó a difundirse desde el inicio: ya durante la Fiesta

de *l'Unità*[58] de septiembre, cuando Berlinguer trató de resaltar la labor del gobierno, en la gran plaza cayó una cortina de hielo.

2) No es del todo falsa, sino que ha sido viciada por omisión, la tesis según la cual el "gobierno de la no desconfianza" fue impuesto por un estado de necesidad sin alternativas. La omisión radica en el hecho de que tal estado de necesidad, real, acorralaba tanto a la DC como a la izquierda, porque la reserva de los votos de la derecha conservadora había sido ya saqueada el 20 junio y la reaccionaria, también ésta desgastada, no estaba ya dispuesta a un socorro gratuito. ¿Quién le impedía, pues, a la izquierda, unida por un momento, decirse: si la emergencia impone una temporal gran coalición, entonces, todos dentro o todos fuera? Reconozco que la DC habría aceptado muy difícilmente tal solución, e incluso que, en ese estado de cosas, si la hubiese aceptado es muy dudoso que hubiera llegado muy lejos; si por el contrario la rechazaba, teniéndose que repetir las elecciones, la responsabilidad hubiese sido suya. Se puede objetar, y en el PCI se hizo, que los socialistas se habrían inhibido del acuerdo, pero no es cierto, porque justo después del 20 de junio, esta era la propuesta de De Martino, todavía secretario del partido, y que Lombardi compartía; Nenni no tenía nada diferente que proponer, aparte de un humillante regreso al centroizquierda ya fracasado. En efecto, el giro del PSI y la elección de Craxi tuvieron lugar después, precisamente en correspondencia con el nacimiento del gobierno monocolor democristiano y por el temor a un sofocante duopolio.

3) El "estado de necesidad" tenía otra justificación: el veto estadounidense. Ésta es una razón seria, porque en otros momentos, antes y después, dicho veto constituiría una amenaza inminente, pero no era así en 1976. Los estadounidenses tenían sus líos por resolver, políticos y económicos: la derrota en Vietnam, las acusaciones en contra de Nixon, la inestabilidad en América Latina y Medio Oriente, las crisis del petróleo y del dólar. En Europa la Revolución portuguesa, la caída de los coroneles en Grecia, la aguda competencia con las economías emergentes, el relanzamiento sorprendente de la socialdemocracia francesa con Mitterrand que sellaba un "programa común" con el PCF. No por ello, seguramente, mermaba en la cúpula estadounidenses el interés por la situación italiana, y mucho menos su oposición a la entrada del PCI en el gobierno. Así pues, ejercía presiones oficialmente y sobre todo

58 *La Festa dell'Unità*. Denominación que asumen periódicamente los festivales organizados en numerosos ayuntamientos de Italia por el Partido Comunista Italiano, y después por el Partido Democrático de la Izquierda. Originariamente se trataba de una fiesta destinada a financiar el órgano periodístico del PCI, *l'Unità* (N. de T.).

incentivaba cualquier complot; aun así, que pudiesen programar una intervención más contundente no era seriamente creíble y la "estrategia de la tensión" se había mostrado contraproducente.

4) No se puede afirmar en absoluto que, en la fase de su formación e inicio, el nuevo gobierno haya proporcionado alguna señal alentadora a sus generosos aliados; antes bien, lo cierto es todo lo contrario. Sobre todo en el plano del método: Andreotti presidente, la asignación de los ministerios principales, más que un gobierno monocolor definían una coalición andreottiano-dorotea. No solamente eso: las decisiones, al no poderse anclar en un programa explícitamente acordado ni en una alianza explícita se tomaban día a día, en mesas diferentes, y la mayoría de las veces en ninguna, sino a través de encuentros personales y reservados, con mediadores de legados (Chiaromonte, Barca, Di Giulio, Evangelisti e Galloni) con mandato incierto para definir un programa que no llegaba jamás. Ese era, y así siguió siendo, el método preferido, en lugar de un debate abierto ante la opinión pública: una diplomacia secreta y vacía. En cuanto al contenido, la decisión inmediata fue la de una fuerte devaluación de la moneda, tal vez inevitable, que comportaba un brusco aumento de los precios. Y Andreotti, no casualmente, la acompañó de un golpe de mano, no acordado con nadie: un decreto ley que suspendía los conflictos en las empresas promovidos por los sindicatos, congelaba provisionalmente parte de la escala móvil, subía también algunas tarifas que favorecían a los trabajadores. Los partidos de izquierda y los sindicatos se opusieron a esta medida. El gobierno dio marcha atrás, aunque no del todo, y de cualquier manera la señal había llegado a las fábricas; hubo, acto seguido, algunas huelgas espontáneas durante los meses siguientes y después también huelgas regionales.

5) Justo después, en febrero de 1977, explotó un movimiento de revuelta juvenil, breve pero intenso, del cual aún hoy se discute con ideas opuestas pero, en mi opinión, igualmente equivocadas. No es cierto que tuvo el carácter de una reanudación del sesenta y ocho, así como tampoco es cierto que representó la epifanía de un fenómeno que luego encontramos en recientes movimientos pacifistas, antiliberales o ecologistas. A marcar las diferencias concurren de hecho muchos elementos. Fue un movimiento primordialmente estudiantil y radicalmente contestatario, animado más por la desilusión y por la rabia durante una etapa de reflujo general, que por una enorme esperanza de un mundo nuevo. Fue de masa, si bien concentrado sólo en algunas zonas del país, las metropolitanas, y no en todas (en particular en Roma, Bolonia, Florencia y Turín) y duró pocos meses aunque dejó huellas profundas. Su hábitat fueron

las universidades o la calle, pero su base social fue nueva y no homogénea: alrededor de los estudiantes se agregaron, o trataron de hacerlo, varios grupúsculos de marginados (jóvenes desempleados, sindicalismo de base en los ferrocarriles y en la sanidad, graduados sin trabajo), mientras que los obreros no sólo eran pocos sino que tampoco eran ya el sujeto al cual el movimiento se dirigía; era parte de éste, pero con objetivos, cultura, prácticas políticas diferentes, e incluso, a menudo opuestas, un gran protagonista que los sobrevivió (el nuevo feminismo radical). En cuanto a las formas de lucha, la espontaneidad absoluta se alternaba con un impulso organizativo casi de tipo militar. No era sólo un movimiento plural, sino también abierto de par en par, destinado por esta razón a disolverse, aunque también a formar convicciones duraderas en miles de jóvenes. Tendré que volver luego a propósito de muchos temas y sujetos nuevos que surgieron por primera vez en ese movimiento y lo sobrevivieron (feminismo, ecologismo, la crisis de la política, la crítica de las ideologías dogmáticas y de los aparatos burocráticos), pero ahora me apremia aclarar cuáles han sido específicamente sus orígenes, la dinámica que primó en su evolución, sobre todo el impacto que tuvo en esa fase sobre el conjunto de la situación política. Una vez más, basta con la simple cronología de los hechos. A condición de que se vaya más allá de los relatos de los periódicos (concentrados todos alrededor de los hechos más vistosos), y se filtre la memoria emocionada de quien los ha vivido directamente. Una verdadera revuelta, como fenómeno de masa, explotó inesperadamente y de forma aparentemente casual en un día y un lugar precisos: el asalto iracundo de la tribuna de Lama que trataba de hablar, sin haberlo acordado antes, en la universidad ocupada de Roma. Pero soportaba sobre sus espaldas dos premisas fundamentales que la explican y la marcan. Por una parte, la formación del gobierno Andreotti y el papel subalterno que el PCI había asumido aceptándolo. En una generación que se había formado a partir del "largo sesenta y ocho" y que lo había prolongado, a pesar del reflujo, en otras luchas (por la vivienda, en contra del desempleo, en contra de las tramas oscuras del "doble Estado" y en contra de los escándalos impunes y recurrentes), esa solución política se había vivido no como un compromiso, sino como una provocación y una componenda ilícita. Dicho sentimiento y dicha convicción no eran producto ni medían la fuerza de extremistas volcados en la lucha armada, pero sí eran el sentimiento y la convicción que compartían la gran mayoría de quienes habrían participado, de manera y con finalidades diferentes, en el setenta y siete. En esto se intercalaba otro proceso, del que se ha descuidado su importancia: la crisis de la "nueva Izquierda". No es cierto que

las formaciones políticas extraparlamentarias de los primeros años setenta fuesen grupúsculos de exaltados, destinados pues a desaparecer, produciendo sólo irracionalidad dispersa. Entre 1969 y 1972, algunas organizaciones habían asumido un papel relevante entre los estudiantes, en fábricas importantes y entre los intelectuales. Habían formado cuadros, tenían diferentes periódicos, influencia en el debate intelectual. Con el reflujo chocaron con una gran dificultad, porque se resquebrajaba la esperanza fundamental que, de maneras diferentes, los había impulsado a todos: la de una revolución inminente. Esto llevó a la desaparición de los grupos más pequeños o más dogmáticos, mientras que los mayores, no sólo sobrevivieron, sino que trataron de pasarle cuentas a la política. Y, en efecto, no rechazaron participar en las elecciones con un cartel electoral en el que Lotta Continua[59] insistió para estar presente.

El cartel era precario pero estaba unido por la consigna "gobierno de la izquierda", en clara discrepancia con el "compromiso histórico", pero no era hostil a la búsqueda de una orilla institucional.

El fracaso de esa tentativa llevó a Lotta Continua a una división irreductible entre feministas y simpatizantes de la lucha armada, y su grupo dirigente decidió disolver la organización. Otras organizaciones (*Il manifesto*-PDUP, *Avanguardia Operaia*, el MLS) continuaron sobre el terreno, tratando de impedir que la revuelta de 1977 se dividiese y naufragase en la estéril contraposición entre una propuesta política alternativa, desmentida por los hechos, y la ilusión de una revuelta extremista cada vez más tentada por la violencia. Que no fuera una pura veleidad lo demuestra el hecho de que en gran parte del país la competencia de líneas, a veces dura, fue real, la deriva extremista no se podía en absoluto dar por descontada y quedó, en muchas situaciones, frenada, también porque la federación juvenil comunista aceptó un diálogo. Era, de todas formas, demasiado poco. La cúpula del PCI puso de su parte: una vez más no mostró ninguna voluntad de tomar en cuenta aquella revuelta juvenil, de reconocer en ella riesgos reales y críticas fundadas, de corregir algo de su propia política; metió todo en el mismo saco y formuló una burda condena de lo que estaba a su izquierda: "Pobres diablos, diecinueveañeros, coaligados con la reacción". Al asalto al estrado de Lama le siguió una gran manifestación en Roma, en la cual, ya sin quien la frenara,

59 Lucha Continua (LC): una de las mayores formaciones de la izquierda extraparlamentaria italiana, de orientación comunista-revolucionaria, de finales de los años sesenta y la primera mitad de los años setenta. Nació en el otoño de 1969 como consecuencia de una escisión en seno del movimiento obrero-estudiantil de Turín que encendió durante el verano las luchas en la universidad y en la Fiat (la otra parte del grupo se constituyó en la formación de *Potere Operaio*, con base en el noreste italiano (N. de T.).

el ala extremista denominada genéricamente *Autonomia*, además de predicar la lucha armada, tomó la autoridad en sus manos y asaltó dos armerías. La policía, o servicios secretos infiltrados en su seno, buscaron la ocasión para el enfrentamiento frontal.

En Bolonia, en el mes de septiembre, la revuelta tenía pensado celebrar su autoafirmarse con la tesis de que Italia era un régimen autoritario, administrado por el binomio PCI-DC, lo que justificaba un enfrentamiento entre el proletariado juvenil y un Estado en vías de facistización. Algunos intelectuales, en Italia y en Francia, quedaron seducidos con esta tesis. Pero en Bolonia lo que se celebró, en cambio, fue la impotencia, precisamente sobre la cuestión de las formas de lucha y de la violencia, y se produjo la ruptura del movimiento. Que en efecto, se disolvió rápidamente. Aunque no sin consecuencias. Una ruptura irrecuperable entre el PCI y el sindicato, por una parte, y la juventud que se le había opuesto, por la otra. Grietas en las fuerzas que habían tratado de sustraerse a tal polarización (crisis de Avanguardia Operaia, separación del PDUP «de izquierda» del área entonces guiada por Vittorio Foa; por último, alejamiento entre el PDUP y el periódico del que había nacido, *il manifesto*). La consecuencia fue la existencia de un área de compañeros y de simpatizantes, titubeantes y con la tentación de la lucha arma da o de re tirarse de la actividad política. Un sustrato potencial del incipiente terrorismo.

6) No es verdad que la clase obrera haya permanecido firme en su confianza hacia el partido, el sindicato y el gobierno apoyado por ellos. Más bien lo cierto es todo lo contrario, y precisamente de esto último es de lo que el PCI tenía sobre todo que preocuparse. No hablo de revuelta, pero sí ciertamente de malestar y de un creciente descontento. El 24 de enero de 1978 apareció una extensa entrevista en *Repubblica* en la que Lama ofrecía al gobierno tres años de tregua en las reivindicaciones sindicales, un congelamiento parcial de la escala móvil, el derecho de despedir a las "numerosas decenas de miles de trabajadores que existen, de hecho, por encima de las necesidades de las fábricas". Berlinguer no sabía nada de esto (mucho menos los trabajadores, obviamente) y no protestó públicamente. Lama envió un desmentido al periódico, que en sustancia no cambiaba nada. El mismo Moro hizo saber que también él estaba sorprendido y que consideraba esa propuesta de Lama un obstáculo para obtener de su partido el beneplácito para un giro político. Aun así, el 14 de febrero se llevó a cabo una asamblea general del sindicato en el Eur. La palabra *asamblea* es un eufemismo, en realidad era una reunión conjunta de los consejos directivos de las confederaciones, ampliada por un cierto número de obreros invitados por ellos. Las propuestas hechas al gobierno eran las mismas que había adelantado

Lama edulcoradas en sus términos (*movilidad* en lugar de *despidos*). La izquierda sindical (Trentin, Carniti), reacia, se opuso inicialmente, obteniendo como contrapartida el compromiso de los partidos y del Parlamento de elaborar planes de sector para la reestructuración industrial que garantizasen el empleo en general, y en particular el apoyo al sur del país. Se ofrecía lo seguro a cambio de lo incierto: es suficiente ver el resultado de dichos planes de sector. Con todo, los obreros hicieron un último esfuerzo de confianza: lucha de sector en apoyo de una reestructuración industrial que diese puestos de trabajo e inversiones que no se financiasen principalmente con su sacrificio. Algo obtuvieron: canalización para la irrigación de algunas zonas del sur. Todo lo demás se quedó en el papel. En consecuencia, cuando el contrato nacional de los metalúrgicos brindó la ocasión, pasó una gran manifestación, en Roma, el 2 de diciembre de 1978, delante de Botteghe Oscure, esta vez no sólo para saludar, sino para protestar.

7) Berlinguer, y no podía ser de otra manera, era consciente de todo esto. Envió, por tanto, directamente y por escrito, una carta a Moro (y para conocimiento de Andreotti) con un mensaje claro e inequívoco: "Así no se puede seguir adelante. Hay que superar el gobierno de la no desconfianza. Es preciso pasar a una verdadera coalición de gobierno, del cual el PCI sea parte explícita, con un programa bien definido. Es necesaria una explicación y una decisión acerca de esto". Como siempre, el mensaje fue acogido sólo en parte. Todos aceptaron que se discutiese acerca de un programa, y que se diese a conocer. Tal discusión se arrastró durante semanas, y llegó a una conclusión que no satisfacía a nadie porque era vaga. Sin embargo, *obtorto collo*[60], todos la firmaron. Sin embargo, el verdadero obstáculo residía en aceptar o no que un programa común estuviese acompañado de la participación de todos ellos en un gobierno que tenía que ponerlo en práctica. ¿Era, o no, una condición decisoria? Dar una respuesta precisa a este interrogante no es sencillo, porque en ese paso la incertidumbre era real para ambas partes. En la Dirección del PCI muchos se habían opuesto a una explicación con carácter perentorio y, por el momento, Berlinguer había aceptado un compromiso, diciendo: por ahora agudizaremos la crítica al gobierno. Él mismo fue al Parlamento a hacerla, y con una dureza tal que obligó a Andreotti a dimitir, ignorando qué otro gobierno se podría formar. Moro dijo en conversación directa y reservada (aunque esta vez también en un discurso público en Mantua) que personalmente consideraba que el PCI era ya una fuerza democrática digna de gober-

60 *Obtorto collo*, literalmente "con el cuello torcido". Locución latina empleada para indicar la aceptación, contra la propia voluntad, de imposiciones externas (N. de T.).

nar; con todo, no era capaz por ahora de hacer que la DC aprobara su participación directa en el gobierno. La conversación concluyó, por tanto, retrasando la decisión definitiva al momento en que Andreotti se presentase en el Parlamento, junto con sus ministros. Y en este punto queda una zona de sombra que, al menos yo, no soy capaz de alumbrar. Porque, por una parte, es hecho conocido, con muchos testigos, que Moro afrontó tres días de encendido debate para convencer al Consejo Nacional de la DC de que concediera, por lo menos, que se formalizase la existencia de una mayoría y de un programa común; pero por otro lado Chiaromonte, que siguió el caso, revela en sus memorias saber con certeza que precisamente Moro le dijo a Andreotti en privado que había que hacer todo lo contrario (es decir, crear un gobierno que no le gustase al PCI), porque con el caso Lockheed en marcha, el peligro principal era una revuelta interna en la DC. El caso es que el nuevo gobierno resultó, si es que era posible, peor que el primero, y el grupo dirigente del PCI, al ver la lista de ministros, se inclinaba por no apoyarlo. He insistido en estos detalles para que quede claro que, en esa mañana fatal del 16 de marzo de 1978 (la mañana del secuestro de Moro), la "gran coalición" había entrado ya en una crisis irrefrenable.

8) Es, pues, una auténtica y consciente falsedad decir que lo que interrumpió el camino de un laborioso pero fecundo intento fue el secuestro y asesinato de Aldo Moro. Antes bien, es cierto lo contrario. Ese acto desventurado sirvió para prolongar el gobierno de la "gran coalición", que ya agonizaba, durante casi un año, en el que se construyeron las condiciones políticas de una nueva edición del centroizquierda. Es tal la evidencia de estos hechos que parecería inútil adentrarse en el berenjenal de confesiones, memorias, actos procesales, investigaciones parlamentarias, que ha brotado sobre ese dramático evento. He leído, por escrúpulo, gran parte de ese material y he sacado de éste alguna convicción. Precisamente de los hechos ya aceptados surgen algunos problemas poco advertidos, pero de importancia, ya sea para valorar el hecho, ya sea para echar luz sobre sus lados más oscuros. Enumero algunos de ellos. ¿Para qué ese secuestro, y aun más ese asesinato, cuando era claro para todos el fracaso de la "gran coalición" y previsible su crisis definitiva? ¿Qué interés podían tener en favorecerlo o provocarlo, eventuales "fuerzas oscuras" que se oponían a una participación, ya fuera de lugar, de los comunistas en el gobierno? ¿Por qué, por otro lado, las Brigadas Rojas, teniendo como objetivo una desestabilización general del sistema y la ampliación de su propia base de partidarios, tras haber obtenido de Moro, con un prolongado y arriesgado secuestro, declaraciones candentes y revelaciones verosímiles (el final más desestabilizante y

la victoria más visible), lo han asesinado y han ocultado y destruido la parte más impactante de las actas de sus interrogatorios? ¿Cómo se explican el descuido y la ineficiencia con la que los aparatos del Estado hacía tiempo que afrontaban el terrorismo y afrontaron luego su iniciativa más peligrosa? ¿Por qué la decisión de "firmeza" exhibida por todos los partidos de gobierno, en lugar de forjar una mayor unidad ha producido divisiones y sospechas entre ellos? No tengo la presunción de proporcionar repuestas exhaustivas a esos interrogantes y creo que nadie podrá hacerlo, hasta que muchos fantasmas no salgan de su escondrijo. A pesar de todo, algunas cosas se pueden decir y tantear. Ante todo, acerca de la naturaleza real de las Brigadas Rojas, aclarando arraigados equívocos. La idea de que las BR fuesen desde hacía tiempo la fachada y el instrumento de un gran complot de otras fuerzas reaccionarias que las mandaban es absurda. Decenas, incluso cientos de personas —si se tienen en cuenta los arrestos y los nuevos miembros— no asesinan a otro centenar (a menudo inocentes), ni están dispuestas a morir o a pasar la vida en prisión, sin una fuerte identidad ideológica que las sostenga; y no podían mantenerse en una organización que vive como una comunidad sin percatarse, durante años, que estaban siendo utilizadas para fines por completo diferentes. Ahora bien, igualmente infundadas y desorientadoras me parecen tanto la tesis según la cual las BR nacieron y degeneraron como parte de un "álbum de familia" —y esta familia era el PCI—, como la tesis de que ya se sabe todo acerca de ellas. Se le pueden hacer muchas acusaciones al PCI y a su larga historia a propósito de la insurrección armada como parte integrante de un proceso revolucionario, pero jamás, en cualquier fase o país, se ha podido imputarle la menor condescendencia hacia el terrorismo, o lo que es lo mismo, hacia una acción cruenta fuera del contexto de una guerra del pueblo y no apoyada por amplias masas. Y, en efecto, el grupo promotor de las BR, durante todo su desarrollo, no tuvo dirigentes ni militantes surgidos de esa historia: provenían, en su mayoría, de generaciones sin pasado político o, muy frecuentemente, y por el contrario, venían de las filas del movimiento católico. ¿Cuál era, pues, el origen de ese grupo, cuál era y siguió siendo su elemento fundacional? De esto se sabe todo. La organización nació tarde con respecto a los verdaderos conflictos sociales de los años sesenta, de los que pronto se separó y a los cuales prestó atención limitada. Su ideología fue y siguió siendo la sudamericana del "fuego guerrillero" (cuando ya incluso Castro la había enterrado y Guevara, en su intento por reasumirla, había muerto en el aislamiento). Lo que congeló y reprodujo aquella ideología, en modo cada vez más delirante fue, sin embargo, la decisión organizativa llevada a cabo

en 1970: la clandestinidad. No es cierto que la organización siempre sea producto de la ideología; puede suceder también lo contrario, y sucedió. Es suficiente releer las autobiografías, aunque sean a menudo discordantes, de Franceschini, Curcio y Moretti para convencerse de este mecanismo. La clandestinidad, sobre todo en un pequeño grupo aislado, forma las mentes: una vida separada, la necesidad del secreto, el peligro constante, la necesidad de armamento y del gesto ejemplar para comunicar un mensaje al pueblo, y la necesidad de escoger sus blancos midiéndolos con las propias fuerzas, más que con sus culpas, de querer, poco a poco, aumentar sus acciones para hacerse sentir, de reclutar nuevos militantes para cubrir las pérdidas sufridas, produce una versión extrema del "fuego guerrillero" y convierte la organización en algo autorreferencial. El análisis de la realidad se deforma y se vuelve instrumental. De esta manera se explican muchas cosas del secuestro de Moro: para las BR no era muy importante desestabilizar el poder estatal y político (que para ellos era ya fatal en realidad), lo que importaba, sobre todo, era hacer una demostración de fuerza que permitiese cooptar una buena parte de esos militantes que, después del setenta y siete, seguían indecisos, y así iniciar un proceso que al final convenciese a las masas de la utilidad de la lucha armada. Algo en esa línea, tras el secuestro de Moro, se estaba avecinando: nuevos grupos armados improvisados, homicidios casuales. Por ello, un verdadero compromiso, que ratificase no su reconocimiento sino su credibilidad operativa, era particularmente peligroso, habría fácilmente podido crear una espiral tremenda. Esto no excluye, en absoluto, la hipótesis de la infiltración y de la contaminación, solamente la reduce y suministra una clave de lectura parcial aunque convincente. Ningún grupo clandestino es impermeable a los infiltrados. Está demostrado en el caso del PCI, del antifascismo, desde los anarquistas hasta los carbonarios[61]. En el caso de las BR existen indicios claros en ese asunto, se trata de capturar y descifrar los más evidentes.

Un primer indicio nos lo ofrece, en 1974, lo sucedido en el arresto en Pinerolo de dos importantes líderes, Curcio y Franceschini. Una llamada anónima por teléfono, real, puso en guardia a alguien de las BR, con veinticuatro horas de anticipación, acerca de la trampa preparada para ellos, pero la advertencia no llegó más allá. Lo que demuestra muchas cosas: realmente era posible infiltrarse, y no por un James Bond, sino

61 Los *carbonari* eran miembros de una sociedad secreta italiana que en el primer tercio del siglo XIX conspiraban para instaurar una república (N. de T.).

también por un personaje ambiguo y miserable como fray Mitra[62]; seguramente no poseían canales para su protección y comunicación interna que los mantuvieran a salvo en caso de emergencia; probablemente había y quedaron entre ellos algunos conspiradores.

Probablemente los aparatos del Estado pretendían, al inicio, no truncar el fenómeno terrorista, sino congelarlo y seleccionar los arrestos, a fin de obligarle a imprimir en él un sello militar y privarlo de una dirección estable. Lo cual sucedió hasta el homicidio de Moro.

Un segundo indicio de conspiración, mucho más importante pero difícil de descifrar, tiene que ver con el caso Moro. Dejemos a un lado la forma del secuestro. Esto es, el hecho de que, en plena fase terrorista, la protección del mayor líder del país haya sido tan ineficiente: todas las mañanas los mismos horarios, los mismos recorridos, ninguna observación a distancia del ambiente en que se movía. El meollo del asunto es otro. Por parte de las BR: la ubicación de su base organizativa al alcance del SISMI[63], el "fortuito" e inútil descubrimiento del refugio de Via Gradoli, la atormentada e incierta decisión de la ejecución final, cuando Moro ya había "hablado" y una tentativa de mediación dividía al gobierno y sobre todo, el aplazamiento *sine die* a hacer públicas las revelaciones que le habían sido arrancadas. Por parte del Estado: infiltrados mudos y que desaparecían de improviso, la comedia del lago de la Duquesa[64], la *intelligence* de vacaciones, las notas taquigráficas de los interrogatorios abandonadas durante años en Via Montenevoso y luego embargadas y censuradas por los carabineros, y después mantenidas secretas en vez de ser entregadas al magistrado. Aunque sea lanzando sospechas dudosas, una conclusión parece clara. En el caso Moro ha habido una convergencia más o menos consciente de dos tendencias: la de las BR —que no por casualidad, a partir de ese momento se separaron y se disolvieron tras desesperadas e insensatas ejecuciones a tontas y a locas— de anteponer la búsqueda de un resultado sensacional a cualquier racionalidad política, y la necesidad del Estado, seguramente no de hacer secuestrar a Moro, sino de evitar las consecuencias de

62 Silvano Girotto, conocido como fray Mitra, había sido misionero en Bolivia, donde participó en la resistencia armada en el golpe contra el presidente Torres. Formó parte de la guerrilla que combatió al dictador Hugo Bánzer. De regreso en Italia, se aproximó a las Brigadas Rojas, para finalmente colaborar con los *carabineri* en la detención de los fundadores de las Brigadas, Curcio y Franceschini (N. de T.).

63 *Servizio per le Informazioni e la Sicurezza Militare*. Era la agencia de inteligencia militar italiana. Con la reforma aprobada el 1 de agosto de 2007, fue reemplazada por la AISE (N. de T.).

64 El 18 de abril aparecía un comunicado (falso) de las Brigadas Rojas en el que se anunciaba el ajusticiamiento de Moro y se indicaba que su cuerpo se hallaba en el lago de la *Duchessa* (N. de T.).

cuanto él había ya dicho o hecho, o de cuanto, una vez liberado, podría decir o hacer (Andreotti, en privado, lo habría reconocido honestamente más tarde: de Moro, una vez liberado, podía nacer un gran problema). Al margen Craxi, que sin jamás asumir la responsabilidad de una propuesta atendible y realizable, empleó un discurso "humanitario" para desafiar la "firmeza" del PCI y afirmar el carácter libertario del nuevo PSI. Ahora se puede entender mejor porqué aquel suceso no sólo confirmó el final de una alianza que estaba ya en camino, y del que la responsabilidad recayó en el PCI, sino que contribuyó a la formación de un nuevo orden político. En suma, permite medir la gravedad del hecho de no haber jamás afrontado a fondo la cuestión del "doble Estado", antes de asumir un papel de gobierno.

No es por ello falso, sino del todo insensato, decir que la ruptura formal de la "gran coalición" la haya decidido el PCI de forma drástica y precipitada. Si se pone atención a las fechas y se consultan los archivos, parece cierto precisamente lo contrario, y lo tengo que decir a pesar de que no me guste. El 7 de enero de 1979, Berlinguer echó cuentas y propuso a la Dirección interrumpir la experiencia de la gran coalición. Pertini trató de remedar la situación dando un cargo a La Malfa. Sin embargo, el intento fracasó porque ya no había credibilidad. Se concertó, pues, un gobierno DC-PSDI-PCI que no salió adelante, y se acordó, entonces, convocar nuevas elecciones. El 30 de marzo se celebró el XV congreso, en el que Berlinguer dijo, finalmente, que "el PCI permanecerá en la oposición de todo gobierno que lo excluya", pero confirmó la "amplia entente" como perspectiva por la cual combatir. En esa línea el partido fue a las elecciones del 20 de junio de 1979 y pagó él sólo el precio de un fracaso común. Perdió el 4% de sus votos, en particular en las zonas obreras y entre los jóvenes. Con todo, el resultado electoral no indicó, de por sí, ni en general, un desplazamiento del país a la derecha: la DC, el PSI, también la extrema derecha, no ganaron casi nada, las pérdidas del PCI se fueron a la extrema izquierda, separada en varias listas, particularmente a favor de los radicales y del PDUP (que se había quedado solo tras una escisión y sin periódico, y por ello todos lo daban por muerto). La verdadera derrota del PCI, más que electoral, era política y habría visto la luz en los meses siguientes. El partido socialista craxiano no se limitó a acentuar su distancia del PCI, sino que hizo explícito un giro ideológico (ruptura con el marxismo aun más nítida de la que se dio en otras socialdemocracias, llevada a cabo en nombre de un improbable Proudhon, a fin de establecer una distinción con respecto a la totalidad de la historia pasada del socialismo italiano), y un giro radical de estrategia política (la alianza de gobierno, competitiva aun que permanente, con la Democracia Cristiana). El congreso de la DC, a su vez, derrocó a Zaccagnini, confiándose a Piccoli y a Forlani,

y aprobó un documento de compromiso en cuyo preámbulo excluía un acuerdo de gobierno con el PCI. Partícipe, o mejor organizador de ese cambio, fue Donat Cattin: lo registro porque él había mantenido una relación particular con la CISL y las ACLI y, por tanto, abría el camino a un creciente agrietamiento de las relaciones entre las confederaciones sindicales. Sólo en 1980 Berlinguer decidió un verdadero y radical giro, encontrando así un gran apoyo de la base del partido y una fuerte resistencia de la cúpula, resistencia que, como siempre, Amendola antes que nadie había reflejado nítidamente en un artículo en *Rinascita*, que había tenido un gran eco. Porque era un libelo contra "todas las concesiones llevadas a cabo, desde el sesenta y ocho en adelante, en favor del extremismo".

[Capítulo XVI]

LO QUE SE COCINABA EN LA OLLA: EN ITALIA

He dedicado mucho espacio a los años setenta y a la política que el PCI protagonizaba, pero concentrándome en los acontecimientos que dominaban la escena política; he dedicado poca atención o he ignorado totalmente fenómenos y tendencias que, latentes y oscilantes, ya durante esos años cambiantes daban sus primeros pasos y, sólo más tarde, habrían asumido una importancia decisiva.

EL MILAGRO A LA BAJA

Una primera tendencia en incubación era la forma específica asumida, en la economía italiana, por la crisis económica general y, por tanto, el papel que gradualmente ha desempeñado el poder capitalista. Ante todo, es necesario evitar algunos equívocos que nublan tanto el recorrido de las cosas, como su punto de llegada real y sus consecuencias a largo plazo.

Cuando se habla de la crisis económica en el caso italiano, no se habla de una recesión permanente, ni de inmovilismo estructural, carente, por tanto, de alternativas posibles. La renta nacional ya dice algo al respecto. Esta última, durante los años setenta continuó creciendo, con altibajos, aunque con una media anual del 3,7%: casi la mitad de los años sesenta, pero aún superior a la de los grandes países europeos (Francia 2,8%, Gran Bretaña 1,8%). Por otro lado no hay que ignorar que, desde el comienzo, Italia, aun estando globalmente menos avanzada y mucho más desequilibrada en su interior, disponía de notables recursos todavía por explotar y sus mismas zonas de atraso, si éste se atacaba, podían transformarse en recursos.

Doy algún ejemplo. La presión fiscal era todavía inferior al 30% del PIB (10 ó 15% menos con respecto a los otros países avanzados), ofrecía, por ende, un amplio margen para aumentar los ingresos. Además, aun siendo Italia un país medianamente pobre, el ahorro neto de las familias era del 20% (menos elevado que en Japón, pero mayor que en otros países desarrollados). Se trataba de decidir a quién pedirle estos recursos y a qué destinarlos de manera útil. La gran industria, tanto pública como privada, había adquirido capacidad, conocimientos y sobre todo potencialidad para seguir el paso de un nuevo salto tecnológico, que ya se estaba dando en el mundo. En muchos sectores: el de la electrónica, desde los bienes de consumo hasta la informática (Olivetti); el de la química, desde los productos de base hasta la química fina y la industria farmacéutica (Eni y Montedison); el energético, desde la energía fósil hasta la energía alternativa (Enea); incluso la siderurgia de calidad y los nuevos astilleros. También la agricultura, por fin menos fragmentada y ya mecanizada, podía dar paso a una moderna industria alimentaria de calidad; el patrimonio artístico y ambiental, bien administrado, ofrecía la base para una afluencia turística no desordenada; el sector de la construcción, autorizado por las rentas, permitía nueva ocupación y una reorganización urbana, el transporte sobre raíles era bueno para los trabajadores, aunque también para las empresas.

Todo esto, pues, no estaba "fuera de alcance", pero requería reformas estructurales audaces, una programación coherente, una administración estatal eficiente y una patronal con amplitud de miras. El camino elegido fue por completo diferente desde el inicio, a causa de la ausencia de un cambio político y también por la torpeza de la patronal.

El primer paso dado por ésta última, y que da la medida de su mediocridad, aconteció en 1970, aun antes de que la crisis internacional saliese a escena. En la lectura de, y en la respuesta ante, las luchas de 1969, en efecto, prevaleció la idea de que la causa del estancamiento del desarrollo, el obstáculo del que era necesario deshacerse cuanto antes, era tan sólo los aumentos salariales que habían arrancado los obreros. Yo no es tuve entre quienes consideraban, en la extrema izquierda, la crisis incipiente como una pura invención de los patronos; mucho menos entre aquellos que, en el PCI, se preocupaban sobre todo por las clases medias que habían quedado fuera del botín. Los aumentos del coste del trabajo en las grandes empresas, en efecto, habían sido considerables (+ 19%), y los conflictos sindicales aún abiertos se estaban extendiendo a otras empresas, y eran causa evidente de una reducción de la autofinanciación. Aun así la importancia que se les atribuía, y las respuestas que se les ofrecían, eran falsas, parciales y veleidosas. Falsas, porque tales aumentos inusitados eran tan sólo la consecuencia de una prolongada e insoportable compresión que había durado varios

decenios y, a su pesar, el coste del trabajo en Italia seguía siendo el más bajo de los países en concurrencia. Parciales, porque el legado de 1969 no consistía tanto en el aumento salarial cuanto en la protesta en contra de las condiciones del trabajo y del despotismo patronal en las fábricas y porque los salarios se mantenían reducidos por la urgencia de hacer frente a necesidades nuevas y esenciales (vivienda, transportes, sanidad), pero que el gasto público no garantizaba. Veleidosas, porque la fuerza acumulada por los sindicatos y por los consejos de fábrica, apoyados ya por el Estatuto de los trabajadores, no permitía recortes de salario, ni una intensificación brutal del trabajo. De hecho, de 1970 a 1973 las horas de huelga seguían bordeando los niveles de años precedentes; pero, cuando la huelga no era suficiente o se reprimía, entraba en juego el aumento del ausentismo. El choque frontal, por tanto, a diferencia de 1964-1965, hacía aún más daño a los patronos que a los obreros.

El gobierno, bajo la presión del avance de la derecha en las elecciones, trató de echarle una mano al extremismo empresarial (con el "decretazo", que subía las tarifas comenzando a dejar correr la inflación), pero sin resultados, también porque, a pesar de todo, la producción industrial, gracias a las inversiones precedentes, en 1970 continuaba creciendo. Así y todo, en 1971 el viento comenzó a cambiar un poco y la capacidad de las plantas a disminuir.

Es necesario reconocer que, en aquella incipiente estrechez, el sindicato, o mejor, precisamente sus sectores más avanzados, mostraron mayor amplitud de miras que el gobierno, los partidos y los patronos. Sin doblegarse al *diktat*, ni enrocarse en una pura defensiva, propusieron un nuevo tipo de lucha y nuevas prioridades a las plataformas reivindicativas. En dos direcciones: en las fábricas se concentraban en las reivindicaciones, no en el aumento salarial, sino en los problemas normativos (la integración en la plantilla única, negociaciones de las cualificaciones laborales, las 150 horas para el aprendizaje); fuera de la fábrica propusieron nuevas formas organizativas (los comités de zona) dedicadas a obtener la satisfacción de necesidades sociales que unían a las diferentes categorías, a norte y sur, empleados y desempleados, que interesaban también a las partes no parasitarias de la clase media. Las confederaciones aceptaron dicha línea pero sin convicción y con poca preparación, y encontrándose con la desconfianza de los partidos, PCI incluido, que veían esto como una intrusión en su territorio. Todos hablaban de un "pacto de productores", pero en el ámbito sindical no existía la fuerza necesaria para imponerlo, la patronal no estaba preparada para conceder nada que afectara a sus intereses ni a sus alianzas políticas (la DC) o sociales (la renta de la que participaba).

Comienza aquí una segunda fase, de cuya importancia nadie se percató. El gobierno, o de hecho, lo que es lo mismo, la DC, tras la se-

paración del dólar de la base del oro y la fluctuación de las monedas, y sobre todo después del alza del precio del petróleo, comprendió que el inmovilismo y el enfrentamiento frontal no bastaban para superar una crisis bastante generalizada y compleja. Con el gobierno Colombo y el apoyo socialista renovado comenzó, pues, una nueva etapa, que también fracasó, aunque no sin dejar la huella de un "reformismo bastardo". Una rasgo que caracterizó toda la gestión económica de la década: no ya un "compromiso histórico", sino varios compromisos, frecuentemente con plomo en las alas. Una parte de la patronal lo aceptó, poniéndole límites precisos, otra lo saboteó con la fuga de capitales y la huelga de nuevas inversiones ("el caballo no bebe" se decía por entonces).

¿Qué reformas y con cuáles resultados? Subestimarlas es un error. Algunas fueron contundentes, sobre todo las que no tocaban directamente al sistema económico, sino que ofrecían a la oposición contrapartidas en el plano institucional, a cambio de mayor moderación. La institucionalización de las regiones a lo largo del territorio nacional: la ley del referéndum; la escuela única y obligatoria para todos hasta los catorce años; el Tribunal Constitucional; la obligación para todos los ayuntamientos de efectuar una planificación urbanística; la reforma fiscal. Eran todas medidas impuestas por la Constitución pero siempre dejadas en suspenso; obtener su aplicación no era poca cosa, sino el preámbulo de una democracia más amplia y participativa de la que también una nueva política económica se habría podido beneficiar. Tampoco en este ámbito estaba todo limpio. Tomo por ejemplo las dos reformas más importantes. No se acompañó la institucionalización de las administraciones regionales con la descentralización de los poderes ministeriales, ni con una definición precisa de las materias que se les delegaban realmente, ni se les dio una responsabilidad directa en la gestión del presupuesto; de manera que mientras unas administraciones trataban de imitar a los *Lander* alemanes, otras, más numerosas, fueron arrastradas a seguir el "camino siciliano" (esto es, grandes recursos arrancados al Estado para una gestión asistencialista y el reparto del poder clientelar). La reforma tributaria, a su vez, ponía fin a una fiscalidad centrada por completo en los impuestos indirectos y se desplazaba hacia los impuestos personales, con una escala resueltamente progresiva. Pero, la estimación de la renta y la exacción se habían confiado directamente a las empresas, que actuaban directamente sobre el trabajo dependiente, mientras que los demás tipos de renta podían evadir fácilmente los impuestos, incluso podían evadirlos legalmente, porque las rentas financieras se beneficiaban de una tasa fija, y, por tanto, muchos podían beneficiarse de tasas privilegiadas. Así pues, los ingresos globales siguieron siendo reducidos y la intención redis-

tributiva se trasformaba en su contrario (pagaban más impuestos los trabajadores que sus empleadores).

El peor aspecto del "reformismo bastardo" se percibe aun mejor en otras medidas de política económico-social. La ampliación, más allá de todo límite, de las subvenciones para las industrias estatales o de créditos blandos concedidos a las privadas, aunque separada de todo objetivo o vínculo que no fuese el de salvar empresas en bancarrota (socialización de las pérdidas), o el poner en marcha el nacimiento de grandes estructuras para ofrecer empleo temporal en las zonas deprimidas, que luego, no obstante, se manifestaban carentes de mercado y sin efectos multiplicadores duraderos en la economía circundante. Incluso nacían instituciones apropiadas pare estos cometidos (Gepi, Efim, Egam). Además, a la cabeza de todos estos consorcios se colocaban directores escogidos por el gobierno y los partidos que lo apoyaban, pero a menudo fluctuaban entre el ámbito público y el privado (Cefis fue el caso típico). Fue la victoria de lo que un brillante librito definió como la "raza patrona[65]": colusión perversa de intereses públicos y privados en los puestos clave de la economía.

Dicha política funcionó en seguida como estimulo a la demanda, a la producción e incluso como tutela parcial del empleo y del salario. No obstante, a medio plazo produjo no sólo un déficit creciente, sino una degeneración de ese sector público de la economía que en el pasado había desempeñado un papel impulsor. En síntesis, un keynesismo manco y perverso: la paradoja Keynes (gasto público en déficit para reactivar la expansión, incluso abriendo agujeros para luego taparlos) se asumió al pie de la letra sin garantizar en absoluto que a ese gasto y ese empleo transitorios le sucedería un desarrollo capaz de reabsorber el déficit y estabilizar el empleo. La patronal no sólo toleró esta política, sino que la utilizó activamente para su propia ventaja, como un pozo del que sacar y como instrumento para una colusión orgánica entre los ámbitos público y privado. Además, las consecuencias perversas de esa política —inflación y devaluación de la moneda— en el presente inmediato favorecían sobre todo a la parte más poderosa, es decir, a la gran industria: facilitaba las exportaciones, reducía el salario real, facilitaba los despidos, también reducía en valor real el endeudamiento anterior.

A pesar de todo, esta situación no podía durar. En 1974-1975 la inflación superó el 20%, la lira tuvo que devaluarse de golpe un 16%. La escala móvil llegó a ser un escudo demasiado pequeño para los traba-

65 *Razza padrona. Storia della borghesia di estato*, obra de Eugenio Scalfari y Giuseppe Turani fue publicado por Feltrinelli en 1974. Los autores denunciaban la utilización de la economía pública para financiar la privada o salvarla de las crisis, calificando a la burguesía industrial que así se aprovechaba de "burguesía de Estado" (N. de T.).

jadores, pero también la clase media, en particular el empleo público, que había crecido ya para entonces, padecía las consecuencias; la demanda interna se restringía y las empresas sufrían el contragolpe. Así pues, la crisis tomaba la forma de recesión. Una situación semejante se reflejaba también en los equilibrios políticos, tal como demostraban los resultados de las elecciones de 1975.

Durante el breve intermedio que separa el gobierno del centroizquierda, agonizante a esas alturas, y el gobierno de la no desconfianza, se realizaron, pues, dos serias tentativas de compromiso directo entre las partes sociales: el pacto entre Lama y Agnelli acerca de la escala móvil integral y el punto único de contingencia y entendimiento, aceptado por el gobierno, acerca de una utilización más extendida del subsidio de integración[66]. En su núcleo, y en las intenciones que proclamaban, ambos eran compromisos serios y bien orientados (y, en efecto, Agnelli, presidente de Confindustria, fue entonces y después criticado ásperamente por sus filas). Con todo, observando más de cerca, se descubre también su ambigüedad. El acuerdo acerca de la escala móvil protegía a los asalariados, en particular a su parte más débil, pero contenía una grave omisión en relación con el presente inmediato y un riesgo para el futuro. La omisión radicaba en el hecho de que la nueva escala móvil descuidaba los efectos del drenaje fiscal sobre el salario. El riesgo, en perspectiva, era en cambio que el único punto de contingencia, siempre en un cuadro de inflación galopante, comportaba un excesivo achatamiento de las remuneraciones que paulatinamente ofrecía a los patronos un espacio para los aumentos individuales, con contrapartidas en los comportamientos de quien los aceptaba, y por tanto, a largo plazo, habría abierto una fisura en las plantillas y al final contribuyó al ataque a la escala móvil en general. Por otra parte, el uso del subsidio de integración, al comienzo, era también una buena idea. Protegía a los obreros sobrantes durante los periodos en los que se realizaba una reestructuración de las tecnologías o de los productos, pero no interrumpía la relación laboral y tenía que concluir con su reintegración. Todo esto, sin embargo, a condición de que el subsidio estuviese realmente ligado a una reestructuración que no recortase la plantilla, y que precisamente por ello fuese "rotativo". Sin embargo, eran precisamente éstas las condiciones que no las imponía quien pagaba, es decir, el Estado. Al contrario, los periodos de excedencia se alargaron, la rotación no se mencionaba siquiera y, en la práctica, el subsidio de integración se convirtió en un subsidio de desempleo, la mayor parte de las veces

66 Los subsidios conocidos como *cassa de integrazione* se otorgaban a trabajadores que pasaban a tener una jornada reducida o que se veían privados temporalmente de su puesto de trabajo (N. de T.).

en un periodo durante el cual los parados se preparaban para aceptar trabajo en otro lugar, por salarios más bajos o incluso en negro. Esos dos compromisos podían, pues, funcionar como una manera para que el capital continuara la política anterior y como premisa de una reestructuración de la que sacaba ventaja revirtiendo el coste en el Estado, o bien como premisa de un giro real de la política económica.

Se llegaba así a una encrucijada, después de haber desperdiciado muchos recursos, y ya no bastaban más medidas anticoyunturales o una simple política anticíclica. Era necesario mirar más a lo lejos, definir un nuevo orden del poder y un nuevo modelo de desarrollo. Los grandes países capitalistas eran conscientes del problema, se estaban moviendo para resolverlo: Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Suiza (más lentamente Inglaterra). Cada uno por vías distintas, o completamente divergentes, en relación a las diferentes orientaciones de las clases que asumían el liderazgo y con resultados más o menos veloces. Aun así, todos con un elemento en común, una sinergia virtuosa, impuesta o incentivada, entre la intervención pública y los poderes fuertes de la economía. La idea de que la "globalización neoliberal" haya nacido espontáneamente de las leyes del mercado es una leyenda urbana.

En Italia, la crisis económica necesitaba, más que en cualquier otro lugar, reformas estructurales, un nuevo equilibrio institucional, un nuevo proyecto, para gobernar la crisis sin salir "para abajo". En cambio, ni siquiera se intentó. Ya he hablado del retraso y de las carencias que el "compromiso histórico" llevaba consigo en el plano programático; y también del muro que la DC oponía a las reformas verdaderas. Hay que añadir, sin embargo, como sucede frecuentemente en la historia, una buena dosis de mala suerte: el azar quiso que la victoria electoral que hacía imposible gobernar sin los comunistas y la breve unidad de la izquierda llegaran a coincidir con el momento más grave de la crisis económica, lo cual hacía que las decisiones fueran más apremiantes y difíciles. En cualquier caso, es preciso agregar también la grave responsabilidad de la patronal, a causa de viejas torpezas y nuevos intereses corporativos. Aunque en verdad, en ella existía también un atisbo de conciencia de la necesidad de escoger entre continuidad y arriesgadas innovaciones. Me lo hace pensar un curioso episodio, que ha permanecido reservado hasta tiempos recientes y estuvo ausente de todas las actas. Al comienzo de los gobiernos de unidad nacional Guido Carli, nuevo presidente de Cofindustria, solicitó una entrevista con Luigi Longo, de quien conocía su autoridad y autonomía de juicio. Lo que sorprende de dicha entrevista es el hecho de que Carli no le pidiese en absoluto al PCI avalar nuevos sacrificios de los obreros o una reducción genérica del gasto social, sino que dijo: "Las medidas coyunturales o asistenciales ya no son suficientes; o bien ustedes, comunistas, logran

moralizar el gasto público y la administración, consiguen imponer una política económica rigurosa y eficiente, sanear las rentas, o no habrá motivo alguno para que una parte del país deba aceptar la participación de ustedes en el gobierno". En realidad, lo que entendía por moralización y eficiencia era diferente de lo que la izquierda atribuía a las mismas palabras; sin embargo, la importancia del problema estaba reconocido: era necesario salir del pantano, romper la continuidad con el pasado. No obstante, si, tal como refiere Barca, Longo escuchaba con "mirada irónica" era por un motivo completamente diferente. Porque lo que decía Carli estaba por completo en contradicción con lo que la patronal decía y hacía cada día. Las señales eran evidentes. La misma familia Agnelli se había metido, por primera vez, en política (Umberto, en las listas democristianas, en una campaña electoral que tenía como objetivo prioritario dejar a los comunistas fuera del gobierno; Susanna, en las listas republicanas, precisamente en el momento en el que La Malfa se comprometía a legitimar las financiación oculta de los petroleros). Los grandes periódicos pedían, al igual que Montanelli, "votar a la DC tapándose la nariz". Gran sobriedad de la patronal al hablar del caso Sidona, del Banco Ambrosiano, más tarde de la P2, en la que tantos de ellos estaban comprometidos. Durante toda la legislatura hubo resistencias contra una verdadera reforma urbanística; una polémica total en contra de la industria pública en déficit, pero no en contra de las facilidades crediticias concedidas indiscriminadamente, ni de los "rascacielos en el desierto" en los que participaban; ninguna campaña a favor de un aumento de la investigación científica, sustituida por la fuga de cerebros y la compra de patentes extranjeras; la reorganización de las altas finanzas privadas según el modelo de las cajas chinas y de las "buenas influencias", al que tenían acceso los notables de la "raza patrona". Scalfari predicaba bien, pero la gran burguesía italiana, en su conjunto, no sabía dar trigo. Y, en efecto, durante el periodo de la unidad nacional, la política económica prosiguió sin giros significativos: generosa financiación pública, en déficit, para mantener a las empresas en bancarrota y para reducir el impacto social de las que eran capaces de reestructurarse.

Veamos algunos de sus aspectos para no meterlo todo en el mismo saco. Un nuevo proyecto, socialmente ecuánime, económicamente plausible, debía ser medido en torno a tres cuestiones. En primer lugar, en el presente inmediato, la redistribución de la renta: ¿quién tenía que aguantar el peso de los endeudamientos acumulados, para así encontrar recursos para un tipo de desarrollo nuevo a la vez que dinámico? Berlinguer elaboró a propósito un discurso relevante y valiente: habló de "austeridad", pero generó desconfianza o ironía tanto en la derecha como en la izquierda. Yo no me cuento entre quienes le negaban su

valor, todo lo contrario, había ya empleado, a mi manera, la misma palabra, por el valor que tenía en perspectiva como crítica del consumo inducido y puro simbolismo de estatus y porque indicaba un problema real. Desplazar la renta, en aquel momento, a favor de los consumos colectivos, de las necesidades primarias y de la extensión del sistema productivo, sin comprimir la demanda global, era la condición necesaria para un futuro de bienestar y más civilizado. Con todo, su discurso no por casualidad era elusivo, evitaba precisar a quién habría que imponer la austeridad. ¿Indiferentemente a todo el país (como sostuvo Amendola) para demostrar el sentido de responsabilidad de la clase obrera, ante el interés nacional? ¿O bien, con un criterio selectivo y riguroso: garantía del salario real y del empleo, facilitaciones más generosas en dinero y servicios a los más pobres?; ¿más drenajes fiscales sobre las rentas privilegiadas y los consumos opulentos? ¿Política de rentas? Sí, política de rentas, pero no mediante un vínculo con la contratación, sino con un sistema fiscal por fin efectivo y la autodeterminación del sindicato (que en Italia, al igual que en Suecia, no era corporativo). La DC, junto con los patronos, oponía un muro en contra de esto. Sin embargo, aparte de Trentin y la FLM, también el PCI titubeaba al respecto. Ya fuese para no romper el acuerdo político recién alcanzado, ya fuese porque era peligroso distinguir en el vasto archipiélago de los privilegios los sacrosantos derechos de los más pobres, las posiciones de las grandes o pequeñas rentas, la evasión fiscal en el mundo de la pequeña empresa, o los mayores patrimonios y los capitales dispuestos a la fuga. La administración pública, por ineficiencia o complicidad, no estaba preparada para garantizar la observancia de las medidas fiscales en contra de evasiones y erosiones. Por tanto, en sustancia no se hizo casi nada al respecto.

El segundo nudo a deshacer era más importante y más complicado. ¿A qué fin destinar los recursos aún encontrables según un proyecto coherente? ¿Qué perspectiva fiable ofrecer a cambio de eventuales sacrificios para hacer a éstos aceptables? La dificultad más evidente y grave estaba relacionada con la cuestión del plan de aplicación. El poder público en Italia era muy vasto: en la gran industria y en la banca. En el pasado había sido capaz de estimular y guiar el despegue de una economía arruinada. Debía poder asumirse, en abstracto, como puntal de un plan de aplicación allí donde las inversiones necesarias eran imponentes y de rendimiento diferido, pero también como apoyo a la iniciativa privada, mediante investigación y subvenciones negociadas, para explotar al máximo competencias y experiencias hacia los sectores de futuro. Ha pasado mucha agua bajo los puentes desde entonces, un agua enlodada. La industria pública estaba ya cargada de deudas (11.000 liras de deuda frente a 1.000 liras de facturación), a causa de

los salvamentos a los que había tenido que hacer frente, de las grandes estructuras puestas en marcha sin discernimiento y de la llegada a su dirección de una nueva generación habituada a obedecer sin rechistar. Los bancos a menudo concedían préstamos con apoyo público a empresas demasiado endeudadas con ellos y que corrían el peligro de caer en la insolvencia. Es poco verosímil, y tampoco serio, hablar pues de programación sin la voluntad y el poder para revolucionar todo el andamiaje. El beneplácito de la Democracia Cristiana al saneamiento de su santuario era poco probable; los patronos tenían puesto todo su interés en utilizarlo como almacén de avituallamiento. Los sindicatos, en nombre de los puestos de trabajo, estaban obligados a ser flexibles.

Viéndolo bien, el plan de aplicación afrontaba en ese momento también otros obstáculos, no solamente en Italia. El mercado internacional no expresaba aún previsiones razonables para el futuro, hacia las cuales dirigir inversiones de gran envergadura. Y aun más: una vez superado el umbral de las necesidades primarias, y conseguida la capacidad de la producción de orientar ella misma el consumo, decidir una escala de prioridades hacia la que encaminar la investigación y las inversiones se convertía en una decisión más libre y compleja, mediante la que se expresaba una u otra cultura y una u otra civilización, acerca de qué producir, además del modo de producirlo. Problemas que se habían vuelto todavía más complejos si se consideraba la enorme diferencia entre las condiciones materiales y los diferentes valores presentes y activos en el mundo, o las nuevas cuestiones por resolver o dejar sin solución, como por ejemplo la ambiental. Honestamente no se puede decir que este tema del plan de actuación haya sido obviado por completo en la confrontación política de los últimos años setenta. Así fuese de manera reductiva, y con extrema pobreza de ideas, el PCI hizo el intento de colocarlo en centro de una nueva política económica. Surgían diferentes hipótesis, a me nudo, en su grupo dirigente, acerca de los instrumentos y los objetivos, había quien continuaba depositando confianza, de una manera o de otra, en la intervención pública y en la posibilidad de encauzarla hacia lo mejor (los amendolianos más cercanos), y quien (orientado por Franco Rodano e influyendo sobre Berlinguer) veía como necesario ponerle diques en los márgenes y se ilusionaba con actuar de manera indirecta en la calidad del desarrollo, con paquetes de peticiones sociales. Dicha discusión, que siguió siendo demasiado genérica y en la cúpula, no generó ningún diseño orgánico y el enfrentamiento con la DC y con el gobierno se arrastró sin mucho provecho.

Sin embargo se arrancó un compromiso que, en 1977, se concretó en una ley aprobada por el Parlamento: la ley destinaba fondos para financiar los planes de reestructuración sectorial. Dichos planes, a pe-

sar de todo, no estaban coordinados entre sí ni definidos con precisión. El trabajo de puntualizarlos se confió principalmente a un comité de ministros, y su aplicación a los aparatos administrativos. Los sindicatos lo creyeron, y abrieron varios conflictos sindicales, con movilizaciones y huelgas, pero el resultado fue por completo decepcionante: un plan para la construcción de centrales nucleares (que se inició y luego quedó interrumpido e inoperante como consecuencia de la disconformidad de la población). Por lo demás, los recursos asignados permanecieron sin utilizar o se distribuyeron indiscriminadamente: el plan de actuación quedó, en su conjunto, como una veleidad.

Menos unívoco debe ser el juicio acerca del tercer aspecto de lo que tenía que representar un cambio trasformador, esto es, la construcción de un "Estado social" moderno. Era un asunto apremiante, ya fuese para ofrecer a los trabajadores una contrapartida visible respecto a la moderación salarial, ya fuese para ofrecer una nueva ocupación no parasitaria y un apoyo general a la producción. Un solo intento, en esa dirección, se puede decir que llegó realmente a buen fin, aunque fuera al final de la legislatura, con una ley orgánica e innovadora. Un nuevo sistema sanitario, entre los más avanzados de Europa, público y universal, debía garantizar a todos, de manera gratuita, los cuidados y promover la prevención. Llevarlo a cabo, de todas maneras, no era fácil, no sólo por el gasto que conllevaba, sino también por la realidad con la que se tenía que enfrentar. La organización sanitaria hasta entonces presentaba, en efecto, dos Italias. En el norte del país, ya en tiempos de las "mutualidades", había predominado un sistema parcialmente público aunque con sólo un discreto funcionamiento, en el que había ingresado una generación de médicos que creían en la institución y no perseguían grandes estipendios. Contrariamente, en el centro-sur se mantenía una sanidad privada intocable, frecuentemente administrada con lógicas especulativas, que dejaba al sistema público los deberes más difíciles y costosos y asumía los más rentables, que el Estado reembolsaba "previa presentación de justificantes". Si a esto se suma el sistema de reparto en la gestión regional, el uso hipertrófico de la hospitalización, la ausencia de un plan sanitario nacional, la inflación del consumo de fármacos inútiles, las crecientes y onerosas parcelas de la profesión privada, es fácil apreciar las raíces de futuras ineficiencias. En cualquier caso, se había aprobado un principio de generalización que persistió.

Desde el punto de vista de la crisis económica, sin embargo, no era la sanidad el aspecto más importante de la tentativa de un nuevo *welfare*. En lo inmediato, más corrosivos eran otros o podían serlo y no casualmente fracasaron. Me refiero, en particular, al asunto de la vivienda. Usualmente la vivienda era sobreabundante donde no hacía falta o deficitaria donde la inmigración interior la hacía necesaria. La cota

de los alquileres era ya el elemento más pesado en el balance familiar de las masas. El sector privado de la construcción, agobiado por el precio del suelo, cuando construía vivienda nueva la ofrecía a precios absurdos. El sector público y de protección social de la construcción, que a pesar de todo, durante los años 1962-1967, había construido anualmente 361.000 habitáculos, durante 1972-1974 descendió a 198.000, y en 1977 a 140.000. Su relanzamiento era un agudo problema social, pero también un problema productivo decisivo, con muchas ramificaciones.

En apariencia el gobierno tomó decisiones importantes al respecto. Se asignaron importantes recursos para la construcción pública, se incentivó por medio del derecho de comprar a precio agrícola las áreas destinadas a ella y así cubrir también los gastos de urbanización y los servicios. Pero fue suficiente con una normativa colmada de ardides y obstáculos, una hostilidad pertinaz del aparato administrativo tanto central como local y la resistencia pasiva de los empresarios, para sabotear el proyecto e invertir su intención: de mil billones destinados a casas de protección oficial, sólo 24 arribaron a buen puerto, el resto terminó de diferentes maneras destinado a la compra de casas particulares o falsas cooperativas, tal como había sucedido siempre y sucedió también después. Con una distorsión no sólo social, sino también económica. Pues alejaba el lugar de residencia del lugar de trabajo, sobredimensionaba la vivienda comprada en vista de hijos futuros o de conveniencias patrimoniales, o alimentaba el repliegue hacia las pequeñas ilegalidades. En el fondo, un fracaso. También se dedicó, al tema de la vivienda, otra reforma malograda: a la vivienda en alquiler se le impuso un "alquiler controlado", que debía de ser asequible y garantizar la movilidad poniendo en el mercado un gran número de alojamientos, cuyos alquileres estaban congelados desde la posguerra, y por ello estaban degradados o eran inaccesibles. En cualquier caso, al faltar en la ley una norma que estableciese la justa causa para el desahucio al término del contrato, y en la cada vez más grave ausencia de construcción pública, el resultado de ese "alquiler controlado" fue inverso a la intención: muchas casas se mantuvieron desocupadas por sus propietarios a fin de venderlas mejor al presentarse la ocasión, o bien se alquilaban con contratos en negro que se escabullían por completo del fisco.

No menciono la enseñanza ni la investigación, que habrían tenido que desempeñar un papel esencial en una nueva perspectiva de desarrollo, pues nada hay que decir. Aparte de anotar que la escuela de masa sin reforma de métodos y programas y con escasa financiación llevó a la "escuela fácil", a una degradación de la formación cultural y profesional, a un nuevo tipo de diferenciación de clase en su interior, al desapego de unos educadores mal pagados y a menudo precarios. En-

tretanto, la desidia y la escasez de inversión pública en la investigación científica y tecnológica no fue sustituida por un crecimiento de la investigación privada, sino por la importación de patentes, la exportación de cerebros, o la compra que las multinacionales llevaron a cabo de las empresas y de los mercados más prometedores.

El capitalismo italiano, en esta ausencia de un giro político y reformador, a la cual había contribuido y explotado durante mucho tiempo, encontró a fin de cuentas el modo y la posibilidad de definir y de imponer un camino de salida propio. No era en realidad un proyecto lúcido, con el ambicioso objetivo de producir un segundo milagro económico y de participar con un papel de primer plano en un futuro orden mundial, sino una adaptación pragmática para no quedar completamente excluido. Una adaptación para la que disponía de condiciones reales y que él mismo había construido a lo largo de la década, buscando y encontrando apoyos necesarios. Por ello, y dentro de límites precisos, rechazo el término de *restauración* o el de *inmovilismo* a favor de la expresión paradójica de "milagro a la baja". Hubo una reestructuración, a la italiana, y la patronal, a intervalos discontinuos pero con lucidez, asumió un papel de protagonista a medida que los gobiernos de unidad nacional fracasaban.

Esta reestructuración económica avanzaba en dos frentes, y mediante dos iniciativas paralelas. La gran y mediana industria moderna, ya madura, encontró los medios y la posibilidad de aguantar y de modernizarse reduciendo su propia plantilla (en una media de un tercio), aunque no la producción global. No tanto, o no sólo con los instrumentos clásicos de los despidos y de la intensificación del trabajo, ni sólo con subvenciones a intereses blandos, sino con el subsidio permanente de integración, y sobre todo al sacar fuera de la fábrica partes del proceso productivo, confiándolo a una red extensa de pequeñas o medianas sociedades, formalmente autónomas aunque sustancialmente dependientes, en donde los salarios eran más bajos, los derechos estaban poco garantizados, la producción era más flexible.

Paralelamente, se introducían nuevas formas de organización del trabajo ya inventadas y experimentadas en Japón, o en Suecia, para así aumentar la productividad, acortar la cadena de mando y conferir directamente más responsabilidad a los trabajadores en la calidad del trabajo final; se daba además, una mayor autonomía al aparato comercial. Por último, las primeras pero vistosas deslocalizaciones internacionales (Polonia, Brasil) en lugares en donde el coste del trabajo era muy bajo o había expectativa de conquistar nuevos mercados. La Fiat es el ejemplo más claro de esta estrategia empresarial: desde entonces el empleo en la gran industria ha ido en descenso, independientemente de la coyuntura de turno.

El motor de los reencontrados superávits en el balance residía en la reducción de los costes, y en parte estos superávits se transferían a actividades a veces extrañas al *core business*[67], particularmente atraídas por las finanzas. La otra cara negativa de tal reestructuración no era sólo una menor ocupación laboral, menos pagada y menos garantizada, sino también el progresivo sacrificio de empresas y sectores que podían re presentar la vanguardia del progreso tecnológico, pero que requerían grandes inversiones con rendimiento a largo plazo. Ejemplos típicos: informática y química (Olivetti, Montedison, las mayores empresas farmacéuticas, la industria alimentaria).

El segundo frente de la reestructuración industrial se ubicó en la vertiente opuesta. El crecimiento exponencial de las pequeñas y pequeñísimas empresas, que ya habían tenido un papel relevante en el arranque del milagro italiano, vinculado a la emigración estable y de proximidad, mayoritariamente en las zonas campesinas de aparcería dotadas de latentes capacidades empresariales. Durante los años del desarrollo, sociedades de este tipo habían crecido y se habían hecho notar. Al menos una parte de éstas, con la ayuda de un ambiente social favorable y el apoyo de las administraciones locales, además de haberse consolidado, había, por decirlo así, descubierto por cuenta propia las ventajas de la especialización territorial, que un gran economista de comienzos de siglo, Marshall, había entendido teóricamente. De alguna manera se servían de tecnologías avanzadas y habían encontrado su canal directo con el mercado internacional. La base común de estas sociedades eran los bajos salarios y la evasión fiscal, aunque frecuentemente también una elevada profesionalidad y una fantasía emprendedora. Durante los años setenta la crisis, la nueva división internacional del trabajo, los nuevos consumos individuales, permitieron que este modelo se extendiese a diversas nuevas regiones, diferenciándose ulteriormente en la dimensión de las empresas y en el tipo de especialización. Hallaron una gran ocasión en los espacios intersticiales de mercado que la reestructuración de los países más avanzados abandonaba y que los nuevos países en vía de desarrollo no eran todavía capaces de conquistar. Se denominaron *distritos industriales*, vistos en todas partes del mundo con gran interés, a pesar de que alrededor de ellos, o en otras zonas, pululaban pequeñas empresas semiclandestinas, de trabajo totalmente en negro. Era "el arma secreta" del capitalismo italiano.

Eso no quita que, en conjunto, ese tipo de reestructuración llevaba consigo costos sociales, políticos y debilidades económicas ya jamás recuperados. La lista es fácil, porque en muchos aspectos los tenemos

67 Conjunto de actividades esenciales que realiza una empresa y que la caracterizan y diferencian en el mercado (N. de T.).

aún delante de los ojos. Grietas crecientes en el mundo del trabajo asalariado y, por tanto, mutación objetiva en las correlaciones de fuerza entre clases (diferencias salariales, trabajo precario o en negro, cooptación de los cuadros más activos e inteligentes hacia la clase media empresarial y en el mundo fragmentado de los servicios). Decadencia de los sectores más nuevos y avanzados de la industria, aquellos que habrían definido y liderado el futuro. Reproducción en forma nueva de los desequilibrios territoriales, base de otras y muchas otras degeneradas novedades: compenetración entre delincuencia y economía, colusión entre delincuencia y política. Estabilización casi estructural de la evasión fiscal y complicidad generalizada entre dinero, tolerancia fiscal y consenso electoral. Como resultado de todo esto, una vorágine en la deuda pública consolidada: 20-25% del PIB durante los años sesenta; 41% en 1972; 60% en 1975; 90% en 1979, hasta más del 100% en 1988.

¿No es legítimo hablar de un "milagro a la baja"?

[Capítulo XVII]

LO QUE SE COCINABA EN LA OLLA: EN EL MUNDO

LA ÚLTIMA GUERRA FRÍA

El vacío más importante, que salta a la vista de manera más notoria en el análisis de ese periodo, tiene que ver con la evolución de la situación internacional. Tal como había sucedido en 1946, el PCI, pero también sus críticos de izquierda, no se dieron cuenta de que estaba ya comenzando una nueva fase de la Guerra Fría, ni que era preciso equiparse para echar cuentas, intervenir en ella tan pronto como fuese posible, cuando estaba aún en sus primeros pasos. Salíamos todos a la calle para apoyar la lucha de los vietnamitas y luego para exaltarnos con su victoria, o para denunciar la represión contra el legítimo gobierno chileno. Con todo, veíamos en una cosa y en la otra la confirmación de un nuevo impulso revolucionario y de un imperialismo en crisis, obligado ya a contrarrestarla con el puro recurso a la fuerza. Nos distanciábamos entre quien sacaba como consecuencia la necesidad de la prudencia y la posibilidad de construir alianzas más amplias, y quien sugería, en cambio, acelerar el paso para sostener ese impulso mundial y aportarle la contribución activa de Occidente que aún le faltaba. Aun así, el cuadro global y realista de la situación, el nuevo tren que se estaba poniendo en marcha en el mundo, se nos escapaba. Y, en efecto, cuando se puso sobre el tapete el asunto del cambio de gobierno en Italia, las cuestiones de una activa y nueva política exterior pasaron a la última página de la agenda.

Lo primero que hay que decir es que al principio, la última fase de la guerra fría se presentó como una competencia entre dos potencias en crisis, tanto en su fuero interno como en el propio sistema de alian-

zas: crisis económica, crisis geopolítica, crisis de hegemonía (aunque siempre bajo el abrigo del equilibrio del terror atómico). Agrego, de inmediato, dos consideraciones acerca de la crisis económica.

La primera es que la clase dirigente de las mayores naciones occidentales tuvo la capacidad de percatarse muy pronto de su envergadura. Sus propios gobiernos no eran ciertamente sólidos. Nixon había ganado las elecciones presidenciales, pero ya durante las primeras semanas declaró: "Este país está en la anarquía" y, en cierta medida, lo estaba realmente porque se encontraba empantanado en una guerra costosa y que estaba perdiendo; la revuelta juvenil y el movimiento antirracista habían estremecido la confianza popular; en Europa, las socialdemocracias, llegadas al gobierno sobre la ola de expansión económica y de la extensión del Estado del *welfare* (atravesaban dificultades cuando la expansión decaía. Aun y así, encontraron, en 1973 y sobre todo en 1975, una sede informal —inventada por Kissinger y denominada Trilateral— en la que políticos poderosos, grandes empresarios, acreditados académicos se reunían para establecer un análisis y acordar una línea inmediata a fin de no precipitarse en el caos. El nombre era un tanto inexacto, porque Estados Unidos y Japón participaban en calidad de potencias reales, y Europa, en cambio, era, y sería así durante bastante tiempo, sólo un mercado común y un sujeto político no autónomo. Con todo, la Trilateral dio resultados importantes.

Ante todo, excluyó la fácil idea de que la crisis fuese achacable principalmente a la subida del precio del petróleo y eludió hacerle frente mediante el proteccionismo y la defensa de cada una de las monedas (experiencias desafortunadas sufridas ya durante los años treinta). En segundo lugar, comprometió a todos, en lo inmediato, a perseguir dos objetivos preliminares: reducción del salario real y del desorden en el mundo fabril, contención del gasto social que había ya sobrepasado los niveles de alerta. De hecho, de maneras diferentes y en diferente medida, esos dos objetivos se adoptaron y en parte se llevaron a cabo por medio de la alternancia de inflación y deflación y con la laminación de los sindicatos. A ello, la Trilateral agregó dos consejos: el de una concertación libre, aunque permanente, entre las políticas económicas de los diferentes Estados, y el de la construcción gradual de organismos reguladores de la economía mundial, supranacionales más que internacionales. Tales consejos se pusieron en práctica enseguida, incluso muchos países recurrieron a la devaluación de su moneda para hacer frente a situaciones de emergencia y agilizar temporalmente las exportaciones. Ahora bien, en un periodo más largo se crearon o reforzaron organismos potentes con una guía estadounidense reconocida, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, que estimulaban y protegían el desarrollo de unas finanzas privadas mundiales y

la multiplicación de enormes empresas transnacionales. Por último, se promovió, sin enunciarla pero de forma organizada y financiada, una contraofensiva teórica que pusiese fin a la indiscutida hegemonía del pensamiento económico keynesiano. Este objetivo se persiguió al comienzo con gran desorden: florecieron muchas escuelas de pensamiento (la de Chicago fue sólo una entre otras) velozmente rechazadas y sustituidas (los libros agudos e irónicos de Paul Krugman brindan un examen de dicha confusión y de los medios empleados para alimentarla), pero el sedimento que quedó en los gobiernos, en las universidades, en los medios de comunicación, fue el de la supremacía de una genérica orientación neoliberal.

Debe añadirse una segunda observación, banal pero poco atendida, para subrayar la prolongada precariedad del proceso real en curso en el terreno económico. En casi todos los grandes países occidentales, más allá y más acá del Atlántico, el estancamiento, aun sin precipitar sino rara vez en una recesión, duró mucho tiempo (la tasa de desarrollo del PIB durante los años ochenta e incluso después fue en promedio en Europa más bajo que durante los años setenta). Incluso allí en donde, en Inglaterra y Estados Unidos, el máximo programa neoliberal pudo aplicarse más radical y velozmente, los resultados fueron muy decepcionantes y durante los primeros años alarmantes (la crisis de 1982). En el mismo periodo la inflación, llegada a un máximo, se contuvo pero no se extinguió. Crecieron aparatosas desigualdades sociales, y el desempleo llegó a cotas que recordaban los años treinta, o se compensó con trabajos de bajo salario o precarios. En sustancia, pronto se hizo evidente que el capitalismo no habría salido de ese tipo de crisis tan sólo exprimiendo cada vez más a los trabajadores en beneficio de las ganancias. Tenía necesidad de una reestructuración más profunda, que le permitiese recuperar una tasa superior de incremento de la productividad general, y de mercados más vastos que ofreciesen una salida. Problemas que no eran fáciles de resolver.

Durante la posguerra una solución a tales problemas había sido relativamente simple. El motor estaba ya disponible: la realización final de la industrialización fordista, dirigida al consumo de nuevos bienes individuales de masa, y su exportación a los países vencidos, o semidestruidos, pero capaces de participar de ella, políticamente integrados y económicamente abiertos a un mercado común (Europa occidental, Japón). Sin embargo, ahora las cosas eran mucho más complicadas. El poder del sindicato, si bien debilitado, hacía menos eficaz el efecto del desempleo sobre el coste del trabajo. Con todo, incluso cuando y donde se obtenía algún logro, la mejor parte del trabajo quedaba por hacerse. El problema de un nuevo salto tecnológico no estaba resuelto y listo para ser imitado, porque atañía a la economía dominante, acosada por

los países a cuya modernización había contribuido. Esta disponía, en realidad, de una reserva de la que echar mano para afrontarlo: el papel del dólar como moneda mundial y, aún más, el patrimonio de conocimientos y de capital humano acumulado durante décadas mediante el sistema militar-industrial. Pero para alcanzarlo, tal como ya había comenzado a hacerse (la producción y el uso de los ordenadores), se necesitaba tiempo y también capacidad para extenderlo de manera conveniente en el conjunto del aparato productivo (incluso al inicio costaba más de lo que rendía). Sobre todo, la industria, donde la productividad podía crecer más fácilmente, había reducido ya su peso, se extendía en cambio el sector de los servicios en el que los incrementos de productividad eran más lentos y menos rentables. Lo sufragaban las finanzas y la deslocalización, pero era preciso entonces encontrar una nueva división internacional del trabajo, e integrar en el desarrollo una nueva y gran zona del mundo. Dicha zona existía, pero era económicamente atrasada y políticamente poco de fiar.

He aquí por qué a comienzos de los años setenta, en mi opinión, el problema esencial, incluso para los fines de la economía capitalista, era ya geopolítico. ¿Quién y cómo podía organizar, imprimiéndole su propio sello, un nuevo orden mundial? El mundo estaba aún dividido en dos campos, organizados en torno a dos grandes potencias, y fuera de ambos quedaba una parte grande, liberada del dominio colonial, por completo incierta subjetivamente y objetivamente inadecuada, a la hora de definir el propio futuro. Ésta es la partida que se ha jugado en ese periodo, con respecto a la cual entonces la izquierda europea no fue consciente y careció de iniciativa. Su resultado lo determinó, más que la fuerza del capitalismo, la evaporación de aquellos que hasta entonces se habían propuesto contrarrestarlo, obteniendo algún éxito.

CRISIS EN EL ESTE

El factor principal de esa evaporación fueron la crisis de Unión Soviética y la total incapacidad de su grupo dirigente, es más, su intransigente aversión a actuar, o incluso tan sólo a buscar, cualquier cambio innovador en la economía, en las instituciones políticas, en la ideología, en la organización del partido, en las alianzas internacionales. Era, en síntesis, algo más que una crisis económica que tardó años en emerger: era la crisis de todo el sistema. Sin embargo, nadie en Italia se percató ni de su naturaleza, ni de su envergadura ni de sus consecuencias, o por lo menos nadie discutió al respecto seriamente.

El grupo dirigente del PCI —y también no pocos militantes— estaba convencido de que ya la URSS poco tenía que ver con el socialismo, pero seguía creyendo en su capacidad como gran potencia. Hacía más

evidentes sus desacuerdos con ese tipo de sociedad, pero se guardaba mucho de contribuir a su evolución, manteniendo más bien, por el contrario, una relación diplomática. Las socialdemocracias europeas, a su vez, encontraban una confirmación de su convicción de siempre acerca del carácter irrevocablemente autoritario de ese régimen, pero también una razón más tranquilizadora para convivir con éste. Incluso quien, como yo y todo el grupo de *il manifesto*, desde el sesenta y ocho praguense había afirmado sin reticencias que la Unión Soviética ya no se podía considerar un país socialista por su estructura de clase además de por sus instituciones políticas, y no daba crédito a su capacidad de auto reformarse en la continuidad, no preveía, con todo, su derrumbamiento a corto plazo, ni se detenía en torno de sus eventuales consecuencias. Uno se contentaba con el sugerente eslogan de que "del estalinismo se sale por la izquierda" sin interrogarse demasiado acerca de cómo, de cuándo, con qué fuerzas, con qué etapas, aquello pudiese realizarse.

Hoy, en cambio, sabemos todos que esa crisis, en menos de veinte años, había significado el derrumbe de ese Estado, de esa sociedad, de esa potencia, sin guerra aunque también sin herederos. Cómo y porqué todo esto haya ocurrido concretamente y con qué consecuencias, es un problema de gran complejidad (como el derrumbe de la Segunda Internacional ante la Primera Guerra Mundial). No obstante, es útil y posible anticipar algo de lo que había sucedido durante los años setenta y que dio pie para que ocurriese.

La larga "glaciación brezhneviana", de cuyo nefasto papel se ha hablado demasiado poco, no era inmovilismo, o lo era sólo en apariencia. Cuando uno permanece quieto mientras la realidad corre, porque no tiene energías para mantener el paso, primero se queda relegado, luego se esfuerza en salvar el retraso, por último se desmoraliza y se retira. Es precisamente esto lo que ha ocurrido. En el plano estrictamente económico, durante los años setenta, la URSS parecía estar más o menos bien con respecto a la crisis de Occidente. La estabilidad política y el regreso a la planificación centralizada (tras los últimos intentos de reforma y descentralización, improvisados, dejados a medias y frecuentemente malogrados que realizó Kruschev) aseguraron durante algunos años un índice de desarrollo respetable, de cualquier modo superior al de los países occidentales. Pero ese desarrollo estaba enfermo: quedaba, como siempre, concentrado en la industria pesada y en la militar, sin preocuparse demasiado por su productividad; nuevos sectores industriales innovadores (química, petroquímica, electrónica, para los que existían abundantes materias primas, extrema competencia científica, técnicos capaces) se habían descuidado; el sistema de precios permanecía arbitrario; la industria ligera de bienes de consumo de masa era todavía la cenicienta o producía bienes de mala cali-

dad. La agricultura mejoraba, tras un largo estancamiento, gracias a la extensión de las tierras cultivables y a la mayor autonomía dejada a los campesinos (fruto de iniciativas precedentes de Kruschev), pero cuando dichos espacios, en vez de extenderse, se redujeron por la falta de fertilizantes (producidos por una industria química estancada) y de una mecanización adecuada, la agricultura volvió a decaer. El sistema de transporte, lento y lleno de lagunas, hacía aleatorias las remesas entre las industrias y, mucho más, el abastecimiento de las ciudades.

Podría continuar, pero esto evidencia el *impasse* estructural. La planificación centralizada había obtenido resultados extraordinarios cuando se trataba de construir y extender las bases de la industrialización, o de responder a las necesidades esenciales; no obstante, no podía funcionar cuando la economía se había hecho compleja y las necesidades, individuales y colectivas, podían ser orientadas pero no impuestas, mucho menos si se trataba de establecer relaciones de intercambio satisfactorias con países amigos y la cuestión de la productividad del trabajo y de la calidad del producto, por tanto, se volvían algo esencial. Paralelamente la estatalización de todas las actividades productivas había tenido sentido para evitar la rápida formación de diferentes clases sociales (cuando el empleo eficaz de la fiscalidad era aún imposible), y funcionaba, cuando una movilización política e ideológica extraordinaria presionaba para trabajar incluso sin grandes y extendidos incentivos materiales. Sin embargo, dejaba de funcionar cuando, lentamente, se extendía la minúscula área de actividades de los servicios y cuando el recuerdo de la revolución estaba ya lejano, el peligro de guerra había disminuido e incluso los grupos dirigentes colaboraban para despolitizar a las masas con el fin de asegurar la estabilidad del poder. De manera que se establecía un compromiso perverso entre disciplina política y apatía social.

Semejante *impasse* del sistema económico se transfería inmediatamente al plano geopolítico. Porque el ciclo de las luchas de liberación nacional ya estaba concluyendo y los nuevos Estados, que habían resultado de ellas, necesitaban no sólo un apoyo militar o de armamento, sino un apoyo técnico, organizativo, incluso ideológico, para esquivar los halagos y los intereses que les ofrecía el neocolonialismo a través de la mediación de una burguesía *compradore*[68] preexistente o surgida en el interior mismo del movimiento de liberación. Brezhnev fue el verdadero enterrador de la Revolución rusa, precisamente en el momento en el que se le ofrecían otros caminos por recorrer.

68 Término que designa a la burguesía nacional de un Estado que vincula sus intereses a los de las potencias imperialistas extranjeras, convirtiéndose en sus cómplices en contra de los intereses de sus propios pueblos (N. de T.).

KISSINGER, GENIAL CUANTO MALVADO

Precisamente la partida del nuevo orden mundial, ya durante los años sesenta, se jugó anticipadamente en la vertiente geopolítica, y fue en gran parte una derrota para los comunistas. Si en realidad es cierto que la crisis económica del capitalismo y su reestructuración tenían necesidad de un nuevo y gran espacio, entonces es importante comprender que este espacio le fue ofrecido con anticipación gracias a una crisis en el campo adversario, y reconocer que se aprovechó la ocasión con una inteligencia y una intuición política desconocidas.

Al inicio de los años setenta la situación geopolítica para Estados Unidos era tan difícil como la situación económica. Bien sé que hablar mal de Kennedy hoy en día es como hablar mal de Garibaldi. Sin embargo Garibaldi, aun derrotado, dejó tras de sí la unidad de Italia. Kennedy, en cambio, se presentó como un nuevo Roosevelt, pero no lo fue en absoluto. Las reformas sociales (la Gran sociedad) fueron un compromiso real —puesto en marcha ante la presión del movimiento antirracista, de la revuelta juvenil y de las víctimas y de Vietnam—, pero fueron concebidas y puestas en marcha por un presidente conservador, Johnson, que lo sustituyó después de ser asesinado. En política exterior, por el contrario, Kennedy fue poco concluyente y, en ciertos aspectos, deleznable. Ante el muro de Berlín, malo de por sí pero *ultima ratio* para detener el derrumbamiento de la DDR, en vez de responder, como el plan Rapacki ofrecía, esto es, con una tentativa razonable de reunificación de Alemania como Estado neutral y sin armas atómicas, respondió con un relanzamiento de la Guerra Fría. A la Revolución cubana, que en su origen no era en absoluto comunista ni un apéndice de Moscú, Kennedy respondió con el insensato desembarco en Bahía de Cochinos, y cuando Kruschev, con análogo aventurismo, envió misiles a Cuba, a la frontera de EEUU (en realidad igual que como desde hacía tiempo los misiles de los estadounidenses se encontraban en las fronteras de la URSS), amenazó con una guerra caliente (Kruschev resolvió razonablemente el problema al retirar los misiles, obteniendo la garantía contra un futuro ataque militar, con la desaprobación de Castro, que no quería comprometerse). Fue sobre todo Kennedy quien dio el pistoletazo de salida al conflicto vietnamita rompiendo los acuerdos de Ginebra acerca de la reunificación del país y enviando a los "boinas verdes" en apoyo de un gobierno que rehusaba negociar. Y Johnson, justo después de su muerte, continuó por el mismo camino, primero estimulando y financiando el cruento golpe militar en un gran país latinoamericano, Brasil, contra el gobierno legítimo de Goulart; después, aun convencido, como MacNamara, de que se trataba de una trágica insensatez, impulsó la escalada en Vietnam. Y, en 1965, el

golpe de Estado militar en Indonesia llevó a la masacre a cerca de 800.000 comunistas.

Aun así esto no era suficiente, en 1970, para controlar el mundo, antes bien, laminaba aún más el prestigio estadounidense: en Vietnam las cosas tendían a empeorar, en América Latina Allende ganaba las elecciones, las guerrillas seguían siendo endémicas, Cuba se había vinculado aun más a la URSS. La mezcla de represión y de inteligencia política real comenzó después, con Nixon y con su cerebro: Kissinger.

Kissinger no era más quisquilloso que sus predecesores en cuanto al empleo arbitrario de la fuerza, todo lo contrario. Pero sabía hacer análisis y emplear múltiples instrumentos. En América Latina, en donde el equilibrio entre potencias no imponía ningún vínculo concreto, el primer paso de la *reconquista*, de hecho, no conoció límites: restablecer el orden por cualquier medio. A partir de ahí, una rápida e impresionante serie de golpes de Estado, sin ahorro de muertos y torturas, fueron llevados a cabo directamente por los militares o por personas interpuestas: Chile, Uruguay, Perú, Argentina. ¿La reacción de los países europeos? Ninguna. Poca gente en las manifestaciones callejeras, mucho más tarde expresiones rituales de solidaridad con las Madres de Mayo, emoción al oír los cantos de los Intillimani, o peticiones póstumas de castigo a los culpables, a los locales y ya decrépitos, obviamente, no a los del Departamento de Estado, un respetable aliado.

¿Repetición de viejos escenarios? No exactamente. Había una novedad que no advertimos. Los golpes de Estado de los años setenta tenían nuevos protagonistas y objetivos menos obtusos. Los militares ya no eran el simple brazo armado y bien pagado, ideológicamente parafascista, que actuaba para restablecer el poder de una oligarquía de propietarios absentistas. Mucho menos populistas poco fiables al estilo Perón. Eran personas formadas en academias militares de Estados Unidos, modernamente adiestradas en la guerra antisubversiva y en la represión interna y cuyos asesores económicos habían estudiado en universidades estadounidenses. Conquistaron el poder por medio de una violencia inaudita y luego lo administraron directamente, no para restablecer el viejo orden, sino para guiar a una nueva elite empresarial y construir una nueva línea económica, sustituyendo al precedente tipo de industrialización por uno nuevo pero dependiente, es decir, ya no dirigida a sustituir las importaciones sino a alimentar las exportaciones. Un objetivo de ese calibre no era fácil de alcanzar de un salto, tenía una necesidad de financiamiento que, en efecto, el mercado mundial suministraba, del apoyo de las multinacionales y de una clase dominante que reinvirtiese sus propios patrimonios, en lugar de devorarlos en la ociosidad o llevarlos a los bancos estadounidenses. Durante los primeros años ochenta el

desarrollo condujo de inmediato a la crisis de la deuda, pero el Fondo Monetario y el Tesoro estadounidense intervinieron en el costoso salvamento, obteniendo en cambio el derecho de dictar las políticas económicas según su criterio.

Un segundo y más sutil tipo de *reconquista* se realizó en el aún más difícil escenario de Oriente Medio. Aquí la apuesta era alta: el petróleo. Sin embargo, el control político era más difícil. A pesar de la derrota militar sufrida en el enfrentamiento con Israel de 1967, del fracaso del Estado confederado Egipto-Siria, de las ambigüedades del partido Baaz iraquí, de los cambios y escisiones en el FLN argelino, de la guerra civil en Líbano, el nacionalismo árabe laico y progresista era fuerte todavía. Nasser seguía sólidamente en el poder y mantenía una alianza con la Unión Soviética, la cual, a cambio, le había concedido la disolución del partido comunista egipcio, pequeño pero dotado de cuadros muy cualificados. Arabia Saudita era el único aliado sólido que tenían los estadounidenses en el mundo árabe, gracias a la red de intereses financieros. En cuanto a Israel, a pesar de que le garantizaba un apoyo militar, aún no estaba seguro de asumirlo como su representante directo, por el temor a perder aun más la simpatía del mundo árabe. Pocos años después, su socio más importante, el Sah de Persia, sería derrocado por el fundamentalismo islámico, no violento pero sí ardientemente hostil a Occidente.

La ocasión que se les ofreció a los estadounidenses fue la (sospechosa) muerte de Nasser en 1972. Este último no tenía un sucesor designado; Sadat, que era formalmente vicepresidente, en la jerarquía real estaba en el décimo lugar. No obstante, supo aprovechar su papel provisional para dar un semigolpe de Estado, esto es, enviando a prisión a sus competidores. Como tenía unas bases frágiles en el partido nasseriano, y una limitada aceptación de las masas en la persecución de los Hermanos Musulmanes, buscó apoyo político y financiero en el exterior, y envió a casa a los militares soviéticos, a los que consideraba más comprometedores que útiles. Kissinger le ofreció un creciente entendimiento que concluyó, tras alguna discusión en el Sinaí, con el reconocimiento y un compromiso sustancial con Israel. El proceso influyó en los jordanos, y en los iraquíes, que más tarde fueron incitados por los estadounidenses a una guerra con Irán que duró casi una década. Llegados a este punto la relación de los estadounidenses con Israel pudo hacerse más explícita y consistente, una especie de mandato fiduciario. Así pues, otro trozo del Tercer Mundo, jamás en paz, se puso bajo control. Pakistán, siempre al borde de la guerra con India, se había integrado hacía tiempo en la SEATO, a pesar de que frecuentemente el gobierno pasara por varias manos. Indonesia era ya un Estado militar y un aliado seguro.

Ahora bien, quedaba el punto decisivo del Extremo Oriente. Taiwán y Corea habían sido estimuladas, para conseguir un consenso básico, a realizar una reforma agraria (otro indicio de un imperialismo que ya no era estúpido) y luego, mediante la ayuda económica que les llegaba en cuanto bases en la guerra en Vietnam, se habían convertido en pequeños países capitalistas "ascendentes". Japón era un aliado fidelísimo, pero en el plano económico era un competidor que exportaba mucho e importaba poco, y no ciertamente un área en la cual expandirse.

El verdadero problema abierto, y con riesgo, para un nuevo orden mundial, era China: gigantesco mercado para el futuro, adversario temible por sus dimensiones y por la Revolución comunista que había llevado a cabo, construyendo un Estado y habiendo llevado a cabo un desarrollo propio. Los estadounidenses habían rehusado hasta entonces reconocerla y habían vetado el ingreso en la ONU de un país con mil millones de habitantes. A su vez, los chinos consideraban a los estadounidenses el enemigo principal, y criticaban a los rusos precisamente por aceptar la coexistencia pacífica con ellos.

Como ya sabemos, las relaciones entre chinos y soviéticos no habían sido jamás fáciles. Desde el principio el problema principal que, intermitentemente, provocaba tensiones entre ellos, radicaba en el hecho de que la Revolución china, al igual que la yugoslava, era comunista, y por tanto se sentía hermana de la rusa, la reconocía como punto de referencia ideológica y sostén de una acción común en el mundo, pero era también una revolución nacional, realizada con sus propias fuerzas y reivindicaba, por tanto, un espacio propio de autonomía: incluso durante los años de la más estrecha colaboración (la guerra en Corea, los primeros pasos de la industrialización), ésta no era para los chinos una obligación, sino el fruto de una decisión y de una convergencia. El primer síntoma de una divergencia se manifestó en 1956, en torno al juicio sobre Stalin; durante la crisis húngara se dejó de lado e, incluso, la relación URSS-China asumió durante un breve instante el carácter de compañerismo. La divergencia resurgió al inicio de los años sesenta, en forma más grave, como crítica —que llevaba en sí el rechazo del principio de "Estado-guía"— de la gestión demasiado conciliadora en las relaciones con Estados Unidos. A este punto Kruschev cometió el error más grave de su vida: decidió suspender todos los apoyos económicos y militares a China y retirar a los técnicos que ésta necesitaba. Tal decisión fue fatal, no sólo porque le creó a China dificultades jamás olvidadas, sino porque convirtió una áspera discusión ideológica y política en una ruptura entre Estados. Era esto lo que Togliatti temía desesperadamente, aun antes de la Revolución cultural.

De la Revolución cultural, por lo pronto me basta con poner en evidencia que su aspecto más dañino no fue el de haber llevado a cabo una crítica radical al modelo social y político emergente en la URSS, sino de haberla asumido como enemigo principal en la contienda mundial. En tanto Chu En-Lai y Tito habían respondido al zdanovismo[69] con Bandung, es decir, con una política exterior defensiva y autónoma, pero eficaz, a la ruptura entre la URSS y China (que de golpe cancelaba la novedad más grande en el campo de los equilibrios geopolíticos de la segunda mitad del siglo XX), la China de la Revolución cultural no podía oponerle ninguna política exterior. La estrategia de los "tres mundos", elaborada por Lin Biao, no tenía una base real, por lo que no se puso en práctica ni siquiera durante los tiempos más impetuosos de la Revolución cultural. No tenía medios ni mensajes que proponer al Tercer Mundo, aparte de las máximas del Libro Rojo. En efecto, su política exterior, hacia Estados o partidos, fue de extrema prudencia. China desconfiaba o condenaba los diferentes movimientos guerrilleros esparcidos por el mundo, desconfiaba de Cuba cuando ésta aún no dependía por completo de Moscú, estaba dispuesta a negociar acuerdos económicos provechosos con gobiernos de derecha, era escéptica acerca de la construcción de nuevos partidos comunistas, porque temía precisamente encontrar más problemas que apoyos. La única cosa justa y eficaz que podía hacer para contribuir a la lucha antiimperialista era brindar una ayuda concreta a los vietnamitas en guerra. Y lo hizo, paradójicamente, codo con codo con la URSS, pero sin mirarse a los ojos.

Traigo a colación un recuerdo que tengo al respecto, en sí mismo irrelevante aunque revelador. En 1970, justo después de la expulsión del PCI, yo y los demás compañeros de *il manifesto* pedimos un contacto con el partido comunista chino, para entender y hacernos entender. El encuentro no sólo fue aceptado, sino que se nos pidió ir a París donde estaba un alto dirigente chino. Esto nos parecía una buena señal, porque ciertamente no éramos ortodoxos con respecto a nadie. La discusión nos parecía interesante. Nos acogieron con gran cortesía y simpatía, pero cuando pasamos a discutir, los chinos fueron muy formales y reticentes a la hora de hablar de su experiencia, de su actual situación, de sus proyectos; en cambio, nos hicieron muchas preguntas y muy informadas acerca de Fanfani, el centroizquierda italiano y su previsible política exterior; nos preguntaron menos acerca del PCI y de las razones de nuestra suspensión; aún hubo menos preguntas sobre nuestras intenciones y nuestras capacidades, casi ninguna acerca los movimientos

69 De Andrei Zdanov. Teoría y tendencia por la que se justifica imponer, bajo el estrecho control del partido comunista, rígidos cánones estéticos a intelectuales y artistas, a fin de subordinar cualquier expresión cultural a los objetivos políticos del Estado (N. de T.).

de masa en Italia y en Occidente, ninguna en absoluto acerca de los pequeños grupos marxista-leninistas que, en Italia, se presentaban como sus representantes. Volvimos, pues, de París, no poco desilusionados, salvo por la exquisita cena. Porque o bien en China había una situación tan incierta y compleja que no se podía hablar francamente; o bien los chinos estaban convencidos de que una "Revolución cultural", un llamamiento a la rebelión, no podía darse sin una guía carismática, capaz de provocarla realmente y después gobernarla, y sin un poder ya conquistado, que se podía transformar pero no derrocar. Convencidos, en síntesis, de que a la larga había que "contar con las propias fuerzas". En realidad, eran ciertas ambas suposiciones. Personalmente, volví con la idea de que había algo en nuestro discurso que teníamos que revisar, no tanto acerca de ellos sino sobre la situación mundial.

Sin embargo, un intento de llamamiento, en lo concerniente a la relación interestatal entre la URSS y China todavía existía, o se daba de nuevo. En la URSS Kruschev, autor principal de la fechoría, había sido depuesto, el nuevo grupo dirigente contaba con grandes recursos materiales para ofrecer e interés en obtener a cambio la enorme disponibilidad de mano de obra, voluntariosa pero bien cualificada. Había allí un mercado grande, un aparato industrial aún dando sus primeros pasos, un potencial gran aliado. China estaba todavía bajo la amenaza estadounidense, estaba excluida de la ONU, tenía gran necesidad de recursos naturales y de conocimientos primarios. En cuanto a la Revolución cultural, ya en 1968 Mao, sin renegar de ella ni liquidarla, había decidido frenar su radicalismo. No eran decisiones momentáneas. La economía soviética disfrutaba aún de un desarrollo residual. En China, durante casi diez años, tanto Mao como Chu En-Lai trataban de garantizar y de dejar como herencia un equilibrio entre la radicalidad de los principios y el realismo de la política. La evolución de la guerra vietnamita estaba llegando a su fase más álgida, pero dejaba ver también la posibilidad de un triunfo.

Muchos partidos comunistas, no sólo el PCI, eran ya reacios a la disciplina de campo, compartían la idea togliattiana de dejar intacta la solidaridad internacional, sin por ello borrar las diferencias y suprimir la autonomía. El PCI, aunque gran partido en Occidente, y a pesar de la influencia que ejercía en muchos otros países, no podía, claro está, imponer nada, pero sí asumir una iniciativa. Por tanto, ¿no era evidente la posibilidad y la necesidad de restaurar una mínima aproximación entre China y la URSS, útil para todos? El camino emprendido fue por completo opuesto: la invasión de Praga, con la teoría de la "soberanía limitada", y por otra parte la eliminación de Lin Biao con la acusación de ser, precisamente él, un cómplice de la Unión Soviética, mostraron esta ceguera.

Aquí se puede medir la inteligencia política, no sólo en el mérito de la decisión tomada, sino por la velocidad con la que se aplicó, de Henry Kissinger, quien no trató en absoluto de utilizar burdamente las divisiones en el campo adversario, sino que las empleó como palanca para una nueva estrategia. En plena guerra vietnamita, y aun continuando con sus alternancias entre aperturas y retrocesos hacia la Unión Soviética, de improviso, en 1972, un presidente estadounidense buscó y obtuvo una entrevista directa con Chu En-Lai y Mao-Tse-Tung, es decir, con el enemigo más irreductible. No se trataba de una simple oferta de distensión, sino de un giro histórico. En poco más de un lustro se sucedieron enormes novedades. El reconocimiento de China por parte de Estados Unidos. Su ingreso en la ONU, o aún más, en el Consejo de Seguridad (importando un bledo los gritos de protesta de Formosa y de Corea del Sur). Por parte china, a partir de 1978, se delimitaron algunas zonas especiales, en donde podían nacer empresas en *joint ventures* y que podían operar en el libre mercado internacional (sobre todo destinadas a exportar sus productos a Estados Unidos), a fin de arrastrar a toda la economía del país, con la única traba de la no convertibilidad del cambio. Con prudencia, porque la propiedad estatal de las industrias en las demás regiones se mantenía intacta, así como la posesión de la tierra en manos de los campesinos, a los que se permitía, de todas formas, individualmente o en cooperativas, vender la cosecha. Las etapas ulteriores del proceso se produjeron más tarde, pero es tan indiscutible cuanto desconocido el hecho de que se trataba de la transformación de un sistema completo. Una transformación que antes de alcanzar la plena evidencia económica, había sido anticipada y decidida a partir de un giro geopolítico a principios de los años setenta.

Deng, que fue el artífice de todo ello cuando asumió gradualmente el papel dirigente, no dudó en sintetizarlo en un eslogan: "No importa el color del gato, lo esencial es que coja ratones". Sin embargo, la decisión de la línea a seguir se hizo antes, en presencia de Mao. Recientemente en Estados Unidos se ha publicado una especie de extracto de su charla de entonces con Nixon: la autenticidad del texto me parece dudosa. Aun así, Nixon citó más tarde una frase de Mao que jamás se desmintió: "Si hubiese tenido que votar en Estados Unidos, habría votado por usted. Porque en Occidente, los hombres de derecha hacen lo que dicen, mientras que los de izquierda dicen una cosa, y hacen otra". Esa frase, de manera provocadora y graciosa, revela que Mao no estaba practicando una hábil diplomacia, sino tomando una decisión comprometedora y arriesgada para todos. La resistencia que opuso a una brusca conmoción del grupo dirigente chino y la confianza, que proclamó hasta el final, acerca de los resultados de la Revolución cultural, hacen pensar que Mao creía posible poner un freno a la res-

tauración capitalista, la cual consideraba que se estaba comenzando a desatar en la URSS, y que era posible también en China, y también que creyese que la partida ya había comenzado y que era imposible ganarla por medio del inmovilismo. La poca vida que le quedó, y también su tendencia a considerar la historia en la *longue durée*, confiada a la lucha de clases, le impidieron definir los límites y los mecanismos apropiados para "convertir un mal en un bien" (entre nosotros decimos "hacer de la necesidad virtud"), y sobre todo prever el cariz que luego habrían de tomar las cosas. Pero del hecho de que su China estaba tomando una decisión histórica, era consciente y estaba conforme con ello. El verdadero freno que quedó tras su muerte, y que todavía no se derrumba, pero que produce efectos discutibles, fue, paradójicamente, la firmeza de un poder exclusivo y piramidal del partido.

Lo traigo a colación sólo como tema de debate: lo cierto es que la globalización neoliberal, en la que hoy vivimos, estaba ya hirviendo en la olla durante los años setenta. Quizá se hubiera podido contener y condicionar mejor durante sus primeros pasos. La izquierda europea ignoraba esta cuestión por completo. Si he utilizado la expresión "disolución del campo socialista", es precisamente teniendo en cuenta las consecuencias inmediatas —la ruptura definitiva entre la URSS y China, y los caminos que una y otra tomaron—que tuvieron también en otras situaciones periféricas, pero esenciales, en el terreno político e ideológico: las dificultades de Vietnam tras la victoria, los problemas económicos de Cuba, el aislamiento de los palestinos.

EL NUEVO VIENTO DEL OESTE

En 1980, cuando una larga etapa de conflictos estaba concluyendo, sin producir ningún nuevo orden, surgió, improvisada e inesperadamente, en una parte de Occidente, un nuevo liderazgo político que, de manera gradual y no fortuitamente, se habría impuesto y al cual se opuso, siempre en Occidente, un intento de signo opuesto que, por el contrario y tampoco fortuitamente, muy pronto fracasó y fue abandonado.

1) El primer hecho, el más importante, fue la llegada al poder, casi al mismo tiempo, de una nueva derecha en Inglaterra y, sobre todo, en Estados Unidos. Hacía décadas que estábamos acostumbrados a considerar que la alternancia en el gobierno entre conservadores y socialdemócratas en los países occidentales no introducía giros importantes ni permanentes. La política económica y la internacional podían cambiar, pero no estaban sustancialmente determinadas por el hecho de que un partido u otro estuviesen en el gobierno. Las distancias ente conservadores y socialistas liberales (fidelidad atlántica, coexistencia

pacífica, Estado de bienestar universal dentro del límite de lo posible) eran limitadas, definían un compromiso aceptado hacía tiempo, unos rieles de los que nadie quería o podía salir. Los conflictos se trasladaban a zonas periféricas del mundo y luego se recomponían o se acotaban. Era fruto de una cultura hegemónica y de unas relaciones de fuerza. La nueva derecha de Reagan se salía en cambio de esos límites, y proponía sin tapujos la ruptura de ese compromiso. Concentrémonos por ahora en los objetivos políticos declarados y luego puestos en práctica. El primer objetivo explícito era liberar al mercado de las dependencias y de los costes que obstaculizaban cada vez más su fuerza expansiva y su eficiencia: superar el compromiso social y los procedimientos que lo garantizaban, la rigidez del mercado laboral, desplazar recursos, con el fisco o con el balance, de las remuneraciones a la acumulación, liberarse de empresas poco rentables o en camino de serlo. Reagan realizó esta primera parte, *destruens*, del programa rápidamente y mediante métodos permanentes: reducción de los salarios reales, desempleo masivo o desplazamiento de los trabajadores a roles inferiores y en zonas en las que el sindicato no tenía raíces, aumento del horario de trabajo o reclutamiento del trabajo femenino o de inmigrantes carentes de derechos, reducción de los gastos y de las prestaciones asistenciales frente a una reducción de los impuestos para las clases más acomodadas, sanciones para las huelgas en muchos sectores, desmantelamiento de las organizaciones sindicales. Pero esto no era suficiente para garantizar una reactivación de la economía, ni la supremacía estadounidense, antes bien, corría el riesgo de provocar una depresión. Se necesitaba ampliar el mercado dentro y fuera de nuevos límites, una mayor productividad, que estaba estancada, por tanto un salto tecnológico que venciese a la competencia internacional, ya por entonces muy activa, y sujetos empresariales capaces de utilizarlo. Se necesitaban instrumentos eficaces para obtener el consentimiento de una mayoría de la población golpeada en su confianza.

Los primeros pasos en este sentido se cumplieron mediante el apoyo a nuevos sectores productivos (informática, biotecnología), grandes empresas multinacionales, financiarización y conquista del monopolio de la industria cultural de masa para orientar el sentido común, exportando patentes e importando cerebros. Los primeros pasos, ya llevados a cabo, no daban frutos rápidos y exigían un motor que los alimentase. El verdadero motor se encontró en un segundo objetivo: el relanzamiento ulterior, planificado y realizado, de la Guerra Fría, ya desde Carter, en varias formas, pero en particular con la carrera hacia un rearme de nuevo tipo, simbolizado por proyectos amenazadores y puestos en marcha: la bomba de neutrones, el escudo de misiles, la "guerra de las galaxias". Esta decisión era fundamental en dos frentes.

El complejo militar-industrial, financiado con recursos públicos y administrado por empresas privadas, por una parte tenía la función y la capacidad de acelerar el salto tecnológico, que no garantizaba ganancias en breve plazo pero imponía a la Unión Soviética, si quería mantener el equilibrio, gastos militares que la pondrían definitivamente en crisis. Globalmente, esa elección reconstruía el mito hacia el interior de EEUU de una "misión americana" para la reunificación del mundo, y hacia afuera introducía de nuevo la idea de la supremacía de EEUU, al cual se le confiaban las decisiones políticas esenciales. En el plano económico, aseguraba a Estados Unidos el papel de refugio de capitales que necesitaba para cubrir sus déficits. En sustancia, la nueva derecha estaba ideológicamente convencida de que era necesario, y ya posible, volcar el gran giro producido por la segunda guerra mundial y el *New Deal* rooseveltiano. Queda por entender cómo un diseño tan explícito puede haber permanecido indiscutido, no obstante ofrecer, en concreto a los ciudadanos estadounidenses, más sufrimientos que esperanzas, y poniendo en tela de juicio, en particular, el modelo con solidado en los países europeos. La respuesta es obvia: Europa, que por sí misma tenía los recursos para oponerse o corregir dicha estrategia, no era un sujeto político unitario y la izquierda europea carecía de ideas, fuerza y voluntad para proponer una alternativa.

2) El episodio francés, prácticamente contemporáneo de esta situación, sirvió a manera de comprobación concreta de esta opinión que comenzaba a soplar desde el Oeste. Francia era en ese momento el único país que, por dimensión y línea política, podía promover en Europa una resistencia a la nueva derecha anglosajona. Tenía en su haber veinte años de gobierno gaullista, ciertamente no de izquierda, pero más independiente de la disciplina atlántica que cualquier otro, y con un aparato estatal centralizado, pero eficiente, orientado a intervenir en el terreno de la economía y dotado de instrumentos para hacerlo. Durante las décadas precedentes la izquierda estaba agriamente dividida: un partido comunista fuerte (el 25% de los votos), pero aislado a causa de su dogmatismo ideológico y su sujeción a la política soviética; un partido socialista, que había sido fuerte pero que después se había comprometido hasta tal punto en los gobiernos de la IV República y en la guerra colonialista en Argelia que se encontraba casi en las últimas. Una ley electoral presidencialista mayoritaria hacía imposible aspirar al gobierno sin recomponer aquel conflicto. Pero en 1971, sorprendentemente, precisamente en Francia, pareció tener comienzo un nuevo rumbo. La iniciativa vino de Mitterrand, líder prestigioso y capaz, aunque privado de una fuerza organizada y con un pasado político no del todo transparente. Él sacó —sin cambiarle el nombre— al partido socialista del

fracaso y se propuso refundarlo recogiendo grupos de intelectuales o de sindicalistas sin partido. La tentativa tuvo un cierto éxito y su promotor tuvo la inteligencia de proponer al PCF un acuerdo duradero que apuntaba a conseguir la presidencia de la República. Los comunistas a su vez tuvieron la inteligencia, no sólo de aceptar, sino de sugerir una forma todavía más vinculante, elaborando y firmando un "programa común". Y, para obtenerlo, redujeron en mucho su dogmatismo y sus vínculos con Moscú y aceptaron la candidatura de Mitterrand a la presidencia de la república. El programa común era un tanto anticuado, pero exigente y consistente. Llevaba en su centro la idea de un "keynesianismo de izquierda": aumentos de salario y aumento del gasto social y de la intervención pública para promover un desarrollo que habría saneado el déficit, con limitadas nacionalizaciones. Exactamente lo opuesto al programa de Reagan. Los socialistas le agregaban, de manera un poco genérica, la perspectiva de la autogestión. Así, en pocos años la izquierda unida francesa, única en Europa, conquistó muchos votos. El éxito era prometedor, pero creó una fisura. Los electores que volvían a la izquierda tras su deserción hacia el gaullismo, estaban obviamente más conformes con el partido socialista, que recuperó sus fuerzas tradicionales en la clase media, lo mismo que algún "compañero de viaje" de los comunistas (que, en efecto, descendieron del 25% al 20%). Entonces el PCF cometió un error grave. No soportó la eventual pérdida de su supremacía y pensó evitarla recuperando en parte su propia imagen tradicional. Mitterrand lo aprovechó para dejar un poco de lado el "programa común". Ni los unos ni los otros se empeñaron en colmar los vacíos del programa: escasa movilización de la lucha sindical, pocas ideas para adecuar los tiempos al proyecto e implicar nuevos sujetos sociales, sobre todo indiferencia por las cuestiones internacionales y por la "cuestión europea". Aun así, en 1981 Mitterrand ganó las elecciones presidenciales, los comunistas bajaron al 15%, y el programa se aplicó lealmente, el PCF entró en el gobierno. Con todo, bastaron pocos meses para percatarse de las dificultades de una política de reformas, mucho más en un momento de crisis económica. El poder no está hecho sólo de votos, sino de la solidez de quien lo ejerce, de la movilización de masas que suscita y que lo sostiene, de las relaciones de fuerza internacionales en las que su inserta. A los aumentos salariales (y medidas análogas) los empresarios respondieron con despidos masivos y fuga de capitales, el franco se convirtió en el objetivo de unas finanzas mundiales en busca de beneficios especulativos y tuvo que ser devaluado en dos ocasiones. Los sindicatos estaban divididos e inseguros, los líderes del sesenta y ocho ya se habían transformado en *nouveaux philosophes*, cantores de Occidente y de un nuevo anticomunismo. En poco tiempo los socialistas cambiaron entonces, de golpe, la política económica en sentido ultra li-

beral. Mitterrand construyó un "eje de hierro" entre Francia y Alemania (donde los democristianos habían vuelto al poder con Kohl). La política con el Tercer Mundo se degradó a una colaboración, frecuentemente turbia, con los gobiernos corruptos de las ex colonias africanas. Pocos años después las elecciones políticas las ganó Chirac. Los comunistas soportaron aquello con paciencia, pero después se vieron obligados a salir. Y no se trataba de un caso aislado: Craxi y González caminaban en la misma dirección que Mitterrand. Los laboristas ingleses, que trataban de resistirse a la Thatcher con luchas duras y derrotas, padecieron una división y no volvieron al gobierno sino doce años después. La alternativa europea al reaganismo había fracasado antes de empezar. La realidad estaba, pues, demostrando dos cosas. Por un lado que la aplicación del keynesianismo en un sólo país, integrado en un mercado internacional que ya no estaba regulado, producía más inflación, desocupación, déficit comercial que nuevas inversiones y nuevos empleos. Quizá, reexaminado de manera inteligente, habría podido funcionar si hubiese sido a nivel de toda Europa y si el consenso popular hubiese estado preparado para soportar un plazo medio y apreciar reformas esenciales pero no costosas. Condiciones que, de cualquier manera, no existían y nadie había intentado construirlas. Por otro lado, se demostraba que, en caso de ser obligadas por el estado de cosas a renunciar a sus ideas de inicio, las izquierdas no se detenían a mitad del camino, es decir, en la clásica socialdemocracia. Estaban arrinconadas en una encrucijada: aislarse en una resistencia sin proyecto, aceptando un prolongado declive, o, como sucede por lo general, desplazarse muy a la derecha, hacia la democracia liberal, y limitarse, en síntesis, a aceptar el modelo estadounidense, tratando de contener algún exceso o de obtener alguna ventaja. El desorden mundial era aún grande, pero la situación no era en absoluto excelente.

[Capítulo XVIII]

LOS FATALES AÑOS OCHENTA

Confieso que en este punto he estado bloqueado durante varias semanas en mi trabajo a causa de una profunda duda.

Después de lo que había ocurrido, lo que estaba ocurriendo y lo que sucedería al cabo de pocos años —en Italia y en el mundo, en los planos político, económico-social y cultural—, ¿existía aún para el PCI una posibilidad real de incidir en el curso ulterior de las cosas o, como mínimo, de conservar gran parte de sus fuerzas y lo esencial de su identidad originaria para el futuro? Era una duda legítima, pero la elección que se desprendía de ella era muy penosa, pues, implícitamente, llevaba a juzgar como vano e irrelevante el intento de Berlinguer de introducir un giro en 1980, y a legitimar la posterior decisión de Occhetto de ratificar el fin del PCI en 1989. Por lo tanto, he pasado por el cedazo tanto mi memoria personal de esa década como la historiografía y la memorialística que han prevalecido. Y he llegado a la conclusión de que la historia de los años ochenta ha sido menos lineal y previsible de lo que se cree. Me han persuadido para llegar a esa convicción dos, por así decirlo, sorpresas.

Primera sorpresa: no solamente esa década estaba saturada por el número y la importancia de los acontecimientos, sino también por el hecho de que, en la mayoría de los casos, casi nadie los hubiese previsto ni se hubiera esforzado en interpretar su dinámica y sus consecuencias inmediatas. Que en un breve espacio de tiempo se haya verificado una conmoción tan extendida y tan radical, sin una gran guerra o una catástrofe económica, significa que se trataba del resultado de tendencias que operaban desde hacía tiempo, y aún es más interesante ver cómo,

finalmente, se han puesto de manifiesto, se han desarrollado y acumulado. Por otra parte, si semejantes acontecimientos se han producido de forma inesperada y han sido poco discutidos durante tanto tiempo, significa que, en efecto, no estaban previstos, sino que eran el fruto de complejas tentativas, logradas o fallidas, en las que intervenían ulteriores decisiones políticas justas, equivocadas o suicidas de los diversos protagonistas aún sobre el terreno.

Aquí interviene la segunda y la más importante de las "sorpresas": ¿qué parte del resultado final estaba marcada de antemano y en todos sus aspectos, y qué parte, en cambio, podía haberse desarrollado de muy distintas maneras, aportando diferentes salidas en relación con la historia específica que cada país tenía en su haber, los re cursos materiales y humanos de los cuales disponía, las estrategias políticas con las que manejaba su propia crisis? Archivarlo todo junto bajo la voz genérica de "muerte del comunismo" no se corresponde con los hechos.

Entendámonos. Que durante los años ochenta la historia del comunismo, como movimiento mundial inspirado en la Revolución de octubre, haya concluido, es algo incontestable. Es innegable también el hecho de que ello se reflejaba gravemente sobre todas las fuerzas que habían sido partícipes de esa historia, también sobre las que gradualmente habían desarrollado experiencias y tradiciones culturales autónomas. En este aspecto, pues, ninguna sorpresa: los años ochenta llevaban, allí donde era fatal que llevaran, a una crisis general del comunismo del siglo XX. Pero es igualmente cierto que una crisis, cuando arrolla fuerzas grandes y asentadas, puede afrontarse de diferentes maneras, producir resultados distintos, eliminar completamente el pasado o salvar una parte a modo de recurso de cara al futuro. Es suficiente con reconsiderar la Revolución francesa en el largo plazo para advertir esta evidencia. Y dentro de tales límites he encontrado en los acontecimientos de los años ochenta numerosos motivos para una reflexión que pone de manifiesto hechos que no podían darse por descontados.

Doy algunos ejemplos. No se daba por descontado o no era previsible que Gorbachov llegase de improviso a liderar la Unión Soviética, ni su extremo y radical intento de reformar el sistema, ni su rápido fracaso, ni que dicho fracaso abriese el camino a una disolución del Estado y de la sociedad bajo el turbio régimen de Yeltsin. Y, no se daba por descontado o no era previsible que en China, puesta en el congelador la revolución maoísta pero sin renegar de ella y con una prudente continuidad política del poder, se consolidase un Estado-continente y explotase un desarrollo destinado a convertirla en pilar de la economía mundial. No estaba previsto que la extraordinaria experiencia yugoslava se trasformase, mediante el estímulo europeo, en un feroz conflicto étnico, ni que la situación de Oriente Medio, con la intervención

de Israel y de Estados Unidos, se descompusiese trágicamente con el nacimiento del fundamentalismo religioso. Y tampoco estaba previsto que Europa, en vez de tomar el camino sugerido por Delors en el plano económico, y por Brandt en el plano político, aceptase rendida la lógica reaganiana o, en cualquier caso, que se resignase a la impotencia política, dándose instituciones separadas de la soberanía popular. En este contexto —en el cual la "crisis del comunismo" dominaba ya la escena, aunque las posibles variantes de su recorrido no habían sido aún suprimidas— volvió a surgir, para bien y para mal, la originalidad del comunismo italiano, de forma nueva, con muchos contrastes, en fases diferentes y sucesivas.

EL SEGUNDO BERLINGUER

En vísperas de los años ochenta, por sus propios méritos, el PCI atravesaba serias dificultades.

El resultado de las elecciones políticas de 1979 no era en sí mismo el drama que la prensa describía. El partido conservaba el 30% del electorado, dos puntos más que en 1972; es decir, que había perdido, con respecto al máximo que había alcanzado, menos de lo que en ese mismo periodo habían perdido los mayores partidos socialdemócratas europeos, y buena parte de los votos perdidos habían ido a favor de la extrema izquierda, no a la derecha. Una señal más preocupante se podía deducir del análisis del voto, porque las deserciones habían tenido lugar en el área metropolitana y en el electorado obrero y juvenil, que habían sido los sectores que habían conducido a los éxitos precedentes. El mayor problema, sin embargo, era otro, el desplazamiento político hacia los dos grandes interlocutores en relación con los cuales el PCI había construido su propio proyecto: la DC y el PSI, de nuevo unidos en una coalición de gobierno, competitiva en su interior, pero explícita y firmemente decidida a mantener alejados a los comunistas. Al PCI le venían así a faltar no solamente algunos diputados en el Parlamento, sino una perspectiva política creíble.

En un primer momento su grupo dirigente se negó a reconocerlo. Por un lado, a causa de la reticencia a realizar una autocrítica explícita en torno al pasado reciente; por otro, porque estaba convencido de que el nuevo centroizquierda estaba demasiado dividido y era incapaz de gobernar un país todavía en crisis, y por tanto pensaba que sería algo transitorio. Lo que había que hacer era pisarle los talones y acosarlo hasta que se volviera a presentar la necesidad de una gran coalición que eliminara sus límites.

En su interior se abrió, sin embargo, un conflicto, más táctico que estratégico, de carácter reservado, pero a menudo áspero. Su

objeto principal era el juicio acerca de la evolución del PSI y de la "nueva trayectoria" puesta en marcha por Craxi. Destacados dirigentes pensaban que quizás la situación fuese reversible utilizando adecuadamente las amplias alianzas con que el partido contaba en el sindicato, en las cooperativas y en las entidades locales (haciendo caso omiso de la cuestión moral) de modo que la reubicación gubernamental del PSI pudiese finalmente servir para acabar con la supremacía democristiana, sustraerle el apoyo de la clase media más moderna, construir una nueva unidad en la izquierda y hallar un canal de comunicación con la izquierda europea. Otros dirigentes, cercanos a Berlinguer, consideraban en cambio al craxismo mucho más duramente, casi como el peligro mayor, como laboratorio de un nuevo tipo de anticomunismo y síntoma de una ávida redistribución del poder, y conservaban, por el contrario, alguna esperanza en las contradicciones sociales y políticas del mundo católico que atravesaban todavía a la Democracia Cristiana.

Ambas posturas carecían de fundamento. Porque el viraje, tanto del PSI, como de la DC no estaba dictado sólo por un estado de necesidad, o por puras luchas de poder, sino que expresaba tendencias más profundas de la sociedad y convicciones más arraigadas. Volver a jugar la carta de tener en el gobierno a un PCI todavía tan fuerte, y vinculado a la idea de reformas importantes, comportaba concesiones a las cuales la clase dominante, incluso la más moderna, se oponía, y un gobierno con los comunistas habría encontrado la hostilidad ya fuese de los gobiernos atlánticos que se habían desplazado hacia la derecha, ya fuese del Vaticano, por entonces firmemente guiado por el papa polaco. De cualquier modo, para todos ellos era arriesgado ayudar al PCI, cuando precisamente parecía estar en dificultades. Un diálogo podría reemprenderse sólo después de haber reducido su fuerza y modificado su identidad.

Lo que dio cuenta de la situación real, y aligeró el debate, fue, en 1980, una propuesta de Enrico Berlinguer. Sobre ella, sobre este cambio de rumbo, sus contenidos, la manera concreta en que se aplicó, su valor y sus límites, sus éxitos iniciales y su sustancial fracaso final no hubo ni entonces ni después una verdadera discusión. Al contrario, se han acumulado sobre ella tantos equívocos que sofocan los hechos y deforman las apreciaciones. Peor incluso: de manera más o menos consciente ese hecho ha sido suprimido de la memoria por medio de un curioso mecanismo.

La muerte conmovedora e inesperada de Berlinguer lo convirtió rápidamente en mito. El mito, merecido y positivo, de un hombre integérrimo, modesto, tenaz, leal defensor de la Constitución democrática de la que Italia tenía y sigue teniendo necesidad. Por esta razón su ta-

rea política se asumía en bloque. Sus defensores consideraron ofensivo poner en evidencia aquello que diferencia, en Berlinguer, la idea del "compromiso histórico" de la tentativa extrema, llevada a cabo en los últimos años de su vida, de verlo materializado. Esto ha servido a sus críticos para rendir homenaje a sus virtudes personales, pero también para afirmar que esas mismas virtudes, durante los últimos años, lo llevaron a una rigidez ideológica y a un furor moralista que le impedían desempeñar un papel político verdaderamente relevante. Para unos y otros, no existió jamás un verdadero cambio de rumbo en el PCI o del PCI, así como tampoco existió jamás un "segundo Berlinguer". Por este motivo, en los libros de historia se habla poco de ello o se hace de manera edificante.

Mi opinión es ciertamente diferente y más problemática. Creo, en efecto, poder demostrar que:

1) Durante los primeros años ochenta, Berlinguer intentó llevar a cabo un cambio de rumbo real, estratégico y no sólo táctico; cultural y no sólo político.

2) La idea del cambio no estaba sólo, y sobre todo, dirigida a recuperar una identidad del pasado, sino que estaba también encaminada a renovarla profundamente para rendir cuentas a una realidad en rápida y peligrosa transformación.

3) No se limitaba a una denuncia o a una declaración de buenas intenciones, sino que en gran parte se traducía en una acción política concreta a desarrollar durante varios años, y durante varios años obtuvo resultados destacables.

4) Lo obstaculizaron y a la postre lo frustraron no sólo los abrumadores factores objetivos, de los que ya he hablado, ni la oposición de los adversarios, sino las resistencias y las divergencias internas del partido que el mismo Berlinguer había forjado.

5) El cambio no tomó jamás una forma orgánica y ultimada; pero no por esto fue menos radical: surgió principalmente a través de una serie de decisiones elocuentes.

6) Fue una propuesta animada y frecuentemente impuesta por Berlinguer basándose en una reflexión personal, en su poder carismático en consonancia con un sentimiento popular, y aprovechando las ocasiones que la situación le ofrecía.

7) Por ello creo legítimo emplear la expresión de "un segundo Berlinguer" sin considerarlo un ícono, pero sin reducirlo a simple soñador de "reinos imaginarios".

LA RECUPERACIÓN DEL CONFLICTO DE CLASE

¿En qué momento se pueden advertir las primeras señales de un cambio?

La vulgata periodística, y también la historiografía posterior, los han encontrado, alternativamente, en dos momentos: en el XIV Congreso de 1979, que corroboró la decisión del PCI de no volver a apoyar en el futuro a gobiernos que lo excluyesen; o bien en la reunión extraordinaria de la Dirección tras el terremoto de Irpinia de 1980, en la que se formuló la propuesta de un "gobierno de los honestos" centrado en el PCI. Dos decisiones que la opinión pública interpretó realmente como el final de un ciclo político. No obstante, tal datación me parece inexacta y engañosa. La decisión del Congreso, de hecho, no excluía en absoluto una rápida reedición del "amplio acuerdo", dentro de ciertas condiciones. Y la propuesta ulterior de un "gobierno de los honestos" no tenía ninguna posibilidad de llevarse a cabo: ¿quiénes eran los honestos y qué disposición tenían a participar en un gobierno dirigido por el PCI? No asomaba, en fin, una nueva política, sino tan sólo el esfuerzo por mantener algunas puertas abiertas.

El cambio real comenzó, por el contrario, a manifestarse en algunos hechos concretos. En un primer movimiento, en la victoriosa oposición del PCI a la decisión del nuevo gobierno de recortar una pequeña cuota de los salarios a fin de financiar nuevas inversiones, que los sindicatos habían aceptado y que en cambio los trabajadores rechazaban. Inmediatamente después, y mucho más comprometida, la presencia directa de Berlinguer en el que fue quizá el más importante conflicto sindical que se recuerde.

Durante el verano de 1980 la Fiat envió a 15.000 empleados 15.000 cartas de despido. Los obreros se rebelaron en masa, bloquearon la producción y las verjas de la fábrica durante 35 días. Fueron apoyados por una huelga que mostraba la solidaridad de toda la clase obrera. Para todos estaba claro que se trataba de un ensayo general, a la vez que del anuncio de una contraofensiva de los patronos dirigida a recuperar aquello que en 1969 habían sido obligados a conceder o a tolerar. En el plano sindical, desde el inicio estaba claro que para los trabajadores ese choque estaba destinado a no terminar bien. Por una serie de razones. La Fiat se encontraba realmente en dificultades. No debido a una crisis coyuntural de mercado o de productividad, real pero superable, sino porque ella misma había creado en su seno un exceso de mano de obra, montando una red de empresas subcontratadas a las que cedía funciones productivas

que eran realizadas con trabajo precario o mal pagado. Esos quince mil despidos no estaban destinados solamente a alejar a los cabecillas, sino a trabajadores que ya no eran útiles para la fábrica; era la ratificación de un hecho consumado y de un plan de reformas que chantajeaba también a miles de otros trabajadores, que efectivamente habrían sufrido el mismo destino. Los sindicatos, sobre todo las confederaciones, en parte no querían, y en parte no podían generalizar el conflicto cuanto habría sido necesario para imponer otro tipo de reforma, porque el desempleo era ya un problema general. Además estaba creciendo, entre los trabajadores dependientes, una categoría de empleados y técnicos, que en 1969 había sido solidaria con los obreros a pesar de las peticiones de aumentos iguales para todos, y que ahora era quien se encontraba en una posición más incierta, pues todos ellos estaban amenazados, aunque no directamente perjudicados y, sobre todo, habían pagado duramente el coste de la inflación galopante vinculada al punto único de la escala móvil. En la ciudad próxima, la simple posibilidad de quiebra de la Fiat, que había sido desde siempre la joya de la corona, influía en la opinión pública, silenciosa aunque no indiferente.

En cierto punto intervino, con la aprobación del gobierno, la propuesta de un acuerdo-estafa, pero eficaz. Se retiraron los despidos y se sustituyeron por la propuesta de proporcionar un subsidio temporal a 23.000 trabajadores. ¿Por qué digo estafa? Porque ese monumental subsidio al desempleo no implicaba ningún compromiso de la empresa para con el gobierno, que tenía que financiarlo, en cuanto a incorporar más tarde a una parte sustancial de los trabajadores cesados. Es más, el acuerdo era "a cero horas" en lugar de un acuerdo de "rotación", lo que en la práctica lo convertía en un predespido, con unos ingresos parcialmente asegurados por el Estado, a la espera de encontrar trabajo en otro lugar y en peores condiciones. Sobre esta base nace, a la vez en forma espontánea y organizada, la manifestación de los "cuarenta mil" en el centro de Turín para pedir la reanudación del trabajo. La FLM, aun sabiendo que se trataba de una derrota y a pesar del rechazo generalizado de los trabajadores, firmó, o se puede decir mejor, impuso, el acuerdo.

He reconstruido pormenorizadamente el suceso para plantear un interrogante esencial. ¿Por qué en un conflicto sindical tan comprometido desde el principio, Berlinguer fue a la verja de la fábrica para apoyar sin reservas a los obreros? ¿Por qué, después de mostrarse titubeante y alejado de luchas victoriosas, ahora se comprometía con una causa probablemente perdida, recogiendo un conmovedor entusiasmo obrero pero abriendo un abismo (como de inmediato señaló Romiti) con el empresariado más moderno y poderoso? Basta con leer lo que dijo delante de esa verja para entenderlo sin alterarlo. Es falso lo publi-

cado por la prensa. Él no incitó de ninguna manera a la ocupación de la Fiat. Él les dijo a los obreros: "Os corresponde decidir acerca de la forma de vuestra lucha, a vosotros y a vuestros sindicatos sopesar si los acuerdos son aceptables. Pero sabed que el Partido comunista estará a vuestro lado, en los momentos buenos y en los malos". Era un lenguaje que no se escuchaba desde hacía años. La afirmación renovada del carácter del partido, nacional y de clase. No eran palabras dictadas por las circunstancias. Expresaban una elección meditada y convencida, implícitamente autocrítica. Comoquiera que evolucionase la situación política, o fuese el que fuere el camino que se abriese para el PCI, la premisa necesaria era reconstruir una relación de confianza recíproca con los trabajadores, contar con su combatividad, sin menoscabar la autonomía sindical, pero sin renunciar a una presencia en primera persona del partido en las luchas de masas.

La actitud encontró su confirmación más clara durante los años siguientes, y esta vez con mayor éxito. Adoptó la forma de batalla en torno a la escala móvil, que fue el centro de atención en los primeros años ochenta.

Durante un breve momento, la situación económica, ayudada por la reducción del precio del petróleo, pareció suavizarse, aunque las ilusiones de una recuperación pronto se desvanecieron. La inflación continuaba en dos cifras, el apretón deflacionista de Estados Unidos y la crisis de la deuda en los países en vías de desarrollo hacían más ardua la competencia en el mercado internacional. Por tanto, la derrota obrera en la Fiat se vivió y fue asumida por el empresariado italiano como una lección, y por los trabajadores como un fuerte chantaje. Se reducía el espacio para la contratación por los empresarios incluso allí en donde la productividad crecía aunque reduciendo el empleo, y mucho más allí en donde no crecía y la competencia se centraba en los precios. La evasión fiscal en el ya amplio mundo del trabajo autónomo, y la descontrolada presión de la deuda pública empujaban hacia arriba la carga fiscal que soportaba particularmente el trabajo dependiente. La cuestión salarial retornaba al primer plano y, al mismo tiempo, el desempleo, concentrado en los jóvenes y el trabajo en negro, no sólo debilitaba el poder contractual del mundo sindical, sino que trasladaba sus efectos a la renta familiar. Una sola barrera defendía en parte la condición obrera: el acuerdo firmado pocos años antes por Agnelli y Lama sobre la escala móvil. Arrancó, pues, en 1981, una campaña de prensa que se proponía ser "persuasiva", con el fin de lograr el consenso de, al menos, una parte del sindicato y de la intelectualidad democrática. No pedía la derogación radical de la escala móvil, sino una corrección de sus aspectos más perversos, y para ello, por una parte, se

centraba sobre el excesivo estrechamiento salarial que provocaba, sobre el hecho de que protegía sólo a una parte de los trabajadores mientras excluía a otros y, por otra parte, renovaba la petición de una "política de rentas".

Tales argumentos, aun atendiendo a problemas reales, no eran sólidos, y dejaban entrever intenciones mucho más radicales. No era cierto que una parte de la escala móvil protegiera a una parte privilegiada de los obreros, antes bien, protegía en parte a la masa creciente de los trabajadores que, en las pequeñas empresas, no tenían ningún poder contractual. No era cierto que el estrechamiento salarial, es decir, que los salarios no fueran tan distantes entre sí, castigase particularmente la competitividad, pues, por el contrario, estaban ya muy difundidas las "retribuciones extrasalariales" que premiaban la fidelidad o a los esquiroles. En cambio, sí era cierto que en otros países europeos la escala móvil no existía, pero ello se veía compensado por otros instrumentos de protección (el salario mínimo por ley, decorosos subsidios de paro también para los jóvenes desempleados, becas de estudio). No era cierto sobre todo que el salario real en Italia creciese; por el contrario, descendía a causa del peso de los gravámenes indirectos.

No obstante, la mayor mistificación en esa campaña en contra de la escala móvil era otra: el fácil estribillo en torno a la "política de rentas", empleado una vez más como el torero emplea su capote rojo. En una situación persistente de "estanflación", una "política de rentas" era una necesidad y se encontraba ya en curso: en parte impuesta por el nuevo mercado de trabajo, en parte impuesta por los poderes públicos. Soporte ideológico y material para los consumos relativamente superfluos, salvamento de empresas en crisis y ayudas económicas concedidas indiscriminadamente y sin condiciones a las grandes empresas exportadoras, tolerancia con respecto a una gigantesca evasión fiscal, transferencias monetarias asignadas con fines clientelistas, protección y privilegios concedidos a las diferentes formas de renta: todo al margen de cualquier plan de desarrollo y, por tanto, en gran medida gravitando sobre la deuda pública, al precio de una progresión de las tasas de interés que, a su vez, contribuía a la inflación. El desmantelamiento de la escala móvil y, con ella, el debilitamiento del poder contractual del sindicato, era en síntesis el precio a pagar, necesario a fin de que la economía no se hundiese y se protegieron otros intereses.

La "campaña de persuasión" había penetrado en ciertos sectores del sindicato (la CISL y la corriente socialista de la CIGL) y en una parte de la clase media; sin embargo, no lo suficiente para obtener el beneplácito de la clase obrera y de la intelectualidad democrática más perspicaz. En 1982 Confindustria aumentó la presión, con la amenaza de retirarse unilateralmente del acuerdo de 1975. Y del *Palazzo* Chi-

gi[70] llegó la desafortunada respuesta. En 1983 Benito Craxi, tan pronto como fue nombrado Primer ministro, atribuyó al gobierno el derecho a decidir sobre el asunto, otorgándose la licencia de árbitro y dándole al partido socialista un papel de punta de lanza que no se correspondía con el mísero 11% de votos que había recogido recientemente. Craxi, en efecto, emitió un decreto que recortaba *ope legis* algunos puntos la escala móvil. Los trabajadores comprendieron que no se trataba de una minucia, sino de la facultad otorgada al poder político de gobernar directamente la dinámica salarial, esto es, del final de la escala móvil como derecho regulado por acuerdos entre las partes sociales. En consecuencia, una oleada espontánea de huelgas atravesó Italia, y los comités de empresa convocaron una manifestación nacional en Roma. Berlinguer no sólo compartió y animó tales protestas, sino que además denunció la falta de legitimidad constitucional del decreto. La CIGL, a riesgo de una escisión, decidió asumir la paternidad de la manifestación que, en efecto, fue imponente y a la que se adhirieron también algunas organizaciones locales de la CISL. El PCI llevó el caso al Parlamento, recurriendo al instrumento del obstruccionismo (que había ya utilizado con anterioridad dos veces, en contra de la ley-estafa y en contra de la Alianza Atlántica) y anunciando un eventual recurso al referéndum.

No se puede honestamente negar que esa lucha intransigente no marcase un cambio de método y de mérito. Y no se puede honestamente afirmar que produjese un aislamiento con respecto a las grandes masas y redujese en vez de ampliar el área de oposición del país. Sí se puede, y se debe, reconocer un punto débil en el hecho de que esa lucha no estuviera secundada por un esfuerzo equivalente que la dotara de una convincente propuesta de política económica alternativa.

LA CUESTIÓN MORAL

Un segundo elemento, poco después, caracterizó el cambio de rumbo de Berlinguer. Iba dirigido a una parte más amplia del país, aunque en forma radical y premeditadamente "escandalosa": la "denominada" cuestión moral. He agregado el adjetivo "denominada" con doble intención: polémica, y, al mismo tiempo, autocrítica. Polémica en relación con los muchos que sobre ella han construido la leyenda de un Berlinguer moralista, y por tanto incapaz de formular una verdadera política, y dedicado sólo a la denuncia y al sermón. Autocrítica porque entonces no comprendí enteramente el valor político de esa decisión suya, ni la ocasión que ofrecía para un nuevo desarrollo de la reflexión comunista en torno al problema de la democracia, más del lado de Marx y Gramsci

70 Sede del Consejo de Ministros (N. de T.).

que del de Togliatti. Es más, veía en ello una excesiva familiaridad con las invectivas de Salvemini, de Dorso, incluso de Silvio Spaventa contra Depretis o contra Giolitti; y temía el peligro de un alejamiento del tema central del conflicto de clase. Y en cambio no era así. Para entenderlo es suficiente leer el texto de una larga entrevista que Berlinguer le concedió a Scalfari en 1981:

> Los partidos han degenerado y este es el origen de los problemas en Italia. Los partidos italianos hoy en día son sobre todo máquinas del poder y del clientelismo: escaso o mistificado conocimiento de la vida y de los problemas de la gente, pocos y vagos ideales y programas, cero sentimientos y pasión civil. Administran intereses, a menudo contradictorios, a veces siniestros, y como quiera que sea, sin relación con las necesidades humanas emergentes. Sin desmontar dicha máquina política todo saneamiento económico, toda reforma social, todo avance moral y cultural está impedido desde el inicio.

¿Moralismo? Era una crítica radical todo el sistema político. En consecuencia, el cambio, en un punto decisivo, del análisis sobre el que se había construido la propuesta del compromiso histórico y tanto más la experiencia de los gobiernos de unidad nacional; pero también una corrección de la valoración de Togliatti, en su tiempo plausible, acerca de los grandes partidos que habían participado en la guerra antifascista, y que se habían encontrado en la redacción de la Constitución, precisamente por su carácter de masa, y las tradiciones teóricas que todavía los constituían. Un giro por completo realista y por tanto fácilmente comprensible para la mayoría de la opinión pública, en ese momento más que en cualquier otro.

Durante esos años, en efecto, pasaron, o habían pasado recientemente a la vista de todos, en una secuencia agobiante, hechos clamorosos e indiscutibles. El descubrimiento de la financiación ilegal de los partidos del gobierno por parte de las grandes empresas o instituciones financieras a cambio de favores. La sospechosa gestión de las ayudas a las víctimas del terremoto, primero en Belice, y luego en Irpinia. El intrusismo en el sector de la construcción y la manipulación de los planes urbanísticos. La práctica extendida de intercambiar el voto por la re comendación o los subsidios concedidos como agua de lluvia. La costumbre cada vez más sistemática de los "pucherazos" académicos o la fragmentación de las Unidades sanitarias y de la televisión pública para privatizarlos. La malversación en los gobiernos municipales y en la administración regional, como en el caso de Turín y Génova. Y todo esto no eran más que minucias

a las que la gente se había acostumbrado o resignado: luego llegaron los escándalos mayores que se descubrieron en la cúpula. El caso Lockheed, en el que se vieron implicados, no sólo en Italia, numerosos miembros del gobierno y que rozó al *Palazzo* del Quirinale[71]. El enorme desfalco sobre las importaciones petrolíferas, con la mediación de la ENI, que primordialmente terminó en manos socialistas. El caso Sindona y el del Banco Ambrosiano, en los que salió a la luz pública la colusión entre mafia, finanzas y política, y que concluyeron con dos asesinatos. (Me ha contado un testigo directo de un encuentro entre la comisión parlamentaria de investigación y Sidona, en la cárcel, que, a una pregunta de un miembro democristiano, el financiero respondió glacialmente: "A usted no le respondo, porque usted sabe cuán generoso he sido con usted".)

Por último, y más explosivo que cualquier otro caso que se pueda imaginar, el descubrimiento de la P2. Casi por casualidad dos jóvenes magistrados descubren la existencia de una logia masónica secreta, que no sólo manejaba negocios, sino que además se proponía realizar una revisión de la Carta Magna. Y encontraron parte de la lista de los afiliados. Leerla aún hoy es para estremecerse: cuarenta y cinco parlamentarios de todos los partidos —excepto evidentemente del PCI, que era el objetivo a batir—, entre ellos dos ministros; todo el grupo dirigente de los tres servicios secretos; 195 altos oficiales de las fuerzas armadas, entre ellos doce generales de los *carabinieri* y cinco de la policía fiscal; propietarios o directores de periódicos y de la televisión; miembros de la cúpula de la Magistratura concentrados en tribunales e instituciones capaces de enterrar investigaciones y procesos.

Criticar a Berlinguer por haber suscitado la cuestión moral, y por haberle dado demasiado peso es, por tanto, insensato. Como mucho se le puede hacer la crítica opuesta: haberla suscitado con cierto retraso, o sea, cuando ya muchos se habían acomodado a la degeneración, sacando ventaja personal de ello, y cuando ya ese sistema se había construido muchas redes de protección. Así como de no haber comprendido a tiempo que esta tendencia a la corrupción no era una anomalía ni una particularidad italiana. La historia pasada, y lo que estaba sucediendo en todo el mundo, demostraban que la corrupción era recurrente y se acentuaba, por razones estructurales, en la evolución del sistema capitalista, al igual que la burocracia y el autoritarismo político procedían en un sistema socialista de una prolongada compresión del pluralismo político y de las libertades individuales. A pesar de todo, esa batalla dio sus frutos, ya fuese en el plano electoral, ya en lo referente a enfatizar la "singularidad" del PCI. Frutos que hubiesen sido mayores si hubiese

71 El palacio del Quirinal es la residencia oficial del Presidente de la República (N. de T.).

durado más tiempo, si se hubiese extendido a todos los ámbitos, y hubiese llegado más al fondo.

LA RUPTURA

Un tercer elemento distintivo del giro de Berlinguer está relacionado con la situación internacional del PCI y su relación con la Unión Soviética.

La ocasión la ofrecieron —es más preciso decir la *impusieron*— dos decisiones con las que Brezhnev creía poder reaccionar a la nueva política exterior de Reagan (cuyo objetivo declarado era despojar a la Unión Soviética de su papel de gran potencia), persiguiéndolo en su propio terreno. En 1979 la entrada del Ejército Rojo en Afganistán en apoyo de un "gobierno amigo", que no lograba dominar una revuelta; en 1981 la amenaza de una intervención análoga en Polonia, para obligar al general Jaruzelski a proclamar el estado de sitio a fin de sofocar una protesta obrera.

Consideradas en sí mismas, ninguna de las dos intervenciones obligaba al PCI a una ruptura. La intervención en Afganistán se había perpetrado en defensa de un gobierno de dudosa legitimidad, pero que había extendido los derechos a las mujeres y laicizado el Estado y la escuela, en contra de una guerrilla fundamentalista, los talibanes, organizados en Pakistán y financiados por EEUU. En efecto, Amendola se oponía a su condena. Berlinguer en cambio, justamente, se daba cuenta de que lo que en realidad estaba en juego era el control estratégico de Asia central, y convenció a la Dirección no sólo de condenarla, sino también de introducir en la condena el rechazo general de cualquier política de intervención exterior. La represión en Polonia era más grave, porque la amenaza de una intervención armada estaba dirigida en contra de una protesta obrera apoyada por la Iglesia en nombre de la libertad religiosa. Con todo, en el estado de sitio, Jaruzelski había evitado la intervención externa mediante un estado de emergencia incruento y con la intención de buscar un compromiso. La invasión de la Checoslovaquia de Dubcek había sido mucho peor.

La novedad que incitó a Berlinguer a ir más allá de una simple condena era otra: la reiteración de este tipo de decisiones expresaba y daba la medida de la realidad de un sistema incapaz de reconocer y afrontar su propia crisis por un medio diferente de las armas. Dos días después, por tanto, la reunión de la Dirección emitía una dura crítica, aunque él fue a la televisión e hizo una declaración mucho más explosiva. Sin consultarlo con nadie y asumiendo personalmente la responsabilidad. Obviamente no me refiero a la valoración de los acontecimientos polacos, corroborada de la manera más nítida y viéndolos como la señal de una dificultad general de las democracias populares.

Me refiero a una frase de un tenor bien distinto, pronunciada ante millones de personas: "El impulso motor que se ha manifestado durante largos periodos, que tiene su fecha inicial en la Revolución de octubre, el evento revolucionario más grande de nuestra época, se ha agotado. Hoy nos encontramos en un punto en el que dicha fase concluye". Por su mérito, y por el método utilizado, esa declaración creó desconcierto y resistencia en los militantes y también en el grupo dirigente, pero Berlinguer no la corrigió y obtuvo la aprobación de la dirección, con un solo voto en contra, el de Armando Cossutta. Y Cossutta hizo público su desacuerdo de la manera más drástica, esto es, afirmando que no se trataba de una corrección, sino de una verdadera ruptura en la historia del PCI. Tampoco quien, como yo, consideraba en cambio esa decisión urgente y fecunda, podía negar que se trataba de una desgarradura.

Una ruptura que llama la atención nunca es agradable, pero se puede abordar de muchas maneras y con diferentes consecuencias. Pongo un ejemplo banal, pero muy frecuente, y pertinente en este caso. El de una vieja chaqueta de óptimo corte y buen tejido, todavía en buen estado en general, a la que tienes un gran apego, pero a la que se le han gastado los codos, y que de hecho temías que se rompiese. Cuando uno de los codos cede, puedes hacer muchas cosas. Puedes ignorar el roto, ponerle un remiendo provisional que no sea demasiado llamativo, porque consideras que la chaqueta ya está en las últimas o está pasada de moda. Puedes hacerla remendar de tal manera que no se vea el desperfecto, hasta cuando puedas comprarte una diferente, que ya has visto en el escaparate, de calidad tal vez inferior y no exactamente de tu gusto. O puedes hacerle poner a los codos parches de piel que la hagan resistente y quizá hasta más bonita. Ésta era más o menos la situación del PCI tras el "desgarrón" de 1981 y Berlinguer optó por la tercera de estas opciones: el roto ya no se podía esconder, pero podía ser la ocasión de una remodelación radical.

La tarea, sin embargo, era demasiado problemática. Imponía, ante todo, una respuesta a interrogantes complejos en el terreno histórico y teórico. Reconocimiento del pasado. ¿El impulso motor de octubre había existido realmente, había producido resultados importantes que utilizar, o había sido una breve y generosa ilusión, viciada en la matriz leninista y luego naufragada en el estalinismo? En cualquier caso, ¿cuándo y por qué se había agotado y habían fracasado sus intentos de reforma? En consecuencia, ¿el vínculo con esa experiencia, que el PCI había mantenido, aun sin asumirla como modelo, había que suprimirlo como un error del cual arrepentirse, o tenía que considerarse críticamente en sus diferentes fases y por haberlo defendido demasiado tiempo?

Análisis del presente y de la perspectiva futura. ¿Qué dejaba tras de sí el agotamiento del impulso motor? ¿Un capitalismo triunfante, al

cual no había, ni se podía, que oponer un sistema alternativo, o por el contrario se abrían nuevas contradicciones, surgían fuerzas, necesidades, finalidades para construir un nuevo tipo de sociedad? ¿En consecuencia, la crítica de la Unión Soviética podía detenerse en la falta de pluralismo y la estatalización integral de la economía, o tenía que extenderse a la renuncia progresiva de la ambición originaria de perseguir la transición hacia un nuevo modelo de civilización que mereciese la palabra *comunista*, o al menos le diese un sentido? A partir de la simple enumeración de estos interrogantes resulta evidente que la "ruptura" era para el PCI sólo el punto de partida de un trabajo de reelaboración cultural de refundación, sin el cual la "singularidad comunista" estaba destinada a desvanecerse.

El PCI tenía para ello recursos a su alcance: esa parte del pensamiento de Marx acerca del comunismo como objetivo final, que él mismo había rehusado profundizar para evitar hacer el papel del "pastelero del porvenir" y que las revoluciones del siglo XX no estaban capacitadas para asumir; esa parte del pensamiento de Gramsci sobre la revolución en Occidente que el mismo Togliatti reconocía como aún no utilizado, un marxismo antidogmático que había vuelto a emerger durante los años sesenta dentro y fuera del partido; los mejores estímulos surgidos a partir de la experiencia del largo sesenta y ocho italiano antes del reflujo; una tradición original del socialismo italiano y la auténtica fatiga que el neocapitalismo había hecho surgir en el mundo católico arrasado por la secularización. Era, de todas maneras, un trabajo a contracorriente que exigía tiempo, grandes mentes, gran y unívoca determinación, y mucha franqueza para penetrar en el sentido común.

Berlinguer no tenía la genialidad de Gramsci, ni la talla de Togliatti. Era, sin embargo, consciente del problema, y lo reconoció en dos escritos. Por una parte, trató de establecer una barrera al "nuevismo" liquidacionista: "No puede haber invención, fantasía, creación de lo nuevo, si se comienza por sepultarse uno mismo, la propia historia y la propia realidad". Por otra parte, aclaró el carácter innovador de la búsqueda en la cual había que empeñarse: "Es necesaria para nosotros una revolución copernicana: el ingreso de nuevos sujetos hasta ahora excluidos de nuestra política, tal como las mujeres, los jóvenes, los pacifistas, debe cambiarla en sus términos y en sus modos". *Vaste programme*, habría podido comentar con ironía, como era su costumbre, el general De Gaulle.

La ruptura, sin embargo, planteaba otro problema, que exigía en cambio una respuesta y una iniciativa a corto plazo. Si la fase propulsora de la Unión Soviética estaba ya agotada, era lógico prever que también su papel como potencia declinara. Por tanto, ese equilibrio bipolar, que había gobernado el mundo, iba a menos sin que hubiese

otro preparado para sustituirlo, sin que se hubiesen dado pasos hacia adelante en el terreno del desarme, o la ONU hubiese asumido una mayor autoridad. Es más, Reagan tenía esperanzas precisamente en el relanzamiento de la carrera armamentista para imponer a su adversario un gasto militar que no era capaz de sostener, es decir, como una manera eficaz de transformar en colapso la degradación de la URSS. El problema de la paz y de la guerra regresaba más que nunca al primer plano. Es sabido que históricamente la hegemonía de una potencia o de una civilización sobre las otras no se ha impuesto siempre y solamente con la guerra, a pesar de que por lo general nace y se concluye con una guerra. Y es sabido que la supremacía de Estados Unidos tenía muchos modos e instrumentos para afirmarse, pero debería recordarse que en ese momento ambas potencias en conflicto, ya desiguales, tenían a mano un botón capaz de arrastrar al mundo a un holocausto común.

Yo pienso que el mayor mérito político e intelectual de Berlinguer, en los últimos años de su vida, fue el de haber señalado el peligro y haber realmente hecho el intento de exorcizarlo. La fuerza de un partido de oposición, en un país de segundo rango, no permitía grandes resultados, pero ese intento no era veleidoso y ni siquiera inútil. El que se obtuvo se debe al hecho de que se llevó a cabo con el carácter de un cambio de rumbo: desde la simple predicación de la coexistencia pacífica, y aún más desde el tibio atlantismo de 1975, hasta una línea de pacifismo activo y una propuesta de desarme bilateral. El primer paso concreto en ese sentido fue dado en una *tournée* para encontrarse con los mayores exponentes de la izquierda en el Tercer Mundo: China, donde fue acogido, después de tantas polémicas, como un jefe de Estado; Cuba, donde mantendría una larga entrevista con Fidel; Nicaragua, ya agredida por la Contra (además de las repetidas intervenciones de apoyo a los palestinos masacrados en Líbano). Tales contactos no sólo le sirvieron para reconstruir una relación de amistad lastimada, sino para medir la influencia y el prestigio que el PCI aún mantenía en partidos y estados diferentes entre sí y del propio partido italiano, pero unidos por la voluntad de recuperar el espíritu de Bandung. Se trataba de un éxito inesperado, pero conseguido gracias a la propuesta política que ofrecía.

Muy diferente fue la acogida y el resultado que tuvo el intento análogo de convergencia sobre el tema de la paz y el desarme entre las izquierdas europeas. Con algunos líderes europeos, aunque de pequeños países o con escaso poder (Palme, Brandt, Benn, Kreisky) Berlinguer encontró sintonía. No así en los grandes partidos y en los grandes países. La excusa fue pronto clara, concreta, alrededor de la cuestión candente de los misiles "de teatro", asunto que permaneció en la memoria manipulado, eliminado y por fin suprimido.

La Alianza Atlántica decidió la instalación de misiles de media distancia en la frontera de la URSS, capaces por tanto de atacarla en pocos minutos, para evitar una fácil represalia. Brezhnev, poco dado a la sutileza, replicó inmediatamente instalando misiles atómicos equivalentes. La Alianza Atlántica inició entonces su instalación en Alemania e Italia (mientras en Francia e Inglaterra existían desde hacía tiempo, construidos por su cuenta). La situación, pues, empeoraba, porque tras esas decisiones residía el problema del "primer golpe". Por fortuna el freno a esta situación llegó gracias a dos novedades. Brezhnev murió y, en la cúpula de la Unión Soviética, lo sustituyó Andropov, que tenía otras ideas y otro tipo de inteligencia. Éste efectuó una propuesta que modificaba los papeles, consistente en una reducción bilateral y controlable de los misiles de teatro hasta su desaparición. Como apoyo a la propuesta, que constituía un primer paso hacia un desarme atómico gradual aunque bilateral, nació, desde abajo, el movimiento de masas más amplio e incisivo desde los tiempos del sesenta y ocho en casi toda Europa. También en Italia, inicialmente desde abajo, el PDUP y algunos grupos católicos promovieron un movimiento que de inmediato suscitó una adhesión amplia y visible: una manifestación en Roma, luego el bloqueo de la base de Comiso, reprimido duramente por la policía a bastonazos. Berlinguer nos envió un telegrama de solidaridad, y a partir de ese momento el PCI movilizó toda su fuerza, en Sicilia con el compromiso de Pio La Torre (a quien pronto asesinó la mafia), y con una nueva manifestación en Roma, esta vez unitaria y verdaderamente imponente. La propuesta de Andropov quedó bloqueada por la reticencia de Inglaterra y Francia a aceptar que sus armas atómicas se consideraran como parte de un acuerdo sobre desarme, pero el movimiento sirvió para relajar durante algunos años la tensión, y como estímulo para un acuerdo solemne sobre desarme (Helsinki, 1985), el cual, sin embargo, el Congreso estadounidense rehusó ratificar. ¿Se puede por tanto negar honestamente que el PCI de Berlinguer había asumido durante aquellos años un nuevo papel internacional, que había alcanzado algún resultado, y contribuido activamente a sentar las bases de un nuevo tipo de pacifismo? ¿Y que otros lo han saboteado?

UN BALANCE PROVISIONAL

El examen de los discursos, de las intenciones, de las decisiones, acontecidos entre 1980 y 1985, demuestra que durante ese periodo el PCI realmente intentó un giro profundo, cultural y político, que no se limitaba a enunciar buenas intenciones, sino que encontraba la manera de convertirlas en iniciativas políticas concretas, es decir, de generar luchas de masa y una oposición incisiva contra el gobierno, en el Parlamento y

en el país, y que su rasgo dominante no era el de un regreso al pasado, ni la denuncia del presente, sino el de una búsqueda innovadora.

La duda nace, y es más que legítima, en otro terreno. El de la eficacia. Valorar una nueva política sobre la base de las intenciones que la animan, del proyecto que propone, de la audiencia que obtiene, o también de sus éxitos iniciales, es siempre azaroso. Mucho más respecto a la tentativa de Berlinguer.

Muchas de las innovaciones estratégicas tomaban la forma de orientaciones o de principios más que de una plataforma precisa, sostenida por un análisis adecuado y por autocríticas explícitas. Algunas de las duras luchas entabladas tenían unas fuertes bases y en consecuencia obtenían resultados innegables, pero su destino final era aún incierto. La línea política tenía realmente un hilo conductor coherente, pero dejaba al descubierto cuestiones, en ese momento, premonitorias aunque decisivas: por ejemplo la escuela, la televisión comercial y la industria cultural, la degradación medioambiental que empezaba a constatarse: es decir, aquellos elementos de la difusión de la cultura sobre los que la derecha habría construido su ascenso. El motor del cambio era Berlinguer, quien gozaba de amplio consenso y autoridad en su partido e incluso más allá, pero la convicción del grupo dirigente era incierta, e incierta la capacidad del partido para traducirlo en iniciativas. Todos estos nudos se podían deshacer con mucho tiempo y de terminación. Pero, en 1984, Berlinguer murió.

A partir de aquí surgen importantes interrogantes. ¿Cuánto de todo lo que el intento se proponía se había alcanzado o se podía alcanzar? Buscar una respuesta certera sobre la base de los datos concretos disponibles y de las experiencias ya efectuadas en 1985 no sería serio; mucho menos formular, sobre esa limitada base, una previsión para los años siguientes. Lo que se puede y se debe hacer es sólo una puesta al día de la situación real en la que el PCI se encontró cinco años después del giro de 1980; buscar, por un lado, los puntos fuertes recuperados y prometedores, y por el otro, las dificultades surgidas: definir, en síntesis, la herencia que Berlinguer dejaba a sus sucesores. A este tema dedicaré alguna breve reflexión centrada en todo lo que es decentemente demostrable.

Para entender los puntos fuertes es oportuno partir de una correcta valoración de los resultados electorales. Ha nacido entonces, y está de hecho ya aceptado por todos, la idea de que desde 1979 el PCI entró en una fase constante y fuerte de declive electoral, tal como sucedía a todos los partidos comunistas. Tal idea es falsa, y lo es particularmente si se refiere a los años del "segundo Berlinguer" para menospreciar el giro llevado a cabo por él. En efecto, en las elecciones generales de 1983 el PCI obtuvo el 30%: de nuevo más que en 1972, mientras que en

Europa el PCF pasaba del 25 al 15%. Los mayores partidos socialdemócratas europeos perdieron muchos votos, en Italia la DC cayó al 32% y el partido socialista, a pesar de las palancas de poder conquistadas en el gobierno, quedaba encadenado al 11%. El resultado más sorprendente llegó en 1984: el PCI llegó al 35,5%, y fue el primer partido italiano.

Se ha dicho y repetido que ese éxito era aparente, por estar ligado a la emoción, al sentimiento y al respeto generado por una muerte inesperada y "transmitida en directo". Lo que es realmente cierto, pero es una explicación que a su vez tiene que ser explicada. El sentimiento puede arrastrar a un pueblo de militantes, el respeto puede expresarse de muchas maneras, pero no es en absoluto necesario que conquiste un electorado más vasto y se exprese mediante un voto a favor de una determinada política. Sobre todo en el momento en el que ésta asume un carácter más diáfano y es contestada por todas partes. Esto sucede sólo si la emoción se encuentra con corrientes de aquiescencia, quizá no iguales entre sí, pero muy vastas.

Más que en los números, por lo demás, el consenso se mide por la intensidad. Por eso aconsejo al lector recordar, o ver por primera vez, la película del funeral de Berlinguer, que testimonia con imágenes no sólo una participación colosal, múltiple, conmovida, sino un pueblo en pie. En el que confluían una renovada relación de confianza con la clase obrera; la denuncia de la corrupción política; la apertura del diálogo con el nuevo feminismo; la autonomía finalmente inequívoca respecto de la disciplina de los bloques internacionales y el relanzamiento del pacifismo; unidos a la voluntad de no abandonar el objetivo de una transformación general del sistema social. En cada uno de estos elementos permanecían abiertos muchos problemas y se presentaban grandes obstáculos, que no he ocultado y que no ocultaré. Así pues, presentar al PCI de 1984 debilitado y en rápido descenso, aislado políticamente y separado del país, inmóvil en su pensamiento y en su iniciativa, me parece abusivo. Navegando a contracorriente el partido había, por el contrario, conquistado o al menos consolidado su fuerza, y había abierto algún pasadizo nuevo. En suma, el "giro" no había carecido de resultados concretos, si bien tenía ante sí un gran desafío.

¿Cuáles eran los puntos débiles que durante esos mismos años, en vez de superarse, se habían agudizado e hipotecaban el futuro? Obviamente, ante todo y sobre todo, la correlación de fuerza a nivel global que ya se había afirmado en el plano económico, social, cultural, no sólo en Italia, sino en el mundo, durante los años precedentes y que continuaba su avance. Podría añadir simplemente que el giro registrado en la política del PCI, durante los años ochenta, habría dispuesto de unos recursos muy distintos y unos resultados mucho mayores si se hubiese producido, como hubiera sido posible, diez años antes, cuando

la situación era mucho más abierta y las fuerzas sobre las que podía influir mucho más amplias e incisivas. Me limito a considerar el estado real de las cosas: es decir, que la mayor dificultad que el giro de Berlinguer encontró —que dudó en reconocer, o quizá no tenía la fuerza de afrontar—, fue la cuestión del partido.

También aquí es útil comenzar a partir de los números y de su análisis. De acuerdo con la lógica, una nueva política —más netamente de oposición, dirigida sobre todo a estimular una movilización social y cultural, atenta finalmente a las transformaciones en curso con ideas innovadoras, pero sin abandono de ideales— habría tenido que conquistar más militantes que electores ocasionales, más participación que difusa simpatía, más entre los jóvenes que entre los viejos, más en las zonas geográficas en donde el conflicto social y cultural, aunque en descenso, había sido arduo. Tenía en cambio que suscitar dudas allí donde la simpatía por la Unión Soviética tenía viejas raíces. Pero los datos no respetaban la lógica. El respaldo electoral aguantaba, y durante una fase crecía, pero los afiliados al partido continuaban disminuyendo gradualmente: la composición social, la calidad y la cantidad de la participación, las franjas de edad, los lugares de arraigo no correspondían a un giro político que en cambio tenía necesidad de un instrumento adecuado para superar el muro del monopolio mediático y las redes del clientelismo político de que disponía el adversario.

Por ello, para muchos era evidente, incluso para el mismo Berlinguer, el problema de las bolsas de resistencia, de incomprensión o de pasividad que limitaban la eficacia de su intento innovador. Él estaba convencido sin embargo, con razón, de contar con una popularidad y una sintonía en la base del partido suficientes para permitirle no sólo llevar adelante el cambio, sino hacerlo con discursos y decisiones muy claros, con pocas mediaciones, dispuesto incluso a pagar el precio o a hacerse a un lado. Persuadido, además, de que el partido cambiaría sin destruirse, sumando y convirtiendo todo cuanto implicaba aquel "giro" en experiencias concretas. *L'intendance suivra* no era sólo una invención napoleónica, había resurgido muchas veces en la práctica de los partidos comunistas, con resultados efectivos en lo bueno y en lo malo.

Con todo, esta vez había otra cara de la realidad, en la cuestión del partido, que se le escapaba. La peculiaridad del PCI, que Togliatti había utilizado como palanca, era la de ser un "partido de masas" que "hacía política", actuaba en el país, pero que además se asentaba en las instituciones y las utilizaba para obtener resultados y construir alianzas. Era un elemento constitutivo de una vía democrática. Una medalla que, de todos modos, tenía su reverso. No me refiero sólo, o sobre todo, a las tentaciones de parlamentarismo, a la obsesión de llegar como fuera a un puesto de gobierno, sino a un proceso más lento. Durante

décadas, y particularmente en una etapa de grandes transformaciones sociales y culturales, un partido de masas resulta más que necesario, así como su capacidad para asumir problemas de gobierno. Pero esas mismas transformaciones lo modifican a su vez molecularmente, en su propia composición material. Por ejemplo: la formación de las nuevas generaciones, también entre las clases subalternas, tenía lugar preferentemente en la escuela de masa y aun más a través de la industria cultural; los estilos de vida y de consumo involucraban a la sociedad entera, incluso a quienes no podían acceder a ellos pero nutrían la esperanza de llegar a hacerlo; las "casamatas" del poder político crecían en importancia pero se descentralizaban en muchas sedes y favorecían a quienes las ocupaban; la clase política, incluso la que permanecía en la oposición y sin corromperse, a medida que la histeria anticomunista se atenuaba establecía relaciones cotidianas, si no de amistad, de mezcla de costumbres y de lenguaje con la clase dirigente. Todos éstos fenómenos también positivos, porque una vía democrática saca ventaja de una mayor instrucción general, de una individualidad más liberada de las constricciones de la pobreza o de la superstición, de una multiplicación de las sedes del poder público. Y también conlleva una multiplicación de mecanismos integradores y homogeneizantes.

El sesenta y ocho había inyectado en la sociedad elementos de antagonismo, pero había sembrado la idea de que un sistema social se puede cambiar sin proyecto, organización o un poder alternativo, tan sólo con movimientos espontáneos, intermitentes y contestatarios. La experiencia del compromiso histórico, por razones simétricas, había acelerado el proceso de homogeneización en la constitución material del partido. Por tanto, ¿cuál era, de hecho, el PCI sobre el que Berlinguer trataba de construir una nueva política? La masa de militantes compartía su nueva dirección y creía en ella, pero le costaba entenderla, y practicarla. Hacía tiempo que las secciones se habían desacostumbrado a ser sedes de trabajo de masa, de formación cotidiana de cuadros, eran extraordinariamente activas sólo en la organización de las fiestas de *l'Unità*, y todavía más en los periodos electorales nacionales y locales; las células en el lugar de trabajo eran escasas y delegaban casi todos los asuntos en el sindicato. En los difusos grupos dirigentes el reparto de papeles había cambiado mucho: el mayor peso y la selección de los mejores se habían transferido de las funciones políticas a las administrativas (ayuntamientos, administraciones regionales, organizaciones paralelas, como las cooperativas). Por ende, mayor pericia pero menor pasión política; mayor pragmatismo pero un horizonte político más estrecho. Los intelectuales se sentían muy estimulados a la discusión, pero había descendido su participación en la organización política y

la discusión entre ellos era frecuentemente ecléctica. La excepción se presentaba sólo en el sector femenino, en el que un vínculo directo entre la cúpula y la base creaba una fecunda agitación.

Obviamente, el crepúsculo del partido de masas, ideológicamente definido por su vínculo con una base social particular y alimentado por ésta, no afectaba solamente al PCI. Otros partidos de verdad, como en un tiempo la DC, habían perdido hacía mucho esas características y habían degenerado casi por elección, esto es, para perseguir el objetivo del poder a cualquier precio. Pero eso no impedía que también el PCI estuviera amenazado por una brecha entre lo que pensaba y lo que era.

Sea como fuere, el intento de Berlinguer de ratificar esa singularidad durante los años ochenta recibía un frecuente consenso, aunque no siempre total ni activo, hasta el nivel intermedio. Otra valoración merece la cúpula del partido. Y hay que hacerla, sin esquematismos, para bien o para mal. El grupo dirigente real cuyo peso iba más allá de los cargos, no estaba formado por *parvenus*. Contaba aún con cuadros de valor notable, formados en los tiempos de la clandestinidad, y representaba en su gran mayoría a la generación que había participado en la experiencia partisana y gestionado las grandes luchas de resistencia durante los años más duros de la guerra fría. Habían sido seleccionados en el VII Congreso. El XI Congreso había marginado a una minoría, pero las nominaciones de Longo y después de Berlinguer como secretarios, respondían a la intención de garantizar un cierto equilibrio entre posiciones diferentes, aunque fuese sin aglutinar de nuevo a la izquierda, ya entonces dispersa. No se puede honestamente decir que durante la precedente y prolongada fase del compromiso histórico el nuevo secretario hubiese encontrado una oposición (salvo en, paradójicamente, el propio Longo). Las únicas críticas intermitentes las había expresado Giorgio Amendola, pero sin producir heridas, porque eran parcialmente acogidas. Y en efecto Berlinguer evitó proceder a cambios en el grupo dirigente, salvo con cuentagotas y sin darle un carácter político preciso.

Sin embargo, el cuadro cambia profundamente ante el giro de 1980: esta vez la unidad del grupo dirigente ya no es real. Tanto las decisiones, que frecuentemente tomaba en soledad, como la línea general que en su conjunto dejaban entrever, encontraban disensos explícitos en la cúpula, y a veces con aspereza. Berlinguer no desistía y desafiaba a sus críticos a ponerlo en tela de juicio públicamente, los cuales no creían tener la fuerza para hacerlo. Ahora bien, puesto que esos disentimientos se entrecruzaban con dudas o reticencias de los cuadros intermedios (todavía con la esperanza de que el hilo roto del amplio acuerdo, y, sobre todo, una reconciliación con Craxi,

fuesen posibles) le impedían al partido una sacudida clarificadora, sin la que el reclutamiento de nuevas fuerzas era muy difícil. El modo de pensar y de trabajar del PCI no hacía que sus propósitos parecieran seguros ni invitaban a participar en ellos. Se abría así un círculo vicioso. Tengo razones para creer (empleo esta expresión porque no es correcto atribuir intenciones comprometedoras a quien no puede ya desmentirlas) que precisamente durante sus últimos meses de vida, Berlinguer estaba decidido a romper tal círculo vicioso: es decir, que estaba convencido de la necesidad de comenzar una verdadera batalla política en el partido y sobre la forma partido. No tuvo tiempo de hacerlo. Queda, de cualquier modo, un punto delicado por esclarecer. No es seguro hasta dónde él hubiese podido contar plenamente con el apoyo de una mayoría amplia del grupo dirigente para contrarrestar a la llamada "derecha". Entre sus seguidores había también algún nostálgico del compromiso histórico, y no pocos que consideraban necesario mantener, como fuese, en tiempos de dificultad, la imagen de una plena unidad que no existía. Sus opositores ya no eran solamente los amendolianos de siempre, que ahora se denominaban *miglioristi*[72], sino también una parte de quienes habían sido siempre considerados centristas, fieles a Longo: personajes de relieve como Bufalini, Lama, Pajetta, Di Giulio, Perna, y en ciertos aspectos el mismo Cossutta. También la nueva vieja izquierda (Ingrao, Trentin, por ejemplo), que aun compartiendo la necesidad del cambio, conservaba todavía algún comprensible rencor hacia el promotor de éste.

Poniendo al mismo tiempo, en un balance provisional, la situación del PCI en 1985, los éxitos obtenidos y los obstáculos surgidos durante esos cinco años, honestamente no puedo situarlos en un marco coherente y ya asentado, descubrir una tendencia prevalente que permitiese un juicio seguro. Aún así, en este balance encuentro los elementos para formular una hipótesis no apoyada en el aire con la cual mesurar y explicar los sucesos de los años siguientes. Y es la siguiente:

El giro que pretendía Berlinguer se movía explícitamente hacia un objetivo ambicioso en el medio plazo: contribuir con un concreto paso adelante a la vía democrática hacia el socialismo en Italia y en Europa. Tal ambición, por razones objetivas e inmadureces subjetivas, no resistía la criba de los hechos, el objetivo estaba fuera de alcance. Aun así, la fuerza que había logrado conservar, las decisiones novedosas y las nuevas ideas que habían penetrado permitían al PCI no ser arrollado por la crisis de la Unión Soviética, le permitían evitar la disolución

72 Migliorismo: Concepción filosófica que postula un progreso gradual del mundo mediante la acción del hombre (N. de T.).

y la abjuración, por tanto mantenerse en pie y refundar en Italia una izquierda de inspiración comunista relevante y vital. Tal objetivo era difícil, aunque no imposible. Si una izquierda tal hubiera estado aún en pie en el momento de la descomposición de la Primera República[73], el desenvolvimiento no sólo de la historia del PCI, sino también el de la democracia italiana habrían asumido características diferentes de las que hoy constatamos.

73 Se refiere al sistema político de la República Italiana entre 1946 y 1994 (N. del T.).

[Capítulo XIX]

NATTA, EL CONCILIADOR

Es indiscutible que los últimos años ochenta marcaron una línea de demarcación entre dos épocas.

Se podía dar por concluida la fase de varias décadas en la que la historia del mundo evolucionó fundamentalmente dentro del marco de una alineación bipolar: la competencia entre dos sistemas económicos, dos ideologías (que involucraban a cientos de millones de hombres alentados por ideas comunes y comprometidos en grandes luchas), había asumido el carácter de un desafío entre Estados, aliados en bloques, que representaban un punto de referencia para otros Estados existentes o en vía de formación. La competencia se ejercía sobre diferentes objetivos, con diferentes maneras, en diferentes regiones, pero era estimulada, frenada y garantizada por el equilibrio entre dos grandes potencias. Surgía un nuevo orden, un mundo unificado y desigual, confiado a la espontaneidad del mercado, gobernado en realidad por el poder de hecho de una potencia dominante en base a sus Fuerzas Armadas, pero también a través de la supremacía financiera, la ventaja tecnológica, el monopolio mediático: la estadounidense. Es indiscutible también que una transformación tan grande, sin una gran guerra, no podía ser repentina, ni realizada a voluntad por la cúpula política, sino que tenía que proceder por etapas y basarse en tendencias y procesos múltiples, arraigados en la sociedad. El verdadero salto social y económico en el orden del mundo llegó sólo al final del decenio, con una precipitación que nadie preveía, producida no por un impetuoso éxito de la reestructuración capitalista, que, por el contrario, encontraba dificultades y poco podía ofrecer o prometer, sino por el colapso de su antagonista

de siempre y por la pasividad complaciente de la izquierda europea. El PCI no podía salir indemne de un trastorno tan grande, y al final tan impetuoso; y mucho menos tenía fuerza para impedirlo. Me queda un interrogante: todavía a mediados de los años ochenta —cuando la crisis del comunismo en general se aceleraba y la instauración de una nueva hegemonía se hacía más visible—, ¿el PCI no tenía la posibilidad de enfilar una vía diferente, para mantener viva, sobre nuevas bases, una fuerza notable de inspiración comunista y paralelamente para incidir en la situación internacional?

La desaparición de Berlinguer debía tener, y lo tuvo, un peso relevante. Encontrarle un sucesor no era fácil. El grupo que tenía ideas y contactos para ambicionar un nuevo liderazgo era la así llamada "derecha", que, en efecto, de forma reservada, se reunió para proponer como secretario a Napolitano o a Lama, a pesar de que ambos habían expresado, en repetidas oportunidades, una línea diferente de la suya. Esta elección no tenía la mayoría, también los indecisos la consideraban arriesgada, tanto es así que dicha reunión concluyó con la decisión de no intentarlo siquiera.

Por otra parte los partidarios de Berlinguer, aun teniendo capacidad para imponerse, no eran homogéneos entre sí y no tenían una candidatura a la cual atribuirle un significado político claramente reconocible. Se replegaron, por tanto, en una larga secuencia de consultas, confiadas a Pecchioli y a Tortorella. El método llevaba en sí mismo la decisión: una amplia mayoría señaló a un hombre de grandes virtudes (cultura, rectitud, experiencia, autonomía de juicio), pero también de gran prudencia a la hora de manifestar o provocar desacuerdos, no por conformismo, sino porque le preocupaba en primer lugar la unidad de partido y por el reflejo que toda discusión podía tener en la opinión pública: Alessandro Natta. Alguien que hacía tiempo que se había hecho a un lado, no ambicionaba ser secretario del partido, gozaba en éste de gran respeto, si bien contaba con una limitada popularidad. Natta escogió como mano derecha a Aldo Tortorella, hombre de ideas fervientes, pero igualmente prudente.

Si se quiere sintetizar en pocas palabras y de manera un poco graciosa el aliento del breve periodo de la secretaría de Natta, se puede decir que él quería llevar adelante la política de Berlinguer, aunque limándole las asperezas y, en lo posible, con el consenso de Giorgio Napolitano. En tiempos normales, y cuando existe una unidad de fondo, este tipo de esfuerzos conciliadores, que no excluyen diferencias tácticas, pueden salir bien. Pero esos no eran tiempos normales.

La primera señal de dificultad surgió de inmediato en la gestión del referéndum en torno a la escala móvil y en la valoración de su resultado, en 1985. La decisión de convocar un referéndum la había tomado

Berlinguer y era rechazada por la derecha del partido. Y, en efecto, era muy arriesgada, a pesar de que en su tiempo la compartí.

En efecto, en un referéndum abrogatorio de una ley, es todo el cuerpo electoral el llamado a decidir, y, en este caso, no había una mayoría cuyos intereses estuvieran directamente afectados por la ley, antes bien, una parte sacaba ventaja de ella. Todos los partidos y los periódicos la defendían, presentándola como una necesidad impuesta por la crisis económica. Por tanto, vencer en ese terreno, no obstante la gran movilización de los trabajadores y su valor democrático, era extremadamente difícil. Mucho más cuando faltaba quien la había promovido y la desconfianza serpenteaba incluso entre las filas de quien tenía que apoyarla. Natta aceptó la prueba, ante todo para honrar el compromiso asumido por Berlinguer, pero no supo promover una movilización potente del partido y no quiso imponerla a los que no estaban convencidos: una parte del sindicato, organizaciones de comerciantes, las regiones rojas. El resultado negativo no fue, por tanto, una sorpresa, ni del todo inocente. Y, con todo, fue una sorpresa el hecho de que, solo contra todos, y con fisuras, el PCI obtuviese el 46% de los votos: lo que demostraba una gran fuerza y no comportaba ninguna recriminación. En cambio, se leyó y se vivió como la prueba, por parte de quien no esperaba otra cosa que esta ocasión, de que el último Berlinguer con su giro había exagerado un poco y eso había que enmendarlo. De esta manera se expresó la derecha del partido y nadie le hizo frente. Si es necesario persuadirse de ello, es suficiente con leer enteramente un aburrido número de *Critica Marxista*, de 1985, que reunía una serie de ensayos sobre Berlinguer, escritos por casi todos los mayores dirigentes. Se desprende fácilmente de estos textos, salvo en un artículo de Garavini, y a pesar de los acentos diversos del conjunto, el esfuerzo común por restablecer una continuidad sustancial entre la línea del compromiso histórico y el giro de los años ochenta. Ese cuadro idílico, justificado por la ocasión conmemorativa, no tuvo un gran peso; antes bien, pasó inadvertido. No pasó igualmente inadvertida, por el contrario, en el Comité Central, una petición, aunque muy prudente, de rectificar en sentido moderado la reciente línea política; petición compartida también por una parte de la secretaría. En efecto, constituyó la base de un congreso anticipado del partido que se desarrolló en Florencia en 1986. Más que un compromiso, se trató de una reconciliación que simplemente acallaba, por el momento, disentimientos recientes y, en cuanto al futuro, corregía el giro, sin decirlo explícitamente.

No quiero exagerar en esta crítica, y por otra parte no tendría derecho a hacerlo. También yo, en efecto, participé y no abrí la boca: en parte, porque había reingresado hacía poco en el partido y no quería arrogarme poderes que no poseía; en parte porque no entendía el me-

canismo que se ponía en funcionamiento. Pero releyendo hoy el pesado volumen de las Actas de ese Congreso he llegado a la convicción de que la crítica no puede y no debe callarse.

La primera cosa que me ha impactado es la insuficiencia, por no decir la retirada intencional, del análisis de la realidad (aquello que Togliatti consideraba como la base esencial de una política justa). Me limito a indicar como ejemplos algunos puntos importantes en los que el análisis era flojo o engañoso. La naturaleza y la duración del reaganismo, el evidente desplazamiento hacia la derecha de los países europeos y de los mayores partidos socialdemócratas, la crisis del campo comunista y, al menos al inicio, la importancia del intento de reformas radicales de Gorbachov y, en China, el de Deng.

En el plano económico y social las novedades no eran menores. Pero no se trataba solamente de la introducción de nuevas tecnologías (el posfordismo en la industria), o de la redistribución de la renta que excluía a mucho más de un "tercio de la sociedad". Se trataba de la "financiarización" del capital y de la unificación mundial de los mercados bajo la dirección y los intereses de las multinacionales.

En el plano cultural, precisamente durante los mismos años se extendió y se profundizó la ofensiva del individualismo y del consumismo hasta hacerlos sentido común, y, paralelamente, se acrecentó el poder de la televisión comercial y la descualificación de la escuela, a fin de homologar aquella misma libertad tan proclamada. Muchos de estos temas habían surgido ya en la reflexión de Berlinguer, otros la desbordaban. En conjunto ofrecían un cuadro de la situación menos favorable, aunque también alguna posibilidad. En el Congreso de Florencia, y también después, se discutió muy poco, y de otros aspectos no se discutió en absoluto.

Tanta "parsimonia" en el análisis no se debía a la ignorancia o a la voluntad de subvalorar lo nuevo que estaba ocurriendo, más bien, también en el PCI como en todas partes, la sobreabundante retórica de lo nuevo comenzaba a desempeñar el papel de un velo puesto sobre la sustancia. Era, más o menos conscientemente, funcional para hacer plausible y para que fuera aceptada una corrección de la línea y de la práctica política.

El objetivo principal que asumía el PCI, precisamente a partir del Congreso de Florencia, era nuevamente la formación, a breve plazo, de una nueva mayoría de gobierno, llamada "gobierno de alternativa democrática", para hacer frente a la crisis del país. Un objetivo del cual una reencontrada unidad con el PSI fuese promotora, pero sin excluir una formación todavía más amplia. No era una gran novedad en apariencia: en sustancia era la reanudación del discurso iniciado diez años antes, depurado de los errores de subalternidad y

del moderantismo pragmático y reconducido dentro de los límites de un gobierno de emergencia, llamado también gobierno de programa. ¿No había sido, por lo demás, el mismo Berlinguer el primero en hablar de "alternativa democrática"? El defecto de este objetivo era que no tenía ya donde agarrarse en la situación real y por ello tenía que censurarla. Tal como es fácil de demostrar, también limitándome a la situación italiana.

En cuanto a las relaciones políticas, el PSI, la DC, los partidos laicos —aunque compitiendo cotidianamente entre sí— se habían desplazado todos a la derecha bajo la presión política e ideológica de la onda neoliberal que ya arrastraba a buena parte de Europa. Por esto la *conventio ad excludendum* de los comunistas del gobierno, en lugar de ir a menos, se veía reforzada. Y todavía más: dado que aquella parecía menos justificada y la situación económico-social era extremamente crítica (desempleo al 14%, deuda pública ya superior al PIB), las bases del consenso electoral de los partidos de gobierno rechinaban y a veces cedían. Estos estaban, por ello, obligados cerrar filas y a emplear en mayor medida los instrumentos de un clientelismo capilar y sistemático, a introducir nuevas dosis de gasto público y de tolerancia de la evasión fiscal, en fin, a cubrirlo todo con una operación de falsificación de imagen. Craxi fue un habilísimo maestro ("la barca va", "el consenso político lo gana la personalidad del líder", "el uso que él pueda hacer de los media"). ¿Cómo era posible, en esta situación, pensar incluso como verosímil un "gobierno de alternativa" a partir nuevamente de un acuerdo entre partidos? Y, ¿sobre qué programa común debía sostenerse un "gobierno de programa"?

Y eso no es todo. Durante cuatro años Berlinguer había intentado una política y la había puesto en marcha mediante decisiones, en ciertos aspectos, rupturistas: la "cuestión moral"; la batalla en torno a la escala móvil; el diálogo con los jóvenes a partir de la experiencia del pacifismo y de la crítica del consumismo, y con el nuevo feminismo que embestía contra la concepción de la familia y las formas de la política. El desgarro con la Unión Soviética y la apertura hacia la socialdemocracia, ligados a una propuesta de política exterior autónoma de ambos bloques y de desarme bilateral.

Base y consecuencia de todas estas decisiones de Berlinguer era una doble convicción: la necesidad para el país de una política profundamente nueva, gradual pero estructural; y por ende la necesidad de construir las condiciones de ésta en la sociedad y en la cultura antes y con algo más que con maniobras políticas. Sin extremismos y con el esfuerzo de establecer alianzas, pero asimismo con una oposición clara y con reales movimientos de masa. Ello confería un sentido a la expresión "gobierno de alternativa democrática", que no casualmente se

acompañaba de la frase "fundamentada sobre el partido comunista", o a aquella de "nueva etapa de la vía italiana hacia el socialismo".

No dudo en repetir que, tras lo ocurrido y lo que estaba ocurriendo en la situación concreta de los últimos años ochenta, también ese intento berlingueriano pecaba de optimismo, sufría algunas abstracciones y mostraba no pocos puntos de debilidad. Tenía que ser profundizado, completado y apoyado por un partido que aún no existía, pero, como mínimo, contenía el reconocimiento de la situación y trataba de intervenir para modificarla.

Por el contrario, el intento que devolvía al primer plano el tema del acuerdo de gobierno a corto plazo entre los partidos, y que dejaba al margen los nuevos terrenos del conflicto social y político, no sólo era aún más abstracto, sino que implicaba costes mayores. Por ejemplo, renunciaba a emplear ese 46% que había votado sí en el referéndum sobre la escala móvil. Renunciaba a conquistar la dirección del movimiento pacifista que aún no se había extinguido; o a reforzar los vínculos con el movimiento de mujeres, que de hecho adquirió un carácter de masa (en un momento en el que la crisis golpeaba sobre todo sus condiciones materiales); renunciaba a asumir ser la cabeza del nuevo movimiento ecologista, arrastrando mil incertidumbres sobre la cuestión energética y dejando así el espacio para un partido verde. Renunciaba, en fin, y sobre todo, a abrir un amplio debate en y sobre el partido, que quedó asfixiado por el espíritu demasiado conciliador que prevalecía en la cúpula.

En este puntilloso análisis, quizá excesivamente crítico, del liderazgo de Natta, que puedo permitirme porque fui corresponsable al no haberlo contradicho, he dejado de ocuparme, voluntariamente, de una novedad sancionada por unanimidad en el congreso de Florencia. Me refiero a la frase: "El PCI es parte integrante de la izquierda europea". Era una frase importante, porque ambicionaba definir cómo se colocaba internacionalmente el partido en un momento en el que los equilibrios mundiales se estaban redefiniendo rápidamente. No obstante era tan genérica que llegaba a ser ambigua. Indicaba la urgente necesidad de un diálogo entre las varias familias de la izquierda, más allá de las viejas barreras, para que Europa desarrollase el papel de una tercera fuerza en la superación del orden bipolar. ¿Un diálogo al que el PCI podía aportar una contribución basada en su tradición y en su renovación, y asimismo en la influencia aún relevante que mantenía en los países emergentes? ¿O bien indicaba la disponibilidad de adherirse a la Internacional socialista, independientemente del resultado de un encendido debate que precisamente entonces lo atravesaba? En el primer caso significaba un desarrollo de las más recientes iniciativas de Berlinguer (desarme, multipolarismo, crítica del hegemonismo de toda

gran potencia). En el segundo, proponía una nueva elección de campo y la gradual liquidación de la singularidad comunista (al menos lo suficiente para obtener el *placet* de Craxi).

En esta encrucijada la elección no se había aún llevado a cabo. De una manera o de otra, es evidente el sentido general del Congreso de Florencia: una parcial y no explícita corrección del giro berlingueriano, para moderar su aspereza y su ambición estratégica. El balance pudo hacerse muy pronto: cuando, en 1987, el PCI sufrió por segunda vez una derrota electoral, al pasar del 30% de 1983, y del excepcional 33,5% de 1984, al 27% de los votos. Ese resultado constituía para el PCI una indudable e inesperada derrota, pero todavía no una claudicación. Los votos perdidos no habían ido a reforzar los partidos de gobierno, sino que se orientaban hacia una constelación de fuerzas minoritarias e inestables a la izquierda del partido.

En cualquier caso había otras señales de las qué preocuparse. En varias elecciones locales el retroceso era más acentuado, se deterioraban o desaparecían experiencias administrativas lideradas por la izquierda unida. Se agravaba la crisis del sindicato a causa de las divisiones en su interior y las dificultades que surgían en el mercado de trabajo. En el mundo católico se consolidaban tendencias y organizaciones neointegristas. El peso de una deuda pública que ya estaba fuera de control limitaba las posibilidades y chantajeaba cualquier propuesta de una política económica progresista. Como causa y efecto de todo ello, la coalición de gobierno del centroizquierda asumía el carácter de un pacto de poder sellado por las corrientes más conservadoras de los diferentes partidos que lo componían (el llamado CAF: Craxi-Andreotti-Forlani). En consecuencia, la perspectiva de una "alternativa democrática", poco consistente desde su origen, se desvanecía cada vez más. En cuanto al estado del partido, las cosas empeoraban: en el número de afiliados y en particular en su edad. No faltaban las administraciones regionales, los temas, los estímulos para que en el PCI se abriese una discusión política y estratégica valiente, que sin embargo se evitó, con el concurso de diferentes responsabilidades. El cambio que las cosas pedían se redujo por ello a un relevo generacional. La ocasión la brindó un malestar cardíaco, no grave, que afligió a Natta. Lo invitaron cordialmente, en efecto, a dimitir y, comportándose como un caballero, aceptó la invitación sin expresar esa amargura que más tarde se hizo explícita. Achille Occhetto pasó a ser el secretario y alrededor de él se configuró un grupo dirigente heterogéneo por formación excepto por un punto: la retórica del "nuevismo". No utilizo esta expresión de manera irónica o despectiva, porque anticipaba una ideología, una línea política, un método, un tipo de organización que al final prevalecerían, y que acabarían llevando a la disolución del PCI.

Antes de hablar de estos desarrollos ulteriores creo que es necesario, sin embargo, abrir un paréntesis para ocuparme del acontecimiento de mayor relieve en la historia mundial de aquellos años, todavía más relevante en cuanto a la evolución del comunismo italiano. Me refiero a lo que, precisamente entre 1985 y 1990, ocurrió en la Unión Soviética.

[Capítulo XX]

ANDROPOV, GORBACHOV, YELTSIN

El 11 de marzo de 1985 Mijaíl Gorbachov fue elegido secretario del PCUS. Fue una sorpresa para todo el mundo, y para la izquierda una gran esperanza. La sorpresa era comprensible, pero exagerada; la esperanza tenía fundamentos reales, aunque frágiles.

El giro se había iniciado antes, justo después de la muerte de Brezhnev, por un estado de necesidad (al perfilarse una crisis económica y un difuso descontento), y por el ascenso a la cúpula de Yuri Andropov. Sin embargo, al comienzo no era evidente. La crisis económica, en efecto, permanecía oculta, no sólo en las estadísticas oficiales, sino porque la tasa real de desarrollo, medida en forma cuantitativa, continuaba sin ser inferior a la de Occidente (el malestar social, de hecho, nacía no por los recortes de salario o contra el estado social, sino por la pésima calidad de los productos, por los privilegios de la nomenclatura, el aumento del trabajo negro y la criminalidad). En cuanto a Andropov, lo que se veía a primera vista, y hacía incierto cualquier juicio, era el hecho de que se desempeñaba, desde hacía tiempo, como jefe de la KGB, de manera que en cuanto tal podía alzar un muro de autoritarismo. También su avanzada edad y su mal estado de salud parecían excluir la posibilidad de que se tratara del promotor de un movimiento de renovación.

Y en cambio sucedió todo lo contrario. Sería interesante —para mí imposible— reconstruir su biografía para explicarlo. De todas maneras, lo que es cierto es que precisamente su dilatada experiencia como director de los servicios secretos le permitía tener un verdadero conocimiento del estado real de las cosas, de prever los peligros mortales

que acechaban a la Unión Soviética si no iniciaba una transformación profunda y estructural. Y fue él quien la puso en marcha. Lo atestiguan algunas decisiones inmediatas. Como las nuevas propuestas de política exterior: por ejemplo la del desmantelamiento bilateral de los misiles de teatro en Europa, o la de un gobierno de unidad nacional en Afganistán, acompañado de la retirada de todas las fuerzas armadas extranjeras. O también, en política interior, la de escoger a Gorbachov, joven dirigente de segundo plano, de limitada experiencia y poco conocido, pero inteligente y crítico, como su brazo derecho y, viéndolo en perspectiva, como delfín. Con todo, si se quiere atrapar la radicalidad y el sentido concreto de las intenciones de Andropov, es útil leer un extenso escrito aparecido con ocasión del centenario de Marx.

Ante todo, porque por primera vez la cúpula máxima presentaba al pueblo un análisis verídico de la situación, echando cuentas con el pasado y estableciendo un compromiso para el futuro. El análisis de Andropov era crudo: el socialismo en la URSS —escribía— no se había realizado en absoluto. "A pesar de la socialización de los medios de producción, los trabajadores no son los verdaderos propietarios de los bienes estatales. Ellos habían tenido la posibilidad de convertirse en propietarios pero jamás lograron serlo. ¿Quiénes son, pues, los verdaderos propietarios en la URSS?". Es difícil imaginar una crítica más áspera a la clase burocrática y parasitaria, al corporativismo ávido de privilegios, a la economía sumergida que aprovechaba la ineficiencia pública para conseguir inmerecidos beneficios. El compromiso que se derivaba, dirigido sobre todo a las masas, no era demagógico:

> Para salir de un estancamiento económico se necesita un desarrollo no sólo cuantitativo, sino cualitativo, que mejore la calidad del trabajo y ofrezca a los consumidores aquello que realmente necesitan. Por tanto, es preciso poner en tela de juicio no la planificación en sí misma, sino una planificación basada en órdenes administrativas, indiferente al desarrollo tecnológico, a la calidad de los bienes producidos, e incapaz de valorar los resultados de las inversiones. Ya es suficiente de "decretación comunista" mediante la cual las direcciones empresariales construyen sus carreras, distribuyendo una parte a sus directos subordinados.

Eran sólo puntos de partida, pero mostraban la voluntad de reafirmar el ideal socialista cuando criticaba un modelo que se había desviado de éste; y la voluntad de restituirle su papel central a la lucha de clases. La enfermedad y la muerte no le permitieron hacer más, y la elección

de Chernenko dejó ver cuán fuerte era la resistencia de quien defendía el status quo. Entretanto, el estancamiento económico continuaba, la gerontocracia se hizo más insoportable y finalmente surgió la candidatura de Gorbachov como cabeza del PCUS. Minoritaria en el buró político al comienzo, Gorbachov llegó a secretario gracias a la resuelta intervención de Gromyko, el personaje más conocido y acreditado de la vieja guardia, que conocía lo suficiente el mundo para comprender que si la URSS "no se despabilaba" podría sucumbir muy pronto. El nuevo secretario, además de gobernar un país en crisis, estaba, pues, condicionado desde muchas partes. Sin embargo, tuvo la valentía de anunciar al país una "Perestroika".

LA PERESTROIKA

La palabra, en el vocabulario ruso, es muy genérica, puede indicar un modesto ajuste como también una semi-revolución. Por ello casi todos la aceptaron y la utilizaron, aunque no todos le daban el mismo significado.

Desde 1978 (como ha revelado Shevardnadze más tarde) Gorbachov estaba convencido de que todo el sistema estaba ya "podrido". Y lanzó esa palabra como una bandera a la que permaneció siendo fiel durante años de rudas batallas políticas, para indicar la necesidad de una "gran reforma", que tenía que transformar todo el sistema sin renegar de sus rasgos fundadores. Occidente había logrado una empresa similar a mediados de siglo, logrando hacer frente a una gran crisis económica y al fascismo difundido por Europa, dándose a sí mismo y al mundo una nueva estructura, aunque —no lo olvidemos— pasando a través de una guerra mundial, en el curso de algunas décadas y utilizando como estímulo y como barrera la aparición de nuevos antagonistas. ¿Podía conseguirlo la Unión Soviética, en una situación mucho más comprometida, tanto interiormente como en el contexto del equilibrio mundial? ¿Por lo menos para lograr su supervivencia como Estado?

La URSS, potencialmente, disponía aún de notables recursos para arreglárselas en la modernidad sin verse arrollada. Cito algunos de ellos. Tenía una amplia reserva de materias primas (petróleo, gas, metales raros) para utilizar o para exportar sin muchas dificultades. Tierras abundantes en relación con la densidad demográfica que, bien cultivadas y bien distribuidas, podían garantizar una plena autonomía alimentaria. Un aparato industrial potente aunque tecnológicamente atrasado, y, sobre todo, incongruente con respecto a las nuevas necesidades de los consumidores y despreocupado de la productividad. Tenía, sin embargo, conocimientos y capacidades científicas para superar los atrasos y un nivel de instrucción medio que le permitía tanto formar nuevos cuadros técnicos, como poder penetrar en los sectores de van-

guardia. Una experiencia de planificación cada vez más osificada, pero que en el pasado, cuando había sido necesario, había mostrado también la capacidad de perseguir tempestuosamente objetivos prioritarios y de gran envergadura. Un pueblo desilusionado y desmotivado, a causa de la insatisfacción de sus necesidades, e inducido a la pasividad política, pero no ansioso por conquistar un bienestar aparente.

Todas estas oportunidades estaban ya disponibles en tiempos del XX Congreso, perduraban aún durante los años ochenta, e incluso surgía una nueva. Durante toda su historia la Unión Soviética había tenido que soportar el peso económico (y como reflejo la rigidez ideológica) de la carrera armamentista, en un primer momento para hacer frente a las amenazas externas, luego para garantizar el equilibrio bipolar. El gasto militar era demasiado desproporcionado en relación con sus ingresos. Durante el periodo de la "coexistencia pacífica" dicha presión se había reducido un poco, pero después la política insensata de la "soberanía limitada" y las costosas e inútiles aventuras en Afganistán o en el cuerno de África le habían brindado a Reagan una invitación a bodas. Con su faraónico proyecto de supremacía militar definitiva basada en las nuevas tecnologías (bomba de neutrones, escudo antimisiles, guerra de las galaxias) él contaba sobre todo con imponerle a la URSS un esfuerzo económico que la condujese a la quiebra.

Con todo, esta vez la amenaza militar era, en parte, pura apariencia. Vietnam y Afganistán habían demostrado que las armas sofisticadas no eran suficientes para doblegar una guerrilla difusa. A mayor razón, era absurda cualquier tipo de agresión atómica en contra de un país de las dimensiones de la URSS, dotado de un aparato bélico como el que ya poseía. Por tanto, durante un largo periodo, renunciando a inútiles aventuras imperiales, la seguridad de la URSS no estaría en peligro y podría ser capaz de contener su gasto militar y desplazar los recursos humanos y materiales hacia otros sectores. No obstante, observándolas un poco más de cerca, y en concreto, se dejaba ver que adentrarse en cada una de las oportunidades de las que he hablado implicaba reformas estructurales; y que el éxito en un campo implicaba pasos adelante en otros. Si la crisis era crisis de un sistema podrido, para hacerle frente se necesitaba una reforma del conjunto del sistema. Todo esto ayuda a explicar porqué Gorbachov accedió al poder, porqué su intento obtuvo al comienzo resultados notorios y amplia aceptación; pero encontró obstáculos crecientes que lo desgastaron, y al final padeció una derrota que contribuyó al colapso del país.

Una "gran reforma", en efecto —numerosos ejemplos históricos lo demuestran—, no es más fácil que una revolución. Se necesitan la audacia y la fuerza para demoler todo lo que está ya "podrido" y degenerado. También un extremo realismo para reconocer la situación real, y por tanto

gozar de claridad de ideas acerca de lo que poco a poco hay que cambiar paralelamente a lo que poco a poco hay que demoler, para que funcione un nuevo sistema: los objetivos posibles, los tiempos necesarios para alcanzarlos, las fuerzas motrices que sostienen un largo proceso.

No le faltó audacia a Gorbachov. El primer objetivo que se propuso, necesario, era el de liberar a la sociedad y al partido de esa jaula de prohibiciones, conformismo, *omertà*, que había crecido durante los veinte años brezhnevianos y que había puesto las bases de un aparato burocrático descomunal (16.000.000 de personas). Un objetivo logrado de una manera simple, esto es, concediendo de hecho, y estimulando, la libertad de expresión y de prensa. En pocos meses se produjo: la explosión de un debate entre los intelectuales en todos los campos, la multiplicación espontánea de nuevos órganos críticos de prensa, premiados con ventas extraordinarias, la facultad de la televisión de decir la verdad y a veces de transmitir en directo debates vivaces en la cúpula del partido. Era una verdadera reforma estructural, preámbulo de todas las demás. Obtuvo una amplia aceptación. Quienes no estaban persuadidos, no tenían el valor, o los argumentos, para oponerse, y cuando lo intentaban animaban aun más el debate. Pero ya a partir de aquella novedad se entreveían los problemas. La discusión involucraba ante todo a los intelectuales, en todos los campos, que expresaban las posturas políticas más diversas, poco conciliables, pero estaban muy lejos de poder construir una nueva clase dirigente. Las masas no estaban interesadas, pero sí desconfiaban. En Moscú comenzaba a circular, entre la gente común, una frase mordaz: "Periódicos leo muchos, pero las tiendas siguen vacías".

El desmantelamiento de un sistema anquilosado se había puesto en marcha y no se podía detener. Apremiaba, de todas formas, la problemática de construir uno diferente como perspectiva movilizadora para decenas de millones de personas, capaz de obtener algún resultado inmediato en la mejoría de las condiciones de la vida cotidiana y por tanto de consolidar un amplio consenso, dinamizar la participación y emprender un saneamiento de las instituciones.

No se puede decir que Gorbachov no lo haya intentado. Durante el XXVII Congreso (a finales de 1986) propuso, de hecho, un ambicioso y articulado proyecto de reformas, centrado sobre todo en las cuestiones económicas. Su propuesta tocaba problemas reales, pero casi en cada punto anunciaba una opción radical pero inconclusa. Le faltaba, sobre todo, indicar los instrumentos a emplear, los sujetos a los cuales atribuir responsabilidades, los tiempos necesarios. En este punto se aprecia de inmediato la diferencia con Deng.

Pongo solamente dos ejemplos entre muchos posibles. Para aumentar la productividad del trabajo, renovar las tecnologías, desplazar

las inversiones hacia la industria ligera y mejorar la calidad de los bienes de consumo, ¿era suficiente conceder una autonomía progresiva a cada empresa, sin un sistema fiscal que premiase los resultados o los redistribuyese, y sin un plan vinculante que orientase las decisiones? ¿O quizá de esta manera se obtenía, al contrario, el incentivo de una ventaja ulterior para las grandes empresas oligopólicas, induciéndolas a producir las cosas de siempre, de la manera de siempre, con nuevas ineficientes instalaciones y alzando los precios? ¿O era suficiente con tolerar el nacimiento de una imprecisa iniciativa privada o cooperativista, en ausencia tanto de empresarios como de un mercado, y sin poner límites ni transparencia a los balances, ni establecer garantías contractuales, para impedir que se transformasen en una economía sumergida y especulativa?

En realidad, estas carencias evidentes del programa económico inicial no permitían su fácil puesta en marcha, ni esperar resultados rápidos o visibles. Con todo, el programa era estimulante y corregible. La mejor parte, y no pequeña, de los directivos de empresa era, en efecto, favorable a asumir mayores responsabilidades y, al mismo tiempo, éstos eran conscientes de los riesgos de desorganización que podían aparecer a causa de una demasiado impetuosa liquidación de la planificación. En el otro extremo, la mayoría de los trabajadores pedían ya, pero tan sólo, una mayor disponibilidad de bienes de consumo, elementales pero de buena calidad, la reducción de los privilegios de la nomenclatura, la lucha en contra de la criminalidad y de la especulación. Metas todas ellas posibles de alcanzar, a condición de que el poder político las alcanzara antes de ir más adelante. Y de hecho, Gorbachov obtuvo un enorme éxito en el XXVII Congreso del PCUS, a pesar de que muchos esperaban aún una verificación de los hechos.

Cuando, menos de dos años después, se constató que los resultados tardaban en llegar y el consenso popular comenzó a decaer, casi nadie, incluso Gorbachov, se entretuvo demasiado en explicar correctamente las razones, sino que lo atribuyeron a la incapacidad de los actores implicados y de las instituciones políticas vigentes. Nació, en consecuencia, la idea de anteponer la reforma política a cualquier otra. En mi opinión era una decisión correcta y, al mismo tiempo, incauta. Correcta, porque una gran reforma política era imposible sin un recambio idóneo de la clase dirigente, sin la participación activa de grandes masas, sin nuevas instituciones, un nuevo modo de pensar y de actuar de una y otras. Incauta, por razones igualmente evidentes, pero subestimadas y divergentes.

Hacía setenta años que la Unión Soviética se sostenía gracias a un poder político cuyo motor y gestor era un único partido (el Estado era sólo su instrumento, su brazo secular). Se trataba, no obstante, de

una forma peculiar de partido, que garantizaba su unidad incluso con la represión del disentimiento, pero que organizaba y activaba a muchos millones de personas dentro y fuera de sus límites territoriales, difundía o imponía una visión del mundo, con una ideología compartida, y convocaba una movilización casi permanente de todo un pueblo para hacer frente a las grandes emergencias (la defensa patriótica), o para alcanzar grandes objetivos (industrialización rápida, la alfabetización, la protección social para todos, el ascenso a gran potencia, la lucha contra el colonialismo). Durante las últimas décadas, aun así, el partido, permaneciendo único y autoritario, había cambiado paulatinamente de papel y de naturaleza. Tras la modificación de su nombre, que parecía reconocer una pluralidad de ideas e intereses ("partido de todo el pueblo") se formaba una clase dominante que soldaba en un bloque nomenclatura política y tecnocracia, reducía la ideología a un catecismo en el que pocos creían, incentivaba la pasividad de las masas a cambio de tolerancia por el ausentismo laboral y, en consecuencia, alentaba el trabajo negro. Por lo tanto servía poco, para superar este muro, separar el partido del Estado, limitando su poder, si primero o simultáneamente no se conseguía hacer renacer una identidad ideológica y reconstruir la relación con las masas desfavorecidas. De poco servía conceder espacios parciales a las candidaturas plurales, a los micropartidos de base local, o a los demagogos que convergían después en coaliciones unidas con el único objetivo de debilitar al PCUS. O lo que es lo mismo, servían sólo para segmentar la política y crear un vacío de poder; la ambición de una gran reforma imponía, al menos durante la fase de transición, una línea política sostenida en la unidad y llena de determinación. En sustancia, la refundación política, a diferencia de cualquier otra, exigía mucho tiempo y mucho trabajo. Y en cambio la reforma de la política, además de improvisada, se realizó, pieza por pieza, sin un proyecto ni una coherencia, como suma de hechos cumplidos, expresiones de iniciativas locales, de intereses y de posiciones contradictorias, a veces casuales. Se pasó de un sistema autoritario y ultracentralizado a una diáspora cuyos efectos se transferían a todos los terrenos problemáticos: la economía, la unidad nacional, la política internacional.

DE GORBACHOV A YELTSIN

¿Es legítimo hablar de un naufragio de la Perestroika, cuándo ha comenzado y por qué ha sucedido? En los juicios de entonces, y en la memoria aún dominante, ha prevalecido una versión aproximativa y edificante. En Gorbachov se ve sólo o sobre todo al artífice de la extensión de la democracia a una gran parte del mundo (de la que el muro de Berlín es el símbolo) y el promotor de una reconstrucción del mercado mundial.

El colapso de la Unión Soviética como Estado; la llegada al poder, o a lo que de él quedaba, de una oligarquía corrupta, producto no de una empresa vital, sino de la mayor rapiña de la historia; el derrumbe de la producción, las desigualdades escandalosas; la prolongada tragedia de decenas de millones de personas arrojadas a la pobreza, desprovistas de protección; la reducción de la esperanza de vida; la explosión de conflictos étnicos sangrientos y todavía no resueltos: todo ello se considera como "efectos colaterales", transitorios e inevitables, de una gran empresa civilizatoria, el último fruto envenenado del lejano 1917.

Pienso que este juicio y también este análisis de los hechos constituyen una falsedad. El periodo feliz de la Perestroika duró sólo tres años; después comenzó su quiebra, poco a poco más evidente y más rápida. El intento no habría comenzado siquiera si Gorbachov no se hubiese convertido en secretario del PCUS; de esta investidura había sacado la fuerza para "abrir la jaula", imponer la libertad de expresión y de prensa, promover la idea de una gran reforma. Es decir, tenía a su espalda un partido que organizaba a casi 20.000.000 de personas, de todas las clases, en todas las regiones, que ejercía su poder en todos los puntos neurálgicos de la sociedad y del Estado, acostumbrado a la disciplina y a la unidad. Guste o no, éste había sido el motor de extraordinarias y vencedoras movilizaciones de todo un pueblo. Pero ahora, ya durante las primeras experiencias, se hizo evidente que para que las reformas funcionasen era necesario que tuviesen un contenido preciso y que el partido, del cual Gorbachov era secretario, era, al mismo tiempo, necesario pero inadecuado. Precisamente por este motivo se convocó un congreso extraordinario, con el objetivo de transformarlo, limitando sus competencias en torno a la gestión, aunque reanimando su cultura y su tensión ideológica a partir de nuevas bases.

Entre 1988 y 1989 las cosas tomaron otro rumbo, completamente distinto. Ya antes de 1988 la situación había empeorado. La primera sacudida de Gorbachov había suscitado, sobre todo entre los jóvenes, una esperanza de renovación, que con la ausencia de experiencia y de una línea ya elaborada, iba en todas direcciones y se manifestaba en el nacimiento de muchos micropartidos (de no más de 5.000 militantes); y aun más en el florecimiento de miles de asociaciones políticas volubles y en terrenos dispares. El partido desconfiaba y se cerraba a la defensiva, con el consiguiente resultado de padecer pequeños y repetidos cismas y un número creciente de deserciones. Los daños más graves surgieron, sin embargo, durante el desarrollo del Congreso. No me refiero al resurgir de la oposición, siempre latente, que por primera vez se hizo explícita, de los nostálgicos del pasado. Me refiero a dos hechos mucho más importantes.

Ante todo, la brecha ente quienes habían compartido la Perestroika y habían apoyado a Gorbachov. Una brecha grave, porque no

estaba circunscrita a temas inmediatos, a problemas particulares, a cuestiones organizativas u organigramas, sino porque atravesaba toda la cúpula y se refería a la estrategia. No se puede fundar ni refundar un partido sin un grupo dirigente relativamente cohesionado, sin una visión del pasado y del presente, sin finalidades comunes compartidas por la mayoría de sus militantes; antes bien, cuanto más se quiere permitir y estimular un debate libre en su interior, más necesidad hay de un sentir común.

Los hombres de Gorbachov, o al menos muchos de ellos, se dividieron, precisamente sobre este punto, en dos campos diferentes. De un lado se encontraban quienes también estaban convencidos de la necesidad de reformas profundas, pero sin que ello implicara borrar el carácter socialista del sistema; no había que condenar en bloque la historia del pasado, ni conceder al mercado, y a la propiedad privada, un papel predominante. No sólo por fidelidad a los principios, sino para impedir la desorganización económica y política del país. De otro lado se encontraban quienes estaban convencidos de que ya era necesario continuar hacia delante a toda prisa, hasta el fondo, esto es, cerrar el paréntesis abierto por la Revolución de Octubre y construir un nuevo sistema coherente, asumiendo como modelo las democracias occidentales, un modelo por fin asequible para la Unión Soviética: eso significaba conceder un amplio espacio al mercado, el pluripartidismo parlamentario, y una apertura económica y cultural al mundo. Sin esto, las reformas se habrían quedado sobre el papel, habrían sido saboteadas por las poderosas fuerzas conservadoras, no se habrían alcanzado resultados efectivos. Esta segunda postura era minoritaria tanto en el partido como en el país. Gorbachov contribuyó a criticarla y, por el momento, bajaron la cabeza. Pero la primera tenía poco de qué alegrarse, porque llevar adelante una reforma profunda y general, y salvar al mismo tiempo el sistema socialista era una tarea ardua en extremo. Culturalmente se necesitaba inventar un sistema socialista por completamente nuevo; en la práctica se necesitaba no ya el consenso, sino la participación activa de millones de personas, ante todo de las clases populares, y se necesitaba, por el contrario la neutralización de quien siempre había jurado el socialismo, pero que en el socialismo había cultivado privilegios, o eludido su responsabilidad. En fin, una batalla.

Surgía, con todo, otro aspecto del congreso de 1988. Una buena parte de los delegados se mantuvo alejada del enfrentamiento, pasiva y desconfiada, en parte por el temor corporativo de arriesgar el papel conquistado, en parte por una razón más profunda: no sabía qué decir. Tomo como ejemplo el juicio sobre el pasado. Mientras se trataba de escoger entre la nostalgia por Stalin y la liquidación de Lenin y de su revolución, era fácil mantener una discusión, o incluso una riña. Ahora

bien, si se trataba de discernir el bien del mal, en una historia larga y compleja, la discusión no era posible por una simple razón: porque el cuadro medio del partido no conocía esa historia; había estudiado durante años los textos que Stalin había elaborado e impuesto, luego el informe secreto de Kruschev, y aquí se terminaban sus conocimientos. Gorbachov no había siquiera tratado de colmar ese vacío, hablaba de un regreso a Lenin, pero como si Lenin se pudiese reducir a la invención de la NEP.

La consecuencia de estos hechos fue muy importante. El fracaso de una revitalización del partido se conjugaba con la ruptura en el seno de su grupo dirigente. Pero no por esto el partido desaparecía, simplemente se debilitaba, y trataba de perpetuarse en la periferia en la forma de grupos de presión cada vez más alejados e indiferentes de la dirección central, preludio inconsciente de sucesivas secesiones.

Gorbachov trató de reaccionar con el cambio de la agenda de la Perestroika, es decir, transfiriendo la reforma del poder político a una nueva prioridad: la democratización del Estado (mayor poder a los soviets de las repúblicas elegidos mediante voto popular y una pluralidad real de candidatos). También en este plano hubo óptimas intenciones, pero pésimos resultados. En las elecciones se produjo una derrota del PCUS, mal disimulada por la ley electoral. Sobre todo en las metrópolis, en los soviets se formaron coaliciones de pequeños partidos o de demagogos unidos sobre todo con el objetivo de marginar al PCUS.

Todavía más importante fue la fusión de toda Rusia en una unión, que se convertía así, dadas sus dimensiones, en una contraparte del gobierno central. El poder político estaba ya completamente fragmentado, no sólo horizontalmente (esto es, en varios feudos regionales), sino también verticalmente: soviets con facultades legislativas en sus respectivos territorios, en continua disputa con el Estado por el reparto de los recursos; el soviet de la Federación rusa mucho más influyente en relación con cualquier otro; el gobierno central casi desautorizado; treinta y siete ministerios que no sabían a quién pedir órdenes y de buena gana prescindían de ellas. Cada uno de estos centros o instancias pretendía que su ley, dentro de sus respectivos límites, se impusiera sobre las demás. La democratización apresurada se transformaba en confusión. Todo esto aportaría una aceleración y una multiplicación de los conflictos étnicos y religiosos que, dos años después, produjeron el fin de la Unión Soviética y brindaron la subida al poder, de lo que quedaba de poder, de Boris Yeltsin, director e inventor de un nuevo populismo que, en nombre de la libertad, terminó con el bombardeo del Parlamento y, en nombre del pueblo, rapiñaba el patrimonio público para repartírselo con oligarcas corruptos y a menudo mafiosos. Me interesa constatar que ya en 1990 el colapso estaba en marcha: la

economía desorganizada se precipitó en la recesión, lo que se producía encontraba grandes dificultades para ser distribuido, la criminalidad y la especulación crecían, no existía ya un verdadero Estado. Gorbachov perdía cada vez más la autoridad real, el único poder que le quedaba estaba en el plano de la política exterior. Esta última merece un discurso un poco particular, puesto que en ella surgen más claramente los aspectos mejores de la Perestroika, así como las graves responsabilidades de Europa (y, en particular, de la izquierda europea) por no haberlas recogido en su propio interés, sino, por el contrario, saboteado, y en fin, algunas ilusiones que hacían que el mismo Gorbachov no estuviera seguro de gestionarlas.

Ya desde 1985, la Unión Soviética había asumido la idea de un orden completamente nuevo de las relaciones internacionales: desarme atómico gradual, pero recíprocamente verificable; autodeterminación de cada Estado; solución de las controversias confiadas a la ONU; democratización de la ONU y de las otras grandes instituciones; disolución progresiva de los bloques. Y para dar credibilidad a la propuesta, había buscado acuerdos inmediatos, que a menudo tomaban por sorpresa a los mismos estadounidenses por el tipo de concesiones a que estaba dispuesto. Todavía más: tras alguna duda había retirado al Ejército Rojo de Afganistán y reducido unilateralmente el gasto militar; y se mostraba interesado en un mayor intercambio económico. La contraparte se mostraba complacida, pero hacía oídos sordos: el plan de modernización del armamento estadounidense continuaba; la ofensiva de los talibanes también; la tremenda guerra entre Iraq e Irán continuaba haciendo correr la sangre con su apoyo político y financiero. La cuestión palestina proseguía sin que nadie, incluso tras la masacre en el Líbano y en Jordania, se comprometiese a imponer a Israel el respeto a las reiteradas resoluciones votadas en la ONU. La propuesta de paz comenzaba, pues, a convertirse en una rendición rastrera. Y sin contrapartidas.

Entre 1989 y 1990 precisamente esto fue lo que ocurrió. Gorbachov, no sin costes, hizo el esfuerzo de condicionar políticamente no la plena y justa independencia de los países del Este europeo, pero sí al menos su paso de un bloque al otro y las relaciones económicas entre ellos y la URSS.

De la demolición del muro de Berlín, que se convirtió inmediatamente en un mito, no se puede sino valorar positivamente el fin de la prohibición del libre tránsito, pero es más que sensato discutir acerca de la oportunidad de una reunificación de las dos Alemanias bajo la forma de una pura y simple anexión de una parte a la otra (que la misma SPD no compartía). Igualmente clamorosa fue la ausencia de una iniciativa soviética frente a la guerra en Kuwait: también en este

caso no había nada que objetar a la decisión, respaldada por la ONU, de restaurar las fronteras de un Estado independiente. Lo que sí es un poco más dudoso es que esto tuviese que obtenerse mediante un gran ejército y no por medio de vías políticas. Pero sobre todo, hay mucho que objetar a que se hiciese una guerra, y luego un bloqueo inhumano, para respetar la legalidad internacional en Kuwait, sin imponer nada acerca del destino de los palestinos o de las alturas del Golan. Recriminar a Saddam la posesión de armamentos imaginarios y permitir que Israel poseyese armas atómicas. Una posición dura y neta de la Unión Soviética, a propósito de estas arbitrariedades, habría tenido en la ONU y sobre el terreno un peso que, por el contrario, faltó. Lo que más me sorprende de todo esto es que Europa no se haya percatado de lo mucho que le convenía encontrar un interlocutor económico y político en el Este, para no limitarse a un papel subalterno al nuevo imperio estadounidense; y que Gorbachov, por su parte, creyese, como dijo, poder convertir a Reagan a la línea de Roosevelt por medio del buen ejemplo. En fin, se dio cuenta demasiado tarde de que por sí misma la democracia no era la lámpara de Aladino.

[Capítulo XXI]

EL FIN DEL PCI

Llego ahora a la última etapa de mi trabajo: el fin del PCI.

Llego en condiciones pésimas. Ante todo, y sobre todo, porque tras un breve intervalo retomo la pluma en un momento en el que vivo un profundo drama personal. Ha desaparecido Mara, mi amadísima compañera: no es sólo un dolor sino una amputación de mí mismo que no cicatrizará, que vuelve opaca la inteligencia y débil la voluntad. Y justo en el lecho de muerte me ha impuesto la promesa de continuar mi vida, sin ella, al menos hasta que haya terminado el trabajo que había comenzado durante los años de sus sufrimientos. Y sé que si lo dejase en este momento ya no sería capaz de mantener la promesa.

En segundo lugar, por pura casualidad, tengo que afrontar el tema más complejo, y a su vez más doloroso, del fin del PCI precisamente en el momento en que no ya el PCI, sino toda la izquierda parece haber desaparecido, o está en una confusión total; y contemporáneamente surge de nuevo una grave crisis del adversario que la había derrotado, y por tanto sería más que nunca necesaria. Además, Italia en general, que durante décadas había sido un laboratorio de debate político-cultural y de luchas sociales que interesaban a todo el mundo, hoy ha sido degradada al rango de país menor y a veces un poco indecente: parece improbable, pues, que en el caos de una crisis mundial se inicie desde aquí un nuevo ciclo histórico; por el contrario, es probable que desde aquí, por el momento, madure más bien lo peor. A largo plazo, si la crisis actual de sistema resulta duradera, podrían surgir nuevas ocasiones, pero a corto plazo es difícil de ver incluso por dónde comenzar: el camino para la reconstrucción de una verdadera izquierda es largo, un problema de generaciones.

Pero esta misma constatación empuja a preguntarse si el PCI no poseía aún un patrimonio de ideas y de fuerzas para hacer menos precipitado su propio fin, y menos estéril.

Quisiera tratar de responder. Con dos advertencias. De aquí en adelante estaré obligado a usar la memoria personal para colmar los vacíos de los archivos y de la historiografía reciente, con todos los riesgos que esto conlleva. Por otra parte tendré que introducir algunas veces la autobiografía, dado que en esos asuntos he tenido un papel y una responsabilidad que no han sido irrelevantes.

LA OPERACIÓN OCCHETTO

Estoy seguro, por haberlo intentado, que si preguntase, incluso a personas competentes, cuándo comenzó el final del PCI, recibiría muchas y muy diferentes respuestas: en 1979, tras el fracaso del compromiso histórico en el que tanto se había empeñado y durante tanto tiempo; en 1984, cuando murió Berlinguer, el último líder de gran altura, y que se llevó consigo la tentativa de oponer una resistencia eficaz contra el viento que soplaba; en 1989, obviamente con la aventura de la Bolognina[74], que debía de llevar al renacimiento del PCI y en cambio lo llevó en poco tiempo al desastre; en 1991, con una escisión que se reveló más importante de lo previsto y que empujó, de todos modos, a mucha gente titubeante a desinteresarse.

En cada una de estas respuestas reconozco algo de cierto, porque todos esos trances contribuyeron, de forma secuencial, al desarrollo de una enfermedad mal diagnosticada y mal tratada. Pero si se quiere, como quiero, establecer el elemento desencadenante de lo que fue una verdadera fase terminal, salta a la vista la decisión tomada por Occhetto en la Bolognina, a condición de que se la integre con aquello que la ha precedido inmediatamente y la ha hecho posible, y con lo que la ha seguido durante los dos años siguientes.

La "operación Occhetto" comenzó durante el XVIII Congreso, con mucha audacia e ideas poco claras, al igual que, en su tiempo, la Perestroika de Gorbachov. Y recorrió la misma parábola: un rápido inicio con un amplio consenso; luego dificultades y agrias disputas; por último, tres años después, una quiebra.

El inicio del giro no fue, como a su tiempo los de Togliatti y Berlinguer, expresado con decisiones concretas y arriesgadas de las

74 La Bolognina: durante la celebración del cuarenta y cinco aniversario de la batalla partisana de la Bolognina, Occhetto avanzó, por sorpresa, un cambio radical, que incluía la posibilidad de abandonar el nombre de Partido Comunista, junto con sus símbolos, para crear un partido próximo a la Internacional Socialista, dando inicio a un proceso que acabaría con la desaparición del PCI (N. de T.).

cuales, paulatinamente, nacía una nueva estrategia, sino a través de una revisión ideológica.

La revisión no estaba muy argumentada, pero era radical. Invertía, ante todo, la visión del propio pasado. En una entrevista Occhetto afirmó: "El PCI se siente hijo de la Revolución francesa" (precisando que de la de 1789, pero excluyendo a los infaustos jacobinos) y no, como se ha dicho siempre, heredero de la Revolución de Octubre". Poco después, en un discurso, atacaba a Togliatti definiéndolo como "cómplice inocente de Stalin". Y por último también a Berlinguer: "una tercera vía no existe, nosotros no pensamos inventar otro mundo. Ésta es la sociedad en la que vivimos y es en esta sociedad donde queremos trabajar para cambiarla". También la lucha de clases dejaba de tener un papel protagonista, "porque las principales contradicciones de nuestra época tienen que ver con el conjunto de la humanidad". En síntesis, que comenzaba a estar "superada" la vía democrática hacia el socialismo, y el socialismo como formación social diferente y antagonista del capitalismo.

Incluso un viejo y prestigioso liberal como Bobbio se percató y se preocupó por tal furia iconoclasta, y escribió en la *Stampa*:

> Me pregunto si lo que ocurre en el PCI no es un verdadero cambio de sentido. Se tiene la impresión de que hay mucha confusión. La precipitación con la que se está echando por la borda la vieja carga me parece sospechosa. Se continúa a flote, pero la bodega está vacía. Se alude y se cree en el hecho de que pueden encontrarse fácilmente nuevas mercancías en cada puerto. Atención: hay mucha mercancía averiada vagando por ahí, mucho material fuera de uso que pasa por nuevo.

No se podía decir mejor: pero a Bobbio se le escapaba un elemento importante. Detrás de aquella revisión ideológica iconoclasta había un proyecto político harto elemental. Al desmantelar la "singularidad" comunista, Occhetto, y no sólo él, estaba convencido de que podía hacer caer la *conventio ad excludendum* y así abrir el camino a un gobierno en el que estuviese el PCI, mucho mejor que el existente. Pero precisamente aquí surgía su punto más débil.

Para nutrir tal esperanza, y hacerla creíble, era necesario no sólo pasar por alto la realidad, sino construirse una fantasía. Esto es, era necesario ignorar que el orden bipolar del mundo saltaba en pedazos, como en realidad lo estaba haciendo, pero que no estaba dando lugar, de hecho, a un sistema multipolar, sino a un mundo dominado por una única potencia; que esa potencia estaba, hacía tiempo, persiguiendo

una línea neoliberal y una restauración de clase, y allí adonde no llegaba a hacerlo pacíficamente tenía las armas para imponerla; que el nuevo capitalismo financiarizado y globalizado no premiaba, sino que excluía del bienestar a la mayoría de los pueblos y de las personas; que en Italia, particularmente, se perfilaba una bancarrota, y por ende un conflicto social, y el sindicato estaba dividido y debilitado; que los partidos del gobierno se resistían a la idea de introducir a los comunistas en él, no por diferencias ideológicas, sino para defender unos intereses y unos modos de gobernar sobre los cuales se sustentaba, desde siempre, su poder. Y así sucesivamente.

Por esta razón en el XVIII Congreso, cuando se trataba de discutir y decidir acerca de los programas, o acerca de las alianzas, o acerca de la situación internacional real, en el "Proyecto Occhetto" se encontraba un vacío permanente.

LA SORPRENDENTE UNANIMIDAD

Pese a todo esto —la drástica liquidación de una tradición teórica frecuentemente revisada pero todavía arraigada, el vacío de análisis de las novedades emergentes, la ausencia de una propuesta política de la que nada llegaba aparte del hecho de que tenía que ser nueva—, la "nueva trayectoria" de Occhetto obtuvo una aprobación casi unánime durante el XVIII congreso.

Antes de continuar, es pertinente descifrar las razones de tan sorprendente unanimidad, que explica muchos de los sucesos inmediatamente posteriores. Sería poco generoso y desorientador afirmar que Occhetto la obtuviera sobre todo por su posición dentro de un partido en el que no se podía desmentir al secretario en las cuestiones esenciales, y en una fase congresual, a fin de no resquebrajar la unidad. Se la había ganado, muy por el contrario, con inteligencia política, y con una lúcida lectura del partido que tenía que gobernar, que le permitía medir, en cada sector, aquello que podía prometer para lograr un plácet y aquello que, en cambio, tenía que negar para no ser prisionero de ello.

Los *miglioristi* no amaban su retórica movimentista, ni sus improvisadas y solitarias imprudencias (tanto como para haber votado en su contra cuando había sido nombrado vicesecretario), pero les brindaba el final de la "singularidad comunista" berlingueriana y la solicitud de adherirse a la Internacional socialdemocráta, aunque no un alto el fuego en la confrontación con la política de Craxi, pues habría suscitado la reacción de vastos sectores del PCI.

Occhetto sabía que podía contar con la benevolencia de Natta y Tortorella, porque lo habían hecho secretario del partido. Conociendo el vínculo afectivo de ambos con Togliatti y Berlinguer, moderó el tono

de las críticas directas y las compensó con una reiterada y genérica valoración de cuanto habían hecho para diferenciarse del campo soviético (la afirmación de la democracia como valor universal). Eran compromisos llevados al filo de la navaja, pero funcionaban.

Explicar el consenso, o al menos la no beligerancia hacia la "nueva trayectoria occhetiana" del ala izquierda del partido, es mucho más difícil. El ingraísmo, tras el XI Congreso se había disuelto; había permanecido en silencio durante el periodo del compromiso histórico, no le había sacado partido a fondo a la ocasión que les había brindado el último Berlinguer, y había encontrado una modesta ayuda en la confluencia con el PDUP de 1985: en condiciones normales no se le podría considerar un componente activo y reconocido del PCI. Pero el giro de Occhetto, declarado en el XVIII Congreso, no puede considerarse como momento de normalidad, pues definía una ruptura: una ruptura que si hubiese sido contestada habría encontrado seguidores rompiéndose la unanimidad.

No estoy hablando de una eventualidad abstracta, sino de un intento ya en marcha del que nadie sabe nada, y que hoy siento el deber de revelar.

Antes del congreso la fisonomía de la "nueva trayectoria" estaba ya muy clara y un grupo de compañeros de cierto renombre y autoridad, con o sin razón, decidieron oponerse "desde la izquierda", no en nombre de la conservación sino de una renovación distinta, y con tal fin elaboraron el borrador de una moción alternativa (junto a un documento más amplio para apoyarla). Ingrao, Garavini, un poco menos decidido Bassolino y yo mismo, y para ello fui invitado a la restringida comisión de redacción de las tesis congresuales. En ese momento Occhetto se guardó muy bien de apelar al centralismo democrático; se movió, en cambio, con innegable habilidad. Citó a Ingrao para un encuentro directo y le preguntó generosamente: "¿Qué queréis que introduzca en mi discurso para renunciar a la moción alternativa?". Ingrao respondió más o menos así: "Recalcar con énfasis la cuestión ambiental y, coherentemente, una fuerte denuncia de las multinacionales que ya tienen en sus manos las grandes decisiones de la economía". Occhetto lo prometió y cumplió de hecho con su palabra, a su manera, con algunas frases altisonantes, aunque genéricas, entre las que causó sensación la que dedicó a la Amazonía. Ingrao, en correspondencia, se sintió obligado, de manera que el documento alternativo se guardó en el cajón. Hay que añadir que la platea congresual quedó muy satisfecha, porque tuvo la impresión de que la nueva trayectoria había unido al partido, abriendo el camino a una iniciativa dinámica y que obtendría resultados notorios. Yo, y quizá no sólo yo, estaba convencido de lo contrario, pero me resigné a un silencio que era un asentimiento: volviendo a pensar en mi vida po-

lítica, creo que entre tantos errores, este fue el único en el que el error se mezclaba con la vileza. En un punto, en efecto, Occhetto tenía razón: el PCI no podía sobrevivir manteniendo un continuismo. Para evitarlo eran necesarios un análisis y una línea por completo diferentes, pero orgánicas e igualmente innovadoras; era, por tanto, necesario correr el riesgo de una contraposición.

Pero la realidad es menos manejable que las palabras. En los meses siguientes al Congreso surgieron dos inquietantes hechos nuevos. Ante todo, como he dicho, la crisis económica, el desorden institucional, los impulsos secesionistas anunciaban ya el fracaso de la Perestroika y el colapso de la Unión Soviética (y de su zona de influencia), no sólo en cuanto régimen sino también como Estado. En segundo lugar, en Italia, la "nueva trayectoria" occhettiana había conquistado simpatía y aliento, aun cuando no había modificado, en absoluto, ni las alianzas, ni la política de las fuerzas en el gobierno. Occhetto, al igual que Gorbachov, se encontraba pues ante una disyuntiva: modificar su propia línea, o bien acelerar el paso y hacerla más notoria por medio de actos políticos clamorosos y arriesgados. Ésta es la base racional de la Bolognina, la clave de lectura para entender los tiempos, el modo y el contenido de un acto que, de otra manera, parecería la aventura de un demiurgo.

LA BOLOGNINA, ENTRE EL SÍ Y EL NO

Los tiempos. Occhetto adelantó su explosiva propuesta tan pronto como cayó el muro de Berlín, porque, más o menos lúcidamente, era consciente de que ese acontecimiento, al menos en el plano simbólico, ofrecía la última ocasión para poder presentar la disolución del PCI como parte de un gran avance democrático que legitimaba su historia y su función, y no como parte y reconocimiento de una rendición general.

El modo. Si aquella propuesta hubiese proseguido el camino normal, esto es, legítimo: discusión en la Dirección, luego en el Comité Central, luego, inevitablemente en las secciones, no sólo se habrían alargado los tiempos, sino que corría el riesgo de no pasar. Por lo tanto, no había otra manera que poner al partido ante un hecho consumado e irreversible, aun a riesgo de liquidar a quien lo había propuesto.

El contenido. Se componía de dos decisiones rompedoras. La apertura de la fase constituyente de un nuevo partido en la izquierda, con el que el PCI estaba dispuesto a confluir, y el cambio del nombre del partido como estímulo y consecuencia lógica de tal fase consti tuyente. Antes ya alguien había sugerido la hipótesis de un cambio de nombre del partido, pero había sido explícitamente rechazado para evitar que fuese entendido como consecuencia de una derrota análoga a la que se había impuesto en otros partidos comunistas, más que como el re-

conocimiento de la especificidad del comunismo italiano y la premisa de su merecido relanzamiento. Pero, según Occhetto, una vez aclarado ese equívoco, la decisión de un nombre nuevo podía favorecer la construcción de una nueva gran fuerza reformadora que recogiese diversas componentes sociales y culturales, que desbloquease finalmente el sistema político italiano.

Así que la mañana del 12 de noviembre de 1989, inesperadamente, Occhetto se presentó ante una pequeña asamblea de veteranos de la Resistencia en un barrio de Bolonia. Tomó la palabra sin aludir al tema del nombre, pero reiterando que la caída del Muro dejaba ver a las claras cuán rápidamente cambiaba el mundo y cuán necesario era que el partido se renovara para no quedarse en el furgón de cola. Ahora bien, allí estaba presente un joven redactor de *l'Unità*, improbablemente inocente, que al final de la reunión le preguntó: ¿renunciamos también al nombre de *comunista*? Y el "miserable Respondió: 'Todo es posible' ". En pocas horas esto llegó a oídos de la prensa, que no perdió tiempo en descifrar la frase: a la mañana siguiente, en grandes titulares, apareció, con o sin signos interrogativos, el PCI cambia de nombre. Yo me sorprendí, y al entrar en el Palazzo Montecitorio, sede de la Cámara de Diputados, me encontré a Natta y le pregunté: "¿Pero tú lo sabías?". Y él, levantando con tristeza los brazos, me respondió: "En absoluto".

Veinte años después, a pesar de preguntarlo innumerables veces, no he logrado saber quién y cuántos sabían algo al respecto. Así que me he hecho esta idea: los amigos de confianza del secretario (Petruccioli, Mussi, la familia Rodano) estaban por completo al corriente, a algunos se les había consultado como si de una hipótesis se tratase, pero la mayoría de los dirigentes más importantes sabían lo mismo que yo, es decir, nada.

Aquel mismo día el secretario convocó a la secretaría y tras un sucinto informe pidió una adhesión colectiva. Al advertir cierto malestar, y alguna lágrima, mostró una hoja en blanco destinada a presentar su dimisión en caso de que la adhesión fuese rechazada. Y en efecto la obtuvo, a pesar de que, conforme a los estatutos, la secretaría estaba habilitada solamente para funciones ejecutivas, y no para decisiones de línea política (todo debía renovarse salvo las costumbres de Botteghe Oscure, la sede del partido). A la mañana siguiente la cuestión se discutió en la Dirección, a la cual se le ofreció una argumentación más amplia aunque sin ninguna variante. Yo fui uno de los primeros en subir a la tribuna, pronunciando un tajante *no*, tanto a la renuncia de la palabra *comunista* —que en el caso del comunismo italiano era injustificada, y lo que estaba sucediendo en el mundo permitía enriquecerlo—, como a la constitución de un nuevo partido, para lo que no veía preparados aportes significativos, corriendo el riesgo de disgregar el

que ya existía en lugar de crear uno mayor. El primer día mi *no* quedó solo, *l'Unità* salió con el titular: "Sólo Magri en contra". Durante los dos días siguientes se sumaron otros dos (Castellina y Cazzaniga) y hubo dos abstenciones (Chiarante y Santostasi), aunque alguna intervención mostró sus reservas pero evitó el voto en contra. Ingrao estaba en España pero regresó rápidamente y expresó su total rechazo, lo cual le dio una mayor visibilidad a una oposición tan endeble. Ahora bien, la planta baja estaba llena de periodistas y canales de televisión, de manera que la noticia se esparció a lo largo y ancho del país desde la primera hora, y esto suscitó, por primera vez, una participación activa y pública de la base comunista: agitados comités federales, asambleas de sección concurridísimas, algunas autoconvocadas, alguna manifestación de protesta delante de Botteghe Oscure, declaraciones a favor y en contra de intelectuales. Cada uno quería dar su opinión, y sin excesiva cortesía.

El 20 de noviembre se reunió un Comité Central que duró tres días. Clima tenso, centenares de miembros opinando. El secretario quería un pronunciamiento claro de parte de cada uno y, de hecho, presentó un orden del día muy breve: sí o no a la propuesta en su conjunto, a expresar mediante el voto, a lo que seguiría la convocatoria de un congreso. Unos cuantos trataron de evitar el congreso por el encomiable temor a que se endureciesen las respectivas posiciones: sabias preocupaciones, pero una propuesta veleidosa. Luego se dijo que fue Pietro Ingrao quien impuso el congreso. No es verdad. El congreso era inevitable, por razones de legitimidad: un Comité Central se elige por el partido que hay, no tiene el derecho de hacer otro, y por simple sentido común: un grupo en ebullición no se tranquiliza haciéndolo discutir pero sin que se tomen decisiones.

Tanto el debate en el Comité Central, como el que ocupó el XIX Congreso, convocado al instante, fueron obviamente agitados y con numerosas intervenciones, pero a decir verdad ni muy interesantes ni creativas, cosas ya escuchadas y maquilladas de nuevo, pero con poca sustancia. Evitaré, por lo tanto, referirme a ello con detalle. Aun así, surgieron dos novedades que tuvieron un gran peso, ya fuese en lo inmediato o a largo plazo.

Ante todo, el área del disenso era, de lejos, más extensa y más tenaz de lo previsto. Lo demuestran los números. En la Dirección nacional los *no* nítidos habían sido tres (cuatro cuando llegó Ingrao), mas dos abstenciones expresas y alguno que no quiso votar. En el Comité Central, en cambio, de 326 presentes hubo 219 *sí*, 73 *no* y 34 abstenciones. En el Congreso de Bolonia los delegados del *no* representaban el 33%, un tercio de los inscritos. Los números además no lo decían todo. Muchos otros elementos me permiten pensar que en ese momento el desacuerdo era aún mayor. La movilización excepcional, a favor del

secretario, de los aparatos de las federaciones y de los administradores locales, algunas veces forzando levemente el reglamento. La acentuada disparidad del voto en las regiones: aplastante mayoría del *sí* en las regiones rojas, que ya constituían más de un tercio del partido, pero una amplia, y en algún caso mayoritaria, oposición en otras ciudades importantes. La unánime presión de la prensa de partido y también de los periódicos independientes, mientras que el disentimiento carecía de instrumentos organizativos y de algún órgano informativo. Dos sondeos (para lo que puedan valer los sondeos en casos como éste) llevados a cabo entre los electores registraban un *no* del 73%. Finalmente —pero no por último—, una relevante tendencia al éxodo silencioso: los afiliados al partido, entre 1989 y 1990, disminuyeron en casi 400.000.

Pero un segundo hecho surgido de la batalla sobre el terreno jugaba, por el contrario, en contra de los que se oponían, y contribuía a la existencia de un malestar general. El frente del *no*, además de improvisado, había llegado a la Bolognina política y culturalmente heterogéneo. Estaba ligado al *no* contra la propuesta de Occhetto, pero no había elaborado, ni tenía ganas de hacerlo, una propuesta alternativa común y convincente. Faltaba una reflexión en torno al pasado (no liquidacionista pero sí crítica), un análisis del presente (no acomodaticio, y sí consciente de los cambios en auge en la sociedad y en el mundo). De manera que acababa por ofrecer una imagen de resistencia o freno, más que de un proyecto innovador serio y ambicioso, construido a partir de lo mejor del patrimonio del PCI. De hecho, tal situación entrañaba para todos un problema político delicado y complejo. El Congreso había concluido con la aprobación del proyecto de Occhetto, que tenía por lo tanto pleno derecho a ponerlo en marcha y pedir a todo el partido hacer lo mismo, sin consultas ni alegaciones posteriores o nuevas verificaciones. Aun así, políticamente el riesgo era grande. Hacer un nuevo partido, más grande, perdiendo la tercera parte de sí y en medio de un alboroto permanente. Por otra parte, también los opositores tenían necesidad de tiempo para definir mejor su propia propuesta y la de un grupo dirigente, a nivel central y periférico; y, sobre todo para decidir qué hacer en el futuro. Por eso se estableció un compromiso: poner en marcha la constituyente del nuevo partido, pero entretanto aceptar que el debate quedase abierto a una posibilidad de apelación, esto es, a una verificación congresual durante el año siguiente, en la cual solamente los delegados tenían derecho al voto. Esa especie de aplazamiento habría llevado seguramente a una viva competencia, pero también a una discusión más seria: de hecho fue ésa la etapa más interesante y menos previsible de la historia abierta por la Bolognina. Vale la pena reconstruirla, porque fue mal contada y más tarde olvidada. La mayoría estaba muy convencida de no volverse atrás y, en efecto, confió a un

miembro de la secretaría el encargo de atraer fuerzas externas y obtener de ellas, grosso modo, un consenso generalizado haciendo ver que la idea de la constituyente era fructífera y así reducir el margen de una eventual escisión. Pero la caza no arrojó los resultados esperados. Los pequeños partidos mostraron algún interés, pero ninguna intención de disolverse. Los intelectuales de prestigio estaban divididos, pero llenos de dudas acerca de un compromiso directo. En la izquierda "dispersa y sumergida" había madurado un escepticismo hacia la forma partido en cuanto tal, y de todas formas rechazaba la participación en un conflicto aún sin resolver. Lo que sí era decisivo era el efecto del giro en y sobre los grandes interlocutores. La DC y sobre todo Craxi (el fiel de la balanza) veían en la disolución del PCI más que un estímulo para ponerse ellos mismos en tela de juicio, para refundar la política, la ocasión de una crisis que midiese su fuerza: sólo después se abría la posibilidad de un diálogo, ventajoso para ellos. Entre los católicos prevalecían entonces las nuevas organizaciones integristas, el papa seguía como protagonista el advenimiento de Solidarnosc en su Polonia natal y el colapso de los países del Este. Los católicos del disenso próximos al PCI habían tomado su decisión varios años antes: se sentían más útiles como independientes porque podían actuar sobre los nuevos movimientos activos en la acción social. El bueno de Petruccioli volvía, pues, de sus expediciones con el saco semivacío y esto provocaba una fisura que no sanaría jamás en el terreno de la mayoría. Una parte, los *miglioristi*, estaba convencida de que no se sacaría nada en limpio sin cambiar la opinión y el comportamiento con respecto al PSI. Pero Occhetto no estaba convencido porque sabía que esto era una herida abierta en su base y podía extender el disentimiento. Precisamente lo que esperaba Craxi antes de perder los papeles. Tampoco el "frente del *no*" iba demasiado bien. O tenía, por lo menos, muchas cosas que aclararse a sí mismo para asumir una fisonomía más precisa y así decidir qué hacer. Durante el mes de junio celebró una asamblea para discutirlo. Y ahí empezaron a manifestarse los síntomas de una fractura. Ingrao y Bertinotti de pronto avanzaron con la propuesta de dejar de lado, hasta el próximo Congreso, la cuestión del nombre, para centrar la atención en el tema del programa y la línea política. Santostasi, que era el coordinador y el relator, y yo con él, no compartíamos esa propuesta. No sólo, y no tanto, por su valor simbólico, ni porque el nombre era parte integrante de un giro político y cultural comenzado hacía ya un año; sino porque archivar o ratificar la palabra *comunista* era un problema abierto, nos exigía también un esfuerzo para darle un significado más rico y volver a pensar críticamente el pasado. No debería de ser algo dejado de lado, sino más bien discutido. Santostasi sometió esta decisión al voto con una moción tajante y la propuesta fue rechazada por una gran mayo-

ría. Con todo, detrás de esa propuesta ya asomaba un problema más candente, sobre el que todos estaban titubeantes: ¿qué habríamos de hacer después del congreso, y con qué podríamos amenazar para influir en su resultado? Todo esto abrió el camino a algún intento, tímido y reservado, entre mayoría y oposición, de búsqueda de algún compromiso. Existía un resquicio, que Michelangelo Notarianni había propuesto en un artículo: se podía pensar en una solución federativa, en la que fuese reconocida una minoría comunista, a condición de que se encontrase una base común sobre una línea política más cercana a ambos. En torno a la idea de la organización federada, la mayoría no mostró disponibilidad alguna y no se llegó a nada. Ente otras cosas, porque entretanto intervino, en agosto, la cuestión de Kuwait y de la participación italiana en la guerra que tenía que resolverla: por primera vez un buen número de parlamentarios del PCI rompió la disciplina de partido. En ese momento se hacía aun más necesaria para "el frente del *no*" la elaboración de una plataforma más profunda, antes de precipitarse en unas elecciones organizativas. Y se decidió celebrar un seminario en otoño, amplio y prolongado, a fin de producirla y asumirla. El encargo de redactar un texto me lo encomendaron a mí y me ocupó todo el verano. Lo llevé a término de manera colectiva y con numerosas consultas. El seminario se desarrolló en Arco di Trento, a finales de septiembre, con una participación muy nutrida y un método poco usual e interesante. Como el texto era muy extenso, ambicioso y concertado, no hubo un informe introductorio para ilustrarlo. Se entregó a comienzos de la tarde a los participantes y se les dejó toda la mañana para leerlo y reflexionar. El resultado pareció estimulante, el agradecimiento fue general, en el debate no hubo disentimientos, y como el texto no era insignificante, ni repetitivo, el consenso no representaba una interpretación a la baja. En un cierto punto del seminario, sin embargo, surgió un rayo que lo hizo saltar todo por los aires. El rayo se estaba incubando hacía tiempo, y tal como se hace con los huracanes, se le puede dar un nombre: el nombre es "no obstante".

Armando Cossutta subió a la tribuna y habló bien de la plataforma propuesta, pero "no obstante", si el partido cambiaba de nombre, él y otros harían otro, comunista. Poco después intervino Ingrao, que aun habiendo aprobado el texto bien entrada la noche, comunicó que "no obstante" él participaría en la constituyente propuesta por Occhetto. Con esos dos "no obstante" cualquier poder de negociación, admitiendo que fuese posible, se convertía en nada. El resultado del XX Congreso, en Rimini, era ya previsible: una misa cantada a la cual seguiría una escisión, y que no merece siquiera una crónica.

LAS TRES ESCISIONES

Varios distanciamientos y escisiones han punteado la historia del movimiento obrero, en casi todos los países y durante muchas épocas, entre socialistas y comunistas, aunque también en el seno de ambos. En cada caso las escisiones han costado un alto precio. Gramsci, que era uno de los promotores, dijo de aquella de 1921: ha sido necesaria, pero ha sido también una desgracia. Eso no quiere decir que todas hayan comportado un desastre similar, o que hayan sido en el tiempo igualmente estériles o irreversibles. Ni siquiera que todas hayan sido el simple reflejo de un gran conflicto ideológico y político. En buena medida sus consecuencias eran más o menos graves, más o menos definitivas, también en relación con el contexto en el que se contextualizaban, de quién y por qué las producía, al proyecto que las animaba.

Aquella de 1991, que sacudía al PCI, fue una de las peores. Bertinotti, mucho más tarde, ofreció una fotografía seductora aunque engañosa, con una simple frase: "Los gorriones con los gorriones, los mirlos con los mirlos". Si de la secesión, en realidad, hubiesen surgido, paulatinamente, por un lado un fuerte partido reformista vinculado a la mejor tradición socialdemócrata y, por el otro, un partido comunista real mente refundado, la frase de Bertinotti hubiese sido adecuada. Desgraciadamente no era esto lo que estaba aconteciendo, mucho menos lo que sucedería.

En realidad las rupturas fueron dos, o mejor dicho, tres. La primera, la más importante y más obvia, era el nacimiento inmediato de dos nuevos partidos que rivalizaban por la herencia. El que había ideado Occhetto, que se denominaba Partido Democrático de la Izquierda (*Partito Democratico della Sinistra*, PDS), con el símbolo del Roble; el que promovieron Garavini, Libertini, Serri y Salvato, que tomó el nombre de Refundación Comunista (Rifondazione Comunista). Una segunda fractura era menos importante y visible, pero en cambio tenía efectos indirectos apreciables. Hablo de la fractura entre casi todos los dirigentes nacionales y locales que habían dirigido la batalla del *no* (y que se afiliaron al PDS y allí se quedaron durante años, por lo general insatisfechos y silenciosos), y su base, que mayoritariamente se dirigió hacia Rifondazione. También por este motivo Occhetto, aunque no sólo él, se convenció de que la secesión había fracasado o que rápidamente se podría reabsorber.

Los nuevos socios, sin embargo, todavía no llegaban hasta el PDS, y no llegaron ni siquiera cuando, poco después, el viento de la *tangentopoli*[75] comenzaba a desmantelar al PSI y a la DC (mientras

75 *Tangentopoli* ("Ciudad de los sobornos"). Hace referencia a los escándalos de corrupción en la esfera italiana de finales de los años ochenta y comienzos de los noventa del

que Rifondazione recogió en pocos meses 119.000 militantes), de manera que el debut del nuevo "gran partido", en 1992, obtuvo el 16% de los votos en las elecciones generales, y el número de afiliados se redujo a la mitad.

Esta segunda fractura le costó cara también a Rifondazione, no en términos cuantitativos, sino en su proyecto político. Las adhesiones que recogía, de hecho, provenían de la base popular militante, que se había formado en el tajo o en conflictos sindicales, vinculada a un sentido de pertenencia, muy entusiasta, pero que no estaba acostumbrada a la reflexión política y andaba justamente enfadada con el "nuevismo" y sus resultados.

Para hacer un partido, o mejor, para refundarlo —Togliatti lo sabía— senecesitaba organización, ideas claras, luchas duras pero poca demagogia; sobre todo un grupo dirigente capaz de hacer pedagogía y que fuera rico en ideas y en prestigio, solidario y unido por la experiencia. En ausencia de esto, un pueblo descolgado de pronto de un partido de masas, que se sentía traicionado, podía caer fácilmente en el maximalismo o permanecer inamovible en un culto acrítico del pasado.

Una tercera escisión era aun menos visible, pero era, en mi opinión, quizá la más grave; porque afectaba no sólo al PCI sino a la democracia italiana.

La democracia italiana había nacido ya enclenque en su origen a causa de atrasos y del carácter elitista del Risorgimento, luego había sido frenada por el *non expedit* vaticano y por el analfabetismo, por último había sido sometida por el fascismo, que era, a su vez, no lo olvidemos, un régimen reaccionario de masas.

El PCI había hecho una contribución esencial al renacimiento democrático y a su consolidación. También por el hecho de existir como partido de masas, esto es, reuniendo a millones de hombres, educándolos e involucrándolos en una participación política activa, uniéndolos mediante una cultura común que proporcionaba la confianza de poder cambiar el mundo a través de la acción colectiva. La mayoría de ellos pertenecía a las clases subalternas que, siempre y en todas partes, son las más alejadas y desconfiadas respecto a las instituciones, y están aún más alejadas de los problemas internacionales. Un partido con estas características y estas dimensiones (gracias al apoyo de múltiples organizaciones colaterales) era único en Europa. Durante el transcurso de varias décadas, sin embargo, esas características se habían desvaído de-

---

siglo pasado. Una investigación judicial nacional desveló una sobrecogedora difusión de la corrupción y de la financiación ilegal a los partidos en la cúpula del mundo político y financiero italiano. En esta red de sobornos y corrupción estaban implicados ministros, diputados, senadores, empresarios, e incluso ex presidentes del Consejo (N. de T.).

masiado: para bien (por ejemplo la relajación del dogmatismo ideológico y la estructura jerárquica), pero mucho más para mal (la separación entre dirigentes y trabajadores, el profesionalismo político, la escasez de jóvenes, la asimilación de la cultura del momento). A finales de los años ochenta el partido de masas era, por tanto, algo bastante diferente. Queda, a pesar de todo, el hecho de que el PCI no sólo conservaba el 28% de los votos, sino que tenía 1.400.000 afiliados, en parte todavía activos y politizados, el 40% de los cuales llevaba afiliado más de 20 años, provenía del mundo proletario, y custodiaba una memoria.

Era lo que Occhetto llamaba la "pezuña dura", un recurso y un vínculo. Que fuese necesaria una renovación del partido era más evidente que cualquier otra cosa, pero lo era también el hecho de que una ruptura inesperada, incluso simbólica, de la identidad, si no producía una rebelión por el hábito de la disciplina, habría producido un éxodo. Y el éxodo llegó, colosal (en conjunto, si se miran las cosas de cerca y no se toma como única base los comunicados oficiales). Alrededor de 800.000 personas se alejaron de la política activa. Y no es verdad que las clases subalternas permanecen por naturaleza vinculadas a la izquierda, sino que, por el contrario, si no las convence y orienta una organización, quien las orienta es la televisión. Un éxodo de tal magnitud y de estas clases es peor que la escisión, le abre paso a la demagogia populista.

Llegado a este punto bien puedo decir que mi trabajo está terminado, ya que no era ir más allá el objetivo principal. Puedo decir también que era útil hacerlo. He restaurado la memoria acerca del comunismo del siglo XX, y del PCI en particular, colmando algunas lagunas, refutando las manipulaciones. Incluso tal vez he suministrado argumentos de peso para demostrar que el comunismo del siglo XX no ha sido una desgracia ni ha dejado solamente un montón de cenizas. No he ocultado, ni me he ocultado nada a mí mismo de cuanto sabía o que he pensado. Un objetivo, aun así —diría mejor, una esperanza— ha quedado incumplido.

Esperaba encontrar en la concreta exploración de un pasado lejano algún firme asidero para comprender mejor y dar significados más vastos a la palabra *comunismo*. No he encontrado suficientes asideros, ni en el plano del pensamiento ni en el de la experiencia. Marx, al respecto, había sido mucho más cauto. Cuando se le preguntó por los rasgos de una sociedad comunista, proporcionó sólo algunas pistas. Gramsci le había añadido el asunto del "nuevo tipo humano". Togliatti había dicho que el pensamiento de Gramsci permite "ir más allá" de la democracia progresiva. El movimiento del sesenta y ocho había expresado la misma exigencia, aunque contradiciéndola en la práctica. Los grandes partidos del movimiento obrero (tanto comunistas como

socialdemócratas) en sustancia la habían dejado de lado: la palabra *comunista*, al igual que aquella de *socialista*, referidas a una meta final, se habían empleado como si fuesen equivalentes: ambas indicaban, de manera diferente, una prolongada transición sin ocuparse demasiado de hacia dónde. Esto era comprensible porque los tiempos no estaban maduros: el desarrollo económico, la lucha de clases, la instrucción de masa habría definido de por sí el objetivo y posibilitaría alcanzarlo.

Con todo, a esas alturas había pasado ya más de un siglo: economía opulenta, instrucción, gobierno del Estado, no producían en absoluto una nueva civilización, mucho menos un "vuelco de la historia" o un "nuevo y superior tipo humano". Había pues llegado el momento de aclarar qué es lo que significaba decir *comunismo*, en oposición al capitalismo de nuestro tiempo, y de precisar las finalidades y las fuerzas capaces de afirmarlo; o bien adaptarse al transcurso de las cosas. La debilidad de la izquierda de cada país y de cada escuela era ésta, un vacío que casi no se puede colmar. Podía tratar de colmarlo, a largo plazo, solamente el Occidente avanzado. Otros países aun tenían otros temas por solucionar y lo hicieron bien (China) o se derrumbaron (URSS). Pero una vez más la izquierda europea desertó ante el intento. Y desertó disolviéndose o rindiéndose. También el PCI, que había resistido en su singularidad y, al desertar, pagó el precio más alto encontrándose enfrente, inesperado, el fenómeno Berlusconi (al igual que, en su tiempo, el relativo atraso de Italia había producido, antes que nadie, el fascismo).

No puedo exorcizar esta desilusión, puesto que la historia real debe ser reconocida por lo que ha sido. Pero, en este caso, permite ser complementada, para concluir, con un intento de "historia contrafactual".

La historia contrafactual no es una elucubración construida en el tiempo y con base en experiencias posteriores. Tiene que aplicarse a la situación a la que se dedica, sobre la base de ideas entonces presentes, lo suficiente como para poder suponer una posibilidad que no se ha realizado pero que podía realizarse.

Es legítimo, por lo tanto, preguntarse: ¿existía alguna posibilidad de que, aún durante los años ochenta, el PCI no acabase derrumbándose? ¿Todavía tenía un patrimonio cultural no utilizado, pero utilizable, al cual recurrir (me refiero en este caso al "genoma Gramsci")? ¿Y estaban maduras las contradicciones y existían fuerzas reales que aprovechar para empezar una refundación comunista, en vez de una liquidación (me refiero a la globalización neoliberal ya en curso)? Me parece que sí. Y para no parecer un loco o un visionario, recurro a un pequeño expediente. Publico, a manera de apéndice de este volumen, gran parte de un texto escrito en 1987 sin aportar ninguna corrección. No es un texto personal, pero estaba destinado a ser la base de una mo-

ción colectiva para presentar en el XVIII Congreso del PCI, en alternativa a la propuesta de Occhetto. Dos años después se resumió e integró en la plataforma, y fue discutido y aceptado por toda la asamblea del frente del *no*, que representaba un tercio del PCI. Luego quedó de nuevo encerrado en un cajón. Debía de ser un buen cajón, porque veinte años después, al menos a mí, no me parece tan envejecido.

APÉNDICE

UNA NUEVA IDENTIDAD COMUNISTA (1987)

La crisis y la reestructuración que hemos vivido y estamos viviendo no es evidentemente la primera en la historia del capitalismo moderno; otras, no menos innovadoras e incluso más dramáticas, han marcado su desarrollo. El capitalismo ha salido de cada una de ellas profundamente transformado y frecuentemente ha tomado de ellas impulso para una nueva expansión o nuevas formas de dominio. En cada una, recíprocamente, el movimiento obrero y las fuerzas progresistas han sufrido golpes tremendos en uno u otro país y han sido obligados por doquier a revisar profundamente sus teorías precedentes, sus plataformas programáticas, sus formas organizativas.

Pero siempre, en el pasado, a las crisis y a las modificaciones del sistema ha correspondido, aunque de manera desigual y dentro de un cierto tiempo, una consolidación y un desarrollo general del movimiento obrero y de la izquierda, en términos de fuerza organizada, de espacios de poder, de hegemonía cultural. Esto sucedió a finales del siglo pasado, tras la Primera Guerra Mundial, durante los años treinta. Por ejemplo, la época más oscura de los años treinta fue también la de la gran movilización en torno a la URSS y de las grandes luchas de masas de los frentes populares, y también la llegada de un nuevo pensamiento burgués progresista (Roosevelt, Keynes); sin hablar de la gran oleada que le sucedió.

En nuestro caso, ya no es, o parece no ser, así. Una crisis económica y una inestabilidad política, que duran ya varios años, han venido acompañadas de la decadencia de las fuerzas políticas y culturales que se les oponían de diferentes maneras y que habrían debido apro-

vecharse de ello. Decir que esto se debe al hecho de habernos pillado desprevenidos para entender su sentido y reaccionar es cierto, pero no su ficiente: no sólo esto también hay que explicarlo, sino que hay que explicar cómo y porqué tras el desconcierto inicial no se hayan hasta ahora recuperado iniciativa y pensamiento.

Una explicación plausible, y por lo demás, admitida, es la siguiente. Quizá el aspecto más novedoso de la gran transformación que estamos viviendo, y ciertamente más importante respecto al tema que estamos discutiendo, está en algo que se encuentra más allá de la crisis y de la reestructuración capitalista, y le confiere un carácter cualitativamente nuevo: esto es, en lo que corrientemente se denomina como "cambio de época de la sociedad industrial a la ciudad postindustrial". Obviamente, tal afirmación hay que tomarla con mucha cautela y con muchos matices, evitando considerar como completamente nuevo lo que viene madurando desde hace mucho tiempo, o de tomar como general y consumado algo que es solamente una tendencia.

Es evidente, por ejemplo, que gran parte de los fenómenos que definimos como "postindustriales" han crecido gradualmente ya en la fase histórica precedente, dominada todavía por el modelo fordista de la industrialización masiva. Puede ser útil recordarlo, porque por entonces se pudo verificar concretamente que estos fenómenos podían y pueden tener una expresión "de izquierda", siempre y cuando encuentren referentes culturales, sociales, políticos que lo permitan. Aun más evidente es el hecho de que en numerosas regiones del mundo, precisamente ahora están arrancando procesos de industrialización o se están haciendo todos los esfuerzos posibles para derribar los obstáculos que la frenan; y que en los mismos países avanzados de Occidente la industria no sólo continúa ocupando de manera tradicional buena parte del trabajo social, sino que todavía en la industria se aplican con el mayor éxito las innovaciones, se realizan los mayores incrementos de productividad, se organizan las mayores concentraciones de poder, y permanece, por lo tanto, como el centro que arrastra y dirige el conjunto. También es útil recordar esto para no perder de vista una parte importante de la realidad y de sus contradicciones. Es más, como diremos después, el elemento decisivo para comprender el mundo, e intervenir en él, es quizá, otra vez, la presencia simultánea y estructurada de esta multiplicidad de niveles y de formas de producción, este "desarrollo desigual" y la dialéctica que comporta.

Con todo, es un hecho que: 1) el peso de la producción industrial tiende ya, al menos en Occidente, a mermar, en términos de empleo y de valor, con respecto a la producción de servicios no destinados a la venta o de bienes inmateriales; 2) en la misma producción industrial la productividad depende menos del trabajo genérico directamente empleado

o de la masa física del capital invertido, y más del nivel de las capacidades, de la organización del consumo, de lo que se produce fuera de sus recintos; 3) estos fenómenos inciden en formas menos explícitas y directas, pero igualmente o aún más coercitivas que en el pasado, sobre las sociedades atrasadas, proponiéndoles e imponiéndoles un modelo tecnológico y de consumo que difícilmente pueden adoptar, y una división internacional del trabajo en la que no se pueden integrar de manera útil, o que incluso las desintegra.

La reestructuración capitalista de los últimos años ha acelerado enormemente estos procesos de plazo largo. Ha acelerado, en efecto, el empleo de nuevas tecnologías (a menudo disponibles desde hacía tiempo) primordialmente para el ahorro de trabajo, y, por tanto, con el consiguiente constreñimiento de la base industrial; ha acelerado la expansión de los servicios y la producción de bienes inmateriales; ha condicionado la nueva industrialización de los países emergentes con la sustitución de materias primas naturales, con la transformación intensiva y la recuperación de antiguos sectores industriales, o con el desplazamiento de los recursos de capital nuevamente dentro del circuito de la metrópoli a fin de permitirle vivir "por encima de sus posibilidades".

En este sentido, y por este motivo, se puede decir que el "paso a lo postindustrial" constituye ya el horizonte dentro del cual es necesario situarse. Lo que domina el escenario es un capitalismo que trata de sobrevivir a las razones históricas de las que nació, de guiar con sus valores y sus reglas la época que empieza.

Esto le plantea a la teoría marxista, en todas sus variantes, y al movimiento obrero, en todos sus componentes, inquietantes problemas radicalmente nuevos con respecto a la perspectiva de fondo, a las finalidades por las que nacieron. Por una parte, en efecto, parece que se ofrecen al sistema capitalista renovadas e inesperadas justificaciones históricas: porque el mercado asegura flexibilidad, rapidez, descentralización de las decisiones tal como exige la incesante transformación de las tecnologías, los módulos organizativos, la demanda de consumo; porque la función empresarial puede extenderse nuevamente a un gran número de sujetos, aunque sea integrados y dirigidos por las decisiones de los grandes grupos; en fin, porque la competencia desencadenada entre individuos estimula la formación cada vez más necesaria de competencias, y un fuerte compromiso laboral incluso allí donde la organización taylo rista de trabajo no puede imponerlo. Por otra parte, parece hacerse cada vez más obsoleta la polarización de la sociedad en dos clases contrapuestas en relación con la propiedad de los medios de producción y la lucha por el reparto de la plusvalía: porque articula y fragmenta el trabajo asalariado, extiende el trabajo autónomo o semiautónomo o precario, hace emerger sujetos y contradicciones externas al mundo productivo.

De aquí ha sacado su fuerza la ofensiva cultural de la cual el neoliberalismo es solamente el componente más explícito, y ha nacido lo que se presenta, y en parte lo es, como una crisis del marxismo.

La idea misma de revolución socialista y de sociedad comunista, en todas sus formas posibles —se dice— ya no tiene fundamento porque el capitalismo parece más capacitado para asegurar un desarrollo gracias a, y no a pesar de, los elementos que lo sostienen (mercado, beneficio, individualismo) —es decir, gracias al "espíritu animal" que resulta ser, más que nunca, el motor del progreso—, y que ofrecen la necesaria "base material". Y por otra parte, si acaso en el futuro ya no fuese así —se añade— una transformación del sistema no tendría, de cualquier manera, ninguna relación ya con el aparato conceptual del marxismo, que corresponde intrínsecamente al horizonte de la sociedad industrial.

Son convicciones ampliamente difundidas incluso en los grandes partidos de la izquierda que consideran necesario gobernar, imposible modificar de raíz, en esta fase histórica y quizá para siempre, la formación económico-social capitalista. Se trata de convicciones difundidas también en los nuevos movimientos (pacifistas, ecologistas, feministas) que protestan radicalmente contra la sociedad actual, pero a menudo consideran como algo marginal o desorientador definirla o modificarla en cuanto capitalista, y por principio se colocan más aquí o más allá del problema.

Se puede objetar (es más, es decisivo objetar, precisamente para no disipar un precioso patrimonio histórico y teórico) que la hipótesis de este cambio histórico estaba muy presente en Marx, que estaba en el fundamento de su idea de sociedad comunista. Él ha sido, quizá, el único pensador que haya detectado con tanta anticipación el nexo histórico capitalismo-industrialismo y haya vinculado la superación de uno con la superación del otro. "La explotación del trabajo se convertirá en una misérrima base para el desarrollo general de la riqueza", la "producción por la producción" perderá todo sentido cuando la medida del progreso pase a ser ante todo "colmar las necesidades propiamente humanas y en particular la necesidad generalizada de un trabajo no alienado".

Ésta y sólo ésta previsión le permitía ver en el capitalismo el preámbulo necesario del comunismo (contra toda concesión "primitiva"), y a la vez concebir el comunismo como vuelco y no como desarrollo de la historia precedente, reino de la libertad opuesto al de la necesidad, "crítica de la economía política". Y ésta era la base material necesaria para darle el carácter de proyecto racional, y no de utopía vacía, a las ideas tan radicales de su concepción del comunismo: superación de las relaciones mercantiles, del trabajo alienado o de la división social del trabajo, de la democracia delegada. El

hecho de que la historia del hombre esté superando el umbral de las necesidades elementales, que las tecnologías permitan una reducción del trabajo necesario, que el nivel de instrucción y la velocidad de la información permitan una difusión del poder y una descentralización de las decisiones, que la cantidad no sea ya el único ni el más importante criterio de medida del progreso, debería hoy en día hacer históricamente maduro, por primera vez, un discurso sobre el comunismo en su originario y rico significado liberador.

Todo esto es cierto, lo estamos afirmando desde 1968 y estamos aún convencidos de que precisamente aquí hay que buscar, ante todo, la posibilidad actual de una identidad comunista como recuperación, y al mismo tiempo, como innovación profunda.

De todas formas la experiencia, precisamente del sesenta y ocho y de su reflejo práctico y teórico, nos ha enseñado que las cosas son menos evidentes y mucho más complejas. Para empezar, también esta referencia a Marx está demasiado simplificada, y al igual que todos los "regresos al origen", a "algo que había y que no ha sido comprendido o ha sido traicionado", arbitraria. No es irrelevante, ni casual, el hecho de que el propio Marx no haya querido, ni podido elaborar una teoría de la revolución que integrase aquellos aspectos más radicales de la perspectiva de liberación que hoy parecen más actuales. Su teoría de la revolución no salió jamás del esquema propuesto en el *manifesto* de 1948: no sólo la temática de los manuscritos, sino también las más fundadas reflexiones de los *Gründrisse* o del programa de Gotha servirán jamás como fundamento de una verdadera teoría de la transición. La ruptura revolucionaria tenía que abrir el paso a una transformación radical del horizonte histórico, pero tenía que suceder antes de que el sistema madurase, a fuerza de contradicciones y de sujetos aún por completo en el seno de la fase del industrialismo: la incapacidad del sistema para garantizar el desarrollo permanente de las fuerzas productivas, la conquista del poder por parte del proletariado convertido cada vez más en un fenómeno extendido y unificado por la producción industrial. El resto vendría por sí mismo.

Este esquema no fue criticado o repensado jamás en la teoría y en la historia concreta del movimiento obrero. También quien, como Lenin, concentró toda su refle xión teórica en la intersección entre modernidad y atraso, en la necesidad de alianzas sociales, en los límites de la conciencia obrera espontánea, y a veces trató de fundamentarse en los temas más radicales del pensamiento de Marx (*El Estado y la revolución*), no rompió nunca ese horizonte: la conciencia espontánea había que superarla con un instrumento ex terno y puramente subjetivo (el partido); las alianzas, en cambio, se formaban fun damentalmente tras la "finalización de la revolución burguesa"; "la extinción del Estado" se

confiaba a la salvadora idea del desarrollo tecnológico. Pero, sobre todo, la historia concreta vinculó aún más al movimiento obrero y el industrialismo. Las revoluciones de este siglo se han desarrollado en áreas del mundo que todavía estaban en el umbral del desarrollo industrial; mientras tanto el movimiento obrero occidental ha podido y tenido que echar raíces estimulando el desarrollo capitalista y redistribuyendo su producto con los instrumentos de la lucha sindical y de la democracia política. Todo esto ha acentuado en el "marxismo real" una visión economicista del progreso, y una enfatización del papel del Estado como única alternativa posible al dominio del mercado.

En una sociedad postindustrial, sus nuevas contradicciones constituyen por ello una inquietante novedad respecto de una tradición consolidada a través de décadas. ¿Qué utilidad, qué posibilidades, por tanto, puede tener el hecho de insistir en una identidad comunista si se trata de cosas diferentes?

Pero hay más. El elemento fundacional del marxismo no es sólo el hecho de constituir una crítica de la sociedad capitalista y la afirmación de una sociedad diferente como es abstractamente posible, sino el de presentarse como "movimiento real que abole el estado de cosas actuales". Su coherencia teórica, su eficacia práctica dependían y dependen de la posibilidad de demostrar:

a) que la dialéctica real de la sociedad capitalista produce contradicciones materiales que llevan a su disolución; b) que estas contradicciones materiales se expresan en la lucha de clases sociales que, para liberarse de la opresión, tienen que subvertir el orden existente, pero que tienen en sí, no obstante, la capacidad real de construir uno diferente; c) que por todo ello es necesaria una ruptura, más o menos violenta, más o menos gradual, de los mecanismos del sistema, y la puesta en marcha de mecanismos distintos, con un poder político y de clase diferente, de transición precisamente, sin los que cualquier otro sistema no será nunca "maduro".

Si todo esto no era cierto, o ya no fuese cierto, hablar de marxismo, de comunismo, no tendría sentido. El papel central que el marxismo asignaba a las contradicciones inherentes al desarrollo industrial no estaba por tanto vinculado solamente a la contingencia histórica, sino a su estatuto teórico: era el desarrollo industrial del capitalismo quien produciría un sujeto social, el proletariado, que en su figura doble y contradictoria (un máximo de expropiación, y un máximo de vínculo con la producción moderna) tiene al mismo tiempo una necesidad radical de liberarse, pero también la capacidad de liberarse, y liberar consigo al conjunto de los seres humanos. En realidad quedaba poco claro, en el plano teórico, la manera en que este salto dialéctico pudiese

cumplirse, con arreglo a qué fuerzas materiales el proletariado podría salir de esta dicotomía que llevaba en sí misma la pura negatividad de la alienación total y la "mala positividad" de un progreso técnico gobernado por otros (quizá sólo Gramsci enfrentó en serio este tema, precisamente ampliando su atención a la relación entre proletariado y "formas precedentes", entre base productiva y superestructura, entre revolución política y reforma cultural).

Se podía abrigar dudas, en el plano histórico, sobre el carácter realmente socialista de la sociedad y del poder soviético, o sobre el carácter efectivamente alternativo de la experiencia socialdemócrata. Pero de todas maneras, en su conjunto era evidente para el sentido común que estaba en curso un proceso histórico en cuya trayectoria la clase obrera no sólo crecía materialmente, sino que se afirmaba gradualmente en un papel político y cultural de clase dirigente, era el motor de grandes procesos de desarrollo económico y democrático.

¿Qué es lo que queda, pues, de esta identidad fuerte del marxismo y de la izquierda en general en un momento en el que el industrialismo disminuye sin que se haya producido una ruptura revolucionaria en las sociedades más avanzadas, y sin que las revoluciones acontecidas en las sociedades atrasadas hayan producido un sólido punto de referencia y un modelo creíble de sociedad alternativa e incluso estén en dificultades por la presión competitiva del capitalismo moderno?

¿La crisis de la sociedad continúa expresándose en contradicciones materiales explosivas o produce sólo un malestar, una infelicidad atomizada? Y estas contradicciones materiales, ¿son o no son reconducibles en último análisis a las relaciones de producción y se polarizan en fuerzas sociales oprimidas aunque capaces de devenir dirigentes, o bien las diferentes perspectivas dependen de una pluralidad no jerarquizada de contradicciones y vuelven a medirse dentro del circuito de las élites como su "infeliz conciencia" y sus opciones posibles? Y estas fuerzas sociales, ¿se pueden unificar en un proyecto común, el sistema produce o no a su enterrador bajo la forma de un antagonismo de clase? Por último, y quizá sobre todo, ¿continúa siendo necesaria una ruptura del sistema, es decir, un poder económico y político diferente, o es ya posible alcanzar la gradual afirmación de un orden diferente en las armaduras del viejo sin subvertir el poder, utilizando y orientando la fuerza motriz?

Sobre estos interrogantes se coloca la nueva y más problemática dicotomía entre identidad comunista y, por un lado utopismo radical, y por el otro liberal-democracia.

Nadie está capacitado para responder hoy a todos estos interrogantes de manera rigurosa desde el punto de vista teórico y fundamentado empíricamente; y sobre todo responder a cada uno de ellos

de manera igualmente convincente. Aun así, es posible vislumbrar, de alguna manera, una respuesta.

Intentemos dar algún ejemplo, sin ninguna pretensión de sistematicidad, refiriéndome a las "grandes cuestiones de nuestra época", en particular a aquellas más novedosas y aparentemente más alejadas del tradicional conflicto de clase, considerándolas en sus manifestaciones más prosaicas, empíricamente perceptibles, tal y como se presentan y operan ya hoy en día.

DESARROLLO Y NATURALEZA

Nadie niega ya que la amenaza de catástrofe medioambiental constituye un problema explosivo de nuestra época, una contradicción materialmente cotidiana y, al mismo tiempo, un elemento del imaginario colectivo. Es una novedad, de no poca importancia, que obliga a las grandes masas, y no sólo a una vanguardia alarmada, a reconsiderar globalmente el sentido del desarrollo y a valorarlo con otros parámetros.

La producción humana, y la expansión demográfica de la especie, se ha basado siempre en la presuposición de que la naturaleza era un recurso prácticamente inagotable, y al mismo tiempo una realidad invulnerable a las consecuencias del proceso productivo empleado para hacerla aprovechable. Dicha convicción no ha disminuido, más bien ha devenido imperativa cuando, en los últimos siglos, el empleo de la ciencia y de la técnica ha introducido un ritmo exponencial en el crecimiento de la producción, del consumo, de la población. Precisamente el mito de la ciencia y de la técnica alimentaba la confianza en su ilimitada capacidad de reabsorber los desastres que ella misma producía. Y no era sólo un mito: porque también desde el punto de vista medioambiental, la diferencia entre lo que el desarrollo económico y demográfico garantizaba (higiene, salud, protección contra las catástrofes) y los costes que comportaba era amplia e indiscutiblemente positiva.

Ahora sabemos que comienza a no ser ya así: que muchos recursos naturales se agotarán antes de que sea posible prescindir de ellos; que la producción tiene efectos rápidamente crecientes de destrucción del medio ambiente; que todo ello determina ya un empeoramiento no sólo con respecto a las nuevas y cualitativas necesidades humanas, sino con respecto a las necesidades más elementales de salud y de vida; y que si este tipo de desarrollo cuantitativo y febril continúa desencadenará dentro de un tiempo relativamente corto una verdadera catástrofe.

Un poco menos clara es la conciencia de otros dos hechos igualmente evidentes. Por una parte, que el desastre ambiental ya no concierne sólo a las zonas del mundo de desarrollo intensivo, sino que se refleja, e incluso se acentúa, en las zonas atrasadas del mundo como

efecto global de la presión demográfica y de la desintegración del viejo tejido económico basado en el autoconsumo: es, en fin, a la vez hijo del desarrollo y del subdesarrollo. Por otra parte, está el hecho de que la cuestión ambiental no atañe ya solamente al ambiente natural exterior al hombre, sino también a su ambiente social (esto es, vinculado a su estilo de vida y no solamente al ritmo del desarrollo productivo) y al hombre mismo como especie biológica (ya sea por los efectos directos de la producción sobre la salud física y psíquica, o bien por las nuevas e inquietantes posibilidades que permite la manipulación genética).

Precisamente estos dos factores hacen contradictoria y frágil toda posición fundamentalista, toda crítica romántica del desarrollo y obligan a establecer un vínculo entre cuestión ambiental y crítica social, a plantearse el problema de una calidad diferente del desarrollo. No sería, en efecto, suficiente con bloquear el crecimiento cuantitativo para detener el colapso medioambiental en el Tercer Mundo sin recurrir a feroces medidas malthusianas, y es por completo ilusorio esperar políticas medioambientales de esos países negándoles la posibilidad de una modernidad, a pesar de su alto precio. Y no se puede contener la amenaza de un uso inhumano y represivo de la ingeniería genética en nombre de una conservación de la humanidad natural, porque el debilitamiento de la selección natural que resulta de la capacidad de hacer sobrevivir a los más débiles obligará a encontrar instrumentos nuevos a fin de evitar una decadencia biológica.

Y es significativo que un alto grado de conciencia sobre la dimensión y la importancia de estos problemas se traduzca escasamente, y a menudo de ninguna forma, en los comportamientos individuales y colectivos, que no entre sino esporádicamente en el horizonte de las decisiones y de los programas.

Pero es precisamente en este punto en el que entra en juego la "cuestión del capitalismo" como sistema económico, e incluso como forma política.

El capitalismo, por su naturaleza, es un sistema basado en algunos mecanismos fundamentales que constituyen su legitimidad histórica y que han garantizado su extraordinario dinamismo: el mercado como criterio de orientación, la empresa como sujeto de las decisiones, el beneficio como motivación y verificación de los resultados. El capitalista hoy se llama *emprendedor*, no es sólo un organizador de la producción, adopta ciertas innovaciones, respetando esos mecanismos, esos estímulos, esas reglas.

Pero todo esto, además de otras implicaciones sobre las que volveremos más adelante, tiene un nexo apremiante con la cuestión ambiental. Porque es esta lógica de fondo —y no la degeneración, si bien relevante, en ciertas épocas y en ciertos países, del "capitalismo

de rapiña"— la que obliga a concebir la producción, esencialmente, como producción de mercancías y a calcular la productividad, sobre todo, o mejor dicho, no sólo entre estrechos límites temporales, y en el interior del proceso productivo en sentido restringido. Costes indirectos, o de largo plazo, no pueden entrar en el cálculo económico en la gran mayoría de quienes ejecutan las decisiones reales, así como un proceso de desarrollo que no pase a través de la expansión de mercancías vendibles y consumibles, no puede ser sino casual y marginal respecto del sistema.

Se puede objetar que las nuevas fronteras que abrieron la tecnología moderna y el nivel de los conocimientos parecen permitir un desarrollo menos voraz de recursos, o que la multiplicación de los bienes y servicios no materiales puede hacer menos pesadas las repercusiones ambientales del desarrollo. Que, en fin, la contradicción desarrollo/ambiente es mucho menos imperativa en la sociedad postindustrial.

Ello es absolutamente cierto y ofrece la base material para una lógica diferente del propio desarrollo. Sin embargo, la realidad está ahí para demostrar que el sistema presiona en sentido inverso con sus decisiones de inversión y localización, con su modelo de consumo, con la ulterior fragmentación de los innumerables sujetos presentes en el mercado y la extrema concentración del poder de planificación de la investigación, de las tecnologías, de las estrategias en manos de centros por naturaleza separados del destino de los territorios y de las poblaciones en las cuales actúan. Además, a veces se ahorran de esta manera ciertas materias primas escasas, y por ello más costosas, pero dando a cambio productos artificiales cuyo efecto en el medio ambiente o en la salud no son mejor conocidos ni menos peligrosos; se desmantelan algunas grandes instalaciones nocivas y de difícil gestión en las metrópolis, pero se ubican de una manera aún mas descontrolada en otras regiones, o se sustituyen con una producción ultradescentralizada pero aún más contaminante; se acompaña el consumo de bienes materiales con el de servicios y bienes inmateriales, pero bajo formas no menos degradantes del ambiente urbano y natural (los *fast-food*, el tráfico urbano, el turismo de masas); se limita y se regula mínimamente el uso salvaje de fertilizantes pero se multiplican los monocultivos extensivos para la exportación o las formas forzadas de cría y la disminución de las especies; la misma investigación farmacéutica y biológica se encuentra cada vez más domina da por grupos de interés y líneas de trabajo que hacen que los resultados sean inciertos e inquietantes; las grandes ciudades industriales se vacían a causa de la des lo calización, aunque dejan el vacío de los guetos o la degradación de una vida caótica, o surge, peor aún, la moderna monstruosidad de las megalópolis del Tercer Mundo.

Nace, en parte, un nuevo impulso para el consumismo a partir

de esta necesidad de protegerse o evadirse, quien puede y de manera individual, de las consecuencias de este empobrecimiento colectivo, en una espiral perversa.

A dicho mecanismo económico se suma uno político-cultural. Por mucho que el problema medioambiental pueda de hecho ser o volverse grave, y por mucho que crezca la conciencia de tal gravedad, éste, de todas maneras, se presenta, en sus aspectos relevantes, como algo que se desarrolla a largo plazo, que concierne a sujetos tan numerosos como dispersos, y quien paga las consecuencias está frecuentemente alejado de quien genera las causas, o bien en un territorio determinado se presenta como un conjunto de necesidades contradictorias. Con respecto a todo esto, una forma de poder político indecuado por su misma naturaleza para planificar, ligado al consumo inmediato, sensible a la presión de grupos sociales determinados pero decididos, más que a un movimiento de opinión amplio pero fluctuante, además de estar, obviamente, subordinado a los grandes intereses privados, es orgánicamente impotente, produce reglamentos que quedan sólo en palabrería, proclama intenciones que incluso cuando se ponen en marcha están ya desbordadas por hechos enormemente más potentes. Y los mismos movimientos ambientalistas oscilan por este motivo, en cada momento, entre el radicalismo del objetivo específico y el transformismo en sus ubicaciones políticas. Tras una eficaz y a veces positiva cultura apocalíptica mantienen una reticencia sustancial a la hora de tomar parte en los alineamientos decisivos.

En realidad, como siempre, no se trata de contradicciones absolutas. De la misma manera como ha sido posible, en parte y en ciertos momentos, gobernar políticamente la distribución de la renta o construir el Estado social modificando el impulso autónomo del sistema, es posible desarrollar "políticas ambientales" a medida que se impone la necesidad y se toma conciencia de ello, también dentro de este sistema. Con todo, en este caso es aún más difícil de hacer. Ello es así porque una política ambiental no puede sólo, o no puede primordialmente, intervenir hacia abajo en el proceso productivo a fin de redistribuir los recursos que éste hace disponibles y que pueden ser diversamente utilizados: en ese caso, en efecto, es decir, en la forma de una intervención vinculante o reparadora, esa política se vuelve, además de ineficaz, enormemente costosa. Y ello porque la suerte del medioambiente depende, precisamente, de decisiones a largo plazo, de productividad diferida y sólo globalmente mensurable.

Se necesita un poder capaz de intervenir hacia arriba, en la programación de la investigación, en la determinación de las decisiones estratégicas de inversión y de localización, en la orientación de la misma división internacional del trabajo; y se necesita educar y organizar

una conciencia de masa capaz de concebir, de vivir como propia una prioridad diferente de necesidades, de incorporar una perspectiva global a largo plazo.

La cuestión medioambiental, por lo tanto, no sólo le ofrece a un proyecto comunista un nuevo terreno sobre el cual basar su crítica del sistema, sino también un impulso que lo transforma y enriquece cualitativamente; lo lleva a superar una subalternidad al economicismo; contemporáneamente, la cuestión ambiental necesita un proyecto y una fuerza comunista organizada para mancomunar sujetos e intereses diversos, para descubrir la verdadera raíz de los problemas, para constituir un poder capaz de enfrentarlos en su conjunto, y para modificar la percepción de la gente.

ABUNDANCIA Y POBREZA, NECESIDADES Y CONSUMOS

La historia de la sociedad ha sido dominada hasta ahora por el problema de la escasez: no sólo la gran mayoría de los hombres estaba obligada a vivir en los límites de la supervivencia, sino que la apropiación del plusproducto por parte de elites dominantes constituía la base material de la civilización.

El gran mérito histórico del capitalismo está precisamente en su capacidad de orientar gran parte de dicho plusproducto con fines de acumulación; de acelerar, por tanto, de manera extraordinaria el desarrollo de las fuerzas productivas, de crear así las bases materiales para una más amplia y general satisfacción de las necesidades primarias, y de involucrar a una parte creciente de la sociedad en el circuito de la civilización (instrucción, movilidad, socialización del trabajo).

No por esto la historia del capitalismo es la historia de la difusión del bienestar. Es más, en ciertas etapas (la "acumulación primitiva", el colonialismo, la primera revolución industrial) precisamente la prioridad asumida por el proceso de acumulación, la necesidad de crear trabajo asalariado genérico, ha producido formas de desigualdad y sufrimiento todavía más generalizadas y brutales. Aun así, en el último siglo la convergencia de dos grandes impulsos (la necesidad del sistema de crear salidas de mercado para su propia capacidad productiva, y la lucha de grandes masas que la producción moderna ha hecho más conscientes y organizadas y que el Estado moderno ha vuelto más capaces de pensar políticamente) ha creado las condiciones para un crecimiento real del bienestar y, frecuentemente, para una mayor igualdad. El fordismo, el estado del bienestar, la revolución anticolonial han representado el punto más alto de esta relación entre desarrollo, bienestar e igualdad. Aquí el movimiento obrero ha encontrado un terreno favorable para sus luchas más eficaces; pero aquí, en ciertos momentos,

ha parecido que disminuía la necesidad de una transformación del sistema. ¿Qué sucede, desde este punto de vista, con el bienestar, en la fase que ahora comienza de la "sociedad postindustrial"?

El primer elemento que impresiona es la reproducción de una tendencia a la desigualdad y también a la pobreza, desde el simple punto de vista de las necesidades primarias.

No sólo parece que de nuevo crece la distancia de las condiciones de vida entre el norte y el sur del mundo, sino que una parte relevante del sur, prisionera de la tenaza entre presión demográfica y desintegración de las formas tradicionales de autoconsumo, se precipita finalmente por debajo del nivel de supervivencia, entra en una espiral de degradación. También en las regiones más avanzadas del mundo, por lo demás, tras una fase de dismunición relativa de las desigualdades, el abanico de la distribución de la renta vuelve a agrandarse, y una franja importante de la sociedad queda marginada y desciende por debajo del mínimo histórico vital.

Parece la contradicción más tradicional entre todas las posibles. Sin embargo, no es en absoluto tradicional. No lo es, ante todo, porque esta injusticia, esta pobreza, no se presentan como "residuo", o como fenómeno transitorio, sino al contrario, como producto directo, como otra cara de la modernidad y de los mecanismos que la gobiernan (pero ya volveremos más adelante sobre este punto). No lo es, por otra parte, porque esta nueva injusticia, esta nueva pobreza, se traducen en procesos acumulativos de marginación, crean un sujeto social inmenso y sin esperanza, incitan a procesos degenerativos (el fanatismo integrista, o el embrutecimiento de nuevas masas marginales en el Tercer Mundo; los conflictos raciales; la violencia difusa; el rechazo de lo político en la metrópolis) que pueden abrir el camino de una espiral de represión y de revuelta.

Dejar todo esto al margen, considerarlo un problema secundario, pensar en afrontarlo mediante las herramientas de la asistencia o de las ayudas sin poner en tela de juicio alguna cuestión de fondo de nuestra forma de vida, producir, consumir, parece, además de ilusorio, insensato. He ahí un terreno "modernísimo" que se ofrece para un replanteamiento del pensamiento y de la lucha comunista: la soldadura orgánica entre el movimiento obrero, los nuevos sujetos que emergen de las contradicciones cualitativas de la sociedad postindustrial, y esta gran masa marginada y empobrecida.

Pero la reflexión en torno al "bienestar" no puede detenerse aquí, y si lo hace en este punto, la soldadura sería muy difícil.

La confianza en una relación lineal entre desarrollo y bienestar, en una progresiva difusión del bienestar, se pone hoy en tela de juicio también por otros elementos no menos importantes que con-

ciernen a la calidad además de a la cantidad del consumo, la correspondencia entre consumo y necesidades, y los mismos mecanismos a través de los cuales las necesidades se forman. Y por lo tanto se vuelve problemática también para aquellos países, o para aquellos sectores sociales, que de una u otra manera participan en un proceso de enriquecimiento o abrigan la esperanza de acceder a este último. Premisa fundamental de la racionalidad del modo de producción capitalista ha sido efectivamente la existencia de un sistema de necesidades autónomamente determinado, fundamento de la racionalidad de la demanda y, por tanto, del mercado. Tal autonomía ha sido siempre parcial y problemática, al menos porque la prioridad de las necesidades a satisfacer dependía de la distribución de la renta, es decir, de qué necesidades podían traducirse en demanda efectiva.

Y no obstante, incluso cuando la mayoría de las necesidades primarias quedaban sin satisfacer, el desarrollo productivo tenía un punto seguro de referencia con el cual medirse, y las políticas de incremento y de redistribución de la renta se traducían, de inmediato, en un incremento del bienestar individual y colectivo.

Ahora, este presupuesto comienza a declinar. En efecto, en el momento en el que la capacidad productiva, al menos en algunas zonas del mundo, sobrepasa ampliamente las necesidades primarias, y el aparato productivo y las organizaciones sociales se vuelven cada vez más capaces de orientar el consumo y crear nuevas necesidades, el bienestar real depende del hecho de que los individuos y la sociedad, disponiendo de la renta necesaria, puedan reconocer realmente sus necesidades y convertirlas en consumo, y de que los individuos y la sociedad sean capaces de hacer más rica la calidad de sus propias necesidades.

Precisamente este hecho permitiría un salto extraordinario en el camino a una mayor civilización: el enriquecimiento de las necesidades propiamente humanas, de la personalidad, de las relaciones, desde siempre características del privilegio señorial, podría, por primera vez en la historia, representar el objetivo de la sociedad entera. La circulación de la información, el crecimiento generalizado del nivel cultural, la emancipación del individuo de sistemas de relación seculares y estáticos, abriría el camino a la valorización, también en el consumo, de su libertad; podría arrebatarle al consumo su carácter repetitivo, predeterminado, pasivo; podría, sobre todo, sustraer al consumo de la simple lógica de la apropiación individual (aquello que se sustrae a los demás) para convertirlo en una mediación en la relación con los demás.

Las mismas nuevas tecnologías, si bien aún tan marcadas por la historia pasada y por el sistema actual, parecen ofrecer instrumentos importantes en este sentido: porque permiten una reducción progresiva del tiempo de trabajo y porque ofrecen la posibilidad de una enorme

diferenciación de los productos. La "calidad" está dentro del orden de las cosas posibles tanto de la parte del sujeto que consume, como de la parte de las cosas a consumir.

Con todo, no es esta la línea de tendencia ya hoy visible en el "capitalismo postindustrial". Muy al contrario, la tendencia es la de convertir la diferenciación en vehículo de la ilusión, de lo efímero, de una serialización aún más exasperada; de acentuar todavía más la sujeción del consumo a imperativos exteriores y cambiantes: de perpetuar modelos de consumo elitistas y prestados en una miserable repetición masiva.

El primer fenómeno a considerar es, en efecto, el de la "inducción al consumo": una producción que puede orientar el consumo según las prioridades que le son más fáciles y más convenientes. No es un fenómeno nuevo: ya lo tenían presente los clásicos de la economía y se discute profusamente desde hace tres décadas. Pero lo novedoso es el salto dado por los medios de información de masa, de su fuerza manipuladora, de su interconexión con los grandes centros del poder económico, que hace posible cada vez más transformar el consumo en una función de la producción, y de imponer modelos de consumo a escala mundial dotados de una capacidad impresionante de homologación y profundamente enraizados en la conciencia de masa. Lo novedoso es el hecho de que la multiplicación del consumo individual respecto a la satisfacción de necesidades elementales (la movilidad, la alimentación), una vez superado cierto umbral, produce un complejo declive cualitativo en la satisfacción de esas mismas necesidades. Lo novedoso es el hecho de que otros consumos, ya en parte liberados de las necesidades elementales, son fácilmente manipulables. Lo novedoso es el hecho de que algunas necesidades, cuya prioridad es indiscutible y creciente (salud, instrucción, calidad de la organización urbana) por el hecho mismo de que pueden satisfacerse sólo bajo la forma de una producción y de un consumo colectivo quedan marginadas y restringidas por el mecanismo de inducción. Lo novedoso, por último, es el hecho de que el cruce entre individualismo y mistificación impele y obliga a la busca de consumos "de estatus". Símbolos cada vez más vacíos en una búsqueda de diferenciación que inmediatamente se frustra a sí misma.

Sin embargo, no menos importante, y menos discutido, es aquello que sucede en el proceso más profundo de la formación de las necesidades. La idea de una naturaleza, de una necesidad humana fuera de la historia, que exige los medios necesarios para expresar su riqueza, no tiene ninguna base real. La necesidad humana, más allá del umbral de las exigencias primarias, es producto y espejo de las relaciones sociales. El privilegio del consumo señorial no estaba sólo en el hecho de poder satisfacer las propias necesidades, sino en el hecho de encontrarse,

frecuentemente, en condiciones de formarlas de manera relativamente más creativa y significante, precisamente en relación a la función social desempeñada y al sistema de valores que la gobernaban.

Pues bien, una sociedad en la que el trabajo asalariado, incluso cuando es menos pesado, se convierte en trabajo fragmentado y ejecutivo, y en la que el mismo trabajo directivo y creativo tiene como referencia absolutamente dominante la renta y la ganancia; una sociedad en la que la escuela está cada vez más categóricamente subordinada a la formación profesional y especializada, y como instrumento formativo no está integrada en, sino suplantada por los veloces medios de información y por su mensaje, que provoca pasividad; una sociedad en la que los intelectuales pierden autonomía y son absorbidos por el circuito productivo; una sociedad en la que los viejos esquemas de relación interpersonal se disgregan para dejar lugar a la atomización individual, y en la que también a las esferas más privadas de la vida íntima las invade la lógica del mercado, produce por su propia naturaleza un sujeto incapaz de expresar necesidades cualitativamente ricas, más allá de la simple multiplicación del consumo material. En lugar de generalizar el aspecto positivo del consumo señorial, liberándolo de su límite parasitario y de privilegio, generaliza una sustancial pobreza del consumo de masa e incluso le sustrae al privilegio su calidad.

Si todo esto es cierto, su consecuencia es que: 1) aparecen nuevas y más sustanciales razones para la crítica de la sociedad en la que vivimos, y bases más sólidas sobre las cuales construir una sociedad diferente tomando como punto de apoyo las grandes necesidades que el consumo opulento olvida, la infelicidad que el bloqueo o el empobrecimiento de las necesidades alimenta, y las posibilidades reales que el nivel histórico de producción permite; 2) que esta crítica arremete más directa y radicalmente que nunca contra un cierto modo de producción y una cierta estructura del poder; «la alienación del consumo» no es sólo consecuencia de mecanismos culturales o del predominio del universo tecnológico, una y otro están vinculados a una contradicción de clase, aunque en ella no se agoten; 3) que, sin embargo, to do cuanto sucede en el terreno del consumo obstaculiza la formación de un sujeto social alternativo y, por lo tanto, hoy más que nunca, no se puede salir del círculo vicioso de la integración y de la revuelta sin la intervención de una mediación política fuerte, sin un sujeto capaz de incidir en los grandes aparatos que forman la conciencia individual y colectiva, capaz de promover una reforma moral y cultural, una crítica de la vida cotidiana, un nuevo "tipo humano".

¿No es ésta una base sólida para un proyecto y una identidad comunistas radicalmente renovados pero no menos antagonistas?

LA CUESTIÓN DEL TRABAJO

Lo más novedoso que el capitalismo ha introducido en la historia de la sociedad concierne ciertamente al trabajo: por una parte la progresiva transformación de todo el trabajo vivo en asalariado (trabajo para la producción de mercancías y él mismo mercancía); por otra la incorporación incesante del trabajo vivo al capital, su incorporación a la maquinaria del sistema.

La industria ha sido el terreno y el vehículo más eficaz de este proceso. La separación entre trabajo y propiedad de medios de producción, entre funciones directivas y organizativas y trabajo ejecutivo y genérico, entre el trabajo y su producto, la supremacía del "trabajo muerto" sobre el "trabajo vivo", han permitido los más extraordinarios incrementos de productividad; la parcelación de las tareas y el empobrecimiento consiguiente del contenido profesional individual se ha traducido en un enorme incremento de la capacidad social del trabajo; en fin, el trabajo asalariado ha conseguido en términos de homogeneidad y de cohesión un poder colectivo de contratación que compensaba el retroceso del poder individual ligado a la profesionalidad.

Todo esto ha permitido no sólo una mejora del salario real, sino también una mejora de las condiciones en la organización del trabajo: reducción continua y generalizada de la jornada laboral y de la fatiga física, estipulación contractual de los ritmos y del ambiente laboral, relativa tutela de la estabilidad en el empleo y de la integración en una plantilla.

El taylorismo y la negociación sindical han representado el punto álgido de tal proceso en su doble aspecto: la extrema parcelación y separación en relación al producto del trabajo (el obrero de masa), y el control obrero sobre las condiciones de su organización en la fá brica y el crecimiento de una identidad colectiva y del peso político de los trabajadores organizados.

Por otra parte, también la transformación del trabajo autónomo y del autoconsumo en trabajo asalariado y para el mercado, si bien a través de fases dramáticas de desarraigo y de empobrecimiento, en conjunto ofrecía ventajosas contrapartidas en términos de renta y sobre todo de movilidad y de liberación del individuo de relaciones sociales asfixiantes. ¿Qué sucede desde el punto de vista del trabajo y de sus formas, con el gradual declive de la industria y con el ocaso de la gran fábrica como modelo organizativo de la propia industria?

Se brinda una ocasión histórica absolutamente nueva para la emancipación humana: ya sea como liberación *en el* trabajo, o como liberación *del* trabajo. Una reducción ulterior de la jornada laboral, todavía posible, e incluso necesaria para dar trabajo a todos, ofrece ya espacio no sólo para el descanso y el recreo, sino también para la

expansión de intereses y de actividades sociales más allá de la figura del trabajo necesario, del "trabajo por un sueldo": es más, sin ello el tiempo libre degenera en un vacío frustrante y agobiante (aquí la cuestión del trabajo liberado, del trabajo para sí, se cru za con la de la calidad del consumo).

Se vuelven, por otra parte, cada vez más necesarias y posibles, para el individuo y para la sociedad, actividades productivas en sectores en los que el trabajo asalariado no es capaz de garantizar ni un control del empeño, ni la participación y la calidad de la iniciativa necesaria: es el caso de los grandes servicios colectivos (sanidad, enseñanza), de la información, de las actividades culturales y de la organización del tiempo libre.

En la propia actividad industrial la introducción de nuevas tecnologías más complejas, la diferenciación y la flexibilidad del producto, la extensión de las funciones organizativas, de proyecto, de control de calidad, impulsan no solamente a la superación de grandes concentraciones productivas, sino a una descentralización de las decisiones operativas, que exigen no sólo una mayor competencia sino un grado superior de participación y colaboración activa.

En fin, el aumento del promedio del nivel cultural, o al menos del tiempo destinado a la formación, y la disponibilidad general de circuitos informativos veloces permitirían una mayor movilidad de las distintas funciones, y una socialización más amplia de la gestión y de las estrategias productivas (las principales funciones empresariales están cada vez más ligadas a capacidades organizativas integradas y a flujos de información, que a capacidades individuales de asunción de riesgo y de mando).

Ahora bien, algunos de estos procesos, de valorización y de recomposición del trabajo, han continuado y continúan realmente por la propia inercia de las cosas en el contexto del actual sistema social: crecimiento de un empresariado en los servicios y en la industria como exponente descentralizado de un ciclo productivo que tiende a la gran concentración, o en los intersticios del mercado no convenientes para ella; crecimiento, también en el interior de la gran empresa, del estrato de trabajadores involucrados, aunque sea de manera periférica, en la dirección de la empresa; crecimiento de los cargos y de las funciones de alto contenido profesional en todos los sectores. Precisamente, los sorprendentes éxitos en términos de productividad del "modelo italiano" en ciertos sectores, y del japonés (por completo diferente) en otros, se deben, en gran parte, según reconocimiento general, a la capacidad social de promover y movilizar estas nuevas y diversas energías creativas del trabajo.

De todas maneras, no es ésta la tendencia principal.

Tenemos delante de los ojos, en efecto, dos fenómenos macros-

cópicos inquietantes y estrechamente interrelacionados. El primer fenómeno es el del nuevo desempleo de masa y la precariedad. La oferta del trabajo en todo Occidente crece notablemente, a pesar de la estabilidad demográfica alcanzada, como consecuencia de profundas presiones sociales irreversibles, vinculadas a la reducción del papel productivo y reproductivo de la familia, al alargamiento de la vida, a la irrefrenable necesidad de cada uno, y de las mujeres en particular, de tener una propia base autónoma de manutención y un propio terreno autónomo de socialización. Las ocasiones de empleo en su conjunto, en cambio, se estancan, o bien no ofrecen un nivel de renta o una calidad del trabajo aceptables para todos. Una parte apreciable y por ahora creciente de la población no encuentra, pues, un trabajo estable y, al mismo tiempo, una parte de esa demanda laboral no está cubierta sino por inmigrantes.

El hecho de que el problema de la ocupación o del subempleo no surja a causa de una brusca caída coyuntural, sino que se presente como una tendencia crónica y gradual, que afecta particularmente a ciertos sujetos (mujeres, jóvenes, ancianos) que encuentran la manera de sobrevivir en la protección de la renta familiar o en las redes protectoras del estado del bienestar, hace que el problema sea menos inmediatamente explosivo. Sin embargo contemporáneamente, y en el largo plazo, es más grave: porque se traduce en una marginación sistemática y permanente del circuito normal del mercado de trabajo y se refleja en impulsos de disgregación que contaminan el conjunto de la vida social (droga, violencia extendida, aumento de la criminalidad).

Ahora bien, no hay duda que en buena parte todo esto está ligado a una fase específica de la crisis económica y de reestructuración productiva: la reducción ya más que cíclica de las tasas generales de desarrollo, el salto tecnológico dirigido sobre todo al ahorro de trabajo, el declive irreversible de ciertos sectores productivos tradicionales, la destrucción de la vieja profesionalidad o de antiguas funciones que acontece, al principio más rápidamente que la creación de otras nuevas. Por este lado el desempleo podría, o podrá, ser redimensionado por un repunte del desarrollo, el arranque de nuevos sectores productivos, mediante procesos eficaces de metamorfosis profesional y de creación de nuevas capacidades.

Y se necesita, simplemente, preguntarse —como haremos más adelante— en qué momento estamos desde este punto de vista; si, cuándo y a qué precio, un nuevo desarrollo intensivo está a la vista.

Con todo, a nosotros nos parece que en el nuevo desempleo y en el precariado se podría y tendría que entrever algo más profundo y más permanente, que concierne precisamente a la cuestión general del trabajo y su calidad en una sociedad postindustrial.

Se admite ya por lo general que al menos en el sector industrial y en la producción de bienes materiales mercantiles, el trabajo no podrá, en los países avanzados, crecer de manera estable, cualesquiera que sean las evoluciones coyunturales y las tasas generales de desarrollo. Que, en suma, el estancamiento, si no la rápida caída de ese tipo de trabajo en las metrópolis, es un fenómeno irreversible. Se pueden recuperar procesos degenerativos demasiado avanzados de desindustrialización (es precisamente lo que en Estados Unidos se está tratando de hacer, tal como en ciertas regiones, como en el medio día de Italia, es urgente acometer). Se pueden sustituir ciertas industrias y ciertos productos que fatalmente viven un retroceso, como la siderurgia o la petroquímica de base, con otras industrias y otros productos. Sin embargo, es un hecho que la actual revolución tecnológica, por su propia naturaleza (y no sólo por las finalidades coyunturales a las que está dirigida) es mucho más eficaz a la hora de determinar un modo más eficiente de producir los mismos bienes, que en la creación de otros nuevos; que los nuevos que crea encuentran una de manda poco susceptible de expansión, y son rápidamente producidos a un coste, y con un contenido de trabajo, decrecientes; que, en fin, la productividad crece en este campo más rápidamente que la producción, libera trabajo antes, y más, que crear nuevo. La industria, en síntesis, no sólo perderá peso relativo en el conjunto del trabajo social, como es obvio y como sucede desde hace tiempo, sino que ya no conocerá más, en los países avanzados, una fase perceptible de expansión ocupacional.

Y, por otra parte, dudo que esta tendencia pueda subvertirse mediante un proceso de ampliación del desarrollo moderno a nuevas áreas del mundo. Porque más allá de los límites que esta posibilidad encuentra en la actual configuración del mundo (y sobre la que volveremos como problema crucial de la fase actual) el hecho es que, a diferencia de hace cuarenta años, la velocidad de aplicación de la nueva tecnología es ya tal, y la supremacía tecnológica tan poco traducible en flujos estables de mercancía, que los procesos nuevos de industrialización se traducen en una competencia amenazadora en el sector de los bienes de consumo, absorbiendo además inversión de la potencia dominante. U n nuevo tipo de división internacional del trabajo no se traduciría en una expansión global y relevante de la base industrial de la metrópolis, sino que adoptaría más probablemente las formas de un intercambio entre bienes materiales y conocimientos o de especulación financiera. El interrogante de fondo y a largo plazo que se plantea para la sociedad avanzada es,por lo tanto, éste: ¿es probable que un nuevo tipo de producción y de consumo, no de bienes materiales e industria, sino de bienes inmateriales y servicios, pueda ofrecer, en el largo plazo, una salida adecuada y satisfactoria de la oferta del traba jo, tal co mo suce-

dió históricamente con el paso de la economía agraria a la economía industrial?

En torno a la hipótesis que brinda esta analogía es muy lícito albergar dudas. Ante todo, en efecto, el sector de los "servicios" conoce ya desde hace tiempo, en las sociedades avanzadas, una expansión constante y en ciertas partes hipertrófica. Es más, en ciertos servicios tradicionales, desarrollados al amparo de la burocracia y gracias a los recursos crecientes garantizados por el incesante crecimiento industrial, los costes resultan cada vez más insostenibles, y precisamente ahora las nuevas tecnologías permiten, por primera vez, una racionalización del trabajo que saca a la luz un excedente de puestos de trabajo. Puesto que se trata de sectores a menudo retrasados con respecto a las necesidades reales, y puesto que en ellos la estructura institucional garantiza mejor la estabilidad del derecho al trabajo, es posible que dicha tendencia sea contrarrestada, aunque es de todas formas difícil que una mayor eficiencia en "esos" servicios genere nuevo empleo de manera consistente y en forma estable.

La atención y la esperanza tiene que concentrarse, por tanto, en servicios de tipo nuevo: los que sustituyen zonas residuales de autoconsumo, los de apoyo externo a las empresas industriales (investigación aplicada, seguros y finanzas, consultoría, mercadotecnia, asistencia jurídica), los que producen sobre todo nuevos bienes inmateriales (formación, información, salud, actividades culturales, gestión del territorio).

Pero aquí surge la constatación de fondo. Como han hecho notar Alfred Sauvy y Giorgio Ruffolo, para que un nuevo sector absorba trabajo más rápidamente y en mejores condiciones de lo que expulse el declive del antiguo, se necesitan dos condiciones: que la productividad del nuevo sector sea medianamente superior a la del sector precedente, de manera que se puedan ofrecer salarios mejores dejando un margen para su crecimiento; y que la producción del nuevo sector crezca más rápido que su productividad. En el caso de la producción industrial, eso es exactamente lo que se ha verificado. No es igualmente fácil que se verifique en el caso de los "nuevos servicios". Algunos de estos nuevos servicios, de hecho, sustituyen con trabajo asalariado un trabajo precedente que estaba fuera del mercado (los *fast-food*, los servicios personales), o responden a nuevas demandas sociales e individuales (desde los guardias de seguridad a los servicios ligados a la congestión urbana), y por muy útiles y necesarios que puedan ser, tienen, con todo, un volumen de productividad notablemente más bajo que cualquier otra actividad industrial. Otros (servicios a las empresas y la actividad financiera o de distribución) no producen nuevos bienes, son parte del coste de producción, y por muy alta que pueda ser su

rentabilidad, se traduce, al menos en parte, en parasitismo y freno del desarrollo. Otros servicios, en fin, los más prometedores, se presentan como producción de bienes inmateriales en la que la forma del trabajo asalariado estable es mucho menos apropiada que en la industria y la traducción en mercancías realmente vendibles es, al menos, parcial, y en los cuales, al mismo tiempo, tanto la producción como el consumo tienen carácter social, rentabilidad diferida, utilidad indirecta y difusa. En su conjunto, pues, en estos nuevos servicios la productividad en términos capitalistas es relativamente baja: y ya que el mercado de trabajo funciona precisamente como un mercado, las oportunidades de trabajo o bien se ofrecen a más bajos niveles salariales y en condiciones peores (y se orientan, por tanto, a un sector marginal y no protegido por la sociedad) o bien crecen a un ritmo relativamente contenido y, de todas maneras, insuficiente para satisfacer la oferta creciente.

Globalmente pues, es razonable considerar que en las sociedades avanzadas el trabajo asalariado que puede hallar ocupación estable y con una retribución normal, tienda, si no a reducirse, al menos a estancarse.

Por lo tanto, el tema de la redistribución del trabajo parece asumir un valor instrumental y estratégico central. En sí misma, una operación de este tipo no es inconcebible en un sistema capitalista: antes bien, durante casi un siglo ha sido una tendencia recurrente. Pero esto ha sido así gracias al crecimiento directo de la productividad, que en parte se traducía en una reducción de la jornada laboral. Sin embargo, cuando dicho crecimiento no se daba en su conjunto, la tendencia del sistema, que de manera puntual y más permanentemente ahora se verifica, era en cambio la de reducir el tiempo de trabajo global bajo la forma del desempleo endémico, del subempleo, de la media jornada, del trabajo precario para las labores genéricas, y de alargar, en cambio, la jornada laboral para las labores estables y de alta cualificación. Y no se trata sólo del salvaje interés del capitalista, porque tampoco para los trabajadores es posible reducir el horario renunciando a la renta. Y por lo tanto no es posible perseguir y obtener una reducción significativa de la jornada si no se encuentra la manera de in crementar la productividad personal incluso en sectores donde el trabajo asalariado funciona mal, y si no se encuentra el modo de asegurar un mayor bienestar independientemente de los ingresos, con el desarrollo de las formas modernas de trabajo fuera del mercado, con la valorización de actividades socialmente útiles que no adoptan la forma de mercancías vendibles.

Valen también consideraciones análogas para el segundo gran fenómeno que tenemos delante: el que no concierne a la cantidad sino a la calidad del trabajo. A lo que asistimos en las sociedades más avan-

zadas en esta fase es, bajo este perfil, una nueva polarización del trabajo ocupado. Por un lado, un proceso de valorización y de enriquecimiento de la profesionalidad y de la competencia, que queda, sin embargo, circunscrito a una minoría de la sociedad, que también está extremamente diferenciado y jerarquizado en su interior y que paga, sobre todo, la mayor valoración profesional al precio de una total rendición a la atomización de las especializaciones y de una más rápida subordinación al objetivo productivo (el intelectual masa, el funcionario del capital, la cooperación profesional), de manera que el enriquecimiento de la personalidad mediante el trabajo resulta más aparente que real, se mide en términos de renta o de poder, y no de libertad y de significado. Sobre este aspecto el modelo japonés es paradigmático y anticipa el futuro. Por otro lado un proceso de nueva parcelación, descualificación y subordinación del trabajo, que asume la forma extrema de empleo precario, en el proletariado dislocado de los servicios, pero que continúa también en el trabajo estable y en la gran empresa y que ya se expande mucho más allá del trabajo manual y directamente productivo, es decir, en el trabajo administrativo, en el comercio, en la sanidad y en el empleo público, la imagen de la sociedad informatizada como una sociedad de alta cualificación, de trabajo creativo y participado es pura mistificación. Desde este punto de vista la sociedad estadounidense es un buen ejemplo: la jactancia del éxito de la creación de millones de nuevos puestos de trabajo lleva la marca de la nueva descualificación, a veces más allá del límite que marca la irreversible desadaptación social y el nuevo analfabetismo.

No pretendemos afirmar que todo el horizonte laboral se agote hoy en estos fenómenos, ni que no sea posible, también en este terreno, concebir o imponer políticas ocupacionales o de valorización del trabajo con alguna eficacia, también dentro del sistema actual. Lo que pretendemos solamente es afirmar: a) que también en el futuro posindustrial el conflicto de clase entre trabajo y capital encuentra razones de las que alimentarse, nuevas y diversas, aunque no menos consistentes; b) que los grandes temas del trabajo y de su calidad se revelan aún más, y no menos, ligados a la lógica de fondo del capitalismo; c) que todavía, más que ayer o que hoy, se planteará el tema de la superación gradual, y no sólo de la tutela, del trabajo asalariado y quizá también se planteará de manera más radical el tema del trabajo liberado; d) por último, que las transformaciones estructurales del mercado de trabajo debilitan la homogeneidad y el poder inmediato del mundo del trabajo, y que su unificación y su destino dependerán en el futuro menos que en el pasado del instrumento sindical, tendrán cada vez más necesidad de un proyecto político y de instrumentos que incidan directamente en la estructura del Estado, de la economía, de las mismas estrategias

tecnológicas y de los aparatos de formación.

¿No es ésta una base suficientemente sólida sobre la que reconstruir una nueva identidad comunista, precisamente a partir del aspecto más radical y a la vez menos desarrollado de la crítica marxista del capitalismo: la liberación del trabajo humano de su carácter de mercancía?

LA IMPOTENCIA DE LA SOBERANÍA POPULAR

La embriaguez neoliberal que ha caracterizado toda década se está ya esfumando. No por la alternancia de las modas, sino por la evidencia de los hechos. Las grandes contradicciones sociales de las que acabamos de hablar están ya delante de los ojos de todos y dejan muy poco espacio a la confianza acrítica en que el mercado y el "espíritu animal" del individualismo, liberado de los demasiado asfixiantes vínculos de la política y de la intervención pública, preparen un futuro mejor para la colectividad y para el mismo individuo. También quien piensa que no es en absoluto necesario, e incluso lo considera equivocado y peligroso, poner en tela de juicio el espíritu capitalista como fundamento de la economía, está inclinado de nuevo, de una manera o de otra, a reconocer la posibilidad de que un poder autónomo y eficaz lo regule y equilibre. Junto con el neoliberalismo, comienza a declinar la reciente fortuna de su amigo-enemigo el movimentismo. La confianza, en efecto, en que para corregir los impulsos salvajes del mercado y de la competencia individual bastarían la fuerza del conflicto social y el crecimiento molecular de nuevas culturas antagonistas y de nuevos movimientos de solidaridad social, está fuertemente desgastada por la evidencia de los hechos: cada día se muestra demasiado fuerte la lógica global que gobierna el sistema a despecho de su aparente articulación, y demasiado fuerte, sobre todo, su capacidad para fragmentar, integrar, o incluso derribar aquello que se le opone y le contesta.

Vuelve, pues, al orden del día la cuestión de la democracia en sentido fuerte: la democracia, es decir, no sólo como sistema de garantías para la autonomía y la libertad de acción de individuos y grupos, sino también como forma política institucional capaz de condensar una voluntad y un interés general y dotada de instrumentos eficaces para hacerla prevalecer.

Pero, precisamente en este terreno la izquierda occidental se encuentra hoy en una situación bastante paradójica: en el momento en el que podría celebrar un pleno éxito y una renovada unidad, constata una nueva e inquietante impotencia. Expliquémonos mejor.

La democracia moderna nació en relación directa con el sistema capitalista, y llevaba dentro de sí la marca como si de una con-

tradicción constitutiva se tratase: igualdad política entre individuos desiguales en su poder real y en sus derechos efectivos. El derecho "abstractamente igual" del ciudadano ocultaba la realidad del dominio de clase, garantizaba su carácter objetivo; con todo, al mismo tiempo ofrecía unos principios y un instrumento poderoso a quien quería limitar dicho dominio. La historia del pensamiento y de las instituciones políticas de los últimos dos siglos en Occidente está dominada por completo por la tensión de ambas lógicas: la lógica del Estado liberal como garantía de la competitividad entre sujetos desiguales por patrimonio, talento y poder, y la lógica del sufragio universal como instrumento para corregir esa desigualdad y permitir a todos el ejercicio de sus propios derechos esenciales. No se trataba sólo de la competencia entre las razones de la libertad política y las de la justicia social. Porque la propia libertad política no poseía una vida real sin la totalidad de la ciudadanía, o mientras la totalidad de la ciudadanía no dispusiera de las condiciones mínimas de instrucción, renta y seguridad para ejercerla; y porque, por otra parte, en todo momento en que la clase dominante se sentía amenazada en la sustancia de su dominio social, estaba dispuesta a revocar esas instituciones políticas que ella misma había inventado con anterioridad.

Se puede decir, por tanto, que al menos desde hace un siglo, en la historia de Occidente, el movimiento obrero, que incluso había nacido fuera y en contra de ese sistema político, se convirtió en su protagonista y garante. Todo el movimiento obrero. Incluso quien insistía, como Lenin, en los límites de la democracia burguesa, en lo engañoso del parlamentarismo y en la necesidad de una "dictadura proletaria", no sólo reconocía al Estado representativo como "terreno enormemente más favorable para la lucha de clases", sino que insistía de manera obsesiva en el hecho de que el socialismo necesita de formas aun más radicales y extensas de democracia política. Así que, verdadera paradoja de nuestro tiempo, los movimientos que criticaban sus límites a menudo defendieron los elementos formales de las constituciones liberales, con mayor sacrificio y eficacia de cuanto lo hicieran sus apologistas más convencidos.

Y, sin embargo, aquello que más dividió al movimiento obrero a lo largo de toda una época fue precisamente la cuestión de la democracia política: la convicción de los leninistas de que se había agotado ya la fase histórica en la que la democracia podía convivir con un orden capitalista y la convicción de que la democracia socialista podía organizarse y crecer incluso negando, es más, sólo negando, durante largo tiempo, el ejercicio de los derechos políticos universales. Se puede afirmar que dichas convicciones nacieron en una fase histórica que las justificaba, y se insertaron en un movimiento real que, de una o de otra manera,

en efecto, contribuyó enormemente a un proceso general de liberación y de emancipación, también política. Con todo, es indudable que dichas convicciones se formularon, y luego se pusieron en práctica, como una teoría general, como una nueva y superior forma del poder político. Y en este terreno el leninismo ha sufrido una derrota que sólo hoy puede apreciarse en toda su magnitud.

Por una parte, en efecto, en la Unión Soviética las esperanzas de Lenin en una democracia superior (los consejos, la revocación del mandato, la extinción del aparato estatal como fuerza separada) no sólo chocaron con las dificultades específicas de la construcción del socialismo en un país aislado y atrasado, sino que se revelaron paulatinamente incompatibles con una forma política (el partido único, el poder centralizado, la identificación entre la disensión y el enemigo de clase) que se consolidaba como privilegio burocrático, incitaba a las masas a la pasividad política, cristalizaba el pensamiento político en dogmatismo y, a fin de cuentas, terminaba por paralizar el dinamismo social y productivo. La historia ha demostrado así que el pleno ejercicio de la democracia política no es menos importante para el socialismo, sino incluso más, de cuanto lo ha sido para el capitalismo.

Por otra parte, en Occidente, primero la lucha antifascista y luego la experiencia del estado del bienestar han demostrado que la democracia política, también en una sociedad burguesa bajo la forma de un Estado representativo que dejaba todavía un espacio enorme para una concreta modificación de las relaciones sociales, puede traducirse en conquistas muy reales y consistentes (la instrucción de la masas, la negociación sindical, la seguridad social), y permite un crecimiento permanente de la organización y de la conciencia de las grandes masas explotadas.

Parece pues que una larga y fatigosa controversia histórica ha llegado a una plena evidencia y a una resolución. Todos los países del capitalismo maduro (también España, Grecia, Portugal, mañana quizá Corea y Taiwán y Brasil) están regidos por instituciones de democracia representativa que ninguna fuerza política, ningún elemento cultural relevante propone subvertir. El Estado decide el destino y organiza el gasto de más de la mitad de la renta nacional e interviene en no pocos sectores de la producción. La educación y las pensiones están organizadas como servicios públicos para todos. El nivel de instrucción y formación le garantizan un peso a la opinión pública. Existen poderosas organizaciones sindicales y profesionales y una práctica permanente del conflicto social. Y por otra parte, precisamente la Unión Soviética se ha encaminado hacia una reflexión autocrítica, que justamente se define como revolucionaria, precisamente a partir del tema de la democracia política.

En este sentido decíamos que la izquierda occidental podría celebrar su propia victoria histórica, y en torno a ésta reconstruir una nueva unidad: una forma política por la que ha luchado durante tanto tiempo y que es ante todo una conquista histórica suya se afirma como modelo universal, se ofrece como el instrumento realmente mejor para la transformación y el progreso de la sociedad.

Parecería así que, al menos en el terreno de las instituciones políticas, una crítica del sistema ya no tuviese sentido, que el problema de una "tercera vía" no existiese en absoluto, que una identidad y una tradición comunista habrían desaparecido, justamente y sin nostalgias, reabsorbidas por la gran corriente del pensamiento democrático sin adjetivos.

Pero como sucede frecuentemente, el momento del esperado éxito corre el riesgo de ser también el del más amargo despertar. Una vez llegado a su expresión madura y general, cuando ya parecía que estaba dotado de poderes para intervenir en el conjunto de la sociedad, para hacer efectivo el ejercicio de la soberanía popular y la real igualdad de los derechos de los ciudadanos, el Estado democrático representativo da la impresión de retroceder gradualmente, en una forma nueva, a sus orígenes: es decir, a una apariencia tras la cual crece y obra sin antagonismos un dominio de hecho completamente opuesto.

No pensamos solamente, o sobre todo, en el ataque ideológico en contra de la intervención pública en la economía, en contra de las políticas de fomento del empleo, en contra del sistema asistencial universal, en contra de los niveles de reglamentación del mercado de trabajo y de la negociación sindical: ataque que ha obtenido resultados graves y duraderos, pero que de una manera o de otra podría estar vinculado a una determinada fase económica y a una cierta y transitoria correlación de fuerzas políticas. Y no pensamos estrictamente en el hecho de que en otra parte, y mayoritaria, del mundo, económicamente subdesarrollada, la historia política reciente proceda de manera opuesta, y que de los Estados surgidos de grandes movimientos de liberación se retrocede hacia oligarquías sostenidas por el privilegio y la arbitrariedad, o a teocracias fanáticas: todo eso podría ser el reflejo de una mala coyuntura económica y de una dependencia cultural que la democracia política de los países líderes podría y tendría precisamente que tratar de modificar.

Nos referimos a algo más profundo, general e intrínseco a las instituciones políticas del capitalismo que va camino de la era postindustrial: es decir, a la creciente, estructural irrelevancia de la política. Esa que era, para bien o para mal, el centro de las decisiones, el instrumento de una hegemonía blindada, el terreno privilegiado del conflicto más duro, tiende a convertirse en un rito vacío, mediación y ratificación

de cuanto ya ha sucedido, soporte administrativo de un poder que está en otra parte.

Es la evidencia empírica de las últimas décadas, y no de unos cuantos años, lo que da la alerta. ¿No es verdad que a lo largo de las últimas décadas en Europa, coaliciones y fuerzas diferentes que se alternaban en la dirección de los gobiernos, en sustancia, han puesto en marcha las mismas políticas en determinadas fases, y otras políticas en otras fases siguiendo dependencias e impulsos más fuertes que ellos? ¿Carece de significado el hecho de que el país de capitalismo avanzado en el que el Estado ha desempeñado con mayor eficacia una intervención programática en el desarrollo económico sea Japón, esto es, el país que tiene un sistema político sin alternancia, sometido a las grandes fuerzas económicas, sostenido por un consenso basado en la red más organizada de clanes y clientelas, y en medio de un gran conformismo de las masas?

En síntesis, si la gente da cada vez menos crédito y pasión a la política es también porque ésta, aún antes que extraña y corrupta, le parece inútil.

¿Qué es lo que hay detrás de todo esto? ¿Hay, como muchos creen, sólo, o sobre todo, un fenómeno de ineficiencia y de anquilosamiento de una máquina administrativa que, como consecuencia de un crecimiento exagerado y de haber hecho demasiadas concesiones, tanto a la lógica del asistencialismo cuanto a su finalidad, y a la lógica burocrática, que en cuanto a su funcionamiento, además de ser costosísima se ha vuelto también ineficaz? ¿Hay una congestión y una parálisis de la decisión política, una incapacidad orgánica de establecer prioridades e imponerlas, precisamente a causa de una excesiva difusión de los poderes democráticos, y por tanto, por la resistencia opuesta por millares de derechos de veto presentes en la sociedad?

Es verdad, hay también todo eso: y sería suficiente para indicarnos que el actual sistema político-institucional ha llegado a una crisis de funcionamiento que conlleva innovaciones y decisiones no neutrales.

Pero hay también fenómenos más profundos, relacionados precisamente con la transformación histórica de la que estamos hablando.

El primer orden de fenómenos nace del proceso de globalización de la economía y del sujeto real que domina tal proceso: las finanzas y las grandes empresas multinacionales. Es curioso cómo un hecho tan macroscópico y arrollador para la configuración del poder real sea tan marginal en la reflexión política y que toda la izquierda lo acepte con entusiasmo acrítico o, sea como fuere, como un hecho neutro con respecto al que hay muy poco que hacer.

La unificación progresiva de los mercados y de las tecnologías no es en sí una novedad. Nuevos son, no sólo la enorme aceleración de este

impulso, sino los mecanismos de poder que la gobiernan y se alimentan de ésta. Ante todo, el crecimiento desaforado de centros internacionales de dirección, políticos además de económicos, dotados de un poder normativo y no solamente de mercado: la Comunidad Económica Europea, el Fondo Monetario Internacional, la concertación de los bancos centrales, la unificación de hecho de un sistema internacional de investigación científica. Estas estructuras a las cuales se transfiere la parte más importante, más estratégica, del poder político, son orgánicamente independientes de cualquier forma de control o de influencia democrática. No sólo porque las instituciones que deberían garantizar tal relación no tienen poder real (el Parlamento europeo) o lo niegan como principio (el Fondo Monetario); sino porque aunque existieran, o tuviesen poder, se trataría, de una u otra forma, de un poder formal, porque no correspondería a un sujeto político mínimamente capaz de organizarse, de entender, de participar. Lo que progresa es una especie de Estado federado "por derecho de conquista regia", en donde el rey es una estrecha oligarquía económica y tecnocrática, la cual se contrapone a un "pueblo" fracturado de historias nacionales, dividido por intereses locales y corporativos, y como corporación capaz solamente de oponer una resistencia sectorial (piénsese en la política agrícola europea, o en la babel de las organizaciones sindicales y del Estado social). Al sufragio universal, piedra angular y gloria de la democracia moderna, se le escapan las decisiones decisivas.

En segundo lugar hay que considerar la nueva realidad de las finanzas de las multinacionales. No sólo su peso, en cada país y en cada sector, ha crecido enormemente, sino que han cambiado su base y su papel. La gran concentración económica tiene cada vez menos —como aún la tenía hace algún tiempo— una base nacional prioritaria, y una prioritaria caracterización industrial. Se trata ante todo de una potencia financiera, multisectorial, cuyo teatro operativo es mundial, o por lo menos continental, cuya función es, ante todo, producir capacidad organizativa, planes de investigación, organización del mercado, que integra aparatos informativos y formativos, organiza una miríada de empresas dependientes, orienta decisiones de gobiernos y de grandes instituciones.

Es, por lo tanto, un centro de poder privado que incorpora plenamente en sí mismo un papel de planificación social del desarrollo, con una base propia de masa (el accionariado popular) y un sistema propio de formación del consenso.

He aquí una parte aún más importante del poder político que se sustrae al sufragio universal. No se trata solamente del gran capital que ahoga el ejercicio democrático, o que dispone de instrumentos para alterar el juego, sino más simplemente de un gran capital que monopoliza

directamente el poder estatal, vacía el sentido real de la democracia. Pensar en "gobernar" este poder con los instrumentos tradicionales que poseía el Estado nacional, o limitarlo con reglas como la legislación antimonopolio, es bastante patético.

Por último, globalización quiere decir también homologación del modo de consumo, integración del sistema informativo, libre circulación del ahorro: es decir, una masa de microdecisiones estandarizadas por mecanismos y conveniencias objetivas que el sistema de poder determina y que limitan radicalmente, desde abajo, además de desde arriba, las posibilidades reales de elección y de intervención de lo que desde el punto de vista constitucional continúa definiéndose como Estado nacional democrático.

Para contrarrestar esta transferencia de poder real, el Estado democrático debería poner sobre el terreno una voluntad fuerte, ser capaz de plantear proyectos incisivos y a largo plazo. Sin embargo, interviene aquí el segundo y no menos grave orden de fenómenos que amenazan con una crisis de la democracia. Enumeremos unos cuantos sin establecer una jerarquía, y sin profundizar en los nexos que los unifican.

El declive de la gran fábrica, la segmentación de las categorías profesionales, la multiplicidad frecuentemente fortuita y arbitraria de la distribución de la renta, el hecho mismo de que la injusticia social se concentra en sectores o en zonas marginadas y subalternas hacen que el conflicto social esté menos unificado y sea menos transparente, y le quitan a la democracia política el sujeto cohesionado y organizado que durante décadas le ha dado vida. La difusión penetrante e insistente de los medios de información y de entretenimiento de masa no sólo hacen manipulable, como es obvio, el consenso, sino que conforman una opinión pública en sí misma atomizada, una conciencia política ofuscada por el exceso de estímulos y datos confusos y uniformes, oscilante y efímera.

Estos elementos objetivos, a los cuales se añade una crisis de las ideologías ligada al espíritu general de la sociedad, dan como resultado el ocaso de los partidos de masa como organizaciones de militantes capaces de unificar intereses y comportamientos en una cultura y en un proyecto. La misma enorme extensión de la intervención pública en miles de campos de la vida social, su papel de administrador de gran parte de la renta nacional, se convierten en la sede de un intercambio, de un mercado específico entre una sociedad corporativizada que intercambia consenso por tutelas y favores, y una clase política profesional que se transforma a sí misma en una corporación. La política en sentido fuerte se separa de esta máquina del consenso, se aísla en el circuito de un poder paralelo, de una clase dirigente real muy restringida que unifica elites gubernamentales, tecnocráticas, económicas, pero que por su

naturaleza interpreta los impulsos objetivos que provienen del mercado y sólo en esta dirección logra operar de manera incisiva.

La democracia sin hegemonía se transmuta en rito, reino de lo efímero, degenera en mercado corporativo, limita su horizonte, en el mejor de los casos, a la buena gestión administrativa de competencias y objetivos que no está llamada a determinar. Es un poder paralelo, oligárquico, crece no sólo como hecho, sino como necesidad.

No por esto los deberes y funciones del Estado disminuyen. Sin embargo, pierde su papel impulsor y de síntesis, y el pueblo que lo legitima es cada vez menos su soberano, y deja de ser una contraparte. El leviatán no es menos invasivo, pero está ya domesticado.

Se puede también considerar que todo ello no es tan grave después de todo: que, si se saben corregir sus manifestaciones degenerativas, esta "política ligera", este Estado reconducido a mero papel de garante y de administrador, este poder vuelto a poner en manos de quienes saben desempeñarlo, deje, a mayor razón, libre a una sociedad vital, y aleje finalmente el espectro del totalitarismo y de las ideologías totalizadoras. Nosotros no lo creemos así, porque el universo que resulta de ello no es menos totalitario en su aparente complejidad. Pero lo cierto es, de una manera o de otra, que con este tipo de instituciones políticas la idea de "gobernar" el desarrollo, de cambiar el sentido de la modernidad de acuerdo con un proyecto colectivo, no tiene un fundamento verosímil.

Vuelven a surgir así, en la realidad más moderna, y por otras vías, algunos temas clásicos y radicales de la crítica marxista al Estado burgués.

El carácter mistificado, ilusorio, la insostenibilidad a la larga de una democracia que no sepa ni quiera atacar los santuarios de un poder económico cada vez más centralizado y determinante, ni transferir al control público lo que la socialización de las fuerzas productivas ya ha hecho intrínsecamente público y que va mucho más allá de las funciones redistributivas de la renta, e invierte el mecanismo de la acumulación, tomando decisiones fundamentales relativas a la asignación de los recursos. No se puede, ciertamente, planificarlo todo: pero es igualmente absurdo que la planificación posible se convierta, mediante el mero pretexto del mercado, en una función del sector privado.

La necesidad de un pleno internacionalismo que haga corresponder al proceso de unificación mundial una fuerza capaz de administrarlo, controlarlo democráticamente y sea capaz, además, de poner en valor en dicho proceso la riqueza peculiar de las identidades nacionales en contra de una mera homologación que termina por alimentar los renacientes particularismos.

No podemos ingenuamente pretender condicionar un proceso en vías de unificación supranacional, si lo que se unifica cultural y organizativamente son solamente las clases dominantes: para ser democráticas, las instituciones no solamente deben sancionar derechos, también tienen que estar ocupadas por fuerzas reales capaces de hacerlos valer.

Por último, la necesidad de un sujeto político colectivo, capaz de imponer un diseño global y a largo plazo frente a los impulsos inmediatos y los intereses particularistas, y capaz de promover una reforma cultural y moral también entre quienes quieren cambiar la sociedad pero están continuamente condicionados por sus valores y mecanismos. La democracia no subsiste sin un soberano colectivo y no puede existir bajo la forma de una multitud atomizada, de una suma confusa de impulsos y de culturas heterogéneas: la fragmentación no es pluralismo, es uniformidad disfrazada.

Con todo, estos temas clásicos se vuelven a proponer bajo una forma completamente nueva, o tan antigua que ya se ha perdido memoria de ella. Porque la solución estatista, hasta ahora dominante en la cultura del movimiento obrero, no sólo se ha mostrado insuficiente y costosa, sino que además se muestra más impotente que nunca a la hora de resolver el problema de la democracia. Un poder público administrado como poder burocrático se atornilla a una espiral de ineficiencia y de arbitrariedad que provoca en las masas el rechazo de lo público como tal. Una soberanía popular encerrada dentro de los límites del ejercicio electoral, de la opción de la simple representación, no sólo margina a esa parte del pueblo que no ejerce otros poderes de hecho, sino que produce en ésta última un retorno a las culturas subalternas, la impele a reivindicar protección en lugar de a ejercer el gobierno, transforma la soberanía en consenso, y el consenso en mercado. Gobernar a la sociedad desde el centro, o mediante las leyes es mera ilusión. El desarrollo de la democracia coincide con la reapropiación cotidiana y articulada de las diferentes funciones de gobierno, con una socialización del poder, con un deterioro gradual de la separación del Estado. Y todo esto, por otra parte, no es posible sin volver a poner en tela de juicio también todo cuanto lo que del estatalismo se ha reflejado en las formas organizativas del movimiento obrero: esto es, el partido como sede e instrumento exclusivo de la política, superpuesto a un movimiento de masas como sede e instrumento del conflicto económico-social, y no como estímulo y síntesis de un complejo sistema de movimientos políticos, autónomos y permanentes, a través del cual una multiplicidad de sujetos concurren para soldar un nuevo bloque histórico. Precisamente la riqueza ofrecida en un terreno democrático ya muy labrado, la multiplicidad y el nivel cultural de los sujetos políticos, confusa aunque activamente presentes

en la sociedad, las miles de articulaciones del poder estatal sedimentado en una sucesión de experiencias y de luchas, la multiplicidad irrefrenable, aunque subalterna, de los sujetos nacionales que emerge de la crisis de los sistemas imperiales ofrecen un material extraordinario para una ardua empresa de reconstrucción de la democracia a partir de nuevas bases.

En síntesis, para resumir un poco toscamente: reconocer la democracia como valor universal no implica en absoluto considerar superado el viejo enunciado leninista, y sobre todo togliattiano, de un nexo entre democracia y socialismo. Es más, hoy se puede especificar mejor, de un nexo recíproco, en base a que no sólo un elemento es esencial al otro, sino que también le confiere un contenido y una forma diferentes.

¿No tiene todo esto algo que ver con la búsqueda de una "tercera vía"? ¿No se trata de una base potente para fundar de nuevo una identidad comunista también en torno a la cuestión más compleja y controvertida de las instituciones y de las formas de la política?

Las diversas consideraciones y el razonamiento global que hemos propuesto someramente acerca de las "grandes contradicciones" de nuestra época son suficientes, nos parece, para definir de manera suficientemente sólida, no subjetivista, un campo de posibilidades, pero no ofrecen ninguna certeza razonable. Por una parte, en efecto, éstas permiten afirmar con convicción que:

1) La sociedad capitalista tal como sale de sus recientes transformaciones no se presenta ni unificada, ni respaldada por una hegemonía estable. Por el contrario, ya ahora la recorren, y será aún peor, grandes conflictos materiales e ideológicos que no conciernen sólo a las zonas periféricas y marginales, ni expresan sólo necesidades de liberación todavía históricamente inmaduras, y por tanto orgánicamente minoritarias, sino que nacen también en puntos álgidos de la modernidad e involucran a la mayoría del cuerpo social. Si la profundad de estos conflictos no se comprende y se valora, si no se les brinda una perspectiva racional, pueden causar un embrutecimiento y un retroceso generales.

2) Las contradicciones que recorren hoy la sociedad son y serán cada vez menos tajantemente reconducibles al conflicto entre capital y trabajo. El mismo conflicto entre capital y trabajo se puede expresar plenamente sólo enriqueciéndose en contenidos y finalidades más complejas, asumiendo en sí mismo la crítica a la calidad del desarrollo y no sólo a la cantidad y a la distribución de su producto. Nuevos sujetos y nuevas necesidades (el medio ambiente, la liberación de la mujer, la

valorización del género, el sentido del trabajo y del consumo) no tienen solamente que ser reconocidos en su novedad y en su irreductible autonomía, sino que son esenciales para conferir a la lucha de las masas trabajadoras una verdadera autonomía y una capacidad hegemónica, una plenitud concreta en su proyecto de liberación. Y, sin embargo, estas diversas contradicciones no están menos, sino más profundamente que en el pasado, conectadas a las estructuras y a los valores dominantes del modo capitalista de producción: esto es, plantean en términos aún más radicales el problema de su superación y ofrecen la base para resolverlo. Si no se advierte este nexo, y en torno a éste no se unifican, no sólo los nuevos movimientos y sujetos parecen destinados a la derrota, sino que entran en contradicción entre sí y se vuelven partícipes de una revolución pasiva. En este sentido la lucha de clases continúa siendo el motor, el nudo de una alternativa.

3) Una sociedad diferente no puede ser, si alguna vez lo ha sido, el producto de una ruptura inesperada, de una revolución desde arriba, tiene, más bien, que avanzar como un largo proceso de transformación del modo de producir y de consumir, tecnologías, ideas, estilos de vida individual y colectiva. Y, con todo, esta nueva sociedad no crece molecularmente entre las redes de la sociedad existente (como sucedió con la revolución burguesa): necesita de un poder, de un proyecto, de una organización: es una transformación social que no sólo se debe concluir con, sino que debe proceder de un antagonismo, una hegemonía, una ruptura política. Pues bien, todo esto ofrece indudablemente una base sólida y una posible audiencia de masa para la plena recuperación, así sea para su refundación, de una identidad comunista. Sobre todo descubre no ya en absoluto realista, sino completamente abstracta, la idea de que la izquierda pueda hoy proponerse como alternativa creíble homologándose finalmente dentro del sistema: porque esto querría decir renunciar a hablar, si no es retóricamente, de los problemas más agudos, separarse de las necesidades de la masas más oprimidas, perder una motivación fuerte del propio empeño.

Sin embargo, precisamente las mismas consideraciones que hemos hecho hacen surgir otra cara de la realidad que no es posible, ni honesto, censurar. Tales consideraciones obligan a reconocer, de manera realista, que:

1) Las fuerzas sociales antagonistas al sistema se presentan hoy enormemente divididas, prisioneras entre la alternativa subalternidad o revuelta, entre integración y utopismo; una perspectiva unificadora está todavía más allá de su praxis y de su cultura. A todo lo que hemos ya esbozado a propósito de las sociedades avanzadas, se agrega, en efecto,

en el Tercer Mundo, la involución de las burguesías nacionales, las nuevas contradicciones en la cuestión agraria y la aparición, como figura dominante, de una masa destruida de proletariado urbano precario y marginal; y se añade la dificultad, en los países del "socialismo real", de un protagonismo social de la clase obrera y de las grandes masas aún pasivas e impregnadas de impulsos contradictorios.

2) Los grandes referentes políticos susceptibles de contrarrestar esta fragmentación viven todavía una fase de crisis profunda, cultural y de identidad. A lo que hemos señalado a propósito de la izquierda occidental, hay que agregar lo que sucede en la Unión Soviética: un extraordinario e inesperado intento de reformas y de cambios que nace, no obstante, sobre la base de un modelo y, por tanto, tiene necesidad de un periodo no breve de asentamiento, de recuperación y de eficiencia. Gorbachov habla, sincera y justamente, de "más socialismo y más democracia", pero es difícil que esto pueda hacerse evidente de inmediato y que tenga éxito, que produzca reformas en vez de crisis.

3) La redefinición de una identidad comunista parece un trabajo teórico y cultural de largo aliento, que implica la reconversión de un modo de pensar consolidado durante décadas, que tiene que crecer dentro de un horizonte dominado por nuevas ideas burguesas y viejas ideas obreras, e implica un periodo de búsqueda, riesgos de eclecticismo y error, requiere un largo esfuerzo de educación, antes de asumir la fuerza de una cultura generalizada, de una visión del mundo, de un arraigado sentido común.

En conclusión, para volver a la pregunta de partida, nos parece que podamos decir: La refundación de una identidad antagonista, para el PCI y para toda la izquierda europea, es una condición necesaria y posible para un retorno político, pero es una condición ardua de llevar a cabo, e insuficiente por sí sola.

Por el contrario, ese recomienzo puede darse sólo en la medida en que, en un horizonte de tiempo más cercano, se pueda prever la persistencia y la agudización de una crisis del sistema, en términos económicos y políticos, con respecto a sí mismo y a su funcionamiento, y se ofrezcan, por tanto, posibilidades concretas de intervenir en ella para imponer algunas parciales, aunque incisivas, modificaciones de las estructuras existentes, sobre las que una perspectiva más lejana pueda crecer y definirse. Si por el contrario tuviésemos enfrente, en el futuro próximo, un sistema capitalista eco nómicamente en desarrollo, lo suficientemente estable desde el punto de vista político, sería muy difícil que las grandes fuerzas de izquierda lograran expresar nueva-

mente una identidad fuerte y antagonista en una perspectiva lejana. Las "grandes contradicciones de nuestra época", en tal caso, probablemente se expresarán durante un tiempo prolongado como un malestar difuso, experiencias de lucha dispersas, testimonios culturales excéntricos, corriéndose el riesgo durante mucho tiempo de contribuir a una involución, más que a una superación de la sociedad actual. Y una fuerza como el Partido Comunista Italiano muy difícilmente podrá evitar el ocaso o la homologación. He ahí porqué la reflexión en torno al PCI, y en general en torno a la izquierda europea, para tener algo de seriedad, tiene que encontrar su principal terreno de verificación en el análisis, en la previsión, en la propuesta "de fase".

LA FORMA PARTIDO

La cuestión del partido, hay que reconocerlo honestamente, es aquella con respecto a la cual el giro de Occhetto tiene mayores justificaciones, pero también aquella con respecto a la cual propone la solución más discutible y peligrosa.

La justificación radica en el hecho de que la reflexión teórica colectiva ha sido particularmente pobre en torno a este problema y la innovación en la práctica tímida e inconcluyente. Renovación hubo, pero se dejó en manos de los acontecimientos, lo nuevo se sobrepuso a lo viejo y se ha desarrollado sin un proyecto y sin verdaderos cambios. Sin la inoculación de nuevas energías, nuevas experiencias, culturas, y sin una ruptura de las formas organizativas, a todos les pareció que el "instrumento" era ya incapaz de dar como fruto la mejor de las políticas.

Sin embargo, la pregunta es entonces la siguiente: ¿en qué debe consistir una ruptura de la continuidad, y en qué dirección debe orientarse? Es decir, ¿cuáles son los verdaderos "males" que corregir y extirpar, y qué partido se necesita en la sociedad transformada, para transformarla?

La idea que toma cuerpo es la del "partido ligero" moderno, no en el sentido del partido de unos cuantos (esta sería una consecuencia no deseada), sino en el sentido de: un partido en el que aparato y militantes pierden peso real con respecto al electorado y a las asociaciones federadas; que emplea las capacidades tal como se las ofrece el mercado intelectual; que agrega fuerzas en torno a programas específicos; que, en sustancia, se propone escuchar, interpretar la sociedad (una parte de ésta), más que transformarla, ser instrumento más que sujeto, sobre todo ser representación institucional y recolector electoral.

Ahora bien, no hay duda de que todo esto constituye una profunda ruptura no sólo con algunas formas organizadas de la tradición comunista —aquellas con las que, fácil y justamente, se ha ensañado

la crítica (centralismo, militancia política como práctica absorbente, disciplina, etcétera)—, sino con su fundamento teórico. Esto es, la idea de que el partido no debe de ser sólo "para los trabajadores", sino de los trabajadores, el instrumento mediante el que una clase, por su naturaleza, colocada en papeles subalternos, y con una cultura subalterna, se transforma paulatina aunque directamente, en clase dirigente: por tanto, el instrumento sin el cual, a diferencia de la burguesía, el proletariado no puede constituirse en clase "para sí". Es más, se puede añadir que una ruptura así resulta más radical con respecto a la concepción gramsciana, de lo que puede serlo con respecto al mismo pensamiento leninista. Porque en el pensamiento leninista residía aún (por lo menos hasta el socialismo realizado) la dicotomía entre la masa proletaria confinada dentro de su lógica económico-corporativa y movilizada hacia la política en momentos y con objetivos generalísimos, y el partido de los cuadros portadores de una "ciencia de la revolución", identificada básicamente con una ciencia de la toma del poder. Mientras que Gramsci pone en el centro, como presupuesto de la hegemonía, la revolución intelectual y moral, es decir, la autoeducación colectiva de toda una clase, e incluso busca un fundamento material de este proceso en la dialéctica entre proletariado e intelectuales, y entre práctica obrera y valores premodernos presentes en la sociedad y en la cultura. El partido es la sede y el instrumento de todo ello, precisamente en cuanto que no es sólo de masa o de militantes, sino en cuanto "intelectual colectivo". Tal concepción, a decir verdad, no se ha traducido en un partido real (no lo fue siquiera el partido nuevo de Togliatti en sus mejores momentos), pero no quedó confinada en los libros: primero, y sobre todo, después de Gramsci, uno de los elementos originales del movimiento obrero italiano (incluso del viejo socialismo prampoliano) fue precisamente su carácter de agente de civilización, de fuerza ideológica que proporcionaba este nuevo fundamento de cultura y moralidad colectiva que la revolución burguesa en Italia no había tenido. Una ruptura no precisamente pequeña.

La primera constatación que de inmediato hacemos, sin embargo, es que la ruptura hoy propuesta no es tal, de hecho, con respecto al tipo de partido que domina la política en Occidente, y tampoco con respecto a aquello en lo que el PCI a menudo se ha convertido en los hechos y a lo que espontáneamente tiende a ser.

La "forma partido" como se presenta hoy en las modernas democracias occidentales es, tendencialmente, la que precisamente se propone a sí misma como "innovación". Y esto nos ayuda mejor a comprenderla. Porque echando un vistazo a los hechos, se ve fácilmente que tal "partido ligero" —incluso cuando es de izquierda— no es en absoluto ligero, y que su manera de "escuchar a la sociedad" es de un

tipo bastante particular. Es un "partido ligero" que suple la fragilidad de sus vínculos con las masas y la precariedad de su tejido conectivo con un fuerte énfasis en el papel personal del "líder"; que es administrado por aparatos de poder no menos estables y distantes de los antiguos (parlamentarios casi inamovibles, técnicos de la información y de la administración, administradores locales, gestores de las cooperativas, burocracias sindicales), esto es, piezas del *establishment*; que tiene que construir su consenso primordialmente con el empleo de los media (o mejor, buscando su apoyo no desinteresado) y con la mediación de varias corporaciones, buenas y malas. La consecuencia inmediata es la pasividad política de las clases subalternas hacia el exterior (el absentismo del voto) y en su interior (¿cómo puede quien no sabe, quien no tiene poder, llegar a ser dirigente?). La consecuencia indirecta es un tipo de consenso electoral que no puede hacer frente a políticas fuertes de gobierno, de ahí por tanto una necesaria autorreducción de los programas, y una "escucha de la sociedad" que selecciona y respeta las correlaciones fundamentales de fuerza existentes. El "reformismo de bajo perfil" se vuelve no ya una elección, sino una necesidad. No estamos describiendo solamente a los partidos conservadores centristas (que en Italia asumen específicamente las características del partido-Estado) sino también a la moderna tendencia de los propios partidos "progresistas": desde el Partido Demócra estadounidense, hasta los de los socialistas franceses o españoles. Y esa es, en parte, la tendencia actual del PCI.

Todos lo saben, y algunos lo dicen: es en Occidente donde aparece el punto de mayor debilidad de la izquierda: una insuficiencia de la democracia organizada que la expone a un ausentismo electoral de la "pobre gente", que está a merced de los medios, de la hegemonía cultural del adversario.

Todo esto no sucede por casualidad o por error, sino que está en relación directa con esas novedades de la sociedad a las que se querría y se debería hacer frente renovando la forma partido.

Esquemáticamente, porque ya hemos aludido a estos mismos fenómenos:

a) La segmentación del cuerpo social. La propia clase obrera se articula, a causa de la descentralización, en sedes físicas, funciones productivas, niveles de producción mucho más diferenciados; y continuamente empobrece sus vanguardias a causa de una mayor movilidad social (espontánea o coaccionada). Aumenta el peso de los trabajadores intelectuales, aunque están fuertemente condicionados por la cultura que los forma y por el papel que asumen. Los intelectuales en sentido estricto son parte orgánica de aparatos potentes y estructurados. Gran

parte de la "pobre gente" ligados a contradicciones transversales están por su naturaleza físicamente dispersos y a menudo en conflicto.

b) El papel que asumen los medios de información de masa no sólo permite la manipulación de las decisiones políticas, sino que comunica cultura, estilos de vida también valores, sobre todo en las clases subalternas, forma y transforma continuamente el sentido común, da a la opinión pública un carácter espontáneamente confuso y oscilante. Éste es el típico pueblo de las "primarias", clave de bóveda de la máquina electoral en Estados Unidos.

c) El poder de facto, dentro la aparente complejidad, e incluso gracias a ésta, está muy concentrado, y se presenta con la objetividad de las decisiones aparentemente racionales y posibles.

d) Por último, pero no menos importante, la elección misma, justa y obligada, de la "democracia" y de sus reglas, comporta un precio: la estabilización, durante décadas —también en las filas de la izquierda— de un personal político profesionalizado, integrado en su cotidianidad en las maneras de pensar, de actuar, y a menudo en los privilegios de las clases dominantes. En sustancia: no sólo es cierto que los partidos ocupan al Estado y a la sociedad; también lo es que ellos están ocupados.Es por todo ello que, precisamente hoy, y como consecuencia de las transformaciones que están ya en marcha, para llevar a cabo, no digo ya la revolución, sino verdaderas reformas, es necesaria más que ayer una subjetividad organizada, autónoma, capaz llevar a la autotransformación de los protagonistas de un cambio posible. En este sentido el tema del partido no sólo de "masa", sino militante, intelectual colectivo, no es enabsoluto un tema para archivar; limitarse a renovarlo sin problematizarlo, quiere decir simplemente rendirse a un continuismo absoluto. Y sobre esto, por otra parte, parece absurdo liquidar una experiencia que, a pesar de todo, ha sido vital.

Entonces, y por el contrario, ¿en qué puede consistir una verdadera innovación, teórica y práctica?

El PCI ha sido sólo en parte un partido "de masas, militante, intelectual colectivo". No lo es desde hace mucho tiempo, y sea como fuere, del modo en que había sido pensado no podría y no debería serlo. Partamos de algunas constataciones de hecho que tienen que ver con su constitución material, más allá de lo que piensa de sí mismo. Alrededor de esto sería necesaria una gran investigación y un análisis profundo. Sin embargo, algunos datos saltan a la vista.

a) La composición por edad. El promedio de los 1.400.000 afiliados supera ya los cincuenta años. Los afiliados menores de veinticinco años (1,9%) son numéricamente inferiores a los mayores de ochenta años. Aquellos con menos de treinta años (esto es, la verdadera fuerza dinámica de la sociedad) son menos que los mayores de setenta años. La Federación Juvenil, tras un intento de refundación que había arrojado algún resultado, ha vuelto a retroceder.

b) La composición de clase. Aparentemente el partido es aún amplísimamente de base obrera y popular. Su composición parece estable desde hace décadas. Digo aparentemente, no sólo porque haya crecido mucho, obviamente, el porcentaje de los pensionistas, y sea irrelevante la presencia de las nuevas figuras profesionales del trabajo dependiente, sino sobre todo porque se ha acentuado increíblemente la dificultad de representar esa composición social en las funciones dirigentes. Si se piensa en el extraordinario florecimiento de la elite obrera que hubo durante los años setenta, sorprende cuán poco ha quedado de ello en los grupos dirigentes del PCI. Y a mayor razón se teme que esta tendencia empeore en una fase en la que esas elites ya no se forman espontáneamente.

c) La actividad política de las estructuras de base principalmente se ha restringido. Se concentra en objetivos de autorreproducción (afiliación) o de propaganda (campañas electorales, fiestas de *l'Unità*), y en los casos de mayor vitalidad (pequeños y medianos centros) en eventos de la administración local. Por el contrario, la relación con las luchas y sedes de conflicto real está demasiado gastada o ha sido delegada: al sindicato, a los movimientos (pacifista o ecologista), a cuya vida cotidiana se es relativamente ajeno. La única excepción positiva, no por casualidad, es la de las mujeres comunistas.

d) Los grupos dirigentes periféricos viven en continuas dificultades: su base de selección se agota, difícilmente provienen de experiencias reales de lucha social y cultural, su vida material es difícil, y sin grandes compensaciones de rol e ideales. El poder real está dividido en una multitud de aparatos, entre los cuales el del partido no es ni el más numeroso ni el más valorado. El grupo dirigente central ha perdido una autoridad indiscutida, ya antes de la reciente crisis, y actúa, de una u otra manera, por impulsos, mensajes, más que a través de un mecanismo eficaz de discusión, de toma de decisiones, que verifique su actuación y sus resultados.

e) La actividad formativa se ha debilitado mucho, ya sea con respecto a los cuadros de base, ya sea como capacidad de elaboración,

de transformación de la clase intelectual. La forma típica de la relación partido-intelectuales es ya la de los independientes, la de los "expertos" separados de la vida política activa. La prensa de partido vive una crisis evidente, y la propia información política está mediada por órganos independientes.

La enumeración podría continuar, pero estas observaciones son suficientes para persuadirse acerca de que, en relación con la cuestión del partido, de sus formas organizativas, se hace necesaria una ruptura.

Obviamente no puede llevarse a cabo en términos de restauración de una concepción clásica: dos puntos del discurso gramsciano decisivos a propósito del partido (su carácter de sujeto "totalizador", su papel pedagógico) están en tela de juicio, además de por la experiencia, por las novedades sociales. La subjetividad antagonista ya no se agota en el partido, éste es sólo un componente, a pesar de que sea decisivo. Pero, ¿con qué funciones, y bajo qué formas organizativas?

El problema no es solamente uno de los más difíciles y complejos de afrontar, sino que es también imposible resolverlo en abstracto, sin una experiencia *in progress*, sin poder ver con claridad qué fuerzas se pueden poner paulatinamente sobre el terreno y cómo darles formas organizativas adecuadas: lo que se puede y se tiene que hacer es, sobre todo, obtener claridad de ideas acerca de la dirección en la que se quiere encontrar una respuesta.

De cualquier forma, queremos proponer algún punto de modo muy problemático, y con alguna afirmación arriesgada.

a) Una nueva forma partido, para existir y con el carácter del que hablamos, necesita algo que, si no antes, por lo menos junto con él, crezca fuera de sí, de manera que el "límite" del partido (concepto justo aunque al mismo tiempo equívoco) no esté representado simplemente en la sociedad como un conglomerado amorfo, o por la individualidad atomizada. Tiene necesidad de una democracia organizada, de movimientos de masa, autónomos, organizados, que aun partiendo de temáticas y conflictos precisos tengan la permanencia y la fuerza para ser sujetos políticos y sean reconocidos como tales. Y, por lo tanto, la relación entre partido y masa (el así llamado carácter de masa del partido) no se presente más como la superposición de una "conciencia general" a la espontaneidad económico-corporativa, y mucho menos como superposición del aparato político-institucional a una opinión pública atomizada de la cual se espera solamente el consenso. Durante las dos últimas décadas ha habido en Italia numerosas experiencias embrionarias en esta dirección, y han sido extraordinariamente enriquecedoras: sobre todo en la clase obrera (los consejos de los años setenta), también

en los terrenos del pacifismo y del ecologismo de los años ochenta y por último, y sobre todo, por medio del movimiento de mujeres. Hoy en día, casi únicamente éste ha conservado este tipo de tensión. El ecologismo ha sido absorbido muy pronto por la estrategia electoralista, el pacifismo ha vivido una fase de declive, la crisis de la es tructura consejista en la fábrica es grave. Y, sin embargo, en este y en otros terrenos queda, y en otros casos nace por primera vez, una evidente potencialidad de auto-organización social (lucha antimafia, voluntariado social en la sanidad, drogadicción, inmigración). El PCI, por cultura y por maneras de trabajar, no ha reconocido jamás la necesidad de esta dialéctica: en ciertos casos ha desconfiado de ella, en otros ha tratado de absorberla, en otros ha establecido una relación exclusiva con sus expresiones institucionales. Ahora bien, la línea que apunta hacia una unificación de los movimientos en un partido, o hacia alianzas electorales (de tipo, precisamente, estadounidense) es una falsa solución del problema. Es necesario, por el contrario, reconocer la autonomía de los movimientos, trabajar "dentro", y, por otra parte, afirmar recíprocamente la propia au tonomía, confrontarse con los movimientos y no limitarse solamente a "representarlos". Sin esta dialéctica no existen los "materiales" merced a los cuales construir una nueva hegemonía.

b) Pero para que esto ocurra se necesita también crear las condiciones estructurales e institucionales mínimas para el crecimiento de una democracia organizada, de una subjetividad colectiva. Me refiero, ante todo, a las dos grandes estructuras que condicionan la subjetividad en una sociedad moderna de manera más penetrante. Si no se rompe el carácter centralista-burocrático de la escuela (que la incapacita para formar un espíritu crítico, una identidad personal y mientras tanto profundiza de nuevo la separación entre la elite y las clases subalternas), pero sin caer en la lógica de la escuela como instrumento de transmisión de las exigencias del capital y del mercado, no es posible que ninguna experiencia de masa supere el límite del particularismo y del grupo de presión. Al mismo tiempo, si no se libera al sistema de los medios de comunicación no sólo de los poderes más poderosos que lo dominan, sino de la lógica que los constituye como mero mercado, la solución que permita la consolidación de una subjetividad deviene imposible.

c) Esta premisa lleva a novedades radicales en la concepción del "partido nuevo" de Togliatti y con mayor razón en nuestras actuales formas organizativas. La primera de ellas concierne al significado mismo de la expresión "partido de masas". En realidad el "partido de masas" se ha caracterizado por la coexistencia de dos realidades muy alejadas: el partido de cuadros que, por medio de un tejido militan-

te muy activo y entusiasta, aunque relativamente poco partícipe de la elaboración política general, se conectaba con un "pueblo comunista" principalmente en el terreno de las grandes opciones ideológicas (el antifascismo, el socialismo real) y de la práctica reivindicativa inmediata (sindicato, cooperativas, asociaciones profesionales). Hoy, esta separación se ha vuelto más profunda: clase política y opinión pública. Se necesita entonces, como mínimo, diferenciar entre partido e instituciones, desplazar el acento en el partido como agente y organizador de la sociedad, hacia el papel de promotor del conflicto y estímulo de una reforma intelectual y moral. Precisamente lo que Gramsci llamaba (espero no estar estúpidamente equivocado) "espíritu de escisión", no casualmente lamentando la ausencia, en la historia italiana, de la Reforma religiosa, o de la Ilustración como base fundadora de una nueva y difundida identidad colectiva. Algo más que una simple autonomía cultural, y mucho más que una genérica elección de valores fundacionales: se trata de la fusión de valores, análisis de la realidad, proyecto de transformación que dé un sentido profundo a la política y que para eso mismo esté presente en cada momento, día tras día, y sea instrumento de crítica y de transformación de la vida personal. Fundamento ético y no solamente intelectual. ¿No es éste el sentido radical de la crítica de las mujeres a la política masculina?; ¿no es ésta la raíz del renacimiento inesperado y frecuentemente fundamentalista de la presencia religiosa en la vida social?; ¿no es ésta la nueva y mayor "miseria" de los partidos modernos de izquierda y de cada uno de nosotros, incluso cuando nos proclamamos comunistas? Agotado el peligroso impulso del populismo y el igualmente falaz del "partido iglesia", ha quedado la realidad del partido como sector del aparato público. ¿Existe un fundamento, una base material para abordar la refundación de esta tensión ideal, que se vuelve, decía Marx, fuerza material, en una sociedad tan fragmentada y secularizada, sin el cortocircuito del fundamentalismo? La respuesta hay que buscarla, probablemente, en el hecho de que finalmente surgen contradicciones social-cualitativas que le permiten al partido de las clases subalternas salir de los límites de la integración o de la revuelta, expresar un punto de vista radicalmente antagónico aunque "en positivo". Por eso es de decisiva importancia, y nosotros no pensamos olvidarlo, el tema de la relación con otras culturas, otras subjetividades externas y a veces conflictivas con nuestra tradición: a condición de que no se degrade a la banalidad del "contagio", del eclecticismo; que se busque realmente una síntesis provisional en cada mo mento, y en esta relación cada uno valore su riqueza y su identidad.

Impreso por TREINTADIEZ S.A. en agosto de 2011
Pringles 521 - (C11183AEI)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Teléfonos: 4864-3297 / 4862-6294
editorial@treintadiez.com